
JUANMA RAMÍREZ
EL FALSO
ESPEJO
DEL REY
SALOMÓN

EL FALSO ESPEJO DEL REY SALOMÓN

Juanma Ramírez

Copyright© 2025 Juan Manuel Ramirez Garcia

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Eli

Para mis padres

Índice

Presentación Dr. Aguirre
Anuncio de Dr. Aguirre

DE PASADIZOS Y SECRETOS (I)

Presentación Brimaud y Cª
Anuncio Brimaud y Cª
LA HERMANDAD DE CRONOS (1)

DE PASADIZOS Y SECRETOS (II)

DEL TIEMPO PERDIDO

DE GLOBOS Y CASTILLOS (I)

Intermedio Brimaud y Cª (2)
Anuncio Brimaud y Cª (2)
LA HERMANDAD DE CRONOS (2)

DE GLOBOS Y CASTILLOS (II)

Segundo Intermedio Brimaud y Cª (3)
Comunicado Brimaud y Cª y Dr. Aguirre
LA HERMANDAD DE CRONOS (3)

DE GLOBOS Y CASTILLOS (III)

LA HERMANDAD DE CRONOS (EPÍLOGO)
EPÍLOGO 2 (Prólogo de lo que está por venir)

Notas del Autor

La

PASTA PECTORAL DEL DR. AGUIRRE

se complace en invitarle, distinguido lector, a visitar las páginas que siguen a continuación, y a enfrascarse en la lectura de las emocionantes aventuras que en ellas se suceden.

Adéntrese, estimado amante de la aventura, en este mundo de maravillas, y atrévase a dejarse llevar de la mano por las imaginativas vivencias que en esta novela se describen.

Pero antes...

¡DEJE DE SUFRIR DE TOS!

*Háganse con una cajita de la famosa PASTA DEL DR. AGUIRRE DE BILBAO y su **TOS** desaparecerá al momento.*

Observará un gran alivio desde el momento que tome la primera pastilla. Diga adiós a la tos, compruebe que el pecho y la garganta experimentan una gran mejoría y que la expectoración vuelve a ser la normal.

¡Los efectos son tan rápidos y seguros que ni siquiera necesitará terminar la caja!

Se venden en las mejores farmacias de toda España.

*Si, además, siente **ASMA** o SOFOCACIÓN, no olvide solicitar en la farmacia los CIGARRILLOS BALSÁMICOS y los PAPELES AZOADOS del mismo autor, y comprobará que el asmático vuelve a dormir toda la noche sin que su sueño se vea interrumpido.*

DE PASADIZOS Y SECRETOS (I)

1

El sol ya empezaba a esconderse, y un embriagador aroma invadía aquel rincón, el más oculto y alejado del jardín. ¿Se trataba de las rosas que en aquellos días acababan de florecer, o era el perfume de Margerie Fiennes el que así invadía sus sentidos?

—Mateo, ¿qué sucede? ¿Por qué te has puesto tan serio de repente? Me has preocupado —preguntó la muchacha con un brillo pícaro en su mirada.

—Por un momento creí que había muerto y que estaba en el cielo, junto a un ángel del Señor.

—Y entonces te despertaste, me viste aquí y pensaste «vaya decepción», ¿no es así?

—Pues la verdad es que sí. —Una fingida indignación se dibujó en el rostro de Margerie, y Mateo, incapaz de resistirse por más tiempo, acercó sus labios a los de la joven con toda la urgencia que la ocasión requería.

—Mateo, por favor. —Margerie se separó del íntimo abrazo de su amante con un rubor inocente en sus mejillas, tras dejarse besar unos instantes más de lo que pudiera ser considerado decente—. Ya sabes que Lilly podría aparecer de improviso. Además, no está bien. Aún no te he presentado a mis padres.

—Y ¿cuándo será eso? Estoy deseando pedirles tu mano —dijo Mateo, asomándose al irresistible balcón de sus ojos verdes.

—Pronto, hoy he recibido una carta de ellos. El mes que viene volverán de América. Les he hablado de ti. Bueno, no les he contado todo, por supuesto. —Mateo sonrió, imaginando las partes que la bella Margerie había omitido en sus cartas—, pero al menos ya saben que existes y que eres importante para mí.

—Espero que pueda ganármelos...

—Y lo harás. No tardarás en convencerles de tu valía. Ya eres demasiado mayor para seguir en la universidad, es hora de que dejes esos estudios interminables y pensemos en nuestro futuro.

—Nada me haría más feliz. —Mateo juntó su boca con la de la joven Fiennes.

El rumor de unos pasos les alertó que alguien se acercaba. Lilly había aparecido en el jardín, como si el nombrarla unos momentos antes la hubiera convocado.

—Señorita Fiennes, es hora de volver a casa. —Sus repentinas palabras interrumpieron el escarceo amoroso.

—Oh, vamos, déjanos unos minutos más —rogó Mateo.

—Ni hablar —dijo Lilly, inflexible—. Además, señor Berwick, sepa que sus amigos aguardan por usted.

—Espero que se hayan comportado —dijo Mateo, aunque sospechaba la respuesta. Intentó, sin mucho éxito, que no se le notara demasiado en su cara.

—Como siempre, me han hecho insinuaciones que no aprecio en absoluto —confirmó Lilly circunspecta.

—¿Es eso cierto? Pobrecita —dijo Margerie abrazándola. El guiño que dedicó a Mateo, sin que su dama de compañía pudiera verla, desmentía un poco aquel gesto fraternal—. Vamos a casa, seguro que el caballero querrá ir a ponerles los puntos sobre las íes a sus amigos.

—Pasaré a verla mañana, señorita Fiennes —dijo Mateo, con el exceso de formalidad que empleaba cuando Lilly se encontraba con ellos.

—Puede intentarlo, desde luego, pero he de advertirle que quizás mañana me apetezca pasear con mis amigas, como parece que era su plan para esta noche con los suyos —se despidió Margerie con simulada indignación. O al menos, eso esperaba Mateo. No le quedaría más remedio que esperar al día siguiente para averiguarlo.

Al fin, las dos mujeres entraron en la casa, y Mateo respiró hondo mientras emprendía el trayecto hacia la salida del hermoso jardín de los Fiennes. El aire de Inglaterra, ahora que entraba la noche, le resultaba fresco y agradable, casi podría acostumbrarse a él. Si no fuera por la lluvia... o por la nieve, o por el frío, o por los estirados ingleses. Aun así no podía quejarse; allí, en Durham, había encontrado a la persona con la que pensaba compartir el resto de su vida. Vida pasada por agua en la que, en ocasiones, tendría que codearse con gente altanera y antipática, desdeñosa de todo lo que

no oliera al Imperio británico. Pero una vida que se le antojaba feliz al fin y al cabo. Más o menos feliz, sí, a pesar de todo.

—¡Así que ahora es el señor Berwick! Pero ¿tú no eras español? —Apenas cruzado el umbral del jardín de los Fiennes, Armand le saltó, a traición, a la espalda, colgándose de su cuello como si Mateo fuera un mulo de carga.

—No me lo puedo creer —se revolvió Mateo—, ¿habéis estado espiándome?

—Si observar atentamente, y no perder el hilo de la conversación es espiar... —dijo Demetrius.

Mateo sonrió. De sus dos amigos presentes —tampoco es que tuviera más—, agradecía que no hubiera sido él a quien tuviera montado en su espalda. El griego era grande y grueso como un tonel de cerveza, el reverso, al menos en su aspecto físico, de Armand, el polaco.

—Berwick tiene menos de español que una taza de Earl Grey con una nube de leche y pastitas a las cinco —exclamó el polaco, aún ejerciendo su papel de jinete sobre Mateo.

—Es mi segundo apellido, el de mi madre. Es de esperar que, de cara a los padres de la señorita Fiennes, un Berwick les causará menos espanto que un Sanz.

—Así que tus futuros suegros están al caer, esto hay que celebrarlo —aplaudió Demetrius, confirmando que, para él, cualquier excusa era buena para justificar una celebración.

—Hoy invito yo —dijo Mateo, emprendiendo el camino hacia el pub más cercano.

Dos horas más tarde, y con varias pintas de cerveza en su interior, Mateo recorrió en solitario el camino de vuelta al colegio mayor. Había dejado a sus amigos en una acalorada e interesante discusión. No recordaba con exactitud si versaba sobre quién de los tres soportaba mejor el alcohol, el método infalible para conquistar a una mujer o algún otro de sus temas habituales y altamente intelectuales, como correspondía a unos estudiantes universitarios. De cualquier forma, no se perdería nada. El debate en el que sus amigos seguían enzarzados tenía lugar cada noche.

Cruzó el umbral del castillo con el sueño ya adueñándose de su cuerpo. Hacía tiempo que había dejado de importarle asistir con resaca a las clases del día siguiente. En los últimos tiempos su vida estudiantil consistía en llevar a cabo dos tareas básicas e ineludibles: beber con los amigos y cortejar a Margerie Fiennes, de quien se había enamorado desde el momento en que tropezaron el uno con la otra en la Oficina de Correos.

El día que por primera vez se encontró con su prometida, ambos pretendían franquear una carta, él a su tutor, solicitando más dinero y ella a sus padres, que en las Américas se esforzaban en acrecentar la fortuna familiar. Mateo ignoraba cuán sincera era la misiva de Margerie, pero en la suya se había afanado en apuntar que requería los fondos para comprar libros y, por supuesto, había corrido un tupido velo sobre su urgente necesidad de subsanar las crecientes deudas contraídas a causa de la bebida, las apuestas, o combinaciones varias de ambas.

El sopor le hacía caer los párpados y no se percató, al entrar en su cuarto, que su cama carecía de mantas y sábanas, y que sus pertenencias no se encontraban desparramadas por la habitación sin orden ni concierto, como había sido habitual hasta entonces. Tampoco se dio cuenta de que alguien aguardaba su llegada en la habitación, sentado en una butaca —la única por otro lado—, fumando una pipa.

—Ya era hora, señor Sanz, llevo tiempo esperando, mucho más de lo que sería conveniente —dijo el ocupante de la butaca. Después, como si dirigirse a él en español no hubiera sido pista suficiente para que Mateo dedujera su identidad, se levantó y encendió una cerilla que iluminó una cara regordeta, marcial y de frondoso bigote. Aun así, Mateo siguió alelado, incapaz de reaccionar, asemejándose en aquel momento a un conejo deslumbrado por un farol en mitad de la noche. El visitante, ajeno a su falta de reacción, avanzó hasta un gran candelabro situado sobre la mesa —ahora vacía de libros, cuadernos y papeles— y fue prendiendo sus velas. Una vez iluminada la habitación, se volvió a la butaca, se sentó en ella, y con las piernas cruzadas, chupó su pipa de nuevo. Por unos segundos nada dijo, y Mateo, ahora sí, registró el olor dulzón del tabaco y

procedió, por fin, a identificar al extraño que con tanta suficiencia hacía y deshacía en su propio cuarto. El tiempo no solo no había pasado en balde desde la última vez que lo había visto, también lo había hecho sin caridad alguna, pero antes, como ahora, el aroma de aquel tabaco era inconfundible. Se trataba de su tutor y benefactor, el general Francisco Serrano.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Mateo al fin, estupefacto. Y, una vez acertó a observar con claridad el interior de su habitación, y el espartano orden que ofrecía, añadió, como despertando de un sueño —: ¿y dónde están mis cosas?

—No se preocupe por sus pertenencias, ya están recogidas en sus respectivas maletas y cargadas en el carruaje que nos llevará a Liverpool. Me extraña que no lo viera antes de subir aquí, se encuentra esperando en la puerta.

—¿A Liverpool? ¿Para qué vamos a ir a Liverpool?

—Creo que ha bebido demasiado —dijo el general—. ¿Para qué va nadie a Liverpool? Para coger un barco, por supuesto. Dudo que Liverpool pueda ofrecer algo más.

—No tengo ningún barco que coger, estimado tutor. —Una solitaria gota de sudor, precursora del pánico, le corrió a Mateo por la espalda.

—¡Por supuesto que sí! —rió el general—. A Bilbao nada menos. Y no son caprichos míos, caballero. Son órdenes expresas del Ministerio de la Guerra española.

—No, no, no... —A Mateo, la respiración se le aceleró por momentos. No podía ser peor el momento. Ahora que su relación con Margerie Fiennes estaba a punto de llegar a buen puerto, y tan solo un mes restaba para conocer a sus padres y pedir su mano, llegaba su tutor con la absurda idea de que lo dejara todo y volviera a España. Y, además... ¿había dicho «Ministerio de la Guerra»?

—Me temo que nuestra partida no es un tema abierto al diálogo. Le hubiera avisado antes, pero me temo que, entonces, usted se las hubiera ingeniado para evitarlo. En fin, por guardar paja y vinagre, no se ha perdido nadie.

—¿Qué? —preguntó Mateo confundido.

—Que por guardar paja y...

—Le he escuchado pero no entiendo qué quiere decir con eso. Con todos mis respetos, general, déjese de refranes. Sepa que le agradezco que haya sido mi tutor todos estos años, pero me temo que no puede obligarme, ni usted, ni el Ministerio de la Guerra, que no sé qué puñetas tiene que ver conmigo.

—Por desgracia, está usted equivocado. Sí que puedo obligarle, y tengo los documentos que así lo certifican —interrumpió esta vez su tutor —. Ya hemos informado al decano de su marcha y hemos abonado al colegio el dinero que se le debía. Todo está saldado. Lamento decirle que no le van a echar mucho de menos. No se ha aplicado mucho en los últimos tiempos y, al parecer, su comportamiento ha dejado bastante que desear. Quien se levanta tarde, ni oye misa, ni come carne.

—¿Qué dice? —dijo Mateo, esta vez tan enfadado como desconcertado.

—Que quien se levanta tarde...

—Maldita sea, que ya le he oído, pero no me hable en aforismos.

—Sea como sea, si quiere lavarse la cara y refrescarse un poco, le espero. Y si no, vayámonos. El cochero que tengo abajo aguardando por usted no es gratis, caballero.

—Váyase usted, pero a... Al infierno. Yo no pienso irme con usted —dijo Mateo encaminándose a la puerta. Pese a su determinación, tuvo que detenerse, de improviso. Un hombre alto, de espeso bigote, y tocada su cabeza con un bombín ladeado se interpuso, con aire indolente, apoyándose en el quicio.

—Le presento a Gilbert Taylor. Nos acompañará en el viaje y se asegurará que no haya problemas. Por alguna razón, temíamos que aparecerían —le informó Francisco Serrano.

Mateo le ignoró y se encaró con aquel nuevo visitante.

—Apártese de la puerta, o no respondo.

—Responda lo que le apetezca, pero me temo que de aquí va a salir con nosotros —le dijo el recién llegado con desgana.

Mateo lo miró de arriba abajo, intentando ataviar su mirada de un desprecio arrogante. La técnica no dio el resultado esperado, el hombre seguía allí impertérrito, obstruyendo su salida. Dado que su propósito era abandonar la habitación, intentó, a continuación,

apartarle de un empujón. Antes de que llegara a tocarlo, el hombre de la puerta le propinó un rápido puñetazo en la nariz, eso sí, sin aparente esfuerzo ni demasiado ensañamiento, tanto que Gilbert Taylor ni siquiera perdió la sonrisa. Mateo, más sorprendido que dolorido, dio un par de pasos hacia atrás, se enredó con sus propias piernas y perdiendo el equilibrio, cayó de espaldas de forma bastante teatral.

—Pero ¿qué hace? ¿está loco? —farfulló Mateo, con un ligero tono nasal, desde el suelo—. Pienso llamar a la policía.

—Discúlpeme, sabía que algo se me había olvidado. El señor Taylor es un agente de Scotland Yard —dijo el general Serrano desde su butaca—. Ya sabe, el río pasado, el santo olvidado.

Gilbert dio un par de pasos hacia Mateo, claramente divertido por cómo se estaban desarrollando las cosas, pero sin intención aparente de continuar el conflicto. Sin embargo, dadas las circunstancias, el joven Sanz prefirió mantener la distancia, y empujándose con sus pies arrastró su espalda por el suelo, alejándose del inglés. La maniobra, aunque efectiva, no contribuía a que Mateo recuperara su dignidad. Su contrincante, confundido, se limitó a inclinarse y ofrecerle su mano.

Una garganta que se aclaraba les interrumpió. Al volver la vista, los tres descubrieron que el carraspeo provenía de los amigos de Mateo que, desde la puerta, observaban la escena con incredulidad y algo de bochorno.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Armand, al ver que ya tenía la atencíon de la sala.

—Quieren obligarme a volver a España —se apresuró a anunciar Mateo. Ignoró la mano de Gilbert y se levantó él solo con un poco más de agilidad que la exhibida momentos antes.

—¿Demetrius Kotas y Armand Lapin, supongo? —dijo el general, incorporándose de la butaca con presteza. Los dos amigos asintieron al unísono. Francisco Serrano extrajo sendos sobres del bolsillo de su gabán—. Pues aquí tienen lo acordado, me temo que es el último pago, pero sepan que les agradezco los servicios prestados.

—¿El último pago? —preguntó Mateo sorprendido, mientras sus compañeros abrían sus sobres respectivos y contaban su dinero.

—Sus amigos han sido cruciales para mantenernos informados sobre sus intereses y quehaceres. Han ejercido una excelente labor de espionaje, extraoficialmente, por supuesto. Desinteresadamente, no tanto.

—Pero, pero... nuestra amistad... —acertó a balbucear Mateo mirando a la pareja con la que tantas horas había compartido.

—Por nuestra parte podemos seguir siendo amigos —comentó Armand, menos ebrio de lo que aparentaba en el pub apenas una hora antes—. No nos culpes, si no hubiéramos sido nosotros hubiera sido cualquier otro.

—En efecto, no se lo tenga en cuenta. Ya sabe que lo cortés no quita lo valiente —dijo el general.

—No puedo creerlo, ¡traidores! —masculló Mateo—. Si pudiera contar todas las veces que he pagado por nuestras borracheras, o cuántas veces he cubierto vuestras apuestas...

—Ciertamente demasiadas, me consta —asintió el general Serrano.

—¿Todo arreglado ya? ¿Está ya dispuesto a acompañarnos? —interrumpió Gilbert.

—Por supuesto... —Antes incluso de haber terminado de pronunciar sus palabras, Mateo emprendió la carrera hacia la puerta, acto que, esta vez, cogió de improviso al inglés que no acertó a detenerle. Pasó como una exhalación junto a él, y ya se veía libre cuando el gordo Demetrius, con una agilidad que traicionaba su envergadura, se interpuso, bloqueando la salida, y provocando que Mateo se estrellara contra su hinchada barriga. Como si hubiera rebotado contra un muelle, Mateo salió despedido en dirección contraria, de nuevo hacia el agente Taylor que, ahora sí, estaba listo para aferrarlo por la espalda, retorcerle el brazo e inmovilizarlo.

—¡Demetrius, maldito traidor! —gritó Mateo en pleno forcejeo, incapaz de liberarse de la llave con la que lo tenía sujeto el inglés.

—Supongo que algún pequeño extra caerá después de esta valerosa acción —dijo el griego, dirigiéndose al general. Éste lo ignoró cortésmente.

—Discúlpeme, general, pero me da la impresión que el señor Sanz no va a acceder a venir con nosotros por voluntad propia —intervino

el agente Taylor sujetando a un Mateo que se removía, impotente, pero sin descanso.

—Opino lo mismo —asintió el general, extrayendo de otro bolsillo de su gabán una jeringa en cuyo interior brillaba un líquido lechoso —. Recurramos, por tanto, al plan B ¿Les importaría administrar esta inyección a su amigo? —dijo ofreciendo la jeringuilla a los dos compañeros de Mateo—. No es más que un narcótico para hacer las cosas más fáciles para todos.

—Cinco libras más —dijo rápido Armand.

—Caballeros, espero que este afán económico no sea producto de la educación que se imparte en esta institución, sino que más bien sea una característica suya personal. Pero en fin, en tiempo de higos no hay amigos —accedió el general, pasándole la jeringuilla a Armand—. Inyéctele en el brazo, por favor.

—¡No, no, por Dios Armand, por nuestra amistad! —suplicó Mateo, forcejeando por librarse de Taylor.

—Lo siento en el alma, Mateo —suspiró el polaco, al tiempo que Demetrius tomaba uno de los brazos del aprisionado joven y le remangaba la camisa—. Por cierto, no te preocupes por Margerie. Ya le explicaré tu repentino viaje, y me esforzaré en que no te eche de menos.

Mateo apenas notó el pinchazo pero, en segundos, se quedó dormido.

2

El escritor, sentado en una mesa al sol, en la terraza de un café de Madrid cerca de los jardines del Palacio de Buenavista, llegó a la conclusión de que lo que acaba de ver bien podría servirle de inspiración para alguna de sus futuras novelas. Una chulapa, vestida con un entallado vestido de lunares, un vistoso delantal y un mantón sobre los hombros, vendía huevos en una esquina y proclamaba su mercancía con desparpajo cuando, en una pausa de sus gritos, tomó uno de los huevos y, rompiéndolo, se lo llevó a la boca sorbiendo su contenido, crudo. En ese preciso instante, en el que el escritor sentía

removerse la inspiración en su interior, dos hombres pasaron por delante, y le obstaculizaron la contemplación del espectáculo. El primero, grande y pesado, de edad ya avanzada, pero de marciales y rápidos andares, tocaba su cabeza con una chistera, tan de moda en aquellos días, y portaba un bastón en su mano derecha. El escritor dedujo que dicho bastón debía ser de adorno, puesto que lo sujetaba más como garrote que como báculo. El segundo hombre, mucho más joven, no alcanzaba a seguir el ritmo del primer caballero. Además, ni llevaba sombrero ni bastón. El joven se había detenido justo delante de la chulapa que tan lozanamente comía su huevo.

—Por Dios, ¿no puede ir un poco más despacio? —protestó el joven.

El escritor estiró el cuello, intentando espiar... esto es..., observar... mejor, a la muchacha, pero ahora también el mayor de los dos hombres, que de forma tan resuelta había cruzado por delante de él, había refrenado su imperioso avance y había retrocedido unos pasos. Ambos se encontraban ahora entorpeciéndole la vista de la chulapa.

—Al mal paso, darle prisa —dijo el hombre mayor por toda respuesta a las quejas del joven, y por una vez, se apoyó en el bastón.

El escritor se dio por vencido, y levantándose, dejó unas monedas sobre la mesa para pagar el café.

—¿Ya se va, don Benito? —le preguntó el camarero, solícito.

—Así es, me temo que esta historia no es la mía —se despidió el escritor.

Al otro lado de la calle, donde un confundido camarero recogía el importe del café, seguían la pareja de transeúntes. Se trataba de Mateo Sanz y del general Francisco Serrano. La chulapa, por su parte, también se marchaba con su cantinela y su cesta de huevos, a otra parte. A otra historia. Un zagal ocupaba ahora aquel lugar en la acera, anunciando, con una voz no exenta de los gallos propios de su edad, ejemplares del periódico *El Imparcial*, repleto de acertadas crónicas de la actualidad y noticias pertinentes, de ultimísima hora.

Por supuesto, se incluían en sus páginas una ingente retahíla de anuncios, entre los que no faltaban los de chocolates, tes y café de Matías López y López (exigir la verdadera marca), los ataúdes metálicos La Funeraria (cerrados herméticamente, evitan las emanaciones dañosas y el hedor cadavérico), y el vino y jarabe de Dussart, de lactofostato de cal (el reconstituyente por excelencia del cuerpo humano).

—Me ha arrastrado a la fuerza y a la carrera desde Inglaterra, no creo que lo que tarde en recobrar el resuello vaya a importar mucho —dijo Mateo.

—Ay, la juventud de estos tiempos modernos. Yo a su edad, mozalbete, tenía bastante más energía de la que ustedes hacen gala.

Mateo se mordió la lengua. Nunca, hasta donde podía recordar, había presumido de energía alguna. En cualquier caso, era consciente de la inutilidad de sus quejas. No le había sido ofrecida explicación a su situación actual, a excepción de que su presencia era requerida por el ministro, como si eso lo justificara todo. Había protestado infinidad veces, a quien quisiera escucharle y sobre todo a quienes no querían. Ya fueran policías ingleses o capitanes de barco, o cualquier otra figura de autoridad a la que acudiera, todos daban la razón a sus secuestradores en cuanto Gilbert Taylor, en Inglaterra, o el general Serrano, en España, mostraban sus credenciales. De hecho, aquellos a los que pedía ayuda, en más de una ocasión habían terminado aconsejando a sus captores que le propinaran un buen par de bofetadas a tiempo. O a destiempo, lo que viniera antes.

Solicitar ayuda al prójimo no le había rentado beneficio alguno, por lo que Mateo también había planeado soluciones más simples y sencillas, como salir corriendo, sin más, y perderse entre el gentío en Liverpool, Bilbao, o la propia Madrid. Pero ¿y después qué? No disponía de dinero, ni un domicilio donde alojarse, ni oficio con el que ganarse la vida. Morirse de hambre no era una opción que le agradara. A regañadientes, había terminado por aceptar que debía acompañar a su tutor donde le dijera, con la esperanza de que, tarde o temprano, las aguas volvieran a su cauce, y tuviera la

oportunidad de retornar a los brazos de Margerie. Esperaba que eso ocurriera antes de que sus antiguos compañeros enlodazaran su relación con la hermosa joven. Era muy probable que no pudiera proseguir su regalada y disoluta vida estudiantil, pero contaba con que la familia Fiennes le encontrara alguna ocupación digna del prometido de su hija y heredera.

Reanudaron la marcha, por fin, y encaminaron sus pasos al interior del cercano Palacio de Buenavista, donde se ubicaba el Ministerio de la Guerra. El militar que guardaba la puerta, no solo no les impidió el paso, sino que se cuadró ante ellos. Mateo arqueó una ceja sorprendido. Por muy general que fuera su tutor, al fin y al cabo, España estaba repleta de ellos. Además, no iba de uniforme, ¿cómo reconocían su rango? Mateo hubiera esperado que, al menos, les pidieran el motivo de su visita.

Siguieron, pues, adelante, al interior del palacio. Todos los militares con los que se cruzaban o bien se cuadraban de forma marcial, o bien llevaban su mano a la cabeza en un afectado saludo castrense. Mateo comenzó a sospechar que quizás no sabía lo suficiente sobre su tutor. Para él, el general Francisco Serrano era poco más que una dirección a la que remitir cartas solicitando el pago de tal o cual deuda contraída por sus estudios, o por algo relacionado con ellos. O no tan relacionados.

Para ser sinceros, sí sabía algo sobre su tutor: que no se trataba del «famoso» general Francisco Serrano y Domínguez, al que llamaban el «general bonito», pues se rumoreaba que había tenido relaciones con la reina Isabel II. Su tutor, en cambio, era el general Francisco Serrano Bedoya, lo cual, en cierta manera, y no sabía bien por qué, siempre le había decepcionado. La coincidencia de apellidos, no obstante, no era casual, al ser primos.

En su marcha por el interior del palacio, precedido por el paso decidido del general, pasaron por un largo pasillo jalonado de retratos de los pasados ministros de Guerra y Ultramar. Allí estaba el retrato de su tutor, más joven, pero inconfundible, con un uniforme repleto de relucientes medallas.

—Así que no solo es usted general, sino que también es ministro —dijo Mateo deteniéndose ante el cuadro en cuestión.

El general Francisco Serrano dejó escapar un suspiro que hizo temblar su espeso bigote y también se detuvo.

—Lo fui. Duró poco. Por cierto, es evidente que en Inglaterra no se ha contagiado de la puntualidad británica. Dese prisa, el ministro espera —dijo, mirando su reloj de bolsillo, e iniciando de nuevo el camino.

Mateo se encogió de hombros. Le importaba un comino llegar temprano o tarde a la cita, pero sospechaba que hacer esperar a un ministro —y más si era de la guerra— nunca era una buena idea. Y ya que estaba allí, poco le costaría averiguar a dónde llevaba todo aquello, por lo que siguió al general hasta el final del pasillo, donde la puerta del despacho fue abierta con diligencia por el militar que la guardaba y, con eficiente discreción, la cerró tras ellos.

—Llegan tarde —anunció el hombre que se sentaba tras la mesa del despacho. El general Serrano dirigió una mirada acusadora a su joven acompañante.

—Mire, no se quién es usted... —dijo Mateo, asumiendo que el que así les recibía sería un secretario.

—El señor —interrumpió el general Serrano— es el general Arsenio Martínez Campos, ministro de la guerra del Gobierno de su majestad Alfonso XII.

Mateo se quedó sin palabras. No tenía mucha idea de lo que se cocía en su propio país, dado el tiempo pasado en el extranjero, pero aquel nombre tenía una relevancia especial, puesto que el famoso general Martínez Campos había sido el artífice de la restauración borbónica. Su fama había llegado, incluso, hasta Mateo. No esperaba, sin embargo, encontrárselo sentado tras una mesa repleta de papeles, como un vulgar funcionario. En su imaginación, un ministro de la guerra, y más uno con tal relevancia, debía estar de pie, de espaldas a sus visitas, mirando por una ventana, contemplando melancólico al populacho, planeando cómo mejorar sus ordinarias y aburridas vidas mediante un buen conflicto armado.

El ministro, entre tanto, le observaba con interés con su ojo derecho. Su ojo izquierdo parecía mirar a su tutor. No era ésta una habilidad más que añadir a las del general Martínez Campos, sino efecto y consecuencia de un marcado estrabismo.

—Y este mozalbete que está aquí con la boca abierta es el joven Mateo Sanz Berwick —le presentó el general Serrano.

—Para servirle a usted —respondió Mateo, dudando de si además debía realizar una genuflexión.

—Creo que el general Serrano todavía no le ha informado de por qué le hemos hecho venir, y supongo que tendrá muchas preguntas —dijo el ministro, yendo al grano.

—Libro cerrado no saca letrado —intercaló como quien no quería la cosa el general Serrano. Mateo le dedicó una mirada rebosante de irritación.

—Pues bien, sepa que el tiempo de este ministerio es oro —continuó Martínez Campos— por lo que procederé a leer el informe que aquí su tutor tiene preparado. Veamos: «Mateo Sanz Berwick, huérfano de padre y madre, muertos ambos al caer de una torre del Alcázar de Toledo...». —El ministro se interrumpió, y se volvió al general Serrano—. Pero esto está mal, Francisco, sus padres no murieron al caer de la torre.

Mateo tragó saliva y parpadeó varias veces, más atónito si cabe. Era la única historia que conocía de sus progenitores. Se había convertido en huérfano debido a la conjunción del viento, la altura, y la pobre protección en la cima de las torres del Alcázar de Toledo. De hecho, el joven Sanz había cultivado un pavoroso vértigo desde que tenía uso de razón y cuya causa, era obvio, tenía sus raíces en aquel fatídico incidente.

—¿No cayeron desde el Alcázar? —preguntó, aprovechando la teatral pausa en la que el ministro había incurrido y que parecía hecha a propósito para que interviniera.

—Sí, pero ya estaban muertos. Murieron, si no recuerdo mal, víctimas de un arma de fuego. Posteriormente cayeron, o fueron arrojados, desde la torre Noroeste, esto es, la torre telegráfica número 10 de la Línea de Andalucía, que en aquellos momentos permitía enviar mensajes codificados de Madrid a Cádiz, y viceversa. Se lo estoy diciendo de memoria, pero créame que puede fiarse. Mi memoria rara vez me ha fallado. Aunque, ahora que lo pienso... ¿cayeron los dos, o solo uno, Francisco?

—Ejem —comentó el general Serrano—. Habíamos hablado sobre esto y se había decidido que quizás no era conveniente entrar en mucho detalle. Al fin y al cabo, la verdad está un poco sobrevalorada. Y en el caso del señor Sanz, que todavía está un poco tierno, aún más.

—Ahora que recuerdo, así es —asintió Martínez Campos—. Ignore lo dicho, entonces.

—Si le sirve de consuelo —continuó el general Serrano dirigiéndose ahora a Mateo—, fallecieran o no en la cima de la torre, su muerte no se debió en ningún caso a que se estrellaran contra el piso.

Mateo, una vez más, miró boquiabierto al militar, sin entender cómo aquél dato pudiera ofrecerle «consuelo» alguno.

—En cualquier caso —continuó Martínez Campos—, y debido a la amistad que sus padres mantenían con el señor Francisco Serrano Bedoya, aquí presente, se decidió que él mismo, como testaferro del Gobierno español, se hiciera cargo de su manutención y educación, desde aquel momento hasta el actual.

Una nueva pausa parecía inferir que era el momento que Mateo debía aprovechar para pronunciarse, pero seguía demasiado confundido como para añadir nada al respecto. El ministro continuó con sus revelaciones, no sin cierta decepción.

—Al objeto de protegerle, el general Serrano, aquí presente, ejerció como su tutor —continuó leyendo del informe el ministro—, aunque los fondos empleados en su manutención y formación pertenecían al Tesoro del Estado. No tenía usted ningún otro allegado por parte de padre. Por parte de madre, aunque sí que poseía un amplio catálogo de familiares, la relación entre estos y su progenitora cesó ya en vida de ella, y no era aconsejable para los intereses de... En resumen, puede agradecerle al general sus desvelos y preocupaciones para con usted.

—¿Desvelos? —acertó a pronunciar Mateo, intentando recordar algún indicio de ellos en las escasas ocasiones en las que recordaba haberse encontrado con él. Soporte económico sí, pero ¿desvelos?

—No tiene por qué darlas, joven —dijo el general Serrano, ignorando que Mateo, en realidad, no había agradecido nada—.

Nobleza obliga, y agradecimiento liga. Era mi deber para con sus padres.

—El esfuerzo que el Tesoro ha realizado a su favor, no obstante —continuó el ministro— se verá ahora recompensado, puesto que ha llegado la hora de que sus servicios sean puestos a la disposición del país.

El general Martínez Campos, habiendo concluido, en apariencia, su perorata, guardó un silencio expectante, en espera, otra vez, de una réplica. Mateo ignoraba si le tocaba hablar a él, o al general Serrano, puesto que la mirada del ministro seguía fija en ambos a la vez.

—¿Mis servicios? —se atrevió a aventurar el joven Sanz.

—A últimos de noviembre, coge tu oliva siempre —sentenció el general Serrano, flemático. Martínez Campos asintió.

—En lugar de refranes —exclamó Mateo—, lo que necesitaría saber es de qué servicios me hablan. Todo esto es un gran equívoco.

—Veamos —intervino de nuevo el ministro, dirigiendo la mirada de su ojo izquierdo al informe que había recogido de su mesa, y manteniendo la de su ojo derecho en el joven—. Según este informe, ha estudiado usted en España, Francia, Suiza, Bélgica e Inglaterra. Por tanto, se le presuponen nociones de castellano, francés, alemán, italiano, flamenco e inglés. Además, ha cursado usted estudios en matemáticas, física, química...

Mateo tragó saliva mientras el ministro seguía con su lectura. Si bien era cierto que había estudiado en aquellos países y centros, de todos los idiomas citados, se defendía en castellano e inglés, era capaz de hacerse entender en francés, y en cuanto al uso del alemán, italiano y flamenco, únicamente era capaz de pedir una cerveza y susurrar galanterías, con bastante sentimiento, eso sí, a una señorita; poco más le había aprovechado su estancia en Suiza, Bélgica e Italia. En cuanto a la ingente cantidad de asignaturas que el joven había estudiado, si bien no era falso que se había matriculado en ellas, pocas había completado de forma satisfactoria.

—De todo este extenso repertorio —continuó Martínez Campos, interrumpiendo las reflexiones de Mateo—, lo que más nos interesa, y lo que permite que tenga usted el honor de devolver al Estado

parte de los esfuerzos que éste le ha dedicado —concluyó el ministro, posando el informe sobre la mesa y dirigiendo el ojo correspondiente hacia un lugar indeterminado en el centro de la habitación— es la asignatura de «Mitos, reliquias y energías esotéricas en el medievo», impartida por el profesor Herbert Winslow hace dos años, en la Universidad de Lausanne.

Mateo, para su sorpresa, lo recordaba. Tanto al profesor, como la ilusión con la que acudió a Lausanne. Un rumor acreditaba que la hermosura de las mujeres suizas era incomparable.

—¿Qué puede decirme de esto? —le interpeló el ministro.

Mateo a punto estuvo de confesar que no podía dar testimonio ni a favor ni en contra de la belleza de las suizas, ya que no conoció ninguna. Sospechaba que el frío, y el puritanismo imperante, mantenía a las mujeres a buen recaudo en el interior de sus casas. No obstante, le parecía poco probable que el general Martínez Campos quisiera llevar la conversación por esos derroteros.

—Winslow era sin duda un hombre interesante —afirmó Mateo, tentativamente, sin arriesgarse demasiado.

—Muy interesante, sin duda —corroboró el ministro.

—Algo tendrá el agua cuando la bendicen —apuntó también el general Serrano.

—Pero ¿qué quieren exactamente que yo les diga? —exclamó Mateo, al que tanta abstracción le estaba haciendo perder la paciencia.

—¿Sería usted capaz de reconocerle si se cruza en su camino?

—¿Al profesor Winslow? Pues supongo que sí.

El ministro levantó una mano en un ademán autoritario reclamando silencio. Con parsimonia y su otra mano, recogió otro papel de un pequeño montón sobre su mesa.

—Bien. Antes de comunicarle lo que procede, aquí tengo un contrato que usted, señor Mateo Sanz Berwick, debe firmar. Debo advertirle que una vez firmado, pasará usted a servir a la Corona española, y quedará bajo la autoridad y designios del señor Francisco Serrano Bedoya, actual presidente del Consejo Supremo de Marina y Guerra, entre otras cosas, y que se encuentra aquí presente. Todo lo que hablemos será confidencial.

—En efecto. En la boca del discreto, lo público es secreto —apuntó Francisco Serrano.

—Caso de incumplir dicha obligación de confidencialidad —continuó Martínez Campos impertérrito— será usted condenado por traición sin necesidad de juicio previo. De igual forma, y esto ya es común a cualquier otro contrato tipo, rechaza usted reclamar responsabilidad alguna al Gobierno de su majestad Alfonso XII de cuanto pudiera acontecerle en el cumplimiento de su deber. Y es obvio que don Alfonso, nuestro monarca, le reclamará a usted la responsabilidad que le dé la gana, que para eso es el rey. ¿Estamos?

—Pero... pero esto es un abuso, ¿cómo pretenden que firme esto? —respondió Mateo, con un temblor en la voz.

—Si no lo hace, firmaré yo esta orden —dijo el ministro tomando otra hoja de los montones que tenía sobre la mesa—, por la que el Estado le reclama todo el dinero que ha invertido en hacer de usted un hombre de provecho, y cuyo montante asciende a... Bueno, mejor véalo usted mismo —respondió el ministro, al tiempo que tendía otra hoja más de papel.

El general Francisco Serrano recogió la hoja y se la entregó con cuidado a Mateo. Pálido, el joven leyó lo que allí venía escrito. Con increíble minuciosidad, se encontraban registrados en aquel informe, no ya el coste de sus estudios universitarios, sino el de cada comida, vestimenta o corte de pelo que había disfrutado a lo largo de toda su vida. De aquella larga lista —que había sido recogida con letra diminuta para que cupiera en un espacio claramente insuficiente— no era baladí la partida en la que se había apuntado con extrema diligencia todo el dinero que había solicitado y casi siempre derrochado, a lo largo de su estancia en Inglaterra. Y en Italia, en Suiza...

—Permítame, por el afecto que nos une, que le aconseje —carraspeó el general Serrano, posando una de sus grandes manos sobre el hombro del atónito Mateo—. Firme usted. Una deuda como ésa, más los intereses, no se olvide, le tendrá el resto de su vida en la cárcel, si es que tiene suerte. Si no la tiene, terminará en la horca.

—¿Es esto de verdad? ¿No se trata de una broma? —preguntó el joven con apenas ya un hilo de voz.

—Señor mío, le aseguro que el humor me es tan ajeno como el baile —confesó el ministro—. Pregúnteme cuántas veces he bailado en mi vida.

—No hace falta, me hago cargo.

—Y hace bien, porque no he bailado ni una sola vez. ¡Ni una!

Mateo miró los impasibles rostros de los dos militares, suspiró y finalmente, con una mano menos firme de lo que hubiera deseado, rubricó el contrato que Martínez Campos le tendía.

—Y ahora, prepárese para ser sorprendido —anunció el ministro guardando el papel con su firma, en el cajón de su mesa.

3

A Mateo, ciertamente, las palabras del ministro más que a promesa, le sonaban a amenaza. Ya se encontraba suficientemente desconcertado como para agradecer nuevas sorpresas.

El general Serrano, ajeno a estas preocupaciones, indicó al joven, con un gesto de su cabeza, que desviara su atención hacia una pared en la que colgaba el retrato del rey Alfonso XII de Borbón y la reina consorte, doña María Cristina de Habsburgo-Lorena. Mientras, Martínez Campos abrió un nuevo cajón en su escritorio, distinto del que había utilizado para guardar el contrato que vinculaba a Mateo con el Reino de España, y accionó un mecanismo oculto. La pared, con su retrato incluido, comenzó a elevarse.

Mateo abrió la boca, pasmado. Era cierto que le había sorprendido. No solo porque se izara aquella pared sino porque al hacerlo desvelaba la entrada de un pasadizo secreto, y lo más importante, en su interior aguardaban unos zapatos de mujer. Mateo supuso que dichos zapatos se encontraban ocupados físicamente por su dueña, pero antes de poder confirmarlo, un estruendoso y metálico rechinar hizo encogerse a todos los presentes, y la pared detuvo su ascenso.

—Maldita sea, les dije que arreglaran la puñetera puerta secreta —dijo el ministro, perdiendo la compostura. Abrió de nuevo el cajón con impaciencia para trastear con el mecanismo de apertura.

—Más vale maña que fuerza —apuntó el general Serrano.

—Vamos, no me jodas, Francisco. Que esto nunca ha funcionado bien, y lo sabes.

El general Serrano acudió al escritorio de su superior, mientras Mateo, aturdido por lo surreal de la situación, siguió contemplando aquellos zapatos. Le pareció atisbar, además, unos tobillos enfundados en unas delicadas medias, que sobresalían de una falda.

—¿Hola? —dijo una voz femenina.

Mateo tosió un par de veces para aclararse la voz, antes de contestar, y se acercó al punto donde todo convergía: la pared a medio elevar, el pasadizo, los zapatos, los tobillos, la falda y la voz. Entretanto, los dos generales seguían discutiendo sobre qué palanca accionar en el interior del cajón.

—Hola —consiguió decir al fin.

—¿Quién eres? —La voz, además de pertenecer a una mujer, tenía un marcado acento francés.

—Mateo —dijo éste, sin poder evitar que en su respuesta apareciera, por una razón que le evadía, un cierto matiz de duda.

—¿Podrías ayudarme a abrir esto, Mateo?

—Nada me halagaría más. ¿Qué tengo que hacer?

—Pues sujete por aquí como yo. —Unos dedos aparecieron bajo la pared sujetando la pared que no había terminado de subir, por su parte de abajo—. Y tire hacia arriba.

Tal y como la voz femenina le indicaba, Mateo introdujo sus manos bajo el extremo inferior de la pared.

—A la de tres —dijo la chica— *Un*, *deux*, *trois*!

En el mismo instante que Mateo y la recién llegada combinaban sus esfuerzos para empujar la pared hacia arriba, los generales Serrano Bedoya y Martínez Campos conseguían accionar correctamente la apertura. La conjunción de todas esas acciones provocó que se destrabara el juego de poleas y el muro, con el retrato de los monarcas, salió despedido hacia el techo con inesperada violencia. La pared golpeó contra algún tope oculto, provocando que el despacho entero retumbara, y que la joven, semioculta al otro lado hasta entonces, perdiera el equilibrio. Mateo,

en un acto reflejo, reaccionó con rapidez y la sujetó por la cintura antes de que cayera al suelo.

—Veo que ya ha conocido a nuestra agente Marie Poitiers —dijo el ministro. La chica le sonrió a Mateo, quien aún la sostenía en sus brazos.

—Eso parece —dijo la señorita Poitiers, ante el creciente sonrojo del joven.

—Marie nos está ayudando a formar nuestro propio equipo en nuestro país. Nos ha sido cedida por la *Gendarmerie* francesa —continuó Martínez Campos.

—«Cedida» suena un poco displicente, pero supongo que es la palabra más aproximada a la situación en la que nos encontramos —dijo ella, ya libre de los brazos de Mateo—. Encantada. —Marie extendió su mano.

—El placer ha sido mío —respondió Mateo, estrechándola.

—La señorita Poitiers ha pasado por la *division spéciale* francesa, y su experiencia ha sido vital para nosotros —confirmó el general Serrano.

—Disculpe que les interrumpa, pero me temo que no me estoy enterando de nada —dijo Mateo—. ¿De qué equipo me hablan y qué es esa *division spéciale*?

Ante estas palabras, el ministro dirigió una mirada acusadora y bifurcada tanto al general Serrano como a Mateo. Sin palabras, parecía preguntar quién demonios era aquel joven para interrumpir su discurso.

—Pues querido Mateo —indicó Francisco Serrano con un resoplido —, yo creo que está claro, vamos digo yo. No hay primavera sin flores, ni verano sin calores.

—Y más vale pájaro en mano que ciento volando —respondió Mateo—, pero por muchos refranes que me suelte sin venir a cuento, sigo sin saber qué diantres me están diciendo.

—Francisco —dijo el ministro al general Serrano, como si solo ellos dos estuvieran en la habitación—, ¿está usted seguro que es éste el Mateo Sanz de su informe? No parece que tanta educación universitaria haya dado sus frutos.

—Si me lo permiten —intervino la francesa.

—Por favor —asintieron todos al mismo tiempo.

—La *division spéciale* es un grupo dentro de la *Gendarmerie* que se dedica a asuntos digamos que... un poco diferentes.

—Bastante diferentes, diría yo —apuntilló el general Serrano—. Y especiales, como su propio nombre indica.

—Asuntos especiales y diferentes —sentenció el ministro— como le hemos estado intentando explicar desde el principio. Este chico que me ha traído no se entera de nada, Francisco.

—Y el equipo que queremos poner en marcha, tal y como bien exponía el Excelentísimo Señor Ministro —continuó Marie Poitiers, pasando por alto las acotaciones—, es el equivalente español a la *division spéciale*: el Equipo Especial para el Esclaracimiento de Extraños Eventos. —Marie clavó la mirada en Mateo, antes de continuar—. Y usted es la última adquisición.

—¿Yo? —dijo Mateo con estupor.

—Pero vamos a ver, ¿no acaba usted de firmar su pertenencia al mismo? —dijo el general Martínez Campos—. ¿Qué se cree que estamos haciendo aquí, caballerete?

—O sea, ¿que he entrado a formar parte de la Policía?

—Oh, no —terció el ministro—. La Policía es la Policía. Usted es un integrante del Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos.

—*Très bien* —exclamó Marie—. Entonces podemos irnos, ¿no? Gilbert ya se estará impacientando.

—¿Gilbert? ¿Él también está metido en esto? —preguntó Mateo.

—Si da usted su permiso —dijo el general Serrano, inclinándose ligeramente en dirección al ministro.

—Sí, váyanse, váyanse—aprobó el general Martínez Campos—, que me están produciendo un terrible dolor de cabeza. A ver si pueden hacer algo con este jovencito, que me da a mí que está muy verde.

Mateo ni siquiera intentó defenderse. Vencido, siguió en silencio al general y a su flamante compañera, puesto que ambos emprendían ya la marcha por el oscuro pasadizo. Al hacerlo, la pared a su espalda bajó repentinamente, sumiéndoles por unos instantes en total oscuridad. Apenas unos segundos más tarde, se escuchó el

chasquido de varios pedernales. A lo largo de un corto y estrecho pasillo aparecieron una serie de llamas azuladas en diversas lámparas disimuladas en los huecos de las paredes. La iluminación no era muy intensa pero sí suficiente para ver por dónde iban. Mateo acompañó a los demás hasta el final del corredor, donde una escalera de caracol se hundía en las entrañas de la tierra.

—¿Viene, o va a quedarse ahí, pensando en las musarañas? —preguntó el general Serrano emprendiendo el descenso—. Le aconsejo que no pierda el tiempo. Estas luces se apagan automáticamente al cabo del tiempo necesario, ni un minuto más. Y si ya es difícil encontrar el camino con luz, imagínese a oscuras.

—¿No es esto un poco agobiante? —preguntó Mateo, apretando el paso tras sus compañeros. El pasillo y la escalera eran tan angostos que solo podían avanzar en fila india.

—No hay camino llano que no tenga algún barranco —recitó el general.

—Con sinceridad le digo, la elección de sus refranes deja mucho que desear.

—Me alegra mucho oírlo —intervino Marie—. Creía que era cosa mía, que era un problema idiomático.

—Oh, vamos, vamos, señorita Poitiers, no se detenga —azuzó el general Serrano.

Al llegar al último escalón, las lámparas tras ellos comenzaron a apagarse, una tras otra, tal y como había advertido el general. Frente a ellos se extendía ahora un nuevo y largo pasillo horadado en piedra. Nuevas lámparas de gas se encendieron al unísono, iluminando el nuevo camino. Mateo ignoraba hacia qué punto cardinal se dirigían, pero era evidente que se encontraban a un nivel muy por debajo del Palacio de Buenavista. La tétrica iluminación y la terrible humedad que podía sentir no lo hacían un lugar acogedor. Al menos, la anchura del túnel en el que ahora se encontraban era mayor que la del que habían dejado atrás. El general emprendió de nuevo la marcha con su habitual marcialidad, y Mateo aprovechó para situarse al lado de Marie.

—Francisco nos ha hablado mucho de usted —dijo ella, antes de que Mateo pudiera decir palabra.

—¿Francisco? Lo siento, no estoy acostumbrado a conocerle como «Francisco», para mí es «el general». De hecho, a raíz de los recientes eventos, creo que no lo conocía en absoluto.

—¿Por qué? —preguntó ella sorprendida.

—No es que nuestra relación haya sido muy cordial a lo largo de los años. Tampoco mala. Digamos que ha sido distante. Yo le pedía dinero, él me lo concedía y cada año me informaba de lo que tenía que estudiar y en qué colegio, primero, y universidad, más tarde.

—No era ésa la percepción que yo tenía —dijo Marie. Mateo se encogió de hombros. En sus recuerdos de infancia y juventud, el general rara vez estaba presente.

—Y dígame —preguntó Mateo—, ¿cómo ha terminado usted aquí, en este país, y mezclada en este asunto, sea el que sea?

—Pues todo tiene una explicación, por supuesto. Pero si se la desvelo, me temo que tendría que matarle. —Mateo se detuvo, confuso—. Es una broma, por supuesto. —Marie se volvió divertida —. Pero es una larga historia, y me temo que no es el lugar apropiado.

—Pues espero que encontremos pronto el lugar correcto para responder preguntas, porque la verdad es que éstas se acumulan —dijo Mateo.

—Aquí es —interrumpió el general, unos pasos por delante de la pareja.

—Aquí es, ¿qué? —preguntó Mateo—. ¿El lugar apropiado para las preguntas y las respuestas?

—No sea necio —dijo su tutor—. ¿No ha contado usted los pasos?

—No, ¿debería haberlo hecho? Nadie me había dicho que lo hiciera.

—Si los hubiera contado —prosiguió el general—, sabría que hemos dado cien pasos desde la escalera.

—Cien pasos —asintió Mateo—, bien, ¿y qué se supone que tengo que hacer con esa información?

—Pues empujar —intervino Marie.

—Empuje la pared de una vez, por Dios —dijo el general Serrano de mal humor—, ¿o acaso pretende que un anciano y una mujer realicen todo el trabajo duro por usted?

Mateo miró la pared de roca ante la cual estaban detenidos. No encontraba nada que lo diferenciara del resto. Al fin, aunque sintiéndose un poco ridículo, comenzó a empujar el muro. Al principio con desgana, pero al ver la ceja levantada con impaciencia de su antiguo tutor, aplicó mayor intensidad. Para su sorpresa, parte de la pared comenzó a desplazarse.

—¿Lo ve? —dijo el general.

—Pero vamos a ver —dijo Mateo deteniéndose—, ¿cómo pretendía que yo supiera que hay aquí una puerta secreta si nadie me informa de ello?

—No hubo oportunidad, querido Mateo, aunque tampoco se le ocurrió preguntar —respondió el general—. En cualquier caso, de puerta cerrada huye el diablo.

—¿Que no hubo oportunidad? Parece que hay pocas oportunidades para explicar nada en absoluto ¿Tampoco ha habido ocasión en toda mi vida para desvelarme que mis padres habían muerto por armas de fuego, general? —preguntó Mateo enrojeciendo—. En fin, dejemos eso para otro momento, la verdad es que me gustaría que me contara todo con tranquilidad y detalle, pero entretanto... ¿Podrían decirme por qué estamos bajo tierra en lugar de en la superficie, como las personas normales?

—Pues porque no queremos que se sepa dónde vamos, caballero. Aquí estamos a salvo de miradas indiscretas —dijo el general—. El resto de sus dudas serán aclaradas a su debido tiempo. Le doy mi palabra.

Mateo suspiró y volvió a empujar la pared, hasta que esta se desplazó lo suficiente como para abrir un hueco en el muro por el que introducirse. Al otro lado de aquella puerta secreta tres faroles descansaban en el suelo.

—Cierre ya la puerta, señor Sanz. Qué secreto sería éste si lo dejáramos todo a la vista —indicó Francisco Serrano una vez que todos habían penetrado en el nuevo pasadizo.

Mateo resopló y tiró de la pared de piedra. Como no podía ser menos, era más sencillo abrirla que cerrarla.

—Gran trabajo, Mateo —dijo Marie cuando, tras un rato de esfuerzo, empapado en sudor, consiguió cerrar el hueco por el que

habían entrado. El general había encendido ya los faroles y emprendía el camino de nuevo.

—¿Puede decirme a dónde nos dirigimos? —solicitó Mateo, en un silencio solo roto por los pasos de la comitiva, en la que cada uno portaba su propio farol.

—En primer lugar, a encontrarnos con Gilbert —dijo Marie.

—Gilbert Taylor, ¿cierto? No puedo creerlo. Supuse que ya estaría de vuelta en Inglaterra, golpeando a traición a los indefensos ciudadanos.

—De dos que contienden, el más sabio cede —dijo el general, que como siempre, iba unos pasos por delante, pero atento a la conversación—. En cualquier caso, el puñetazo que le propinó Gilbert estaba justificado.

En opinión de Mateo, ni mucho menos lo estaba. Podía reconocer, eso sí, que Gilbert había sido bastante amable en el trayecto entre Liverpool y Bilbao. Le había sorprendido, además, que una vez en tierra patria, el agente de Scotland Yard se había defendido en un decente español. Le extrañó que no se hubiera vuelto a su país al llegar al puerto bilbaíno, sino que les había acompañado hasta Madrid, pero había asumido que ni Taylor, ni su tutor, se fiaban de que no intentara huir. Y, a decir verdad, era probable que, sin el inglés, así hubiera sucedido.

—Ya que estamos abriendo nuestros corazones —continuó Mateo aprovechando la tranquilidad de la marcha—, ¿podrían explicarme ahora qué es exactamente este Equipo Especial para no-se-qué en el que trabajo, según parece?

—Creí que esa cuestión había quedado ya resuelta —respondió el general Serrano.

—Me temo que tiene usted demasiada confianza en mis cortas entendederas.

—El Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos es un grupo que se hace cargo de casos que se salen de lo normal —explicó Marie—. Como nuestra *division spéciale* y el *Bureau for the Bizarre* de Mr. Taylor. Gilbert y yo estamos prestando nuestra asistencia al general Serrano para que ponga en marcha su propio equipo. ¿Lo entiende todo ahora?

—Ni mucho menos —dijo Mateo—. Dice que se ocupan... que nos ocupamos... de casos que se salen de lo normal. Defina normal, se lo ruego.

—¿Cree usted en los licántropos? —preguntó Marie, deteniéndose.

—Licántropos, hombres lobo. Pues me temo que no.

—¿Y en los fantasmas?

—Tampoco.

—Pero sabe que existen determinados sucesos a los que a menudo se ofrecen explicaciones sobrenaturales.

—¿Insinúan que ustedes creen en todas esas majaderías? —preguntó Mateo estupefacto.

—Nuestra labor es investigarlas, no creer en ellas —indicó Marie —. Como también hacía su antiguo profesor, el señor Winslow, desde un ámbito un poco más académico, ¿no es así?

—Oh, el profesor Winslow —recordó Mateo—. Casi me había olvidado de él. Un tipo peculiar.

—¿Peculiar? —El general Serrano se detuvo de forma abrupta—. Antes, cuando estábamos en el despacho de Arsenio, lo había definido usted como «interesante».

—Peculiar, interesante... ¿qué más da?

—No da igual, señor mío. No se puede estar en misa y repicando. O se es peculiar, o se es interesante, o se es ambas cosas a la vez, o no se es ninguna de ellas.

Mateo se rascó la cabeza, confundido.

—Digamos que el profesor era interesante por su peculiaridad —dijo, con la esperanza de que esa respuesta calmara al general.

—Escuchen —dijo Marie con un gesto que reclamaba silencio—. ¿Oyen eso?

4

Marie levantó su dedo índice, como si aquel gesto les permitiera apreciar mejor lo que quería que escucharan.

—No oigo nada —dijo el general. Mateo sacudió la cabeza, también incapaz de captar ningún sonido.

—Ahora, ahora —insistió Marie.

Mateo cerró los ojos y aguzó el oído. De algún lugar les llegaban las notas musicales que una flauta entonaba.

—¿Música? —El general torció el gesto—. Qué extraño.

Mateo dio un respingo, algo había pasado corriendo entre sus piernas.

—¿Qué ha sido eso? —dijo, levantando el farol. Apenas alcanzó a alumbrar una sombra que se escabullía en la oscuridad.

—Supongo que una rata —dijo el general, sin mostrar interés—. Hay bastantes por aquí, pero no se preocupen, rara vez he tenido problemas con ellas.

—¿Rara vez? —preguntó Mateo con preocupación.

Un gritito, esta vez procedente de Marie, volvió a perturbar la paz.

—Disculpen —dijo la francesa, azorada—. También yo he sentido un animal caminar sobre mis pies.

El sonido de la flauta se oyó más cercano. Mateo sintió una presencia tras él, y levantando de nuevo el farol, iluminó el camino que acababan de recorrer. Varias ratas se acercaban a la carrera. Tanto él como Marie se pegaron a la pared con repugnancia para dejarlas pasar. El general Serrano, impertérrito, se limitó a arrugar el entrecejo mientras que las alimañas se escabullían entre sus piernas.

—Todo esto es muy extraño —repitió el militar, una vez más, mientras dirigía su mirada a la penumbra en la que los roedores se perdían.

—¿Hay más pasadizos como éste, general? El flautista debe estar en uno de ellos —dijo Marie.

—Sin duda. No los conozco todos, pero sé que hay más. Pero aun así, ¿por qué iba nadie a tocar la flauta en estos túneles?

—Quizás está aprendiendo y no quiere incordiar a sus vecinos —bromeó Mateo.

Dos nuevas ratas pequeñas volvieron a adelantarles. Al poco pasó otra, grande como un gato. La tonada del flautista seguía sonando, incansable, encadenando variaciones inusuales y poco melódicas.

—Esto no me gusta nada —dijo el general.

—No lo va a creer, pero por una vez pensamos igual —dijo Mateo.

Francisco no respondió. Su atención permanecía centrada en el fondo del pasillo. Sin mediar palabra, dejó su farol en el suelo, levantó su bastón y desenroscó el pomo, extrayendo de su interior un sable afilado.

Nuevas ratas, ya casi una avalancha, aparecieron de la nada. Todas se dirigían a algún punto delante de ellos, oculto entre las sombras. El sonido de la flauta cesó de repente. El súbito silencio era, sin embargo, tan enervante como tener a los animales corriendo entre sus pies.

—Hay algo ahí delante —dijo Marie.

En efecto, cientos de puntos rojos parecían brillar en la oscuridad. El general tomó de nuevo el farol que antes había dejado en el suelo, y balanceándolo lo lanzó hacia allí. Unos metros más allá, el farol se estrelló contra la pared, cayendo después sobre un suelo alfombrado de ratas, y provocando un pequeño tumulto allá donde había caído. Algunas ratas chillaron, sobre todo aquellas en las que se derramó parte del aceite y prendió la llama.

—También están detrás nuestra —confirmó Mateo, que se había dado la vuelta y contemplaba con inquietud la multitud de ojos rojos que relucían tras ellos. Se habían convertido en una isla rodeada de un mar de ratas.

Cuando la flauta volvió a sonar, los tres se sobresaltaron. La música era mucho más tétrica y amenazante que antes. Una de las ratas salió disparada hacia ellos y el general, usando su sable-bastón, la ensartó sin miramientos.

De repente, un disparo atronó en el túnel, y una rata que había saltado hacia ellos cayó muerta. Marie sostenía en su mano un pequeño revólver, casi una miniatura. Su mirada no se retiró de la marea de roedores.

—Discúlpenme, pero no soporto a las ratas —dijo la francesa, quebrando el sombrío silencio que había seguido al retumbar del disparo.

Preguntándose cuándo y de dónde había sacado Marie su revólver, Mateo reparó que los animales, por un instante, habían perdido agresividad. Le había dado la impresión de que las ratas seguían algún tipo de consigna y que el disparo, seguido por súbito

silencio, las había confundido. Se miraban unas a otras, como si hubieran despertado de un sueño. Una vez los ecos del disparo se diluyeron y volvieron a escucharse las ominosas notas de la flauta, las ratas recuperaron su determinación y comenzaron a chillar amenazantes.

—Llámenme loco, pero creo que esa flauta está dirigiendo a las ratas —dijo Mateo. De forma instintiva, se había acercado todo lo posible a Marie y al general.

—No está loco —dijo Marie—, yo también creo que es así.

Un nuevo mandoble del general cortó a otra rata atacante en dos.

—Me ha parecido que su disparo, por incongruente que parezca, las calmó. O tal vez fue el silencio subsiguiente, da igual. Lo que quiero decir es que si no escuchan esa flauta, no creo que nos ataquen —elaboró Mateo, no sin antes propinar un puntapié a otra rata que se había acercado rezumando saliva por su boca, mostrando sus afilados colmillos.

—Por desgracia, mi revólver solo tenía un disparo —dijo Marie—. Pero podíamos hacer ruido, gritando, por ejemplo.

—¿Y si cantamos? —dijo Mateo, que intentaba mantener a raya con el farol a dos ratas que, rabiosas, estaban a punto de saltar hasta él.

—Podría funcionar —dijo el general, cercenando de un solo tajo la cabeza de las dos ratas que acosaban a Mateo—, siempre que lo hagamos tan alto que acallemos el sonido de la flauta. ¿Qué propone?

—Ha de ser alguna canción que conozcamos los tres —respondió Mateo.

—No puedo ser de mucha ayuda, no conozco ninguna canción española —dijo Marie.

—¿Y qué tal «la Marsellesa»? —dijo Mateo—. Se presta a cantarla a viva voz y todos conocemos su letra, ¿no es verdad?

El general bufó, al tiempo que de una patada despachaba una nueva rata que se había separado de sus congéneres y había corrido hacia ellos. Instantes después, clavaba a otra contra el suelo con su sable. Mateo tuvo que reconocer que el general tenía buenos reflejos para su edad.

—¿En serio pretenden que cante el himno nacional de otro país? —se quejó Francisco Serrano.

—Prometo aprenderme la letra del español para la próxima vez, se lo juro —prometió Marie. Mateo no era capaz de adivinar si lo decía con candor o recochineo.

Las notas de la flauta sonaban ahora en rápida sucesión, en un éxtasis creciente. Las ratas se revolvían inquietas, y algo en el ambiente dejaba claro que pronto atacarían todas a la vez.

—*Allons enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé!* — comenzó Mateo.

Pronto se unió Marie, y no sin mascullar una maldición previa, la voz de barítono del general completó el improvisado trío. La conjunción de las tres voces, cantando todo lo alto que les era posible, no dejaba oír ya la canción de la flauta. El general, con un gesto, apremió a sus compañeros a seguirle.

El desconcierto se hizo entre las ratas al pasar entre ellas aquel grupo de humanos cantando a todo pulmón. La algarabía que causaban al entonar el himno nacional francés acallaba la lejana música de la flauta y provocaba que muchas ratas despertaran de un sueño hipnotizante, preguntándose qué hacían allí. Entretanto, Marie, Mateo y el general continuaban con su cántico, sin darse un respiro, avanzando entre ellas. Pisaban con cuidado en los huecos que encontraban entre las ratas. El general encabezaba la marcha y apartaba a los animales de su camino con su bastón y lo que pudiera pasar por delicadeza, cuando ningún sitio quedaba libre para dar el siguiente paso.

Tras lo que pareció una eternidad, el camino delante de ellos se mostraba sin roedores. Los más lejanos, tras ellos, aún se sentían impelidos por la flauta, pero las ratas más cercanas, sin embargo, permanecían aturdidas al estar tan cercanos aquellos humanos gritando un himno ya sin musicalidad ni ritmo, pero armando el suficiente escándalo como para camuflar la otra música, la de la flauta, que apelaba a un instinto atávico que les demandaba que atacaran sin piedad.

—¿Se puede saber qué les pasa? ¿Se han vuelto locos? —gritó una voz a lo lejos. Al torcer un recoveco del túnel, había aparecido,

casi por sorpresa, un hombre portando un farol como el que ellos llevaban.

—¡Corran! —dijo el general, medio afónico.

Callaron al fin y emprendieron la carrera hacia el hombre del farol que, sorprendido por aquel súbito cambio de comportamiento, y sobre todo por el aluvión de ratas que se precipitaba tras ellos, no esperó una explicación y también emprendió la carrera, varios metros por delante de ellos. Mateo y compañía lo perdieron de vista al torcer éste una esquina. Lo seguían los tres, a toda velocidad. Al llegar hasta el punto donde había salido de su campo visual, vieron el farol abandonado, aunque todavía encendido, en el suelo. Habían llegado al inicio de un canal oscuro, en cuya agua estancada flotaba una barca vacía. El hombre que perseguían, según comprobó Mateo, no era otro que Gilbert Taylor —el bombín ladeado le delataba—, y se encontraba intentando accionar una palanca en la pared. El cuerpo en tensión del inglés mostraba que ésta se resistía.

—¡Rápido, súbanse a la barca! —gritó Taylor al verles llegar. Volvió de inmediato su atención a la palanca. Le arrancó un quejido metálico y consiguió moverla unos centímetros. Al hacerlo, la pared también se desplazó un poco hacia un lado, y de aquella abertura, comenzó a salir agua a borbotones.

El general y Marie saltaron al interior de la barca, mientras las ratas comenzaban a aparecer. Algunas se dirigieron al inglés, otras se introdujeron de un salto en la barca, que empezaba a moverse por la débil corriente producida por el agua que fluía por el hueco abierto en el muro. Mateo, indeciso, se detuvo antes de saltar al interior de la embarcación y evaluó la situación.

Las ratas ya empezaban a morderle los tobillos, algunas saltaban al agua y nadaban hacia la barca. Marie y su tutor se esforzaban en arrojarlas fuera aunque por cada una que expulsaban, entraban dos o tres más. Mateo se volvió y se dirigió, dando puntapiés a las ratas que intentaban subir por sus piernas, hacia donde Gilbert aún peleaba con la palanca.

—La palanca está atascada —masculló Gilbert.

—A la de tres —dijo Mateo al llegar a su altura.

—Uno, dos y... ¡tres! —gritó el inglés, y Mateo dejó caer todo su peso sobre la palanca. No se movió, pero la pared comenzó a agrietarse.

—Creo que se va a romper —dijo Mateo. Antes de terminar de hablar, el muro cedió, y un torrente de agua imparable se lo llevó por delante. El agua desbocada le arrastró, dando vueltas, como a un muñeco de trapo atrapado en la marea.

Sumergido, incapaz de controlar hacia donde le arrastraba la fuerza del agua, Mateo se estrelló contra el suelo, o contra la pared, o el techo; en realidad su desorientación era tal que no sabía contra qué se golpeaba ni hacia donde era acarreado. La corriente le zarandeaba y le hacía dar vueltas sobre sí mismo, sin que pudiera alcanzar a dar con un punto de apoyo con el que estabilizarse. Cuando ya creía que no aguantaría más la respiración, una mano le agarró del cuello de la chaqueta y tiró de él hacia arriba.

Gilbert, medio encaramado a una pequeña cornisa, le había aupado fuera de las turbulentas aguas. Una poderosa arcada provocó que Mateo vomitara la mayor parte del agua que ni siquiera era consciente de haber tragado. Poco a poco, su estómago y sus pulmones se fueron calmando y recuperó el resuello. Al tiempo, la improvisada corriente iba reduciendo su impetuosidad.

Una claraboya a muchos metros de altura dejaba entrar algo de claridad, lo suficiente para que su visión, acostumbrada a la oscuridad de aquellos pasadizos subterráneos, pudiera distinguir las formas a su alrededor. En el agua flotaban los cuerpos de las ratas que habían sido arrastrados por la corriente antes de menguar y ya no se oía la flauta.

—Gracias —dijo Mateo, una vez recuperado el aliento—. Creo que me ha salvado la vida.

—Es a usted a quien debo darle yo las gracias, sin su ayuda no podría haber destrabado aquella palanca del demonio.

—¿Y Marie y el general? —preguntó Mateo.

—Espero que sigan en la barca, y que el agua les haya arrastrado canal adelante. Por desgracia, me temo que nosotros tendremos que hacer el resto del camino andando.

—¿Qué estupidez es ésta, por qué hay un canal aquí?

Gilbert se encogió de hombros.

—Alguien pensaría que sería mejor hacer el camino en barca, y para ahorrarse remar, instalaron un gran tanque donde almacenar agua, de forma que al liberarla se creara una corriente en el sentido de la marcha. Supongo que hubiera podido funcionar, pero sin un mantenimiento adecuado, ya vio lo que ha sucedido: el mecanismo estaba oxidado, y al intentar abrirlo, el muro terminó cediendo y liberando toda el agua a la vez.

—Creo que todo esto, de principio a fin, es un despropósito. Ratas, canales inundados, pasadizos secretos... ¿dónde diablos me han metido?

—Es una locura, lo sé. Y lo peor... —Gilbert alargó la mano y sacó algo del agua que venía flotando hacia él—. Mi sombrero, arruinado.

Mateo contempló el bombín y no pudo evitar soltar una carcajada cuando Gilbert intentó ponérselo en la cabeza. Ciertamente, era una estampa lastimosa.

—Cuanto antes nos pongamos en marcha, antes podremos cambiarnos —dijo Gilbert al fin, arrojando su sombrero de vuelta al agua.

—Dos preguntas, si no le importa. Dónde estamos ahora y a dónde nos dirigimos —preguntó Mateo.

—Nos encontramos a la altura de la plaza de Cibeles, más o menos. Madrid está lleno de pasadizos bajo el subsuelo, por si no se ha dado cuenta. Si seguimos por aquí, deberíamos llegar a Atocha.

—Supongo que tomaremos un tren.

—Excelente deducción. Tren a Zaragoza —respondió Gilbert—. Por cierto, ya que parece que por fin estamos en buenos términos, he de decirle que siento haberle pegado aquel puñetazo nada más conocerle. No era nada personal.

—Tuvo suerte —dijo Mateo—, me pilló desprevenido.

—Nunca lo he dudado —dijo Taylor, aunque Mateo hubiera podido jurar que era más amable que sincero.

5

Mateo había temido encontrar el cuerpo del general, o de Marie, flotando bocabajo en las aguas del canal subterráneo. Para su alivio, no fue así; tal y como había aventurado Gilbert, la avalancha de agua había arrastrado la barca en la dirección correcta y, aunque estuvieron a punto de naufragar, una vez pasados los primeros momentos, el avance continuó monótono y sin mayores percances que los protocolarios mordiscos de las ratas al ser expulsadas la embarcación. Una vez libres del embrujo de la tonada de la misteriosa flauta, mordían por costumbre e instinto, pero sin el ansia asesina que antes habían mostrado.

Su equipaje, como también había vaticinado el inglés, les esperaba al término de la travesía, y pudieron secarse y cambiarse de ropa antes de acudir a la Central de Atocha y tomar su tren a Zaragoza. Incluso Taylor y el general pudieron reemplazar sus arruinados sombreros con los que llevaban de repuesto en sus maletas.

El silbato del jefe de estación anunció la salida desde el andén, y los últimos rezagados saltaron al interior de los vagones. Al frente del tren, el conductor tiró del cordel y la locomotora dejó escapar un largo silbido, al tiempo que de la chimenea salía una negra bocanada de humo. El carbón ardió furibundo en la caldera, se desbloquearon los frenos y las ruedas metálicas del tren comenzaron a girar con timidez, para ir ganando velocidad de forma gradual. La locomotora inició su rodar por los raíles de hierro, arrastrando tras ella una larga hilera de vagones. El andén se llenó de pañuelos blancos agitados al viento, en señal de despedida para los que se alejaban, asomados muchos de ellos a las ventanas, unos tristes, otros rezumando alegría, la mayoría navegando entre ambas emociones. Mateo observaba aquel espectáculo a través de la ventana. Nadie le había deseado buen viaje en su vida; nunca buscó entre el gentío un pañuelo que volara al viento por él.

—Discúlpenme —dijo Mateo, instalándose en su asiento, junto al resto, en su correspondiente compartimento—, sigo teniendo muchas dudas, pero al menos aclárenme ésta: si pretendíamos no ser descubiertos, y por esa razón hemos salido del Palacio de Buenavista y nos hemos trasladado hasta la estación por esos

pasadizos subterráneos... ¿por qué estaba nuestro equipaje esperándonos? Nuestros enseres no son invisibles, que yo sepa.

—Lo habitual y lógico es que nos sigan a nosotros, no a nuestras maletas —le explicó Marie.

—Creo que esa teoría hace «aguas» por muchos sitios —dijo Mateo.

—Lleva apenas unas horas en el equipo y ya se permite hacer juegos de palabras con lo ocurrido. Usted promete —dijo Gilbert acomodándose el bombín sobre su cabeza como a él le gustaba, ladeado.

—Hablando de «ingenio»... me temo que he olvidado el magnífico nombre de nuestro equipo, si pudieran recordármelo... —dijo Mateo.

—Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos, no tiene confusión posible —intervino el general, indignado—. El nombre es a prueba de olvido.

—Quizás es un poco largo, ¿no le parece? —dijo Mateo.

—Entre nosotros «Equipo Especial» es suficiente —asintió Marie.

—Llámenlo como quieran, pero poco, entre ustedes y bajito —sentenció el general—. Recuerden que somos una organización nueva y secreta. Si quieren racionarse sus palabras, pues adelante, no hay mejor ahorrar que saber gastar.

Para cuando el revisor hizo acto de presencia, al poco tiempo, el general ya se había quedado dormido.

—Van hasta la última parada, la estación del Santo Sepulcro de Zaragoza —les informó tras comprobar los billetes que Marie le tendía—. Si desean tomar un refrigerio, pueden hacerlo en el vagón comedor.

—Suena bien —dijo Gilbert—. Tendrán té, supongo.

—Por supuesto, señor. El mejor.

—Disculpen —anunció Gilbert incorporándose—, pero en algún lugar del imperio británico, es la hora del té.

—Le voy a acompañar, si le parece —dijo Mateo—. ¿Viene usted, señorita Poitiers?

—Me quedaré aquí, no me parece bien dejar solo al general. Además, tengo algunos libros que quiero leer —contestó Marie. En efecto, tenía un libro entre manos.

—¿Alguna novelita rosa? —preguntó Mateo.

Marie le mostró el libro. «Compilación de las instrucciones del Oficio de la Santa Inquisición, hechas por el muy reverendo fray Tomás de Torquemada».

—Veo que sabe entretenerse —dijo Mateo escarmentado, mientras cerraba la puerta del compartimento.

Para Mateo, andar por el pasillo de un tren en marcha era una experiencia que siempre le producía un especial deleite. El traqueteo del vagón y los irregulares vaivenes, cruzarse con otros viajeros en el pasillo, saludar con cortesía a las damas y con educada indiferencia a los caballeros... Aquel modo de transporte tenía un encanto singular del que otros, como la diligencia, carecían. Mientras seguía a Taylor por el pasillo, el tren avanzaba inexorable por los campos castellanos. Por las ventanas podían ver algún que otro rebaño de cabras que apenas levantaban su cabeza, ya acostumbradas a aquel mastodonte de hierro que con tanta urgencia corría por encima de las vías con las que la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante había unido la capital del reino y la de la región aragonesa.

—Un té *Earl Grey*, con una nube de leche, si es tan amable —ordenó el inglés al camarero una vez tomaron asiento en el vagón restaurante.

—No tenemos *Earl Grey*, caballero —dijo el camarero.

—¿Qué té tienen, entonces? —preguntó Gilbert, y en su voz se notaba que se temía lo peor.

—Ningún té, señor.

—Es mi sino. Pues tráigame un *sherry*. Eso sí tendrán, ¿verdad?

—¿Quiere decir un jerez?

—Como lo llamen.

—Lo llamamos jerez, caballero.

—Pues un jerez entonces.

—No tenemos, pero le puedo poner un Pedro Ximenez.

—En España, no importa donde vaya, me sirven lo que a ustedes se les ocurre, y no lo que yo pido —protestó Gilbert—. Pero sea, tráigame un Pedro Ximenez.

—¿Y usted? —preguntó el camarero a Mateo.

—¿Qué me aconseja? —respondió el joven.

—Quizás un Martini. Es una bebida italiana. Se está poniendo de moda como aperitivo, me lo piden muchos... —El camarero miró de reojo a Gilbert y pareció pensarse mejor la siguiente palabra— extranjeros.

—Tráigaselo —interrumpió el inglés—. Si no le gusta, siempre podemos arreglarlo añadiéndole un poco de vodka.

Gilbert se quitó el bombín y lo dejó a un lado, sobre la mesa una vez se hubo ido el camarero.

—Y dígame, Sanz. ¿Qué le está pareciendo el equipo especial del general Serrano? —Extrajo una pipa del bolsillo de su chaqueta y buscó sus cerillas por los bolsillos del chaleco.

—Pues digamos que... —dijo Mateo, encantado de por fin encontrar un momento y unos oídos receptivos a hablar del tema.

—*Oh, bloody hell*! Discúlpeme, Mateo, me temo que no tengo cerillas. ¿Dónde está ese camarero cuando se le necesita? —dijo el inglés, levantándose. Se dirigió a la entrada del vagón, por donde había desaparecido el camarero, dejando a Mateo con la boca abierta, y su sombrero olvidado sobre la mesa.

Mateo se giró en su asiento justo a tiempo de observar que su compañero se apartaba y dejaba pasar a una mujer que avanzaba en dirección opuesta, hacia el propio Mateo. No esperaba aquella visión. Era una de las mujeres más bellas que había visto nunca. Sus ojos azules recorrían con desinterés sus alrededores. Vestía un vestido entallado que abrazaba una figura sensual y voluptuosa. Su melena, rubia y larga, peinada con atención al detalle, enmarcaba un rostro pálido y delicado en el que unos labios carnosos subrayaban su hermosura. Cuando pasó por su lado, Mateo resistió la tentación de levantarse de su asiento, con cualquier excusa, y entablar una conversación, quizás porque la determinación con la que la bella mujer seguía su camino, sin detenerse ni inmutarse, desalentaba cualquier intento de flirteo y tal vez, también, porque se adivinaba un impulso similar en todos los viajeros del vagón que con ella se cruzaban. Mateo nunca había sido muy competitivo y, por tanto, se resignó a seguirla únicamente con la mirada, como hacían

todos. Al rebasar su posición, sin embargo, el azar se puso de su parte y un pañuelo se dejaba caer de sus manos.

Mateo se levantó como impulsado por un resorte, y al hacerlo, golpeó el sombrero que su compañero había abandonado sobre la mesa. Con rápidos reflejos, alargó su mano, alcanzándolo antes de que tocara el suelo, y al tiempo, y sin detenerse, se apropió del pañuelo abandonado, con rapidez, temiendo que algún otro servicial viajero pudiera adelantársele.

—¡Señorita! —llamó tras ella.

La mujer no se detuvo. De espaldas, seguía siendo tan excitante como de frente. Abrió la puerta del vagón. Para llegar al siguiente, tendría que pasar por un pequeño tramo al aire libre.

—¡Disculpe, señorita! —volvió a decir Mateo, corriendo tras ella.

La mujer se detuvo al fin, en el espacio al exterior, entre los dos vagones. Se volvió para enfrentarse a Mateo, y en sus labios rojísimos se dibujó una sonrisa pícara.

—Su pañuelo —dijo Mateo, orgulloso.

—Oh, gracias —dijo la mujer, con un acento extranjero—. Huele bien, ¿verdad?

Mateo, galante, se lo acercó a la nariz y aspiró el aroma dulzón del perfume que, en efecto, bañaba el pañuelo. Asintió, sonriente, aunque el olor no le había agradado. Al levantar la mirada, sintió un súbito mareo.

—Deme el pañuelo y cierre la puerta, Mateo —le dijo.

Había dicho su nombre, pero eso no podía ser. No conocía a esa mujer, si así fuera, a buen seguro la recordaría. Era extraño, casi tanto como la repentina bruma en la que se sentía envuelto, ¿de dónde había salido? No recordaba que estuviera allí apenas unos segundos antes. El viento soplaba con fuerza donde se encontraban, parados, entre los dos vagones, pero la niebla no se disipaba. Se preguntó, haciendo un esfuerzo por pensar, cómo era posible que el exquisito peinado de su interlocutora permaneciera intacto, mientras que a él el viento le arremolinaba el pelo sin compasión.

—¿Qué lleva ahí, me ha traído un regalo? —le preguntó la mujer. Sin darse cuenta, todavía portaba en la mano el bombín de su compañero.

—Un sombrero —dijo Mateo, titubeante.

—No me hace falta, tírelo.

Sin saber con exactitud por qué, salvo que se lo había ordenado aquella mujer, Mateo dejó caer el bombín de Taylor. Un instante más tarde, volaba sin dueño, por los campos de Castilla. Mateo quiso reflejar su estupefacción y desencanto en su semblante, pero lo cierto es que su rostro no se alteró.

—Es usted un sol —dijo la extraña, alargando su mano y acariciando la mejilla de Mateo—. Pero le noto un tanto receloso, abandónese, será mejor para todos. Y ahora, sígame.

Obediente, Mateo fue tras la bella desconocida. Su cuerpo no le pertenecía. Trató de sacudir la cabeza y despertar del extraño sopor en el que se encontraba. Escuchaba los tacones de la mujer que le guiaba, repiqueteando en el suelo de madera, y sentía su propia respiración, pesada, al ritmo de los pasos, pero no era capaz de hacer nada más, ni siquiera pensar en algo que no fuera seguir a aquella mujer.

—Aquí es, querido amigo. Adelante —dijo la mujer, abriendo la puerta de un compartimento del vagón.

Mateo entró donde su acompañante le indicaba.

—Hilda, por favor. Así no nos sirve de nada. Devuélvelo a un estado menos idiotizado, te lo ruego. —Mateo, aún envuelto en la bruma en la que era incapaz de ver y oír con claridad, creyó advertir que aquellas palabras las pronunciaba una voz masculina.

—Nunca me dejas jugar con ellos, Segundo —dijo la mujer. A continuación destapó una botellita con un líquido transparente en su interior y lo posicionó bajo la nariz de Mateo.

El joven Sanz respiró los efluvios que emanaban de la diminuta botella y, de inmediato, sintió como su garganta se cerraba y le faltaba el aire. Trastabilló, apoyándose en la pared del vagón. Todo giraba a su alrededor, en un carrusel demencial pero al cabo de unos segundos su respiración se normalizó. La nube que le había envuelto y acompañado desde que afuera del vagón restaurante respirara el olor del pañuelo se disipó al fin.

En el compartimento, un hombre le observaba sonriente. Tenía un pelo muy negro, largo y liso y su boca estaba enmarcada por un

bigote con perilla, recortado con pulcritud y elegancia. A su lado, le miraba otro tipo, delgado, con ojos saltones y nariz afilada, serio y preocupado.

—¿Qué ha pasado? —acertó a preguntar Mateo cuando tuvo fuerzas para hablar.

—Me temo que nuestra amiga común, la señorita Hilda Hanis, ha recurrido a uno de sus trucos para traerlo hasta aquí —aclaró el hombre que había hablado anteriormente. Mateo no terminaba de ubicar su acento, aunque creía adivinar notas caribeñas en su clara dicción—. No le guarde rencor. Seguro que le pareció la manera más apropiada de hacerle venir. Sus pociones, la verdad, son irresistibles.

—Perdón, ¿ha dicho usted que sus «pociones» son irresistibles? ¿Pociones? —dijo Mateo, con dificultades para distinguir si lo que ocurría era real o parte de un sueño.

—Así las llamo yo —dijo su anfitrión en el vagón, con una sonrisa lobuna—. Al fin y al cabo, nuestra amiga es una auténtica bruja.

—No le haga caso —intervino Hilda, reprimiendo una carcajada cómplice y tomando el asiento libre, junto a la ventana—. Es pura y simple química. Compuestos que afectan al sistema nervioso. Nada de magia, solo ciencia. Bueno, y el truco del pañuelo, que nunca falla.

—Por favor —retomó la palabra el desconocido, obsequioso—, tome asiento, Mateo. Al lado de la señorita, ya que tienen confianza. Y permítame que me presente. Mi nombre es Segundo Cruz y este caballero a mi derecha es el señor Farbig. El caballero es un artista, un gran músico, pero de pocas palabras, y en castellano, ninguna. Sírvase ignorarle por ahora.

Mateo permaneció de pie, hasta que Segundo Cruz abrió su chaqueta con una mano enguantada y extrajo de una sobaquera el revólver con el cañón más largo que el joven Sanz había visto hasta entonces.

—Lamento tener que recurrir a este tipo de argumentos —dijo Segundo que apuntaba con fingida desgana a Mateo, a pesar de que éste, una vez visto el revólver, no había tardado en tomar asiento—. Este «argumento», en particular, viene de América. Es un Colt de siete pulgadas y media, como los que utiliza la caballería allí. Le

llaman «el Pacificador». Muy apropiado, ¿no cree? No hay nada como sostener uno de estos para que se imponga la paz. Como ve, los americanos lo hacen todo a lo grande, a ellos la sutileza les trae al fresco.

—Por su acento, diría que usted también viene de América —dijo Mateo, haciendo un esfuerzo por simular un aplomo que el ligero temblor de su voz desmentía.

—Tiene buen oído. Nací en la isla de Puerto Rico. Pero ¿no cree que a veces le damos demasiada importancia al lugar en el que uno nace? Lo importante no es donde inicia uno los primeros pasos, sino hacia dónde los dirige a partir de entonces.

—Pues últimamente parece que todo el mundo se empeña en conducir los míos. A veces con «argumentos» incontestables —dijo Mateo señalando el Colt que Segundo Cruz seguía sosteniendo con desgana frente a él.

—Por favor, vamos al grano. Me estáis aburriendo —intervino la señorita Hanis con un bostezo simulado.

—Tienes razón, querida. Y una vez más, Mateo, mis disculpas por tenerle aquí en contra de su voluntad, pero nos parecía importante que nos conociera. Verá, señor Sanz, aquí el señor Farbig a punto estuvo, no hace mucho, de cometer un terrible error. —El interpelado abrió un poco más los ojos al reconocer su nombre, pero siguió callado, con su mirada clavada en Mateo—. No puedo culparle del todo, por supuesto. Él tenía sus órdenes y las cumplía con exactitud germánica.

—Los alemanes somos eficaces y eficientes. En todo —dijo la señorita Hanis mirando a Mateo a los ojos, y reposando su mano sobre la rodilla del joven. Mateo no pudo evitar dar un respingo.

—Hilda, por favor, me gustaría terminar con esto antes de que lleguemos a Zaragoza, no distraigas a nuestro invitado —intervino Segundo Cruz.

—Es que es tan inocente aún, tan tierno —se rio la rubia.

—Ignórela, Mateo. Hay pocas cosas que le sienten peor a una mujer que no hacerle caso. Volviendo a nuestro particular problema, el señor Farbig estuvo cerca de cumplir con lo que le habían

encomendado, y en tal caso no estaríamos aquí hablando usted y yo. Por suerte, lograron escapar de sus amigas.

—¿Qué amigas? —dijo Mateo confundido. En ese momento, se percató que Farbig llevaba en una de sus manos un objeto en el que no había reparado.

—En efecto —dijo Cruz al darse cuenta que por fin había visto la flauta—. Cuando el señor Farbig toca su instrumento, los efectos que causa en sus pequeñas amigas, las ratas, son bastante... ¿especiales, peculiares? ¿Incómodos quizás?

Mateo intentó mantener la compostura, pero el recuerdo de lo sucedido en los túneles bajo el Palacio de Buenavista le provocó un involuntario escalofrío.

—En cualquier caso —continuó Segundo Cruz—, ha de saber que, en cuanto detectamos sus acciones, les pusimos fin. Es usted muy importante para nosotros.

—Pues me temo que debe haber una equivocación, porque no creo ser de relevancia para nadie. Quizás me han confundido con otra persona —dijo Mateo.

—Querido amigo, nada más lejos de la realidad. Se le ha mantenido en la inopia. Y no me extraña. Es por lo que me sorprende que, al final, se haya unido a esta organización suya tan... ¿estrambótica?

—Créame, el primer sorprendido soy yo.

—Es un amor, Segundo, ¿no te parece? —intervino Hanis.

—Es cierto, el chico promete —asintió Cruz—. En cualquier caso, lo ocurrido es lo de menos. Lo importante es lo que suceda a partir de ahora. Sepa, mi estimado amigo, que por razones que a usted se le escapan y aún no puedo desvelar, haremos lo posible por protegerle. Pero le recomiendo que cuanto menos tiempo permanezca en la compañía del general Serrano y sus peones, mejor para usted.

—¿Me está amenazando? —dijo Mateo con un coraje que ni sentía ni al parecer podía simular.

—Si alguna vez tengo que recurrir a la amenaza, no dudará en absoluto que lo he hecho.

—Yo lo he presenciado, y es terrorífico —apuntó Hanis, de nuevo posando su mano sobre la pierna del joven.

—Lo que le estoy ofreciendo —continuó Segundo Cruz, su revólver bailando olvidado en su mano— es una oportunidad. Deje al general y a sus secuaces y véngase con nosotros. Le aseguro que le irá mucho mejor.

Mateo tragó saliva. No guardaba un cariño especial al general Serrano y al resto del equipo —Gilbert y Marie— los acababa de conocer. Pero menos sabía de aquel otro grupo y, por ahora, no le parecían muy de fiar.

—Creo que prefiero la compañía de mi tutor a la suya. Dicho sea, sin ánimo de ofender.

—Oh, no me ofende. Y es la respuesta que me esperaba. Algunos dirán que la fidelidad es una virtud que le honra, pero no termino de compartir esa opinión. Que no salga de aquí, pero hace tiempo que mi fidelidad está en venta. Usted es joven e irá aprendiendo estas cosas, pero déjeme darle un consejo tan solo: no se fíe de Serrano. Le oculta muchas cosas, Mateo, demasiadas. Cuando las descubra, quizás pueda, y quiera, reconsiderar mi oferta.

—Entonces, ¿puedo irme? —dijo Mateo, haciendo ademán de levantarse del asiento.

—En un momento, no tenga tanta prisa. Por favor, Hilda, ¿haces los honores?

—Creía que nunca lo dirías —dijo la señorita Hanis, que en aquel preciso momento terminaba de pintarse los labios de un rojo brillante. A continuación, y con una sonrisa depredadora, se arrojó a los brazos de Mateo, y le besó apasionadamente.

El joven Sanz tardó un instante en reaccionar. Sintió los labios de aquella mujer sobre los suyos, pero a diferencia de los de Margerie Fiennes —los que tenía más recientes en su memoria—, no sintió esta vez un natural y sensual placer invadiendo su cuerpo. Al contrario, su boca y su lengua se adormecieron, y una languidez súbita contagió sus brazos y piernas. Incapaz de moverse, la respiración se le hizo pesada y el sopor se abrió paso. Sus párpados comenzaron a descender, pese a sus esfuerzos por mantenerse despierto. La faz sonriente de Segundo Cruz observándolo, sus ojos

negrísimos y su sonrisa blanca y contagiosa fue lo último que vio antes de que la oscuridad le cubriera por completo.

—Atienda bien, Mateo. —El joven Sanz escuchaba la voz profunda y autoritaria de Segundo Cruz resonando en su cabeza—. En primer lugar, no podrá contar al general Serrano ni a sus secuaces nada de este encuentro. En segundo lugar, a partir de este instante y hasta el momento en que se despierte, será incapaz de recordar lo que le diré a continuación...

6

—En tercer lugar... —repitió Mateo soñoliento, aunque no sabía cómo seguir. Una sensación incómoda, similar a la de sentirse observado, le impelió a abrir los ojos y encontrarse con la adusta mirada del general Serrano.

—¿Quiere usted que le pegue otra «guantá»? —dijo un hombrecillo a su lado, delgado y vestido humildemente.

—Creo que no va a hacer falta. Bofetada que no has de vengar, no te la dejes dar.

—Pues si usted lo dice, pero que yo encantado —asintió el desconocido. Mateo sentía sus mejillas acaloradas y doloridas. Sospechó que ya había sido destinatario de alguna de las anteriores «guantás».

Asombrado, se dio cuenta que ya no se encontraba en el vagón de Segundo Cruz, encañonado por su Colt. A su alrededor, multitud de ojos le observaban con curiosidad. Incluso acertó a distinguir una tosca jaula de madera con una gallina dentro que también le miraba con cierto interés. Olía a humanidad, a comida —sobre todo fiambres—, y el asiento en el que se sentaba era incómodo y parecía a un tris de desarmarse. Dedujo, por tanto, que no se encontraba en un vagón de primera.

—Está usted en tercera. ¿Me podría decir por qué? —dijo el general Serrano que, con cierta irritación, parecía haber adivinado lo que estaba pensando.

Mateo abrió la boca para responder y contarle al general lo acontecido con Segundo, Hilda, y Farbig, pero ninguna palabra salió de su boca. Algo dentro de él le impedía relatarlo.

—Apesta a alcohol, caballero —dijo el general, arrugando la nariz. Era cierto, olía a vino pero, si había bebido, no sentía sus efectos—. Déjeme que adivine. Se ha emborrachado, no ha encontrado el camino hasta nuestro vagón y ha terminado aquí, ¿es cierto?

Por más que lo intentaba, era incapaz de contarle lo que en realidad le había sucedido.

—No —dijo Mateo, al fin, a un volumen quizás demasiado alto—, o sea, sí. No sé, la verdad.

—Si quiere le doy otra —intervino el hombrecillo, con una sonrisa en la que se dejaba al descubierto la ausencia de un par de piezas dentales.

—Ya está bien de «guantás», por Dios —dijo Mateo levantándose de su asiento, con cierta dificultad, provocando que el hombrecillo diera un precavido paso atrás—, o el que va a empezar a repartirlas voy a ser yo.

—Si yo era por ayudar —musitó el hombre.

—Tome usted —dijo el general depositando un par de monedas en su mano, y trastocando al instante la expresión lastimera del hombrecillo en una de satisfacción—, y recuerde que una pena quita otra pena. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Manuel Peñalta, para servirle a Dios y usted. —El interpelado cogió el dinero, y se quitó de en medio con celeridad.

—Vamos, Mateo, volvamos a nuestro vagón. Estamos a punto de llegar a Zaragoza.

El joven Sanz apresuró el paso tras el general. Atravesaron los vagones de segunda, por los que no recordaba haber pasado antes, y continuaron por los de primera. En uno de aquellos compartimentos se había mantenido el encuentro con Segundo Cruz y sus peculiares acompañantes, pero le era imposible adivinar en cuál de ellos.

—General, deténgase, se lo ruego —pidió Mateo, aprovechando que el pasillo se encontraba desierto.

—¿Qué pasa, jovencito, le afecta demasiado la resaca como para mantener el paso? —respondió el general Serrano, volviéndose y arrugando el entrecejo.

Mateo, de nuevo intentó explicarle lo sucedido, pero algo en su interior le frenaba.

—¿Y bien? —dijo el general, en un tono menos severo.

—Soy incapaz de contarle lo ocurrido, pero le juro que no es lo que está sugiriendo usted —dijo Mateo al fin, con toda la seriedad que le era posible—. Tiene que creerme.

Una puerta se abrió en el vagón, interrumpiendo la conversación.

—¡Señoras, señores, estamos llegando a la estación del Campo Sepulcro, Zaragoza, vayan preparándose y recogiendo sus pertenencias!

Mateo y el general Serrano se mantuvieron las miradas el uno en el otro, mientras el revisor continuaba su camino hacia los siguientes vagones, las puertas de los distintos compartimentos se abrían y los pasajeros comenzaban a salir al pasillo.

—Le creo —dijo el general finalmente, reanudando su camino y abriéndose paso con mayor o menor educación, entre los pasajeros que estaban ya congregándose afuera de sus compartimentos y en las salidas del vagón.

Mateo avivó el paso tras él, esquivando también a las gentes que iban atestando los lugares comunes del tren. Por las ventanas veía aproximarse la estación.

—¿Por qué me cree? ¿Qué le ha hecho cambiar de idea? —dijo, intentando mantenerse a la altura de su tutor.

—Me ha parecido ver a un viejo conocido —respondió el general —. Y dado que dos y dos son cuatro, y la cabra siempre tira al monte... En fin, que a buen entendedor pocas palabras bastan. Además, no sería usted tan irresponsable como para ponerse a beber en acto de servicio, ¿no es cierto?

—Bueno, sí, claro—mintió Mateo. La noción de estar en acto de servicio era nueva para él, pero lo que no podía negar es que, en aquel momento, se tomaría un buen trago de algo, lo que fuera.

—Pues entonces no hay más que hablar —sentenció el general, continuando su trayecto hasta su compartimento. Una vez allí, se

detuvo ante la puerta y le cedió el paso.

—Mateo, qué alegría, o como dicen ustedes, dichosos los ojos —dijo la señorita Poitiers.

—La alegría es mutua —respondió, azorado, Mateo.

—¿Qué le ha pasado? —intervino Gilbert desde su asiento —. Tiene la cara aún más roja de lo habitual, y no creo que solo sea el rubor juvenil al que nos tiene acostumbrado.

—Me debe haber dado demasiado el sol —inventó Mateo. Apostaba que Manuel y sus «guantás» eran los culpables del color de sus mejillas.

—Estábamos preocupados, ¿dónde se había metido?

—Mateo se encontró con antiguas amistades, y perdió la noción del tiempo, ¿no es así? —intervino el general Serrano.

Mateo asintió. La sola intención de contar lo sucedido con Segundo Cruz y compañía le causaba un gran desasosiego.

—Por cierto —inquirió Gilbert—, ¿sabe usted qué sucedió con mi sombrero? Creo recordar que lo dejé en la mesa del vagón restaurante, pero cuando volví, no había ni rastro ni de usted, ni de mi bombín.

—No tengo ni idea, Taylor —mintió Mateo.

—Es una pena, le tenía cariño.

—Estoy seguro de que Mateo le ayudará a conseguir uno nuevo en Zaragoza, ¿no es así? —sugirió el general Serrano.

—Por supuesto, por supuesto —asintió Mateo. De alguna forma, Francisco Serrano también había llegado a la acertada conclusión de que él había tenido la culpa de la desaparición del sombrero.

—Qué amable ha vuelto usted, Mateo —dijo Marie—. ¿Quizás también puede ayudarme con mi maleta?

—Oh, dejémoslas todas a él —dijo el general a la par que el tren se detenía en la estación—. Es joven y fuerte. No tendrá problemas.

—No sé por qué, pero todo esto suena a que alguien tiene algún pecado que purgar —dijo Gilbert dirigiéndose despreocupado hacia la puerta y abandonando, también, su maleta al cuidado de Mateo.

—No tarde, Sanz —dijo el general antes de alejarse con sus otros compañeros.

Mateo suspiró. Tanto él como su antiguo tutor contaban con sendas maletas, más bien pequeñas. La de Gilbert sin embargo era bastante más voluminosa. En el caso de la señorita Poitiers eran tres los bultos. La perspectiva de cargar, él solo, con todo aquel equipaje parecía una faena imposible.

—¿Da su permiso, con la venia? —dijo una voz a su espalda, interrumpiendo sus disquisiciones.

Mateo se volvió para encontrarse con Manuel Peñalta, en la puerta del vagón. El energúmeno que le había abofeteado no hacía mucho le miraba con desconfianza, el gorro dando vueltas entre sus manos.

—Espero que no venga a seguir dándome guantazos, porque ya estoy despierto e igual me defiendo —dijo Mateo.

—Que conste que yo no hice más que lo que me dijo el otro señor —respondió el hombrecillo con aire ofendido—, que por cierto, me ha enviado para que le ayude con las maletas. Me ha dicho «Manolo, ve a cargar las maletas, que ése no sale del tren con ellas en toda la noche».

—Vaya, pues parece que tiene usted la virtud de estar siempre a mano cuando se le necesita. —Mateo se hizo a un lado para descubrir el equipaje que tenían que llevar.

Aunque por su estatura y apariencia física Manuel Peñalta no parecía que estuviera hecho para cargar bultos, en un momento, y con aire resuelto, sujetó dos maletas con facilidad en cada mano, y otra bajo el brazo. Además, se había atado el cinturón al hombro, y enganchándolo a otra maleta más, en una especie de bandolera, se la cargó a la espalda. De esa manera, Mateo solo cargaba con su propio equipaje.

El andén estaba ya casi desierto cuando bajaron del tren. No había ningún carruaje a la vista que alquilar, por lo que emprendieron el camino hacia el hotel a pie. El cierzo, como es habitual en Zaragoza, les dio la bienvenida nada más abandonar la estación y les obligó a subirse la solapa de sus respectivas chaquetas.

—Dígame, Manuel, ¿vio usted cómo llegué al vagón de tercera? —preguntó Mateo a su compañero al cabo de un rato. Hasta aquel

momento, excepto por algún que otro inesperado gruñido, Manuel había guardado silencio.

—Sí, señor. Llegó usted ensimismado, se sentó al lado mío, y se puso a dormir.

—¿Y qué pensó usted?

Manuel detuvo su marcha y miró al joven Sanz, quizás sorprendido por aquel uso del «usted», o tal vez aprovechando aquella oportunidad para descansar unos segundos.

—Pues, con mis «respectos», que qué tripa se le había roto —respondió al final.

—¿Cómo?

—Que hay que estar loco para dejar los compartimentos de primera para meterse en uno de tercera, por muy borracho que se esté, vamos.

—Ya, no hace falta que lo jure. Aunque no estaba borracho.

—Pues olía a vino que echaba para atrás, con mis «respectos».

—¿Y llegué solo al vagón? —preguntó Mateo.

—Digo, más solo que la una. Con...

—No vuelva a decir «con mis respectos», Manuel, por favor. ¿Qué hizo entonces?

—Pues reflexioné y dije para mis adentros «Este señor no pertenece a este lugar, seguro que en el suyo lo echan en falta». A veces los señoritos tienen algún familiar al que le falta un hervor y se les pierde, y cuando alguien les ayuda a recuperarlo, igual aflojan un poco la bolsa, usted ya me entiende.

—Lo que entiendo es que cree que me falta un hervor, pero bueno, siga usted —sonrió Mateo.

—Pues eso, que me fui hacia los vagones de primera, pero no hizo falta porque enseguida encontré a ese señor, su padre supongo...

—Dios me libre. Tutor y gracias.

—De nada, pero bueno, el caso es que lo vi buscándolo a usted y ya me lo traje hasta donde dormía la mona.

—Que te he dicho que no estaba borracho —se quejó Mateo.

—Pues donde dormía a secas. El caso es que el señor tutor de usted, me dijo, «Manuel, despiértalo, dale un par de guantás». Con mis «respectos», claro.

Mateo asintió y reemprendieron el camino. Podía recordar lo sucedido hasta que Hilda Hanis le había besado, pero no tenía memoria alguna de lo ocurrido desde aquel momento hasta que despertó en el vagón de Peñalta. Asimismo, seguía confundido e inquieto ante la imposibilidad de contarle al general lo sucedido, aunque sospechaba que, de alguna forma, lo había deducido. El extraño poder que Segundo Cruz y sus secuaces tenían sobre él le creaba una gran turbación. ¿Acaso se trataba de hipnotismo? No lo creía. Había leído sobre ello, y no creía que funcionara así. Se inclinaba más bien a que habían usado con él alguna droga que dominaba la voluntad.

Mateo iba absorto en sus propios pensamientos. Ignoraba cuánto faltaba para llegar al hotel; asumía que Manuel Peñalta, ya que era de allí, sabría el camino y, por la cuenta que le traía, escogería el más corto para cargar menos tiempo con todo aquel equipaje. Sumido en sus pensamientos, tardó en darse cuenta de que abandonaban una zona bien iluminada y se internaban por calles más estrechas, en las que todas las casas tenían las persianas echadas, las farolas estaban cada vez más alejadas unas de otras e incluso el firme era de tierra.

—¿Está seguro que no nos hemos perdido? —preguntó Mateo saliendo de su ensimismamiento.

—Hemos cogido un atajo. Si fuera usted solo, no le aconsejo que se interne por aquí. Es un poco peligroso —respondió Manuel.

—¿Peligroso, por qué exactamente? ¿Quizás porque podemos cruzarnos con compañías como esas? —Mateo señaló a dos hombres que, con obvias intenciones hostiles salían de las sombras y se plantaban en medio de la calle.

—Es usted despierto —dijo su compañero deteniéndose, y dejando caer las maletas al suelo.

—Supongo que no los conoce, ¿verdad?

Manuel escupió al suelo por toda respuesta.

—¿«Sus» habéis perdido? —dijo uno de los hombres.

—Esa pregunta es irónica, ¿no es cierto? —susurró Mateo.

—No sé qué significa eso, pero igual se calla un poquito y me deja a mí esto —dijo Manuel con una voz más ronca que la que había

utilizado hasta ahora.

Los dos hombres frente a ellos extrajeron de sus bolsillos sendas navajas. Mateo dio un paso atrás. Un escalofrío le corría la espalda, y el cuerpo se puso en tensión.

—¡Pero hombre, qué alegría! —comenzó a gritar Manuel, echando los brazos al aire. A Mateo le desconcertó aquel tono despreocupado, y la forma en la que se acercaba con serenidad a los dos hombres que les habían amenazado.

—Quieto ahí, «pelao», no te arrimes más —dijo el hombre que les había hablado antes. Manuel no se detuvo.

—Pero hombre, cómo no voy a ir a daros un abrazo, con el alegrón que me habéis dado.

—Estate quieto ahí.

—¿Por qué? —. Manuel se había detenido, aparentando confusión.

—Porque como te acerques te rajo, enano —dijo el asaltante. Lo de enano podía sonar a exageración, pero lo cierto es que Manuel era sustancialmente más bajito que los otros dos.

De pronto, se echó a reír a carcajadas. Los dos hombres, frente a él, se miraron confundidos. Mateo, más atrás, tampoco sabía qué hacer. Aquella situación era demasiado surrealista.

—¡Que me raja dice! ¡Con esas navajitas de juguete! ¿Lo ha oído? —dijo Manuel, volviéndose hacia Mateo, sin que su histérica risotada diera muestras de acabarse.

—Ven y comprueba si son de juguete —dijo el otro hombre levantando su navaja. Tanta risa claramente le estaba desquiciando y Mateo, en cierta manera, no le culpaba. A él también le estaba poniendo muy nervioso.

—Pero hombre —dijo Manuel—. Una navaja como Dios manda es ésta. —Introdujo la mano en su cinto, a la espalda, y de allí extrajo una navaja enorme que abrió con las dos manos. La hoja era el doble de grande que las de los hombres que le cortaban el camino.

Los dos hombres intercambiaron sendas miradas, ya no estaban tan seguros de sí mismos.

—Me reía porque justo le decía a mi amigo —Manuel volvió a señalar a Mateo, que no sabía muy bien qué actitud tomar, y que

había optado por hacer de convidado de piedra— que me faltaban orejas para terminar mi collar.

Mateo, desde donde estaba, no alcanzó a ver lo que Manuel extraía de dentro de su camisa. Ciertamente, era un collar, pero al estar de espaldas a él, no podía comprobar si lo que afirmaba era verdad, y si de él colgaban orejas o no. Los otros dos probablemente tampoco lo sabrían a ciencia cierta, pero tanto el que llevaba la voz cantante como el que no había dicho nada hasta ese momento dieron un paso atrás.

De improviso, Manuel emitió un grito y se lanzó a la carrera hacia ellos, con su enorme navaja en una mano, y el collar en la otra. Los asaltantes, asustados, se dieron la vuelta y salieron corriendo como almas que lleva el diablo. Manuel los persiguió un trecho, dando gritos extraños e incoherentes.

Al fin, se detuvo. Cerró la navaja, emprendió el camino de regreso con paso tranquilo. Todo quedó en silencio. Durante aquel episodio, Mateo no alcanzó a ver luz alguna en ninguna de las ventanas de las casas alrededor, y nadie se asomó a ver qué ocurría.

—He de decirle que no sé si aplaudir o salir corriendo yo también —le confesó Mateo cuando su compañero llegó hasta él y volvió a cargar con las maletas como si nada hubiera pasado. Esta vez, sintiéndose culpable, Mateo cargaba con una maleta más, aliviando un poco la carga de su compañero.

—A la gente le asusta más un perro loco que uno grande, ¿sabe? —dijo Manuel cuando reemprendieron el camino.

—¿Y el collar que lleva, está hecho de orejas humanas realmente?

—Quién sabe —dijo Manuel—. Lo tengo desde que estuve en la campaña de África. Lo llevo siempre encima, creo que trae suerte. Aunque no se la dio al moro que intentó matarme, cuando se lo arrebaté de sus manos muertas.

Mateo lo miró con aprehensión. No hubiera adivinado nunca que aquel hombrecillo era en realidad un veterano del ejército, curtido en la batalla. Siguieron andando en silencio. Al cabo de unos minutos, escuchó una risita. Provenía de Manuel Peñalta, a su lado.

—¿No se lo habrá creído, verdad? En realidad le gané este collar a un gitano, jugando a los dados, la semana pasada.

Mateo lo miró dubitativo. Durante el resto del camino, estuvo ponderando cuál de las dos versiones sería la verdadera.

—Ya hemos llegado —dijo Manuel, devolviéndo a Mateo a la realidad. El portero del hotel, a su vez, miró boquiabierto a esa especie de tortuga humana que era Peñalta cargado de maletas, y mandó a llamar a un par de botones para que recogieran el equipaje.

—Muchas gracias —dijo Mateo agradecido, y extrajo la cartera del bolsillo de su chaqueta para pagarle sus servicios como mozo de equipajes.

—No, por Dios —le detuvo Manuel—. Ya me pagó su tutor. Que uno es pobre pero honrado. Además que no podría aceptar nada de usted, ya le he cogido cariño. Que sepa que tiene en mí a un amigo, señor Sanz.

—Llámame Mateo, por favor —respondió el joven conmovido.

—Ya sabe, Mateo, si necesita cualquier cosa, búsqueme por el barrio del Rabal, y pregunte por Manuel Peñalta. Allí estaré para que lo que necesite.

Mateo se despidió de él, arrepentido de haberle amenazado en alguna ocasión con devolverle las bofetadas con las que le había despertado. Un poco más tarde, cuando pretendió dar una propina al portero del hotel, le dio un ataque de risa. Se acordó de que Peñalta le había confesado que estaba atento a las oportunidades y sumó dos y dos. Por eso no quería propina. Porque, cuando estaba dormido, junto a él, en el vagón, ya se le había presentado la oportunidad de vaciarle la cartera.

7

Aunque tenía la sospecha de que el dependiente había inflado el precio real del sombrero, Mateo abonó el importe que se le solicitaba sin regatear demasiado. El dinero, en cualquier caso, provenía del general Serrano, a quien había recurrido tras descubrir que el poco que tenía había volado. Deseaba, con sinceridad, que estuviera siendo disfrutado en alguna taberna del Rabal zaragozano.

No había sido fácil encontrar un sombrero igual al que su compañero había «perdido». El bombín gozaba de gran popularidad en la Gran Bretaña y sus colonias, pero allí, en Zaragoza, los modelos parecían estar limitados a dos en concreto: o la humilde boina aragonesa, o el altivo sombrero de copa. No fue hasta que entraron en Sombrerería María, en la plaza San Felipe, que un muestrario, en apariencia ilimitado, de las distintas formas con las que el ser humano se cubría la cabeza, se desplegó ante ellos. En las atestadas estanterías de la tienda se mostraban sombreros cordobeses, charros mejicanos (tanto de palma como de fieltro), jipijajas, monteras taurinas, gorros de lana, salacots británicos... incluso tricornios de la Guardia Civil.

Al fin, de una de las cajas redondas de la trastienda, recién llegadas de Londres —según afirmaba el encargado—, se extrajo, casi con reverencia, un sombrero como el que Gilbert y Mateo llevaban buscando toda la mañana.

—Pues aquí lo tiene —declaró el dependiente—. Bombín, bowler, sombrero hongo... Como quiera llamarle. Si no lo tenemos nosotros, no lo tiene nadie.

—El sombrero estaba a mi cargo —objetó Mateo cuando Gilbert echó la mano al bolsillo, en busca de su cartera—, y si ha desaparecido, es mi obligación comprarle uno nuevo.

—Hagamos una cosa —dijo Gilbert—. El sombrero es de usted, pero lo tendré yo en préstamo, ¿qué le parece?

—Trato hecho —accedió Mateo. Su culpabilidad no desaparecía completamente con aquel acuerdo, pero se atenuaba bastante. Como era natural, no había revelado a nadie que el anterior lo había dejado volar al viento a instancias de Hilda Hanis.

—Si le digo la verdad, sin él me sentía medio desnudo —reflexionó el inglés, colocándose el bombín ladeado sobre su cabeza —. No sé cómo puede usted ir por ahí con la cabeza descubierta, querido Sanz.

Mateo se encogió de hombros, mientras el encargado de la tienda asentía entusiasmado a las palabras de Gilbert. No llevar sombrero era una rara avis en aquellos tiempos, casi tanto como no lucir un buen bigote. Vivían en una época de avances en múltiples campos,

desde la ciencia a la política, pero el peinado, el tocado, o los afeites eran temas en los que uno no debía discutir: o te adaptabas y seguías la tradición imperante o corrías el riesgo de ser considerado un bobo irredento.

Salieron del establecimiento de mejor humor con el que habían entrado; Gilbert, porque volvía a lucir un bombín sobre su repeinada cabeza, y Mateo porque daba un descanso a su conciencia. Se encaminaron hacia la estación de ferrocarriles del Norte, pues la hora ya apremiaba. El trayecto de Zaragoza a Barcelona lo realizaba la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España. Distinta compañía, distinta estación, pero la misma división de clases. Si bien el paisaje sería el mismo para todos los pasajeros, y llegarían al mismo tiempo a su destino, Mateo y sus compañeros lo harían en el confort del vagón de primera. En segunda, la excesiva cercanía de otros viajeros y la dureza de los asientos de madera sin acolchar mermarían el placer; y en tercera, lo único que compensaba la incomodidad del viaje era el dinero y el tiempo que el pasajero del tren se ahorraba con respecto al de la diligencia.

Tal y como habían pactado, antes de abandonar el hotel, sus compañeros se había hecho cargo del equipaje de ambos. Francisco Serrano, en el andén, escudriñaba sus alrededores desconfiado. Mateo sospechaba que el general buscaba, entre otras cosas, a Segundo Cruz y a sus acompañantes.

—Buenos días, general. ¿Dónde se encuentra nuestra querida señorita Poitiers? —preguntó Gilbert con afabilidad.

—Ya se encuentra en el vagón. Veo que finalmente ha encontrado uno de sus horribles sombreros.

—Así es. Aunque en realidad es propiedad del joven Sanz. Hemos quedado que me lo cede en préstamo hasta que aparezca el mío —contestó sonriente el inglés.

—Ya veo. Es demasiado optimista si aún guarda esperanzas de que eso suceda. Por cierto, podía haber convencido a Mateo para que se comprara uno para sí y se asemejara a un hombre decente.

—No crea que no lo he intentado, pero se niega en redondo. Dice que no va con él.

Mateo suspiró. Ignoraba que uno podía convertirse en un hombre de provecho por el mero acto de cubrirse la cabeza, por lo que, sin más, subió al tren y se dirigió al compartimento que tenían reservado.

—Por fin viene usted —dijo la señorita Poitiers al ver a Mateo. El librito sobre la Inquisición Española descansaba, cerrado en su regazo—. No le he visto en toda la mañana. ¿Dónde ha dejado al señor Taylor?

—Junto al general, debatiendo sobre sombreros.

—¿Sobre sombreros? —rió Marie—. Tiene usted un extraño sentido del humor.

—¿Usted cree?

—Es mi opinión personal —dijo Marie—. En el informe sobre usted no decía nada al respecto.

—¿En el informe? —preguntó Mateo, confuso.

La puerta del vagón se abrió de repente, y en su puerta apareció el resto de la comitiva. Afuera, sonaba ya el silbato del revisor.

—¿De qué informe hablan? —preguntó Gilbert.

—Del de su sentido del humor —dijo Marie, divertida.

—No recuerdo que se hablara de él en ninguno de los que he leído. De muchas otras cosas, sí, por supuesto.

—Ya que todos parecen saber tanto sobre mí, quizás me sentiría menos incómodo si me contaran un poco más de su propia vida —dijo Mateo.

—Loco que sabe callar, por cuerdo es tenido —resopló, entre sus bigotes el general, con hastío.

—Me temo que nuestra vida privada es eso, privada —informó Gilbert Taylor—. No se lo tome a pecho, ya irá conociéndonos a todos, no fuerce las cosas.

—En fin —suspiró Mateo, recostándose un poco sobre la ventanilla —. Como siempre, no se priven y manténgame sobre ascuas. Avísenme cuando lleguemos a la estación.

El traqueteo del tren pronto le acunó, y se quedó dormido. No abrió los ojos hasta llegar a Barcelona, apoyada su cabeza sobre el hombro de Taylor.

—Vergüenza y mocedad no vuelven cuando se van —dijo el general.

—No se puede hacer una idea del odio que le estoy cogiendo al refranero español —dijo Mateo.

El sol ya se ocultaba cuando, tras un corto viaje en coche desde la estación de ferrocarril, llegaron al puerto de Barcelona.

—Le veo cabizbajo —dijo Marie. Se encontraban en el muelle, rodeados por su equipaje. El general Serrano y Gilbert se habían quedado rezagados, pagando el transporte hasta el solitario muelle.

—El general me ha embarcado en este despropósito a traición. Tengo en Inglaterra a una mujer con la que pensaba casarme y ni siquiera me he podido despedir para, al menos, explicar lo sucedido. Como si fuera posible hacerlo. Así que tiene razón y no, no estoy saltando de alegría en estos momentos, si le digo la verdad.

—Creo que juzga a Francisco con demasiada dureza.

—¿Eso cree?

—Todo ha ido muy rápido para usted, pero estoy segura que a partir de ahora habrá más tiempo para ponerle al día —concedió Marie mientras el general Serrano y Gilbert Taylor se acercaban.

—Creo que se acerca nuestra nave —indicó el primero, al llegar.

Mateo miró las calmadas y desiertas aguas del muelle. Había anochecido y la luna brillaba, hinchada y orgullosa en el cielo. Ningún barco se aproximaba.

—Sí, Narciso es un hombre puntual —asintió el general Serrano.

—¿Me están tomando el pelo? —protestó Mateo, mirando hacia el lugar en el que supuestamente sus compañeros veían algo que él no —. Ahí no hay nada.

—Ese es su defecto, Mateo. Está usted esperando que las respuestas le salten a la cara, que aparezcan inequívocas frente a usted. Tal vez debería mirar bajo la superficie —dijo Marie al tiempo que acercaba una mano a la cabeza del joven y la movía en la dirección en la que, supuestamente, se acercaba su transporte.

Aun así, durante unos segundos, Mateo no vio nada que le llamara la atención, hasta que, de improviso se percató que, bajo las aguas, una sombra se acercaba. La figura sumergida, cuya silueta

no alcanzaba a distinguir, disminuyó su velocidad y comenzó a ascender, surgiendo de las aguas. Ante los maravillados ojos de Mateo, que había leído sobre ellos, pero nunca los había visto en persona, emergió un submarino.

Sobre la nave se erguía una torreta, coronada por una escotilla. De ella salieron un par de marineros que, sin prestarles atención, se dedicaron en silencio sepulcral a las tareas necesarias para el atraco. Tras ellos se asomó un hombre de edad casi pareja a la del general, con pelo cano y ralo sobre su cabeza pero, sin embargo, luciendo unas largas y frondosas patillas y un bigote poblado y bien cuidado.

—Vaya, ya están ustedes aquí —dijo con marcado acento catalán —. Cuánto tiempo, Francisco. Bienvenidos sean todos al Ictíneo III.

—Hola, Narciso —saludó el general—. Me temo que esta vez no tendré el gusto de acompañarles. Asuntos importantes me reclaman en Madrid, pero aquí le dejo lo más granado de nuestra organización. Bueno, y a Mateo.

—Ah, el famoso Mateo Sanz. Por fin le conozco, caballero. Soy Narciso Monturiol, para servirle a usted.

—¿Narciso Monturiol? ¿El empresario? ¿El promotor de la navegación submarina? —Una luz se encendió en el alma de Mateo.

—En carne y hueso, caballero. Da gusto ver que el nombre de uno sea reconocido entre la juventud.

—Se había dicho que estaba usted arruinado y que había tenido que vender su invento por piezas —dijo Mateo atropelladamente, admirando el submarino frente a él. Lo cierto es que parecía tener mayores dimensiones de las que recordaba por las fotos de los periódicos.

—Eso fue con el Ictíneo II —respondió el ufano Monturiol—. Gracias a Dios aún existen buenas gentes, con buen criterio, dispuestas a subvencionar la construcción de esta versión mejorada. Pero suban, suban, que no tenemos todo el día.

Mateo dudó. No había contado con que el general se quedara en tierra, y tenía pendiente una importante conversación con él, sobre varios temas, pero principalmente, sobre sus padres. Aun así, la perspectiva de experimentar un viaje en una nave submarina le hacía titubear.

—Vaya usted, Mateo —dijo el general cuando Mateo se dirigió a él —. No se preocupe, que tiempo habrá para hablar a su vuelta, y de aclarar todo lo que sea necesario.

—Se lo tomo como una promesa. Y por Dios le pido, póngase en contacto con la señorita Fiennes y explíquele que todo esto no forma parte de mis planes y que volveré lo antes posible.

—Por la peana se adora al santo.

—Yo no lo hubiera dicho mejor —dijo Mateo. No tenía ni idea de qué había querido decir el general pero tenía esperanzas de que significara que le haría llegar una explicación a Margerie por su repentina ausencia.

Mateo siguió al resto por la escalinata que los marineros habían preparado, y se introdujo por la estrecha torreta y su escotilla en la nave submarina. Una luz rojiza, cuyo origen no situaba, iluminaba el interior. La pequeña estancia en la que se encontraban apenas era suficiente para alojar al magnate Monturiol, sus dos compañeros y él mismo. Y aún faltaban por entrar los marineros.

—Bien, caballeros, y señorita. A continuación les acompañaré a sus camarotes. Permanecerán en sus aposentos mientras mi tripulación y yo realizamos las maniobras necesarias para salir del puerto y poner rumbo a Venecia.

—Así que Venecia... ¿Por qué no? —suspiró Mateo. Era la primera noticia que tenía.

Narciso emprendió el camino por el angosto espacio hacia lo que serían sus habitaciones.

—Como ven, el señor Taylor y el señor Sanz compartirán camarote. Es una litera, pónganse ustedes de acuerdo en cómo se la reparten. Y la señorita Poitiers tendrá una habitación para ella sola. No es muy cómoda, pero qué se le va a hacer, ¿verdad? —Monturiol abrió una puerta corredera y mostró lo que había tras ella a los tres nuevos pasajeros.

—Es perfecto, señor Monturiol —dijo Marie asomándose y examinando su habitación, aunque estaba casi a oscuras. Era poco mayor que un armario y un lecho ocupaba casi todo el espacio disponible.

Dejaron a Marie en lo que iban a ser sus dependencias en lo que durara el viaje, y continuaron hasta el camarote de Mateo y su compañero.

—Prefiero la litera de abajo, si no le importa —indicó Taylor al ver el pequeño espacio que iban a compartir. Si a Mateo el compartimento de Marie le había parecido claustrofóbico, aquel se le hacía aún más oprimente.

—Bien, como les decía, una vez realicemos las maniobras correspondientes, les vendré a buscar, y les enseñaré el resto del Ictíneo, aunque no hay mucho más que lo que ya han visto —se despidió Narciso.

Mateo y Gilbert entraron en su camarote, el inglés se tumbó en su camastro, y Mateo subió a la litera superior. Pronto sintieron una pequeña sacudida. La nave comenzaba a moverse.

—Esto es bastante pequeño. Espero que no tenga fobia a los espacios reducidos.

—Supongo que no, mi único pavor, hasta el momento, son las alturas.

—Y yo le he hecho encaramarse a la litera de arriba. Si lo prefiere podemos cambiar —se disculpó Gilbert.

—No se preocupe. Solo sufro de vértigo cuando la altura es considerable. No sé, el campanario de una iglesia, por ejemplo.

—O la torre del Alcázar de Toledo, supongo —apuntó el inglés. Mateo suspiró. Su vida era un libro abierto para todos—. No se lo tome a mal —continuó Gilbert, que pareció adivinar la incomodidad de su compañero—. Es nuestro trabajo saber cosas.

Una sacudida repentina interrumpió la conversación. La angostura del camarote era tal que podía tocar el techo y las cuatro paredes a la vez con solo extender los brazos, que era justo lo que le ocurrió a Mateo cuando el submarino tembló.

—*Bloody hell*! —blasfemó Gilbert desde la litera de abajo—. Espero que Monturiol no estrelle este cacharro con nosotros dentro.

A pesar del susto, el submarino se estabilizó con rapidez y al poco tiempo alguien golpeaba la puerta con los nudillos. Sin aguardar respuesta, ésta se abrió y a ella se asomó Narciso Monturiol.

—Bien amigos, parece que ya estamos en marcha. Llegaremos a Venecia mañana por la noche, si todo marcha bien.

—Y si no es Venecia, en algún sitio estaremos mañana por la noche. Igual haciendo compañía a alguna ánfora romana en el fondo del mar —respondió Taylor incorporándose con dificultad en el estrecho lugar.

—Ah, el famoso humor inglés —terció el inventor—. Es tan ingenioso como sofisticada su gastronomía. Y hablando de ésta, vengan conmigo, tendremos que cenar, digo yo. No querrán ir a la cama con el estómago vacío.

—Ahí no le voy a llevar la contraria —admitió Gilbert.

—Mateo, por favor, avise a la señorita Poitiers y reúnanse con nosotros en el comedor. Está al fin de este pasillo, no tiene pérdida.

Mateo salió del camarote, como una sardina que sale de la lata. Avanzó por el corredor del submarino hasta el camarote de Marie, y tocó a su puerta. No recibió respuesta. Esperó unos segundos, carraspeó, y de nuevo llamó con los nudillos. Nada. Pasado cerca de un minuto, acercó su oreja a la puerta y escuchó un débil quejido. Preocupado asió el pomo, y abrió la puerta.

Una sorprendida Marie se dio la vuelta sorprendida. Estaba casi desnuda, aunque tenía un vestido en sus manos y, al sentir la puerta, se tapó con él, con rapidez.

—¿Qué ocurre, Mateo? —preguntó azorada.

—Mil perdones. Llamé a la puerta, pero no respondió nadie.

—Oh, discúlpeme —respondió ella relajando la expresión preocupada de su semblante—. Había aprovechado la espera para cambiarme, y no debo haberme dado cuenta. Pero ahora que está aquí, puede ayudarme. ¿Le importa? Vuélvase un momento, si es tan amable.

Mateo, obediente, se dio la vuelta.

—Espero que mi aspecto no sea muy horrible —decía Marie, a su espalda—. He intentado encontrar un espejo, pero no ha habido suerte. Ya puede girarse.

Marie ya estaba vestida cuando Mateo se volvió. La francesa se dio la vuelta. El vestido estaba sin abotonar, y su espalda desnuda.

—¿Le importaría abrocharme el vestido? Si no, estaremos aquí todo el día.

Mateo, con dedos temblorosos, intentó abotonar la parte trasera del vestido que Marie le ofrecía.

—Y dígame, ¿qué venía a decirme? —preguntó Marie.

—¿Yo? —respondió Mateo, luchando con el enésimo botón y haciendo memoria de por qué estaba allí—. Ah, sí. El señor Monturiol y Gilbert nos esperan para cenar.

—Fenomenal. Pues dese prisa, señor Sanz. Me da la impresión que tiene más práctica en desvestir que al contrario, ¿no es así?

—Pero ¿qué dice, señorita? —protestó Mateo enrojeciendo.

—A juzgar por la lista de conquistas de los lugares por los que ha pasado, y la rapidez con la que ponía usted tierra por medio, no creo que sea una conclusión muy aventurada. También viene en el informe, Mateo, el famoso informe.

—¿Es que hay algo que ese informe haya respetado de mí?

—Me lo acabo de inventar —rió Marie—, pero por su reacción, parece que he metido el dedo en la llaga.

—Sinceramente, no me parece justo. Ustedes saben todo de mí y yo... —respondió Mateo, introduciendo por fin el último botón en el ojal.

—Pues pregunte usted, señor Sanz. Pregunte, que parece tonto. —Marie se dio la vuelta, tocó con su dedo índice la nariz del sorprendido joven y con una sonrisa irónica, salió de la habitación en dirección al comedor.

—Que pregunte... Como si fuera tan fácil —suspiró un confundido Mateo.

8

—Bienvenidos, señorita Poitiers y señor Sanz —les recibió el señor Monturiol en el comedor del submarino—. Estaba explicando al señor Taylor que esta tercera versión de mi Ictíneo, como ven, tiene mucho más espacio que las anteriores.

Mateo, por las fotografías publicadas en su momento, y que recordaba perfectamente, se hacía una idea. Aun así, el hecho de que aquel submarino tuviera un comedor, le decía mucho más sobre su diseñador que sobre el mismo diseño.

—Mi camarote es excepcional —agradeció Marie.

—Habrá comprobado que hasta he incluido un baño —dijo Narciso —. Agua fría y caliente, utilizando la energía generada por el sistema anaeróbico que, además, nos provee de oxígeno. Estoy sinceramente orgulloso de ese camarote, que es el mío, por supuesto.

Mateo se preguntó, al escuchar aquellas palabras, si no se habrían confabulado para tomarle el pelo. Él solo había visto una minúscula habitación, ¿dónde se encontraba aquel baño? Era cierto que, cuando solo unos momentos antes había visitado la habitación de Marie, las circunstancias no le habían permitido fijarse mucho. Además... ¿un baño en un submarino? Definitivamente, Monturiol elevaba la definición de excentricidad a nuevas cotas.

—No puede ser, señor Monturiol, no puede cederme a mí su camarote —se quejaba Marie, mientras.

—No se preocupe, a mí no me hace falta. No duermo.

—Me atrevería a decir que la habitación de Mateo y mía es en realidad la de su tripulación —intervino Taylor—, ¿me equivoco?

—Pues erraría, caballero. Ellos tampoco duermen así que qué necesidad tienen de una.

Desde donde se encontraba, Mateo podía arriesgar un vistazo al fondo del pasillo y comprobar que, en lo que debía ser la sala de control, los otros dos miembros de la tripulación se afanaban en sus tareas. Eran hombres discretos, aunque lúgubres. Lucían una tez pálida, casi enfermiza, y unos ojos saltones y encendidos. Tal vez la ausencia de sueño de la que alardeaba Narciso les pasaba mayor factura de lo que creía su patrón.

—Bien —dijo Monturiol de improviso—, creo que podemos concluir nuestra protocolaria charla insustancial. Ya es hora de ordenar la cena.

De una caja que colgaba en la pared detrás de él, Narciso extrajo un auricular. Mateo sabía que lo que tenía el inventor en su mano

era eso, un «auricular», por haber visto con anterioridad ilustraciones detalladas del famoso teléfono que en la lejana Nueva York había patentado el magnate Graham Bell, y de cuyas maravillas se había hecho eco la prensa europea con el mismo entusiasmo con el que habían ignorado la invención del *teletrófono*, del italiano Antonio Meucci.

—Valeriu, tráenos la cena, por favor —gritó en él Narciso. Dadas las reducidas dimensiones de la nave y el alto volumen utilizado para la comanda, no hubiera sido necesario aquel avanzado sistema de comunicación entre una parte y otra de la nave.

En cualquier caso, Valeriu apareció al poco, diligentemente, con una bandeja sobre la que transportaba el plato elegido, oculto por una campana. Lo depositó sobre la mesa ante la que se sentaban, sin pronunciar palabra.

—Muchas gracias. —Las palabras de Taylor fueron recibidas con una mirada helada. Había en aquel hombre algo depresivo y tétrico, su sola presencia provocaba incomodidad.

—Tendrán que perdonar a Valeriu —se disculpó Narciso cuando éste se hubo retirado—. Si les digo la verdad, no sé si es mudo o simplemente no quiere hablar. En cualquier caso, junto a su hermano Andrei forman el equipo perfecto para manejar el Ictíneo. Apenas he tenido que aleccionarlos, y eso que ni siquiera sabía si entendían castellano.

—¿De dónde son? —preguntó Marie.

—Rumanos. O búlgaros. Qué se yo. Pero comamos, comamos —dijo Narciso, levantando la campana—. La señorita Poitiers reconocerá este plato, los franceses lo llaman *steak tartar*. Los españoles le llamamos filete tártaro.

—Y los ingleses lo llamamos carne cruda, señor Monturiol —indicó Taylor con una mueca de disgusto.

—Yo, sinceramente, no tengo hambre —aseguró Mateo. En aquella ocasión coincidía con la opinión del inglés.

—Vaya, pues entonces supongo que solo usted y yo apreciaremos la delicadeza de este plato, ¿no es cierto, señorita Poitiers?

—Desde luego, tiene una pinta muy apetecible —acertó a decir Marie—, pero a decir verdad, el almuerzo no me ha sentado muy

bien, y prefiero guardar ayuno.

—En fin, caballeros, y señorita, me decepcionan ustedes, pero qué le vamos a hacer. ¡Valeriu! —gritó Narciso, esta vez sin molestarse en usar su aparato comunicador—. Parece que nadie está de humor para los filetes tártaros.

El rumano, o puede que búlgaro, apareció con tal celeridad, que incluso Mateo, cuyo asiento le permitía observar los pormenores en los que trabajaba la tripulación, se sorprendió de no haberlo visto llegar. En silencio, recogió la bandeja y retiró el desafortunado *steak tartar*. Narciso aprovechó el hueco que había quedado en la mesa para extender un mapa de la ciudad de Venecia. Apuntó, con su dedo índice, un lugar cercano a la plaza de San Marcos.

—Aquí les dejaremos, mañana. Deberán acudir a la residencia de Filippo Rampulla, que está aquí. —Su dedo se desplazó a otro punto del mapa—. Él les guiará hasta el lugar donde esperamos encontrar al profesor Winslow.

—Mateo se encargará de identificar al profesor, y ganarse su confianza —intervino Marie—. Es el único de nosotros que lo ha conocido en persona y, por desgracia, no disponemos de fotografía o retrato alguno.

Mateo asintió, aunque, en su fuero interno, temía que el tiempo hubiera difuminado la imagen que en su memoria tenía de Winslow. Recordaba que el físico del profesor se había ido desmejorando gradualmente conforme avanzaba el curso que le impartió. El rumor en aquellos días era que se encontraba enfermo. Si su deterioro había continuado... habían pasado más de dos años de aquello, en ese lapso una persona podía cambiar mucho.

—El señor Monturiol nos recogerá ese mismo día, al anochecer, en el mismo lugar —añadió Marie.

—Sean puntuales —apuntó Narciso—, como comprenderán el Ictíneo III es demasiado llamativo. Si no están allí cuando emerjamos a la superficie, tendrán que volver a Barcelona por sus propios medios, no permaneceremos mucho tiempo esperando. He escuchado lo que les sucedió en los túneles de Madrid, y la precaución aconseja que no se dejen ver demasiado. Es evidente que alguien va tras ustedes.

—De «nosotros», querrá decir, creía que estábamos todos en el mismo equipo —dijo el inglés.

—En efecto, eso quería decir, claro. La única diferencia estriba en que yo estaré a salvo de cualquier emboscada en el fondo de la bahía veneciana, con Valeriu y Andrei. Si le hace ilusión que utilice el «nosotros», pues así sea.

—Creo que lo mejor será que nos retiremos a descansar, ¿no creen? Mañana estaremos más descansados —sugirió Marie, levantándose de su asiento.

—Me parece una excelente idea, señorita Poitiers —dijo Narciso—. Si les parece apagaré las luces mientras duermen, y así matamos dos pájaros de un tiro: ahorramos energía y no se desvelará su sueño.

Todos asintieron, el cansancio del viaje pesaba en ellos. Gilbert y Mateo se dirigieron a su estrecho camarote, mientras que Marie hacía lo propio y cerraba la puerta de su habitación, no sin antes agradecer de nuevo a Monturiol el detalle de haberle cedido su alojamiento. Narciso volvió a asegurar que, puesto que no dormía, no había nada que agradecer.

—Hay algo en este hombre que me causa aprehensión —dijo Gilbert, una vez ambos se habían recostado en sus correspondientes literas.

—¿No se fía de Narciso Monturiol? —dijo Mateo.

—No solo de él. Esos dos marineros... ¿se ha fijado en ellos?

Mateo asintió aunque no era desconfianza exactamente lo que le inspiraban los hombres de Narciso. Era algo más tenebroso, una aversión ilógica que no lograba definir.

—A mí Narciso me cae bien —confesó Mateo, no obstante, con sinceridad.

—Ay, querido amigo —dijo Gilbert acallando un bostezo— . Que una persona te caiga bien o mal no es el argumento más objetivo para juzgarla.

—A veces es el único que tenemos, ¿no cree?

No hubo respuesta. Un ronquido proveniente del lecho del inglés, bajo el suyo, le dio a entender a Mateo que su compañero ya había caído en las redes del sueño. Intentó dormirse, también, pero la

honda oscuridad que los envolvía le resultaba ominosa. No vislumbraba nada, estaba inmerso en una negrura absoluta, y en su cabeza, además, daba vueltas a lo sucedido en los últimos días. Los ronquidos de Taylor, cada vez más intensos, fueron finalmente el catalizador que le empujó a abandonar la habitación.

Su intención era pasar un rato con Monturiol. La figura y trayectoria del industrial catalán siempre le habían interesado. Cuando era niño, el nombre del inventor catalán solía aparecer con regularidad en los periódicos, ya fuera por sus inventos o por su actividad política. Íntimamente, siempre lo había admirado. Era cierto que hacía tiempo que la prensa, y el mundo en general, parecía haberse olvidado de él, pero fuera como fuera, Mateo no quería perderse la oportunidad de intercambiar impresiones con un hombre como aquel. Además, estaban cruzando el Mediterráneo a bordo de un submarino. Dormir mientras eso ocurría tenía que ser pecado.

La oscuridad en el pasillo del submarino era casi igual de densa que en en el interior de su habitación. De la luz rojiza que antes parecía estar por toda la nave solo quedaba un apagado reflejo, en unos ventanucos de cristal, proveniente de un pequeño faro en la proa de la nave. Por aquellos miradores era posible apreciar lo que había justo delante de la nave aunque, según apreciaba, consistía solo en agua y más agua. Contemplar el paisaje, por tanto, no servía como excusa para unirse a la tripulación en aquella sala. Además, existía un detalle adicional para desechar la idea de reunirse con Monturiol, y es que el industrial, repantingado en un sillón, dormía a pierna suelta y competía con su compañero Taylor en cuanto al volumen sonoro y la cantidad de sus ronquidos. Valeriu y Andrei —Mateo no era capaz de distinguir uno de otro— se afanaban comprobando mapas y brújulas, accionando palancas y, en fin, realizando todo aquello que uno debe hacer para pilotar un submarino. Mateo decidió dejarles en paz, lo cierto era que no le agradaba la perspectiva de que los hermanos levantaran la vista de sus quehaceres y fijaran en él su mirada fría y mortecina. Se resignó a volver a su habitación y contar corderitos hasta alcanzar el sueño.

Esa era su intención, pero al pasar frente a la puerta del camarote de Marie se percató de que se encontraba abierta. Aunque no fuera muy ético, Mateo arriesgó una mirada al interior de la habitación. Fue un vistazo rápido e inocente, pero suficiente para despertar su inquietud. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, solo aliviada por la luz roja del foco en la proa, por lo que le sorprendió no ser capaz de distinguir a Marie en el interior de su habitación. La cama estaba sin deshacer, y ningún bulto, ni femenino, ni de cualquier otro género, descansaba en ella. ¿Dónde estaba entonces? En su imaginación, Valeriu y Andrei se inclinaban sobre una dormida Marie y... y ¿qué? No sabía pero, por alguna razón que no terminaba de entender, en el flujo de ideas inconexas que en su mente se sucedieron a toda velocidad, apareció el filete tártaro de la cena.

Mateo dio un paso, vacilante, y luego otro, y repitió la sucesión hasta introducirse de lleno en el camarote de Marie. Entró en silencio, cuidando de no ser escuchado por los rumanos, que continuaban con su ir y venir alrededor del durmiente Monturiol.

—Marie —susurró. Su propia voz le sonaba extraña. En aquel silencio y entre aquellas sombras, sus palabras tenían un eco tétrico y fuera de lugar. Culpable, incluso.

No obtuvo respuesta. Dentro de la habitación, se encontró otra puerta que, hasta entonces, le había pasado desapercibida. La empujó con suavidad y ésta se abrió, desvelando tras ella un baño, con su bañera en el centro. Debía ser ése el que Monturiol había mencionado. Algo así, en una nave que economizaba el espacio en todo lo demás, no solo era un lujo, sino una locura. En cualquier caso, Marie no estaba allí. Confundido, Mateo se rascó la cabeza, y se apoyó en la pared.

Solo que no era, en realidad, una pared, sino otra puerta corredera y antes de que su espalda la tocara, se abrió repentinamente. Mateo perdió el equilibrio, y cayó de espaldas sobre una sorprendida Marie, a quien arrastró en su caída. Intentó Mateo, no obstante, sujetarse en algo, en cualquier cosa a su alcance. Lo único a lo que su mano logró asirse resultó ser uno de los vestidos de Marie, que no frenó su inercia, en absoluto, sino que se llevó con él sin poder evitarlo.

—Ah, es un vestidor —dijo Mateo, desde el suelo, sobre Marie, entre ropa, zapatos y perchas. Tenía, además, un vestido rasgado en su mano.

—Tenemos que dejar de encontrarnos de esta manera —dijo Marie, aún en el suelo, con Mateo sobre ella—. La gente va a empezar a murmurar.

—Cómo les gusta criticar. Aunque da qué pensar este empeño suyo de abalanzarse sobre mí.

Marie rio, y Mateo luchó por incorporarse sin empeorar el estropicio, y ayudar, a continuación, a su compañera a hacer lo propio, hasta que ambos quedaron sentados en el interior del armario.

—Hay dos cuestiones que requieren aclaración, señorita Poitiers —dijo el joven—. La primera, por qué el señor Monturiol dispone de un camarote, con baño, y con este enorme vestidor, en el interior de un submarino. La segunda, qué demonios hacía usted aquí.

—En cuanto a su primera pregunta —dijo ella—, ha de saber que lo ignoro, pero puedo elucubrar que el diseño del Ictíneo III parte, precisamente, de este camarote, y nuestro amigo Narciso construye el submarino a su alrededor. Conforme el dinero va acabándose, va reduciendo las dimensiones de su nave submarina, pero mantiene las de sus dependencias ya diseñadas sin variar. ¿Le parece razonable mi hipótesis?

—En absoluto. Me parece una solemne majadería.

—Pero a falta de otra explicación, y dado que nadie más aventura una alternativa, deberíamos darla por válida, ¿no le parece?

—Se la acepto por ahora. Pero sigue sin aclararme qué hacía usted aquí dentro. En el vestidor me refiero, no parecen horas de elegir modelito.

—Quizás antes prefiera adelantarse y desvelarme la excusa que justifica su presencia aquí.

—Vi su puerta abierta, y ni rastro de usted, así que entré a investigar —dijo Mateo—. En mi defensa solo alegaré que el culpable, en realidad, es Gilbert, puesto que me ha contagiado su desconfianza hacia la tripulación de nuestra nave.

—Le agradezco que se preocupe por mí, pero créame si le digo que sé valérmelas por mí misma. Como comprenderá no he llegado a ser parte de la *division spéciale* siendo una dama indefensa.

—No quería insinuar que necesitara ayuda —se disculpó Mateo.

—Queda perdonado entonces. Y para responder a su segunda pregunta, qué hago aquí, me había internado en este vestidor buscando un espejo.

—Ya veo. Se las vale por sí misma, señorita Poitiers, pero siempre que tenga un espejo a mano para comprobar que su peinado sigue intacto, ¿no es así? —rió Mateo esta vez.

—Puede ser, pero lo negaré siempre —dijo Marie uniéndose a la carcajada de su compañero—. Y ahora, creo que ya es hora de que cada uno vuelva a su lugar, y el suyo no parece que deba ser dentro de un armario —dijo ella, levantándose al fin.

—No me devuelva a los ronquidos del señor Taylor, se lo ruego. Podemos hablar de cualquier cosa, incluso de aquel libro de Torquemada que leía en el tren, seguro que es muy revelador.

—Quizás en otro momento —insistió Marie, empujando a su compañero fuera del vestidor y de la habitación.

—Y, por cierto, ¿encontró el espejo que buscaba? —La puerta ya se había cerrado en sus narices.

9

El estruendo ensordecedor de una incesante campana le despertó con brusquedad. Mateo, sobresaltado, se golpeó la cabeza con el techo al incorporarse repentinamente en su litera, sin recordar, confundido, dónde se encontraba.

—Por Dios, ¿qué es ese ruido infernal? —bramó Taylor desde la cama de abajo.

—Si vamos a morir ahogados, preferiría hacerlo en silencio —contestó Mateo tapándose los oídos y enterrando su cara en la almohada. El escándalo cesó, sin embargo, antes de que Gilbert se levantara de su cama y saliera, con cara de pocos amigos, al exterior del camarote.

—Espero que el aviso de que comenzamos la ascensión a la superficie no les haya causado más zozobra de la necesaria —dijo un sonriente Monturiol cuando, poco después, Gilbert, Mateo y Marie se personaron en la sala de control, agitados, somnolientos y sin tiempo para cambiarse la ropa con la que se habían acostado.

—Hasta en Aberdeen deben haber escuchado esa maldita campana —dijo Gilbert.

—No sea exagerado —dijo Monturiol con displicencia—. Aunque admito que puede resultar un poco excesivo para los que no estén acostumbrados a la vida marítima.

—Ni para los que aún no estén sordos —insistió el inglés.

—¿Ascendemos ya a la superficie, dice usted? Creía que no llegaríamos hasta la noche —dijo Marie.

—¿A Venecia? No, no, falta aún. Tenemos que realizar unas tareas de mantenimiento antes de continuar nuestra travesía. Entretanto tal vez agradezcan disfrutar un poco del sol en el exterior. Harían nuestra labor más fácil si nos dejan la nave para nosotros durante ese tiempo.

—Creo que salir al exterior sería una fantástica idea. Y, si la temperatura lo permite, podríamos darnos un chapuzón —dijo Gilbert.

—Pues si así lo desean, creo que tengo trajes de baño para todos, incluso para la señorita —afirmó Monturiol.

—Quizás también podrían unirse a nosotros cuando sus tareas se lo permitan —sugirió Mateo.

—Por supuesto que no. Ni Valeriu, ni Andrei, ni yo sabemos nadar, sería demasiado peligroso.

—Es muy lógico, ¿qué utilidad tendría saber nadar en un submarino? —dijo Gilbert Taylor, con ironía.

Mateo fue el último en subir las escalerillas de la torreta, y emerger al exterior por la escotilla. Afuera, la luminosidad apenas le permitía mantener los ojos abiertos.

—Tardará un poco en acostumbrarse. A mí me ha sucedido lo mismo. No nos damos cuenta de hasta qué punto estábamos a oscuras ahí dentro —le dijo Gilbert mientras Mateo bajaba hasta la

cubierta casi a ciegas, con lágrimas empañando su visión. Su compañero, en bañador, tomaba el sol. Hasta donde llegaba la vista, se encontraban rodeados de mar en calma.

—¿Dónde está la señorita Poitiers? —preguntó Mateo—. Creía que había subido antes que yo.

Gilbert señaló algún punto lejano en el mar y Mateo hizo visera con su mano. En efecto, a lo lejos creyó identificar un punto moviéndose en el horizonte.

—Parece que Marie es una excelente nadadora —dijo el inglés.

—¿Y usted, Gilbert, no se anima?

—He pensado que, en vez de arriesgarnos a un encuentro fortuito con alguna especie marina hambrienta, podríamos aprovechar el tiempo, usted y yo, en algo más interesante.

—¿En qué? —preguntó Mateo escamado.

—He traído algo de Inglaterra, pero no he tenido ocasión de usarlo hasta ahora. —Gilbert introdujo su mano en una bolsa que tenía junto a él y extrajo dos pares de guantes de boxeo—. Supongo que los conoce, los llamamos *mufflers*, y dada nuestra primera interacción he pensado que podíamos practicar un poco.

—Si se refiere al puñetazo con que me derribó nada más conocernos, ya le he explicado que me pilló desprevenido.

—Vamos, Mateo, ¿no tendrá miedo? —El inglés se puso en pie y comenzó a enguantarse una de sus manos.

—Digamos que lo que me da es un poco de respeto.

—No sabe boxear, ¿verdad?

Mateo negó con la cabeza.

—Lo sospechaba. Pues es el momento de aprender.

Mateo se dio por vencido. Sabía muy bien que, por muchas clases que recibiera, en una pelea con alguien como Gilbert Taylor, más alto, fornido, y en mejor forma que él, tenía todas las de perder. En lugar de intercambiar golpes con su compañero, hubiera preferido tumbarse al sol, dejar que las templadas aguas del Mediterráneo le mecieran con suavidad y recuperar el sueño perdido. El espacio abierto e infinito que se abría frente a él ofrecía el contraste apropiado al confinamiento del submarino. A su pesar, recogió el par de guantes que le lanzó su compañero.

—De acuerdo, vamos allá —dijo Mateo, levantando las manos enguantadas, listo para pelear. La indisimulada conmiseración con la que Gilbert le observó dejaba bien claro desde un principio que habría mucho trabajo por delante.

—Un apunte, antes de empezar —dijo el inglés—. Salvo en ocasiones como ésta, no va a encontrarse con guantes como los que llevamos. Son muy útiles para practicar o para competir, pero en una pelea callejera el combate será a puño descubierto y las reglas del marqués de Queensbery brillarán por su ausencia.

—Ya, y supongo que lo de contar hasta diez cuando tu contrincante cae al suelo no es de aplicación en peleas de taberna, tampoco.

—Veo que nos entendemos. Así pues, lo primero es su postura defensiva. Espero que no sea esa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mateo, confundido.

Gilbert alargó su brazo, tentando un golpe no muy fuerte con la mano derecha. Rápidamente, con la izquierda golpeó a Mateo con un gancho y, aprovechando su aturdimiento, le encajó un *upper-cut*. Mateo cayó de rodillas sin saber siquiera qué había pasado.

—Eso pasa —dijo Gilbert—. Esa es la consecuencia de una defensa incorrecta. Empecemos por lo menos intuitivo, sus pies. Imagine que hay una línea recta en el suelo, una flecha que apunta directamente hacia donde yo estoy. El dedo gordo de su pie izquierdo estaría sobre esa línea, y más atrás, el talón de su pie derecho. Ambos pies paralelos, la distancia entre ambos aproximadamente la de sus hombros.

Mateo obedeció, aún dolorido.

—Bien. Distribuya su peso a partes iguales en las dos piernas —continuó Gilbert—. Ahora, vamos con la parte superior de su cuerpo. No se presente totalmente de frente, como ahora. Gírese un poco, su hombro es lo que debe mostrarme. Levante las manos, la derecha hasta la barbilla, y la izquierda delante de su cara. Los codos hacia dentro.

Mateo hizo como Gilbert decía. Aun así, éste se acercó y corrigió algún que otro defecto de forma.

—Si su contrincante se le acerca mucho, no tema levantar aún más las manos y protegerse la cabeza.

—Creo que está asumiendo que mi estilo va a ser defensivo —dijo Mateo.

—Tiene razón —sonrió Gilbert—. Practiquemos el ataque también. Pero, por si acaso, no se olvide de cubrirse.

En las siguientes dos horas, Mateo aprendió a protegerse y a atacar. A cambio, recibió tantos golpes, y cada uno con un nombre distinto —cruzado, *upper-cut*, gancho, *swing*, *crochet*...—, que ya era incapaz de distinguir uno de otro. Enfrascado en su entrenamiento, no se había dado cuenta de que Marie había vuelto y les observaba con interés.

—Descansemos un rato —dijo Gilbert, al percatarse, también él, de la presencia de la señorita Poitiers.

—¿Quiere boxear un rato? —bromeó Mateo.

—Oh, no. Sería una pésima contrincante —sonrió Marie.

—¿Qué técnicas utiliza usted? —preguntó Gilbert, sentándose a su lado.

—Pues, hace poco estuve en Japón, y allí conocí un arte marcial recién creado. Se llama judo, ¿lo conoce?

Gilbert negó con la cabeza. Mateo se encogió de hombros también.

—Es una técnica similar al jujutsu. Su creador es Kano Jigoro, un joven maestro nipón. Estoy segura que pronto se extenderá por toda Europa.

—¿Nos puede ofrecer una demostración? —preguntó Mateo.

—Por supuesto —dijo Marie, levantándose de donde estaba sentada y dirigiéndose hacia él—. Y supongo que se ha ofrecido voluntario.

Mateo suspiró. No había sido esa su intención. Estaba cansado y dolorido, y solo quería tumbarse un rato.

—El objetivo principal en judo es la defensa, no el ataque —le informó Marie—. Adelante, Mateo, atáqueme.

Mateo dio un paso atrás, ofendido.

—Ni hablar. Es usted una mujer.

—¿Qué ocurre, que no se cree capaz de derribarme?

—No, no es eso —dijo Mateo, aún con sus guantes de boxeo—. Es que, al ser yo varón, mi constitución, lógicamente más pesada y voluminosa que la suya y, por tanto, me preocupa hacerle daño sin pretenderlo.

—¿Y qué va a hacer si le ataca una mujer? —preguntó Marie—. ¿La dejará hacer, temoroso de dañar su frágil cuerpo?

—No, o sí, no sé. No entiendo por qué me iba a atacar una mujer. Ni un hombre, si les digo la verdad. No está en mis planes ser atacado por nadie.

—Vamos, inténtelo. Intente derribarme, solo eso.

—Vamos, chico —le animó Gilbert, desde donde estaba reclinado. Era obvio que disfrutaba del mal rato que su compañero estaba pasando.

Mateo se encogió de hombros e intentó, al fin, apresar a Marie. Aun con los guantes, no pensó que fuera tan complicado. La francesa, lejos de permitirlo, atrapó su brazo, y aprovechando la propia inercia de Mateo, le hizo volar por encima de ella. Aterrizó de espaldas, contra la cubierta del submarino.

—Vaya, ¿qué ha pasado? —sonreía Marie, de pie, frente a él—. Creía que tenía usted ventaja por el hecho de ser el más fuerte de los dos.

Gilbert aplaudió, mientras Mateo se ponía en pie trabajosamente.

—Me pilló desprevenido —dijo el joven.

—Eso lo suele decir a menudo —apuntó Gilbert, a su espalda.

—Adelante, inténtelo otra vez —propuso Marie.

—Espere que me quite los guantes —pidió Mateo, luchando por librarse de ellos. Cuando lo hubo logrado, se los lanzó a Taylor, que los pilló al vuelo.

—Bien, ¿está listo ahora? —le dijo Marie, sonriente.

—¿Está segura de esto? No sé si se ha dado cuenta que ambos estamos en trajes de baño, algunos podrían considerar este jueguecito indecente.

—¿Algunos? ¿Quién? —Marie miró alrededor teatralmente. Lo único que había alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, era mar.

—Usted lo ha querido —dijo Mateo, avalanzándose sobre su compañera.

Esta vez, Mateo consiguió aprisionar con su brazo el cuello de Marie. Ésta, sin perder la calma, enredó su pierna entre las del joven, provocando que ambos cayeran al suelo y que Mateo soltara su presa. La francesa aprovechó para aprisionarle el brazo derecho entre sus piernas. La parte alta de su muslo presionando contra la mejilla de Mateo le mantenía la cabeza aplastada contra el suelo.

—¿Se rinde? —preguntó Marie.

—Sí, por Dios, suélteme —jadeó Mateo, que apenas sentía ya su brazo.

Marie alivió la presión, y, dejándole libre, dio una vuelta de campana y se puso en pie en un fluido movimiento. Mateo, por el contrario, se quedó en el suelo, luchando por recuperar la respiración. Gilbert volvió a aplaudir y vitorear a su compañera.

—¿Quiere que le enseñe alguno de estos movimientos? —dijo Poitiers.

—¿Me va a doler mucho? —dijo Mateo, todavía acostado boca arriba sobre la cubierta de madera del submarino.

—No, mucho no. Solo lo necesario.

Una hora más tarde, Mateo bajaba la escalerilla de la torreta, y volvía al interior del submarino, con el cuerpo lleno de golpes y magulladuras.

—Me acojo a sagrado. Espero que no le importe que me esconda por aquí —le dijo a Narciso, quien levantó una ceja al verle.

—Pero ¿qué le ha ocurrido, criatura?

—Dicen que la letra con sangre entra, pero por Dios que no esperaba tanta letra.

—Y, ¿qué es lo que le han obligado a aprender para que termine de esta guisa?

—Boxeo y judo.

—No sé qué es ese «judo», pero supongo que estará relacionado con el boxeo.

—Ambos tienen en común que pase lo que pase, recibo yo el golpe.

—¿Y sus compañeros qué están haciendo? —preguntó Narciso—. Estaba a punto de avisarles que ya hemos terminado nuestras

reparaciones y podemos continuar el camino.

—Están debatiendo sobre distintas técnicas de defensa personal. Me he quitado de en medio antes de que decidan ejemplificarlas sobre mi persona.

—Son gajes del oficio. Los inicios de todo proyecto son duros, después, a todo se acostumbra uno.

—Supongo que habla por experiencia. Ha de saber que para mí, siempre fue usted un ejemplo a seguir.

Narciso rio y golpeó sobre la mesa con la palma de la mano, acompañando sus carcajadas.

—Lo que me faltaba, un admirador a mis años.

—No le engaño —dijo Mateo, sonriendo—. Cada vez que su nombre aparecía en el periódico, recortaba el artículo y lo guardaba. Me fascinaba que tuviera tantas invenciones, y tan dispares. A ver si recuerdo... Además del Ictíneo, obviamente, inventó la máquina para hacer cigarrillos...

—Que las trabajadoras de Tabacalera destruyeron. Y no las culpo, amenazaba su puesto de trabajo.

—Pero también me acuerdo que había construido una máquina para imprimir cartapacios, y me acuerdo también de un aparato para hacer copias de un escrito...

—El velógrafo, sí.

—Y más, decenas de otras cosas que ahora no me vienen a la memoria.

—Sí, ya veo que ha seguido mi vida con interés. Pero apuesto a que no sabe de qué estoy más orgulloso.

—¿Cuando fue diputado?

—Oh, no, la política es una mala compañera de viaje, amigo mío, y en España quien más quien menos ha hecho sus pinitos en ella, es parada obligada si uno quiere ser alguien en la vida. No, mi proyecto más querido fue uno de los primeros. Una comunidad cabetiana, o icariana... da igual el adjetivo que quiera utilizar. Quisimos crear la ciudad ideal, y que esta diera ejemplo a todos e iluminara a toda la sociedad. Lo intentamos en Sant Martí de Provençals. Allí fundamos nuestra comunidad.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Mateo, admirado por la chispa de ilusión que veía en los ojos de Narciso.

—Que se fue al cuerno —rió Narciso—. Pasó... la vida, supongo. Como le digo, es el proyecto que tiene un lugar especial en mi corazón. Supongo que aprendemos más de los fracasos que de los éxitos. A lo mejor por eso soy tan sabio, porque soy experto en encadenar un desastre tras otro. En cualquier caso, en Sant Martí, aún mantengo una vivienda. Es lo más cercano que tengo a un hogar. Si no estoy en el Ictíneo, es probable que esté allí. Además, es un secreto, no se lo cuente a nadie, pero... estoy fraguando un nuevo proyecto.

—¿Algún nuevo invento?

—En este caso no es mío, pero es algo nuevo, al menos para mí. No puedo decirle nada, salvo que, si tiene que viajar largas distancias, en poco tiempo, búsqueme. Yo tengo la solución.

—Le tomo la palabra. Igual cuando termine mi servicio en el Equipo del general, quizás me pueda usted acoger como un aprendiz.

—Oh, querido Mateo. Usted está destinado a cosas mejores, lo preveo —dijo Narciso, posando un brazo paternal sobre el hombro del joven—. Bien, creo que es hora de retomar nuestro viaje. Si no le importa, vaya a decirle a sus compañeros que vuelvan, es hora de sumergirnos de nuevo. E intente que no le peguen, por Dios.

BRIMAUD Y C^{a}, y sus exitosas marcas registradas

se encuentran siempre al lado de sus clientes. Así, se siente obligada a informarle, querido lector, que la acción trepidante de la obra que tiene en sus manos ha de detenerse, forzosa, aunque temporalmente, puesto que, a continuación, sus personajes se limitarán a viajar bajo las tranquilas aguas del Mediterráneo, sin que nada relevante ocurra, hasta que atraquen en su lugar de destino, la bella Venecia.

BRIMAUD Y C^{a} aprovecha esta ocasión y se enorgullece de ofrecerles la primera de las tres partes de una nueva y trepidante aventura titulada

LA HERMANDAD DE CRONOS

protagonizada por uno de los personajes de la presente novela.

Pero antes...

LA

INYECCIÓN DE BRIMAUD Y Cª

AL

MÁTICO

exclusivamente preparada con hojas del ***Mático de Perú****, ha adquirido en los últimos años una gran reputación en todo el mundo. No la deje pasar si desea sanar en poco tiempo los ataques de tos más tenaces.*

Depósito en París

Cada frasco lleva la marca de la fábrica de la firma BRIMAUD Y Cª y el sello del gobierno francés.

La Hermandad de Cronos (1)

La niebla era espesa y la noche particularmente gélida cuando Bárbara Berwick descendió de su carruaje y se enfrentó al laberinto de callejuelas de Cogsmead Hamlet. Si bien no era Devil's Acre ni Saint Giles Rookery, lo cierto es que se encontraba en el East End y para las personas que, como ella, pertenecían a una distinguida y acomodada clase social, existía una lógica aversión a aventurarse por aquella zona de Londres. Bárbara descubrió, a su pesar, que aquellos reparos eran compartidos por muchos cocheros, al menos por los que apreciaban su cuello y su cartera, según le había informado el suyo.

Bárbara no lo hacía por gusto, se trataba de trabajo. Al fin y al cabo, no era la primera vez que pisaba aquellas calles estrechas y mal iluminadas, aunque nunca lo había hecho a aquellas horas, ni en solitario. Evelyn siempre la había acompañado; para la joven Cobblins aquel escenario era habitual, lo inusual hubiera sido aventurarse fuera del barrio. Una de esas ocasiones excepcionales debería haber tenido lugar aquella misma noche. Bárbara la había esperado más de dos horas, en su residencia, pero Evelyn no asistió a la cita. La opción más prudente para resolver el misterio de aquella ausencia hubiera pasado por esperar al día siguiente, y ya en la mañana, decidir qué hacer. Bárbara, sin embargo, una vez convencida de que la joven no aparecería, paró el primer coche que encontró y... En fin, ahora se encontraba allí, caminando sola por las calles de Cogsmead Hamlet, en la boca del lobo. Bárbara se detuvo. «En la boca del lobo»... Aquel dicho no era suyo. Era de Tomás.

Bárbara sacudió la cabeza, intentando desterrar de sus pensamientos a su antiguo prometido. No era el momento de que se colara en su cabeza. Tenía que concentrarse en encontrar a Evelyn lo antes posible. Una intuición le decía que era urgente, que el tiempo se agotaba. Nadie podía negar que su preocupación tenía una base lógica. Evelyn Cobblins estaba a punto de dar a luz.

—Por supuesto. No tendríais relación alguna si no fuera así —se burló Tomás, en su mente.

—Maldito seas —musitó Bárbara. Definitivamente, NO-ERA-EL-MOMENTO. Tomás Sanz solo le estaba hablando en su imaginación. La realidad es que, en aquel instante, estaría haciendo las maletas, y si pensaba en ella, seguro que no era con regocijo. No, después de haber rechazado su propuesta de matrimonio.

Aunque las calles y las casas del barrio se parecían unas a otras, para Bárbara no era un problema. Siempre presumía de tener una gran orientación. Lo cierto es que había bastantes atributos de sí misma de los que se enorgullecía, aunque de su memoria y atención al detalle, ni siquiera le hacía falta alardear. Eran las características que le habían abierto las puertas del *Bureau for the Bizarre*. Era cierto que pocos conocían la existencia de aquel departamento de Scotland Yard y que, sobre el papel, su relación con ellos se limitaba a dar

«apoyo» como «consultora». No figuraba en su nómina como miembro del cuerpo. Al fin y al cabo, era una mujer, y esa cualidad estaba por encima de todas las demás.

Por tanto, Bárbara no temía equivocarse al sospechar que, al doblar la siguiente esquina, llegaría a una minúscula plaza. En ella tenía Evelyn su residencia, sobre un establecimiento que se anunciaba como panadería, pero en el que, excepto pan, era posible adquirir cualquier artículo a mitad de precio, siempre que la procedencia no fuera un factor determinante. En efecto, no había errado en su cálculo y al asomarse al recodo, encontró la plaza y la panadería. Lo que no esperaba ver allí era un carruaje. Le habían advertido que ningún coche se adentraría por allí, al menos no de noche. Y, sin embargo, allí tenía uno.

Una luz en la ventana de Evelyn anunciaba que había alguien en la casa, pero el carruaje en la puerta no podía ser una casualidad. El llanto de un bebé rompió el silencio de la noche. No podía ser más evidente la razón por la que la joven no había acudido a su cita. El parto se habría adelantado y el carruaje en la puerta sería del médico, al que habrían llamado para asistirla.

—Vamos, Bárbara, ¿en serio piensas que un doctor va a acudir para atender un parto en el East End? —La voz de Tomás tenía un tono burlón en su cabeza.

El llanto del recién nacido se escuchó más claro y cercano, la puerta del inmueble donde Evelyn vivía se abrió y de ella emergió un hombre alto y embozado. Llevaba a la joven sujeta por el brazo. El bebé se quejaba, arrullado por su madre, y ambos fueron conducidos, de mal grado, hasta el carruaje. Bárbara dudó si intentar evitarlo. Era evidente que la joven y su vástago eran arrastrados contra su voluntad. Bárbara había sido silenciosa y, además, la niebla la ocultaba y camuflaba sus pasos, estaba casi segura que nadie la había visto acercarse. Si se dejaba ver y se enfrentaba a aquel hombre, era poco probable que consiguiera impedir su secuestro. Por mucho ruido que hiciera, en aquel barrio, nadie se iba a inmiscuir. No le ayudarían, ni a ella, ni a Evelyn. En cambio, si seguía sin mostrarse, quizás encontrara una oportunidad para socorrer a su amiga, más adelante. Maldijo por lo bajo, pero permaneció oculta tras la esquina. Las puertas del carruaje se cerraron, y el cochero azuzó a sus caballos.

—Sabes lo que tienes que hacer a continuación, Bárbara. Te daré una pista. Cuando ocurre, las señoras de bien se santiguan y dicen «Cualquier día, Dios no lo quiera, va a ocurrir una desgracia». —Tomás otra vez poniendo voz a sus propios pensamientos. No le hacía la maldita gracia, era como otorgarle a él el mérito. Pero tenía razón y sabía a qué se refería. Lo veía casi a diario en las calles de Londres, se había convertido en una especie de moda entre los pillastres de la ciudad. Cuando el coche iniciaba su marcha, saltaban a la parte de atrás, donde debería ir el equipaje y recorrían allí montados un trecho, hasta que las risas y el jolgorio de sus amigos en tierra alertaban a los cocheros.

Sin pensarlo, Bárbara se recogió la falda y salió corriendo. El ruido de sus pasos quedó ahogado por el ruido que hacían los caballos y las ruedas del carruaje sobre los adoquines. De un salto acertó a auparse a la parte de atrás del coche y, aunque éste experimentó un pequeño bamboleo, ni el cochero ni los ocupantes del carruaje se percataron de lo ocurrido.

Antes de cualquier otra cosa, Bárbara se palpó un poco más arriba del tobillo. El pequeño Derringer que siempre llevaba como protección cuando trabajaba para el *Bureau*, seguía atado a su pierna. Solo podía disparar una única vez, pero saber que podía recurrir a él en un momento dado le insuflaba seguridad y confianza.

El trayecto no era molesto, era inaguantable. Apenas tenía sitio para sentarse y se veía obligada a viajar de espaldas a la marcha. Cada bache se le clavaba en la carne, con independencia de cómo intentara acomodarse. Al menos, la oscuridad, la niebla, y el hecho de que las calles estuvieran desiertas, la mantenían oculta. Ignoraba dónde se encontraban, aquella parte de Londres le era desconocida. Advirtió, sin embargo, que abandonaban la ciudad y que, conforme lo hacían, el carruaje iba acelerando su marcha.

—Agárrate bien, no queremos que termines tirada en medio del campo, con la cabeza abierta —dijo Tomás en su mente.

—Seguro que eso te haría feliz —pensó Bárbara.

—¿A mí? ¡Cómo dices eso! Aunque no niego que podría encontrar cierta hilaridad en ese desenlace.

—Basta —se dijo Bárbara. Tenía que terminar con esa ensoñación. Sí, era indudable que había heridas pendientes de cerrar con Tomás, pero tenía que poner fin a aquel diálogo ficticio. El hombre con el que algún día había considerado compartir su vida se iba al día siguiente, volvía a España y ella le había informado que no iría con él. Eso era todo. La historia del mundo, desde sus inicios, estaba llena de amores inconclusos.

—Es mejor que te centres y prestes atención, sí. Por cierto, no pretendo entrometerme más de la cuenta, visto lo que te molesta, pero hemos reducido la velocidad. Es señal de que estamos llegando a nuestro destino y, si es así, no creo que sea buena idea que sigas de polizón.

Bárbara tuvo que retorcerse para girarse y ver hacia donde iban. En efecto, las luces de una granja brillaban más adelante. Era probable que aquel fuera el fin del trayecto y si seguía en aquel compartimento sería descubierta. Había un problema, no obstante. Iban demasiado rápido para descender con garantías de no romperse la crisma.

—Que sea lo que Dios quiera —suspiró.

—Ese es el espíritu —la animó la voz imaginada de Tomás.

Bárbara saltó y rodó por tierra, hasta terminar tendida a un lado del camino, en una zanja húmeda y maloliente. El coche detuvo bruscamente su marcha.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó el cochero a voz en grito.

Bárbara mantuvo su cabeza pegada a la tierra con la esperanza de que la zanja en la que había caído fuera lo suficientemente profunda como para ocultarla de la vista.

—¿Qué sucede? —dijo una voz masculina. Bárbara dedujo que pertenecía al hombre que había obligado a Evelyn a entrar en el carruaje.

—He escuchado algo. Llevo todo el viaje con la impresión de que alguien nos sigue.

—Llegamos tarde, déjese de impresiones —apremió el hombre desde el interior del carruaje.

Apenas unos segundos más tarde, Bárbara escuchaba el chasquido de las riendas azuzando los caballos. El coche se ponía de nuevo en marcha.

—Ha faltado poco —dijo Tomás—. Y me temo que ese vestido está arruinado. Es una pena, te quedaba muy bien. Menos mal que tienes muchos más.

—Cállate —musitó Bárbara. Se puso en pie con más torpeza de la que esperaba, y siguió al carruaje, en dirección a la granja.

Cuando ya estaba cercana, Bárbara abandonó el camino. Moverse entre arbustos, árboles y setos con su vestido era complicado, pero al menos tendría algún sitio donde ocultarse. Paso a paso, llegó a las inmediaciones de la granja. A las puertas de un gran cobertizo, se encontraba el carruaje en el que había viajado Evelyn, pero no era el único, había más de media docena de ellos. Los cocheros aguardaban a sus clientes, la mayoría hablando quedo unos con otros, el resto aprovechando para dormitar. Además del cobertizo, había un par de edificios más que Bárbara identificó rápidamente con establos para caballos u otros animales de granja. Un mugido aislado le confirmó su deducción. Resultaba obvio que, fuera lo que fuese que estaba pasando, tenía lugar dentro del cobertizo.

De niña, Bárbara solía pasar la mayor parte del verano en la casa de campo que los Berwick tenían en Cumbria, en el noroeste de Inglaterra. Le solían prohibir entrar en el granero, el pajar o cualquier otro sitio que no fuera apropiado para una señorita, pero ella siempre encontraba una manera de infringir aquella norma. Buscaba alguna madera rota, un agujero por el que algún animal, antes que ella, se las hubiera ingeniado para introducirse en el sitio que a ella le vedaban, y por allí se las apañaba para colarse dentro y desafiar la autoridad paterna. Muchos años más tarde, no era tan distinto su proceder. Tras examinar la parte de atrás del cobertizo, en busca de algún punto débil, no tardó en encontrar un boquete en la pared al que el granjero había aplicado un mal remiendo. Un simple tirón a la mal clavada plancha de madera dejó al descubierto una abertura lo suficientemente amplia como para que, con esfuerzo, se pudiera deslizar al interior.

Después de arrastrarse por el agujero en la pared, su vestido, ya sucio y con varios rotos se encontraba definitivamente destrozado. Dudaba si había valido la pena, puesto que allí no había nadie. Una única vela ardía, incongruente, en el centro del cobertizo. Junto a la puerta cerrada, en el lado izquierdo, podía

distinguir varios percheros, donde contó diez abrigos. Al lado derecho, también se podían observar otras tantas perchas. Vacías, la mayoría, excepto dos, en las que colgaban lo que al principio le parecieron túnicas, pero que, al acercarse y examinarlas de cerca, comprobó que se trataba de hábitos, con grandes capuchas. Llevaban bordados en su pecho un emblema que le era muy conocido, la hoz de pedernal, también llamada «harpē», el instrumento que, según la mitología clásica, fue utilizado por Cronos para castrar a su padre, Urano. Era también el emblema que utilizaba la Hermandad de Cronos.

—¡Qué casualidad! Justo el caso por el que estabas demasiado ocupada para cosas como, no sé, por ejemplo, ¿planear una vida en común? —dijo, en su cabeza, la voz que se asemejaba a la de Tomás.

—¿Planear una vida en común?, ¿a eso es a lo que te refieres con que tú decides por los dos y yo lo abandono todo para seguirte a ti? —masculló Bárbara. Volvió a repetirse que no era el Tomás real el que susurraba esos molestos pensamientos en su cabeza. Debía centrar su atención en el presente, en el ahora.

No lo consiguió.

Si en el *Bureau for the Special Business of Bizarre Nature* no estuvieran tan ocupados, no hubieran recurrido a Bárbara para que investigara el caso de los embarazos «milagrosos», en el que varias mujeres alegaban que habían quedado encintas sin haber mantenido relaciones sexuales. Si solo hubiese sido eso, el asunto se hubiera descartado. No era extraordinario recurrir a una explicación sobrenatural ante un embarazo no deseado. Si la chica no estaba casada, o no salían las cuentas, era más o menos común alegar una concepción milagrosa. Sin embargo, algunas de estas futuras madres que juraban y perjuraban no haber tenido ningún tipo de relación carnal con nadie, habían desaparecido. Aquello seguía entrando dentro de lo posible: cuando el embarazo de dudosa procedencia ya era evidente, la preñada se quitaba de en medio. El *Bureau* terminó tomando cartas cuando, al cabo, empezaron a aparecer los cadáveres de las embarazadas desaparecidas, pero sin rastro del niño que llevaban en sus entrañas.

Navegar aquellas aguas era complicado para Scotland Yard. En las declaraciones de unos y otros se mezclaban verdades y mentiras, por pudor o por ignorancia. Todos los agentes del cuerpo eran varones, como era lógico, pero eso no ayudaba a que las pretendidas madres inmaculadas se sincerasen en sus hábitos y costumbres. Y, finalmente, no había testigos. Nadie sabía que había pasado y, las pobres chicas que habían muerto, poco podían contar ya. Todas estas circunstancias propiciaron que Bárbara Berwick, a quien ya conocían en el *Bureau* por casos anteriores, se uniera a la investigación.

El ruido de un carruaje que se aproximaba en el exterior del cobertizo donde se encontraba la sacó de su ensimismamiento, devolviéndola al momento

actual. Alguien llegaba, y tenía dos opciones. Podía intentar salir del cobertizo de nuevo u ocultarse entre las sombras. O, pensándolo mejor, quizás había una tercera opción y era el momento de arriesgarse.

DE PASADIZOS Y SECRETOS (II)

1

Ya estaba bien entrada la noche cuando atracaron en un solitario canal veneciano. La pareja de siniestros marineros que, junto a Narciso Monturiol, conformaba la tripulación del Ictíneo III, salió al exterior y con rápida eficiencia, aseguró una escala para que el resto del pasaje pudiera llegar hasta la calle. Como habían previsto no quedaba un alma a esa hora, solo la luna era testigo de cómo dos hombres y una mujer abandonaban la extraordinaria nave y se internaban por las calles de Venecia.

—¿Está seguro de que es aquí? —La pregunta la formulaba Gilbert Tyler con impaciencia, y el destinatario era Mateo, que seguía consultando el mapa que Monturiol le había confiado. En él aparecía marcado el lugar en el que se encontrarían con Filippo Rampulla, su enlace para encontrar a Winslow.

—Hace tiempo que no estoy seguro de nada en la vida, pero en este caso en concreto, creo que puedo afirmar que esta es la dirección correcta —respondió un ofendido Mateo. El palacete medio abandonado ante el que se encontraban era muy parecido a tantos otros que habían dejado atrás y, como en casi todos de ellos, no se advertía luz en sus ventanas ni se apreciaba movimiento alguno en el interior.

—Discúlpeme, estoy hambriento, y cuando eso sucede se me agria el carácter —dijo Gilbert. Las comidas que Narciso les había ofrecido consistían, de una u otra forma, en carne o pescado crudo (al *steak tartar* había seguido, al almuerzo siguiente, *carpaccio*, y después *crudo di pece* y *sahimi*). Invariablemente habían sido rechazados por todos, para sorpresa de su anfitrión.

—Quizás he podido desorientarme en algún momento —concedió Mateo doblando el mapa cuidadosamente y guardándolo en el bolsillo interior de su levita—, pero este es el lugar, sí o sí.

Marie, sin querer alargar el asunto, llamó a la gruesa puerta de madera que franqueaba la entrada al edificio. Tres golpes rápidos con la aldaba rompieron la quietud nocturna.

—¿*Chi xe che ciama a quest'ora*? —gritó una voz desde el interior, al cabo de un rato.

—*Nel mezzo del cammin di nostra vita mi ritrovai per una selva oscura, ché la diritta via era smarrita* —declamó Marie. Se trataba de los primeros versos de la *Divina comedia*. Narciso les había informado que debían recitarlos para completar el santo y seña. No fue necesario que los escribieran en un papel para memorizarlos. Poitiers al parecer se sabía gran parte de la obra de Dante Alighieri, en su italiano original.

El ruido de un cerrojo al descorrerse precedió a una puerta que se abría y mostraba un interior bastante más acogedor de lo que cabía presagiar de un edificio como aquel, medio escondido entre callejones poco iluminados.

—Adelante, no se queden ahí —les urgió un hombre delgado, de corta estatura. Estaba repeinado, con mucha brillantina, y tenía un bigote recortado con esmero, formando apenas una delgada línea sobre su labio—. Supongo que se trata del Equipo Especial para el Esclarecimiento... etcétera, etcétera. Disculpen tanto etcétera, pero no me he aprendido el nombre completo, es imposible recordarlo.

—¿Lo ven? Muchas gracias, caballero. —Mateo estaba exultante de que su opinión fuera refrendada.

—Veo que coincidimos. Las grandes mentes piensan igual. Pero permitan que me presente. Soy Filippo Rampulla, de la *sacra squadra speciale per combattere gli spiriti e altre creature degli inferi*.

—¡Dónde va a parar! —exclamó Gilbert con una sonrisa irónica—. Ese nombre es mucho más claro, preciso y fácil de recordar, sin ninguna duda.

—Me alegro que así lo piense —dijo Filippo—. ¿Puede creerse que algunos lo critican con la estrafalaria excusa de que es un poco estrambótico?

—No les haga caso, es perfecto así como está. No se me ocurre nada más que se le pueda añadir —confirmó Gilbert dedicándole un guiño burlón a Mateo.

—Creo que usted y yo podríamos llevarnos bien —dijo el italiano, pasando un brazo por el hombro de Taylor, a pesar de la divergencia de alturas, y conduciéndole, a él y al resto, hacia el interior de la casa.

—No quisiéramos molestar —intervino Marie—, pero tenemos un encargo importante que cumplir. Cuanto antes lo solucionemos mejor para todos, ¿no le parece?

—Por supuesto, por supuesto, pero tal vez antes puedan tomar un café, ¿no? Estarán cansados después de tan largo viaje. ¿Un té? No me pueden decir que no a unas pastitas. —El estómago de Gilbert emitió un esperanzador arrullo al escuchar aquellas palabras.

—No se preocupe por nosotros —indicó Marie. Un ápice de impaciencia asomó a su semblante. Filippo, entre tanto, seguía guiándolos, con su efervescente cordialidad por varias estancias desiertas, subiendo y bajando escaleras, internándose en un intrincado laberinto de habitaciones interconectadas y variopintos rellanos.

—No es molestia —continuó Filippo—. Además, les he preparado una gran sorpresa. Algo que no se esperan, estoy seguro de ello —dijo con teatralidad al finalizar su recorrido frente a un pesado portón de madera, en cuyo frontal lucía un gran cerrojo.

—Deje que adivine, la sorpresa se encuentra detrás de esa puerta —aventuró Mateo.

—Pero qué listo es usted, Dios mío —saltó el italiano, haciendo ademán de pellizcar las mejillas del joven.

—Le recuerdo que no estamos aquí para sorpresas, sino para encontrar al profesor Winslow —dijo Marie, cuya voz a duras penas podía disimular su irritación.

—En efecto, para eso están, y por tanto ¡les doy al profesor Winslow! —dijo Filippo, descorriendo el cerrojo y abriendo con cierta dificultad el enorme portón, que chirriaba al arrastrar la hoja por el suelo.

La habitación a la que daba paso con efusividad el italiano era amplia, de techos altísimos y paredes de piedra. La oscuridad apenas era rota por unas velas encendidas, en el extremo más alejado, sobre una mesa de madera. Allí, sentado sobre una silla, parecía dormitar un anciano. Extrañados, entraron en la estancia y se acercaron con pasos apresurados.

—Este hombre no es el profesor Winslow —alertó Mateo al acercarse. No solo aquel tipo no era el catedrático al que había

conocido en la Universidad de Lausanne, además, estaba atado a la silla y con aspecto de haber pasado por una picadora de carne.

Un golpe, a su espalda, les sobresaltó y los tres se volvieron al unísono. La recia puerta se había cerrado repentinamente. El ruido metálico del cerrojo confirmaba que no había sido casual y que, además, no la podrían abrir desde allí dentro. Filippo no estaba con ellos.

—Me temo que se va a quedar sin su té y sus pastitas, Taylor —aventuró Mateo mientras Gilbert corría hacia la puerta.

—No se quede ahí, ayúdeme —le pidió Marie que, a su vez, había acudido a socorrer al hombre que les habían intentado hacer pasar por Winslow—. Me temo que ha sido torturado. —Un brillo de indignación bailó en los ojos de la francesa.

Mateo echó un rápido vistazo alrededor, intentando evaluar la situación. La mesa y la silla eran los únicos muebles de la habitación. Además de las velas, sobre la mesa descansaban un descorchador de botellas y unas tenazas. Ambos instrumentos estaban ensangrentados.

—Deme su levita. —Marie había liberado al desconocido de sus ataduras, y lo tendía con cuidado en el suelo. Después, improvisó una almohada con la chaqueta que Mateo le tendía y la colocó bajo la cabeza del anciano.

—Ese maldito italiano nos ha dejado encerrados —dijo Gilbert, de vuelta.

—¿Y si entre los dos echamos la puerta abajo? —sugirió Mateo.

—Imposible —dijo Gilbert—. Esa madera es dura y gruesa como la piedra, no podremos. ¿No hay otra salida?

Los tres miraron a su alrededor. No había otra puerta por la que escapar. Mateo miró hacia arriba, y luego, pensativo, tomó una de las velas y la alzó todo lo posible, a objeto de iluminar la parte superior y el techo. Salvo por lo que parecía ser una claraboya de cristal esmerilado, a más de cinco o seis metros, no había ninguna otra ventana.

Un gemido les devolvió su atención al anciano.

—¿Quién es usted? —preguntó el inglés inclinándose ante él.

Una expresión de terror se dibujó en la cara de su interlocutor. Gilbert siguió la mirada del anciano. Al inclinarse, su chaqueta había dejado al descubierto una sobaquera en cuyo interior llevaba un arma.

—Oh, no se preocupe, solo la llevo por protección —dijo Gilbert—. Aunque, si vuelvo a ver a ese maldito Filippo...

—No, él no... Soy yo. Yo soy Filippo —contestó el hombre con voz débil.

—Creo que el hombre que nos recibió era un impostor, y éste es el verdadero Filippo —reflexionó Marie en voz alta.

—Sabía el santo y seña —se justificó el anciano, con voz temblorosa—. Se ganó mi confianza, y después...

Un acceso de tos dejó la frase sin terminar. Un par de hilos de sangre corrieron por las comisuras de sus labios.

—Tranquilo, Filippo —le calmó Marie, cogiéndole la mano.

—Hubiera soportado todo, pero amenazó a mi familia, ¿entienden? —Su respiración se hacía más trabajosa por momentos.

—No se preocupe —intervino Gilbert—. Tarde o temprano saldremos de aquí y daremos con él.

—No, no lo entienden. Me sonsacó que podría encontrar a Winslow en el Hotel Antiche Figure, a las diez de la mañana.

—¿Se aloja allí? —preguntó Mateo.

El anciano negó con la cabeza, mientras intentaba recobrar el aliento.

—No, suele ir allí a tomar su *Kapuziner* con bollos —dijo al fin, con un esfuerzo.

—Son las ocho ahora —informó Gilbert. Había extraído de su chaleco un reloj de bolsillo— ¿Dónde está ese hotel?

Filippo emitió un gemido de dolor y cerró los ojos. Marie tomó sus pulsaciones en el cuello y acercó su oído a los labios del moribundo.

—¿Está...? —inquirió Mateo, sin atreverse a terminar la pregunta.

—Sigue vivo, pero ha perdido la consciencia —dijo Marie incorporándose—. Tenemos que llevarle a un hospital.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Mateo. Los tres se miraron en silencio.

—Bien —dijo al fin Marie—, esta es la situación, tenemos que salir de aquí y llegar al Hotel Antiche Figure antes que el falso Filippo. Viendo cómo ha quedado el verdadero, si llega a Winslow antes que nosotros, me temo lo peor. Y además, hemos de llevar a este hombre a un hospital, sin tardanza.

—¿Alguien sabe dónde queda ese hotel? —preguntó Taylor.

—Como diría el general Serrano, preguntando se llega a Roma —dijo Mateo.

—Ése es el quid, muchacho, que no queremos ir a Roma, sino quedarnos en Venecia.

—Mateo tiene razón —intercedió Marie—, encontrar el hotel, una vez fuera, no será demasiado complicado. Lo importante y urgente es salir de aquí.

—De acuerdo, pero ¿cómo lo hacemos? —preguntó el inglés mirando a su alrededor—. Por esa puerta imposible.

—¿Y esa claraboya? —preguntó Mateo señalando el oscuro ventanuco en la pared, sobre ellos.

—Está demasiado alto —dijo Gilbert.

—Quizás si ponemos la mesa bajo ella, y encima la silla —sugirió Mateo.

—Aún así...

—Si Gilbert se sube sobre ellas, y yo trepo encima de Gilbert —continuó Mateo, sin hacer caso de la interrupción.

De nuevo les envolvió un silencio en el que todos parecían evaluar aquella opción.

—Pero no sabemos a dónde da esa claraboya —dijo el inglés al cabo de unos segundos.

—Creo que debemos intentarlo —dijo Marie, resoluta—. Si nos quedamos aquí esperando a que alguien nos socorra, perderemos tanto a Winslow, como a Filippo.

Sin esperar a que Gilbert se pronunciara, Mateo arrastró la pesada mesa hasta que quedó bajo el tragaluz. El inglés, encogiéndose de hombros, subió a la mesa y tomando la silla que Mateo le pasaba, trepó a ella.

—Tened cuidado —dijo Marie, alarmada. La mesa temblaba al subirse a ella Mateo, tras el inglés.

—Un poco tarde para eso —dijo Gilbert, al tiempo que luchaba por mantener el equilibrio sobre la silla, apoyando sus manos a la pared.

Un par de maldiciones más tarde, Mateo se encontraba de pie sobre los hombros del inglés, pugnando por no caerse. Alargó su brazo todo lo que le era posible, pero apenas llegaba al cristal del tragaluz, con las puntas de los dedos.

—No creo que mi plan funcione —dijo desalentado. Por más que palpaba no encontraba un cierre, ni siquiera una rendija que sugiriera que aquella ventana pudiera abrirse.

—Pues rompa el cristal —sugirió un incómodo Taylor al que el peso y los movimientos del joven Sanz amenazaban con hacer caer de su precaria peana.

—¿Con qué? —preguntó Mateo malhumorado—. Que yo recuerde, antes de subir a sus hombros no llevaba ningún martillo conmigo.

—*Damn it!* —maldijo el inglés en su lengua materna, antes de perder el equilibrio finalmente y arrastrar a su compañero en su caída.

Mateo, sin saber cómo, se contorsionó en el aire, y consiguió aterrizar sobre sus pies, pero, sin poder controlarse, resbaló sobre el enlosado suelo de la estancia hasta tropezar con una sorprendida Marie, que aunque intentó sostener a su compañero, terminó, con él, rodando por el suelo.

Gilbert, entretanto, caía con peor fortuna, golpeándose, al caer, su rodilla contra la mesa. La silla sobre la que estaba encaramado momentos antes se estrelló, además, sobre su cabeza. Frustrado, dejó escapar un nuevo exabrupto, y poniéndose en pie, con rabia, desenfundó su revólver y le descerrajó un tiro a la claraboya.

A continuación, y como consecuencia directa, los sucesos se simultanearon en el tiempo. El cristal del tragaluz por el que Mateo había intentado escabullirse estalló en mil pedazos al recibir el impacto del proyectil disparado por el revólver de Taylor. En lugar del aire fresco de la mañana, lo que penetró por la rota claraboya fue un torrente de agua fría y ligeramente pestilente. Mateo, al ver aquella tromba de agua entrando como un aluvión, y dado que se encontraba cerca de las velas que antes, al mover la mesa, había

dejado sobre el suelo, saltó hacia ellas, con la intención de evitar que se extinguiera la única fuente de luz que tenían. Consiguió alcanzar una, e izarla a tiempo. El agua descargó sobre él, e hizo que resbalara de nuevo, pero aun así, y más por casualidad que por destreza, consiguió que la mecha no se apagara.

El primer instinto de Marie, al ver la tromba de agua que se le venía encima, fue proteger a Filippo. El aluvión de agua los zarandeó tanto a ella como al anciano pero Poitiers, a pesar de todo, logró mantener la cabeza del inconsciente Rampulla fuera del agua. Gilbert, a quien el agua también había pillado de improviso, fue arrastrado también, aunque rápido se rehízo y logró ponerse en pie con rapidez, aunque dolorido y empapado, como el resto. La vía de agua que acababa de crear inundaba la estancia de agua a toda velocidad.

—¿Qué ha pasado? —acertó a decir el inglés, estupefacto ante lo ocurrido.

—Gilbert, traiga la mesa hasta aquí, y pongamos al señor Rampulla sobre ella —ordenó la francesa.

Saliendo del trance, Taylor acudió a hacer lo que se le indicaba, reprimiendo una mueca de dolor. El golpe en la rodilla le dolía. Intentando ignorarlo, apretando los dientes, cogió la pesada mesa, le dio la vuelta, y la acercó, flotando con las patas hacia arriba, hasta Marie. Mateo, chorreando también, dejó la vela sobre la improvisada balsa, y ayudó a sus compañeros a tumbar al anciano Filippo sobre ella. El agua les llegaba ya por encima de la cintura.

—La claraboya debe dar a uno de los canales —dijo Marie, aún recuperando el resuello.

—Pero ¿a qué idiota se le ocurre poner un tragaluz bajo las aguas? —bramó Gilbert.

—Supongo que inicialmente estaría sobre las aguas —aclaró Mateo—, y se iría hundiendo hasta quedar por debajo de ellas. Toda Venecia cada año se hunde un poco más. Por eso no entra la luz, a pesar de que dada la hora que es, ya debe haber amanecido.

—Suena muy convincente, aunque era una pregunta retórica. En cualquier caso, y creo que es la segunda vez que nos planteamos esta cuestión... ¿qué hacemos ahora? —preguntó el inglés, su

mirada fija en Marie. En el rostro de su compañera podía adivinarse que estaba evaluando las distintas opciones.

—Creo que la claraboya sigue siendo nuestra única opción de salir de aquí —dijo al fin Marie.

—Imposible, si no llegábamos a ella antes, ahora menos todavía. Y además, con la fuerza con la que está entrando el agua, no podremos salir por allí —apuntó Mateo.

—No podemos, ahora —dijo Marie, acentuando la pausa entre «no podemos» y «ahora». Mientras hablaba, su vestido empezaba a hincharse por la acción del agua, asemejándose, casi, a una escarola —. Tenemos que esperar a que el agua supere la claraboya, entonces será posible salir por allí.

—Claro —dijo el joven Sanz al que una luz se le iluminó en el cerebro—. Esta habitación es estanca. Por tanto, el agua irá subiendo de nivel. En el momento que el agua supere el nivel de la claraboya, ya no entrará con tanta fuerza, y podremos escapar, buceando, por allí. Entre tanto, tenemos que flotar.

—Yo no podría haberlo dicho mejor. Oh, espere, acababa de hacerlo, muchas gracias por explicarme mi propia idea —dijo Marie con ironía—. En cualquier caso, antes de continuar, necesito que se giren.

—¿Cómo? —dijo Taylor, desconcertado.

—Dense la vuelta por favor.

—No entiendo —dijo, esta vez Mateo.

—¡*Oh, mon dieu*! —estalló Marie—. Tengo que quitarme este vestido, o me arrastrará al fondo. ¿Pueden mirar hacia otro lado mientras me desvisto?

Tanto Gilbert como Mateo obedecieron sin rechistar y, con un poco de embarazo, se volvieron de espaldas a ella hasta que Marie les avisó que ya podían girarse. El vestido flotaba, esponjoso, cerca de ellos, y Marie quedó únicamente con unas enaguas blancas que se le adherían indiscretas al cuerpo. El agua ya les llegaba por el pecho.

—No podremos salir todos —reflexionó Marie.

—Lo dice usted por Filippo, ¿verdad? —preguntó Taylor haciendo un gesto hacia el anciano. Marie asintió.

—Yo me quedaré con él —dijo Marie—. Uno de ustedes debe ir en busca de Winslow y del falso Filippo. El otro volverá a entrar en el palacete, por la puerta principal. Deberá llegar hasta esta habitación y abrir desde afuera, antes que esto se inunde del todo y nos quedemos sin aire.

—No me parece bien. Yo me quedaré con Filippo —se ofreció Mateo.

—No —insistió Marie—. Es el único que reconocería a Winslow. Además, como comprenderá, no pienso salir a la calle en ropa interior.

—Así que, mientras Mateo va a por Winslow, yo rescato a la dama y al anciano —resumió Gilbert, mirando a su compañera.

—Me parece un buen plan, Taylor —dijo Marie, con el agua ya a la altura del cuello—. Me alegro que también usted sepa explicarme lo que ya he expuesto yo.

2

El hombre que descalzo y con las ropas empapadas corría desesperado por la Fondamenta Garzotti veneciana no era un loco, aunque eso no podían saberlo los transeúntes que con él se cruzaban. Dado que, además, llevaba un revólver en la mano, era lógico que lo sospecharan y se hicieran a un lado al verlo aparecer. Cuando los dejaba atrás, las mujeres se persignaban y los hombres actuaban según su procedencia: los venecianos dejaban escapar algún improperio en italiano —el mejor idioma para acomodarlos— y los extranjeros, en particular los bohemios aristócratas británicos, esbozaban una lánguida sonrisa y pensaban «ay, así es Venecia», como si ellos fueran partícipes de los secretos de la Serenísima. Por un breve instante unos y otros se ausentaban del aburrimiento eterno en el que transitaba su existencia y fuera como fuese, todos coincidían en apartarse del hombre que con el rostro rojo y la respiración jadeante, se apresuraba de tal guisa por las calles de Venecia.

Mateo, que era quien así corría, había escuchado las campanadas de alguna iglesia, hacía ya un rato, señalando que faltaba un cuarto para las diez. Aunque muchas preocupaciones le afligían, dos eran las que, en plena carrera, le bullían en la cabeza. Por una parte, estaba preocupado por la peligrosa situación en la que había abandonado a Marie, en una habitación inundada, con el italiano moribundo que se empeñaba en proteger. Por otra, le habían encomendado encontrar a Winslow antes de que lo hiciera el canalla que se había hecho pasar por el señor Rampulla.

Apenas una decena de minutos antes, Mateo se había despedido de Marie y se sumergía, a continuación, en las mismas aguas en las que flotaban, a varios metros sobre el suelo. El tragaluz que su compañero había roto de un disparo quedaba ya por debajo de las aguas que inundaban la habitación y no fue difícil atravesarlo, a pesar de ir casi a tientas.

Un par de brazadas le bastaron para llegar a la superficie. Aquella mañana Venecía olía a sal y pescado y nunca antes aquel perfume le había parecido tan delicioso. Salió del canal con cierto esfuerzo, y se desplomó sobre el empedrado suelo de la calle. Al poco, la cabeza de Gilbert surgía de las aguas y Mateo le tendió su mano para ayudarle.

—¿Dónde están sus zapatos? —fue lo primero que dijo Taylor, que no solo sí tenía los suyos, sino que, además, llevaba en su mano su inseparable sombrero bombín.

—Me deshice de ellos para nadar mejor —dijo Mateo, dándose cuenta del problema al instante. No había caído en traerlos con él y, ahora, tendría que correr por media Venecia descalzo.

—Tome —dijo Gilbert. Había extraído su revólver de la funda de la sobaquera—. Es una Remington Doble. Encuentre a Winslow, pero sobre todo, métale una bala entre ceja y ceja al falso Filippo. Solo tendrá una oportunidad, por desgracia desperdicié tontamente el primer disparo de los dos disponibles.

—No sé... En fin... Y usted... —titubeó Mateo. Diez mil cosas rondaban su cabeza.

—Sí, sí, no se preocupe. Rescataré a la señorita Poitiers. Pero corra, maldita sea.

Antes, Mateo tenía que encontrar a alguien que supiera decirle cómo llegar al Hotel Antiche Figura. No le resultó tan sencillo. Un extranjero empapado y descalzo que esconde, con escaso éxito, un revólver entre sus ropas, no animaba a la locuacidad. Aun así, siempre hay alguien dispuesto a echar una mano a un alma en pena, y por suerte para Mateo un *gondolieri* parlanchín, de voz cantarina, reconoció el nombre del hotel y acertó a suministrarle las instrucciones precisas para llegar allí: debía tomar Fondamenta Garzotti hacia el norte, y después la Calle Lunga hasta Santa Croce. El hotel que buscaba se encontraba al lado de la iglesia de San Simeón Piccolo. No tenía pérdida.

Y de esta manera, de vuelta al presente, las campanas volvían a repicar cuando Mateo se topó con un muro al final de Fondamenta Garzotti y tuvo que rehacer parte de lo ya recorrido, en dirección contraria. Retrocedió hasta el último puente que había dejado a su espalda, recobró el aliento y de nuevo emprendió la carrera. Cruzó el canal de Rio Marin por el puente de Bergami, y casi de improviso se encontró en la Calle Lunga. Tenía los pulmones a punto de estallar por el esfuerzo, y el corazón le latía desbocado. Pronto llegaría a Santa Croce, y a la izquierda, tendría, por fin a la vista la terraza del Hotel Antique Figura. Eso esperaba.

Al embocar Santa Croce, sin embargo, quién sabe si por el cansancio acumulado, o simplemente por aciago azar, tropezó y terminó de bruces contra el suelo. Más herido en su pundonor que por la caída, se levantó a toda prisa. Estaba exhausto, dolorido y apestaba a las aguas estancadas del canal. Al menos la Derringer que Gilbert le había confiado seguía en su mano, solo le faltaba haberla perdido. Abatido, pero sin darse aún por vencido, avanzó más calmado hacia el hotel.

Entonces lo divisó.

No al profesor Herbert Winslow, sino al falso Filippo.

Caminaba entre las mesas de la terraza del hotel, con tranquilidad, sin que nadie le prestara atención. Mateo sabía, sin embargo, que aquel ser de apariencia inofensiva había torturado sin miramientos a Rampulla para después suplantarlo y representar ante

ellos el papel de simpático anfitrión, de forma tan convincente, que incluso a él le costaba creer que así había sucedido.

Uno de los comensales, un hombre de cabellos grises y barba descuidada, levantó su mano requiriendo la atención del camarero. Mateo lo reconoció también, se trataba del profesor, al fin. Pero aquel gesto, que el camarero como es lógico había ignorado, había alertado, sin embargo, al falso Filippo. Se dirigía, ahora, hacia Winslow, y de alguna parte de su indumentaria, había extraído una larga y gruesa aguja de más de dos palmos. Mateo nunca había visto un arma como aquella. Le recordó a las agujas de punto, pero aquella era más gruesa y sólida. El sol, que en aquellos momentos bañaba la terraza del hotel, arrancó al instrumento un brillo metálico y peligroso. Su propietario portaba la enorme aguja con aire casual, pegada a su cuerpo, de forma que nadie reparaba en él ni en lo que llevaba en su mano. Mateo fue consciente de que algo terrible iba a ocurrir y estaba demasiado lejos para impedirlo. Desesperado, levantó la mano en la que llevaba el revólver. Pensaba disparar al aire para causar una conmoción general, y de aquella manera llamar la atención de Winslow. Dudaba que sirviera para frustrar los planes del hombre que le acechaba, pero no se le ocurría nada más.

—¡*Getta la pistola*! —escuchó. Un momento después, Mateo era embestido, y rodaba por el suelo.

Quizás si hubiera estado más alerta a su alrededor, hubiera advertido que su desaliñada presencia, y sobre todo el revólver que portaba en su mano, había llamado la atención de varios viandantes tras su aparatosa caída en Santa Croce. El rumor de que había un hombre armado en la plaza fue expandiéndose hasta convertirse en un callado clamor que llegó hasta un *carabinieri* cercano. Éste, sin duda, hubiera preferido pasar la tarde tranquilo y a su aire, pero se sintió obligado a hacer algo al respecto. Así pues, cumpliendo su deber, el agente del orden se dirigió con paso firme y resuelto hacia un Mateo que en aquel momento izaba su arma. El gendarme no se esperaba aquello, pero ya que sus pasos eran observados y sin duda juzgados por los presentes, se armó de valor y se lanzó hacia el joven como un toro de lidia encara un capote.

La Derringer Remington, cuya presencia había causado toda la agitación, cayó de la mano que la empuñaba, y rebotando sobre el suelo quedó inerte y olvidada. Mateo, dolorido pero sobre todo desconcertado, y con el agente del orden aprisionándole en una especie de llave que le cortaba la respiración, puso en práctica de forma inconsciente lo aprendido en la sesión de lucha en el submarino y aprovechando el propio peso del *carabinieri*, lo lanzó por el aire tal y como, no hacía mucho, Marie había hecho con él. Quizás por lo inesperado de que su presa se revolviera de forma tan poco europea, el agente giró como una peonza hasta caer, perplejo, en las aguas del Gran Canal.

Para entonces, un corro expectante se había formado alrededor. Una mezcla heterogénea de señoras de expresión adusta y preocupada, simpáticos pilluelos y elegantes caballeros de traje y chistera se habían congregado para asistir al espectáculo; incluso un vendedor ambulante de tónicos rejuvenecedores —*Siero della Vitalitá* de *Dottore Marini*— aprovechaba para dar descanso al anuncio de su producto y se unía al público que, expectante, aguardaba una conclusión. Mateo, libre ya del *carabinieri*, buscó con la mirada un hueco en aquel muro humano que le permitiera comprobar qué había sucedido con Winslow. A pesar de la distancia que les separaba alcanzó a ver que el falso Filippo, aprovechando que toda la atención estaba fija en el propio Mateo, se había sentado junto al profesor y le hablaba al oído mientras la punta de la larga aguja se apoyaba en la axila del profesor.

Entretanto, la pequeña multitud que rodeaba a Mateo no había hecho sino aumentar hasta que, finalmente, un hombre se significó de entre la masa informe a la que instantes antes pertenecía. Poseía la suficiente envergadura como para que un sorprendido Sanz diera un paso atrás al tiempo que el recién llegado daba uno adelante. No era muy difícil deducir por qué aquel tipo dejaba de ser un simple testigo del corro de mirones y pasaba a ser un obstáculo en sus planes: una *signorina* guardaba, arrobada por su valentía, la chaqueta del espontáneo.

—¿En serio? —exclamó Mateo, que una vez más veía frustrado su intento de socorrer a Winslow.

Por toda respuesta, el hombre subió los puños en un gesto que al joven Sanz le recordó las lecciones de boxeo que había recibido de Taylor. El primer directo lo esquivó Mateo con maestría, el segundo pasó demasiado cerca de su cara como para esperar a ver qué pasaba con el tercero, por lo que, casi sin pensarlo, dirigió un gancho de derecha al mentón de su oponente. Impactó de lleno. El grito de dolor, empero lo profirió Mateo. Si le hubieran dado un martillazo en la mano, no le hubiera hecho tanto daño. Definitivamente, la pelea no iba a seguir las reglas del marqués de Queensbery, empezando por los guantes que amortiguaban los golpes. Su contrincante, sin embargo, parecía más humillado por haber encajado el puñetazo, que dolorido por el mismo. Jaleado por la concurrencia no tardó en lanzar un nuevo puñetazo que el joven Sanz, ya cansado y casi sin aliento, no logró esquivar.

Cayó de rodillas al suelo. Una nube oscura pretendía arrebatarle la conciencia. Luchó contra aquella sensación. Su oponente, impertérrito, se acercó con paso decidido, dispuesto a acabar una pelea que a Mateo se le antojaba no sería la primera ni la última en la que había tomado parte. Aquel tipo no solo buscaba impresionar a la mujer que sostenía su chaqueta. Le gustaba pelear, y se le daba bien.

Fue entonces cuando, levantando la vista, vio el revólver que no había llegado a disparar. Se encontraba a medio camino entre el bruto que le había tumbado y él. A menos de tres pasos. Un gruñido a su espalda le hizo volver la vista, sin embargo. Era el *carabinieri*, a quien algún gondolero había ayudado a salir del canal.

Mateo dirigió su mirada más allá del corro que se arremolinaba a su alrededor: el falso Filippo arrastraba subrepticiamente a un acongojado profesor Winslow, obligándole a abandonar su mesa. En breve, desaparecerían de su vista.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo, levantándose de un salto, ignorando el dolor en sus costillas y la hinchazón que ya mostraba su rostro.

Tanto el hombretón frente a él como el agente a su espalda, que ya se le aproximaba con muy malas intenciones, se detuvieron, confundidos por un instante.

—¿Acaso no podemos ser todos amigos? —continuó Mateo, en voz muy alta, con los brazos abiertos. Su contrincante le miró con desconfianza.

—¡Espere! —gritó Mateo, girándose, al escuchar al *carabinieri* tras él. Estupefacto, el agente se quedó donde estaba.

—¿Está loco o qué le pasa?

Mateo se volvió otra vez hacia el hombre que hacía menos de un minuto había decidido hacerle frente sin ninguna objeción de conciencia, y que ahora, al parecer, se sentía incómodo ante aquel súbito cambio de comportamiento. A la gente le asusta más un perro loco que uno grande, le había dicho un hombre muy sabio no hacía mucho.

—¿Es que no es capaz de darme un abrazo y echar pelillos a la mar? —exclamó Mateo, dando un paso en su dirección.

El hombre retrocedió de nuevo, mirando a su alrededor con expresión desamparada. Por lo visto, un abrazo le generaba mayor fastidio que un gancho a la barbilla. Lógico, no era para aquello que se había arremangado la camisa.

Dos pasos más y llegaría al revólver, pensó Mateo, forzándose a no desviar su mirada hasta él y descubrir sus intenciones.

—¡He dicho que espere! —dijo volviéndose de nuevo hacia el *carabinieri*, que ni siquiera se había movido—. ¿Es que acaso no sabe esperar?

—Pero... si no he hecho nada... —balbució el agente, enrojeciendo.

—¡Que espere le digo! —gritó Mateo, su atención de vuelta a su anterior adversario, que retrocedía de nuevo asustado.

—Mire —comenzó a decir el grandullón de la camisa arremangada —, yo creo que ya no tengo...

—¡Cómo que no tiene! —dijo Mateo, acercándose con los brazos extendidos como un Cristo, un paso más, a punto de llegar hasta el revólver que, olvidado de todos, aguardaba en la acera.

—Es decir, que no debo...

Por el rabillo del ojo, Mateo vislumbró a una nueva pareja de *carabinieri* que se acercaban, calle arriba, a toda prisa. Había

perdido de vista a Winslow y compañía. Si no hacía algo ya, perdería la oportunidad.

—Permítanme que les diga, señores y caballeros, que me tienen todos hasta los... —dijo Mateo, al tiempo que se agachaba y recogía el revólver. Apuntó con él al cielo y, antes que nadie tuviera algo que objetar, disparó. La detonación acalló la última palabra de su discurso.

El estallido de la Derringer desató el infierno: gentes corriendo de aquí para allá, sin orden ni concierto, mujeres llorando, hombres empujándose unos a otros, niños chocándose con vendedores ambulantes y perros enredándose en las piernas de todos... El *carabinieri* volvió a saltar al canal; los agentes que se acercaban, se volvieron con disimulo y desaparecieron en dirección opuesta; el espontáneo que había noqueado a Mateo emprendió la carrera despavorido, ajeno a los lamentos de su novia que le suplicaba que la esperara. La chaqueta, que hasta aquel momento había sujetado la chica, voló por el aire y terminó en el suelo pisoteada por unos y otros. El episodio de histeria colectiva se extendió rápidamente por los alrededores; al salir corriendo unos, contagiaban a otros, de modo que al final todos corrían aterrorizados gritando, llorando y perjurando.

Mateo, solo ahora en mitad de una calle en donde todos huían despavoridos hacia todos lados, se guardó el revólver en la cintura de su pantalón, y buscó a Winslow. Al fin lo vio. Todavía estaba en manos de su captor, pero en pleno guirigay, un pescadero veneciano, con su cesta llena de pescado y huyendo no sabía muy bien de qué, sufría un encontronazo con el falso Filippo, y terminaban ambos en el suelo, entre anchoas y sardinas. El profesor aprovechó para escapar de su lado como alma que lleva el diablo.

—Si un diablo con alma busca refugio en la Casa de Dios — reflexionó Mateo para sí. En aquel momento, Winslow subía las escalinatas en dirección al interior del templo de San Simeón Piccolo. El italiano le seguía, con una expresión feroz en su rostro.

Y como no podía ser de otra forma, hacia allí también corrió Mateo.

3

Mientras alrededor los asustados vecinos de Venecia corrían en estado de pánico, el joven Sanz, aún mojado, descalzo, y con un revólver sin balas al cinto, subía las escalinatas de San Simeón Piccolo y se adentraba en el templo.

No había ningún feligrés en el interior de la iglesia, o al menos eso estimó al echar un vistazo desde la puerta. Avanzó, lento y alerta, por si hubiera alguien agazapado entre los bancos que hubiera escapado a su inspección inicial, pero un grito agónico, no muy lejano, le detuvo. Al alarido siguió el ruido de unos pies bajando unas escaleras a todo correr. Ambos sonidos provenían de la sacristía, y hacia allí se dirigió Mateo con mayor recelo si cabe.

Un cuerpo yacía inmóvil en el suelo. Mateo escudriñó, tenso, a su alrededor, por si, a pesar de todo, el responsable estuviera aún presente en la sacristía, pero no había nadie más allí. Se arrodilló junto al muerto. No se trataba del profesor Winslow sino de un sacerdote, un anciano de negra sotana, cejas blancas y espesas, y con los ojos muy abiertos a pesar de que la vida ya se había escapado de aquel cuerpo. Su cabeza descansaba sobre un pequeño charco de sangre que todavía escapaba con lenta parsimonia de su oído derecho. A falta de otra herida visible, Mateo llegó a la conclusión de que alguien había introducido por la fuerza en el oído de aquel hombre un objeto fino y alargado. El arma del crimen bien pudiera ser una larga aguja como la que había visto en manos del falso Filippo.

Además de la puerta por donde había entrado, no era evidente otra salida de la sacristía, salvo unas escaleras que bajaban a las criptas. De sus estudios de Historia y Arte en Florencia, Mateo recordaba que la Iglesia de San Simeón Piccolo era singular al menos por dos características casi únicas: su enorme cúpula de color verde, producto de la oxidación del cobre con que había sido recubierta y por las criptas centenarias que databan de las primeras comunidades cristianas. Había llegado el momento de visitarlas ya que, tanto si el profesor seguía vivo, como si no, no quedaría más remedio que descender esas oscuras escaleras si quería encontrarlo.

El problema residía en que, además del profesor, también se encontraría allí abajo su perseguidor, y enfrentarse a él no se le antojaba muy recomendable. Finalmente, con el revólver descargado en una mano, y una vela que había encontrado y encendido, en la otra, Mateo emprendió su camino, silencioso, escaleras abajo.

Al culminar su descenso, comprobó que la temperatura también lo había hecho. La humedad, por contra, había subido y un olor putrefacto flotaba a su alrededor. Cristos, ángeles y santos le miraban desde los gastados frescos de las paredes. Se encontraba en una estancia octogonal en cuyo centro se alzaba un altar desnudo, sin aparencia de haber sido usado en mucho, mucho tiempo. Quizás siglos.

Dos pasillos atravesaban la estancia. Mateo se detuvo y cerró de nuevo los ojos, conteniendo la respiración y concentrándose en captar los sonidos que pudieran llegar hasta él. Creyó oír un rumor de voces apagadas procedente de uno de los corredores. Le costó decidir, pero al final llegó a la conclusión de que venían del pasillo de la derecha. Se dirgió allí, con cautela. La conversación se hacía más clara según se acercaba y, aunque no podía descifrar las palabras, sí creía identificar a la persona que hablaba con tono amenazador. Se trataba del falso Filippo. La otra voz, por tanto, tenía que pertenecer al profesor Winslow.

El pasillo que Mateo recorría en silencio se encontraba flanqueado de tumbas, la mayoría tapiadas. Pero no todas. Encontrarse rodeado de cadáveres no le proporcionaba una gran tranquilidad, todo lo contrario, su desasosiego, pese a no creer en fantasmas ni, en general, el más allá, se incrementaba por momentos. En un momento dado, sin embargo, pudo ver al fondo del pasaje, el oscilante resplandor de alguna fuente de luz por lo que sintió algo de calma templando su ánimo. Apagó su vela y la abandonó en el pasillo, temeroso de ser descubierto. Antes de quedarse a oscuras, en la última pared, acertó a ver una pintura ocre y gastada por el paso del tiempo y la humedad. Alrededor de un esqueleto, una inscripción en latín pedía piedad para los que nunca quisieron pecar. Mateo se santiguó con el cañón del revólver. Dios era testigo de que él no deseaba pecar. Bueno, no siempre... algunas veces nada más.

Casi de puntillas, se asomó finalmente al lugar en el que resonaban las voces. Allí estaban los dos hombres.

—Arriba las manos —dijo, surgiendo de entre las sombras, en un arranque de originalidad, encañonando al falso Filippo con su Derringer.

Winslow le miró con los ojos muy abiertos, sorprendido por aquella súbita aparición. El hombre al que Mateo apuntaba con su revólver, sin embargo, se limitó a volverse hacia él con lentitud, casi con pereza. Guardó en su bolsillo, sin ninguna prisa, el objeto que Winslow le entregaba en esos momentos. Mateo no alcanzó a distinguirlo con claridad. Por un momento creyó que era un diamante, pero debía haberse equivocado ya que de serlo, se trataría del mayor que había visto nunca. Eso tampoco era garantía de nada, ya que no tenía interés alguno en las joyas y piedras preciosas y pocos había admirado como para ser objetivo en la apreciación del tamaño que debía tener un diamante. En cualquier caso, ninguno, que supiera, desprendía un destello azul como aquel.

Sin dejar de apuntar al hombre que los había encerrado en el palacete, Mateo trató de hacerse una idea de la estancia en la que se encontraban. No era, desde luego, lo que se esperaba encontrar en los sótanos de una iglesia, más por su contenido que por su continente. Frente a un tosco altar de piedra, se erigía una máquina de grandes dimensiones, llena de engranajes de varias formas y tamaños, de las que partían cables que enlazaban con poleas, bombillas eléctricas y relés. Además, varios armazones metálicos colgaban del techo, conectados por múltiples cables de cobre. Se asemejaban a paraguas invertidos desprovistos de tela, o quizás, arañas de largas y finas patas metálicas. El de mayor tamaño se encontraba sobre el altar principal, pero un poco más allá, sobre otro altar, más pequeño, estaba suspendida otra de esas inertes criaturas de hierro y alambre. Al fondo, ya casi ocultas por las sombras que la llama de un gran cirio de iglesia proyectaba en el lugar, se apilaban varias cajas alargadas de madera.

—¿Mateo? —dijo el italiano al fin. Su tono dejaba entrever que no estaba preocupado por haber sido descubierto—. Lo hacía a usted sano y salvo con sus amigos en el palacete del señor Rampulla.

—Suelte el arma —dijo Mateo, que había advertido cómo en la mano de su interlocutor había aparecido discretamente la aguja-estilete que con toda seguridad había utilizado para dar muerte al sacerdote, arriba, en la sacristía—. Después, si lo desea, podemos hablar de Filippo. Delante de un juez, por supuesto.

—Entiendo que esté molesto. Le pido perdón por hacerme pasar por su compañero, pero entenderá que tenga que hacer mi trabajo, para eso me pagan. Y ya que estamos, permita que me presente, mi nombre real es Pietro Saracino. Y ustedes dos —señaló a Winslow y a Mateo—, supongo que ya se conocen, ¿no es cierto?

Winslow asistía a la escena desconcertado. No acertaba a decir palabra ni hacer gesto alguno ante aquella situación.

—Soy Mateo Sanz —aclaró el joven. La expresión de Winslow dejaba claro que seguía sin ubicarlo.

—El señor Sanz, que viste y calza —repitió un animado Pietro Saracino—. Y apuntándonos con un arma. ¿Puede creerlo usted, profesor Winslow? Por supuesto, no es más que un farol. Nuestro amigo sería incapaz de disparar a sangre fría. Sigue siendo un alma inocente, al contrario que nosotros.

—Cállese, y suelte de una vez su puñal —dijo Mateo, elevando la voz. Su eco resonaba ominoso en aquella estancia acostumbrada al empecinado silencio de los muertos y al trasegar callado de las ratas.

El italiano avanzó un paso hacia Mateo. De alguna manera, el hombre insignificante y hablador que les había recibido en el palacete se había desvanecido y ahora, a la escasa luz de la vela, Pietro Saracino se agrandaba, amenazante.

—Sería tan fácil acabar con usted, querido amigo —dijo Pietro con voz hosca, sin rastro ya en sus palabras del cantarín soniquete que había bailado en ellas hasta aquel instante—. Pero me han advertido que no debía causarle daño alguno. Es una pena. ¿Ha acabado usted antes con la vida de un semejante, Mateo? Apuesto a que no. Es adictivo, créame. Podría aleccionarle, señor Sanz, podría aprender mucho conmigo. Estoy seguro de que se le daría bien.

—Con lo único que disfrutaría ahora sería al ver su expresión cuando le lleve ante la justicia —dijo Mateo. A pesar de la baja

temperatura, una gruesa gota de sudor caía por su sien.

—¿La justicia? —Una sonrisa cruel se dibujó en el rostro de Pietro Saracino—. No sabe dónde se mete, Mateo. Piensa que está en el bando de los buenos, y que éstos siempre ganan, ¿verdad?

Antes de que el eco de sus palabras se diluyera, en un instante, sin darle tiempo a reaccionar, Saracino atravesó con su aguja el brazo con el que Mateo sostenía el revólver. Una sonrisa maléfica oscureció el rostro del italiano al tiempo que, con la misma rapidez, la extraía. La punzada provocó que Mateo soltara la Derringer, y rodara por el húmedo suelo de la cripta. Saracino, a continuación, apoyó la punta del estilete en la garganta de su joven víctima. Le miraba en silencio, su cara muy cerca de la suya, las respiraciones de ambos confundiéndose de forma casi obscena.

—Deje al muchacho —dijo el profesor Winslow a su espalda. En su temblorosa mano se encontraba el revólver que Mateo había dejado caer.

El estilete se separó de la garganta del joven Sanz, donde ya había perforado la piel ligeramente y un par de gotas rojas se deslizaron por su cuello.

—Vaya, profesor —dijo Saracino, con una voz glacial, volviendo su atención hacia Winslow—. Le hacía más inteligente. Ahora no me dejará elección.

El discurso del italiano quedó interrumpido por el sonido del gatillo. El trío quedó momentáneamente inmovilizado. La Derringer, sin munición, seguía apuntando a Saracino, pero nada había sucedido. El pánico asomó a las pupilas del profesor Winslow. Apretó de nuevo el gatillo, con idéntico resultado.

—Así que ha estado descargada todo este tiempo, ¿no es así, Sanz? —dijo al fin Pietro—. Sospecho que no ha sido un accidente, y que lo sabía desde el principio. Me ha impresionado, lo reconozco. Usted, sin embargo, Winslow, creo que con su jugada, ha perdido la partida.

Con un elegante y repentino movimiento, Saracino lanzó su estilete al estupefacto profesor. Winslow dejo escapar un gemido antes de caer al suelo. La enorme aguja se había clavado profundamente en su pecho. Mateo, ignorando a Saracino, corrió a

atender al profesor. Consternado, se arrodilló junto a él, sin siquiera darse cuenta de que su atacante se perdía en la oscuridad, su risa retumbando en las catacumbas de San Simeón Piccolo.

Winslow se miraba el pecho con horror. Mateo era consciente de que no debía retirar la gran aguja que sobresalía del pecho del profesor, ya que aquello provocaría una hemorragia interna. La misma lógica le decía, también, que daba igual lo que hiciera. La suerte estaba echada para Winslow. La enorme aguja estaba clavada en el corazón.

—Sigo sin saber quién puñetas es usted, ni qué hace aquí —acertó a decir Winslow con un gran esfuerzo.

—Soy Mateo Sanz, y el Equipo Especial... —comenzó a decir el joven, sin saber muy bien cómo continuar.

Un gesto con la mano de Winslow le dio a entender que daba igual. Mateo suspiró. Las razones por las que estaba allí y lo ocurrido hasta el momento eran demasiado complicadas como para explicárselas a un moribundo.

El inconfundible sonido de un trueno, muy arriba, en el exterior, llegó, apagado, hasta ellos. Mateo no pudo evitar un sobresalto, pero no era el trueno el que lo causaba, sino el hecho de que, de improviso, Winslow había abierto los ojos con expresión de alerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con voz ronca.

—Parece que hay una tormenta —acertó a decir Mateo, desconcertado por el súbito interés del profesor y sintiéndose estúpido por hablar del tiempo en un momento como aquél.

—Una tormenta... Llevaba tanto tiempo esperando, quizás no todo está perdido. Súbame al altar, rápido —dijo el anciano. Un hálito de esperanza brillaba en su mirada.

Para Mateo la petición de Winslow era incoherente, pero cumplir su deseo no le costaría gran cosa, por lo que tomó al anciano en sus brazos. Sintió un aguijonazo de dolor en la herida que a él le había causado Saracino, pero aun así, logró subir al profesor al altar sobre el que pendía el extraño armazón metálico que antes le había llamado la atención. Todavía llevaba la aguja clavada en el pecho.

—Escúcheme, Sanz —dijo Winslow. La energía que la llegada de la tormenta le había insuflado comenzaba a disiparse, aunque la

urgencia seguía presente en sus palabras—. Haga lo que le digo, sin saltarse un solo paso. Aunque le escandalice. Prométamelo.

—Pídame lo que sea —accedió Mateo.

Un ataque de tos y un hilo de sangre brotaban de la boca de Winslow antes de poder hablar. La muerte estaba llamando a la puerta.

—Coloque lo que encuentre en el interior de las cajas de madera en el otro altar —dijo al fin, con un esfuerzo postrimero—, por muy extraño que le parezca. —Un nuevo trueno, más audible que el anterior interrumpió el discurso de Winslow. Algo parecido a la ilusión brilló en sus ojos—. Después, accione la palanca —continuó el profesor, sin casi aliento, señalando la máquina que ocupaba gran parte de aquella cripta.

Mateo levantó la mirada, buscando las cajas y la palanca de la que le hablaba Winslow. Recordaba haber visto las cajas al entrar y en cuanto a la máquina, aunque no había reparado en ninguna palanca, no tardó en identificarla.

—¿Qué pretende con todo esto? —preguntó Mateo. Winslow no respondió. Sus ojos estaban abiertos, pero ya no veían nada. Había dejado de respirar.

Mateo maldijo. Se quedó un momento inmóvil, indeciso. Le había prometido a aquel hombre cumplir su voluntad, pero ¿qué sentido tenía aquello ahora que había expirado?

Un nuevo trueno le hizo estremecerse una vez más. La tormenta estaba muy cercana, ya encima de ellos, de otra forma no la escucharía tan nítidamente. Sin sopesarlo más, se acercó al oscuro rincón donde se encontraban las cajas de madera. Un olor a tierra húmeda y rancia le asaltó las fosas nasales al abrir, con dificultad, la tapa de la primera caja. La penumbra era tal que no podía ver lo que había en su interior. Introdujo su mano, y tal como su olfato le había advertido, lo que encontró fue tierra. «Coloque lo que hay en su interior en el otro altar», le había dicho Winslow. No podía referirse a la tierra, algo debía estar enterrado en ella. Excavó un poco más con sus manos, hasta que dio con algo sólido, un objeto no muy grande. Lo asió, y lo extrajo de la caja. Ya a la luz de la vela que iluminaba la estancia, alcanzó a ver que se trataba de un muñeco de madera.

Extrañado, le limpió un poco la tierra y lo llevó hasta el altar pequeño. Después, se acercó a la máquina, tras el altar. Se preguntó una vez más por qué hacía lo que estaba haciendo. Por toda respuesta, un nuevo trueno retumbó ensordecedor en toda la iglesia. Como si de una señal se tratase, y encogiéndose de hombros, Mateo bajó la palanca que el profesor había mencionado antes de fallecer.

Un zumbido invadió la estancia. Los engranajes de la máquina comenzaron a temblar. Algo estaba sucediendo. Poco a poco, ruedas dentadas, cintas y poleas entraban en funcionamiento. Un súbito fogonazo le cegó por unos segundos. Al recuperar la vista, pudo ver cómo los cables, alambres y varillas que formaban aquella especie de araña suspendida sobre el cadáver de Winslow emitían un fulgor rojizo. Se materializaron una serie de chispas eléctricas, iluminando en parte la estancia. Una de ellas, sin embargo, saltó y le impactó en una mano, causándole una dolorosa quemadura. Las ruedas y poleas giraban en la máquina a toda velocidad. Las bombillas se encendían y se apagaban intermitentemente, envolviendo los alrededores en una pátina de pesadilla.

El zumbido procedente de la máquina ganó en intensidad y Mateo tuvo que taparse los oídos. A intervalos, las chispas eléctricas que escapaban del armazón metálico, como relámpagos en miniatura, envolvían el cuerpo del profesor Winslow, provocándole repentinos espasmos, como si estuviera vivo y se retorciera de dolor. El muñeco, en el otro altar, sufría también los efectos de un calor excesivo; su pintura se derretía, y la madera se chamuscaba. Toda la cripta se iluminó con aquel espectáculo inesperado, como si una verbena tuviera lugar y todo alrededor ardiera en plenos fuegos artificiales. Mateo corrió a refugiarse en un rincón de la estancia.

—¿Qué diablos es esto? —dijo una voz de repente a su espalda.

Mateo se volvió para descubrir, tras él, a Gilbert, Marie y varios *carabinieri* italianos que, espantados, contemplaban la escena con la misma estupefacción que él mismo. Justo en ese momento, un fogonazo volvió a iluminar la cripta con una luz cegadora. Las bombillas de la máquina explotaron una tras otra, las ruedas dentadas dejaron de girar, las poleas se detuvieron y todo, incluso el

ensordecedor zumbido, cesó. La oscuridad volvió a extender su manto, agujereado apenas por los faroles que portaban los policías.

—¿Es ese el profesor Winslow? —La pregunta de Gilbert resonaba, incrédula, en el silencio en el que todo había quedado sumergido.

Mateo asintió, aunque el cadáver carbonizado, que aún humeaba sobre el altar, no se asemejaba en demasía al profesor. Ni, a ser francos, a nadie en particular.

—¿Qué hay en esas cajas? —preguntó uno de los policías que les acompañaban.

—Muñecos de madera —dijo Mateo, con poca confianza.

Al *carabinieri* no pareció convencerle la respuesta. Se acercó hasta la caja y la volcó. De entre la tierra que se derramó, rodó un cuerpo inerte. Mateo, espantado, comprobó que se trataba del cadáver de un niño. El *carabinieri* abrió otra de las cajas, y al retirar parte de la tierra, descubrió el rostro sin vida de otro infante.

—No lo sabía. A oscuras, solo di con aquella cosa —dijo Mateo, señalando al altar pequeño, donde descansaba el muñeco de madera, renegrido y medio quemado.

—Teníamos denuncias de que alguien estaba robando los cadáveres de los niños —informó el otro *carabinieri*—. Todo apunta a que el padre Napolitano tenía mucho que ver.

—¿El padre Napolitano es el sacerdote de arriba? —preguntó Mateo.

—Sí. Me imagino que tendrá muchas cosas que explicar, ¿verdad? —dijo Marie, muy seria.

Mateo asintió.

—Creo que va a ser un día, y una noche, muy, muy larga —dijo Marie.

4

Le habían proporcionado ropa seca, más o menos de su talla, y unos zapatos que no le apretaban demasiado. Además, le habían curado y vendado el brazo que Saracino había atravesado con su

peculiar aguja. Apenas le dolía ya; la herida, después de todo, había sido limpia. La celda donde le habían recluido después no estaba tan mal. Contaba, incluso, con un catre con un colchón manchado y maloliente al que, a pesar del cansancio, no pensaba acercarse. Sin nada que hacer allí, Mateo se limitó a sentarse en el suelo de piedra, apoyar su espalda en los barrotes de hierro de su celda, y esperar.

En cuanto a sus compañeros, por lo que había podido saber, Gilbert había conseguido reclutar la ayuda de un *carabinieri* al poco de salir del canal. Sin mucha explicación, accedió a ayudarle a forzar la entrada de la residencia del señor Rampulla. Llegar hasta la habitación que Pietro había dejado cerrada a cal y canto, y donde el nivel del agua había seguido creciendo tras la rotura de la claraboya, fue más complicado pero Taylor y el *carabinieri,* a pesar de perderse varias veces, lo consiguieron, y justo a tiempo. Al abrir el portón, un torrente de agua escapó de la habitación, inundando varias estancias. Si hubieran tardado un minuto más, el viejo Filippo, pese a los esfuerzos de Marie, hubiera perecido ahogado.

—¿Está usted preparado para volver a casa, señor Sanz? —dijo una voz. Mateo sonrió al reconocer que, precisamente, se trataba de Gilbert. Venía acompañado de un par de gendarmes italianos y uno de ellos abrió la puerta de la celda.

—Ojalá supiera cuál es mi «casa» —dijo Mateo poniéndose de pie y estirándose. Se le había entumecido el cuerpo con la espera—. En cualquier caso, cualquier sitio es mejor que una celda.

—No se queje, no sabe lo complicado que ha sido sacarle de aquí tan rápido. Se sorprendería.

—Estoy seguro de ello. Y dígame, ¿ha quedado todo aclarado por fin?

—¿Aclarado? Por supuesto que no. Pero digamos que las autoridades locales han convenido en mirar hacia otro lado. No obstante, nos han insistido en que nuestra presencia, y la suya en particular, no les es grata en la actualidad ni lo será en un futuro —dijo Gilbert, posando una mano sobre el hombro de Mateo.

—Creo que me hago una idea del porqué. Por cierto, ¿recuperó su Derringer?

—Aquí está. —Gilbert se dio una palmada en su chaqueta, a la altura en la que el revólver se encontraba, dentro de su cartuchera —. También encontramos en el laboratorio de la cripta algunos papeles del profesor Winslow. Planes, anotaciones, disquisiciones... un poco de todo. Llevaba algunos más encima, aunque han quedado bastante chamuscados. En conjunto, sin embargo, nos podemos hacer una idea de lo que estaba haciendo aquí.

—¿Y bien? —preguntó Mateo, ya en la calle, protegiéndose con la mano del sol que comenzaba a ocultarse en el horizonte.

—Parece ser que el profesor estaba enfermo. Y no me refiero solo a... ya sabe —dijo Gilbert, apuntando a su sien con el dedo índice y dándole vueltas, gesto internacional para representar la locura—. Estaba muriéndose. Y estaba buscando una forma de vencer a la muerte.

Mateo seguía a Gilbert a través de las calles venecianas. Aunque estaba enfrascado en la conversación, Mateo comprobó que se dirigían al mismo lugar en el que les había dejado el Ictíneo unas veinticuatro horas antes.

—Lo crea o no, el propósito de Winslow era transferir su conciencia al cadáver de uno de los niños recientemente fallecidos —continuó el inglés—. La maquinaria que puso usted en marcha era la encargada de hacerlo. Según los diarios de Winslow, necesitaba una gran cantidad de energía para hacerla funcionar. La tormenta, y los rayos atraídos y conducidos por la cúpula de bronce de San Simeón Piccolo, la proporcionaron. Aunque en las anotaciones de Winslow se nombra otro elemento más, crucial al parecer. A día de hoy desconocemos exactamente de qué se trata, lo denomina, en sus papeles, «el ojo de Cronos». No sabemos qué es.

—Tal vez era el objeto que le vi entregar a Pietro Saracino, una especie de diamante —especuló Mateo.

—Quién sabe. —Gilbert se encogió de hombros—. Con Winslow muerto y Saracino en paradero desconocido, hay poco hilo del que tirar. Sea lo que fuere, al usar usted un muñeco de madera, en lugar de uno de los cadáveres, nunca sabremos si la máquina hubiera funcionado.

—De conocer el propósito de Winslow no hubiera aceptado hacerlo, créame.

—Lo sé, lo sé, no hace falta que me lo jure —dijo Taylor apaciguador—. La máquina, en cualquier caso, ha quedado inservible. Y creo que es lo mejor que hubiera podido ocurrir.

—No puedo decir que conociera bien a Winslow, pero nunca hubiera imaginado de él algo semejante.

—Se sorprendería de las cosas que uno es capaz de hacer cuando no queda otro remedio —sentenció Taylor, con un deje de tristeza.

—Está usted empeñado en que todo «me sorprendería» y, la verdad, lo sucedido en los últimos días me está haciendo reevaluar dónde debería recaer el umbral de la sorpresa. Pero volviendo a Winslow, la explicación que me ha dado me sigue generando muchas dudas, como por ejemplo, por qué estaba el muñeco en la caja con el cadáver del niño.

—Parece ser que se trataba del juguete preferido del niño que descansaba en la caja de la que lo sacó, por lo que lo enterraron con él —dijo Gilbert—. El sacerdote que asesinó Saracino, el padre Napolitano, estaba a cargo de los sepelios infantiles. Debió llegar a algún tipo de acuerdo con Winslow para suministrarle los cadáveres.

El sol se había ocultado cuando torcieron la esquina y encontraron a Marie, al borde del canal, con una pequeña maleta a sus pies.

—Me alegro de verle de nuevo —dijo, al ver a Mateo.

—Con que sea la mitad de la que yo al verla a usted, ya me daría por satisfecho —dijo Mateo, galante.

—¿En serio? Además de ridículo e innecesario, ¿no tenía usted novia? —le susurró Gilbert, sin que le escuchara Marie. Sanz no pudo evitar sonrojarse, culpable.

—El señor Rampulla ha recobrado la conciencia, y le envía su más sincero agradecimiento. Espera poder hacerlo en persona en un futuro no demasiado lejano —dijo Marie.

—¿Se recuperará? —preguntó Mateo, que aún tenía en su recuerdo el maltrecho estado del pobre Filippo.

—Sin duda. Solo lamenta que Saracino se nos escabullera. Le hubiera gustado discutir un par de cosas con él, desde el otro lado del potro de tortura, claro.

—Pero ¿cómo escapó ese maldito Saracino? —preguntó Mateo—. Fue muy corto el tiempo entre su huida y la llegada de todos ustedes, tuvieron que cruzarse con él.

Marie se encogió de hombros.

—Se escurriría por alguna puerta trasera en la iglesia. Al parecer, a Pietro Saracino se le da bien desaparecer.

Apenas Poitiers había dicho esas palabras cuando, bajo las aguas del canal, una sombra familiar avanzó hacia ellos. Poco a poco comenzó a emerger la familiar torreta del Ictíneo III. De ella emergieron Andrei y Valeriu, silenciosos, eficientes y tan siniestros como siempre. Mientras colocaban la escala, Narciso se asomó, también, a recibirlos.

—¡Ah, qué bien sienta respirar el aire nocturno de Venecia! —dijo el industrial Monturiol—. Parece que han tenido algún que otro problemilla con su misión, o al menos, eso es lo que he escuchado.

—Pero ¿cómo lo ha escuchado? —se sorprendió Mateo—. ¿No ha estado usted en su nave submarina todo este tiempo?

—Tengo mis medios, querido amigo —respondió Narciso, guiñándole el ojo—. Pero venga, suban, suban, que no tenemos todo el día.

—¿Le importaría subir esta maleta, Mateo? —dijo Marie señalando el pequeño equipaje que tenía junto a ella.

—Por supuesto. ¿Ha realizado usted alguna compra en mi ausencia?

—Oh, no. Esa maleta es de usted —dijo la señorita Poitiers, que ya se había adelantado y subía por la escala ayudada por uno de los hermanos.

—¿Para mí? Creo que se confunde —dijo Mateo perplejo.

—Es un regalo de la policía italiana. Un recuerdo para usted, me dijeron.

El joven Sanz aguardó a encontrarse en su estrecho camarote para abrir la maleta y revelar cuál era aquel regalo. Ante la divertida mirada de Gilbert, Mateo extrajo el muñeco de madera que había utilizado en las catacumbas. Aún tenía restos de tierra y de ceniza.

—¿No es usted un poco mayor para jugar con muñecas? —dijo el inglés, sin poder contener la risa, dejándole a solas con su regalo.

Mateo bufó contrariado. Desde luego, no era la clase de recuerdo en la que había pensado. El muñeco era feo. Quizás en algún momento no lo fue, pero en su estado actual, después de haber sido expuesto a las descargas eléctricas de la máquina de Winslow, no era definitivamente muy apropiado para un niño. Estaba sucio y chamuscado. Por la poca pintura que quedaba, se podía dilucidar que pretendía representar a un soldado ruso de uniforme. La boca tenía un resorte, a la manera de los populares muñecos cascanueces alemanes que solían verse en Navidad, pero estaba atascado. Se suponía que podría abrir y cerrarse, pero por más que lo intentó, no consiguió hacerla funcionar. Logró, tras arduos esfuerzos, moverle uno de los brazos. El otro, conectado, giró al mismo tiempo, pero en sentido contrario. Lo mismo ocurría con las piernas. En la espalda del muñeco encontró un orificio. No era un agujero casual, puesto que estaba laminado de latón. Se trataba de un orificio donde introducir... una llave. Después de todo, era un juguete de cuerda.

Absorto como estaba Mateo en la inspección del muñeco, no se había dado cuenta de que el Ictíneo se encontraba ya en movimiento. El rumor del motor de la nave submarina hacía tiempo que ronroneaba. Con el muñeco en la mano, salió de su camarote, en busca de Narciso.

—Señor Monturiol, necesito una llave —le dijo casi a bocajarro, provocando que el pobre hombre diera un respingo en su silla.

Los hermanos rumanos, o búlgaros, clavaron, por turnos, sus miradas calavéricas en él, aunque sin desatender el instrumental con el que manejaban la nave.

—¿Una llave? ¿A qué se refiere? —tartamudeó el industrial confundido.

—Una llave de las que se utilizan, por ejemplo, para dar cuerda a un reloj —dijo Mateo enseñándole el orificio en la espalda del muñeco.

—Oh, ya veo —dijo Monturiol, al que la mirada se le había iluminado—. Me encantan los autómatas. Venga conmigo.

Narciso le llevó a la habitación donde solían reunirse, y en la que Gilbert se había refugiado. El inglés compuso una expresión de asombro al ver entrar al inventor y a Mateo pisándole los talones,

con el muñeco en brazos. Alzó una ceja mientras Narciso abría una puerta corredera, que dejó al descubierto una pared repleta de cajones, de distintos tamaños. Sin mediar palabra, comenzó a abrirlos sin orden ni concierto, hasta encontrar el que buscaba. Lo sacó de su cajonera, y volcó su contenido encima de la mesa.

—Venga, no se queden ahí parados, busquen ustedes también.

Sobre la mesa había esparcida una variopinta colección de pequeños objetos con nada en común aparentemente: candados, relojes, palancas, plumas, tenedores, cucharas, lentes, peines..., todos mezclados en un batiburrillo.

—Díganme, ¿qué estamos buscando? —dijo Gilbert.

—Una llave —dijo Mateo.

—¿Como ésta? —dijo el inglés mostrando una llave grande que bien podía ser la de una villa.

—No, no, para dar cuerda a un reloj de pared, o similar.

—¡Aquí está! —gritó triunfante Monturiol.

Mateo la tomó entre sus manos e intentó introducirla en el orificio de la espalda del muñeco. No entraba, era demasiado grande.

Narciso y Mateo, a los que se sumó Gilbert, reiniciaron la búsqueda de una llave con la que dar cuerda al muñeco. En aquel momento, se abrió la puerta del camarote de Marie.

—¿Qué hacen? —preguntó la francesa al encontrar, en la sala, al grupo, rebuscando entre el montón de cachivaches sobre la mesa.

—¡Pruebe con esta! —dijo Gilbert con emoción, sin reparar en Marie.

Mateo cogió la llave que le tendía su compañero. Todos miraban expectantes lo que hacía, incluso la señorita Poitiers, contagiada por la emoción de los demás.

—Demasiado pequeña —suspiró Mateo, al ver que la llave bailaba dentro del agujero sin conseguir encajarla.

—Un momento, ¿tiene usted una horquilla para el pelo? —preguntó Gilbert a Marie.

—Claro —dijo la francesa echando mano a su cabellera y extrayendo una horquilla negra.

Gilbert tomó el muñeco de manos de Mateo e introdujo en él la llave. A continuación encajó la horquilla entre el hueco que quedaba

en el orificio. Aún quedaba espacio.

—¿Otra horquilla sería demasiado pedir? —preguntó el inglés.

—Nunca son demasiadas horquillas, señor Taylor, debería saberlo —respondió Marie tendiéndole otra.

—Creo que es suficiente, probemos —dijo Gilbert.

El inglés encajó ambas horquillas entre la llave y el orificio. Aunque no se trataba de un ajuste perfecto, quedaba con suficiente fricción como para permitirle dar cuerda al oxidado mecanismo de aquel muñeco.

—No creo que pueda moverse, esa madera está quemada y me atrevería a decir que medio podrida, y las articulaciones están llenas de óxido y tierra —dijo Narciso dejando escapar un suspiro.

Gilbert consiguió dar una vuelta al mecanismo de cuerda del muñeco con aquella improvisada llave. Nada pasó. Dio una nueva vuelta, y de nuevo, el muñeco seguía inmóvil. Intentó dar una tercera, pero esta vez, las horquillas saltaron y la llave se salió del orificio.

—¿Dónde estoy? —dijo de improviso una voz oscura, empapada de ecos extraños—. Debe ser el paraíso, sin duda porque no puede ser usted otra cosa que un ángel —continuó la voz que, por imposible que pareciera, provenía del muñeco, y cuyos ojos pintados parpadeaban en dirección a la señorita Poitiers.

—¿Profesor Winslow? —dedujo Marie, aterrada.

Lo que había sobre la mesa desafiaba la razón: las rígidas extremidades de madera del muñeco parecían obtener la flexibilidad y consistencia de la carne; los ojos, que unos segundos antes no eran más que unos trazos de pintura negra y blanca desconchada, se asemejaban ahora a dos pupilas oscuras. Era definitivamente un ser vivo, y al mismo tiempo, seguía siendo un muñeco de madera.

—Es imposible que esta cosa hable —dijo Narciso.

—Pero, ¡¿qué es esto?! —gritó con horror lo que alguna vez fue Winslow, al mirarse a sí mismo. Por un instante, el silencio se hizo de nuevo en la sala, solo roto por el runrún del motor y del instrumental de a bordo—. Ahora recuerdo... —volvió a hablar el profesor—. Sanz, claro. Sanz fue alumno mío, lo recuerdo ahora. Le pedí que... ¿Por qué no estoy en un cuerpo humano?

—Estaba oscuro, y el muñeco fue lo primero que pillé —se disculpó Mateo, con apenas un hilo de voz.

—¿Lo primero que pilló? Me está diciendo que me ha condenado a vivir en una...

El profesor se quedó inmóvil. Sus brazos y piernas volvían a ser los torpes y envarados brazos y piernas de un títere. Parecía imposible que las palabras que aún flotaban en el interior de la sala de la nave submarina hubieran salido de aquella boca de cascanueces.

—Creo que se le ha acabado la cuerda —dijo Mateo, rompiendo el silencio, aún abochornado por la reprimenda.

—He de decirle que he visto cosas sorprendentes y extrañas en mi vida, pero esto, permítame que le diga, querido amigo, me deja estupefacto, boquiabierto, y todas las expresiones de asombro que conozco —dijo Narciso.

—Tengo la impresión —afirmó Marie, con la tez lívida— de que no debería cerrar todavía el informe que había escrito para el general Serrano sobre lo ocurrido.

5

—i... vulgar marioneta! —gritó el muñeco de madera que, según habían comprobado, contenía la conciencia del profesor Winslow.

El profesor se detuvo estupefacto. Para él no había pasado tiempo alguno desde que había pronunciado el inicio de la frase. Los demás, sentados a su alrededor, sabían que hacía varios minutos que lo había hecho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Winslow estupefacto.

—Me temo que se le había acabado la cuerda, profesor —dijo Mateo, aún reticente a enfrentarse a él.

—¿Me quiere decir que no solo me ha encerrado en esta abominación, sino que...?

—Que únicamente vivirá lo que tarde su mecanismo en detenerse, en efecto —indicó Gilbert.

—¿Y usted quién es, si puede saberse?

—Es Gilbert Taylor, mi compañero —dijo Mateo.

—¿Compañero de qué? —El mal humor del profesor era evidente.

—Compañero en el Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos —aclaró el joven Sanz.

—No sé qué es eso.

—Se trata de...

—¿Y esta señorita? —dijo Winslow, ignorando sus explicaciones, volviendo su atención a la señorita Poitiers.

—Me llamo Marie, y también formo parte del Equipo.

—Válgame el cielo —dijo el profesor, y recabando en el tercer hombre que sentado a la mesa le examinaba con atención, se dirigió a él — ¿Y este vejestorio también es parte de este equipo suyo? —preguntó.

—¿Vejestorio? Si debo tener diez años menos que usted, señor mío.

—Muy bien, y ahora que todos nos conocemos —dijo Winslow—, ¿alguien tiene un espejo para que pueda comprobar qué diantres soy? ¿Un muñeco, una marioneta? Entre tanto, explíquenme cómo hemos llegado a esto.

—¡Un espejo! —exclamó Marie—. Sabía que había algo que tenía que comprar en Venecia.

—Me temo que no tenemos espejos aquí —aclaró Monturiol.

—Y en cuanto a lo que ha pasado es muy sencillo. Por error, coloqué un muñeco de madera en lugar del cadáver de un niño en el lugar que usted me indicó —dijo Mateo.

—¿Cómo puede ser tan inútil? —bramó Winslow.

—Para ser francos, nunca me explicó lo que iba a suceder, y de haberlo sabido, nunca lo hubiera hecho.

—Déjeme pensar. Así que, de alguna manera, estoy vivo, pero ya no estoy ligado a un cuerpo humano. Lo cual significa que no tendré ya hambre, ni frío, ni sueño, ni dolor. No habrá más enfermedades que me aquejen, no envejeceré. Podríamos decir que ahora soy inmortal. —Había un punto de locura en la voz del profesor.

—Si le damos cuerda, claro —interrumpió Marie con una sonrisa inocente—. Ahora su existencia está limitada a cinco minutos cada

vez, más o menos. Y que le demos cuerda dependerá de lo útil que nos sea usted a nosotros.

—Creía que era usted un ángel, pero más bien debe ser una...

De nuevo el profesor se detuvo en mitad de la frase. Mateo se levantó de su silla y con parsimonia comenzó a dar vueltas a la llave en su espalda. Con mayor tranquilidad que la primera vez, y con el uso de herramientas, Narciso había conseguido modificarla para que encajara a la perfección en el orificio por el que se le daba cuerda al muñeco, sin necesidad de utilizar ya las horquillas de Marie.

—... representante del averno —concluyó Winslow. Inmediatamente recabó que, de nuevo, había vuelto a la vida en mitad de su frase.

—Quizás puede empezar por contarnos quién mandó a Saracino a acabar con usted, y lo que es más importante, por qué —dijo Marie con serenidad.

—Por lo que veo, es usted la que manda aquí. Tiempos oscuros son estos en los que una mujer ocupa el puesto de un hombre, y el resto de papanatas presentes lo permiten.

—Es paradójico que alguien que experimenta con niños quiera darnos lecciones sobre cómo debemos comportarnos —dijo Gilbert.

—Oh, no, esos niños, que Dios tenga en su gloria, ya habían muerto y en eso yo no tengo nada que ver, como bien les podrá confirmar el padre Napolitano.

—Quien, de forma oportuna para usted, estará presentando sus respetos a San Pedro, o a juzgar por lo ocurrido, al propio Satanás —apuntó Narciso Monturiol.

—El hombre que le asesinó a usted acabó también con ese sacerdote —le aclaró Mateo a Winslow.

—Pietro Saracino. Era uno de los esbirros de Von Eigner, eso es todo lo que sé de él.

—El barón Von Eigner, entonces. Confirma nuestras sospechas —apuntó Marie, mirando a Gilbert. Éste asintió..

—¿Quién es ese barón Eigner? —preguntó Mateo.

—Un viejo conocido —dijo Gilbert—. Es interesante que aparezca tan pronto en la conversación, porque es precisamente la razón por

la que buscábamos al profesor. Esperábamos que nos pudiera ayudar a ubicarlo.

—Pues hasta donde yo sé sigue en Austria. Y créanme si les digo que ha estado muy ocupado —dijo el profesor.

—¿Y por qué está tan interesado en usted el barón Abelard von Eigner? —preguntó Gilbert levantando una ceja.

—¡Ja! —rió Winslow—. No pretenderá que se lo diga a usted. Llévenme con alguien con quien pueda negociar mi futuro. Como comprenderá, no voy a desvelar mis secretos a un don nadie.

—El señor Taylor y yo estamos ayudando a la administración española a montar su propio Equipo Especial —intervino Marie.

—Precisamente. ¿Acaso creen que sus respectivas organizaciones mandarían a alguien importante para eso? Obviamente son prescindibles. Lamento ser yo el que les descubra la verdad.

—No creo que lleguemos a nada con esa actitud —dijo Mateo, apaciguador.

—Oh, cállese, Sanz. Todo esto es por su culpa. A partir de ahora, no responderé a no ser que mi interlocutor tenga la suficiente autoridad.

—¿Acaso cree que eso es una amenaza? —preguntó Gilbert.

El muñeco permaneció inmóvil y en silencio.

—¿Se le ha acabado la cuerda? —preguntó el inglés tras unos instantes.

—Creo que no. Me parece que solo está ignorándonos —dijo Mateo tras tomar el muñeco y comprobar que la llave aún giraba.

—Podríamos convencerle amenazándolo con echarlo a la hoguera —sugirió Narciso.

—Tengo la impresión de que el profesor Winslow tiene poco que perder. Quizás la hoguera sería una recompensa para él después de todo —dijo Marie dejando escapar un suspiro.

Winslow continuó con su apatía hasta que un click casi inaudible indicó que el mecanismo de cuerda había concluido su recorrido.

—¿Qué creéis? —preguntó Marie cuando Mateo regresó de dejar a Winslow en la maleta en la que llegó, en su camarote. Narciso se

había disculpado y había regresado a supervisar el manejo de la nave submarina.

—Con toda sinceridad, ni me gusta, ni me fío de él. Es probable que nos ahorremos problemas si lo tiramos al mar —dijo Gilbert.

—Es una opción, pero el objetivo final de encontrar a Winslow siempre había sido que nos llevara a Eigner. En ese aspecto, nada ha cambiado —dijo Marie.

—Antes no me han explicado quién ese este Eigner —intervino Mateo.

Marie y Gilbert se miraron, como evaluando si era conveniente aclararlo. El inglés hizo un gesto con su mano, cediendo su turno a la señorita Poitiers.

—De acuerdo, veamos cómo se lo explico. El nombre del barón resuena hace años por ciertos círculos de toda Europa. Desconocemos su origen y su paradero exacto, aunque sospechábamos que residía en algún lugar de Austria, y ahora Winslow parece confirmarlo. Tampoco sabemos cuáles son sus intenciones específicas, aunque es fácil deducir que no son del todo buenas. En resumen, Eigner es definitivamente una persona de interés para nosotros, en nuestro ámbito.

—¿Cuando dice «nuestro ámbito» se refiere al «ámbito» en el que, por ejemplo, alguien se reencarna en un muñeco de madera?

—Digamos que sí —admitió Marie, con una sonrisa condescendiente—. Al principio todos asumimos que era un coleccionista más de artefactos «especiales». Ya sabe, uno de esos aristócratas acaudalados pero aburridos, que se dedican a adquirir obsesivamente todas las reliquias que se cruzan en su camino: clavos de la cruz de Cristo, el cáliz sagrado, etcétera. No hacía distinciones, el mismo valor parecía otorgar a algo procedente de la mitología helénica, que de la nórdica, o la cristiana. Y no aceptaba un no por respuesta. Creemos, además, que está involucrado en la desaparición de ingenieros, científicos, inventores, etcétera. Muchas de estas ausencias pueden deberse, simplemente, a que han aceptado voluntariamente una oferta de trabajo del barón, pero lo cierto y sospechoso es que ninguno, que sepamos, ha vuelto a ser

visto desde entonces. Si Winslow está relacionado con Eigner, se convierte en una excepción muy interesante.

—El hecho de que Saracino haya intentado acabar con él confirma la hipótesis de que Winslow sabe más sobre el barón que nosotros —resumió Gilbert.

—La *Spezialabteilung*, la Sección Especial alemana, en su momento, investigó a Von Eigner; pretendían bucear un poco en el misterio de su origen y descubrir sus secretos —continuó Marie—. Al poco, algunos de sus miembros encontraron finales trágicos que, en principio, se atribuyeron a accidentes. No creemos que fuera casual que éstos les sobrevinieran, especialmente, a los que osaban averiguar más sobre el barón. En la actualidad, el consenso es que la *Spezialabteilung* no es de fiar en cuanto a Eigner se refiere. De hecho, es muy probable que esté completamente a sus órdenes. Y si tal cosa ha sucedido con los alemanes, quién dice que no pueda suceder con otros, con la *division spéciale* francesa o el *Bureau for the Bizarre* británico, por ejemplo.

—O el Equipo Especial español —terció Mateo—. Debería haberme dado cuenta de que no montarían un dispositivo como éste para buscar a Winslow solo porque les preocupaba su bienestar. Y también es obvio que a nadie se le ha ocurrido informarme a mí de nada en absoluto.

—Su intuición es correcta —admitió Marie—, pero no somos nosotros, y me refiero al señor Taylor y a mí misma, los que decidimos lo que debe o no debe conocer.

—Todos hemos estado en ese barco —apuntó Gilbert—. No sería la primera vez que a cualquiera de nosotros nos ocultan parte de la información. En este trabajo, es el pan de cada día.

6

En la calle flotaba el olor a gallinejas, no en vano se encontraban en Madrid, y la hora del almuerzo se aproximaba. Gilbert, Mateo y Marie llegaban, en aquel momento, al hotel Fonda de Inglaterra, en la calle Torija, número 14.

—Espero que hayan descansado. —El general Serrano les esperaba en la puerta, atusándose el bigote—. Tengo entendido que su tren sufrió algún pequeño retraso anoche.

—Llegamos cuatro horas tarde, sí —confirmó Gilbert—. Al parecer la locomotora arrolló una vaca, y el dueño de la misma la emprendió a bastonazos con el conductor y los revisores. Según nos dejaron saber, no es algo habitual, pero tampoco insólito.

—Ya sabe usted, donde no hay estación, no para el tren —dijo el general Serrano cruzando el umbral del hotel.

—Me ha sorprendido el lugar elegido para esta reunión —dijo Mateo mientras seguía a sus compañeros por el vestíbulo—. Esperaba pasadizos secretos, trampas ocultas y ese tipo de cosas. A estas alturas, un hotel sabe a poco.

—Sin embargo, el lugar es un poco «especial». ¿No ha leído la inscripción sobre la puerta? *Exurge Domine et judica causam tuam* —recitó Marie sin refrenar la marcha.

—Álzate, oh, Dios... ¿a defender tu causa? —tradujo Mateo, al vuelo. El titubeo era pura modestia, el latín siempre se le había dado bien.

—Es el lema de la Inquisición Española —dijo Marie—. Aquí se encontraba el antiguo Consejo Supremo de la Inquisición. Ahora es un hotel cuya clientela es en su mayoría británica, por la cercanía de la embajada.

Mateo suspiró. Por supuesto, ¿por qué reunirse en un sitio normal y corriente, pudiendo hacerlo donde la Inquisición Española? No tuvo ocasión de hacer pública su reflexión. Era evidente que el general tenía prisa, y avanzaba por el hotel a buen paso, seguido del resto. Mateo, a la zaga, como casi siempre, era el único que portaba una maleta. Al bajar unas escaleras, no pudo evitar golpearla con la barandilla.

—Tenga cuidado, Sanz —se quejó una voz desde el interior de la maleta—, no está cargando con una ristra de chorizos de su pueblo.

—¿Esa voz es la del profesor? —dijo el general Serrano provocando desconcierto en el resto al detener su marcha con brusquedad.

—Me temo que sí —concedió Mateo.

—¿Quiere decir que ese engendro del demonio del que me contaban en su telegrama ha estado despierto todo este tiempo, escuchando lo que decíamos?

—Tampoco hemos dicho nada relevante. Además, a veces es difícil saber si se ha callado porque al muñeco se le ha acabado la cuerda, o porque no le da la gana de hablar —se excusó Mateo.

—Más vale mendrugo que tarugo —bufó para su bigote el general, continuando, airado, su camino. Al poco, se detenía ante la puerta de la habitación treinta y tres. Era ésta una de muchas en el pasillo que habían tomado tras bajar las escaleras. Extrajo una llave de su chaleco y abrió la puerta.

—El Equipo Especial tiene alquilada esta habitación permanentemente —aclaró Marie a su compañero. Francisco Serrano aguardaba, paciente, para cederle el paso.

La habitación no contaba con más mobiliario que una lujosa mesa de madera y cuatro delicadas sillas. El propósito de la pieza, claramente, no entrañaba pasar la noche, puesto que no había cama. Tampoco contaba el cuarto con ventana alguna, solo cuatro paredes empapeladas con dibujos de flores y complicados arabescos, aunque, en la que daba al norte, colgaba un cuadro en el que la reina Victoria de Inglaterra observaba a los presentes con expresión de regia desconfianza.

El general se dirigió directamente al retrato de la monarca británica, y tras descolgarlo, dejó al descubierto una palanca, empotrada en la pared, oculta hasta entonces. Al accionarla, se puso en marcha algún mecanismo oculto y el muro comenzó a subir.

—¿Todos los cuadros tienen un pasadizo secreto detrás? —preguntó Mateo.

—Solo los de los reyes —dijo Gilbert. Mateo no tenía muy claro si bromeaba.

—¿Hemos llegado ya? —dijo la voz del profesor Winslow desde el interior de la maleta.

—Calle —siseó Mateo—. En bastantes problemas me ha metido ya.

Mateo siguió a los demás y el muro bajó tras él. La oscuridad absoluta fue rota en seguida por la cerilla con la que el general

encendió un candil. Nada de esto sorprendía ya a Mateo. Tal vez, hasta empezaba a disfrutarlo.

Avanzaron por el corredor oculto hasta llegar a una puerta de madera, vieja y pesada, a la que el general Serrano llamó con los nudillos. Un pequeño mirador se descorrió y un ojo, obviamente parte de una persona al otro lado de la puerta, examinó a sus visitantes. De nuevo se cerró el mirador, se escuchó el pesado ruido de un cerrojo, y el dueño del ojo les franqueó la entrada.

Enormes velas con churretones de cera iluminaban la estancia. Un fraile les aguardaba, con un hábito tan gastado que era difícil identificar su color. Aunque todos habían visto antes su ojo derecho, en el mirador de la puerta, sus facciones se encontraban, ahora, ocultas por una capucha. Tras él, se encontraba una mesa atestada de libros antiguos y polvorientos, y más allá, apenas iluminadas, dos o tres estanterías a punto de desplomarse por viejas y, sobre todo, por el peso de los objetos que en ellas parecían acumular el polvo de varios siglos.

—Creo que ya conoce a la señorita Poitiers y al señor Taylor, ¿verdad, fray Ángel? —dijo el general Serrano a modo de presentación.

—Sí, por supuesto —dijo el fraile con una voz que Mateo no esperaba. Parecía más cercana a los veinte años que a los cincuenta o sesenta, que es lo que uno imaginaría de alguien en aquel lóbrego lugar, vestido con aquel descolorido hábito.

—Y este joven es Mateo Sanz Berwick, del que ya hemos hablado alguna vez —continuó el general señalando a Mateo.

Mateo avanzó hacia el fraile con el propósito de estrechar su mano, y golpeó, de nuevo, y sin querer, su maleta contra la mesa.

—¡Por última vez, haga el favor de prestar más atención, Sanz! —bramó la voz de Winslow desde el interior.

—¡Oh, ese debe ser el famoso profesor Herbert Winslow! ¿No es así? —preguntó el fraile ignorando la mano abierta de Mateo e inclinándose para observar la maleta que aún portaba.

—Sí, me temo que sí —acertó a decir Mateo.

—Ardo en deseos de examinarlo, por favor, enséñemelo —dijo fray Ángel haciendo sitio en la mesa, apartando libros, tinteros y

pergaminos.

Obediente, Mateo colocó la maleta sobre la mesa y la abrió. En un primer instante, el muñeco de madera en su interior parecía solo eso: una marioneta inerte, sin más. De improviso, se incorporó, y observó con interés a todos los presentes.

—Ya era hora —dijo Winslow al fin. Su voz avejentada no parecía ajustarse a la que un juguete debía tener, si es que en algún momento llegaran a hablar. El muñeco miró a los presentes, evaluándolos uno a uno—. Supongo que usted es el responsable de todo esto. El general Serrano, supongo —añadió dirigiéndose al mismo general.

—Responsable es una palabra demasiado formal, pero supongo que a falta de pan buenas son tortas —asintió el interpelado.

—Mateo —bramó Winslow—, deme cuerda, no vayamos a quedarnos a medias.

—Increíble —susurró fray Ángel—. Los caminos de Satanás son retorcidos.

—¿Qué Satanás ni qué Satanás? —protestó Winslow mientras Mateo, obediente, le daba cuerda—. Todo ha sido culpa de este zoquete de Sanz. Si hubiera colocado en la peana a uno de los niños, como le pedí...

—Estaba oscuro —volvió a disculparse Mateo.

—No sé qué hubiera sido peor —dijo fray Ángel, su mirada fija en el muñeco, sin perderse un solo detalle.

—En fin, ¿qué tiene que contarme, Winslow? —dijo el general Serrano, reconduciendo la conversación.

—Depende de lo que usted tenga que ofrecerme.

Un silencio repleto de incomodidad siguió a las palabras del profesor.

—Creía que era usted una especie de eminencia. —El general se atusó el bigote, alargando la pausa—. Ha engañado a todo el mundo, por lo visto, porque por lo que veo y oigo, es usted medio imbécil —continuó.

—¡Esto es indignante! —dijo el muñeco, poniendo sus brazos en jarras, de pie sobre la mesa, ignorando las risitas calladas de Marie y Gilbert.

—Ya me dirá usted. Supongo que ha escuchado dónde estamos.

—En el antiguo Consejo Supremo de la Inquisición —le susurró Mateo.

—Cállese, Sanz, ya lo sabía —dijo Winslow malhumorado—. ¿Y qué pasa con eso?

—Para ser un experto en reliquias... En fin, habas en flor, locos en vigor.

—¿Qué dice? —preguntó Winslow.

—A mí no me pregunte —respondió Mateo—. Es algo que me enerva, la verdad.

—Quizás yo pueda explicarlo —ofreció fray Ángel—. Por favor, no toque nada —añadió, al ver que Gilbert curioseaba entre las estanterías.

—Adelante —dijo el general.

—Al respecto del lugar en el que nos encontramos... Como todos saben la misión de la Santa Inquisición era mantener la ortodoxia de la fe católica. Por desgracia, en alguna que otra ocasión, un cierto exceso de fervor la llevó a extralimitarse en sus funciones.

—Es una forma de decirlo —dijo Marie, que hasta aquel momento había estado callada.

—Sí, así es —asintió fray Ángel—. Pero hubo veces que, en el ejercicio de su labor, descubrió auténticas monstruosidades.

—Supongo que era cuestión de estadísticas. Si se queman noventa y nueve brujas falsas en la hoguera, igual la que hace el número cien es verdadera —admitió la francesa.

—¿Noventa y nueve dice? Probablemente quemara más de mil para dar con una bruja auténtica —apuntó Gilbert desde las estanterías.

—Por favor, no toque nada —insistió, molesto, fray Ángel, antes de continuar—. El caso es que, en su labor, recabó muchos artefactos, algunos peligrosos, otros blasfemos, los más con ambas características, que terminaron a recaudo del Santo Oficio.

—Lo sabía —dijo el profesor—. Siempre he sospechado que la Iglesia tenía en su poder muchas reliquias provistas de poderes sobrenaturales, y que mantenía ocultas al pueblo.

—La mayoría de esos objetos están mejor fuera del alcance de los hombres. Los seres humanos tenemos una tendencia a usarlos de maneras perjudiciales para nuestros semejantes.

—Como por ejemplo, proyectar nuestra alma eterna en un muñeco de madera —dijo Marie.

—¿A quién perjudica eso? —se quejó Winslow—. En cualquier caso, ya les he dicho, por activa y por pasiva, que mi intención era reencarnarme en un niño. Un niño muerto, claro. No soy ningún monstruo.

—Sinceramente, si no ve nada incorrecto en lo que dice, creo que estamos en el lugar correcto —dijo el general.

—¿Qué quiere decir con eso de que este es el lugar correcto? —preguntó el profesor Winslow. Un atisbo de preocupación, por primera vez, se reflejó en su tono de voz.

—Como usted sabrá —continuó fray Ángel, impermeable a las interrupciones—, la Inquisición fue abolida recientemente.

—Me temo que no tan «recientemente», hace más de cincuenta años que no existe —informó Mateo.

—Pero había un problema. ¿Qué hacemos con todos estos libros malditos y artefactos diabólicos que se habían custodiado en secreto durante casi cuatro siglos? —El hermano Ángel hizo una pausa dramática antes de proseguir. No podían distinguir su cara, pero parecía estar observando a los presentes—. No existía ninguna institución que pudiera llevar a cabo esa labor con el mismo celo, eficacia y eficiencia, así que lo único que se le ocurrió a los monjes encargados de tales tareas fue... ingeniárselas para poder seguir haciéndolo.

—Esta cárcel de reliquias se ha mantenido con independencia de quién tuviera su sede en este edificio —interrumpió el general, al que al parecer, la explicación del fraile se le hacía demasiado extensa —, lo mismo fuera un ministerio, un convento o un hotel, como ocurre en la actualidad. Este almacén donde nos encontramos ha permanecido oculto, y su contenido a salvo. Nada que se haya registrado en el libro de entradas del hermano Ángel puede salir de su estancia.

—Se trata del *Convictorum Register*, todo lo que aquí se apunte, no puede salir de estas cuatro paredes —aclaró el religioso, señalando un libro sobre la mesa.

—Si pretende amedrentarme, creo que es la amenaza más ridícula que me han hecho nunca —dijo Winslow despectivo.

—Oh, ¿usted cree? —dijo fray Ángel—. Señorita ¿le importaría abrir la puerta?

Marie, que se encontraba cerca de ella hizo lo que el fraile le pedía, no sin cierta dificultad para descorrer el herrumbroso cerrojo.

—Señor Taylor, ¿le importaría cruzar la puerta con el reloj que ha tomado de la estantería y que se ha metido en el bolsillo? —dijo a continuación el religioso.

—Oh, era tan solo para comprobar si usted estaba atento —carraspeó Gilbert, extrayendo el reloj de bolsillo y levantando la tapa —. Por cierto, ¿qué gran horror guarda este cronógrafo? Ni siquiera está en hora. Marca las cinco y diez y aún son las dos.

—Ese es el *Hora Mortis* —dijo fray Ángel—, marca la hora de su muerte. Como es obvio, está registrado en el *Convictorum*. Y ahora, por favor, intente cruzar la puerta de salida.

—Será un placer —dijo Gilbert, llevándose una mano a su sombrero.

El inglés se dirigió de manera resoluta hacia la puerta que Marie mantenía abierta. No obstante, antes de llegar a ella se detuvo titubeante.

—¿No será una trampa? —dijo.

—No lo es. Señor Taylor, salga de aquí con el *Hora Mortis*. Adelante.

Gilbert dio un nuevo paso en dirección a la puerta, pero en su cara se reflejaba la lucha interna que estaba librando por dominar su cuerpo.

—No puedo —dijo el inglés.

—Salga de aquí con ese reloj, o le aseguro que probaremos que las cinco y diez no era realmente la hora de su muerte. —El general Serrano había extraído un pistolón del bolsillo de su abrigo, y lo apuntaba directamente a la cara del paralizado Gilbert, por cuyo rostro rodaron gruesos goterones de sudor. El inglés se enfrentó de

nuevo a la puerta, pero a pesar de la pugna que mantenía en su interior, no avanzó un solo paso más.

—Caballeros —intervino Marie finalmente—, yo creo que todos estamos suficientemente convencidos de que lo que nos cuenta el hermano Ángel es cierto. El señor Taylor es incapaz de abandonar este lugar con el reloj. ¿Podemos dejarlo ya?

—Por supuesto —dijo el general sonriendo bajo su espeso bigote y guardando de nuevo su arma en el bolsillo—. Cierre, si es tan amable, señorita Poitiers. Ya sabe, puerta abierta, vecino que entra.

—La próxima vez les agradecería que encuentren a otro voluntario para sus demostraciones —dijo Gilbert tras entregar el reloj a fray Ángel.

—Así que, usted verá —retomó la palabra el general Serrano, dirigiéndose al muñeco de madera que era ahora el profesor Winslow—. O nos cuenta eso tan interesante que usted sabe sobre el barón Von Eigner, o lo apuntaremos en el libro, como un objeto requisado más, y no volverá a salir de aquí.

—Me cae usted bastante mal, general —dijo el profesor Winslow al fin.

—El señor Serrano tiene esa habilidad, es cierto —dijo Gilbert limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo.

Mateo abrió la boca para unirse al grupo pero se encontró con la mirada reprobadora de Marie, por lo que guardó un prudente silencio.

—De acuerdo —accedió Winslow—. La historia es un poco larga, y tiene suficientes vericuetos como para que pierdan la paciencia, pero vamos allá. Debo empezar por el espejo del rey Salomón. Supongo que conocen la historia. Al menos el señor Sanz aquí presente debería, no en vano acudió a mis clases de la Universidad de Lausanne.

—La leyenda —intervino Mateo, que recordaba aquella clase— establece que el rey Salomón escribió el verdadero nombre de Dios en... Bueno, depende de la versión, puede ser una tabla, una mesa o un espejo. El verdadero nombre de Dios contiene el conocimiento absoluto y la fórmula de la creación, por lo que de ser pronunciado implicaría el fin del mundo y la creación de uno nuevo.

—Obviamente, Salomón no podía escribir directamente el nombre de Yahvé —Winslow continuó el mismo con la explicación— sino que lo que se inscribió, de ser verdadera la leyenda, fue una serie de jeroglíficos y acertijos que llevarían a descubrirlo. En cualquier caso, la Mesa de Salomón originalmente la ubicamos en el Templo de Jerusalén, de donde fue trasladada a Roma por Tito. Siglos más tarde se la apropiaron los godos, y la llevaron de aquí a allá hasta que, se dice, terminó en Toledo. Cuando los árabes invaden la Península, sus dueños la pretenden esconder de nuevo y es entonces cuando se le pierde la pista.

—¿Ha encontrado Von Eigner la Mesa de Salomón? —preguntó Mateo.

—No se me adelante, Sanz —resopló Winslow—. La Mesa de Salomón fue desmantelada hace siglos. Los escritos de la época la describen recubierta de oro puro. Y donde brilla el oro, poco más importa. Por desgracia, en el ser humano la avaricia tiene más poder que la fe.

—Vaya al grano, profesor —dijo el general Serrano —. Lo breve si bueno, dos veces bueno.

—Hace años tuve conocimiento de otra leyenda, una nueva y distinta que había permanecido oculta, conocida por unos pocos tan solo, al respecto del espejo de Salomón —continuó Winslow—. Como bien ha explicado antes el señor Sanz, se suele hacer referencia al mismo objeto con el nombre de mesa, tabla o espejo. Esta confusión es debida a malas traducciones del hebreo, al latín y al griego. Ya saben, como la famosa frase que dice «Es más difícil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos».

—La traducción al griego utilizó la palabra «kamelos», es decir «camello», en lugar de la palabra «kamilos», que significa soga y que tendría más sentido —apuntó Mateo al sospechar que el resto parecía no entender aquella referencia—. Es decir, Jesucristo habría dicho, realmente, que era más difícil que un rico subiera al reino de los cielos, que una soga pasara por el ojo de una aguja. No habría nombrado a ningún camello. La frase sigue teniendo el mismo significado, no obstante.

—Veo que no se quedó dormido en todas mis clases. —Mateo correspondió con una inclinación de cabeza. Otra cosa no, pero anécdotas aparentemente inservibles como aquella se le quedaban grabadas en la memoria—. El caso —continuó Winslow— es que planteé una hipótesis. ¿Y qué tal si, en realidad, existieron dos reliquias: un espejo y una mesa? Esta última sería la que se custodió en el Templo de Jerusalén. En cuanto a la nueva leyenda, hacía referencia al espejo, y decía que era tan hermoso y perfecto que Salomón juzgó que los hombres, meros mortales, eran indignos de él y se lo ofreció como regalo a Yahvé. A Dios le desagradó aquel gesto, puesto que el Creador no tiene necesidad alguna de contemplarse, por lo que rompió el espejo, quedando sus pedazos repartidos por todo el mundo. Antes, sin embargo, llegó a reflejar la imagen divina, por lo cual, quien reuniera todos sus trozos, obtendría la vida eterna, siendo esa la cualidad que más separa a Nuestro Señor del resto de su creación.

—No había oído nunca esa leyenda y no parece muy verosímil, por no decir blasfema —dijo fray Ángel, incrédulo.

—Y sin embargo, pensé que tal vez había algo real en toda esa historia.

—¿En serio? —preguntó Mateo con escepticismo.

—Hay cosas que por muy increíbles que parezcan, son reales. ¿Acaso no está usted hablando conmigo, un muñeco de madera que habla? ¿No acaba de ver como el señor Taylor era incapaz de salir de esta habitación con un reloj que asegura que morirá a las cinco y diez?

—Espero que a esa hora pero dentro de muchos años —interrumpió Gilbert.

—Al tiempo que esta leyenda llegaba a mis manos, también lo hizo la enfermedad. La vida se me escapaba, no ya poco a poco, sino mucho a mucho, y no había cura posible. Mi investigación sobre este espejo me permitió distraerme de la espada de Damocles que pendía sobre mi cabeza, pero paradójicamente, día a día, y sin darme cuenta, esa distracción se convirtió en una obsesión. Estaba dedicado, en cuerpo y alma, a un único proyecto: seguir la pista de los trozos del espejo del rey Salomón. Quise creer en la leyenda,

¿acaso puse mi fe en que el espejo me devolvería la salud y, por qué no, me otorgaría vida eterna? No lo sé. Quizás. O tal vez era algo mucho más simple y prosaico: la excitación de saberte tan cerca de descubrir algo que al resto le evade...

—Espero que la conexión con Abelard von Eigner aparezca pronto en su largo, larguísimo relato —sugirió el general.

—Por supuesto —gruñó Winslow—. Nunca llegué a hacerme con ningún fragmento del espejo. Pero era difícil sucumbir a la desesperanza, porque, verán, el caso es que siempre estaba a punto de hacerlo. Mis cálculos eran correctos, pero llegaba tarde. Había alguien más buscando los pedazos del espejo, y siempre se me adelantaba, por poco, por muy poco. Este hombre misterioso, finalmente, apareció. Y me hizo una propuesta.

—El barón Abelard von Eigner, por fin —dijo el general Serrano acariciando su bigote con expresión pensativa.

—En efecto. Y llegados a este punto en mi historia, estimado general, quizás sea el momento de llegar a un acuerdo. Así mi memoria se mantendrá libre de la niebla que la oscurece a partir de aquí, ¿no cree?

7

—¿En qué clase de acuerdo está pensando, profesor? —El rostro del general no revelaba mucha satisfacción en aquel momento.

—En uno que nos satisfaga a ambos, por supuesto. Usted quiere saber qué se trae entre manos Von Eigner, yo quiero volver a tener un cuerpo de carne y hueso.

—Y ¿cómo pretende conseguirlo, exactamente?

—Pues de la misma forma en la que conseguí este. Con la máquina de San Simeón Piccolo.

—Lo que pretende es una herejía —intervino fray Ángel—. Los muertos, bien muertos están.

—No sea usted imbécil —dijo Winslow con desprecio—. Si acaso puedo entender que le parezca poco ortodoxo, pero ¿una herejía resucitar a los muertos? Si el propio Jesucristo...

—Haya paz —intervino el general—. En primer lugar, usted no es Jesucristo, eso es obvio. En segundo lugar, esa máquina no está en nuestro poder, sino en el de la *Squadra Speciale*. Según ellos no funciona.

—Claro que funciona. El problema es que necesita más energía. Para ponerla de nuevo en marcha, tengo que recargarla, y solo puedo hacerlo con un objeto que, por desgracia, tuve que entregar a Saracino.

A Mateo, de repente, le vino a la memoria la imagen de Saracino guardándose lo que le pareció un diamante luminiscente, en el bolsillo de su levita.

—Pero si Saracino se llevó ese «objeto» que usted dice, ¿cómo funcionó su máquina sin él? —preguntó.

—Dejemos de llamarle «objeto». Para que vean que estoy dispuesto a negociar de buena fe, les diré que se trataba del Ojo de Cronos. Llevaba días en el artefacto, cargando de energía todos sus engranajes, o al menos eso creo que hizo, es la única explicación que se me ocurre. La máquina no debería haber funcionado sin él, pero las circunstancias dictaron otra cosa. Por lo que únicamente puedo calificar como un milagro, la energía almacenada, más la electricidad generada por la tormenta, fueron suficiente. Pero no lo será para llevar a cabo el proceso una segunda vez —aclaró Winslow.

—La tormenta fue crucial, entonces... —dijo Mateo.

—No recuerdo obviamente lo que sucedió, pero intuyo que los rayos impactaron en la cúpula de San Simeón Piccolo. Su recubrimiento de cobre, además de atraer la descarga eléctrica, actuó como conductor excepcional. Es por eso que la elegimos —asintió Winslow.

—¿«Elegimos»? ¿Quién la eligió además de usted? —preguntó el general.

—Rousse Debeule, el creador de la máquina que fue, además, el hombre que me ayudó a escapar de Eigner. Pero eso no importa ahora. Olvídese de ese detalle y centrémonos en el Ojo de Cronos.

—¿Qué es el Ojo de Cronos? —preguntó Mateo.

—Es un diamante con propiedades muy, muy especiales. Desconozco realmente todo sobre él, pero es crucial para que la máquina vuelva a funcionar. Debeule es realmente el que sabe los detalles, lo único que sé es que el Ojo de Cronos es importante para Von Eigner. Pero si hay algo que le obsesiona aún más, eso es completar su espejo. Y yo sé dónde está el último fragmento que necesita para reunir todas las piezas. Podemos hacernos con él, y llegar a un acuerdo con Eigner: intercambiar el trozo del espejo que le falta, a cambio del Ojo de Cronos.

Winslow se quedó en silencio pero un leve movimiento del muñeco denotaba que no se le había acabado la cuerda, simplemente, había acabado su exposición. Todos estaban expectantes, Gilbert apoyado en la estantería, fray Ángel sentado en la única silla de la habitación, con el libro de registro abierto frente a él. Marie, Mateo y el general se miraban en silencio.

—Me pide demasiado —dijo el general, al fin—. No puedo acceder a lo que me pide. Señor Taylor —le ordenó al inglés, con voz autoritaria—, atrápelo y acabemos con esto.

Gilbert separó su espalda de la estantería, obediente, en dirección a Winslow. El profesor, a su vez, retrocedió con lentitud, y a pesar de que sus toscas facciones de muñeco estaban dibujadas y no podían amoldarse a sus emociones, algo cercano al terror apareció en ellas. Sin medir las consecuencias, Mateo se interpuso entre el inglés y su antiguo profesor. Winslow había hecho lo propio entre Saracino y él, le había defendido cuando podía haber aprovechado para escapar.

—¿Qué hace Sanz? ¿Ha perdido el juicio? —Gilbert se detuvo, sorprendido.

—Esperen —dijo Mateo—. Vamos a ver, ¿qué les parece si dejamos esto en el aire? El profesor nos ayuda de buena fe, y a cambio, nosotros nos comprometemos a evaluar posibles soluciones a su pequeño problema.

—¿A quién se refiere con «nosotros», Sanz? —dijo el general.

—¿Cómo? —preguntó Mateo, confundido ahora.

—¿Acaso con ese «nosotros» se está refiriendo al Equipo Especial para el Esclaracimiento de Extraños Eventos?

—Sí, claro.

—Quizás no se ha dado cuenta, pero su cometido se limitaba a identificar a Winslow. Y esa marioneta a su espalda, es el profesor Herbert Winslow, ¿no es así?

—No sé a dónde pretende llegar.

—Al fondo del asunto, querido Sanz —respondió el general—. Su pertenencia al Equipo Especial concluye en cuanto salgamos de aquí. Eso es lo que quería, ¿no?

—Sí, claro, aunque ignoraba que mi tiempo en el equipo terminaba hoy.

—Debería leer lo que firma. Pero créame, es así. Y, en tal caso, ¿qué le importa lo que le suceda al profesor o lo que el barón Eigner haga o deshaga? Usted puede salir de aquí y hacer lo que le venga en gana. De hecho, ¿no tenía usted una prometida con la que pretendía casarse? Pues vuelva a Inglaterra y contraiga matrimonio. Ya sabe el dicho: todo en el mundo es ventura, nacimiento, matrimonio y sepultura.

Un ruido a su espalda hizo que Mateo se volviera extrañado. El muñeco que contenía a Winslow se había caído, y había quedado inmóvil, rígido y de lado, sobre la mesa.

—Debe haberse acabado la cuerda esta vez —dijo Gilbert.

—¿No estará fingiendo? —preguntó el general ceñudo.

—No creo, lleva mucho tiempo hablando. De hecho me extraña que haya durado tanto —confirmó el inglés.

—¿Qué pretende hacer con él? —preguntó Mateo.

—Lo más sensato sería quemarlo en la hoguera —dijo fray Ángel desde la profundidad de su capucha.

—Compréndalo —dijo el general Serrano ignorando al fraile y centrando su atención en Mateo—. No puedo fiarme de Winslow. Este hombre había llegado a algún tipo de trato con Eigner, para después traicionarle sin mostrar un solo remordimiento. ¿Piensa que no lo hará con nosotros? Y después está el tema de esos pobres angelitos muertos en los que pretendía reencarnarse.

—Pero esos niños ya habían fallecido, el profesor solo necesitaba sus cuerpos —dijo Mateo en defensa del profesor. Él mismo se daba cuenta que esa justificación sonaba tan mal en boca de Winslow como en la suya.

—La única solución razonable que se me ocurre es dejarle dormir para siempre, y que nunca más salga de esta habitación. Proceda a registrarlo en su libro, fray Ángel —dijo el general.

—Espere, espere —dijo Mateo acercándose al fraile y alejando la pluma y la tinta de su mano— Ha movido cielo y tierra para encontrar a Winslow y saber de Eigner, y ahora ni siquiera quiere escuchar lo que quiere contarnos. ¿En serio va a renunciar a conocer qué tiene que decirnos el profesor? Si el acuerdo que Winslow le ha propuesto no le convence, podemos alcanzar otro. Es cuestión de hablarlo.

—Estaría dispuesto a seguir tratando el tema, pero necesito a alguien que vigile al profesor, vuelvo a repetir que no me fío de él. Si alguien se responsabilizara, en cambio... ¿Se haría usted cargo de él, señor Taylor?

—Ni en un millón de años —respondió Gilbert recostándose de nuevo sobre la estantería, y echando hacia atrás su bombín.

—Y no creo que la señorita Poitiers...

—Yo me haré cargo de él —interrumpió Mateo.

—Pero usted está a punto de dejar el Equipo, Sanz —dijo el general.

—¿No habría quizás una posibilidad de entrar de nuevo en el Equipo, de forma temporal, claro está? —dijo Mateo, y un sudor frío empezó a recorrerle la espalda.

—De forma temporal, claro. Fray Ángel, por casualidad, ¿no tendrá usted ahí un contrato temporal para nuestro amigo Sanz, verdad? De repente parece muy interesado en seguir con nosotros.

El hermano Ángel abrió un cajón de su mesa y extrajo de él un papel. A Mateo le olía a gato encerrado. Aquel contrato estaba demasiado a mano.

—Diez años. Diez años es temporal —dijo el fraile mientras le entregaba el papel.

Mateo rechinó los dientes mientras sostenía el contrato.

—No hace falta que se lo lea. Somos todos caballeros y tengo un poco de prisa —dijo el general.

Mateo maldijo entre dientes mientras tomaba la pluma que le ofrecía fray Ángel.

8

—¿Qué ha pasado, qué me he perdido? —dijo el profesor Winslow al despertar. Mateo había sido, de nuevo, el encargado de darle cuerda.

—Este es el trato —dijo el general Serrano inclinándose sobre el muñeco, dejando que su sombra lo cubriera y ampliando así la amenaza implícita que traslucía en su hosca expresión—. Usted nos cuenta todo lo que sabe sobre Eigner y a cambio, pasará a formar parte del Equipo Especial para el Esclaracimiento de Extraños Eventos. En otras palabras, estará a nuestras órdenes. No le vamos a buscar otro cuerpo que ocupar, ni vamos a reparar esa máquina infernal con la que ha transferido su alma a la carcasa artificial que ahora ocupa. Si no está de acuerdo, sepa que no es ésta la única opción que tiene disponible, la otra es dormir para siempre en las estanterías de esta habitación. No es mala esta segunda alternativa, muchos firmaríamos por ella ahora mismo.

Winslow abrió su boca mecánica de cascanueces para protestar, pero la intensa mirada que, tras el general, le dirigió Mateo, le hizo entender que de poco iba a servirle, y finalmente, dejó caer brazos, derrotado.

—Está bien. En cualquier caso, el que ríe el último ríe mejor. Y me parece que, tal y como están las cosas, ustedes tienen una fecha de caducidad anterior a la mía —dijo el profesor.

—Ya veremos —respondió el general, atusándose el bigote—. Cuéntenos de una puñetera vez sus experiencias con Eigner. Algunos de nosotros tenemos cosas que hacer.

—De acuerdo. Puedo ahorrarme la introducción, ¿no es así?

Todos asintieron, excepto fray Ángel que, repentinamente, parecía perdido, en otro mundo. Winslow comenzó su exposición, dando pequeños paseos mientras disertaba, como si estuviera impartiendo clase en su universidad, y no sobre una vieja mesa de roble repleta de libros.

—Les decía antes que, para bien o para mal, descubrí que mi tiempo llegaba a su fin, pero el espejo de Salomón podría interrumpir ese proceso. Dediqué todos mis esfuerzos a encontrar

sus pedazos, dispersos por el mundo, y descuidé, lo reconozco, mis labores de enseñanza en la universidad, lo cual terminó suponiendo mi expulsión. Daba igual. De qué me servía mantener mi cátedra, que ya por entonces era denostada por el resto de académicos, si mi única recompensa iba a ser, con suerte, una bonita lápida en el cementerio de la Universidad de Lausanne.

—Le ruego se abstenga de divagaciones —interrumpió el general, malhumorado.

Mateo no acertaba a adivinar qué era lo que había provocado la incomodidad que reinaba en el ambiente. El general estaba revelando el peor carácter que le había conocido y, además, no tenía pintas de encontrarse bien. De vez en cuando, se llevaba la mano al costado, como si algo le molestara. Por otra parte, Marie estaba inusualmente silenciosa y Gilbert, desde el episodio del reloj, tampoco parecía muy efusivo, sus intervenciones eran más sarcásticas que productivas.

—Mi investigación sobre el espejo me absorbió completamente —continuó Winslow—. Invertí en ella todo el dinero que tenía ahorrado para mi vejez. ¿De qué me iba a servir si la Parca me miraba ya a los ojos y la ocasión en que me arrastraría con ella era inminente?

—Muy lírico y si me lo permite, absurdamente repetitivo. Lo de que todo deja de tener sentido cuando la muerte acecha ya había quedado establecido. Y déjeme añadir que no parece que usted fuera, como dicen los españoles, «la alegría de la huerta», ¿no? —intervino Gilbert desde la estantería donde se apoyaba.

Winslow continuó como si no lo hubiera oído.

—Mediante mis investigaciones conseguí averiguar, uno tras otro, dónde encontrar cada uno de los trozos del espejo pero, por desgracia, no me servía de nada, porque siempre que descubría dónde hallar el siguiente, se me adelantaba alguien y me lo arrebataba. La desesperación iba creciendo en mi interior conforme, viaje tras viaje, retornaba a casa con las manos vacías. Al fin, con mis arcas ya mermadas, llegué hasta la región de Lohr, en la Baja Franconia de Baviera, y me planté ante el famoso espejo de cuya historia se hicieron eco el siglo pasado los Hermanos Grimm para escribir sus fábulas.

—¿Está hablando del espejo de Blancanieves? —preguntó Mateo, atónito.

—Así es, aunque el espejo, en realidad era de su madrastra. Es el espejo que inspiró la leyenda. Logré introducirme subrepticiamente en la sala donde lo guardan. Lo examiné a conciencia y descubrí que, de nuevo, alguien había llegado antes que yo. El pequeño trozo de espejo debía estar engarzado de forma disimulada en la pedrería de su marco, pero había sido sustituido por una vulgar imitación. Fue allí, cuando, creyéndome a solas, unos pasos me sobresaltaron. Con pausada elegancia, un hombre alto, delgado y de noble apariencia se acercó hasta donde yo me escondía. El lugar estaba cerrado y nadie debía estar allí, y yo menos que nadie. Por ello, me sorprendió la tranquilidad con la que aquel caballero, ya entrado en años, se dirigió a mí y me dijo «Profesor Winslow, hemos coincidido en muchos lugares, pero nunca al mismo tiempo».

—Era el barón Von Eigner, supongo —aventuró Mateo.

Gilbert, con una sonrisa ladeada, se dispuso a soltar un sarcasmo ante la obviedad. El general Serrano, no obstante, llevó un dedo a sus labios y fulminó al inglés con la mirada.

—En efecto —dijo Winslow—. El espejo de Salomón era su objetivo, al igual que el mío. Y, aunque me había llevado la delantera todo este tiempo, me propuso que colaboráramos en la búsqueda de los siguientes fragmentos del espejo.

—¿Era usted consciente por aquel entonces de quién era en realidad el barón? —preguntó el general.

—No sabía nada de él. Pero es difícil no dejarse convencer por alguien así, sobre todo si, además, yo no tenía nada que perder. Como ya les he dicho, no contaba con medios para proseguir mi búsqueda en solitario y aun si los tuviera, ¿de qué me servía? Von Eigner tenía en su poder el resto de trozos.

—Magnífica introducción. Pero hasta ahora solo me da vaguedades. ¿Qué pretende Von Eigner, profesor? ¿Cuáles son sus planes?—preguntó el general Serrano.

—Cambiar el mundo, nada más y nada menos —dijo el profesor.

—Pero ¿cómo quiere lograrlo? Dígame de una vez algo específico —insisitió Francisco Serrano, a punto de perder la paciencia.

—Pues como todos los visionarios y los que se llaman mesías a sí mismos, desde el principio de los tiempos: destruyéndolo todo y construyendo sobre sus cenizas —dijo Winslow.

—Profesor, voy a llegar tarde a una reunión con la plana mayor del ejército y hasta ahora no me ha dicho nada concreto para que haya valido la pena aguantar el rapapolvo que el ministro me va a echar por mi retraso —dijo el general Serrano, mientras abría la tapa de un reloj que había extraído del bolsillo de su chaleco y consultaba la hora. Un par de gotas de sudor mojaban su frente.

—El barón Von Eigner —continuó indignado Winslow— ha reclutado a algunos de los mejores científicos de Europa. Con su ayuda está creando armas para un ejército con el que piensa barrer a todos los países europeos.

—Bah, eso es una locura. Esos rumores llevan años rodando por los servicios de inteligencia de todos los países y nunca se ha probado ciertos —bufó despectivo el general.

—¿Eso cree? Yo he visto planos de máquinas que no podría imaginar, general. Imagine carros indestructibles hechos de metal, bombas que pueden destruir ciudades enteras en menos tiempo del que usted gasta en peinarse el bigote, un ejército entero de autómatas imparables para los que los disparos de sus soldados serían poco más molestos que picaduras de mosquitos.

—Si no estuviera hablando con un muñeco de madera viviente, le aseguro que no daría más crédito a su historia que al cuento de sirenas de un marinero borracho. —El general Serrano se rascó la cabeza, pensativo—. Investigaremos a Von Eigner, pero volvamos a algo que nos dijo hace un rato. Nos aseguró que sabía dónde está el último trozo de ese espejo que tanto les interesa a usted y al barón.

—Creí que no iba a preguntarlo nunca —continuó Winslow—. El último trozo está muy cerca, a tiro de piedra. Es una suerte, ya que no creo que Eigner haya dado todavía con su paradero.

—Desembuche de una vez, diantres —explotó el general.

—El último fragmento de espejo se encontraba, hasta hace poco, en posesión del Capítulo de Damas Nobles Canonesas de Praga. Esta organización es una orden no monástica fundada por la emperatriz de Austria a finales de siglo pasado, para acoger a las nobles cuya

fortuna se hubiera «diluido». Todas las damas que ingresan en ella han de aportar algo, y una de las damas cedió al Capítulo un espejo de mano, en cuyo interior se encontraba engarzado, nada más y nada menos, que un trozo del espejo de Salomón —dijo Winslow.

—¿Las Damas Nobles Canonesas de Praga? Me suena esa orden —dijo el general Serrano.

—No me cabe duda. La abadesa, según los estatutos de la orden, solo puede ser una archiduquesa de Austria. Se da la circunstancia que, la sexta y actual abadesa, además de archiduquesa, es nada más y nada menos, que reina. Su reina, para ser más exactos.

—¿Qué reina? ¿La reina María Cristina? —preguntó Mateo.

—¿Acaso tienen más de una reina en España? —Gilbert soltó una carcajada.

—¿El trozo de espejo está en Praga? —preguntó el general a Winslow, ignorando una vez más el sarcasmo del inglés.

—La orden presentó el espejo a su abadesa como regalo por sus nupcias. Y doña María Cristina, tras contraer matrimonio con su rey, don Alfonso de Borbón, cambió de residencia, como es natural, y se trasladó a la de su esposo, trayendo con ella todo su ajuar, incluido el espejo en cuestión.

—¿Está en Madrid?, ¿y tanto le costaba habernos dicho eso desde el principio? —bufó Francisco Serrano con indignación.

Winslow no respondió. Su cuerpo de madera siguió en la misma posición durante los interminables segundos en los que el resto de los presentes le observaban expectantes.

—¿Le doy cuerda otra vez? —se ofreció Mateo.

—No, déjelo —ordenó el general. Tenía una mano en el costado. La sospecha de que no se encontraba bien había evolucionado a certeza—. Llego tarde. Winslow todavía tiene mucho que contarnos, sobre el Ojo de Cronos por ejemplo, o sobre la ubicación exacta de Eigner. Fray Ángel, mantenga al profesor a buen recaudo, hasta que nos haga falta de nuevo.

—Pero habíamos quedado que yo me responsabilizaría del profesor, y a cambio no tendría que estar aquí encerrado de por vida —objetó Mateo.

—Tranquilo —dijo el religioso—, no apuntaré al muñeco en el libro. Será libre de llevárselo cuando le haga falta. Y usted sabe que sus visitas siempre han sido bienvenidas.

Mateo alzó una ceja. Nunca había estado allí antes.

—De acuerdo, entonces, vamos, tengo prisa —dijo el general abriendo la puerta y entrando en el pasillo que llevaba de vuelta a la habitación del hotel. Gilbert se separó de nuevo de la estantería y con un suspiro comprobó que, esta vez, sin el reloj que había devuelto, sí era capaz de cruzar la puerta. Marie, sin decir palabra, le siguió.

—¿No viene usted? —preguntó Mateo a fray Ángel, al ver que seguía sentado en la mesa.

—No, pero espero verle pronto. Me suele complacer su compañía.

—Yo también cuento con que nos volvamos a ver, cuídese —respondió Mateo, confundido. La forma en la que el hermano Ángel le hablaba, hacía entender que su amistad databa de mayor antigüedad de la que tenía en realidad. Aun así, decidió dejar para otro momento la resolución de aquel misterio, y apretó el paso para unirse a sus compañeros.

El general iba a toda velocidad, como era habitual, aunque su rostro estaba pálido.

—¿No llamará la atención el hermano Ángel en un hotel como éste?

—¿A qué se refiere? —preguntó Gilbert.

—No sé, su apariencia, ese hábito descolorido y gastado, que no parece muy en sintonía con los tiempos actuales... Me da la impresión que tendría a todos los clientes y personal del hotel preguntándose qué haría allí ese fraile.

—Creo que no echó un buen vistazo al libro de registro —contestó Marie, mientras, en la habitación, bajaba la pared y Gilbert volvía a colgar el retrato de su reina.

—No lo hice, tiene razón, ¿qué había de especial?

—Entre otras cosas, que en él está apuntado el hermano Ángel.

—¿Como si fuera un objeto de los que tiene en la estantería?, ¿no puede salir entonces? ¿Y cómo se mantiene, qué come, por ejemplo?

—Los caminos del Señor son inescrutables —dijo el general Serrano, quien ya había tomado la delantera y subía las escaleras, tras salir de la habitación y dirigirse a la salida, a toda prisa, con la mano aún en el costado—. Les veré en su hotel más tarde para planificar nuestros próximos pasos.

El general, a paso rápido, se adelantó del resto, perdiéndose de vista.

—El consulado está aquí al lado —dijo Gilbert—. Si no les importa me acercaré e intentaré averiguar qué nuevas se cuecen en el Imperio.

—Yo también he de abandonarle, Mateo. Tengo que volver a nuestro hotel. Esta mañana, antes de salir, me han informado que mi padre está en Madrid y quiere verme.

—¿Su padre? —dijo Mateo. Aquello quizás justificara la conducta taciturna y tan poco habitual en Marie—. Vaya usted, por supuesto, vaya. Y usted también, Gilbert. No se preocupen por mí, aprovecharé para dar una vuelta por Madrid, hace tiempo que no estoy por aquí.

Desde la puerta del hotel, Mateo observó cómo se alejaban sus compañeros. Gilbert cojeaba ligeramente, la rodilla que se había golpeado en Venecia no había terminado de sanarse. En cuanto a Marie, la repentina visita de su padre, y su seriedad a lo largo del día también era preocupante. Aunque sentía que era su deber interesarse por los problemas de ambos, tiempo habría para ello. Por primera vez en una temporada, podía dedicarse unos momentos a él mismo. Le apetecía pasear por las calles de Madrid, y encaminar sus pasos hacia el entorno de la Puerta del Sol. Allí, evitaría acaso a algún que otro carterista, y recabaría en alguna de las tabernas de la calle Tetuán. Por alguna razón, le apetecía regalarles a su paladar y su estómago unas croquetas de bacalao, y dejar resbalar por su garganta un buen vino de Valdepeñas; al fin y al cabo, había firmado por diez años más su permanencia en aquel cuerpo de nombre ridículo.

De pronto, se dio cuenta de que no había pensado ni una sola vez en Margerie Fiennes. Lo primero que hubiera tenido que hacer, al despertar por la mañana, era escribirle una carta, contarle todo lo

ocurrido, e informarle que pronto estarían juntos. Pero no solo no le había escrito, sino que, además había accedido a permanecer en la organización que comandaba su tutor sin sopesar, ni por un instante, las implicaciones en su relación sentimental. Dudaba que su noviazgo y el trabajo en el equipo del general fueran compatibles.

Diez años eran muchos, se lamentó ahora. Acababa de tirar por tierra su matrimonio con la joven heredera. Se detuvo, furioso consigo mismo. Levantó la vista, absorto como iba, y se dio cuenta, entonces, que había andado sin rumbo y se encontraba, sin haberlo planeado, ante las puertas de Casa Labra, donde el olor inconfundible de las croquetas de bacalao, por las que era famoso el establecimiento, le despertaron el hambre. Sin pensarlo dos veces, entró y abriéndose paso entre la atestada clientela que abarrotaba el local, llegó a la barra y pidió una copa de vino y, por supuesto, unas croquetas. Tras probar la primera y remojarse el gaznate con un buen trago, Mateo se giró y se encontró frente a la profunda mirada de Segundo Cruz. Lo primero que pensó es que por fin cobraba sentido su súbita apetencia de croquetas. Nunca antes, hasta aquel mismo momento, las había comido.

9

Los ojos oscuros y penetrantes de Segundo Cruz parecían sonreírle a la par que Mateo se percataba de que no era una casualidad haber terminado en aquella taberna precisamente. Era obvio que todo había sido planeado por el hombre que, a su lado, elegía una de las croquetas del plato del joven y se la llevaba a la boca con gesto de deleite. Mateo, inmóvil, dudaba si darse la vuelta y escapar, o aparentar una dignidad empeñada en eludirle con demasiada frecuencia.

—Me encantan las croquetas de bacalao —dijo al fin Segundo, rompiendo el hielo entre los dos—. Querido Mateo, me consta que acaba de darse cuenta de que no está aquí por volición propia, sino que algo hemos tenido que ver la señorita Hanis y yo.

—¿Ella está...?

Un dedo golpeó suavemente su hombro. Al girarse, se encontró, también, con la rubia germana. En la taberna, la presencia de aquella mujer tampoco había pasado desapercibida. Al menos no tanto como lo había hecho para él.

—¿Me ha echado de menos, señor Sanz? —inquirió Hilda Hanis mimosa.

—Espero que no se encuentre escondido en algún sitio el tercero en discordia —dijo Mateo reprimiendo un escalofrío.

—¿Farbig? —Segundo hizo un gesto de desaprobación—. No, el señor Farbig ha vuelto a casa. Discúlpeme si le di la impresión de que ese caballero formaba parte de nuestro grupo. No era así y, si le soy sincero, tampoco lo echamos mucho de menos, ¿verdad, Hilda?

—*Idiot Zwerg*! —musitó Hilda, con una mueca de asco, al tiempo que alargaba su mano para tocar el cabello rizado de Mateo y cambiaba la expresión de su cara por una juguetona.

—Como le decía, Mateo, la última vez que nos vimos, le sugestionamos para que, una vez de vuelta en Madrid, viniera a vernos a este mismo sitio donde nos encontramos. Usted desde luego no lo recordará, pero así se lo... ¿ordenamos?, no, me parece una palabra muy dura, muy fuerte.

—Se lo sugerimos —apuntó Hilda siempre sonriente, sus manos aún acariciando la nuca de un incómodo Mateo.

—Perfecto. Eso es. Le sugerimos que viniera a contarnos sus aventuras en Venecia. Y aquí le tenemos.

—Tan guapo como siempre —añadió la señorita Hanis.

—No sé cómo lo hicieron —protestó Mateo—, pero si creen...

—¡Magia! —La alemana rio, encantada con su broma.

—En realidad se trata de una mezcla de hipnotismo y un compuesto químico que afecta al sistema nervioso y al subconsciente —dijo Segundo mientras cogía la última croqueta del plato y, tras introducirla en la boca y escenificar una exagerada expresión de deleite, tomó el vaso de vino.

—Ignoro cómo han sido capaces de... —Mateo se detuvo, de pronto. A su memoria acudió una imagen clara como el día: Hilda Hanis pintándose los labios y besándole, y después, el sopor del que despertó en otro vagón, en el tren a Zaragoza. Le era ahora evidente

que Hilda le había transmitido, al juntar sus bocas, algún suero, cuyos efectos ya había experimentado. La alemana, revoltosa, posó una mano en su brazo. Instintivamente, el joven dio un paso atrás, alejándose de ella, demasiado bruscamente. Tropezó con Segundo y el vaso de vino que éste sostenía terminó en el suelo, haciéndose añicos. Por un momento, el bullicio de la taberna se apagó y las miradas de los parroquianos se concentraron en Mateo para, un instante después, volver cada uno a sus asuntos y conversación, ignorando el vaso roto y el joven patoso.

—Nunca estamos tan solos como entre la multitud. Hilda, pídenos otras dos copas, si es tan amable. Dos Valdepeñas, por supuesto —dijo Segundo Cruz con una sonrisa.

—¿Está loco? —explotó Mateo—. No pienso beber con usted.

—¿Prefiere un Rioja? Elija usted el vino, el caso es que tenemos que brindar por su éxito en Venecia —bromeó Segundo—. Sabíamos que, fuera como fuera, volvería sano y salvo. No hubiéramos permitido que nada malo le pasase, aunque con Saracino, nunca se sabe.

—No, no, es usted demasiado importante para nosotros —susurró Hilda con malicia.

—Si se creen que voy a beberme ese vino con usted, va listo. Seguro que el vino está envenenado —protestó Mateo.

—Oh, no quiere beber, pero ¿un beso?, ¿en serio no quiere besarme? —rió Hilda, con un brillo maligno en los ojos—. Le aseguro que esta vez mis labios no tienen droga alguna.

Mateo, de nuevo, intentó apartarse de Hilda. Mientras lo hacía, sintió un pinchazo en el cuello, como el picotazo de una abeja. Al girarse, sorprendido, se llevó la mano a la parte trasera de su cuello y se enfrentó a la mirada de Segundo Cruz. Sostenía éste una jeringuilla ya vacía en su mano enguantada. Se encogió de hombros, como pillado en una travesura.

—Esta vez tocaba la manera clásica. Bien, Mateo, cuéntenos todo lo que ha ocurrido desde el asunto de Venecia, créame si le digo que somos todo oídos.

Por un instante, Mateo tuvo la tentación de escapar de allí, o al menos, ponerse a gritar y llamar la atención entre el bullicio del

local, pero Segundo tenía razón con lo que había dicho sobre la multitud. Entre tanta gente, nadie se había percatado de que le habían inyectado algo. Por mucho alboroto que armara, no le tomarían en serio. No pudo reflexionar mucho, las toxinas que Cruz le había inyectado a traición en su corriente sanguínea reaccionaron con rapidez, como un volcán cuya lava arrasa todo a su paso, y los químicos rebasaron todas las defensas de su fisiología. El momento para sublevarse había pasado, por lo que Mateo, sin poder evitarlo, desveló todo lo ocurrido desde que descendieron del Ictíneo y pisaron las bellas calles de Venecia, hasta el momento en que entraba en Casa Labra y pedía una ración de croquetas.

Segundo Cruz había conducido a un aterrorizado Mateo, incapaz de controlar su voluntad, hasta un reservado en la misma taberna.

—A saber cuántas reuniones clandestinas han albergado estas paredes —comentó Segundo.

Mateo no respondió, y no solo porque estaba bajo los efectos de la droga administrada; tampoco hubiera sabido cómo mostrar su apreciación por aquel comentario. La política, ya fuera nacional o internacional le importaba bien poco y los complots celebrados en los reservados de los establecimientos madrileños todavía menos. A juzgar por el disimulado bostezo de Hilda Hanis, tampoco a ella. De hecho, ni siquiera el relato de lo ocurrido en Venecia despertaba su atención. Segundo, por el contrario, escuchaba atento todo lo que Mateo relataba. Intercalaba algún comentario breve en el monólogo de Mateo, mientras contemplaba al joven con un brillo de astucia en el fondo de sus ojos.

—Si no supiera que no puede mentirme, le diría que todo lo que me ha contado es un completo disparate. —Los dedos de la mano derecha de Segundo tamborilearon sobre la mesa.— En especial, eso de que el profesor Winslow sea ahora un muñeco de madera.

—¿Qué vamos a hacer, Segundo? —dijo una Hilda que ya no disimulaba su aburrimiento.

—Pues, me temo que hay que actuar, querida. Habrá que hacerse con el espejo de la reina, ¿no crees?

—¿Un espejo? ¿Y de una reina? ¡Cómo decir que no!

—Discúlpela, querido amigo. Como ve, no ha prestado ninguna atención. —Mateo ni siquiera pestañeó ante las palabras de Segundo. Después de tanto hablar se encontraba agotado, aunque estaba seguro que, si el puertorriqueño se lo ordenaba, se pondría a bailar.

—Oh, Segundo, es que es todo tan aburrido. ¿Me dejarás a Mateo para mis experimentos? —protestó Hilda.

Segundo Cruz cambió su expresión y dirigió una mirada furiosa a su compañera. Ésta bajó la mirada avergonzada, como si de su boca hubiera escapado una blasfemia. Segundo inspiró hondo un par de veces, como si necesitara ese tiempo para controlarse. Después, sonriente, se volvió hacia el paralizado Mateo.

—Disculpe a Hilda. Por un momento debe haber olvidado que usted está a salvo de todo peligro con nosotros.

—Perdóname, Segundo, no quería... —lloriqueó una temblorosa Hanis. La personalidad juguetona y en apariencia superficial había desaparecido, sustituida por la de una mujer insegura y suplicante.

—Está bien, Hilda. —Segundo ni siquiera se volvió para hablar con ella—. Y, Mateo, como comprenderá, necesitamos tiempo para organizar nuestro robo, ¿verdad, Hilda?

—¿Qué robo? —preguntó con un hilo de voz una Hilda de ojos acuosos.

—El espejo de la reina, ¿o piensas que va a venir volando a nuestras manos? —suspiró Segundo—. No te preocupes, ya te lo explicaré más adelante. ¿Cuánto le durará todavía el efecto de su droga a nuestro amigo?

—Unas cuatro horas más —respondió la alemana, aún con voz lastimera.

—Bien, Mateo, pues utilice usted ese tiempo en irse al jardín botánico de Madrid y disfrutar del paisaje. No hable con nadie durante esas cuatro horas. Después, haga lo que quiera. Le recomiendo que vaya a ver al general Francisco Serrano y le obligue a sincerarse. Quién sabe si no será usted el que venga a buscarme a mí después de hablar con él. Adelante, váyase, váyase. —Cruz gesticuló indicándole el camino de la puerta.

Mateo, de ser dueño de sus actos, hubiera echado a correr para desvelar todo lo ocurrido al general, o mejor aún, a Marie. Ella sabría qué hacer a continuación. Sin embargo, no lograba dominarse a sí mismo. Tenía la desesperante impresión de haberse convertido en una especie de autómata que alguien dirigía por las calles de Madrid. No podía evitar seguir al pie de la letra las órdenes de Segundo Cruz. Le había dicho que se fuera al jardín botánico de Madrid, a disfrutar del paisaje, y por mucho que intentaba rebelarse, era incapaz siquiera de reducir el ritmo de sus pasos. La expresión de su cara reflejaba esa lucha interior para recobrar su voluntad. En su ensimismamiento, a punto estuvo de darse de bruces con una gitana. La chica, en lugar de aprovechar la oportunidad para pedirle dinero a cambio de leerle la buenaventura en la palma de la mano, como era casi norma no escrita en esos encuentros fortuitos, le dedicó un vistazo a su cara, y tras santiguarse, se quitó de en medio, como si hubiera visto al mismo demonio.

No era tan solo que su cuerpo se negara a obedecerle. También su conciencia parecía estar perdida en una especie de bruma, como la que le envolvió en su primer encuentro con Hilda Hanis y Segundo Cruz. Mateo cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos, se encontraba ya en el interior del Real Jardín Botánico, sentado en un banco contemplando el busto de Carlos Linneo, padre de la taxonomía. La niebla que todo lo envolvía, y que al parecer solo él era capaz de sentir, seguía allí.

Apenas dos o tres personas andaban por el jardín, admirando las rosaledas o los cedros del Líbano. Mateo las ignoró y se concentró en su situación. Segundo Cruz le había ordenado permanecer allí cuatro horas y, al parecer, él estaba obedeciendo, quisiera o no. Había oído hablar del hipnotismo, y cómo mediante esa técnica se podía obligar a otra persona a realizar actos que de otra forma no llevaría a cabo. Lo que a él le sucedía, sin embargo, no era una simple hipnosis, había de por medio un elemento químico que para bien o para mal, hacía que fuera una experiencia diferente. La primera vez, Hilda le drogó con el perfume de su pañuelo; después, cuando le besó, la droga se encontraba en sus labios. Esta última vez le habían inyectado directamente. Se trataba, a todas luces, de

un suero que una vez asimilado por el cuerpo, eliminaba la voluntad. Mateo recapacitó. Quizás al ser consciente de cómo funcionaba, podría recuperar su libre albedrío. ¿Podía levantarse? Su cuerpo le obedeció. Bien. ¿Podía abandonar el jardín botánico e ir a alertar a sus compañeros de los planes de Segundo? Lo intentó, pero permaneció inmóvil. Trató de hacerlo, nuevamente, y el resultado fue que comenzó a sudar y su respiración se agitó. De alguna manera, su voluntad estaba maniatada. ¿Podía caminar, pero sin abandonar el jardín? Probó a hacerlo, y en efecto, pudo pasear alrededor del estanque que se encontraba frente a la estatua de Linneo. No obstante, en el momento en que pretendía engañarse y huir de allí, sus piernas se detenían. Nadie le obligaba, físicamente, a quedarse, era él mismo quien se autosugestionaba. Se golpeó la cabeza con las manos, desesperado. ¿Qué más daba cómo estaba sometido a las órdenes de Cruz? El caso es que no era capaz de abandonar el jardín y avisar a sus compañeros de lo que pretendía Segundo. Si hubiera una forma de volver atrás en el tiempo, y evitar que le inyectara aquel veneno que así le ataba... O al menos, poder librarse de él, como... como un beodo que pudiera sacudirse su melopea de encima. Le vino a la memoria el recuerdo de las noches de juerga, cuando era un estudiante —en Salamanca, en Florencia, en Durham, eran todas similares— que se pasaba con la bebida, y las consecuencias que acarreaba, los vómitos en lúgubres callejones, el sabor a vino rancio en la garganta, y el alivio temporal que regurgitar suponía.

Quizás si forzaba el vómito, aquel veneno que le habían suministrado y que había ofuscado su voluntad abandonaría su cuerpo de una vez por todas. No podía ser, se dijo. En primer lugar, no lo había ingerido, sino que se lo habían inyectado. En segundo lugar, con el tiempo que había pasado, ya estaría asimilado, era demasiado tarde. Pero, en tercer lugar, ¿qué perdía por intentarlo?

Había un problema. A pesar de haber convivido con la picaresca estudiantil de los colegios mayores a lo largo y ancho de las más selectas universidades de media docena de países, Mateo nunca había sido capaz de provocarse el vómito, tal y como hacían muchos de sus compañeros de juerga. Pronto daría igual, ya que el tiempo

que había transcurrido en ellos habría sido bien aprovechado por Segundo. Frente a Mateo, Carlos Linneo le observaba, como queriendo adivinar la clasificación de la atontada especie que frente a él se debatía en diatribas sin lógica ni solución.

—¿Qué? —le espetó Mateo apuntándole con su dedo índice—. Por lo menos yo solo voy a estar aquí unas horas, no como tú que te tienes que pasar el resto de la eternidad frente a este estanque de aguas apestosas.

En efecto, el busto del taxonomista se encontraba frente a un estanque de aguas verdosas y encenagadas. Los estanques como aquél le daban bastante asco. Y eso le dio una idea. Entró en el estanque sin pensárselo más. El agua le cubría hasta las rodillas. Se dejó caer sobre éstas, y como el suicida que salta en frente del tranvía, Mateo comenzó a beber. No hizo falta mucho. El agua enfangada y recalentada por el sol hizo su efecto nada más llegar a su estómago. La primera arcada, más violenta de lo que esperaba, casi le hace caer entero en el estanque. En la siguiente, arrojó todo lo que tenía en su estómago, que no era mucho más que un trago de vino y tres bocados a las croquetas de bacalao que le habían metido en aquel lío. No quedó allí la cosa. Su cuerpo parecía no entender que no había nada más que Mateo pudiera vomitar, excepto bilis y saliva. Un virulento y repentino dolor de cabeza apareció como huésped no invitado. Entre arcada y arcada, era como si alguien atravesara su cerebro, empezando por la frente, con una larga aguja como la de Saracino. O dos. Y las retorciera. Imágenes de Segundo Cruz y sus secuaces, como relámpagos en una noche de tormenta, aparecían en su mente. De pronto, un muro de cuya existencia no había sido consciente se derrumbó en su mente.

El exorcismo que las aguas del estanque de Linneo habían provocado en sus entrañas trajo, como efecto secundario, que muchas cosas que ni sabía que había olvidado volvieran a resurgir. A trompicones, empapado y manchado de vómito, Mateo consiguió salir del estanque y tirarse sobre la hierba, apretándose la cabeza entre las manos, con el íntimo convencimiento de que ésta iba a estallarle en mil pedazos. La última punzada, sin embargo, le trajo la

imagen de su tutor, el general Serrano. Estaba frente a él, con una carta. Una carta que no podía existir. Una carta que le había enviado su madre.

—Lo recuerdo —gimió Mateo hecho un ovillo sobre la hierba.

10

Un par de años antes…

Estaba rojo de furia. A duras penas dominaba el impulso de abalanzarse sobre su tutor y arrebatarle con rabia la carta que él mismo le había entregado y que, en aquel momento, leía con gesto grave. No pensaba salir de allí sin una explicación si es que existía alguna, porque aquello, de ser cierto, no había forma de justificarlo.

—Me han dicho toda mi vida que soy huérfano —bramó Mateo, por quinta o sexta vez—, así que dígame, cómo es posible entonces que reciba una carta de mi madre.

El general no contestó. Seguía leyendo la carta y en su rostro se reflejaba una tristeza que no se acomodaba bien en su rostro castrense.

—¿Y bien? ¿No querrá hacerme creer que los muertos han aprendido a escribir cartas? —dijo Mateo, alzando la voz. En otras circunstancias, jamás se le hubiera pasado por la cabeza elevar su tono en aquella casa. En las actuales, sin embargo, Mateo había suspendido las más elementales reglas de cortesía.

La puerta se abrió, en aquel momento, y entró Eloísa, la esposa del general Serrano. Sus ojos estaban más abiertos y atentos de lo habitual, y sus labios más tensos y apretados. Aquella expresión era una novedad para Mateo; hasta entonces el único rictus que le había conocido era el de una impasible indiferencia. Se había acostumbrado a no saber si la dueña de la casa iba o venía, si estaba triste o contenta, si era de su agrado o le despreciaba. Si bien el general era su tutor legal, tenía Mateo la seguridad, desde niño, que para Eloísa, él era tan solo una excentricidad de su marido. Qué necesidad habría de tenerlo allí, parecían decir los educados «hola» y «adiós» con que lo saludaba y despedía en las

escasas ocasiones que Mateo recababa en casa de su tutor. Al fin y al cabo, él era trabajo que su marido se traía a casa, como si no tuviera ya bastantes obligaciones. Lo habitual era que se vieran una vez al año, al comienzo del verano, momento en el que abandonaba el internado de turno, y rendía cuentas del pasado curso escolar. También era allí y entonces cuando se le desvelaba el siguiente colegio al que asistiría. Por alguna oculta razón, no permanecía en la misma escuela más de un curso.

Así pues, a juzgar por el esfuerzo que Eloísa ponía en disimular su indignación, era obvio que el momento actual era tenso e incómodo para la esposa del general.

—Querida, ¿serías tan amable de traernos un té? —dijo al fin el general, levantando los ojos de la carta y fijándolos en los de su esposa.

La mirada de la mujer mostró un brillo peculiar ante el tono pausado de su marido. Si le había soliviantado la calma con que Francisco Serrano las pronunciaba, o cualquier otra cosa que estuviera sucediendo, nada en su ademán dejaba adivinarlo. Sin mediar palabra, se dio la vuelta y cerrando la puerta tras ella, desapareció.

—Si he de serle sincero —continuó Francisco Serrano, dirigiendo ahora su mirada a Mateo—, albergaba la esperanza de que tardaran un poco más en encontrarlo esta vez.

—¿Quién tenía que encontrarme? —dijo el joven dejándose caer en uno de los sillones del amplio despacho-biblioteca del general.

—Como es obvio, habrá deducido que su madre no murió al caer del Alcázar de Toledo.

—Me ha dado la pista la primera línea de la carta, cuando la persona que me la envía dice «Querido hijo». Y salvo que la escriba desde el más allá, ya me dirá.

—Está viva, en efecto. Créame que no es una buena noticia.

—Pero ¿cómo se atreve? —dijo Mateo levantándose del sillón como impulsado por un resorte—. Lea la carta. ¡Venga, léala!

—«Querido hijo —comenzó a leer en voz alta el general—. Te habrán hecho creer que fallecí al caer del Alcázar de Toledo». Exactamente lo que yo le acabo de decir, ¿no?

—Maldita sea, general, continúe.

La puerta se abrió de nuevo y Eloísa entró con un juego de té. En un sepulcral silencio, sirvió una taza para Mateo y otra para su marido. Mateo se mordió la lengua.

—No se preocupe —intervino el general—, que voy a leer la carta en voz alta. Se lo juro. Pero antes tome un poco de té.

—No me apetece un té en estos momentos —masculló Mateo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no empezar a gritar, esta vez, en presencia de la esposa del general.

—¿Cómo que no se va a tomar el té? Ni se te ocurra leer nada hasta que este señor se tome su té, Francisco —interrumpió Eloísa.

—Pero ¿estamos locos o qué? ¡Que no quiero té!

—¿Me quiere decir que he preparado este té para nada? Si quiere un café, ahora mismo se lo traigo.

—No es necesario —se rindió Mateo—, me tomaré el dichoso té.

—Tampoco era tan difícil, vamos, digo yo —dijo la esposa del general, con retintín, tras comprobar que Mateo había apurado su taza. A continuación abandonó la habitación, con aire ofendido.

—He retomado la lectura del refranero español —dijo el general—. Poseo una cuidada edición, un regalo al que le tengo un especial cariño, y uno de los refranes le es de aplicación, Mateo: lo que no logran las barbas, lo logran las faldas. Recuérdelo. Bueno, qué tontería, si no va a poder recordarlo.

—¿A qué se refiere?

—A que la mujer es capaz de convencer a cualquiera mucho antes que un hombre, por mucho que lo intente, como en este caso mi querida Eloísa le ha convencido de que se bebiera el té y a mí me lo hubiera tirado a la cara.

—Digo que a qué se refiere con que no voy a poder recordarlo, general, por Dios.

—Pues verá, no es la primera vez que entra usted aquí hecho un energúmeno, con una carta de su madre, acusándome de haberle ocultado su existencia.

—¿Está usted loco, general? ¿No cree que me acordaría de algo así? ¿O es que cree que el que está majareta soy yo?

—Ni mucho menos, no está loco. Está drogado. Recientemente, un antiguo subalterno, Segundo Cruz, se puso en contacto conmigo, después de muchos años. La reunión, por motivos que no vienen al caso, fue bastante tensa. Me hizo un regalo, un tanto peculiar, asegurándome que pronto encontraría la forma de darle buen uso.

—¿Ya se está yendo por las ramas otra vez?

—Siga conmigo un momento, en seguida termino. El regalo consistía en dos pequeños botes. El primero contenía un suero que, de ser ingerido, anula la voluntad temporalmente. El contenido del segundo es también un elixir, más fantástico si cabe, puesto que el que lo toma, pierde la memoria.

—Lea la maldita carta...

—Cierre la boca, y estese sentado y callado hasta que yo se lo diga —dijo el general Serrano, con tono seco y tajante.

Mateo intentó protestar pero ninguna palabra salía de su garganta.

—Como ve, por más que quiera hablar no puede. Acata mi orden, aunque lo que en realidad desea es mandarme a hacer gárgaras. Supongo que, a estas alturas, habrá deducido que el té que le ha traído mi señora esposa estaba aderezado con el primer suero que le acabo de describir.

Atónito, Mateo probó de nuevo a elevar su voz, a levantarse y gritar que aquello era una tontería. No lo consiguió.

—En fin, no es la primera vez que viene aquí con este... «problema» —continuó el general—. Pero no se preocupe, le contaré todo. Al menos le debo eso. Después se tomará otro té, con la poción correspondiente para que olvide todo lo ocurrido. Volveremos a nuestra habitual relación en la que, a grandes rasgos, nos ignoramos mutuamente, ¿de acuerdo?

Aunque Mateo, internamente, seguía intentando rebelarse, no se movió de su silla ni emitió ninguna queja.

—Resumiré un poco, si no le importa —dijo el general Serrano mientras tomaba asiento en un sillón frente a Mateo—. Lo bueno, si breve, dos veces bueno, que diría el refrán. En cualquier caso, le basta saber que su padre y su madre se conocieron gracias a mí. O por mi culpa, quién sabe. Su padre, Tomás Sanz, era un agregado

de la embajada española en Londres, donde me encontraba acompañando al general Espartero durante su exilio. Su madre, Bárbara Berwick, era parte importante de una de las principales familias de Inglaterra.

Mateo tragó saliva. Era incapaz de interrumpir al general, aunque lo cierto es que no sabía casi nada de sus padres y aquel pequeño retazo de información era oro puro para él.

—El caso es que allí, en Londres, interesaba mucho saber qué planes tenía Espartero. Ni se imagina la cantidad de enrevesados complots en los que terminamos envueltos él y yo. En medio de todo aquello terminé entablando amistad con su padre y su madre. La amistad llevó al amor, no conmigo, como entenderá, sino con su padre. O sea, Bárbara y Tomás, quiero decir. Y, como el amor es ciego, a pesar de la diferencia de clase social y todos los problemas que eso contrae, se casaron y abandonaron Inglaterra. Usted llegó enseguida, fruto del amor, supongo. No puedo darle muchos detalles, yo ya había vuelto a España un tiempo antes, y puesto que ellos también recabaron en nuestro país, en cuanto recuperé mi influencia en los asuntos de Estado, los enrolé para que me prestaran sus servicios.

El general se levantó del sillón. A Mateo le sorprendió descubrir en sus ojos un brillo muy parecido a la melancolía. O al arrepentimiento.

—Yo era gobernador militar de Madrid cuando me llegó la información de que cierto noble austríaco andaba revolviendo por la ciudad. Estaba envuelto en ciertos asuntos poco claros. El barón Von Eigner, según nos decían, era peligroso. Envié a cada uno de sus padres, por separado, para que se infiltraran en su equipo. Por aquel entonces, había problemas en el matrimonio y la misión de sus padres terminó siendo un auténtico despropósito. Sus informes eran contradictorios entre sí. Si su padre me informaba de algo, su madre me decía lo contrario. Alguno de los dos mentía, o los dos. La única conclusión que pude sacar fue que el barón me había ganado la mano en aquel juego. De ser el espiado se había convertido en el espía.

El general volvió a sentarse en el sillón, frente a Mateo y le miró con tristeza.

—Puede hablar, si así lo desea, y moverse y relajarse un poco —le dijo.

Mateo se levantó como movido por un resorte, como si un mecanismo automático le instara a incorporarse. La tensión de querer levantarse y sentir su voluntad embotada parecía querer manifestarse con aquel movimiento cuasi-reflejo. Sin embargo, una vez en pie, la curiosidad por conocer algo más de lo sucedido a sus padres superó al terrible enfado con el que había entrado en la casa de su tutor.

—¿Qué sucedió? —dijo Mateo al fin, sentándose de nuevo.

—Sucedió —continuó el general— que cuando los naipes vienen malos, mejor es retirarse. Pero ya era tarde. Empecé, yo también, a transmitir información falsa a uno y a otro, a objeto de descubrir quién de los dos era el traidor...

11

Muchos años antes...

El general Serrano se atusó el bigote, ausente, mientras comparaba, por enésima vez, los informes que le habían remitido por separado Bárbara Berwick y Tomás Sanz. No tenían ni pies ni cabeza. Tamborileó con los dedos sobre la mesa de caoba. Si Tomás informaba que el sábado pasado al mediodía se había reunido en la archidiócesis de Toledo con el obispo, no podía al mismo tiempo, según su propia esposa, reunirse en secreto con Posada, el vicepresidente del Consejo de Estado en Valladolid. De las intenciones sobre Abelard Eigner nada se podía sacar en claro, la conducta del austríaco era normal y de acuerdo con la ley, pero un sexto sentido, y la información que le llegaba de otros países por donde había recabado le alertaba que había gato encerrado. Su instinto rara vez se equivocaba.

Al general no le había quedado otro remedio que espiar a sus espías. Sabía que Tomás Sanz y Bárbara Berwick hacía ya un tiempo

que no compartían el domicilio conyugal. Así las cosas, encargarle el trabajo a ambos por separado, con el razonamiento de que aquello le proporcionaría el doble de información, había resultado ser una ocurrencia nefasta. Los informes sobre los movimientos de Eigner eran contradictorios, demasiado para que tuvieran una explicación coherente. ¿Quién mentía Tomás o Bárbara? No lo sabía, y mientras no lo supiera, aquellos informes eran inútiles. Hubiera debido encargar el seguimiento de Eigner a un tercero pero, a esas alturas, averiguar por sí mismo quién pretendía tomarle el pelo se había convertido en un asunto personal. No le gustaba que se rieran de él.

Francisco Serrano detuvo su tamborileo y extrajo del bolsillo de su chaqueta un reloj de bolsillo. Lo abrió, y en el interior de la tapa, su esposa le miró con gesto adusto. Parecía mentira que Eloísa hubiera sido joven alguna vez, que hubiera existido un tiempo en el que su expresión no estuviera agriada por los sinsabores de la vida. No disponía de retratos, ni de ella, ni de él, de aquel tiempo tan remoto en el que creían en los finales felices y en comer perdices. Dejó de mirar el pequeño retrato de su esposa y centró su atención en las agujas del reloj. Habían avanzado lo suficiente.

Nada más levantarse, su ayudante personal entró en el despacho, estirándose nervioso el uniforme. Al general le había caído en gracia aquel chico. Había llegado recomendado a su pariente, su primo Serrano Domínguez. Ambos eran generales, y para más inri, los dos se llamaban Francisco. Aquello, que daba lugar a multitud de equívocos, no siempre tenía conclusiones negativas para él. Segundo Cruz, el chico que con tanta precipitación acababa de entrar en su despacho, debía haber prestado sus servicios al otro general Serrano, pero a él, a Serrano Bedoya, le había gustado su acento de ultramar y el empuje del que hacía gala, no siempre bien encaminado, pero sí adornado de una energía inocente y resolutiva. El joven Cruz era oriundo de algún pueblo de Puerto Rico, cuyo nombre Francisco nunca conseguía recordar, y a su familia no se le había ocurrido mejor idea que enviarlo a hacer carrera a la capital del reino, con la esperanza de hacer de él un hombre hecho y derecho, y que después, a su vuelta, se incorporara sin complejos a las fuerzas vivas de la isla.

—General, es la hora —dijo Segundo.

Francisco Serrano gruñó, recogió su gorra y se dirigió a la salida sin mediar palabra, con su ayudante tras él.

—¿Tiene el carruaje esperando afuera? —preguntó el general mientras recorrían el patio del cuartel, sin molestarse en responder a los saludos marciales de los militares con los que se cruzaba.

—Por supuesto, mi general.

Francisco aceleró el paso. Ni siquiera al propio Segundo le había desvelado a dónde se dirigirían. Su ayudante sabía solo lo imprescindible: que debía tenerle preparado un coche, y que el destino sería desvelado cuando tocara.

—¿A dónde, mi general? —preguntó Segundo una vez en el carruaje.

—Al Alcázar de Toledo —respondió el general Serrano.

Segundo trasladó la información al cochero, éste arreó a los caballos y el coche emprendió el camino con ambos militares en su interior.

—Por cierto, Segundo, se me olvidó agradecerle el libro que me ha regalado. No tenía por qué.

—Era su cumpleaños, señor. Es la tradición. Espero que le gustara. *El refranero español* me pareció algo más apropiado a su carácter que una obra de ficción.

—Sin duda, ya sabe lo que pienso de las novelas.

—Sí, señor. Que son una pérdida de tiempo.

—Así es. Por cierto, supongo que se preguntará qué vamos a hacer al Alcázar con tanto secretismo, ¿verdad?

—No me atrevería a negarlo, general —respondió el joven.

—Como sabe tengo bajo vigilancia al barón Von Eigner.

—El matrimonio Sanz tiene encomendada esa tarea, señor.

—No me interrumpa, hijo —comentó el general con seriedad—. Sí, los Sanz. Aunque me temo que de matrimonio solo queda el envoltorio. Es una pena, sobre todo en casos como éste en los que hay hijos de por medio. Bueno, en fin, el caso es que uno de los dos, o ambos, en lugar de proveerme a mí de información sobre Abelard Eigner, se dedica a pasarla al barón sobre nosotros.

El general hizo una pausa, en la que Segundo no hizo comentario alguno. Francisco Serrano sonrió satisfecho bajo su bigote. Aquel jovencito era listo y aprendía rápido. Sabía callar cuando tocaba, y esa cualidad era imprescindible si quería subir escalafones. Sin duda podrían hacer de él un hombre de provecho.

—Si piensa que eso significa que alguien nos ha traicionado, está en lo cierto —continuó Francisco Serrano—. En nuestro ámbito, cuando alguno de los nuestros pasa información al enemigo, los llamamos topos. ¿Sabe como cazábamos topos de niños en mi pueblo, Cruz?

—Me temo que no, general.

—En mi pueblo, Quesada, si nos venía un topillo a la huerta, la única solución era eliminarlos antes de que fuera tarde e infestaran toda la comarca. Y para cazarlos, lo más efectivo era tapar todas sus salidas menos una, e incitarlos hacia ésa única salida mediante un cebo.

—¿Queso? —inquirió el joven Cruz arqueando una ceja.

—¿Queso? ¿Es usted idiota? ¿Cómo quiere cazar un topo con queso?

—Como dice que su pueblo se llama Quesada... —respondió Segundo, su cara roja como un tomate.

—No era una pista, Cruz. Bueno, resumiendo... ¿Cómo era aquel refrán?

—¿Cuál? —preguntó Segundo intrigado.

—El que dice que si algo es bueno, no hay que alargarlo. No era así. Tengo una memoria terrible para los refranes.

—¿Lo bueno si breve, dos veces bueno?

—¡Eso es! —dijo el general golpeándose la rodilla con la palma de la mano—. En fin, resumiendo, usando ciertos canales anónimos, he filtrado información falsa, y me he asegurado que llegará hasta el barón. Esta información, que hemos dejado «escapar», es supuestamente confidencial y en ella mezclamos datos reales y ficticios, y dejamos entrever que sabemos lo suficiente sobre Eigner y que estamos a punto de dar al traste con sus planes.

—¿Con sus planes, general? Creía que el problema era ése, que no sabíamos cuáles eran.

—Y así es. Ni sabemos cuáles son sus planes, ni por tanto tenemos nada que pueda frustrarlos. A esto se le llama «farol», Segundo. ¿No jugáis a las cartas en Puerto Rico?

—Me temo que es un área en el que tengo poca experiencia.

—Es usted tan puro e inocente que a veces me pregunto de dónde ha salido y qué puñetas hace usted en la vida castrense. En fin, da lo mismo, el caso es que esta información que se supone que tenemos es perecedera y urgente. A Von Eigner le llegará justo antes de la recepción a la que ha sido invitado por el general Espartero, a instancias mías. Baldomero, por cierto, no tiene el menor interés en el barón, como es lógico, con la que tiene montada en el Gobierno, pero es un favor que me hace. Eigner no podrá escabullirse para ocuparse en persona de obtener este «informe» que en teoría le incumbe.

—Disculpe, general, pero no le sigo.

—La supuesta información está a la venta y será proporcionada únicamente en la torre del Alcázar de Toledo, justo a la hora en la que el austríaco estará en la audiencia con el general Espartero. Y de esto se enterará el barón justo antes de entrevistarse con él. Tanto Tomás como Bárbara están invitados al mismo acto que el barón, un problema de acreditación les impedirá acceder al mismo.

—Por lo que... —completó Segundo Cruz— estarían libres, en teoría, de acudir a la cita con el inexistente informante, en su nombre, y enterarse de esa información imaginaria. Pero solo sabrán de esa reunión clandestina si, en efecto, están al servicio de Von Eigner y no al nuestro, puesto que aparte de usted, y ahora yo, solo tendrá conocimiento el barón.

—Veo que es un chico despierto. Por un momento me había preocupado usted con el asunto del queso —rió el general.

El resto del camino guardaron silencio en el carruaje. Había llovido y olía a campo mojado. El general era consciente que su plan no estaba libre de fallos. En primer lugar, Eigner podía suponer que era una trampa. Era sospechoso que, de ninguna parte, le llegara un mensaje tan ominoso. Sería razonable que nadie acudiera a la cita. Eso no era perjudicial para el general, aunque pondría en alerta al austríaco. Otra posibilidad era que Eigner enviara a otra persona,

que no fueran ni Tomás ni Bárbara, aunque lo constreñido del tiempo haría complicada esa opción. Por último, también era posible que ambos fueran inocentes.

—¿Qué haremos si aparecen? —preguntó el ayudante del general cuando ya se divisaba el alcázar y el carruaje había reducido su marcha. Al parecer no solo Francisco Serrano le había dado vueltas a lo que se avecinaba durante el trayecto.

—Supongo que sabe cuál es la pena por traición —respondió Serrano sin atisbo de humor en la mirada—. No obstante, se merecen un juicio justo, así que detendremos al que aparezca, quizás podamos utilizarlo en nuestro beneficio.

—¿Se refiere a que sirva de espía doble para nosotros?

—Si aparece alguno, ya es un espía doble, si acaso lo convertiríamos, a él o a ella, en espía triple, ¿no cree? Creo que podríamos persuadirle, dado que la otra opción es la horca.

—Si es que aparece —apuntilló Segundo. Francisco confirmó, con un gesto afirmativo de su cabeza.

El carruaje se detuvo, con un grito del cochero, al pie del promontorio sobre el que estaba construido el Alcázar.

—Una pregunta más, ¿cómo van a ganar acceso a la torre? No creo que sea nada fácil, estará vigilado —indagó Segundo, una vez hubo despedido el coche.

—Habitualmente hubiera sido imposible. Esta vez, sin embargo, he dado orden que dejen abierta y sin vigilancia la puerta trasera, la más cercana a la torre en la que tendrá lugar el encuentro.

En efecto, comenzaba a oscurecer, pero mientras subían la cuesta a la espalda del Alcázar, todavía podía distinguirse la puerta a la que se refería el general. Se encontraba medio entornada.

—Subiré yo, Segundo, y esperaré a quien quiera que aparezca en la torre. Quédese aquí abajo y esté atento. Si nuestro visitante consigue zafarse de mí cuando intente abandonar el lugar, deténgalo usted. Prepare su revólver y dispare si hace falta.

—¿Incluso si es la señora Berwick? —preguntó el joven alarmado.

—En especial si es Bárbara, sí. Es más peligrosa que Tomás y tiene más experiencia. No tenga muchos remilgos, ella no dudaría en dispararle a usted.

El general comenzó a subir los empinados peldaños camino a la cima de la torre Noroeste. Aunque era utilizada como torre telegráfica, aquella noche nadie aparecería por allí. Había pedido que esa noche no subieran siquiera los técnicos de mantenimiento. Si algo iba a suceder, mejor sin testigos; a excepción de Cruz, confiaba plenamente en Segundo.

En la penumbra, el general se palpó la cartuchera donde llevaba su revólver. Por muy buena que fuera la relación que tenía con Tomás y Bárbara, si apareciera alguno de ellos significaría que le estaba traicionando y, en tal caso, debía tratarlo, o tratarla, como a un enemigo.

Escalón a escalón, Francisco Serrano llegó a la cima de la torre sin perder el resuello. Había refrescado desde que habían salido de Madrid, y arriba hacía más frío aún. Además, ya el sol se ponía en el horizonte. Podía contemplar todo Toledo y kilómetros a la redonda. Los hilos del telégrafo emitían un apagado zumbido, a pesar de que a esa hora no habría ninguna comunicación. Aunque el general era un hombre fornido, a veces, sobre todo cuando el tiempo cambiaba, volvían a dolerle las antiguas heridas de metralla, en particular, las de su pierna derecha. Era un dolor sordo, el recuerdo de que no era inmortal. Le ardía en aquel momento. Buscó un rincón donde las sombras le ocultaran pero que le permitiera a él distinguir con claridad quién se aproximaba, y sobre todo, si iba armado. O armada.

El general dejó correr el tiempo. Al cabo de un rato, extrajo de nuevo su reloj del bolsillo de su chaqueta para comprobar la hora, pero había oscurecido ya lo suficiente para que ni siquiera acertara a contemplar el serio rostro de su esposa. Varios minutos eternos después escuchó el roce de unos pies sobre el suelo, y una figura apareció, procedente de las escaleras, en la cima de la torre. Francisco Serrano deslizó el revólver fuera de su cartuchera, y lo sostuvo, firme, en su mano, apuntando a la esperada visita.

—¡Bárbara! —llamó, sorprendiéndola—. Supuse que eras tú. No podía ser de otra forma.

La mujer se volvió hacia la voz. La noche, y con ella sus sombras, habían avanzado lo suficiente como para que el general no pudiera

reconocer sus rasgos, pero su silueta la delataba. De alguna manera, que hubiera sido Tomás el que le traicionara, le resultaba, ahora, irrisorio. La traición siempre conlleva un punto extra de ingenio, de maldad y de inteligencia y en el matrimonio Sanz-Berwick, Bárbara era la que cumplía con esas cualidades en mayor medida.

—General... vaya sorpresa encontrarle aquí —respondió Bárbara tras unos segundos de vacilación.

—Estoy seguro que ha adivinado que no es casual.

—Por Dios, general, ¿por qué me apunta usted con un arma? Hasta donde yo sé estamos en el mismo bando. —La sola inflexión de la voz de la mujer le reveló a Francisco que Bárbara estaba sonriendo.

—Le aconsejo que mantenga a la vista sus manos, Bárbara. Podría ponerme nervioso, e imaginar que intenta pescar el revólver en su bolso, ¿no cree?

—Ay, querido Francisco —suspiró Bárbara con afectada pesadumbre—, creo que nos conocemos demasiado. En cualquier caso, ¿qué hubiera podido hacer mi pequeña pistolita a un hombretón como usted?

—¿Cómo ha podido traicionarme?

—No se lo tome como algo personal. Hay cosas que usted no puede comprender. Créame si le digo que no había más remedio.

—Y ahora, ¿qué haremos? La pena para la traición...

—Oh, general, ahórreme el sermón.

Francisco dejó escapar un bufido. Bárbara sabía representar el papel de fémina dulce y coqueta, pero al mismo tiempo, podía mudar su carácter y en un solo comentario, imprimir a sus palabras la cantidad justa de autoridad y desprecio como para ponerle a uno en su sitio o sacarle de sus casillas. Francisco, sin dejar de apuntarla, dio un paso hacia ella, pero Bárbara retrocedió a su vez, manteniendo la misma distancia que les separaba.

—Francisco —dijo ella, con voz más tranquila—, lo que suceda a continuación no será culpa suya, ni mía, ni de nadie. Estaba escrito.

El general Serrano tuvo un mal presentimiento. En su profesión había tratado con hombres que, alguna vez, se asomaban al abismo, y cuando hablaban de la misma forma en la que Bárbara lo estaba

haciendo, solía ser mala señal. Dio otro paso hacia ella, y Bárbara se retrasó otros dos, hacia la barandilla que delimitaba los límites de la torre, con el viento zarandeando su vestido.

—Maldita sea, estese quieta. Bajemos de aquí y busquemos una solución a este lío en el que se ha metido.

Bárbara se acercó otro paso al borde de la torre, a pesar de que el general no se había movido. Francisco comenzó a dar por seguro que su prisionera iba a suicidarse. No era ese el desenlace que había previsto, ni el que deseaba. Había imaginado una discusión, un cruce de acusaciones y negativas, y al final, una solución que pudiera satisfacer a ambos. Tal vez el destierro, como medida extrema, pero aquello era poco probable. El general Serrano había confiado en atraer de nuevo a Bárbara a su bando.

—¡Deténgase, por Cristo! —alzó la voz el general, al ver que Bárbara se encontraba ya a escasos metros de la barandilla. Si la saltaba, caería al vacío.

—¡Bárbara! —bramó de repente una voz a su espalda. Francisco Serrano se volvió sorprendido. Segundo le miraba, a su vez con cara de circunstancias. No era él quien había proferido el grito, sino el hombre que le tenía encañonado, Tomás Sanz.

Bárbara mudó su expresión. Era evidente que tampoco esperaba ella a su marido en aquel lugar y en aquella circunstancia.

—Lo siento, general, me pilló desprevenido... —se disculpó, compungido, Segundo Cruz, con las manos en alto a instancias del hombre que tras él, clavaba el cañón de su revólver en su nuca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Bárbara alarmada, centrada toda su atención en Tomás.

Tomás y Segundo se encontraban a un lado de Francisco, y Bárbara Berwick al otro. El general dudó por un momento a quién apuntar.

—Lo siento, apareció de improviso —se disculpó Segundo.

—Lo que crees que ha de suceder, no tiene por qué cumplirse —clamó Tomás, sus crípticas palabras dirigidas a su esposa.

—Pero qué... —comenzó a decir Francisco.

—Tú lo viste también, Tomás, igual que yo —interrumpió Bárbara, como si el general no estuviera allí, entre ambos—. ¿Cómo puedes

negar que no va a ocurrir? No hay otra explicación. Fíjate, estamos aquí, en la torre del alcázar.

—¡Cállense! —gritó Francisco, poco acostumbrado a que su autoridad se desafiara, y menos cuando tenía un revólver en su mano—, ¿de qué hablan? Tomás, suelte a Segundo si no quiere que le pegue un tiro ahora mismo.

Tomás pareció darse cuenta en aquel momento de la presencia del general. Su aspecto no era el que acostumbraba. Estaba más delgado de lo que Francisco recordaba, sudoroso y con oscuras bolsas bajo sus ojos.

—Adelante, general, hágalo. Si no lo hace, le aseguro que le voy a volar la cabeza a este petimetre.

—¡Tomás! —gritó Bárbara con desgarro, sobresaltando al general e incluso al pobre Segundo—. Déjale, no hagamos daño a un inocente.

—¿Acaso no somos inocentes nosotros? —respondió Tomás con tristeza—. ¿Y quién va a cuidar de Mateo cuando no estés, lo has pensado?

—¡Tú, maldita sea, tú eras el que tenía que haberse quedado con él en casa! ¿Por qué tienes que inmiscuirte en el destino?

Francisco aprovechó el efecto que aquellas palabras tuvieron en Tomás para dispararle. Ni siquiera lo hizo de forma completamente consciente, se había abandonado al instinto.

Su ayudante estuvo atento y una fracción de segundo antes de que Francisco disparase se dejó caer, evitando ser alcanzado. La bala acertó a Tomás en plena frente. Durante un instante, quedó de pie, como sorprendido de haber perdido la vida de aquella forma tan inesperada. El eco de la detonación producida por el revólver del general reverberó en los oídos, y todos, inmóviles, parecieron no dar crédito a lo que había sucedido. Tomás dejó caer su revólver antes de desplomarse y Bárbara gritó el nombre de su marido. Segundo contemplaba asustado, desde el suelo, a Francisco, quien seguía con el revólver apuntando al lugar en el que Tomás había estado un segundo antes.

Y de pronto, Bárbara ya no gritaba. Francisco se dio la vuelta. A pesar de que la noche ya se había instalado de pleno en aquella

parte del mundo, distinguió el brillo metálico que la luna arrancaba del cañón de la pequeña Derringer Colt con empuñadura de nácar en la mano de Bárbara. No se atrevió a mirarle a la cara. Podría, incluso, haberle disparado antes de que ella lo hiciera, pero no le pareció justo. El general Serrano cerró los ojos y se avino a abandonar este mundo. No era la primera vez que se despedía de su existencia; en su larga vida como militar, había sentido la cercanía de la muerte muchas veces. La detonación y el dolor agudo en su hombro fueron casi instantáneos, y de alguna forma, sorprendentes. El general había esperado recibir un tiro en la cabeza, como el que había terminado con la de Tomás.

—¡No era así, no era así! —acertó a distinguir entre los gritos de Bárbara.

Una nueva detonación le sacó a Francisco del pasmo que tanto la herida en su hombro como las incomprensibles palabras de su agente le causaban. Esta vez sonó a su espalda. Se volvió sorprendido. Desde el suelo, Segundo sostenía el revólver que Tomás había dejado caer. Una pesadumbre se le hundió en el corazón. Se giró de nuevo, encarándose con Bárbara. Una mancha que, aun cuando la penumbra de la noche apagaba los colores, adivinaba roja, iba creciendo en su pecho. Ella, también atónita, la contempló. Soltó su Derringer y dio un par de pasos hacia atrás. Francisco, presintiendo lo que sucedería a continuación, corrió a sujetarla, pero la distancia era demasiado grande y él demasiado lento. Bárbara tropezó, de espaldas, con la barandilla, demasiado baja como para evitar su caída, y se precipitó al vacío desde la torre.

Segundo llegó a la altura del general, y le sujetó. El impulso que éste había tomado para socorrer a su antigua agente a punto estuvo de provocar que le siguiera en su mortal viaje hacia el suelo. De nuevo, un aguijonazo de dolor en el hombro le hizo soltar una callada maldición.

—¿Está usted bien, general? —preguntó solícito el joven Cruz.

—Era un arma de un solo tiro, Segundo —dijo Francisco en voz baja, con tristeza—. No hubiera disparado más.

—Lo siento. Pensé...

Con cautela, Francisco se asomó al borde de la torre. Esperaba encontrar un cuerpo destrozado allí abajo, la caída había de ser mortal de necesidad. A pesar de que una tormenta se aproximaba, la luz de la luna todavía permitía distinguir las formas con cierta claridad. Le sorprendió, sin embargo, que al desmadejado cuerpo de Bárbara al pie de la torre, dispuesto en una posición imposible, se acercaba un coche de caballos. De él descendieron al llegar dos hombres con una camilla, y tras ellos, un tercero. Mientras que los dos primeros recogían el maltrecho cuerpo de la mujer, el otro hombre miró hacia arriba, directamente al general.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Segundo, sin terminar de entender la escena.

—Estoy seguro que es el barón y sus hombres.

—¿Von Eigner? —preguntó el asistente del general, pero era ésta una pregunta que no necesitaba respuesta.

Una nueva voz en la torre, a su espalda, les sobresaltó.

—¿General, está usted bien?

Francisco Serrano suspiró. Los disparos habían alertado a la guarnición del Alcázar. Aunque tenían órdenes de no intervenir, el capitán al mando había decidido mandarlo todo al diablo y comprobar en persona qué sucedía. Al general no le contrarió. Él, al fin y al cabo, hubiera hecho lo mismo.

—Me temo que necesitaré su ayuda, capitán —dijo, sintiendo de nuevo el aguijonazo de la bala que había recibido en su hombro. Volvió la vista al exterior de la torre, al suelo donde apenas unos instantes antes, yacía Bárbara con su cuerpo destrozado. Los hombres la introducían con cuidado, tumbada sobre la camilla, en el coche de caballos, y el caballero, cuya identidad el general había asignado al barón, subía tras ella. Tomás, sin embargo, a pocos metros del general, había dicho adiós a la vida definitivamente.

12

De vuelta a hace un par de años...

El general se quedó en silencio, y Mateo se revolvió inquieto en su asiento, sin atrever a interrumpir.

—Fue la última vez que vi a su madre, se lo juro. Y la primera que vi al barón. —El general había vuelto a tomar la palabra, como si volviera a la realidad tras habitar el sueño por demasiado tiempo.

—Pero —interrumpió Mateo—, ¿el barón no había acudido a una audiencia con Espartero? ¿Cómo podía estar allí cuando cayó mi madre de la torre?

—Baldomero me hizo el favor de citar al barón, pero tampoco lo entretuvo mucho. Tenía muchas cosas que hacer, como para estar departiendo con un noble austríaco al que no conocía de nada, por lo que la audiencia fue cordial, pero breve. Aun así, el hecho de que llegara al Alcázar, con todo preparado para recoger a su madre de aquella manera, en un coche que transportaba una camilla y todo... Es como si supiera de antemano lo que iba a suceder.

—Entonces, ¿mi madre está viva? —preguntó Mateo, esperanzado.

—Por increíble que parezca, todo indica que así es. ¿En qué estado se encuentra? Ésa es otra cuestión. Nos llegan rumores de que Eigner tiene a su servicio un séquito de médicos de muy dudosos procederes que se han encargado de que Bárbara siga entre nosotros.

—Está viva... —musitó Mateo de forma casi inaudible. Eso cambiaba su forma de entenderlo todo.

—Como le he dicho antes, no es la primera vez que su madre intenta ponerse en contacto con usted. Pero es demasiado pronto. Le necesitamos, Mateo. Es usted nuestra principal baza para introducirnos en el ambiente del barón Von Eigner.

—¿Cómo? —preguntó Mateo sin comprender.

—Necesitamos un poco más de tiempo, y que usted termine de formarse.

—¿De qué tiempo habla? ¡Es mi madre! —protestó Sanz, levantándose de su silla—. No estoy dispuesto a sacrificarme para que ustedes sigan con sus juegos.

—Siéntese —ordenó el general Serrano. Mateo, sin poder evitarlo, tomó asiento de nuevo—. Estos «juegos», como usted les llama,

tienen un objetivo mucho más elevado del que usted cree. Abelard von Eigner es un peligro. Si usted supiera...

—¡Pues no lo sé! ¡Porque nadie me ha dicho nunca nada! —dijo Mateo, alzando la voz.

—¿Sabe cuánto tardó Von Eigner en ponerse en contacto conmigo para, al menos, preguntar por usted? Un año. Un año durante el que yo le crié como si fuera uno de mis hijos. ¿Sabe lo que es un año para un niño de su edad, sin saber qué ha sido de sus padres?

—Maldita sea, general, me acaba de desvelar que usted mató a mi padre y despeñó a mi madre, no me venga con sentimentalismos ahora. Si de verdad cree que me ha tratado como a un hijo, entonces compadezco a sus hijos verdaderos.

—Tenía que mantenerle a distancia, era la mejor manera de protegerle. Sospechábamos que el barón intentaría hacerse con usted a la fuerza. Por eso le hemos ido cambiando de internado cada poco tiempo.

—¿Por qué me habla en plural? ¿Quién además de usted ha estado involucrado en esto?

—No puedo, ni debo desvelarlo —dijo el general.

—Por supuesto que no puede... Porque tampoco tendría sentido, como nada de lo que me ha contado en lo que a mí respecta. Toda mi vida igual, cambiando de colegio, de ciudad y de amigos, a cada poco. Y la razón era para que no volviera con mi madre, dígame en qué mejora esto la imagen que tengo de usted.

—Entiéndalo, o bien el barón o bien Bárbara entendían que no estaba usted en mejores manos que las nuestras cuando era un niño. No hicieron intento alguno de llevárselo. Pero ahora es más complicado, Mateo. Ya no creemos que el barón vaya a secuestrarle, ni nada por el estilo. Pretenden que sea usted quien vaya a ellos por su propio pie. Seguro que existe una razón para eso. Siempre la hay con Von Eigner.

—¿Sabe cuál es esa razón? Que deben tener más corazón que usted. Porque con gusto, en cuanto salga de aquí, iré a su encuentro —dijo Mateo, con un obstinado brillo en sus ojos.

—Me temo que no puedo permitirlo. Aún no tenemos una infraestructura preparada, y ya le he dicho que tengo la firme

convicción que usted es la clave en todo esto.

—¿Y cómo lo va a impedir? Porque con esa droga que me ha dado me tiene bajo su poder ahora mismo, pero cuando pasen los efectos...

—No sé cómo ha logrado usted aprobar sus exámenes con esa memoria tan corta que tiene. Si recuerda, le he dicho antes que todo esto en realidad se lo he contado antes. Más de una vez. Por eso, en breves instantes, Eloísa entrará por esa puerta, con un nuevo té, para usted.

—No, general, se lo ruego...

—En menos de un minuto, tras tomarse el té, sentirá que despierta de un sueño, y no tendrá memoria de lo ocurrido en los últimos dos días. No sabrá ni siquiera por qué está aquí, pero no será difícil convencerle de que ha venido a ultimar los detalles de su inminente viaje. Hoy mismo, marcha a una nueva universidad.

13

Ya en el presente...

Mateo intentó vomitar de nuevo, sobre la hierba, pero solo le quedaba bilis en el estómago. Estaba empapado de los pies a la cabeza y sus ropas se encontraban manchadas de lodo y vómito. Tenía la cabeza a punto de explotar, pero lo recordaba todo y, por fin, se sentía dueño de sí mismo. Era capaz de contradecir las órdenes de Segundo Cruz y salir del Real Jardín Botánico. ¿O tal vez la razón era que habían transcurrido las cuatro horas que le había dado de plazo? No, no era eso, aún no se habían cumplido... No estaba seguro, pero la bruma de su cabeza había desaparecido y recordaba todo lo que el general Serrano, hacía un par de años, le había obligado a olvidar.

En cualquier caso, Mateo suspiró aliviado al comprobar que sus pies le obedecían. Apretó el paso y, antes de darse cuenta, se hallaba en plena carrera. El empleado municipal que guardaba la puerta de entrada y salida, le miró con curiosidad y repugnancia.

—Páreme un coche, rápido —pidió Mateo, recuperando el aliento. Una mueca de indiferencia se dibujó en el rostro del guarda—. Alguien me ha atacado para robarme y me ha tirado al estanque —improvisó, consciente de su aspecto sucio y desaliñado—. Van a rodar cabezas, en especial la del que haya dejado entrar a ese criminal —improvisó.

—Por aquí solo han entrado gentes de bien —respondió el empleado.

—Ya, ¿y qué pretende decirme, que me lo he inventado?

—No, caballero, por supuesto, tan solo digo que su atacante debe haber saltado la valla en algún punto. Yo jamás dejaría entrar a alguien con aspecto sospechoso. —El aplomo del guarda empezaba a flaquear.

—Eso ya lo veremos. Ahora páreme un coche, no querrá que salga a la calle de esta guisa.

Su interlocutor, vislumbrando la oportunidad de librarse de él, salió como un rayo a parar un coche. Mateo sonrió. El despotismo característico de las clases altas había funcionado. Por experiencia sabía que, por extraño que pareciera, tratar con desprecio y amenazas a alguien, a veces surtía mejor efecto que tener razón. El empleado al cargo de la puerta del jardín paró a un cochero y explicó, con mucha gesticulación, el triste aspecto del joven Sanz.

Mateo se encaminó al carruaje con el secreto temor de que, a última hora, sus piernas se negaran a franquear la puerta, pero nada le evitó dar los tres pasos que separaban la salida del Real Jardín Botánico del coche de caballos.

—¿Vamos a la comisaría del Retiro a denunciar el robo? —preguntó el cochero.

—No, mejor vamos a mi hotel. Tengo que cambiarme —respondió Mateo, y le dio las señas. El coche, arrastrado por dos viejos y aburridos caballos inició su marcha con desgana y Mateo se dejó caer en su asiento, derrengado.

Ya en el hotel, Mateo subió a la habitación que compartía con Gilbert y rápidamente se adecentó y cambió de ropa. No había ni rastro de su compañero. Si la memoria no le fallaba —y desde que había bebido el agua estancada en el Real Jardín Botánico de

Madrid, estaba en plena efervescencia—, el inglés había anunciado que estaría en su consulado. Habían pasado casi cuatro horas desde entonces. Mateo hubiera querido compartir con su compañero las intenciones de Segundo de hacerse con el espejo de la reina, pero si esperaba por él, sería demasiado tarde.

Descartó intentar contactar con el general. Su reciente experiencia había revelado que Francisco Serrano no era un interlocutor fiable, y no solo por hacerle olvidar lo ocurrido con la carta de su madre, y que estaba viva, sino porque, además, según lo que le había confesado hacía un par de años, ya había tenido interacciones anteriores con Eigner, que ahora, por alguna razón, estaba ocultando, no solo a él, sino a sus compañeros también. O eso creía. Visto lo visto, no podía asegurar nada.

Mateo salió de su habitación decidido. En el corto trayecto que llevaba hasta la puerta de la habitación de la señorita Poitiers, su asertividad, no obstante, se había enfriado un poco, de forma que, cuando tocó a su puerta no lo hizo con la resolución que había imaginado.

—Marie, ¿está usted ahí? —preguntó Mateo, al cabo de unos segundos en las que nada pasó.

La puerta se abrió de repente y Marie, con los ojos enrojecidos, apareció en la puerta. Era evidente que había estado llorando. La decisión que había tomado de desvelarle a su compañera todos los secretos a los que había tenido acceso se desvaneció y de la boca de Mateo solo brotó un balbuceo ininteligible.

—Mateo, no le entiendo nada, ¿qué sucede? —dijo la señorita Poitiers confundida.

—Yo... el espejo... —Mateo intentó ordenar sus pensamientos—. ¿Se encuentra usted bien? ¿Qué le ha sucedido? —preguntó al fin, más preocupado por ella que por lo que unos segundos antes le acuciaba.

—Entre, Mateo, no hablemos en la puerta. —Marie se hizo a un lado, y el joven Sanz pasó junto a ella.

—Siéntese aquí, en la cama, junto a mí —indicó Marie cuando su visitante se dirigía a la única silla que había en la habitación, que estaba, al igual que una mesa diminuta junto a ella, repleta de

peines, y tarros de cremas y potingues—. Dígame qué ha pasado, le noto más tenso que de costumbre.

—¿Qué le ha sucedido a usted? —dijo Mateo—. No puedo decirle nada yo, hasta saber si hay alguna manera en la que pueda ayudarle.

Marie rio, y su mirada pareció iluminarse ligeramente.

—Esta mañana le comenté que mi padre había venido a verme —dijo la señorita Poitiers al fin—. Este es el estado en el que habitualmente suelo quedar tras una de nuestras reuniones.

—¿Está usted así por su padre? —se sorprendió Mateo—. Esperaba todo lo contrario, que encontrarse con él elevara su espíritu.

Marie torció el gesto.

—Oh, vaya, lo siento —dijo Mateo.

—No se preocupe. Son cosas de familia, no es algo que le afecte. Los españoles tenéis un dicho al respecto, ¿cómo era? Ah, sí, que cada cual cargue con su búho.

—¿Qué búho? —preguntó Mateo, sin entender.

—*Oh mon dieu*, ¿no se dice así?

—Ah, ¡el mochuelo! Cargar con el mochuelo, no con el búho, y no creo que haya pillado usted el significado. En fin, da igual, por un momento creí que le había poseído el espíritu del general.

—¿Se imagina? Qué gracioso, ¿verdad?

Mateo se encogió de hombros.

—La verdad es que nada relacionado con el general me hace mucha gracia. Creo que tenemos un problema, Marie —dijo Mateo, volviendo, al fin, al propósito de su visita.

14

Desde que le desvelara todo, Marie se había dedicado a dar cortos paseos por su habitación. Mateo la observaba, en silencio, sentado en su cama. Era lógico que se tomara su tiempo, había mucho que procesar tras tantas revelaciones.

—¿Y dice que Gilbert no está en su cuarto? —preguntó Marie deteniéndose en mitad del corto recorrido.

—Nos dijo que iba a su embajada, pero no ha vuelto todavía. Es un poco extraño.

—Creo que no podemos esperarle. El general tampoco ha aparecido y coincido con usted, no podemos confiar en él —dijo Marie, decidida.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Mateo. No podían plantarse en el Palacio de Oriente así como así. Para cuando alguien con la suficiente autoridad les hiciera caso, Segundo se habría hecho con el espejo de la reina.

—Tendremos que hacernos nosotros con el espejo antes que ellos.

—¿Se refiere a robarlo? —preguntó Mateo arqueando una ceja. Marie parecía decidida.

—Será un préstamo tan solo para evitar que otros se hagan con él de manera fraudulenta. Vaya y pare un coche, mientras yo preparo lo que necesitaremos.

—Un coche para el Palacio de Oriente, marchando —dijo Mateo poniéndose en pie.

—No, no. Para el palacio no. Haremos dos paradas. La primera, el Consejo de la Inquisición. La siguiente, el teatro.

—¿El teatro?

—El Teatro Español. Ya le explicaré. Vaya y haga lo que le digo, confíe en mí.

Mateo asintió. Al fin y al cabo, su compañera tenía las ideas mucho más claras que él. Salió del cuarto de su compañera y bajó las escaleras hacia la recepción, saltando los escalones de dos en dos.

—Llámeme un coche, rápido —pidió Mateo al recepcionista. Éste chasqueó los dedos, y un chico de apenas doce o trece años partió a la carrera al exterior, a cumplir el encargo.

—¿Ha vuelto el señor Taylor? —preguntó Mateo mientras esperaba a Marie.

—Me temo que esa información es confidencial, caballero —respondió el recepcionista, mirando a Sanz por encima de sus gafas redondas.

—Oh, no se preocupe —aclaró Mateo—, es mi compañero de cuarto.

—Perfecto, señor.

Mateo aguardó la respuesta, aunque el empleado del hotel parecía más ocupado en revisar unos papeles que en proporcionarle aquel dato.

—¿Y bien? —insistió Mateo.

—Como le he adelantado —dijo el recepcionista, fijando con desgana su mirada en la de Mateo—, no puedo darle información sobre las idas y venidas de nuestros clientes, señor Sanz. Va contra las normas de este establecimiento.

—Entiendo —dijo Mateo, extrayendo un billete de su cartera y deslizándolo, sobre el mostrador, en dirección al empleado.

—Muchas gracias, señor Sanz. —El billete, como si de un truco de magia se tratara, desapareció de entre los dedos de Mateo y recabó en alguno de los bolsillos del recepcionista, aunque ocurrió a tal velocidad, que la vista no era capaz de seguirlo. El recepcionista volvió a sus papeles.

—¿Ha vuelto Mr. Taylor entonces? —preguntó Mateo impaciente.

—Le ruego que no insista. Ya le he dicho que es confidencial.

—Maldita sea, pero mi dinero bien que lo ha cogido. —Mateo estaba a punto de coger al recepcionista de las solapas cuando llegó Marie, cargando con una gran bolsa de cuero.

—Esto no ha terminado —masculló Mateo, tomando la bolsa de su compañera. El recepcionista, sin embargo, no hizo más que encogerse de hombros y continuar con sus papeles.

—¿Qué sucede? Le noto un poco agitado —preguntó Marie al salir del hotel.

—Señorita Poitier, ¿qué lleva aquí? Abultar no abulta, pero... —se quejó Mateo, al que le había sorprendido lo pesado de la bolsa.

—Una barra de hierro y un farol —respondió Marie mientras subía al coche que se había detenido frente a ellos.

—Claro —dijo Mateo en voz baja—. Lo normal para ir al teatro.

Antes de subir tras su compañera, Mateo se detuvo a darle unas monedas al chico que había detenido el coche. Tenía cara de avispado.

—Chico, ¿sabes quién es el señor Taylor, el inglés? —le preguntó Mateo, siguiendo un impulso repentino.

El joven afirmó con un movimiento de cabeza a la par que se le teñía el rostro de un rojo intenso.

—¿Sabes si ha vuelto? —Mateo acompañó un nuevo billete a su interrogación. Duró en sus dedos más o menos el mismo tiempo que el que había tendido al recepcionista.

—Mr. Taylor vino y se fue. Pero no sé dónde iba.

—Bien, gracias, caballero. —Mateo le guiñó el ojo mientras subía al coche.

—¿También lleva usted una barra de hierro y un farol en esa bolsa? —preguntó el chico cuando Mateo estaba cerrando la puerta.

—¿Cómo sabes que el señor Taylor llevaba eso? —preguntó Mateo.

—Es que le llevé la bolsa hasta el coche y le pregunté qué llevaba allí, porque abultar no abultaba, pero pesar...

—Eres un chico listo —le gritó Mateo al tiempo que el cochero emprendía la marcha. Se acomodó junto a Marie, pensativo.

—¿Qué sucede? —preguntó ésta.

—No sé qué pretende hacer con la barra de hierro y el farol, Marie, pero según parece Gilbert ha tenido la misma idea que usted. Creí que no había vuelto todavía al hotel, pero por lo visto vino, y volvió a marchar. Y llevaba con él lo mismo que nosotros, un farol y una barra de hierro.

—Es probable que ya sea demasiado tarde para nosotros —dijo la francesa.

Cuando el carruaje llegó al hotel Fonda de Inglaterra, Marie abrió la puerta con presteza, antes de que Mateo siquiera tuviera la oportunidad de intentarlo.

—Espéreme aquí, será más rápido si voy yo sola.

—Pero...

—Confíe en mí una vez más, no tardaré —dijo Marie, cerrando la puerta.

Mateo se recostó en el asiento, molesto. Tenía la impresión, por no decir la certeza, de que su compañera le consideraba un estorbo.

Antes de que se fuera, debería haberle recordado que, esa misma mañana, había firmado delante de ella un contrato en el que se comprometía a permanecer en aquel maldito Equipo Especial diez años más, y si eso no significaba que era un miembro de pleno derecho... Aunque, ahora que recapacitaba, eso había ocurrido antes de recuperar su memoria y descubrir lo ocurrido en sus pasadas interacciones con su tutor, lo cual le hacía sospechar que el contrato que había firmado no era del todo válido. Lo había hecho, además, para salvar al profesor de su condena a una muerte en vida, pero era evidente que la suerte de Winslow había estado echada desde el principio. Todo había sido una engañifa del general, una más. Le había privado de la verdad durante demasiado tiempo y a fin de cuentas, ¿por qué? Las razones eran tan poco concretas que, fueran las que fueran, le sonarían a excusa barata.

—Definitivamente se nos han adelantado —dijo Marie, abriendo la puerta del carruaje y sobresaltando a un Mateo enfrascado en sus reflexiones. Su compañera tomó asiento con urgencia. El coche emprendió la marcha.

—¿Quién nos ha adelantado? ¿Segundo Cruz?

—No, nuestro compañero, Gilbert Taylor.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Mateo, extrañado.

—El chico del hotel le dijo que Gilbert llevaba en su equipaje un farol y una palanca de hierro. Al igual que yo. Y ahora, he pedido al hermano Ángel una mano de gloria, y me ha informado que el señor Taylor se ha llevado la que tenía, hace una hora escasa.

—Espere, espere... Hay varias cosas que no me cuadran. En primer lugar, a qué llama mano de gloria, porque si es lo que creo, me deja de piedra. En segundo lugar, cómo es que se la ha llevado. Creía que nada podía salir del almacén del hermano Ángel si estaba apuntado en su libro, el *Convictorum Register*.

—Respondiendo antes su segunda pregunta, claro que puede salir, si se apunta en la columna de «salida». El sistema es como una biblioteca, en la que se apuntan los libros que entran y los que salen.

—O sea, que me han estado engañando al respecto de Winslow. Podría volver a salir, aunque se le apunte en el libro.

—Si se le apunta como «salida», claro que sí.

—Vaya. Podía habérmelo dicho esta mañana.

—Esta mañana aún no me había contado su historia y por lo tanto, no tenía razones ni indicios para desconfiar de su tutor; me desconcertaba que retorciera la verdad, pero pensé que tendría una razón poderosa para hacerlo. Le pido disculpas si he contribuido a que se la jueguen.

—En cuanto a la mano de gloria, se refiere usted a la famosa mano del ahorcado que se usaba en la Edad Media para entrar a las casas a robar, ¿no es así? —dijo Mateo, pasando página.

—Me sorprende —dijo Marie con admiración—. ¿Dónde ha leído sobre eso? ¿En el *Petit Albert* o acaso fue en el *Compendium Maleficarum*?

—Si le digo la verdad, no lo recuerdo, supongo que lo aprendí en alguna de mis clases. Hasta ahora creía que la elección de mis estudios eran fruto del azar, o iluso de mí, de mis propios gustos, pero empiezo a sospechar que fueron elegidos y planeados específicamente para momentos como éste.

—Y bien, ¿qué sabe entonces sobre la mano de gloria? Impresióneme aún más.

—No mucho más de lo que le he dicho. Se necesitaba la mano izquierda, cortada y desecada, de un reo recién muerto, al que hubieran condenado a muerte en la horca. En cada dedo se insertaba una vela que, al encenderla, le otorgaba a su dueño la posibilidad de abrir puertas y hacerse prácticamente invisible para los moradores de la casa en la que entraba.

—Es correcto —confirmó Marie—. El proceso para la creación de una mano de gloria es laborioso y complicado, no era nada fácil conseguirla, por lo que eran muy preciadas. En el Consejo de la Inquisición tenían una, y pensé que nos ayudaría para infiltrarnos en el Palacio Real y conseguir el espejo. Dado que Gilbert Taylor se nos ha adelantado, creo que solo hay una conclusión posible.

—Que Gilbert Taylor pretende hacerse con él antes que nosotros —asintió Mateo.

—Gracias a Dios, el hermano Ángel tenía el único antídoto que se conoce contra el talismán. —Marie le mostró un pequeño frasco en

cuyo interior flotaba un líquido marrón y grumoso.

—¿Qué es?

—Un ungüento hecho a base de bilis de gato negro, grasa de gallina blanca y sangre de búho, macerado durante el verano.

—¿Y cree que funcionará, tanto la mano de gloria como ese ungüento?

Marie Poitiers se encogió de hombros. El coche de caballos avanzaba por las adoquinadas calles de Madrid, en dirección al Teatro Español y ya la luna reinaba en el cielo cuando llegaron. A pesar de que no había representación aquella noche, en las inmediaciones del teatro había bastante bullicio. La gente, sobre todo jóvenes estudiantes y señoritos desocupados, entraba y salía de las tabernas de la cercana plaza Santa Ana, aprovechando que la noche era joven y el tiempo acompañaba. Mateo pagó y despidió al cochero y, después, echó un vistazo alrededor, con un poco de añoranza. No hacía mucho que hubiera sido él uno de los juerguistas que cantaban canciones con la estudiantina, a pleno pulmón.

—Vayamos a la puerta trasera —dijo Marie emprendiendo el camino. Mateo la siguió, cargando con la bolsa que habían traído del hotel, hasta un portón de madera carcomida.

—Disculpe, no le he preguntado todavía, pero creo que, si no lo hago ahora, no lo haré nunca —dijo Mateo situándose a su lado—. ¿Qué estamos haciendo aquí? Deberíamos estar en el Palacio Real, que es donde tiene su residencia la reina y donde se encuentra, por tanto, el espejo. No creo que esté en el teatro, ni haya nadie que nos pueda ayudar en él. Como ha podido ver, hoy no hay función. Tiene pinta de estar desierto.

—Si queremos ganar acceso al Palacio Real, lo mejor es intentar algún pasadizo secreto, ¿no cree? Ya estará acostumbrado a ellos. De aquí parte uno que comunica con el palacio.

—¿De aquí, del teatro? —preguntó Mateo.

—Así es, pero una vez más, se nos ha adelantado Gilbert —dijo Marie señalando el cerrojo roto colgando en la puerta.

—De nuevo el señor Taylor. Para eso queríamos la barra de hierro que llevamos en la bolsa, ¿no es así? Para romper el cerrojo.

Marie asintió y empujó con cuidado la puerta. Miró a ambos lados, asegurándose de que nadie les viera, y entró en el interior, seguida por el joven Sanz. Al cerrar la puerta tras de sí, la oscuridad les envolvió. Sin necesidad de nuevas instrucciones, Mateo extrajo el farol de la bolsa, al tiempo que Marie prendía una cerilla.

—¿Cree que Gilbert trabaja para Segundo y el barón Von Eigner? Me cuesta creerlo —dijo el joven mientras ayudaba a su compañera a encender el farol.

—Si es así nos ha engañado a todos —dijo Marie—. Admito que es muy sospechoso, pero pueden existir muchas explicaciones para su comportamiento.

Mateo asintió y cedió el farol a la señorita Poitiers, quien en seguida emprendió el camino a través del teatro.

—¿Está segura que hay aquí un pasadizo secreto hasta el palacio? —preguntó Mateo intentando no tropezar con nada, a la zaga de la francesa.

—Sin duda —confirmó Marie—. El propio Alfonso XII lo utiliza para asistir a las funciones, pero sobre todo, para otras salidas nocturnas, con fines más festivos y discretos, no sé si me entiende.

—Creo que sí. Es un Borbón al fin y al cabo.

Marie llegó al bar del teatro, entró en la parte reservada a los camareros e indicó una trampilla en el suelo.

—Si es tan amable, levántela y esté atento. Cabe la posibilidad de que nos crucemos con su monarca, y si es así, a buen seguro le acompañará algún escolta. No queremos que se ponga nervioso, suelen ir armados. Por cierto, ¿ha traído algún arma?

—No. Salvo que la barra de hierro cuente como una.

—¿Todavía la lleva? —rió Marie—. Déjela ahí, pesa demasiado para cargar con ella. Dudo que la necesitemos, después de todo, Gilbert habrá abierto todas las puertas por nosotros.

—¿Y usted, lleva algún arma? —preguntó Mateo una vez levantada la trampilla.

—Por supuesto, siempre la llevo. ¿No recuerda los túneles del Palacio de Buenavista, cuando nos atacaron las ratas?

—No lo he olvidado, desde luego. Pero, si la memoria no me traiciona —dijo Mateo rascándose la sien—, solo tiene un disparo.

—Así es. Suficiente, ¿no cree?

—Contra las ratas no lo fue, si me permite el inciso.

—Esperemos que no haya ratas entonces —dijo Marie bajando por las escaleras que había descubierto Mateo al retirar la trampilla.

El pasaje al que accedieron era bastante amplio y el farol que portaba Marie apenas alumbraba unos pasos por delante de ellos. Tras un buen rato andando, terminaron ante una puerta que, al igual que la del teatro, también se encontraba forzada. Una barra de hierro descansaba, abandonada junto a los restos del cerrojo.

—Las medidas de seguridad del palacio dejan mucho que desear —dijo Mateo.

—Tenga en cuenta que una entrada también es una salida. La Historia nos enseña que nunca le vienen mal a un rey, cuando hay que salir por pies.

—Aun así, no me parece muy lógico.

—Los palacios y las monarquías no se sustentan con la lógica.

—*Touché* —asintió Mateo.

—Bien, vayamos con cuidado ahora —dijo Marie empujando la puerta—. Me temo que tendríamos que dar muchas explicaciones si nos sorprenden aquí.

El farol de Marie alumbró una amplia estancia que servía de almacén para la cocina: estanterías hasta el techo atestadas de perolos, sartenes, tapaderas y todo tipo de utensilios, así como manteles, servilletas y trapos de todos los colores.

—Delantales y chaquetas de chefs, de pinches y de mozos de cocina —dijo Mateo inspeccionando uno de los estantes—. Igual nos ayudarían a disimular un poco nuestra presencia aquí, ¿no cree?

—Puede que funcione —dijo Marie acudiendo a su lado.

Apenas un par de minutos más tarde, ambos salían de las cocinas, a la débil luz de gas que iluminaba los pasillos del palacio. A aquella hora, estaban desiertos. El delantal y la cofia que llevaba Marie no disimulaban completamente que su vestido no era propio de una criada. Mateo, sin embargo, con su chaqueta blanca de pinche de cocina, hubiera engañado a cualquiera. Cada uno de ellos llevaba una bandeja vacía, pero cubierta, como si transportaran en ella alguna vianda reclamada a aquellas horas intempestivas.

—No sé si esto ha sido una buena idea —susurró Mateo. Llevaban ya diez minutos recorriendo estancias, mirando al suelo cada vez que se cruzaban con alguien y no habían encontrado todavía la habitación de la Reina María Cristina.

—Paciencia, Mateo. Hay más de mil habitaciones. Tarde o temprano daremos con ella. Sospecho que tendrá un par de guardias reales en la puerta.

—Entonces —dijo el joven Sanz deteniéndose en seco—, ¿cómo diantres pretende que entremos?

—Habrá que improvisar. A usted se le da bien eso —respondió Marie, sin frenar su avance.

—Creo que lo que usted quiere es un milagro. —Mateo recuperó a grandes pasos el terreno perdido con respecto a su acompañante, quien finalmente detuvo su marcha para esperarle en la intersección de otro pasillo.

—Ahí tiene su milagro —susurró la francesa haciendo un gesto en dirección al nuevo corredor. En efecto, más allá, dos guardias reales se encontraban apostados en la puerta de una habitación, ambos con cara de sueño y hastío.

15

Mateo y Marie dieron un paso atrás, ocultándose de la vista de los centinelas.

—Esto no es un milagro —dijo Mateo, en voz baja—. En mi opinión, es tan solo un impedimento más. Si ese fuera el dormitorio de la reina, ¿cómo pretende acercarse siquiera, sin ser vista?

Al tiempo que terminaba de pronunciar esas palabras, la pequeña llama de las lámparas de gas en las paredes comenzó a reducirse, poco a poco, hasta apagarse del todo.

—¿Qué decía? —preguntó Marie con un deje de burla en el tono de su voz.

—Que tiene razón, maldita bruja —concedió Mateo a oscuras.

—Debe ser obra de Gilbert. Ha debido cortar el suministro de gas —dijo Marie con voz apenas audible.

Mateo escuchó el rumor de voces de los guardias en el pasillo cercano. Sin duda, aquella repentina oscuridad les había puesto sobre alerta.

—Improvisemos —dijo la francesa en susurros—. Deme su bandeja. Yo distraeré a los guardias. Usted entre en la habitación y hágase con el espejo. Es muy probable que Gilbert se encuentre ya en las dependencias de la reina, y si está utilizando su mano de gloria, no podrá descubrirlo, a no ser que use esto.

Marie le entregó a Mateo el pequeño frasco con el ungüento que había requisado en el Consejo de la Inquisición. El joven lo agitó ligeramente, con asco.

—¿Está usted segura que va a funcionar? —preguntó.

—Por supuesto que no lo estoy. Esto es nuevo para mí también. Pero si prefiere que le mienta...

Mateo se encogió de hombros, y destapando el frasco se bebió su contenido de un solo trago. Sabía tan mal como aparentaba, y una arcada casi le provoca el vómito.

—¿Qué ha hecho? —dijo Marie, espantada.

—Tomarme el antídoto para la mano de gloria, como me acaba de decir. Y déjeme decirle que no sé si es la bilis, la grasa o la sangre, pero esto, en conjunto, sabe a rayos.

—El ungüento había que fregarlo en el umbral de la pieza que queremos proteger, no ingerirlo.

Mateo la miró en silencio. Acababa de beberse un brebaje inmundo de unos dos siglos de antigüedad. Para nada.

—Podía haber sido un poco más específica cuando me pidió que lo usara.

—Puede que aún funcione. Si lo hace, y consigue el espejo, vuelva al teatro, le esperaré allí.

—¿En serio cree posible que el antídoto surta efecto a pesar de no usarlo como debería?

—No —dijo Marie.

—Igual prefiero que me mienta.

—Demasiado tarde. Limitémonos al plan.

—¿Al plan? ¿Cuál era el plan?

—Tiene muy mala memoria. Se lo diré una vez más: improvisemos. —Marie se alejó con las dos bandejas.

—Que improvisemos, dice —protestó Mateo en voz muy baja—. Esto no es improvisar, esto es un suicidio. —En la negrura casi absoluta que le rodeaba, Marie ya no estaba allí para escucharle, aunque Mateo sabía que, de haber permanecido junto a él, hubiera seguido ignorando sus objeciones.

A tientas, y en el mayor de los sigilos, Mateo se adentró en el pasillo en el que se encontraba el dormitorio de la reina. No había recorrido ni cuatro pasos cuando un chasquido le hizo detenerse en seco. Un chispazo, de un mechero de cuerda, le mostró el punto exacto donde se encontraban los guardias.

Mateo comenzó a sudar e inconscientemente se arrimó a la pared todo lo que le fue posible. Los guardias no le habían visto, pero era obvio que tenían a mano un farol o un candil para alumbrarse si la luz de las lámparas de gas se apagaban. Estaban intentando encenderlo, si lo hacían y le pillaban acercándose subrepticiamente al lugar en el que María Cristina de Habsburgo y Lorena descansaba, lo más probable es que le descerrajaran un pistoletazo primero y preguntaran quién va después.

— *¡Vive la révolution, meurs la monarchie!* —escuchó sobresaltado el joven, a su espalda, seguido del entrechocar de las bandejas que habían utilizado en su improvisado disfraz y que Marie Poitiers, con rabia revolucionaria, estaba usando para llamar la atención de los guardias.

—¡Alto a la Guardia Real! —gritó uno de los centinelas, mientras el otro emitía un juramento y amartillaba el revólver.

Previendo lo que iba a suceder a continuación, Mateo se arrojó al suelo. Instantes después un disparo atronó en el pasillo, seguido del escándalo de las bandejas al caer al suelo, y un «*¡Cochons de merde!*» que se alejaba a toda prisa. Uno de los guardias partió a la carrera hacia el lugar de donde provenían los ruidos y las consignas. En la penumbra, el militar no reparó en el cuerpo inmóvil de Mateo que, tumbado en el piso, pretendía pasar desapercibido.

La puerta de la habitación se abrió en aquel momento, y al resplandor de una vela apareció doña María Cristina, despeinada y

en camisón.

—¿Qué está sucediendo, qué es este barullo? —dijo la reina con un fuerte acento alemán.

Mateo cruzó los dedos, en la esperanza de no ser descubierto, y vio como el otro guardia amartillaba también su revólver y tomaba, después, a la monarca por el brazo.

—Tenemos que irnos de aquí, Su Alteza, no está usted segura —dijo el militar, arrastrando a la reina María Cristina con premura hacia el lado contrario del pasillo por el que había marchado su compañero.

—¡*Verdammtes Spanien, sie lassen dich nicht ruhen*! —maldijo la reina.

Mateo se apresuró a introducirse en el dormitorio real aprovechando la ausencia de su ocupante. Allí dentro al menos había luz: un par de quinqués y otro par de velas ahuyentaban la oscuridad.

No había ni rastro de Taylor, por lo que el joven centró su atención en encontrar el espejo. Un universo de apliques y artilugios para la belleza femenina, del que Mateo no tenía ni la menor idea, se apilaba sobre el tocador. Había botes, frascos y botellitas, de cristal y porcelana, de mil tamaños y formas, ordenados de mayor a menor y, suponía Mateo, por colores y hasta alfabéticamente. También había peines y cepillos, de madera, de plata, con delicados grabados y sellos imperiales...

El nerviosismo creció en su interior. No tardaría mucho en aparecer alguien y le pillarían allí, paralizado, sin saber por dónde empezar. Debía haber sido Marie la que se enfrentara al tocador de la reina y él el que corriera delante de la Guardia Real, esquivando balas y Dios sabe qué más. En cambio, allí se encontraba, abriendo cajoncitos, en busca del espejo que las Damas Nobles Canonesas de Praga habían regalado a la archiduquesa doña María Cristina.

Sobre el tocador descansaban un par de espejos de mano, con marco dorado e incrustaciones de Dios sabía qué, pero parecían ser los espejos que la reina utilizaba a diario. El que buscaba no estaría tan a la vista, se guardaría como algo extraordinario. Abrió los distintos cajones del tocador y rebuscó su contenido. Encontró cajas

aterciopeladas con anillos y collares por el que cualquier joyero hubiera pagado una fortuna, pero ningún espejo. Iba a darse por vencido cuando, en el último, halló una bolsa de arpillera. Era pequeña, confeccionada con un tejido tan basto que no parecía tener lugar en la cámara de una reina. Mateo abrió la bolsa y extrajo de su interior un pequeño espejo con marco de madera, y un mango pulido y sin adornos. No había nada especial en él salvo un detalle: estaba roto.

En el centro, una grieta cuasicircular, del tamaño de una moneda, rompía la uniformidad en la superficie del espejo. Mateo se rascó la sien, pensativo. No podía ser ése el del rey Salomón. Las Damas Nobles Canonesas de Praga no le regalarían un espejo roto a la reina. Examinó con atención aquella grieta. Se trataba más bien de un espejo dentro de un espejo, como una pieza de un rompecabezas que no corresponde, pero que se ha hecho encajar a la fuerza. Al final, estaba equivocado. Aquel tenía que ser el trozo que buscaban. De pronto, Mateo observó una imagen reflejada en él y se volvió con celeridad. No había nadie detrás suya, pero hubiera jurado que, a su espalda, acababa de ver a su compañero Gilbert, a punto de golpearle con la culata de su arma.

Mateo respiró hondo. Tal vez eran los nervios. Volvió a mirar el espejo. No fue su rostro lo que vio reflejado, sino el de Gilbert. Sobresaltado, se dio la vuelta de nuevo. No consiguió protegerse del golpe a tiempo. Esta vez sí, el inglés estaba detrás de él y la culata de la Derringer le golpeó la sien. Por momentos, la oscuridad se lo tragó.

La inconsciencia duró poco, lo que tardó en caer al suelo.

—Lo siento, compañero —creyó oír mientras, de rodillas, luchaba por mantenerse despierto.

Desde el piso alcanzó a ver los pies de Gilbert alejándose a la carrera. Se palpó el punto de la cabeza donde había recibido el golpe. No había sangre, pero no pudo evitar un gemido de dolor. Con esfuerzo, se puso en pie y, durante unos segundos, trató de poner en orden sus ideas. Gilbert Taylor le acababa de noquear y se había llevado el espejo. No pintaba bien la cosa. El plan había sido recuperar el espejo y volver al Teatro Español, donde Marie le estaría

esperando. Ahora lo tenía Gilbert y dado que el inglés había entrado por el teatro, como ellos, sería con él con quien se encontraría una desprevenida Marie.

Mateo se puso en pie y salió dando tumbos de la Cámara Real. Seguían sin luz y, por ahora, no habían regresado los guardias. Un olor a azufre, no obstante, le alertó de que el gas volvía a estar presente, y pronto, estaría todo iluminado.

En efecto, un par de chasquidos más tarde, las lámparas volvían a tener su llama. Para entonces, Mateo ya se encontraba en plena carrera, recorriendo en sentido contrario el camino que antes había hecho de incógnito con Marie. Se cruzó con un par de criados que se apartaron alarmados; alguien corriendo por los pasillos del palacio, de manera tan inapropiada, no era buena señal. Pero no quedaba otra, pronto el lugar se llenaría de guardias a la caza de su compañera. Si le sorprendían a él, en su lugar, se podía despedir del espejo y de todo lo demás.

Al torcer la esquina del último pasillo antes de la cocina, donde se encontraba el acceso a los túneles que debían devolverle al teatro, Mateo alcanzó a vislumbrar a un hombre, cojeando en dirección a la puerta por la que se habían introducido en Palacio. Empapado en sudor, Mateo se detuvo un segundo para coger aliento. Un disparo retumbó en la estancia, y saltaron las astillas del marco de la puerta, a apenas un palmo de su cara. Mateo se echó al suelo y rodó hasta quedar protegido tras una alacena.

—¡Gilbert, demonios, ha estado a punto de acertarme! —se quejó a voz en grito.

El inglés no respondió, pero Mateo escuchó sus pasos escapando por el pasadizo. Suspirando, se levantó y emprendió de nuevo la persecución de su compañero. Debía seguirlo por el largo pasadizo que transcurría bajo las calles de Madrid, pero allí la oscuridad sería total. Cuando se infiltró, con Marie, llevaba un farol, pero ya no estaba allí. Antes de internarse en los túneles, Mateo rebuscó por la cocina e improvisó una antorcha con una pala para hornear, que envolvió en la chaqueta de pinche. En un cajón, en la cocina, encontró unos fósforos, y en un armario, una botella de orujo. Le dio

un trago, para desearse suerte, y empapó con el resto la chaqueta enrollada, prendiéndola a continuación.

Ahora vería por dónde iba. Al mismo tiempo, sería un blanco perfecto para quien quisiera dispararle.

16

Su improvisada antorcha apenas le dejaba ver. El humo le hacía llorar y, de vez en cuando, se le metía en la garganta y le provocaba repentinos ataques de tos. Si hubiera pretendido anunciar su presencia, no hubiera encontrado mejor modo de hacerlo, aun así, era cierto que no le agradaba la oscuridad, y menos desde el encuentro con las ratas en el Palacio de Buenavista. Cada dos por tres, una sombra le sobresaltaba e imaginaba a uno de los roedores presto a abalanzarse sobre él, pero cuando dirigía la antorcha hacia aquel lugar, comprobaba que, invariablemente, no había motivos para la alarma, y las gigantescas alimañas que creía tener frente a él solo aparecían en su imaginación.

Apenas llevaba diez minutos en las entrañas subterráneas de Madrid cuando los últimos jirones de la chaqueta enrollados al mango de la pala panadera se desprendieron de la misma y el fuego se extinguió. Sin su única fuente de luz, siguió andando, una mano pegada a la pared y en la otra el palo, a modo de bastón de ciego. Tenía la certeza de que, debido a su tardanza, Gilbert acabaría con la señorita Poitiers de forma rápida, pero a él le reservaría un destino más cruel: le encerraría en aquel pasadizo, a oscuras, donde las ratas se ocuparían de hacer desaparecer sus restos. Según recapacitaba, esos escenarios se le hacían cada vez más improbables. Taylor nunca había dado muestras de hacer ese tipo de cosas. Incluso el que le atacara y se apropiara el espejo debía obedecer a alguna extraña lógica, por mucho que no fuera capaz de desentrañarla en esos momentos. Y dos segundos más tarde, su mente volvía a imaginar situaciones todavía más terribles.

Al fin, un resplandor lejano le hizo respirar aliviado. Sin darse cuenta, Mateo había acelerado el paso, impelido por los negros

augurios de su imaginación y el corazón le palpitaba a toda velocidad. Todos sus sentidos se encontraban sobreexcitados: con sus dedos sentía la rugosa pared de roca del túnel, podía oler la humedad y el decaimiento de aquel lúgubre corredor, incluso sentía en su boca el sabor salado de su propio sudor. Era incapaz de calcular con exactitud cuánto tiempo había caminado a oscuras, pero el final ya estaba cerca. Conforme avanzaba, a sus oídos empezó a llegar una conversación, indescifrable al principio. A cada cauto paso, las voces se hacían más reconocibles, hasta que fue capaz de distinguir tanto a los que hablaban, como lo que decían.

—Debí imaginar que estaría usted aquí, señorita Poitiers —oyó que decía Gilbert—. Durante todo este tiempo la he subestimado, craso error por mi parte.

—El error ha sido mío, me temo —respondió Marie.

—¿Y cómo es eso? —dijo Gilbert.

Mateo se asomó por la trampilla abierta, con toda la discreción que le era posible y espió a sus compañeros. El inglés se encontraba de espaldas a él, y con su cuerpo le ocultaba en parte a Marie. Ambos habían desenfundado sus armas y se apuntaban mutuamente.

—Tenía esperanzas de que Mateo fuera capaz de hacerse con el espejo y nos ahorrara este incómodo encuentro —dijo Marie.

—No se lo tenga en cuenta. A punto han estado ustedes dos de lograrlo. Casi fastidia mis planes con sus gritos revolucionarios, y después, Mateo casi se me adelanta. Reconozco que como plan no estaba mal.

—Tuve que improvisar, mi plan original fue usar la mano de gloria.

—Sí, supongo que, después de todo, somos previsibles. No sé si dice mucho o poco de nosotros. En fin, da un poco igual ahora —dijo Gilbert—. Lo que importa en estos momentos es que estamos amenazándonos con dispararnos mutuamente. Si esto fuera un ajedrez serían tablas, ¿no cree? Un revólver cada uno. Mala cosa.

—Muy mala.

—Y aún así... Discúlpeme la grosería, pero la mía es más grande que la suya.

—¿Cómo dice? —dijo Marie alzando una ceja.

—Que mi revólver maneja munición de mayor calibre que el de usted, por supuesto.

—Si está dispuesto a comprobar la eficacia de mi arma, allá usted. Hasta ahora ha sido efectiva —respondió Marie.

Aquel momento parecía tan bueno para hacer acto de presencia como cualquier otro. Mateo, en silencio, salió de la trampilla y avanzó un paso hacia el inglés, sin que le oyera. Sujetaba con las dos manos el palo que le había servido de antorcha. Aunque al salir de su escondrijo Marie pudo verle, nada en su expresión lo denotaba. Gilbert, de espaldas, permanecía en la inopia mientras Mateo levantaba el palo, dispuesto a descargarlo sobre su cabeza. Dio otro pequeño paso más pero, para su horror, un objeto metálico se enredó en sus pies. Mateo, incapaz de recuperar el equilibrio, cayó de bruces en medio de un horroroso estruendo. Taylor se giró sobresaltado mientras que su frustrado atacante caía en la cuenta, desde el suelo, que el objeto que le había provocado aquel ruidoso accidente no era otro que la barra de hierro que había dejado hacía poco más de una hora, junto a la trampilla, y que ahora rodaba por el piso y caía por ella al interior del túnel, sin cejar en el estrépito que estaba causando.

Mateo cerró los ojos, esperando oír a continuación el disparo de la Derringer del inglés. Lo que sonó, en cambio, fueron aplausos.

—¡Bravo, bravo! ¡Qué maravilla! —dijo una voz desde las sombras.

Mateo levantó la vista. Tanto Gilbert como Marie parecían tan sorprendidos como él. La persona que aplaudía se acercó, haciéndose visible.

—No puede ser —musitó Mateo desde el suelo. Conocía a aquel hombre, no en persona, pero veía su rostro a diario. En las monedas.

—Son ustedes magníficos. Qué espectáculo. Y qué original que lo representen aquí, en lugar de sobre el escenario.

—¿Alteza? —preguntó Marie bajando su arma.

—Oh, llámeme Alfonso. Alfonso Borbón. Puede ahorrarse el número —dijo el rey riendo su propia chanza.

—Pero ¿qué hace aquí... —preguntó Gilbert, bajando también su arma y titubeando cómo dirigirse al monarca— ...Alfonso?

—No, usted llámeme Su Alteza Real. —Alfonso XII soltó una carcajada después de un incómodo silencio. —Es broma, es broma, por Dios. He reconocido sus acentos, y he de decir que parecen ustedes un chiste: un inglés, una francesa y un español. Porque es usted español, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose a Mateo.

—Sí, para servirle a usted —contestó tontamente el joven Sanz, poniéndose en pie.

—Lo suponía. ¡Qué maravilla cómo se ha caído usted! Parecía real, si hasta me ha hecho daño ver el golpetazo que se ha dado. Hilarante.

—Alteza, ¿está usted solo? —preguntó Marie, escamada.

—¿Solo? Oh, no, no, no. Cómo se le ocurre. De vez en cuando me gusta visitar de incógnito a mis súbditos, pero nunca salgo solo de Palacio, algún loco puede reconocerme. ¿Se imaginan? No, siempre lo hago con mi guardaespaldas.

—Entonces, ¿venía usted de vuelta? —preguntó Mateo.

—Sí, por desgracia, ya de vuelta. Uso esta entrada a Palacio a menudo, pero no se lo digan a nadie. Hoy hemos ido a probar los magníficos caldos de nuestra España. Es algo que tengo que hacer de vez en cuando. El vino español es el mejor del mundo, ya saben, pero tengo que ocuparme en persona de comprobar que su calidad no ha decaído.

—¿Y su guardaespaldas, Alteza? —insistió el joven.

—¿Marcos? Marcos durmiendo la mona ya. El pobre no debe aguantar la bebida. Cayó como un saco. Como usted se cayó antes. —Alfonso XII se rio de nuevo—. Aunque también es cierto que es raro, Marcos no suele beber de servicio. Y no le he visto beber hoy. Bueno, da igual. Me lo he pasado genial. Gracias a mis nuevos amigos por invitarme y traerme a ver la representación que estaban realizando.

—¿Sus nuevos amigos?

—Sí, sí. Adelante, adelante, salúdenles. Me los encontré en la puerta del teatro, cuando volvíamos. Justo antes de que Marcos se quedara dormido de esa forma tan súbita. Son ellos los que me han

invitado a su pequeña representación. Me han hecho saber que son ustedes unos fantásticos actores y actrices.

El monarca gesticuló hacia un punto donde no llegaba la luz de los faroles. Con parsimonia, una pareja salió de las sombras. Gilbert, Marie y Mateo pudieron distinguir, al fin, a un hombre delgado, de pelo largo y negro y cuidada perilla, sus manos enfundadas en guantes, y de su brazo, a una mujer alta, rubia y sonriente.

Mateo abrió la boca, pero Gilbert se le adelantó.

—¡Segundo! —dijo el inglés levantando el arma.

—Oh, querido señor Taylor —Segundo Cruz había llegado a la altura del monarca, y dejando ir a Hilda, se colocaron cada uno a un lado de Alfonso XII—, veo que sigue usando esa Derringer tan anticuada. Apuesto a que si me dispara, acierta a nuestro amigo Alfonso.

—¿Gilbert no estaba robando el espejo para Segundo? —preguntó Mateo, confuso.

—¿Qué? —dijo Gilbert sorprendido—. Está de broma, ¿no? Esta tarde le seguí a usted y descubrí que se reunía con Segundo Cruz y le contaba todo lo sucedido tanto en Venecia como en el Consejo de la Inquisición. Por eso decidí adelantarme, para evitar que usted se hiciera con el espejo para él.

—Bueno, acabemos con esto —dijo Segundo extrayendo su Colt de largo cañón de una cartuchera bajo su chaqueta—. Por mucho que me hayan hecho pasar un buen rato, es hora de ir cerrando la función.

—¿Entonces también usted es parte de este elenco? Oh, son magníficos —dijo Alfonso XII emocionado.

—Hilda, ¿le importaría darle las buenas noches a Su Alteza Real? —dijo Segundo mientras apuntaba en dirección a Gilbert.

—Buenas noches, Su Alteza Real —dijo la señorita Hanis al tiempo que, con celeridad, clavaba una pequeña jeringuilla en el cuello del monarca, y este se desplomaba de forma instantánea.

—Y ahora, deme el espejo, si es tan amable —dijo Segundo levantando la mano enguantada que sostenía el revólver y apuntando con él al inglés.

Gilbert no dejó de apuntar a Segundo con su Derringer y un brillo desafiante apareció en su mirada.

—Calmémonos un poco —intervino Marie—. Espero que no haya matado al rey, y solo esté dormido. Antes de que esto llegue a un punto sin retorno, igual podríamos discutir qué hacer con tranquilidad y sin amenazas.

Marie miró a su alrededor, buscando aprobación. Solo Mateo asintió a las palabras de la francesa. Segundo y Gilbert tenían la vista fija el uno en el otro. Hilda sonreía sin que pareciera que nada de aquello iba con ella.

—Me temo que no tengo tiempo para discusiones —dijo Segundo tras unos segundos de silencio—. Contaré hasta tres, y si no me ha dado el espejo, dispararé. En sus manos está, señor Taylor.

Gilbert sacó el espejo del bolsillo interior de su chaqueta con la mano que tenía libre.

—Aquí está, venga a por él, Segundo —dijo sosteniéndolo, aun envuelto en su bolsa de arpillera.

—Uno —dijo Segundo con voz ronca.

—Tenga cuidado si me dispara —se burló Gilbert—. Podría romperse y no creo que le guste tal cosa a su jefe, el barón Eigner. Podría castigarle.

El disparo resonó en la habitación, Mateo dio un paso atrás, sorprendido. Incluso Gilbert se quedó un momento mirando sin comprender al hombre que le había disparado.

—Tres —dijo Segundo en voz baja.

Primero, el espejo resbaló de la mano de Gilbert y rodó por el suelo. Después, al tiempo que su pecho se teñía de rojo, se desplomó. Mateo corrió hacia él.

—Segundo, cariño, te has saltado un número —rió Hanis, como una colegiala a la que hubieran contado el chiste más gracioso del mundo.

Gilbert tenía los ojos abiertos cuando Mateo y Marie se arrodillaron junto a él. Sin perder tiempo, el joven abrió la chaqueta de su compañero y rasgó la camisa, buscando la herida por la que la sangre se escapaba. Mateo apretó sobre ella con sus manos,

deteniendo el flujo, y provocándole al moribundo Taylor una mueca de dolor.

—Señorita Poitiers, tráigame el espejo —ordenó Segundo, ajeno al drama que había provocado.

Marie parecía incapaz de reaccionar.

—Contaré hasta tres, señorita. Uno...

—Llévele el espejo, por Dios —dijo Mateo a una Marie que le tendía a Mateo una compresa, hecha con el trozo de la camisa del inglés, para taponar la herida. La chica, entonces, pareció reaccionar a las palabras de Segundo. Recogió el espejo, y avanzó hasta él.

—No había necesidad de dispararle —dijo con rabia, al llegar a su altura y tenderles el espejo.

—Es cierto —contestó Segundo—, no la había. Pero era hora de jugar en serio. Hilda, si es tan amable, coja del brazo a la señorita Poitiers. Se viene con nosotros. Si se resiste, ya sabe lo que tiene que hacer.

—Ojalá se resista. —Hilda sonrió aún más si cabe, y pasó por encima del monarca dormido. Con un brillo cruel en la mirada, se aferró a Marie.

—¿Qué está haciendo? Ya tiene el espejo, déjele marchar —gritó Mateo, aún de rodillas junto al inglés, con las manos empapadas de sangre.

—Ya debería saber la mentira en la que ha estado viviendo. —Segundo guardó su revólver con tranquilidad mientras se dirigía a Mateo—. Y aún sigue aquí, no sé qué clase de idiota es usted. Venga conmigo y deje al señor Taylor morirse tranquilo. No le debe fidelidad a nadie.

—Y usted... ¿a quién se la debe? —dijo Mateo con rabia.

—Tan solo a mí mismo. En fin, haga lo que crea que debe hacer, pero recuerde que por fin, es su decisión. Suya y de nadie más, a partir de ahora.

—Mateo, no se preocupe, estaré bien —dijo Marie mientras era arrastrada por la alemana fuera de la vista, perdiéndose entre la oscuridad, en dirección a la salida del teatro.

Mateo dudó por un momento si seguirles. Gilbert estaba inconsciente. Si intentaba liberar a Marie lo más probable es que

terminara con una bala en el pecho, como su compañero. Segundo había demostrado lo poco que le costaba apretar el gatillo. Además, si abandonaba a su amigo, se desangraría. Maldijo para sus adentros mientras se quedaba solo, presionando la herida para evitar que perdiera más sangre, y acompañado de la respiración irregular del inglés.

Al menos no se había quedado a oscuras. Un farol todavía los iluminaba.

—Maldita sea, Gilbert, ¿cómo pudo ocurrírsele que yo trabajaba para Segundo? —le espetó Mateo a su compañero. Pero no podía culparle. Hasta hacía nada, él había pensado lo propio de su compañero. Para variar, estaba equivocado. Ambos lo estaban, y ahora, por culpa de todos aquellos malentendidos, Gilbert iba a morir y Marie estaba en manos de Segundo.

De pronto, el silencio se rompió. El ruido de alguien tropezando con una barra metálica y lanzando un juramento le llegó desde dentro de la trampilla abierta, que llevaba al pasadizo del Palacio Real.

—¡Aquí, aquí, ayuda! —gritó Mateo.

En un instante, el lugar se llenó de guardias reales que le gritaban y apuntaban con sus fusiles.

—Un médico, necesito un médico para mi amigo —suplicó Mateo mientras levantaba las manos empapadas de sangre, para después ser arrojado al suelo por los guardias.

—¡Aquí, aquí, es el rey! —gritó alarmado uno de los guardias que había descubierto el cuerpo del monarca.

—Vaya, se me había olvidado —dijo Mateo mientras un guardia le esposaba las manos a la espalda—. Creo que solo está dormido. Y su guardaespaldas debe estar por ahí también. Ahora, si pudiéramos hablar con calma y aclarar este equívoco...

17

—Quítele eso, haga el favor. —Mateo reconoció la voz autoritaria de la persona que había pronunciado esas palabras y dejó escapar

un suspiro de alivio. Hasta entonces no había estado seguro de si se encontraba frente a un pelotón de fusilamiento o no.

Alguien le arrancó con brusquedad el saco que le cubría la cabeza. Lo primero que hizo Mateo fue tomar una bocanada de aire y respirar con deleite. Antes de tapar su visión, el cometido de aquel saco había sido contener cebollas, y de ello daba fe el lagrimeo de sus ojos y la irritación de sus fosas nasales. Por otro lado, el fuerte olor había servido para disfrazar el de humedad y orines de la celda en la que había estado recluido.

Confirmó, por tanto, que ya no se encontraba en la cárcel, y que frente a él no tenía una compañía de guardias apuntándolo y aguardando la voz de fuego, sino al general Martínez Campos y otro caballero al que no terminaba de poner nombre, pero cuyo rostro le resultaba conocido. Ambos adoptaban una expresión seria y sombría que no podía contrastar más con la de puro alivio de Mateo.

—Ya que estamos, si no le importa... —dijo el joven alzando las manos, mostrando los grilletes que aprisionaban sus muñecas.

El general Martínez Campos hizo un gesto y uno de los guardias le liberó de ellas. A otra seña del ministro desaparecieron discretamente de la estancia.

—La última vez que le vi le advertí que la relación entre usted y el Gobierno de su majestad era confidencial. ¿Sabe lo que quiere decir esa palabra? —preguntó Martínez Campos en cuanto los guardias hubieron cerrado la puerta.

Mateo asintió. Se guardó de apuntar que la última vez también había sido la primera.

—Y también le advertí que romper esa regla estaba penada con la muerte, sin necesidad de juicio previo, ¿no es así?

—Así es —asintió el joven que ya suponía por qué vereda iba a transcurrir la conversación.

—En tal caso, ¿se puede saber por qué se ha pasado usted la noche desvelando a todo el que se le acercaba que estaba usted al servicio de la Corona, y que era imperativo que hablaran con el general Serrano o conmigo mismo? —explotó Martínez Campos poniéndose rojo de ira.

—Verá... —Mateo dudó un instante, buscando la palabra adecuada, o al menos una que no aumentara la ira del ministro—. La alternativa a no decir nada era que me fusilaran, así que qué quiere que le diga, prefería arriesgarme y ponerme en sus justicieras manos.

—¿Sabe quién es este señor, verdad? —le interrumpió el ministro, señalando al hombre que tenía a su lado, a pesar de que su mirada, a causa de la presbicia, se perdía en algún punto indeterminado a la espalda del joven. El desconocido era un hombre de corta estatura y barba y cabellos canos que, con cara de profundo descontento, guardaba un fúnebre silencio.

—Me temo que no tengo el placer —admitió Mateo.

—¡Ay, Paco, qué nos ha traído! —rezongó Martínez Campos para sí y por lo bajo, para continuar con su vozarrón de militar—. Pues es el señor Sagasta.

—Encantado —dijo Mateo, confundido.

—Primer ministro del Gobierno de España —continuó Martínez Campos, con el tono de alguien que habla con un idiota al que hay que aclarar los conceptos más simples.

—Oh, es cierto, ahora lo reconozco, he visto su foto en los periódicos —dijo Mateo avanzando y extendiendo la mano. El primer ministro la miró con expresión de sorpresa, como si en lugar de una mano normal y corriente, Mateo tuviera una trucha de río al final del brazo y pretendiera que el señor Sagasta la sacudiera.

—No estamos en una visita de cortesía —masculló el general.

—Lo siento, perdone, la costumbre, ya sabe... —dijo Mateo azorado, dando un paso atrás y retirando su mano.

—Veamos —dijo el ministro recuperando la palabra tras un incómodo silencio—, ha entrado usted en el Palacio Real sin permiso; ha provocado un susto de muerte a su majestad María Cristina de Habsburgo y Lorena; ha puesto al palacio entero en estado de alarma; ha hurtado un objeto preciosísimo de la propia alcoba de su majestad la reina; el mismísimo rey ha sido agredido; el señor Taylor, agente británico, se debate entre la vida y la muerte y la agente francesa, la señorita Poitiers, ha sido secuestrada... ¿me estoy olvidando de algo?

—No me atrevería a añadir nada más, pero no descarte que recuerde algo de repente —dijo Mateo.

—No lo haga, no lo haga, porque poco le separa de ser procesado como espía, traidor o algo peor.

—El general Serrano, por cierto, ¿dónde está? —preguntó Mateo. No es que tuviera unas ganas terribles de ver a su tutor, de hecho le hervía la sangre solo pensar en él. No podía olvidar los engaños de los que había sido objeto por su parte. Aun así, le llamaba la atención que no estuviera presente.

—El general Serrano se encuentra indispuesto —sentenció el ministro de la guerra.

—¿Indispuesto? Qué oportuno, porque quizás es él el que tenía que haber pasado la noche en el calabozo, y no yo.

—Pero ¿qué está diciendo, atontado? —dijo el general Martínez Campos acercándose a Mateo y golpeándole el pecho con su dedo índice—. ¿Acaso el general Francisco Serrano Bedoya le dijo que entrara en el palacio en mitad de la noche como un vulgar ladrón y pusiera en peligro a la familia real? Y dígame, ¿qué relación tiene usted con un individuo como Segundo Cruz, que está en búsqueda y captura en al menos media docena de países?

—Yo... —musitó Mateo, dando un paso atrás con cada golpecito del dedo del ministro—. Mire, podría intentar explicarle todas y cada una de las preguntas que me hace, si me dejara hablar —consiguió decir.

—Me temo —intercedió Sagasta con voz templada y elegante, saliendo de su mutismo— que el general Serrano hace tiempo que está enfermo y ayer sufrió una recaída. Apenas se ha recobrado lo suficiente nos ha pedido que le dejemos en libertad. Y por respeto a él, estamos dispuesto a hacerlo, pero no tiente a la suerte.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Mateo.

—¿Vamos? —repitió Sagasta con una sonrisa ladeada que pretendía ser irónica—. No vamos a hacer nada. Bueno, sí. Con fecha inmediata este... «grupito» del que usted formaba parte ha dejado de existir. De hecho, general —Sagasta dirigió una mirada de soslayo hacia el ministro—, no entiendo cómo accedió usted a esta locura del Equipo Especial. Y usted, señor Sanz, cuanto más lejos se

vaya de Madrid, mejor. Le aconsejo que coja el primer barco con destino a las Américas, o más lejos si puede ser, y comience una nueva vida. Todavía es joven y puede enmendarse.

—Pero ¿qué va a suceder con Marie?

—¿Con la Señorita Poitiers? —respondió el primer ministro—. Lo hemos puesto en conocimiento de la gendarmería francesa, y ellos parece que se lavan las manos en el asunto, y como comprenderá no voy yo a permitir que España gaste dinero y esfuerzos si ellos no lo hacen. Bastante tengo con mantener todo esto lejos de los oídos de Cánovas. Si se entera, créame que no estaría usted libre, ni posiblemente vivo a estas alturas. Así que desaparezca de mi vista, y espero que esta sea la primera y la última vez que nos vemos, señor Sanz.

Los tres hombres quedaron en silencio durante un rato que se hizo largo.

—¿Me voy por la puerta o hay algún pasadizo secreto? —dijo al fin, Mateo.

—¡Guardias! —gritó el general Martínez Campos. De inmediato, se abrió la puerta a las espaldas de Mateo—. Saquen a este idiota de aquí y si vuelven a verlo péguenle dos tiros.

—Espere, espere —se quejó Mateo mientras era arrastrado fuera de la estancia por dos fornidos militares—. Dígame, ¿cómo está Taylor?

—Por ahora vivo. Y rece para que siga así, y no se convierta esto en un conflicto diplomático con Inglaterra, porque si eso sucede no dudaré en ofrecerles su cabeza como chivo expiatorio —respondió Sagasta.

Los guardias lo sacaron en volandas de la sala antes de que pudiera objetar nada. Mateo reconoció algunos de los pasillos del Palacio Real por los que había vagado con Marie, aunque a la luz del día se le aparecían diferentes a como los recordaba. Durante la larga noche que había pasado a oscuras en una celda con la bolsa de cebollas tapándole la cabeza, se había jurado a sí mismo terminar su pertenencia con aquel Equipo Especial del demonio, aunque fuera a costa de romper el contrato que había firmado para diez largos años. Debería estar satisfecho de que ya no hiciera falta, y sin embargo,

no podía dejar de pensar en Marie, en manos de Segundo Cruz, o en Taylor, agonizando quizás, en la cama de algún hospital de la ciudad. Poco más pudo recapacitar antes de que se abriera una de las puertas del servicio de Palacio y fuera arrojado al exterior con pocas contemplaciones.

—Señor Sanz, si es tan amable de acompañarme... —le dijo un hombre de cara mansa y elegantes ropas de criado. Era obvio que había estado esperándole. No solo eso, sino que sabía lo suficiente de lo que le iba a ocurrir como para conocer la puerta por la que de forma tan expeditiva le habían echado del palacio.

Mateo suspiró apesadumbrado. No se había incorporado del suelo, donde había aterrizado con las manos por delante, y ya alguien le reclamaba.

—Mire —le espetó Mateo, harto ya de todo—, no me da la gana de acompañarle, sea quien sea. Váyase usted al infierno, si no le importa.

El hombre alzó las cejas sorprendido, y miró nervioso hacia el coche de caballos al que pretendía que le acompañara Mateo. La puerta del mismo se abrió, y una señora mayor asomó la cabeza.

—Está bien —bufó Mateo. El rostro severo, los labios finos y apretados de Eloísa, la esposa del general Serrano, eran inconfundibles—. Le acompañaré. Pero mantengo lo de que se vaya al infierno.

Era irónico y un poco ridículo que hubiera reaccionado increpando al criado y negándose a acompañarle, cuando el único lugar al que podía acudir era, precisamente, a la residencia del general. Puesto que no tenía familia, ni amigos, ni fortuna alguna a su nombre, hubiera terminado en casa de Francisco Serrano Bedoya, sí o sí. Era eso o convertirse en un mendigo más por las calles de Madrid.

—Buenos días —dijo Mateo, tomando asiento en el interior del carruaje, frente a doña Eloísa.

—Buenas tardes querrá decir. Y apesta, necesita un baño.

—Si le digo la verdad, no tengo ni idea de qué hora es. Y tiene usted razón, señora, la próxima vez que me encierren en los calabozos de su majestad, les indicaré que me tengan dispuesto el baño.

—Las dos.

—¿Cómo? —preguntó Mateo, confundido.

—Que son las dos —respondió Eloísa mientras el coche emprendía el camino—. ¿Acaso no ha dicho que no sabe qué hora es? No me venga con sarcasmos, haga el favor, no me sea lechuguino.

—Pues usted dirá.

—Hablaremos cuando lleguemos a casa y se haya tomado un baño. Como comprenderá no puedo estar de plática con alguien en semejante estado. No sería decente.

—Ya puestos, además del baño, comer algo no estaría de más —dijo Mateo al tiempo que un rugido de su estómago le recordaba que llevaba vacío demasiado tiempo.

—Ah, no. En mi casa se almuerza a la hora que toca. Y tocaba a la una.

Mateo se encogió de hombros y desvió su atención al exterior. Estaba Madrid medio dormida a aquella hora, la que precedía a la siesta. Se preguntó si no hubiera sido mejor haber seguido su primer instinto cuando se le acercó el criado. Quizás salir corriendo sin echar la vista atrás no hubiera sido una idea tan mala. Su relación con el general Serrano no había sido estrecha, pero con doña Eloísa era inexistente. De niño le daba la impresión de que a aquella señora le caía mal. De mayor descubrió que, aunque cierto, no era muy excepcional por eso; a doña Eloísa todo el mundo le caía mal.

18

El baño le había sentado de maravilla. El criado se había quedado ojiplático cuando doña Eloísa, al descender del coche, le encargó que se lo preparara y le trajera ropas limpias. Mateo había tenido que contener la risa cuando el pobre hombre preguntó qué debía hacer con las ropas que traía puestas, y Eloísa le contestó que las quemara, salvo que tuviera tiempo de lavarlas él mismo, cosa que dudaba, dadas todas las labores que día sí y día también, dejaba incompletas.

La casa en la que el general y su amantísima esposa tenían su hogar estaba más apagada y triste de lo habitual. Al entrar en la sala donde su tutor le había desvelado cómo sus padres habían muerto, o no, se reencontró por fin con Francisco Serrano. Le observaba inmóvil y ausente. Un hilillo de baba caía de su boca entreabierta.

Doña Eloísa, también en la habitación, siguió la dirección de su mirada y se acercó a su marido para limpiarle la boca con un pañuelo. Éste ni siquiera desvió la mirada.

—Cierre la puerta al salir —dijo Eloísa al criado, que había guiado a Mateo hasta allí.

Mateo esperó, de pie, a que la puerta se cerrara. Aseado y con ropas que olían a limpio, por fin podría hablar con aquella mujer.

—Pero ¿qué ha sucedido? —dijo, consternado, al comprobar el estado de su tutor—. Ayer por la mañana estaba... bueno, igual «perfectamente» no es la palabra, pero al menos, igual que siempre.

La esposa del general hizo un ademán para que tomara asiento. Mateo suspiró. Si existía una persona a la que le gustaba más mandar que a un militar, esa era alguien casada con uno.

—Ayer Francisco se desplomó en plena reunión con la plana mayor del ejército —dijo doña Eloísa mientras volvía a su sillón—. Cuando volvió en sí no reaccionaba y después de pasar por el hospital lo trajeron aquí. Y así sigue, desde entonces.

—No puede ser. En algún momento ha debido recuperar la conciencia, al menos para interceder por mí ante Sagasta, él mismo me lo confirmó.

Eloísa clavó una mirada helada en su interlocutor. La señora de Serrano no estaba acostumbrada a que nadie pusiera en duda lo que ella afirmaba.

—Quizás debería interrumpir menos y escuchar más —dijo al fin Eloísa—. Como le estaba diciendo, Francisco sigue así desde ayer. Al petimetre de Sagasta le mentí para sacarle a usted las tostadas del fuego. Es lo que mi marido hubiera hecho, y como buena esposa, yo lo apoyo incluso cuando no lleva la razón, que dicho sea de paso, es más a menudo de lo que me gustaría.

Mateo tragó saliva. Por enésima vez constató que aquella mujer era de armas tomar, y había que ir con pies de plomo con ella.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —se aventuró a preguntar. Era la segunda vez en el día que hacía esa pregunta, o una parecida, a distintas personas, y se arrepintió al instante de haberlo hecho.

—¿Cómo que qué hacemos? Yo, cuidar de mi marido. Esto se veía venir, llevaba tiempo enfermo. Me temo que no le queda mucho, pero viendo como está, sería una bendición. Y en cuanto a qué va a hacer usted, la verdad es que ni lo sé ni me importa, pero no se preocupe, Francisco ha dejado para usted algo de dinero. Si quiere mi opinión, use ese dinero para estudiar algo, lo que sea, pero termine algo de una vez, y váyase lejos de aquí. Tenga una vida tranquila, ordinaria. Sea usted normal y corriente.

—Yo creía que mi vida era normal y corriente, señora —replicó Mateo—, hasta que su marido me sacó de la universidad y me metió en este embrollo. Ahora es un poco tarde para salir de él. La señorita Poitiers está en peligro, y según parece nadie quiere hacerse cargo.

—Oh, vaya, así que el problema es la señorita Poitiers. Merecido lo tiene, qué necesidad tenía una señorita de meterse en esos jaleos.

Mateo se levantó ofendido.

—Si fuera su hija no diría esas cosas.

Eloísa cerró con fuerza los labios, y con mucha dignidad abandonó ella también su asiento, dio un par de pasos hacia la puerta, la abrió y asomó la cabeza.

—Juan, tráeme la tetera ya, qué puñetas estás esperando —dijo con voz seca.

El criado entró en la habitación con una bandeja en la que llevaba, además de la tetera, dos tazas.

—Ah, no —objetó Mateo—, otra vez no pienso caer en sus argucias. Ya sé lo que lleva ese té.

—No me sea zurumbático —respondió la esposa del general con displicencia—, este té no es para usted. Déjelo aquí, Juan, yo lo serviré.

—La última vez que estuve aquí... —comenzó Mateo.

—Sé perfectamente lo que pasó la última vez que estuvo aquí —le interrumpió Eloísa—. Veo que ha recobrado la memoria usted

también.

—¿A qué se refiere con «usted también»?

Eloísa dejó la tetera en la mesita y miró a Mateo con cara de pocos amigos.

—A que algunos han querido olvidar como usted, y no han podido. Siéntese de una vez. O váyase, pero deje de molestar.

Mateo dudó por un segundo. Dado que no tenía donde caerse muerto, y antes se había mencionado algo al respecto de un dinero que le iba a ser entregado, tomó asiento. Pero con aire ofendido.

—Supongo que ahora que ha recuperado la memoria no le guarda mucho cariño a mi marido —dijo Eloísa—. Es lógico, aunque déjeme decirle que Francisco sí se lo tiene a usted, demasiado diría. Creo que hay muchas cosas que no sabe de él, pero no está solo en eso. Nadie lo sabe. Cuando abandone este mundo, en los periódicos hablarán de su carrera militar o de su carrera política, pero no acertarán a adivinar todo lo que ha dejado de lado por hacer lo que creía correcto, todos sus sufrimientos y sacrificios, siempre anteponiendo su deber a sus otras obligaciones. ¿Sabe que se nos murieron tres hijos en apenas dos años? Francisca, Tomás y Eloísa. Puede imaginarse el golpe que eso fue para mí, pero lo que nadie sabe es lo duro que fue para él. Y entonces, justo entonces, llegó usted. No era hijo nuestro, pero para Francisco era usted su responsabilidad, tenía que protegerlo, al fin y al cabo, le había dejado sin padre ni madre. Bueno, más o menos. —Eloísa se detuvo en su disertación y, por un momento, algo parecido a la fragilidad quiso asomarse en su rostro. Después, rehaciéndose, se volvió hacia Mateo—. Le tengo rabia. Sí, sé que no es justo, pero así lo siento. De niño, usted se parecía tanto a mi hijo Tomás... que no podía soportarlo. Por eso le dije a Francisco que no podía quedarse en nuestra casa. Tenía miedo a encariñarme con usted, de que una vez empezara a quererle se fuera, como mi Tomás, que un día se embarcó con rumbo a Cuba y ya nunca volvió.

—Lo siento mucho, doña Eloísa, lo ignoraba.

Eloísa le miró con altanería.

—Claro que lo ignoraba. Pero quizás le debo esa explicación. Francisco quería criarle como si de un hijo suyo se tratara y fui yo la

que me opuse. Porque usted no era su hijo y, por supuesto, no es el mío. Los hijos de Francisco son los que tuvo conmigo, y ya está. ¿Qué derecho tenía de traerle a mi casa? Así que, si alguna vez se ha sentido abandonado, no culpe a mi marido. Cúlpeme a mí.

Mateo parpadeó un par de veces, atónito. No sabía si le sorprendía más pensar en el general Serrano como alguien dispuesto a criarlo como un padre, o la rabia que aquella mujer destilaba. Porque Eloísa protegía a su marido, sí, pero ni por un momento daba la impresión de estar arrepentida de haberle condenado a él a una vida de internados y ausencia de cariño.

—No la culpo —dijo Mateo al fin—. Si le soy sincero nunca pensé que vivir con usted y el general fuera una opción. Supongo que cuando eres un niño no queda otra que hacer lo que te dicen, y cuando ya eres más mayor, te has acostumbrado.

—Ése es su problema, se empeña en dejarse llevar por la corriente. Que sean los otros los que decidan, ¿verdad? Nunca ha dicho que no. Nunca se ha plantado.

—O tal vez mi «problema» es que usted y su marido me han estado manejando toda la vida.

—Porque se deja —replicó Eloísa.

—Ya me dirá qué pretendía que hiciera cuando era un niño —dijo Mateo enfadado.

—Y ahora, ¿tiene cinco años ahora?

—¿A qué se refiere?

—A que me parece muy bien que se queje, que le eche las culpas a los demás. Es muy cómodo, caballerete.

Mateo apretó los brazos del sillón con rabia.

—Pero ¿qué quiere de mí? ¿Quiere que le pegue un par de puñetazos al general? Porque es lo que quiero hacer, pero al muy desgraciado se le ha ocurrido perder la poca sesera que le quedaba justo ahora. Y usted parece empeñada en que la odie, pero ¿sabe qué, señora? Que no tengo el menor interés en hacerlo. Porque lo único que me produce es indiferencia y algo de pena.

Una sonrisa helada se dibujó en el rostro de Eloísa.

—Hace muy bien en no odiarme. El odio es un sentimiento demasiado importante, tiene demasiado poder sobre nosotros.

Mucho más que el amor. No hay comparación. El amor se va desgastando, pero el odio solo crece y crece hasta dominarnos.

—¿Acaso me odia usted a mí?

Eloísa rompió a reír. Miró a Mateo con lágrimas en los ojos.

—¿Quién puede odiarle? Si no es más que un peón en manos de otros. Como mucho me desagrada. ¿Sabe a quién odio?

Mateo se encogió de hombros. Le costaba pensar a quién no podía odiar aquella mujer.

—A Francisco —dijo Eloísa, señalando al general.

Francisco Serrano no parpadeó siquiera. Seguía ausente, con la mirada fija en un punto de una estantería que, al otro lado de la habitación, cobijaba una decena de libros de aspecto antiguo y venerable.

—Francisco pudo ser uno de los más grandes prohombres de este país —continuó Eloísa, alargando la mano y sujetando la de su marido. El general no cambió su expresión—. Pero siempre puso el deber por delante. Siempre prefirió quedarse en un segundo plano. Y todo eso, ¿para qué? Mírelo ahora. Dígame si una vida al servicio de la patria ha tenido su recompensa. Y después, cuénteme cuál es mi parte del botín, porque si le soy sincera, lo ignoro.

—Si me lo permite, dudo mucho que usted odie a su marido —respondió Mateo, incómodo.

—Y a mí me importan dos pepinos lo que usted dude —respondió Eloísa levantándose del asiento. Se acercó de nuevo a la puerta y llamó a su criado—. ¡Juan! Llévese el té, y después, pare un coche y acompañe al señor Sanz a la estación de tren.

El criado entró en la habitación, recogió con cuidado el juego de té en su bandeja y salió silencioso, sin apenas levantar la mirada del suelo. Entretanto, el general continuaba con su expresión alelada; la adusta mirada de Eloísa conservaba su habitual frialdad.

En cuanto la puerta se cerró, Mateo abrió la boca para hablar, pero una señal energética de la esposa del general, levantando el dedo índice y abriendo mucho los ojos, le detuvo. El posterior sonido de los pasos del criado alejándose por el pasillo la relajaron. Se dirigió a una estantería, en el cuarto, repleta de libros. Con cuidado,

extrajo lo que parecía una biblia antigua y forrada en cuero y la llevó hasta donde estaba Mateo.

—Ábrala, con cuidado —le dijo, pasándole el libro.

Un tintineo de cristal en el interior sorprendió al joven. Además, el peso de aquella biblia no era el que esperaba. Para su sorpresa, al abrirla, encontró que no se trataba de un libro, sino de un cofre disfrazado de tal. En su interior, dos compartimentos, cada uno con una pequeña botellita.

—Estas son las pociones que le echamos en el té las veces que vino con cartas de su madre —dijo Eloísa—. Son suyas. Le daría las cartas que le escribió su madre, pero me temo que Francisco las quemó.

—Las hubiera preferido, ¿para qué quiero yo esas pociones?

—Tal vez le sean de utilidad. He pensado que tal vez quiera utilizarlas con Juan.

—¿Está loca?, ¿por qué querría yo drogar a ese pobre hombre? —dijo Mateo, sin poder creer la proposición de Eloísa.

—Porque lleva tiempo espiándonos, y Francisco estaba seguro de que trabajaba para Eigner —respondió la mujer con voz firme.

—¿Usted también sabe de Eigner? Esto es magnífico.

—Sé poco, pero algo me explicó Francisco. Escuche lo que le digo, tanto Sagasta como Martínez Campos están empeñados en correr un tupido velo sobre todo este asunto, y les aseguré a ambos que yo lograría que usted se quitara de en medio. Le han comprado un billete de tren, que le llevará a Sevilla, donde les aseguré que usted se embarcaría rumbo a América. Si no está en ese tren, mandarán a la Guardia Real a buscarle, y no creo que tenga otra oportunidad para abandonar Madrid en libertad.

—Espléndido, ¿no era usted la que me criticaba por dejarme llevar por unos y otros?

—Cállese, mendrugo, tenemos poco tiempo antes de que vuelva Juan —dijo una airada Eloísa—. Le daré el dinero, las pociones y el billete. Lo que tenga que hacer, hágalo. Por una vez, sea su propio dueño.

Eloísa se detuvo, alerta. Había escuchado algo. Hizo unos aspavientos que Mateo no entendió, y después, exasperada, extrajo

ella misma las botellitas del cofre-biblia y las metió en el bolsillo de Mateo. La puerta se abrió, de pronto, y entró el criado.

—El coche está listo, señora.

—Gracias, Juan.

El criado miró desconcertado a la esposa del general que sostenía el grueso volumen de la Biblia en sus manos.

—¿Quiere que le guarde el libro, señora? —preguntó Juan.

—No, gracias, quiero leerla un poco —dijo Eloísa dejando, con cuidado, el libro sobre la mesa. Después, extrajo un sobre de uno de los bolsillos de su vestido y se lo tendió a Mateo—. Aquí tiene, billete de tren a Sevilla y dinero para empezar una nueva vida. Y ahora, espero no volver a verle.

—Así lo deseo yo también. —El joven Sanz tomó el sobre de manos de su anfitriona y se encaminó hacia la puerta—. Vamos, Juan, lléveme al coche, no veo la hora de salir de aquí.

Juan dirigió una mirada inquisitiva hacia la señora. Eloísa asintió y el criado, entonces, abrió el paso, silencioso, hacia la salida. Mateo le siguió sin mirar atrás, sintiendo los ojos del general y de su esposa clavados en su espalda.

19

Antes de ir a la estación pararon en el hotel a recoger sus pertenencias. A Mateo le costaba creer que Juan, el criado, aquel hombre apocado y gris que le escoltaba hasta que tomara el tren, estuviera espiando a los Serrano a cuenta de Eigner. Era un individuo que dejaba poco rastro en la memoria, tan así que, pese a los varios lustros que llevaba al servicio de Francisco y su señora, Mateo no lo recordaba de visita alguna.

Tal vez la esposa del general veía fantasmas donde no los había pero, en cualquier caso, no habían cruzado palabra en todo el trayecto, y cuando Mateo le convino a que le esperara en el carruaje, Juan no puso objeción alguna sino que, por toda respuesta, extrajo una pequeña petaca de su levita y dio un trago. Después se limitó a mirar, indolente, por la ventana del coche.

—Señor Sanz, encantado de verle, tiene su equipaje preparado. —Las noticias viajaban deprisa en la capital. El que así le saludaba era el mismo recepcionista que había recibido un billete suyo como pretendido soborno y se lo había guardado sin soltar prenda.

—¿Le importaría prepararme la cuenta? —dijo Mateo.

—Oh, su cuenta ya ha sido abonada. Al igual que las del señor Taylor y la señorita Poitiers.

—No creo que eso sea posible. Ni yo he venido por aquí ni ellos han podido hacerlo en persona.

El recepcionista se ajustó las gafas.

—No, claro. La cuenta la saldó el Ministerio de la Guerra.

—Es extraño —dijo Mateo—, porque el Estado suele tardar en pagar sus deudas. No sé si me entiende.

—Me temo que no, señor. No sé a qué se refiere. —El recepcionista no cambió su expresión. Mateo se mordió la lengua. Quedaba bastante para que partiera el tren a Sevilla, y no quería abandonar Madrid sin saber qué había sido de Gilbert. Tenía la intuición de que aquel hombre sabía su paradero, pero estaba seguro, no obstante, de que nunca se lo diría de motu propio.

—¿Y el equipaje? —preguntó Mateo.

—¿Su equipaje? —preguntó el recepcionista—. Como le acabo de decir, ya lo tiene preparado.

—Le he escuchado perfectamente. Me refiero a qué ha sucedido con el equipaje de mis compañeros.

—¿A qué se refiere? El equipaje de la señorita Poitiers lo recogió su propio padre, y el del señor Taylor lo enviamos a la dirección que nos dieron.

—Me temo que ha habido algún problema —improvisó Mateo, circunspecto—, el equipaje del señor Taylor no ha llegado. ¿Está seguro de que tiene la dirección correcta?

—Por supuesto. —El recepcionista se irguió aparentando una ofendida dignidad—. Yo mismo tomé nota y gestioné el envío.

Mateo suspiró y sacó de su bolsillo el sobre que la esposa del general le había dado, lo abrió e hizo como que leía un papel de su interior. Su interlocutor no podía ver que aquello era puro teatro.

—Calle Torija, número 14, ¿no es así? —dijo Mateo, muy serio. Era la única dirección que en aquel momento le venía la cabeza, la del hotel Fonda de Inglaterra, en la que se encontraba el almacén del Consejo de la Inquisición y donde había dejado a buen recaudo al profesor Winslow.

El recepcionista palideció. Carraspeó, y abrió un cajón del que extrajo un papel, y ajustándose de nuevo las gafas, lo leyó.

—Debe haber un error —dijo nervioso, comprobando sus notas—, a mí se me instó a enviarlo al Hospital Militar de la calle Princesa.

Mateo cerró satisfecho su sobre y volvió a guardárselo en el bolsillo.

—Supongo que tiene razón. Iré a comprobarlo en persona.

El joven Sanz emprendió el camino de vuelta, con su equipaje, de mejor humor que con el que había llegado. No tanto por averiguar el paradero de Gilbert, sino por haber engañado al estirado recepcionista. Absorto en sus pensamientos, tropezó con un cliente que también salía del hotel.

—Lo siento, mucho —se disculpó Mateo. Levantó la vista para encontrarse con un caballero de mediana edad, de recortado bigote y cabello que, aunque comenzaba a canear, llevaba cuidadosamente repeinado hacia atrás, y fijado con brillantina. Algo en sus facciones era muy familiar.

—*Ce n'est pas grave* —respondió el hombre, en francés.

La conexión se hizo rápidamente en el cerebro de Mateo. Con razón le resultaba conocido aquel rostro. Salvando las distancias de género, su fisonomía guardaba un claro parecido con la de Marie.

—¿Es usted monsieur Poitiers, no es así? El padre de Marie Poitiers.

El hombre miró a Mateo de arriba abajo. Era obvio que en su ánimo no estaba detenerse a mantener una conversación, pero aun así, asintió.

—¿Y usted es? —dijo al fin, con marcado acento galo.

—Mateo Sanz, para servirle.

—Debí imaginarlo —dijo el señor Poitiers con desagrado.

—¿Se sabe algo de Marie? Dígame en qué puedo ayudar para rescatarla.

—Pero ¿usted no se iba a América? Es lo que me aseguró el señor Sagasta.

Mateo no pudo evitar un gesto de sorpresa. Ignoraba que sus siguientes pasos fueran de dominio público hasta aquel punto.

—Si puedo hacer algo, no dude que intentaré echar una mano, no importa si tengo que retrasar o cancelar mis planes. Lo importante es Marie —aseguró con vehemencia.

—Lo que tiene que hacer usted es apartarse y dejar estas cosas a los profesionales. Mi hija es muy capaz de arreglárselas sola, no necesita ayuda de nadie. Por Dios bendito, no haga nada.

—Yo tan solo quería ayudar...

—Pues entonces, haga lo que le dicen y váyase. *Au revoir*. —El señor Poitiers le dio la espalda con brusquedad y se dirigió al mostrador de recepción.

Mateo dejó escapar un suspiro de decepción. Así que aquel hombre era el padre de Marie. Su compañera no había heredado el carácter de su progenitor, gracias al cielo. De todas formas, por mucha antipatía que le generara aquel hombre, no estaba en él abandonar a un compañero y, dado que a los «profesionales» les importaba poco o nada lo que pudiera ocurrir con la señorita Poitiers, quizás era hora de que entrara en escena alguien en quien nadie confiaba para hacer algo a derechas. O sea, él.

Mateo salió del hotel y buscó su carruaje. Monsieur Poitiers le había arruinado el buen humor con el que había abandonado el mostrador del recepcionista. Al subir al coche, las botellitas que Eloísa le había metido en el bolsillo tintinearon. Se había olvidado de ellas hasta aquel momento. Juan le dedicó una aburrida mirada, enfrascado hasta ese momento en observar indolente la calle a través de la ventanilla. Antes de que Mateo dijera nada, volvió a sacar la petaca y dio otro trago.

—¿Qué toma? —preguntó Mateo.

—Aguardiente —contestó Juan.

—Déjeme probarlo, habrá que celebrar que por fin dejo Madrid y emprendo una nueva vida, ¿no cree?

El criado del general se encogió de hombros y le pasó la petaca.

—Dígale al cochero que podemos salir hacia Atocha —le encargó Mateo. Juan asintió, con expresión desinteresada, y salió del coche. A solas, en el interior, Mateo dio un trago de la petaca, pero apenas quedaba nada. Recordó entonces las botellitas de su bolsillo y aprovechó para, a toda prisa, vaciar una de ellas en la petaca. Cuando el criado volvió a entrar, y el coche se puso en marcha, Mateo se la devolvió. Antes de guardársela, Juan le dio otro trago y apuró su contenido.

—¿Sabe qué es gracioso? —dijo Mateo al cabo de un minuto.

Juan se encogió de hombros.

—Que Eloísa me dijo que usted les está espiando —continuó Mateo. El criado abrió mucho los ojos sorprendido—. Sé que es una locura, pero ha de saber que le he drogado, y que, a partir de ahora, hará lo que yo le diga. Ignoro cuánto durarán los efectos, aunque me puedo hacer una idea. En cualquier caso, dígame la verdad, Juan. ¿Está usted espiando al general?

—Sí, señor —dijo Juan. Era difícil saber qué rostro mostraba mayor asombro, si el de Mateo o el del propio criado al haber revelado con tanta facilidad lo que debía ser un secreto inconfesable.

—¿Desde cuándo? —preguntó Mateo, una vez recuperada la serenidad.

—Desde hace años, no sabría decirle con exactitud. —Era obvio que Juan no deseaba desvelar nada, pero no podía resistirse. Hizo ademán de abrir la puerta para salir del carruaje.

—Estese quieto y permanezca sentado —dijo Mateo con autoridad —. ¿Cuánto le paga Eigner?

—No sé quién es Eigner —gimió Juan, asustado y estupefacto de no poder controlarse. Exponerle todo aquello no era algo que hiciera voluntariamente—. Le doy la información a un tal señor Cruz, pero tampoco sé mucho de él. Solo que paga bien, y que me da bastante miedo.

Una súbita inspiración le sobrevino al joven Sanz.

—¿No tendrá usted que ver con lo que le ha sucedido al general? —preguntó.

—Yo no sabía que algo así iba a suceder —lloriqueó el criado—. Cada mañana, sin que nadie lo sepa, he de echar unas gotas de un

frasco que me proporcionó el señor Cruz en el té del general. Tuve un pequeño accidente y se me cayó casi todo el contenido que quedaba en su taza. No me dio tiempo a enmendarlo y prepararle otro té, pero no sabía que le afectaría así al general.

—Aunque lo sospechaba, ¿no es así?

Juan asintió, dos lágrimas rodando ya por sus mejillas. Mateo sintió un gran acaloramiento en su interior. Servir al general Serrano y su terrible esposa no debía ser muy agradable, pero aquello era casi un asesinato, por mucho que Francisco aún siguiera vivo.

—De acuerdo. Va a hacer lo siguiente, en primer lugar, va a ir usted a la estación. Después, usará el billete que le voy a dar para subir al tren y viajar a Sevilla. A cualquiera que le pregunte, dirá que usted es Mateo Sanz y va de camino a embarcar rumbo a América. Y si todavía le duran los efectos, o si acaso estima que le sería conveniente cambiar de vida, embárquese.

Juan asintió en silencio. Tras esto, Mateo dio un par de golpes en el techo del coche para llamar la atención del cochero. Cuando éste se detuvo, el joven descendió y le dio instrucciones para que continuara su viaje con su único pasajero. Después, paró otro coche y pidió que le llevara al Hospital Militar de la calle Princesa.

—Y rápido —ordenó.

Pese al restallido del látigo y las arengas del cochero a sus caballos, la realidad es que el carruaje no avanzaba mucho más deprisa que de costumbre sobre el empedrado de las calles de Madrid. Lo sabía el cochero, que tan solo representaba un papel para evitar el reproche de su cliente, lo sabía Mateo y lo sabía todo el mundo. A aquella hora la calle se encontraba llena de las buenas gentes de la Villa. Caballeros de semblante serio, señoras de gesto ofendido, criaditas disfrutando de un par de horas de descanso antes de regresar a casa, estudiantes cargados de libros saliendo de sus clases, regalando miradas a las criadas, riéndose de los señores y señoras y sus cariacontecidos rostros, sin adivinar que tarde o temprano ellos mismos se convertirían en caballeros y damas de madura edad y por tanto, estimarían necesario enfadarse y

ultrajarse por todo y por nada, y serían el objeto de burla de nuevos jóvenes, y el círculo de la vida continuaría imperturbable.

Todos parecían haberse lanzado a la calle y en ella estaban, más o menos mezclados, pero bien ordenados, como un cocido madrileño. En esas últimas horas de la tarde olvidaban por un breve momento las faenas de la casa, los estudios insufribles y los negocios que no daban el fruto esperado. En una acera marchaban los más mayores, con la expresión agria e incómoda, y mesándose los largos bigotes. En la otra, los jóvenes, hablando en voz alta, felices porque sí, por la única razón de creer que aún tenían toda la vida por delante.

Desde el coche, Mateo observó un grupo de jóvenes estudiantes. Incluso a distancia, era obvio que muchos de ellos eran más pobres que las ratas pero se las apañaban para entrar y salir de las tascas y bodegas que llenaban toda calle madrileña que se precie. Alguno, a pesar de su falta de posibles, volvería a casa medio borracho, habiendo tenido acceso a la bebida a base de explotar su ingenio y, sobre todo, del uso y abuso de la generosidad de las amistades dadivosas. No hacía tanto, él era uno de aquellos despreocupados jóvenes. Ahora llevaba encima una pequeña fortuna —el sobre que le había dado Eloísa contenía una buena suma, más de lo que esperaba—. En otro momento le hubiera faltado tiempo para gastarlo. Ahora...

No se reconocía a sí mismo. Debería hacer caso a todos y embarcarse hacia las Américas y vivir la vida. O intentar arreglar lo que fuera que quedara de su relación con Margerie, aunque aquello le parecía ya insalvable. Pero Marie estaba en peligro y, si nadie iba a hacer nada para ayudarla, recaía en él aquella responsabilidad. Y Gilbert sabía más de todo aquel turbio asunto que él mismo, de eso estaba seguro. No tenía mucho tiempo. Tarde o temprano, se le pasarían los efectos al criado del general y alguien descubriría que no era él quien había tomado el tren a Sevilla. La Guardia Real, como le había alertado Eloísa, se lanzaría en su busca.

El carruaje se detuvo a las puertas del Hospital Militar. Mateo le indicó al cochero que le esperara. Los cincuenta céntimos extras que Mateo le prometió aseguraban que así ocurriría. El contenido del sobre era una bendición, pero sabía que debía ser prudente a la

hora de administrarlo, puesto que el dinero, en su poder, tenía una empecinada tendencia a agotarse. Aun así, en aquel caso, consideraba que el estipendio al cochero estaba justificado pues le aseguraba una vía de escape rápida. Tenía el presentimiento de que, tras entrevistarse con Gilbert Taylor, necesitaría salir de allí a toda mecha.

Entró en el Hospital derrochando seguridad, al menos aparentemente. Tras un aparador, en la puerta, una monja, endurecida tras toda una vida de trato con el personal castrense, ni siquiera levantó la cabeza de los papeles que leía con atención. Por un momento, Mateo estuvo a punto de recurrir al dinero del sobre de nuevo, a cambio de información, pero aquella mujer le recordaba demasiado a Eloísa y, por tanto, sospechaba que el soborno no serviría con ella. Encima de la mesa se encontraba un timbre, como el que se usa en los hoteles para llamar al recepcionista. Mateo lo pulsó con energía, más veces y con más fuerza de lo que era necesario.

—No estoy sorda, señor mío. ¿Qué se le ofrece? —dijo la monja enfermera ajustándose la cofia y dirigiendo una mirada glacial a Mateo.

—Vengo a ver a Mr. Taylor —dijo Mateo, fingiendo un afectado acento inglés—. Y no me venga con excusas, estoy harto de excusas. Este país está lleno de excusas, ¿sí?

—¿Qué excusas, ni qué excusas? Lo que pasa es que no es horario de visitas.

—¿Ve como ya está con los pretextos? ¡Que no es horario de visitas! —rezongó Mateo alzando la voz. Su pretendido acento inglés se escoraba un poco hacia el alemán.

—Oiga, pero ¿quién es usted? Y baje la voz, o le mando de vuelta a su país de un guantazo —dijo la monja levantándose al final de su asiento.

—¡Habrase visto! Pienso quejarme de su trato al embajador. Qué digo el embajador. ¡A la reina Victoria!

—Por mí como si se queja al papa. Si no es hora de visita, no se visita y punto.

Tras la monja, una puerta se abrió y de la habitación contigua surgió un hombre vestido con bata blanca. El jaleo que estaban armando le había dibujado el disgusto en el rostro.

—¿Qué es esto, qué sucede? —dijo el hombre.

—Esta señora —se apresuró a responder Mateo antes de que su contrincante pudiera abrir la boca— se niega a franquearme el paso. Debo ver al señor Taylor urgentemente. Es un asunto de vida o muerte.

—¿Quién es el señor Taylor, y quién es usted? —preguntó el recién llegado.

—Me temo que no puedo desvelarlo —respondió Mateo recuperando el impostado acento inglés.

—Ya le he dicho a este señor que ya ha pasado el horario de visita —dijo la monja.

—No hay horario de visitas cuando está en juego la seguridad de un país, señora mía —respondió ofendido Mateo.

—¿De qué país? ¿Quiere hablar claro?

Mateo suspiró.

—De acuerdo, les desvelaré mi identidad, pero deben jurar guardar el secreto con sus vidas.

Tanto el hombre, como la monja se miraron con los ojos muy abiertos.

—¿Alguno de ustedes sabe inglés? —preguntó Mateo.

—Mi cuñado es de Vic, y le entiendo un poco el catalán, así que igual me defiendo un poco en inglés, nunca se sabe —dijo el hombre. La monja enfermera negó con la cabeza. Parecía acostumbrada a que aquel tipo de la bata siempre sabía de todo.

—Soy el duque de Cucumberland. —Mateo dejó una pausa, como si aquellas palabras significaran algo muy importante.

—Disculpe, pero no... —comenzó a decir el hombre.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó Mateo de pronto.

—Yo soy Benito Balqueiras, director de este hospital, y ella es Sor Angustias, pero no sé...

—Benito Balqueiras, Sor Angustias. Solo por saber que he estado aquí ya están en peligro. Espero que no me hayan seguido. Nieguen que he estado aquí. De hecho, olviden que he estado aquí. Díganme

en qué habitación está el señor Taylor y recen porque todo salga bien.

—Pero ¿qué es el duque de Cucumberland? —preguntó Sor Angustias confusa.

Mateo empezó a reír.

—No sabe qué es el duque de Cucumberland —dijo entre carcajadas—. ¿Puede usted creerlo?

Benito Balqueiras sonrió también, y hasta dejó escapar una risa débil y sorprendida.

—El duque de Cucumberland soy yo, Sor Angustias, esperaba que eso hubiera quedado claro ya. Pero me arrepiento de habérselo desvelado. He dicho demasiado, me temo. No es conveniente que después de encontrarse conmigo sigan ustedes en este hospital. Quizás debieran venirse conmigo a Cucumberland. Es lo menos que puedo hacer por ustedes, al fin y al cabo es culpa mía, no debí dejarles saber quién soy...

—Mire —dijo la monja abriendo el libro de registros y buscando en él—. El señor Taylor está en la habitación doscientos tres, en la segunda planta. Váyase a verle de una vez y déjese de historias.

El director le miró sorprendido.

—Sor Angustias, que es el duque de Cucumberland, un respeto, por favor.

—No tiene importancia, Benito —dijo Mateo mientras se alejaba por los pasillos y corría por las escaleras—. Discúlpela. La ignorancia, ya sabe, es muy atrevida

—Pero ¿no se ha dado cuenta de que ha empezado su historia con acento francés y ha terminado con acento gallego? Benito, de verdad, que a veces no sé cómo ha llegado a director —decía Sor Angustias mientras Mateo se alejaba.

Llegó a la segunda planta en un santiamén. No creía que la confusión del director durara mucho tiempo. Lo más probable es que recuperara el buen sentido y mandara a alguien a echarlo de allí, así que tenía que darse prisa. El edificio era grande, de ladrillo, con pinta más de fortaleza que de hospital. Al fin llegó a la habitación doscientos tres, y abrió la puerta sin pensárselo dos veces. No tenía tiempo para galanterías. La habitación estaba a oscuras, a excepción

de la vacilante llama de un pequeño candil cerca de la cama donde dormitaba el enfermo. Mateo avanzó casi a ciegas hasta llegar a la altura del inglés. En aquel momento, Taylor abrió los ojos y apartando la manta que le cubría descubrió su ya habitual Reminger apuntando al pecho de Mateo.

—Gilbert, soy yo, Sanz —dijo el joven en voz baja, levantando las manos en son de paz.

—Sanz, maldita sea —respondió el inglés bajando el arma—. ¿Cómo se le ocurre entrar tan en secreto? Creía que era su amigo Cruz que venía a terminar el trabajo.

—No es mi...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Taylor incorporándose trabajosamente—. Es una forma de hablar. ¿Qué hace aquí?

—No lo tengo claro. Quería ver con mis propios ojos que estaba usted bien.

—Bien no puedo decir que esté. Pero estoy vivo. Y creo que en parte gracias a usted.

—Nadie quería decirme dónde estaba. Por cierto, si le preguntan, les he dicho que soy el duque de Cucumberland.

Taylor rompió a reír, y a continuación, a toser trabajosamente. Mateo miró alrededor y encontró una jarra con agua, y un vaso. Se lo tendió.

—¿Cucumberland? ¿Cómo se le ocurre? ¿En serio les ha dicho que es el duque de la tierra del pepino?

—Lo sé, lo sé. Me pareció gracioso en aquel momento.

—No le hacía aquí, Mateo. Según tenía entendido, habían disuelto el Equipo Especial, y le habían mandado a usted o bien a la cárcel o bien al destierro.

—Un poco de todo eso hay. Pero tenía que verle y cerciorarme de que estaba usted fuera de peligro. Y ahora que ya lo sé... Necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? Querido Sanz, ¿no ve mi estado? Me temo que no estoy en condiciones de ayudar a nadie. Además, mi misión ha sido un fracaso total, suerte tendré si puedo volver a Inglaterra sin problemas.

—Segundo Cruz se ha llevado con él a la señorita Poitiers. Necesito información, Gilbert. Hasta ahora me han mantenido a oscuras todo el tiempo, incluidos usted y Marie, pero he de hacer algo. Ayúdeme, aunque solo sea dándome información. Solo le pido eso. Tengo la sospecha de que todos saben algo que yo no, y necesito encajar las piezas del puzzle.

—Está bien, pero yo no le he dicho nada, ¿entiende? —claudicó el inglés.

—Sí, pero dese prisa. No creo que tarden mucho en presentarse aquí, buscándome.

—¿Quién?

—Supongo que la Guardia Real —suspiró Mateo—, pero ya le contaré esa historia en otro momento, ahora hable usted.

20

Unos meses antes, en Londres…

El agente Taylor se guardó en el bolsillo de su gabardina la larga pañoleta que había utilizado hasta aquel momento para llevar el brazo en cabestrillo. No quería entrar en el despacho mostrando las secuelas de su última misión. Llevaba tres años en el *Bureau*, era ya hora de librarse del sambenito de novato y sospechaba que presentarse así era como anunciar a gritos «¡miradme, estas son mis heridas!». Era inaceptable y muy poco británico.

Adoptó por tanto una expresión resoluta y cruzó las puertas del número cuatro de Whitehall Place. Allí se ubicaban los cuarteles de la Policía Metropolitana de Londres. Era irónico, nadie la conocía por aquella denominación, sino por el nombre de la calle en la que estaba su entrada trasera, Scotland Yard. Inglaterra era así de peculiar. Gilbert, una vez dentro, navegó las dependencias atestadas de agentes e inspectores, un enjambre de hombres de uniforme, en apariencia caótico, pero capaz de organizarse como un preciso mecanismo de relojería si la ocasión lo requería. Se adentró por aquel laberinto de despachos y escritorios y apenas sintió añoranza de los tiempos en que era uno más de aquel grupo, y los casos en

los que trabajaba eran tan insulsos que no daban ni para una somnolienta conversación en el descanso para el té. Ese Gilbert Taylor quedaba en el pasado. A su paso, los agentes con los que había compartido escritorio le ignoraron. No se trataba de resentimiento, ni animadversión, simplemente ya no era parte de aquel mundo privado y exclusivo. Los maleantes que esperaban su turno en bancos cerca del detective de turno, en cambio, sí se fijaron en él. Unos le devolvían una mirada desafiante, otros mantenían una sumisa expresión de cordero degollado. De ninguno de ellos podía uno fiarse al completo. El de la cara de ángel estaba allí por raptar un niño, del que se había deshecho sumergiéndolo en las frías aguas del Támesis. El viejecito lloroso de la otra mesa había clavado su cuchillo a un pobre vendedor ambulante, sin mayor razón que la de que no le gustaba su voz. Algunos de aquellos criminales eran producto de las circunstancias, otros hacía tiempo que eran ellos esas circunstancias que afectaban al resto. Antes de entrar en el *Bureau for the Bizarre*, Gilbert había servido su tiempo como agente regular de Scotland Yard, y sabía que no todo era lo que parecía, aunque a veces una alimaña se asemejaba a una alimaña porque lo era.

El agente Taylor, tras dejar atrás un buen número de mesas desordenadas y despachos mal iluminados abrió al fin una puerta cuyo discreto cartel rezaba «Museo del Crimen». Aquel era el nombre oficial de la sala, aunque, desde hacía tiempo, todos la llamaban «el Museo Negro». El agente Bowsworth levantó la vista de su escritorio. Abierto, frente a él, se encontraba el libro de visitas oficial. Al ver a Taylor, Bowsworth extrajo de un cajón otro libro de visitas, uno rotulado simplemente como «B. B.», y Gilbert firmó en él, apuntando su nombre y la hora. Sin mediar palabra, Bowsworth volvió a guardar el libro en su cajón y retornó a sus informes. Taylor se preguntó cómo sonaría la voz del agente Bowsworth, nunca le había escuchado pronunciar ni una sola palabra.

Así, el agente Gilbert Taylor, del *Bureau for the Special Business of Bizarre Nature*, normalmente acortado a *Bureau for the Bizarre*, o incluso B. B.*,* cruzó el Museo Negro a grandes zancadas, sin atender a los artículos allí expuestos. Los había visto ya decenas de veces:

las varias sogas utilizadas para ahorcar a los convictos; los bustos creados con los moldes tomados de los ajusticiados en la Prisión de Newgate; el violín de Charles Peace, famoso criminal londinense que tocaba serenatas durante el día a los vecinos que robaría durante la noche... y decenas de otros artículos. Cuando el inspector Neame y el agente Randall se retiraron, no tenían forma de saber si su creación perduraría. Habían fundado aquella especie de museo, con el que pretendían instruir a los nuevos agentes en la detección y prevención del delito, y pronto, para su sorpresa, había ganado una mórbida fama dentro y fuera de la policía. Para Taylor, no había mucho que aprender de aquellos objetos, pero lo cierto es que, pese a su opinión, la exposición seguía vivita y coleando.

En una estantería que cubría gran parte de la pared descansaban diversas armas, desde cuchillos de carnicero a modernos y relucientes revólveres, todas relacionadas con algún crimen violento. Al llegar a ella, Gilbert echó la vista atrás. A excepción del silencioso Bowsworth, nadie más se encontraba en la sala en aquellos momentos. Gilbert accionó una pequeñísima palanca oculta bajo el tercer estante y desbloqueó el mecanismo que permitía girar la estantería y acceder a una estancia escondida tras esta. Allí se internó, y la estantería retornó, al cabo de unos instantes, a su estado inicial. En la nueva y espaciosa habitación se encontraba el escritorio del viejo Kidbury que, como era habitual, ni se dignó a prestarle atención.

—Buenos días —saludó Gilbert, por costumbre. Tanto Bowsworth como Kidbury eran inmunes a las normas de cortesía británicas. El viejo alzó la vista y se quitó sus gafas redondas, observándole en silencio.

—Tengo una cita con el jefe a las nueve —continuó Gilbert.

—Faltan dos minutos —dijo Kidbury con voz ronca y desagradable. Volvió a ponerse las gafas y continuó su trabajo.

El agente Taylor respiró hondo. Ciento veinte segundos de pie, junto a aquel cascarrabias, sin hacer nada, era mucho tiempo, pero era mejor que llegar tarde. Kidbury le hubiera echado de allí sin contemplaciones si eso hubiera llegado a ocurrir. Sin que lo

permitiera, nadie entraba en el despacho que había tras su escritorio y que custodiaba como un perro guardián.

Dos minutos exactos después, Kidbury se irguió, dejó sus gafas sobre la mesa una vez más, y renqueante se dirigió a la puerta del despacho contiguo.

—Señor, el nuevo está aquí —dijo el viejo Kidbury, abriendo la puerta, y tras una pausa, le hizo un gesto al agente Taylor para que entrara.

—Creo que ya va siendo hora de que deje de ser «el nuevo», ¿no cree? —dijo Gilbert en voz baja al pasar junto a Kidbury.

—No —respondió el viejo cerrando la puerta tras él.

—¡Gilbert, adelante, pase, pase! —le recibió Wincott, levantándose de su asiento y dándole un efusivo apretón de manos. Gilbert disimuló el aguijonazo de dolor en su brazo—. Siéntese.

El agente Taylor tomó asiento frente al escritorio de Silas Wincott, capitán del *Bureau for the Bizarre* de Scotland Yard. Al contrario que Kidbury, su mesa estaba libre de los informes y documentos que atestaban los escritorios de su subordinado. Salvo un cenicero y una pipa humante junto a él, nada más había sobre la mesa. En el despacho flotaba el olor dulzón del tabaco que siempre acompañaba al capitán.

—Hemos tenido algunas quejas sobre su último trabajo —dijo el capitán Wincott. Entre sus muchas cualidades, la de ser capaz de ir directamente al grano sin perder la sonrisa era una de las principales.

—Lo siento. No lo sabía —mintió Taylor.

—El Conde Percy, actual duque de Northumberland, nos ha mostrado su enojo por el hecho de que uno de nuestros agentes se haya hecho pasar por él.

—Lo entiendo, no volverá a suceder.

—Espero que no. En cualquier caso, supongo que le serviría para llevar a cabo su misión.

—Y para seguir vivo, señor. Está en mi informe. Las desapariciones ocurridas en la zona no eran debidas a ningún ser sobrenatural. Se trataba de una banda criminal que, después de atracar y asesinar a sus víctimas, se deshacían de los cuerpos en los

pantanales de la zona. Las historias que corrían por Rothbury acerca de los gnomos de Simonside les otorgaban un halo misterioso y mágico a sus fechorías, pero conseguí introducirme en su organización y deshacerla desde dentro. Créame que la única magia en ese asunto era comprobar que la gente cae en esas bobadas.

—Bien, bien. Me alegro. De que siga vivo, obviamente, no de que esas gentes se dedicaran al robo y al asesinato, ya me entiende.

—Perfectamente, señor.

—¿Sabe usted hablar español? —preguntó de repente Silas Wincott mirando a los ojos de Taylor.

—Sí, señor —respondió Gilbert, confundido. Ni por un momento dudó que Wincott conocía de sobra ese dato. Tampoco era capaz de adivinar el porqué de aquella súbita tangente en la conversación.

—Pues tendrá ocasión de practicarlo. —Silas Wincott se repantingó en su silla, no sin antes recoger su pipa, ya apagada, volver a encenderla y darle un par de chupadas. Los dos hombres se observaron en silencio un buen rato—. El duque de Northumberland ha «requerido» que le expulsemos del cuerpo —continuó Wincott, volviendo al tema anterior, sin alterar su tono tranquilo.

Gilbert palideció. Abrió la boca para proferir algún tipo de protesta, pero un gesto de Wincott le hizo volver a cerrarla.

—Le daremos largas, por supuesto —continuó—, pero es conveniente que desaparezca por un tiempo prudencial. Y da la casualidad de que tenemos una misión en España. Así que haga las maletas porque mañana partirá a ese país.

—Pero, capitán...

—No es algo que vayamos a discutir, agente Taylor. O bien acepta la misión o bien mañana se busca otra forma de ganarse la vida. Mentiría si dijera que me es indiferente, tiene usted un halagüeño futuro en nuestra organización. Ha cometido un error, pero de eso se aprende. El conde Percy, sin embargo, afirma que sus acciones han manchado su nombre.

—Ignoraba que el asunto fuera tan grave —dijo al fin Gilbert.

—En su informe ha obviado lo sucedido. Lo entiendo. Pero ciertas tendencias... «afectivas» transcendieron mientras se hacía pasar por el duque de Northumberland, razón por la cual se le está dando

mayor importancia de la que tiene. Como comprenderá, sus gustos y aficiones no son una sorpresa, ya las conocía antes de ofrecerle un puesto en nuestra organización. Las hemos ignorado porque ha sido discreto hasta ahora, pero tenga cuidado, un nuevo traspiés y no podré protegerle. Sería una tragedia que terminara en la prisión de Newgate, y más condenado por... bueno, usted ya sabe a qué me refiero.

—Le puedo asegurar que todo lo sucedido tenía como objetivo cumplir mi misión —dijo Taylor, aunque su voz era menos firme de lo que hubiera deseado.

—En tal caso, no se hable más. Su empeño entonces es muy loable. Volviendo a su nueva misión, el general Francisco Serrano nos ha pedido ayuda para crear en España una División al estilo de nuestro *Bureau*. Normalmente no le dedicaríamos mayor atención y declinaríamos la oferta con amabilidad. Estamos muy ocupados y faltos de personal, como bien sabe. Pero en este caso se dan varias circunstancias especiales.

—Una de ellas es un agente que no es bienvenido en la casa, espero que temporalmente, supongo —aportó Taylor.

—Muy a propósito. Otra circunstancia es que el general Serrano ha pedido ayuda a los franceses, y no lo va a usted a creer: han accedido a enviarle a alguien.

—¿También tienen ellos un agente caído en desgracia?

—Una agente, en este caso. Ignoro si caída en desgracia, aunque es probable que su presencia moleste, sí.

—¿Una mujer? —se sorprendió Taylor.

—Marie Poitiers. Supongo que ese apellido le sonará.

—¿Tiene algo que ver con Durante Poitiers?

—Es su hija —asintió Silas Wincott.

—¿La hija del director de la *division spéciale*?

—Así es. Pero, amigo mío, los franceses son así. Es sospechoso, en cualquier caso. Nunca se han caracterizado por echar una mano sin sacar nada a cambio. La conclusión lógica es que saben algo que nosotros no sabemos. Verá, hay una razón adicional por las que nos sería útil contar con alguien leal en España. Francisco Serrano, el

general al mando de lo que será el *Bureau* español, es el tutor de Mateo Sanz.

—¿De quién? —preguntó confundido el agente Taylor.

Wincott dejó la pipa sobre la mesa y se incorporó en su silla, mirando con detenimiento a Gilbert Taylor.

—El hijo de Bárbara Berwick. —Gilbert Taylor se sorprendió. La familia Berwick era muy influyente en las altas esferas británicas. Aunque Bárbara, la hija mayor del viejo Berwick llevaba mucho tiempo fuera del país cuando se hizo pública la noticia de su aciago final, en España, la noticia había conmocionado, en cierta forma y por un brevísimo espacio de tiempo, al país.

—No sabía que Bárbara Berwick había tenido un hijo.

—Hay cosas que solo sabemos algunos, agente Taylor.

—Pero, capitán, discúlpeme, no entiendo por qué es tan importante este chico... ¿cuál era el nombre?

—Mateo Sanz. —Wincott vació la pipa en el cenicero y se apoyó en su escritorio, entrecruzando sus dedos y mirando fijamente al agente Taylor—. El general Serrano, su tutor, como le he dicho, se ha llevado casi veinte años cambiando la residencia de este chico cada poco tiempo.

—¿Por qué? —interrumpió Gilbert.

—No estoy dentro de la mente del general, por lo que no sé la razón exacta. Pero si tuviera que aventurar una opinión, diría que ha pretendido alejarlo de la atención pública. Por lo tanto, es todavía más paradójico el hecho de que, según el mismo general, Mateo Sanz, en un futuro inmediato, pasará a formar parte de su organización.

—Sigo sin entender por qué es relevante.

—Déjeme que le resuma la historia. Bárbara Berwick fue una de nuestras mejores agentes. Nunca llegó a formar parte, oficialmente, de nuestra plantilla pero para todos los efectos era, como le he dicho, una de los nuestros. Yo mismo la conocí cuando daba mis primeros pasos en el *Bureau* y créame, era excepcional. A pesar de su valía, uno de sus casos terminó en desastre absoluto, y eso provocó que terminara su relación con Scotland Yard. No solo eso, sino que abandonó el país y contrajo matrimonio con un joven

español, Tomás Sanz, con quien tuvo un hijo. Bárbara y Tomás se dedicaron principalmente a labores de «inteligencia» en España, y uno de sus principales patronos fue el general Francisco Serrano, a quien habían conocido en Londres. Durante una de sus misiones, Bárbara Berwick cayó al vacío desde lo alto del Alcázar de Toledo. De cara al público, los dos integrantes del matrimonio Sanz-Berwick murieron en el accidente, aunque la realidad es que Bárbara sobrevivió. El general Francisco Serrano se convirtió en el tutor legal del hijo de Bárbara y Tomás, Mateo Sanz.

—Yo también creía que Bárbara Berwick había muerto, pero si, como me acaba de decir, sigue viva, ¿por qué está su hijo con el general Serrano y no con su propia madre?

—Aquí es donde la cosa se complica. El barón Abelard von Eigner recogió el cuerpo malherido de Bárbara tras su caída y se ha hecho cargo de ella desde entonces. No sabemos si Bárbara ha reclamado a su hijo y el general Francisco ha hecho oídos sordos, o qué razón de peso existe para que Mateo no haya vuelto con su madre. Lo que sí es cierto es que sabemos que Von Eigner lleva años vigilando a Mateo Sanz.

—Últimamente, Eigner está involucrado en muchos casos del *Bureau* —asintió Gilbert.

—Así es, él y su lugarteniente, Segundo Cruz...

—Lo conozco, no personalmente, pero he investigado algún caso en el que estaba implicado. Tenemos un dosier bastante abultado de sus fechorías. Es un tipo peligroso.

—Bien, pues entonces de sobra sabe que este asunto es demasiado a propósito para nuestros intereses como para obviarlo. Algo trama Eigner, y algo trama el general Serrano e incluso puede que Durante Poitiers, y eso me preocupa. Creo que la creación del *Bureau* español va a poner en movimiento ciertos resortes, y toda acción provoca una reacción. Quién sabe qué va a provocar Serrano. Si es así, quiero que usted esté allí. Será nuestros ojos y nuestros oídos, y si hay que echar abajo alguna conspiración perjudicial para nosotros, podrá actuar antes de que sea tarde. No queremos que suceda lo mismo que ocurrió con el equipo alemán.

—Así lo haré.

—Bien. Eso es todo —dijo Silas Wincott levantándose y acompañando a Taylor hasta la puerta—. Kidbury le tendrá preparado el pasaje para España y los detalles de nuestros agentes allí. Y un remedio para su brazo, la próxima vez no se quite el cabestrillo antes de entrar. Por Dios, no sé qué pretende demostrar. Y recuerde, controle su curiosidad, o sus instintos, o como quiera llamarle, o la próxima vez tendré que mandarle a China.

Antes de que Taylor pudiera responder, se encontraba afuera del despacho del capitán Silas Wincott y la puerta se cerraba tras él. Kidbury miró a Gilbert por encima de sus gafas, aburrido. Sobre su escritorio descansaba una carpeta y un pequeño bote de pastillas.

—Tómese una para el dolor. No más. El resto guárdelas para otras heridas, que seguro que vendrán.

Gilbert tomó el bote y se lo metió en el bolsillo.

—Supongo que no viajaré en primera esta vez, ¿verdad?

—Eso es todo. —El viejo ni siquiera levantó la cabeza, de nuevo enfrascado en sus informes.

—Que tenga un buen día, Kidbury —se despidió Taylor dirigiéndose hacia la estantería que le devolvía al Museo Negro de Scotland Yard.

—En primera, dice. Hay que ser pardillo —rezongó desde su escritorio el veterano agente.

El camino de vuelta a casa se le hizo largo al agente Taylor. El brazo le dolía, pero quería llegar a su apartamento antes de tomarse una de las pastillas que Kidbury le había proporcionado. Cansado, subió los cuatro pisos por una escalera oscura y húmeda, y abrió la puerta deseando derrumbarse en su cama.

—¡Gilbert!, creía que no llegarías nunca —le recibió, nada más abrir la puerta el elegante caballero que, sentado en su sillón, ojeaba un periódico.

—Yo también lo creía. —Gilbert fue a la cocina, abrió un grifo y dejó correr el agua hasta que adquirió un color menos terroso. Llenó un vaso, se tomó una pastilla, miró a su amigo y sonrió. Se tomó una segunda.

—Han estrenado una obra, *Paciencia*, y dicen que el personaje principal está basado en Oscar Wilde. He pensado que deberíamos ir

a verla. Ya sabes que siempre digo que Wilde va a ser uno de los grandes. Es un pálpito que tengo. He conseguido unas entradas, y te estaba esperando para que fuéramos.

—Me temo que no va a poder ser. Mañana parto de viaje y tendré que madrugar. Debería acostarme pronto.

—Pero si acabas de volver. —La decepción se reveló en el rostro de su visita—. No puedes irte otra vez, no nos ha dado tiempo a nada.

—El deber llama —respondió Taylor desde la cocina.

—¿Y cuánto tiempo vas a estar fuera esta vez?

—Demasiado. Quizás sería buena idea que usaras esas entradas con otra persona, no creo que la obra esté en cartel tanto tiempo.

—Eso no me ha sonado bien. Es como si quisieras que me fuera.

—Igual sería conveniente.

—Si eso es lo que quieres...

Gilbert no respondió. Se quedó en la cocina sin levantar la vista del vaso de agua vacío que aún sostenía. Escuchó cómo su amigo doblaba el periódico y lo dejaba sobre el sillón, los pasos que daba hasta la puerta, y cómo esta se abría, y se cerraba despacio después. No hubo portazos ni gritos. Esperó un buen rato, inmóvil, intentando no pensar en nada, y cuando notó que las pastillas hacían efecto y su cuerpo comenzaba a perder toda sensibilidad, se arrastró hasta la cama y, derrengado, se quedó dormido sin desvestirse.

21

De vuelta al presente...

—Así que, en realidad, estaba aquí para espiarnos. Creía que éramos amigos —dijo Mateo, contrariado ante la confesión de su compañero.

—No creo que ambos hechos se contradigan.

Mateo caminó de un lado a otro de la habitación, pensativo. Nunca había sido consciente de la importancia de la familia Berwick ni que él perteneciera a la misma, pese a su apellido. En realidad,

nunca se había interesado por sus orígenes, ni de saber más de sus padres o del resto de su familia. Y prefería pasar por alto el hecho de que Taylor también supiera que su madre seguía viva.

—Durante su pertenencia al Equipo Especial español, ¿qué ha averiguado? —preguntó, al fin.

—Que los españoles tienen tendencia a la impuntualidad —rió Taylor desde su cama.

—Déjese de bromas. Me refiero a algo que me pueda ser de utilidad para rescatar a Marie.

—No lo intente. La señorita Poitiers sabe cuidarse sola, debería saberlo. ¿Qué pretende, representar el papel del caballero de reluciente armadura que acude presto y solícito a rescatar a la dama?

Mateo se acercó a la ventana y echó un vistazo al exterior. Desde allí podía ver a su cochero esperándole. La noche se estaba tornando inhóspita, y un aire frío comenzaba a soplar en Madrid.

—No se trata de eso —dijo Mateo, devolviendo su atención a su compañero—. Pero me da la impresión de que nadie hace nada por Marie, que todos se lavan las manos, hasta su propio padre. Me quitaría de en medio con gusto si otro se ocupara. Alguien mejor preparado que yo.

—Creo que es usted muy capaz de conseguir lo que se proponga, pero piense un poco: el único que le ha pedido que vaya es el propio Eigner, a través de sus gentes.

—Mi decisión ya está tomada, ¿no puede ayudarme en algo?

Taylor suspiró, vencido.

—No sé dónde está Eigner, pero usted y yo, no hace mucho, conocimos a alguien que sí podría llevarle hasta él. —Mateo miró desconcertado a Gilbert, que al fin, tras girar los ojos en expresión de descreimiento, continuó—. El profesor Winslow, por supuesto.

Mateo suspiró. Cómo podía habérsele pasado aquello por alto. De súbito, llegó hasta ellos, a través de la ventana, el ruido de un nuevo coche que llegaba al hospital. Mateo se asomó a ver qué ocurría. Del carruaje bajaba un oficial de la Guardia Real, seguido de cuatro guardias más, en dirección a la entrada del hospital.

—Me parece que ya están aquí.

—¿Quién?

—La Guardia Real, supongo que ya que tengo «antecedentes» con ellos, por qué involucrar a cualquier otro cuerpo. Martínez Campos y Sagasta me instaron a abandonar Madrid. Después, la esposa del general Serrano me dio un billete para el próximo tren hacia Sevilla, con el encargo de embarcarme a América. Puesto que debo haber perdido ese tren, no están dispuestos a que pierda el siguiente.

—¿Y cómo saben que está usted aquí? —preguntó Taylor.

—Me encontré con monsieur Poitiers, el padre de Marie, y le comenté que pretendía rescatar a su hija. No parecía que le alegrara mucho mi decisión. Tras nuestra breve reunión, no le costaría mucho averiguar a dónde dirigiría mis pasos.

—¿Y qué pretende hacer, entonces? —preguntó el inglés, al tiempo que se levantaba de la cama, y en camisón, se dirigía a un pequeño armario.

—Por una vez quiero ser yo el que decida. No quiero irme a América. No quiero olvidarme de todo. Quiero asegurarme de que la señorita Poitiers vuelve sana y salva.

—En tal caso, tome —dijo George, volviéndose. Le tendió su Derringer y su sombrero, que había rescatado del armario—. No puede ir por ahí sin los complementos adecuados.

—Gracias —dijo Mateo, sin saber qué decir. Se puso el sombrero y guardó el revólver en un bolsillo interior de su chaqueta—. Se lo agradezco, pero me temo que no tengo mucha escapatoria. —Desde la habitación se escuchaba el ruido de los guardias subiendo por las escaleras del hospital.

—Tonterías. Si no se puede ir por la puerta, también hay ventanas.

—¿Es que no ve que hay rejas? —dijo Mateo, riendo ante la ocurrencia.

—Sí, pero rejas o no rejas, este edificio se cae a trozos —insisitió Taylor—. ¿Recuerda que cuando usted entró en la habitación le recibí empuñando mi revólver?

Mateo asintió, y el inglés se encaminó cojeando a la entrada de la habitación.

—Estaba preocupado por Segundo Cruz —continuó Gilbert—. Pensé que vendría a terminar el trabajo. Así que me aseguré de tener una salida alternativa. Me entretuve en soltar esa reja de la ventana. Caerá a poco que la empuje usted, Mateo. Salga a la cornisa y baje hasta la calle agarrado a los canalones por los que descienden las aguas.

Mateo palideció. Solo pensarlo le producía un ataque de vértigo.

—O entréguese —dijo el inglés—, pero decídase antes de que yo salga ahí afuera a hacer teatro.

—Haga su teatro entonces, y gracias, Taylor.

Mateo no obtuvo respuesta. Gilbert había salido ya al pasillo. Por la puerta abierta se escuchaba a los guardias acercándose por el pasillo.

—Socorro —le oyó gritar a su compañero—. ¡Sanz ha estado aquí y me ha intentado asesinar! Ha subido al piso de arriba, síganle, rápido.

Mateo aprovechó la conmoción para abrir la ventana y empujar la reja tal y como le había conminado Taylor. Tenía razón, estaba herrumbrosa y apenas se sujetaba. El hierro se soltó con facilidad de la pared con solo tocarlo. Afuera, en el pasillo, Taylor seguía gritando como un enajenado, enviando a los guardias en todas las direcciones excepto en la de la habitación. Mateo dejó la reja en el suelo, y sin hacer ruido salió a la cornisa. No era mucha la altura, pero aun así, demasiada para él. Tenía que darse prisa, podía escuchar desde allí cómo los guardias comenzaban a impacientarse con las instrucciones contradictorias de Gilbert. El resto de pacientes se asomaban a las puertas de sus habitaciones a quejarse por el escándalo, preguntándose también a voces qué puñetas estaba sucediendo y contribuyendo al desconcierto y la desorganización general.

Para llegar al canalón que debía asistirle a descender al suelo, Mateo tenía que avanzar lateralmente, pegada su espalda a la pared; apenas había espacio en la cornisa. Así lo hizo, paso a paso, con el corazón acelerado, y con tal lentitud que parecía que nunca lo conseguiría. Maldijo para sí. Odiaba las alturas. Aventuró una mirada

hacia abajo. Su coche, con su adormilado cochero, se encontraba prácticamente debajo del canalón.

—¡Alto a la Guardia Real! —gritó un guardia asomándose a la ventana. El hombre tenía un bigote frondoso y amenazante que temblaba acompasado al ritmo de su grito.

Mateo lo ignoró, y se abrazó al canalón que acababa de alcanzar. Agarrado a él con sus manos, y con sus pies contra la pared, inició el descenso. Un desgarrador chirrido le hizo darse cuenta de que el improvisado plan de Taylor no había contado con que, si la reja de la ventana se soltaba con tanta facilidad, lo mismo sucedería con el canalón. En efecto, la tubería se estaba desprendiendo de la pared. El guardia seguía gritándole cuando el canalón empezó a tambalearse, con Mateo aferrado a él como un náufrago a un salvavidas.

El cochero, alertado por el ruido, le miraba estupefacto desde su asiento en el pescante. Sin pensárselo dos veces, Mateo saltó al vacío con la esperanza de caer en el techo de coche. Esperaba que por lo menos así, en lugar de romperse la cabeza, se quebraría algo menos vital, como un par de extremidades, por ejemplo. Para su sorpresa, atravesó el techo del coche sin que el impacto fuera tan perjudicial como esperaba, y terminó tendido, entre astillas y trozos de madera, en los asientos interiores del carruaje. Mateo aún se maravillaba de seguir sano y salvo cuando el resto del canalón terminó de caer a la calle, con un terrible estrépito, espantando los caballos de los carruajes que esperaban en la puerta del hospital, y despertando a los vecinos del barrio.

El cochero asomó su cara estupefacta por el destrozado techo del carruaje.

—Diez pesetas por sacarme de aquí a toda prisa —acertó a decir Mateo, sin aliento. Casi inmediatamente, el rostro del cochero desapareció, dejando a la vista el cielo estrellado. Un látigo restalló y el coche emprendió su marcha a toda velocidad. La noche, no obstante, se había llenado de ruidos, perros que ladraban, gentes que se quejaban a viva voz, guardias que daban el alto, y un señor inglés que por la ventana de su habitación del hospital gritaba entre risas «¡Vamos, duque del pepino!».

Los caballos que tiraban del coche no eran muy rápidos, pero pronto habían dejado atrás todo el jaleo y cabalgaban por entre calles vacías. Mateo se puso de pie y asomó la cabeza por lo que antes había sido un techo y ahora era una ruina de maderas desvencijadas y telas rasgadas.

—¿Por qué no nos persiguen? —preguntó Mateo al hombre que, imperturbable, manejaba el carruaje de manera experta por las calles de Madrid.

—El ruido de esa tubería que ha caído espantó a sus caballos y por cómo salieron corriendo ya deben estar por Moncloa —respondió el cochero.

—¿Y los suyos no se asustaron? —preguntó Mateo.

—Los míos son viejos y están ya medio sordos. A éstos, pocas cosas les alteran ya, y el ruido menos que nada.

—Lamento haberle roto el techo, por cierto —se disculpó Mateo.

—Bah. —El cochero escupió. —Con esas diez pesetas que me va a pagar lo pondremos nuevo. ¿Adónde vamos, por cierto?

—Vamos al Fronda de Inglaterra. Hay algo que tengo que recoger allí.

No era demasiado tarde, pero las calles, por una vez en la capital del reino, estaban desiertas. La noche había ido refrescando gradualmente hasta que ya era, definitivamente, fría y desapacible. Las estrellas habían desaparecido tras unas nubes ominosas. Mateo temió que si llovía, dado que por su culpa el coche carecía de techo, se iba a calar de la cabeza a los pies. Pararon, al fin, en la puerta del hotel, y Mateo se aprestó a salir.

—Eh, espere —le espetó el cochero—. Me debe diez pesetas. No, miento. Diez pesetas por salir pitando y cincuenta céntimos por esperarle en la puerta del hospital. Más la carrera.

—Así es, veo que lleva la cuenta. Volveré a salir, no se preocupe.

—Sí, ya. Si supiera cuántos han dicho lo mismo que usted. Págueme mi dinero, y después hablaremos. ¿Quién me dice a mí que no va usted a salir por una puerta trasera? A ver si voy a terminar con el coche roto y sin un real.

Mateo suspiró y echó mano del sobre en el bolsillo interior de su abrigo. Si seguía gastando dinero a aquella velocidad, no iba a llegar muy lejos.

—Espéreme, no se vaya. Si quiere seguir cobrando, claro —le dijo, tras entregarle el dinero.

—Me parece que me ha tocado la lotería con usted. —El cochero se guardó el dinero con una sonrisa.

Mateo entró en el hotel. A esa hora estaba desierto. Una vela iluminaba débilmente la recepción donde un empleado le observaba acercarse con mirada suspicaz.

—La llave de la habitación treinta y tres —dijo Mateo, aparentando seguridad.

—¿Es usted acaso huésped en nuestro establecimiento? —dijo el recepcionista arqueando una ceja.

—¿No tendrá usted otro hermano, también recepcionista?

—Me temo que soy hijo único.

—No crea que tanto —respondió Mateo con desdén.

—¿Que tanto qué?

—Tan único. Que no es usted tan único. Hoy mismo he estado hablando con uno que es igualito a usted.

—Disculpe, no sé a qué se refiere.

—Olvídelo. Mire, si le ofrezco, digamos, una peseta, ¿me va usted a dar la llave de la habitación treinta y tres? —preguntó Mateo cambiando de tema.

—Por supuesto que no. ¿Qué se ha creído usted? Este es un hotel respetable.

—Claro que sí. Y, dígame, ¿dónde está el portero?

—No creo que le importe —respondió el recepcionista un poco confundido con preguntas tan dispares—, pero puedo llamarlo si lo necesita. —Levantó la mano para golpear el timbre, pero Mateo apartó el timbre con rapidez.

—No creo que haga falta. Pero bueno es saber que no está aquí. Y ahora, escúcheme bien, ¿ve este revólver? —Mateo extrajo la Derringer que le había dado su compañero Taylor y apuntó al recepcionista—. Pues estese calladito, coja la llave de la habitación

treinta y tres y venga conmigo. Como se le ocurra alertar al portero, igual aprieto el gatillo y va a ir usted a visitar a su difunta madre.

—Pe... Pero mi madre no es difunta, si vivo con ella —dijo el recepcionista con voz temblorosa.

—Claro que vive con ella, por supuesto, debería haberlo adivinado. Coja la llave, y abra camino, y como me la juegue, le mato a usted y a su señora madre. Para que sigan juntos muchos años. Traiga la vela también, no querrá que vayamos a oscuras.

—No entiendo por qué me trata así, si yo no lo conozco de nada —dijo el recepcionista, con voz temblorosa, saliendo de la recepción con la llave y la vela.

—Digamos que le he cogido manía a los recepcionistas.

Mateo guio a su rehén hasta la habitación treinta y tres. Una vez dentro, le ordenó que descolgara el retrato de la reina Victoria, y no pudo evitar una sonrisa de satisfacción al contemplar la cara que ponía el recepcionista cuando, tras accionar la palanca, la pared se retiró y dejó al descubierto un pasaje secreto.

—Venga, adelante, que no hemos terminado. —Mateo empujó a su rehén al interior del pasadizo, mientras la pared volvía a bajar tras ellos. Avanzaron iluminados tan solo por la luz de la vela hasta la pesada puerta de madera que daba paso a los dominios de fray Ángel. Al llegar, Mateo se adelantó y tocó con los nudillos, para volver a retroceder y dejar al recepcionista frente a la puerta. Tras unos segundos, una mirilla a la altura de la cara se deslizó, y el ojo de fray Ángel apareció en ella.

—¿Quién es usted? —preguntó el fraile sorprendido.

—Yo... soy Policarpo Peláez —respondió el recepcionista, sumido en la confusión.

—Abra, fray Ángel, viene conmigo —dijo Mateo, detrás del pobre hombre.

—¿Mateo? —preguntó el religioso.

—El que viste y calza.

—Hay algo diferente en usted. ¿Ha bebido?

—Me temo que no, ojalá lo hubiera hecho. ¿Me va a abrir? Tengo un poco de prisa.

—No sé si debería. Es un poco irregular todo esto.

—¿Es Mateo? —se escuchó la voz del profesor Winslow tras la puerta—. Abra de una vez, por Dios. Déjeme que hable con otra persona que no sea usted, antes de que me vuelva loco.

La mirilla se cerró de nuevo y el familiar ruido del cerrojo anunció que fray Ángel había sido convencido. La puerta se abrió.

—Adelante, no sea tímido, entre usted, Policarpo. —Mateo empujó al recepcionista con la punta del revólver.

La sala seguía tal y como el joven Sanz la recordaba: velas chorreantes de cera, estanterías repletas de libros antiguos y artilugios a cada cual más extraño, amontonados sin orden ni concierto. En el escritorio de fray Ángel descansaba el Libro de Registro, el *Convictorum*.

—¿Y este quién es? —preguntó Winslow.

El recepcionista miró hacia abajo, siguiendo el sonido de la voz, y descubrió con terror, a sus pies, al muñeco de madera que hablaba. Se desplomó, inconsciente, en el suelo, incapaz de soportar tantos sobresaltos.

—Ese señor es Policarpo Peláez —respondió fray Ángel a la pregunta de Winslow, mientras Mateo se arrodillaba junto a él y le tomaba el pulso.

—¿Se conocen? —preguntó Winslow.

—Es la primera vez que nos encontramos —dijo el hermano Ángel encongiéndose de hombros.

—El señor Peláez —intervino Mateo— es el recepcionista del hotel. Está bien, solo se ha desmayado.

—Mateo, no puede usted traerse aquí a cualquier amigo que se le ocurra —le reconvino fray Ángel.

—Bueno, como acabo de decir, no es un cualquiera, es el recepcionista del hotel. La llave de la habitación la tiene el general Serrano, y la última vez que le vi, ni caí en pedírsela ni estaba en condiciones de dármela. Si lo hubiera hecho, el señor Peláez no estaría aquí desmayado, seguiría en su recepción del hotel juzgando condescendiente a todos los que se acerquen a su mostrador.

—¿Qué ha pasado, Mateo? ¿Por qué ha...? —preguntó Winslow antes de quedarse inmóvil a media frase.

—Hay que darle otra vez cuerda —suspiró fray Ángel—. Es insoportable. Hay veces que dura una hora, y otras que tan solo cinco minutos.

—El mecanismo no debe ir muy bien —dijo Mateo, mientras el religioso giraba la llave en la espalda de Winslow—. Parece que se han hecho muy amigos. No lo hubiera creído posible, si no recuerdo mal, la última vez que nos vimos no estaba usted muy contento.

—Amigos no somos, pero reconozco que, al menos, tengo alguien con quien hablar. Y si no me interesa mucho su conversación, solo tengo que esperar un poco a que se le acabe la cuerda.

—Me alegro. Y también porque Winslow parece estar de buen humor. Creía que estaría enfadado conmigo, por haberlo dejado aquí —dijo Mateo.

—No se engañe, estaba furioso, pero al encontrarse entre tanto artificio ha reconsiderado sus objetivos —dijo fray Ángel abriendo los brazos, señalando todos los artilugios y libros de la sala—. Se ha dedicado a recatalogarlo todo. Como si hiciera falta.

—¿... venido aquí sin el general? —terminó Winslow su pregunta, una vez fray Ángel terminó de darle cuerda.

Mateo suspiró. Tomó unos libros que ocupaban una silla y los dejó en el suelo. Luego, se sentó y les contó lo sucedido desde que había abandonado aquel lugar por última vez.

22

Tanto fray Ángel como Winslow atendieron interesados el relato de Mateo aunque a veces no era fácil discernir si el profesor estaba absorto en lo que contaba el joven Sanz, o bien se le había acabado la cuerda. Policarpo Peláez, mientras, seguía dormido, quizás soñando que un terrorífico muñeco, viejo y descolorido, le perseguía por un tenebroso pasadizo.

—Lo que más me intriga de todo esto es que haya venido aquí a contárnoslo a nosotros —dijo fray Ángel.

—La razón es sencilla. He decidido rescatar a la señorita Poitiers, y el único capaz de decirme dónde está el barón Von Eigner es el

profesor Winslow.

—¿Piensa ir a rescatar a su compañera? Permita que me ría —dijo Winslow—. Durante el breve tiempo en que la he conocido, la señorita Poitiers ha dado muestras de ser perfectamente capaz de apañárselas sin usted. Y en segundo lugar, si Segundo ha entregado a Eigner el último pedazo del espejo, no va a pillarlo desprevenido. Con el espejo completo sabrá lo que va a pasar. Es probable que nos esté viendo ahora mismo desde su escondrijo en Austria, así que aproveche para saludarlo.

—No puede ser —objetó Mateo—. Segundo Cruz no puede haber llegado a Austria tan rápido.

—Es cierto —caviló Winslow—. Aun así, sin que Eigner tenga en su poder el último trozo, sigue estando usted en clara desventaja. El espejo, incluso incompleto, funciona. Le enseñará varias imágenes y entre ellas alguna será fiel reflejo de lo que, en efecto, sucederá. Además, en cualquier caso, no pienso acompañarlo. ¿Acaso olvida que Eigner mandó a uno de sus secuaces a acabar conmigo? No pienso ponerle en bandeja una segunda oportunidad.

—Si me acompaña le dejaré libre después. ¿No es lo que quería?

—¿Libre? ¿Libre para qué? ¿Cuánto tiempo disfrutaré de esa supuesta libertad? ¿Una hora? Hasta que se agote el mecanismo y no tenga a nadie que me dé cuerda. Aquí al menos tengo al hermano Ángel para esa tarea y todas estas maravillas que nos rodean al alcance de mi mano. Ejemplares del *Ignis et Infernum*, o un reloj que marca la hora de tu muerte...

—Recuerdo ese reloj, sí...

—¿Y pretende que deje todo esto para irme con usted?

—Tenía esa esperanza —reconoció Mateo.

—Pues ya... —El profesor Winslow se quedó parado en mitad de la frase. Mateo hizo un gesto para impedir que fray Ángel le diera cuerda.

—Supongo que tendrá por ahí la maleta en la que le traje, ¿verdad?

—No es muy ético lo que se propone hacer —se quejó el fraile.

—No lo es, no. Supongo que le disgustará que le robe al compañero, pero prometo devolvérselo. Ahora, sin embargo, lo

necesito.

—¿Y qué va a hacer usted con este hombre? —preguntó fray Ángel, señalando al recepcionista, aún dormido.

—¿Con Policarpo? Si le digo la verdad, estoy tentado de dejárselo aquí como compañía, pero no se preocupe, me queda una botellita de las dos que me dio Eloísa, la que contiene el elixir que borra la memoria. Se lo tomará y el desdichado volverá a la recepción del hotel sin recordar lo ocurrido.

—Veo que lo tiene muy claro. Como las otras veces —dijo el fraile.

—¿A qué otras veces se refiere? —preguntó Mateo, confundido.

Fray Ángel se quedó inmóvil por un momento. Parecía no saber muy bien qué decir ni qué hacer.

—¿Ha experimentado alguna vez la sensación de haber vivido ya el momento actual? Con usted me sucede a menudo —dijo el fraile.

—¿Se refiere al *déjà-vu*?

—Es algo más que eso. Siento que he vivido las mismas experiencias una y otra vez. Es una especie de sueño, del que despierto, y entonces lo que he soñado se vuelve realidad, solo para darme cuenta de que sigo dormido y estoy a punto de despertar.

—Necesita salir de aquí, no creo que este lugar le esté haciendo ningún bien a su cabeza.

—Esa es, precisamente, la respuesta que siempre me da —dijo fray Ángel—. Lo he vuelto a hacer, ¿verdad? —continuó el fraile, al observar el semblante preocupado de Mateo—. Por su expresión deduzco que nunca antes hemos hablado de esto. Para mí, sin embargo...

—Estoy seguro de que existen muchas explicaciones para lo que le ocurre.

—Las habrá, pero en el fondo, tiene usted razón. Es difícil concentrarse en este sitio. Y ahora que lo pienso... ¿le di la carta? No lo recuerdo. Creía que ya lo había hecho. Quizás siempre creí que lo había hecho y nunca se la entregué, ¿no cree?

—Fray Ángel, me temo que no le estoy entendiendo en absoluto.

—Sígame —dijo fray Ángel. Sin mirar atrás, se encaminó a algún lugar entre las estanterías.

Mateo dudó por un instante. Estaba tardando más de lo que había previsto, y cada minuto contaba cuando se tenía a la Guardia Real detrás de uno. Al final, aunque intranquilo, le siguió.

Desde la entrada, el almacén de fray Ángel era pequeño, casi insignificante, pero a medida que Mateo se adentraba entre las estanterías, éstas parecían no acabarse nunca. Que Winslow encontrara el lugar fascinante no era de extrañar. Estaba abarrotado de calaveras, libros, crucifijos, pinturas, dagas... toda clase de objetos a cual más dispar. Poco a poco se alejaban del lugar donde Policarpo y Winslow dormían, y la oscuridad se hacía más densa. El camino, alineado de estanterías, se hacía sinuoso y estrecho, y pasadas un par de encrucijadas en las que varios de aquellos pasillos se entrecruzaban, Mateo llegó a la conclusión de que si el religioso desaparecía justo en aquel momento, no sería capaz de encontrar la forma de regresar por sí solo.

—Es aquí —dijo oportunamente fray Ángel.

Desde el lugar en que se habían detenido una pequeña habitación estaba a la vista. Mateo asumió que sería el dormitorio del fraile. Una pequeña vela, encendida, iluminaba un jergón que, sin necesidad de probarlo, se adivinaba incómodo y frío. Mateo sospechó que aquel cirio, que apenas iluminaba el cuarto, nunca se consumía. Fray Ángel entró en la habitación y lo tomó. La débil llama alumbró fantasmalmente el rostro dentro de la capucha y por primera vez, Mateo fue capaz de ver el rostro demacrado del fraile. Éste abrió otra puerta, contigua a su cuarto.

—Entre usted solo, si no le importa. Ese hombre me asusta —le dijo, pasándole la vela.

Mateo no preguntó quién era el hombre al que se refería. Había comprobado que el fraile tenía momentos en los que no tenía la cabeza en su sitio, y sin duda, ese era uno de ellos. Se internó en la habitación. El hedor a muerte y la sensación asfixiante le recordaron a las catacumbas de San Simeón Piccolo. Aunque el cuarto en el que había entrado no era muy grande, la ondulante llama de la vela luchaba por ahuyentar la espesa oscuridad que la abrazaba y parecía, por momentos, que no tendría éxito.

La carta a la que debía referirse el hermano Ángel descansaba sobre una mesita pequeña. Tomó el sobre y se acercó a la llama para leer lo que en él había escrito. Era su nombre, «Mateo». No había allí luz suficiente para poder examinar su contenido, por lo que se dio la vuelta para abandonar el lugar. Al hacerlo, por el rabillo del ojo, le dio la impresión de que una figura le observaba, inmóvil, sentada en un sillón. Sobresaltado, levantó la vela en aquella dirección, y descubrió que, en efecto, lo que alguna vez fue un hombre le observaba. De él tan solo quedaban huesos ya, un esqueleto del que colgaban algunos jirones de tela, vestigios de la ropa que vestía cuando estaba vivo y que el paso del tiempo había ido desintegrando. Le miraba con sus cuencas vacías y una eterna sonrisa de calavera. No pretendía acercarse, pero un brillo metálico, a la altura de las manos del esqueleto, le llamó la atención. Lentamente, se aproximó a examinarlo. Con estupor comprobó que los dedos no eran de hueso, sino de hierro, unas falanges de metal que arrancaban destellos bajo la luz de la vela. No era sorprendente que el hermano Ángel tuviera problemas para interpretar la realidad, aquel lugar no era saludable. Solo al salir y cerrar la puerta tras él, se permitió Mateo un suspiro de alivio.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó—. Tiene que haber muerto hace muchos años. Muchos.

—¿Usted cree? El tiempo es relativo aquí dentro. A veces pienso que ocurrió ayer, otras veces pienso que en realidad nunca ocurrió —dijo el hermano Ángel—. En cuanto a quién era, la carta le explicará todo, no me cabe duda. Al menos eso me aseguró antes de morir.

—La leeré más tarde, esto me ha llevado más tiempo del que dispongo.

Volvieron a la sala en la que Policarpo empezaba a dar señales de estar a punto de despertar. Mateo guardó el muñeco del profesor en su maleta.

—Tome, querido amigo, necesitará esto —dijo el hermano Ángel, entregándole un pergamino. Lo había tomado en el camino de vuelta, de un pequeño montón en una de las estanterías.

—¿Qué es? —dijo Mateo, abriéndolo.

—Una bula papal.

Mateo levantó la vista del pergamino y la clavó en el hermano Ángel. ¿Era ese otro de sus «episodios» en los que creía recordar cosas que no habían sucedido?

—Créame, lo necesitará, y seguro que encontrará cómo usarla —aseguró el fraile.

—Confío en usted —dijo Mateo, guardándoselo, sin terminar de leerlo, junto a la carta, en el bolsillo de su chaqueta—. En cualquier caso, siempre me vendrá bien un documento que me garantice el acceso al cielo, a pesar de mis pecados.

—No se trata de esa clase de bulas. Y ahora que caigo —fray Ángel abrió un cajón de su escritorio y extrajo un frasquito diminuto que le tendió a Mateo—, también le hará falta esto. Agua bendecida por Clemente IV.

Antes de que Mateo pudiera aclarar el motivo de esos regalos, Policarpo Pérez, recepcionista nocturno del hotel Fronda de Inglaterra, se incorporó.

—Dios mío, esperaba que hubiera sido una pesadilla —gimió desolado al mirar alrededor.

—Bienvenido, señor Pérez —le saludó Mateo—. No se preocupe, le garantizo que, en breve, no recordará nada de lo que ha pasado aquí. A no ser que se beba el agua del estanque de Carlos Linneo, claro está.

Diez minutos más tarde, Mateo salía del hotel con una maleta en la mano.

—Por fin llega, creía que ya no saldría de allí. Estaba a punto de largarme —le dijo el cochero.

—¿Tiene usted a alguien que le esté esperando? —preguntó Mateo acomodándose en el asiento y posando la maleta a sus pies.

—¿A mí? Bueno, está mi señora, pero esperando, esperando... A estas alturas de la vida ya no espera nada de mí. Salvo dinero, claro.

—Pues vámonos a Barcelona. Bueno, exactamente, a un pueblo que se llama —Mateo extrajo la tarjeta que Narciso Monturiol le había dado, hacía un tiempo ya, y leyó lo que en ella decía— San Martín de Provensals.

El cochero se encogió de hombros.

—¿Por cuánto? —preguntó.

—Digamos trescientas pesetas.

—Por trescientas pesetas mi mujer me espera lo que haga falta —respondió el cochero haciendo que sus caballos emprendieran la marcha. Mateo se recostó sobre el incómodo asiento y se ajustó el sombrero bombín de Taylor para que la claridad no disturbara su sueño. Por primera vez en su vida, empezaba a ver claro.

El camino hasta San Martín de Provensals no estuvo exento de incidentes. El sol, la lluvia y el viento probaron ser lo suficientemente molestos como para que decidieran hacer un alto para al menos aplicar un remiendo temporal al techo de la berlina. No fue la única parada, a ésta hubo que añadir largas pausas para que descansaran los lentos caballos, así como interrupciones inesperadas por averías —aquel carruaje no estaba hecho para los caminos fuera de la capital—, y por supuesto tuvieron que detenerse en una fonda para dormir, en una venta para almorzar, y en otra para cenar... Mateo veía disminuir con rapidez tanto el montante del sobre que Eloísa le había dado, como la posibilidad de alcanzar a Segundo Cruz y rescatar a Marie con presteza. Si hubiera tomado la diligencia Madrid-Barcelona, o el mismo tren, se hubiera ahorrado tiempo y dinero, pero en tal caso se hubiera arriesgado a que las autoridades dieran con él más fácilmente. Por su cuenta iba lento, pero seguro.

No fue hasta el segundo día, que, arrullado por el traqueteo, en la soledad del interior del carruaje, se decidió a leer la carta que, a su nombre, había dejado el hombre de los dedos metálicos.

DEL TIEMPO PERDIDO

No puedo comenzar esta carta diciendo «Querido Mateo». Si lo hiciera, me temo que la romperías en pedazos y no leerías más allá de esas dos palabras. No me extrañaría. A estas alturas, poco amor me profesarás, y creo que no estaría muy equivocado si, en algún momento, has llegado a tener la certeza de que esta ausencia de cariño es recíproca. Me temo, sin embargo, que ahí errarías, pero ¿para qué discutir? No pretendo convencerte, tan solo quiero que sigas leyendo estas líneas. Tengo una historia que contarte, mi historia, que en realidad, es nuestra historia, porque nuestros caminos, y el de muchos otros que reconocerás, se cruzan, una y otra vez. Te ruego que prestes atención, es importante que lo hagas porque, sinceramente, tengo el convencimiento de que solo tú puedes enmendar un grave error que nos está afectando a todos.

No te preocupes, seré breve. Al fin y al cabo, no me queda otro remedio. Se me acaba el tiempo.

En primer lugar, has de saber que todo lo que te voy a relatar habrá sucedido, pero si tienes esta carta en tus manos significará que, al mismo tiempo, no lo habrá hecho. Es complicado, lo sé. No tiene sentido. Aún.

La vida es una maldita obra de teatro en la que, mal que nos pese, todos tenemos un papel que cumplir. A mí me ha tocado ser el villano. No me quejo, ni tampoco me arrepiento de mis crímenes. Lo cierto es que, en muchas ocasiones, casi disfruté cometiéndolos. No siempre fui una mala persona, pero eso no es ningún mérito. Tú también eras una buena persona, y tu madre. Yo os maté a los dos.

Supongo que después de esta revelación pensarás que he perdido el juicio y añadirás una nueva tacha a la pobre percepción que tienes de mí. Estarías, en parte, equivocado. Sí, Mateo, soy una persona despreciable pero no estoy loco. Te imploro que sigas leyendo, prometo explicártelo todo en esta carta. No deseo que la muerte me alcance con todos estos secretos en mi alforja y ya siento su fría presencia en esta habitación donde te escribo. Ojalá tenga la decencia de aguardar a que concluya mi carta.

Firmado: Segundo Cruz.

1

Segundo tenía sed. No sabía cuánto tiempo más podría seguir allí sentado, con las manos atadas a su espalda y sus piernas sujetas, también, a las patas de la silla. Apenas podía moverse pero, a pesar de la incomodidad, en algún momento se había quedado dormido. Ahora que había despertado, la sed le estaba volviendo loco.

Escuchó la puerta tras de sí, y unos pasos que se acercaban.

—Un poco de agua, por piedad. —Su voz, áspera y seca, sonó como arena en un mortero.

El visitante ignoró su ruego y tomó asiento en la silla que estaba dispuesta frente a él. Segundo hizo un esfuerzo por levantar la cabeza.

—Un poco de agua, se lo ruego —mendigó, de nuevo.

—Nunca he estado en Guayama. —El hombre que se sentaba frente a Segundo cruzó una pierna sobre otra. Le miraba serio y expectante. De todas las formas posibles de iniciar una conversación, un interrogatorio, o lo que fuera aquello, no hubiera apostado por aquella.

Segundo bajó la cabeza, un vistazo le había bastado para saber quién era su interlocutor. Máximo Gómez era un hombre muy delgado, con un espeso bigote de pelo blanquísimo. En su mentón, además, una perilla que le insuflaba un aire de rico terrateniente del sur de Estados Unidos, aspecto que también se había hecho popular entre sus equivalentes caribeños. Su frente era amplia y despejada y poseía unos ojos inteligentes, de mayor tamaño de lo que parecían cuando usaba lentes, y que se clavaban en el alma de aquellos que tenían la desdicha de encontrarse en circunstancias como las de Segundo. Antes de aquel día, Segundo solo había visto al general Gómez en una foto, pero a pesar de que en ella vestía de uniforme, y ahora iba de civil, no necesitó más para reconocerlo. Era irónico, sus esfuerzos por infiltrarse en el círculo íntimo del general insurgente habían sido infructuosos. Tanto tiempo invertido buscando la forma de reunirse con él en privado, y ahora lo tenía frente a él.

—Debe ser bonito —continuó el general Máximo Gómez.

—¿El qué?

—Guayama, por supuesto.

—No lo sé. Me temo que ha habido un error. —A Segundo la voz se le quebraba en la garganta.

—Quiero que sepa que no le culpo. Como sabe, yo también luché con el ejército español cuando Santo Domingo buscaba su independencia. Todos tenemos pecados de que arrepentirnos, ¿no cree?

—Por Dios, un poco de agua...

—Sí, un poco de agua, lo sé. Ya me la ha pedido antes. Tenga un poco de paciencia, Segundo. Hay cosas de las que tenemos que hablar.

—Yo no...

—Por Dios, no sea imbécil. No me niegue que es Segundo Cruz. No me tome a mí ni a mis mambises por idiotas. Como ya le dije, le comprendo, el que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Aun así, el hecho es que usted, Segundo Cruz, natural de Guayama, Puerto Rico, es un espía de España. Y, siento mucho decirle, eso hace de usted un traidor a la causa. No se le ocurra decirme alguna tontuna obvia, como que Puerto Rico no es Cuba, u otra sandez por el estilo. No pretendo debatir sobre eso. Si yo digo que es un traidor, lo es. ¿Sabe cómo castiga España a los traidores?

Segundo levantó de nuevo la cabeza, y volvió a mirar al general Máximo Gómez. A pesar de la escasa luz en la habitación, y los ojos hinchados a causa de los golpes recibidos, era capaz de apreciar con nitidez a su captor, y la serenidad con que aquel hombre enjuto y contenido le contemplaba le producía escalofríos.

—¿Con la horca? —respondió al fin Segundo.

—O el garrote. Pena de muerte, en cualquier caso, sí. Al menos cuando los traidores procedemos de las colonias, claro. Si no, un corto destierro es más que probable la única consecuencia. La mejor de las penas, solo hay que esperar que cambien los colores de los políticos al mando y el desterrado volverá a casa y será recibido como un héroe. Visto lo visto, un par de meses. A lo sumo.

—Pero yo...

—Usted es un pobre idiota que aún no se ha dado cuenta del bando que debería haber elegido. Pero no se preocupe, en Cuba seremos muchas cosas, pero no nos mueve la venganza. Y yo, en particular, soy un hombre cristiano.

Segundo, a su pesar, no pudo reprimir una carcajada. Máximo Gómez distaba mucho de ser un santo.

—¿Me va a liberar? —dijo el prisionero, sin disfrazar el descreimiento en su voz.

Su interlocutor, sin embargo, se mantuvo impávido.

—Así es —afirmó—. Pero antes, dígame... ¿quién es el ministro de la guerra en España?

Era el turno de Segundo para mantener la boca cerrada.

—Oh, vamos —prosiguió Máximo—. No está desvelando ningún secreto de estado, el nombramiento del ministro es público, todo el mundo sabe quién es. Yo también lo sé, pero quiero oírlo de su boca.

Había un brillo maligno en los ojos del hombre que se sentaba frente a él. Segundo no era un idiota. Sabía que estaba condenado, dijera lo que dijese. No era más que un ratón preso entre las zarpas de un gato sin prisa para acabar su macabro juego.

—Francisco Serrano Bedoya —dijo Segundo, tras una larga pausa.

Una sonrisa maliciosa, casi escondida por su bigote, se asomó a la cara de Máximo Gómez.

—Es sorprendente, ¿no cree? En nuestro informe se indica que cuando usted llegó a Madrid, procedente de Guayama...

—Arroyo.

—¿Qué dice? —preguntó Máximo, extrañado por la interrupción.

—No soy de Guayama. Soy de Arroyo. Tal vez ese informe que tiene no es tan fidedigno como cree.

—Arroyo, entonces. Pues bien, desde que llegó a Madrid, ha estado usted a las órdenes del general Serrano. No podía haber obtenido un mejor árbol al que arrimarse. Qué buen padrino —continuó Máximo. Su tono, sin embargo, no podía esconder su irritación. No era un hombre acostumbrado a ser interrumpido, y menos por nimiedades. Segundo había tocado un nervio.

—Pida que le devuelvan el dinero que pagó por su precioso informe. Hace tiempo que no trabajo con el general. —La sed, que antes le torturaba, no era tan acuciante ahora. De alguna manera, la necesidad de bajarle los humos a Máximo Gómez la había aplacado.

—Le recuerdo, señor Cruz, que el que está atado a una silla es usted. Creo que queda claro quién ha fracasado en su labor de espionaje. —Máximo descruzó las piernas e inclinó el cuerpo hacia delante, apoyando los codos en las piernas—. Al menos, hemos avanzado algo. Reconoce, por tanto, que su nombre es Segundo Cruz, natural de... Arroyo, Puerto Rico, y que ha actuado como espía para la Corona Española en su intento de hacer fracasar la independencia de Cuba.

—Me temo que sigue errando el tiro.

—¿Niega que sea usted un espía?

—No, lo que digo es que no puedo trabajar para la Corona. España es ahora una república. Supongo que por poco tiempo, pero, en fin... Y por cierto, si hubiera una escuela de espionaje, no admitir nada de nada sería la primera lección, ¿no cree?

—Por supuesto. Pero tenga por seguro algo. Si piensa que su estúpida actitud le va a servir de algo, si por un momento ha creído que me sentiré impresionado por su hombría, su valentía y su entereza, hasta el punto de considerarlo digno del perdón y la absolución... Si ha llegado a esa conclusión, es usted un idiota.

Segundo no pudo reprimir una sonrisa sardónica.

—Creí que antes había dicho que era usted un hombre cristiano y que iba a liberarme.

—Por supuesto, y me reafirmo. —Máximo volvió a su pose seria e imperturbable—. Pero antes, conteste una pregunta.

—¿Otra? ¿No puede encontrar la respuesta en su valioso informe?

—Es una pregunta personal. ¿Cuánto cree usted que el ministro le valora, señor Cruz? Ha estado a las órdenes del general Francisco Serrano Bedoya varios años, colaborando estrechamente con él. Es de suponer que lo tendrá en alta estima, ¿no es así?

Segundo bajó la cabeza. La sed estaba volviendo. La pregunta de Máximo Gómez era retórica. No esperaba una respuesta, era un simple preámbulo para lo que seguía.

—Fue usted su ayudante personal hasta que decidió dar un cambio a su carrera y buscar un trabajo más arriesgado, un puesto en el que se jugara la vida, como un soldado de verdad, no un chupatintas, alejado del peligro. No quería quedarse cómodo y calentito en la seguridad y la comodidad del despacho. ¿Qué quería demostrar? Pero qué tonterías digo, en estos casos la pregunta pertinente no suele ser «qué», sino «a quién» —continuó Máximo Gómez.

—Cuando decía que era cristiano se quedaba corto. De hecho, es igualito a un cura. Ahórreme el sermón, ¿quiere?

Esta vez fue Máximo quien dejó escapar una risita complacida.

—Ya verá dónde queda todo su bravado en poco tiempo, señor Cruz. Pero volvamos al asunto y al personaje que me interesa, a nuestro flamante ministro de la guerra. Vamos a hacer lo siguiente. Nos pondremos en comunicación con el general Serrano Bedoya y le revelaremos que está usted prisionero. Tan solo ha de pedirnos que le liberemos. Así de sencillo. En cuanto lo haga, será usted libre.

Máximo se levantó de su silla, e hizo una señal a alguien que aguardaba tras él y que Segundo, por tanto, no podía ver. Precedido por la luz de un farol, dos hombres entraron en su campo visual. No los había escuchado llegar, quizás habían estado allí todo el tiempo. Uno de ellos acarreaba un recipiente de hierro con carbón incandescente y unas tenazas en su interior.

—Por supuesto, para que el señor ministro sepa exactamente de quién estamos hablando y para demostrarle que no mentimos cuando afirmamos que está en nuestro poder, le enviaremos una prueba indiscutible. Un dedo, señor Cruz. Y se lo recordaremos cada mes, junto con una nueva señal de que sigue con nosotros. Así las cosas, no creo que tarde mucho en reclamar su liberación. Diez meses a lo sumo.

Segundo intentó revolverse, pero maniatado como estaba, no pudo evitar que uno de los hombres extendiera e inmovilizara, a la fuerza, el índice de su mano derecha, aún atada a su espalda, mientras el otro tomaba las tenazas.

—Ah, por cierto —dijo Máximo antes de abandonar la habitación —. Asegúrense de darle de beber. El señor Cruz se ha quejado de

que tiene sed. Que no le falte el agua a partir de ahora.

2

Máximo Gómez, como cualquier otro tipo con un mínimo de interés, podía ser muchas cosas al mismo tiempo: un héroe, un traidor, un aliado, un rival... Había quienes lo creían un hombre de paz, otros veían en él a un guerrero, incluso existían los que clamaban que en realidad era un estratega... Cada cuál construía en su imaginación un Máximo Gómez diferente, y el personaje resultante decía más del observador que del propio Máximo. Nadie, sin embargo, lo había tachado nunca de mentiroso. Solo por esa cualidad, era digno de admiración para muchos.

Máximo había ordenado que Segundo no volviera a pasar sed, y su encargo fue cumplido con escrupulosa literalidad. Uno de los entretenimientos habituales de sus captores consistía en inmovilizarlo y verter agua y más agua en un embudo que forzaban en su boca, obligándole a beber y beber, o morir ahogado. Segundo ignoraba si aquella práctica era bendecida por Máximo Gómez pero, al fin y al cabo, ¿qué diferencia había? No era como si pudiera someter una queja a la dirección. Prometió que no le faltaría agua, y era verdad. No le faltó en absoluto.

Una semana fue el plazo que Segundo se había dado a sí mismo para resistir, siete días eternos antes de soltarlo todo. En ese tiempo, su captura sería evidente y los que pudieran estar comprometidos habrían tenido tiempo de tomar medidas. Lo cumplió, y una semana más tarde, sin embargo, pese a haber revelado todo lo que sabía, las torturas siguieron. Nunca llegaron a cesar realmente en el tiempo que estuvo allí. No era información lo que buscaban.

Cuando Segundo recordaba aquellos meses de cautiverio le daba la impresión de que los había pasado atado a la silla, aunque en realidad no fuera así. Solo ocurría cuando tocaba alguno de aquellos inútiles interrogatorios, o cuando, una vez al mes, recibía la visita de Máximo Gómez.

—No ha habido respuesta, no nos queda otro remedio que enviarle otro dedo —decía su visitante, sentado ante él, en la misma silla y postura de siempre, simulando una congoja que era evidente que no sentía. Esperaba, impasible a ruegos y gritos, a que sus hombres cumplieran sus instrucciones. Después, con delicadeza, recogía el dedo en un pañuelo y tras una leve inclinación de cabeza, se iba. Hasta el siguiente mes.

Francisco Serrano Bedoya fue ministro de la República de España durante cuatro meses tan solo. Al cabo de estos, Martínez Campos volvió al país con el rey y restauró la monarquía borbónica. Cambiaron los ministros, como era de esperar. Para cuando le comunicaron aquella noticia, Segundo carecía ya de índice, meñique y anular de la mano derecha. En la mano izquierda solo faltaba el meñique.

—Esta noticia no cambia nada para nosotros, Segundo —le dijo con fingida tristeza Máximo Gómez. Sus visitas siempre eran nocturnas. La luz de la luna se filtraba por la alta ventana con barrotes por la que Segundo fantaseaba a menudo con escapar.

Nada es absolutamente bueno o malo, dicen. Después de cada visita de Máximo Gómez, Segundo contaba con un dedo menos, pero lo que seguía era un periodo de calma. Bajo la supervisión de un médico la herida era sanada y la infección, si existía, controlada; las torturas se pausaban, la comida era aceptable y se le permitía dormir toda la noche en un lecho, y no atado a una silla. En las noches que el dolor en su mano era soportable, y los pasados interrogatorios comenzaban a olvidarse, Segundo no podía evitar pensar que, fuera cual fuese el sádico juego en el que le habían atrapado, estaba funcionando.

También tenía tiempo para reflexionar y darse cuenta de que Máximo estaba en lo cierto en cuanto a la razón que le hizo pedir el traslado y abandonar su destino junto al general Serrano. La clave se hallaba en la noche en la que, en el Alcázar de Toledo, fracasó de forma tan estrepitosa. Primero se dejó atrapar por Tomás Sanz, con lo que el general se vio obligado a disparar a su captor, lo cual provocó la reacción de Bárbara Berwick y el fatal desenlace de su caída desde la torre. El general justificó lo ocurrido como una

desgracia imposible de prever y evitar. A pesar de sus funestas consecuencias, Segundo había obrado de forma correcta. Aunque bienintencionadas, esas palabras nunca supusieron un consuelo. Dos personas habían muerto por su incompetencia.

Segundo sabía manejar el despacho, redactar cartas y organizar la agenda de Francisco Serrano. Con subordinados y superiores, sabía cuándo ser solícito y cuándo mostrar firmeza. Poseía las cualidades necesarias para llegar lejos en el escalafón, pero aquello no era ser un soldado. No era aquél el ideal que, desde que tenía memoria, aspiraba a cumplir. ¿Dónde estaba la épica, el sacrificio, el valor o el peligro? En la primera oportunidad que había tenido para demostrar su valía, la había pifiado. A nadie podía confesar esos pensamientos, sabía que serían calificados de infantiles y estúpidos, pero era ésa, y no otra, la razón por la que había pedido ser transferido. Precisaba demostrarse a sí mismo que no era un triste burócrata.

El general Serrano se negó vehementemente a dejarle marchar, pero Segundo insistió, una y otra vez, inflexible en su decisión, hasta que Francisco accedió a concederle el cambio que reclamaba. Con una condición, seguiría a sus órdenes, aunque en otro puesto, uno en el que sería capaz de llevar a cabo el tipo de acciones que añoraba. Bajo la alargada sombra del general, Segundo experimentó una metamorfosis completa. Se embarcó en acciones que requerían de alguien discreto e inteligente y que, al mismo tiempo, no temiera mancharse las manos de sangre. Ya no se enfrentaba a un escritorio atestado de correspondencia, sino a una navaja afilada o al cañón de un revólver.

Mientras en España Segundo iba dejando atrás al hombre que fue antes de cruzarse con el matrimonio Sanz-Berwick, en Cuba, unos insurgentes capitaneados por Céspedes proclamaban la independencia y comenzaban las escaramuzas contra España. Cuando el general Serrano se hizo con el Ministerio de la Guerra, años después, el conflicto seguía sin estar resuelto. Segundo Cruz y sus nuevas habilidades, por su origen boricua —sin duda lo hacían más apropiado para infiltrarse en la Cuba rebelde que un señor oriundo de Valladolid, por ejemplo—, era el hombre ideal para

inclinar la balanza y acabar, desde dentro, con los rebeldes criollos. Haría, una vez más, el trabajo sucio. O ese era el plan.

Nunca consiguió introducirse en el círculo reducido que lideraba el levantamiento.

Segundo no podía evitar preguntarse dos cosas. La primera, quién le había traicionado —era obvio que le habían delatado, no creía haber cometido error alguno que lo pusiera al descubierto—. La otra incógnita era saber cuándo respondería el general Serrano y pondría fin a su cautiverio y al siniestro ritual en el que, cada mes, perdía un nuevo dedo.

A veces soñaba que un griterío se apoderaba de la casa, y que un destacamento de soldados echaba la puerta abajo. Detrás de ellos, entraba triunfal su mentor.

—Ya eres libre, Segundo. Te dije que yo me ocuparía de ti.

El general vestía uniforme de gala, y hablaba con las manos en la espalda. Si no le acuciaba la fiebre, allí concluía su sueño, pero cuando la infección de su nuevo muñón parecía ganar la batalla, Francisco Serrano mostraba sus manos, que hasta aquel momento se habían mantenido ocultas a su vista. Le faltaban los mismos dedos que a él. Entonces, Segundo se miraba las suyas propias y comprobaba que los tenía todos él, aún era visible el zurcido con el que estaban cosidos a su mano. Podía moverlos sin esfuerzo alguno.

Al sexto mes de encierro, Segundo dejó de hacerse preguntas y de tener esos sueños.

Al octavo mes sabía de sobra que el general nunca respondería.

Los pulgares fueron los últimos en caer.

—Espero que este tiempo entre nosotros le haya servido para que se disuelvan sus dudas. A España usted le importa un bledo, Segundo —dijo Máximo mientras envolvía con cuidado su pulgar derecho en un pañuelo.

Segundo no dijo nada. Había esperado que las últimas palabras que Máximo Gómez le dedicara hubieran sido algo menos panfletarias. Diez dedos merecían algo más. ¿Era esa la gran lección que quería enseñarle? ¿Acaso creía que aquella flamante Cuba que pretendía crear sería mucho mejor? A los criollos se les llenaba la boca con la palabra patria, igual que a los españoles, a los franceses

o a los rusos con la suya. A él esos grandes ideales no le decían nada. Ni patria, ni Dios, ni familia tenían significado. Si algo le había enseñado Máximo Gómez era que no existía nada por lo que mereciera la pena luchar, ni siquiera por uno mismo.

Una semana más tarde, los mismos hombres tristes y aburridos que periódicamente le habían torturado, lo abandonaban frente al Palacio de Gobierno, en la plaza de Armas de La Habana. Tullido, sucio, enfermo, con poco más que harapos por ropa, pasó varias noches en los calabozos acusado de mendicidad y vagancia. En algún momento, sin embargo, alguien le escuchó y creyó su historia.

3

Segundo volvió a Arroyo, en Puerto Rico, por pura inercia. Si había empezado su existencia allí, por qué no terminarla también. No hizo falta mucho para licenciarlo del ejército, ¿de qué podía servir un hombre sin dedos? El dinero del retiro con el que se recompensaba su dedicación y sacrificio fue escaso y tardío. La poca familia que le quedaba en la isla le acogió en primera instancia como a un héroe de guerra, pero los ánimos se fueron templando conforme el hombre que tenían ante ellos se tornaba en una sombra del que fue, sin rastro del que quiso ser. No tardó en convertirse en un lisiado más de la guerra de Cuba, gastándose en ron el poco dinero que tenía y el que no.

—¿Sabe qué es lo que más gusta del Caribe?

El hombre que le había sacado del estupor en el que el alcohol le había sumergido tenía un marcado acento centroeuropeo. Se había sentado frente a él, en la mesa que Segundo consideraba como suya, en el rincón más oscuro de la taberna. Llevaba un libro en la mano, que dejó sobre la mesa.

—Váyase de aquí, esta mesa está ocupada —dijo Segundo con aspereza.

—La luz. En el Caribe es la luz lo que marca la diferencia con respecto a nuestra cansada y vieja Europa. Pero, aun así, mírenos, aquí estamos los dos, huyendo del sol. ¿No es irónico?

Segundo se pasó el dorso de lo que le quedaba de mano por los ojos.

—En mi caso —continuó el extraño—, busco cobijo porque mi piel es muy blanca, y el sol no tarda en quemarme. En el suyo, sin embargo, es porque pretende esconderse del mundo y beber hasta que se olvide de todo, o todos se olviden de usted, lo que venga antes, ¿me equivoco?

Segundo empezaba a despertar de su letargo. Le resultaba familiar la cara del desconocido. La había visto antes, pero no conseguía ubicar ni el momento ni el lugar. Realmente le daba igual. Su única preocupación aquella tarde era la botella de ron vacía y la ausencia de dinero para comprar otra. Sin alcohol en el que anestesiar su conciencia, lo único que quedaba era dormitar hasta que el mesero se decidiera a echarlo de allí.

—Lárguese, o tendré que echarle yo a patadas —dijo Segundo.

—He traído algo para que nuestra charla sea un poco más agradable. —El desconocido hizo una seña al camarero. Al momento llegó hasta ellos y posó sobre la mesa una nueva botella de ron, llena esta vez, y de la mejor marca de la casa. Dejó, además, dos vasos y se fue de allí, no sin antes regalarle a Segundo una mirada de desprecio.

—¿Le conozco de algo? —preguntó Segundo al hombre que tan generosamente le invitaba a beber. Su primer impulso había sido ahorrarse las palabras y vaciar de un trago el vaso que el extraño estaba sirviendo. Se contuvo, con la poca dignidad que le quedaba, mientras su inesperado benefactor se servía a sí mismo.

—Me temo que nunca hemos cruzado una palabra hasta ahora, pero le recuerdo vivamente. —Mientras el hombre hablaba, Segundo apuró su vaso—. Yo estaba a los pies del Alcázar de Toledo la noche que tuvo lugar un desgraciado accidente. Usted me observaba desde arriba de la torre.

La memoria de Segundo por fin se animó a funcionar, y recordó al barón, mirándole, en el día que su vida había cambiado para siempre.

—¿Von Eigner?

—Llámeme Abelard, se lo ruego. Yo le llamaré Segundo, en lugar de señor Cruz, si le parece bien.

—¿Qué hace aquí?

Eigner tomó, él también, un trago de ron. Segundo había anticipado que vería una mueca de disgusto en su cara. La etiqueta de la botella podía decir lo que quisiera, pero solo había un tipo de ron en esa taberna, así que pedir el mejor ron de la casa solo servía para que cobrasen el doble por la misma bebida. La expresión del barón, sin embargo, no sufrió ningún cambio significativo.

—Es realmente malo este ron, querido amigo —dijo Eigner al fin, sin aspavientos—. Pero supongo que es mejor que agua, ¿verdad?

Segundo no pudo evitar un escalofrío. Desde que estuvo en manos de Máximo, era incapaz de probar el agua.

—En cualquier caso, ¿qué hago aquí? —prosiguió Eigner rellenando ambos vasos. Segundo vació el suyo de un solo trago—. Venía a ver al señor Morse, no sé si sabía usted que desde la boda de su hija pasa aquí largas temporadas. Apuesto a que sabe quién es, no creo que tengan muchas otras celebridades por aquí. Es un gran artista, un pintor excepcional. A mí la faceta que me interesa de él es la de inventor.

—No creo que encuentre a Morse en esta taberna, barón.

—Por supuesto, por supuesto. Mire, seré sincero, Samuel Morse es un pazguato presuntuoso. Sí, ha inventado el telégrafo, pero ¿cuánto hubiera tardado otra persona, tarde o temprano? Hoy en día, lo que no invente uno, lo inventa otro. En realidad estoy aquí para ayudarle a usted.

—Ayudarme a mí... —Segundo no pudo reprimir una carcajada—. Y después dicen que los teutones no tienen humor. ¿En qué pretende ayudarme? —Segundo mostró sus manos sin dedos, y le miró a los ojos—. ¿Acaso puede hacer que me crezcan dedos nuevos?

—Sí. —Eigner le sostuvo la mirada y esbozó una sonrisa—. No solo eso. También puedo ayudarle a vengarse de Francisco Serrano.

Segundo asió la botella con torpeza, y comenzó a beber de ella, directamente. Aquel hombre había dado en la diana. Debía odiar al maldito Máximo Gómez, eso era lo lógico, pero era Francisco Serrano

Bedoya, que se encontraba a un océano de distancia, en la lejana Madrid, quien se aparecía en sus pesadillas etílicas. ¿Por qué no había intercedido por él cuando estuvo cautivo? Ni siquiera se había dignado a contactar con él tras su liberación. ¿Qué había hecho el general con sus dedos tras recibirlos por correo, los había tirado a la basura? ¿Se los había dado de comer a los perros? ¿Qué le habría costado detener sus mutilaciones? O al menos, escribir una simple nota pidiéndole perdón, explicando su mutismo... Máximo Gómez era el verdugo, pero el que le había condenado no era otro que el general Francisco Serrano.

La botella se le resbaló y se estrelló contra el suelo.

—No sé de qué me habla —dijo Segundo por toda respuesta, intentando disimular el sufrimiento que le causaba ver todo aquel ron desperdiciado.

—¿Sabe de qué va esta novela? —Von Eigner levantó el libro que hasta entonces descansaba sobre la mesa, mostrándole el título.

—*El conde de Montecristo*. —leyó Segundo, encogiéndose de hombros. No lo había leído. Rara vez había perdido su tiempo con una obra de ficción.

—Es la historia de un hombre al que encierran injustamente, y que, tras escapar de la cárcel, ejecuta una venganza contra los hombres que provocaron su desgracia.

—Fascinante. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer —mintió Segundo.

—Creo que es una historia similar a la suya.

—Y yo creo que se equivoca. Como ve, yo también fui puesto en libertad. No estoy en ninguna prisión, y no tengo intención de vengarme de nadie —dijo Segundo.

—Ese es el problema. Que no sabe que sigue prisionero. Sigue atrapado en ese cuarto con la ventana alta, por donde se cuela la luz de la luna, muerto de sed, esperando a que alguien le libere. Y yo vengo a hacerlo.

Segundo alzó una ceja. Se había incorporado para irse, pero se dejó caer, de nuevo, en la silla. Para el mundo, era su mutilación la que había acabado con sus ganas de vivir, pero, en el fondo de su alma, sabía que era el miedo el culpable. El miedo a no estar a la

altura, a no ser capaz de resistir lo suficiente, el miedo a defraudar al que esperaba de él más de lo que podía darle. El miedo primero, y el odio después, lo habían arrinconado como a una bestia herida.

—¿Qué tiene que perder? —dijo Eigner.

A pesar de que el barón creyera, tiempo después, que aquella era la frase que le había convencido de aceptar su oferta, la realidad no era esa. Cuando un animal acorralado no tiene una salida, la única opción que le queda es revolverse y plantar cara. Y eso era lo que iba a hacer.

4

Rousse Debeule era un hombrecito de pelo escaso y siempre despeinado. Tenía unos bonitos ojos, aunque era difícil apreciar aquella cualidad, puesto que solían esconderse siempre tras unos extraños anteojos, en los que al modo de los relojeros se engarzaban distintas lentes de varios aumentos. En aquel momento concreto, miraba a través de una de ellas, enfrascada su atención en aquella tarea.

—¿Qué diantres sucede ahora? —gruñó Segundo. Llevaba meses incapaz de llevar a cabo tarea alguna por sí solo. Sus manos se encontraban inmovilizadas, sujetas por unos incómodos armazones. Largas y finísimas agujas aseguraban que sus dedos, o aquellos apéndices metálicos que los habían sustituido, no se movieran en absoluto. Aquellos artilugios recordaban a instrumentos de tortura, y le traían a la memoria experiencias no tan lejanas en el tiempo.

—El nervio del dedo índice de su mano derecha no se ha integrado como debiera. Me temo que tendré que realizar una recalibración —dijo Rousse.

—Maldita sea, ¿por qué no me mata directamente?

—Es una opción a tener en cuenta, pero la dejaremos para otro momento. Por cierto —Rousse añadió una lente de aumento a sus gafas, tomó un destornillador de punta diminuta, y añadió un suspiro tras una pequeña pausa—, esto le va a doler.

Segundo apretó los dientes. Cuando el exempleado de Roullet & Decamps, la más prestigiosa firma de autómatas de Francia, afirmaba que apenas notaría algo, el dolor era atroz, por lo que Segundo se sobrecogió ante la advertencia. Lo que vendría a continuación definitivamente no iba a ser agradable. Debeule introdujo su destornillador entre los dedos artificiales de su «paciente». Apretaba y soltaba tornillos y ajustaba microscópicos hilos metálicos, y los diminutos engranajes se ajustaban y desajustaban mientras Segundo creía morir. ¿Cómo era posible sentir aquel dolor donde una vez había habido un dedo de carne y hueso y ahora tan solo un frío trozo de metal?

Al inicio del proceso, varios meses antes, Von Eigner le había advertido que el proceso sería duro y largo. Cuando Rousse Debeule le advirtió, al poco, que no podría contar con el consuelo del alcohol para sobrellevarlo, Segundo empezó a dudar y Debeule se encogió de hombros. El alcohol reducía la capacidad de conexión entre los nervios y los mecanismos que pretendía implantar, y no tenía sentido comenzar aquel proyecto sin la correspondiente colaboración del «especimen». Cruz no estaba seguro de en qué momento pasó de «especimen» a «paciente», ni si, a fin de cuentas, había alguna diferencia.

Cuando Debeule terminó y se marchó, sin siquiera despedirse, Segundo estaba agotado y empapado en sudor. Al abrirse la puerta, a su espalda, Segundo asumió que entraba alguno de los criados que Eigner había puesto a su disposición para asistirle en las tareas más básicas, mientras sus manos estuvieran imovilizadas.

—Me informa el señor Debeule que todo va conforme a lo planificado. Me asegura que dentro de poco será capaz de mover los dedos —dijo la voz de Eigner.

Segundo giró la cabeza hacia su visitante, presas sus manos como estaban. Hacía tiempo que no se veían y no era de extrañar. No había estado muy sociable.

—Ese maldito relojero lleva semanas diciéndolo —dijo Segundo—. Me temo que le está estafando.

—Si así fuera, para mí es solo dinero. Pero me dolería por usted.

—No se preocupe, ya me duele a mí por los dos.

—Por cierto, ha de saber que al señor Debeule le desagrada que le llame relojero.

—¿Y cómo quiere que le llame? ¿Chatarrero? —rió Segundo, a pesar del cansancio.

—Debeule es un ingeniero, creador de autómatas y otras maravillas mecánicas. Recuérdelo y no lo ningunee, cada hombre tiene una pequeña parcela dentro de su ego que conviene mantener bien abonada.

—Lo tendré en cuenta. Y dígame, Eigner, ¿ha encontrado la mía?

—No le entiendo... ¿su qué?

—Esa pequeña parcela dentro de mi ego que piensa llenar de mierda, ¿la ha encontrado ya?

—Hace tiempo, Segundo. Espero que alguna vez la encuentre usted.

—Von Eigner, váyase. —El dolor estaba volviendo a sus manos. Agudo, enloquecedor. Segundo cerró los ojos y maldijo el momento que aceptó volver a tener dedos. Cuando escuchó que la puerta se cerraba a su espalda y se aseguró de que estaba solo, comenzó, como cada noche, a gritar de dolor.

5

Cuando llegó la orden de traslado de la prisionera Hilda Hanis de la prisión de Salamanca a la de Valencia, no causó pesar a nadie. Su fama le había granjeado cierto estatus dentro de los muros, el suficiente para que el resto de reclusas la mantuviera a una prudente distancia. Años antes, a instancias del general Serrano, Segundo detuvo a la mujer que llamaban «la bruja» y por aquel entonces poseía un gran atractivo. En los detalles de sus crímenes se implicaba a gentes poderosas, quizás por eso que nunca se hicieron públicos y todo se llevó a cabo de la forma más discreta posible. El procedimiento legal que acabó con Hilda Hanis en la cárcel no fue muy ortodoxo, pero nadie podía alegar que no se hubiera hecho justicia.

Ahora, en pleno campo, y cerca de la media noche, el cochero y el alguacil a cargo del traslado yacían junto al coche. El hombre que los había asesinado llevaba un farol en una mano enguantada. Abrió la puerta de la cabina. Según los papeles que el alguacil llevaba encima, la única ocupante no debía tener más de treinta años de edad. El rostro que el farol iluminaba, empero, tenía muchos más. Había cambiado más de lo que Segundo hubiera previsto.

Se decía que Hilda Hanis había creado una fórmula para devolver la juventud y que en su elaboración el ingrediente principal era el propio ser humano, y cuanto más joven, mejor. Aquello explicaba los cadáveres encontrados en su laboratorio al ser detenida. También se comentaba que ella misma había probado su propia invención. Si así había sido, era evidente que los efectos no duraban para siempre.

Segundo acababa de matar a dos hombres para ponerla en libertad, y no perdería el sueño por ello. Era su trabajo, pero había que largarse de allí antes de ser descubiertos; tarde o temprano, algún otro viajero pasaría por allí.

—¿Quién es usted? —dijo la mujer levantando la mano para evitar que la luz del farol le deslumbrara.

—Buenas noches, señorita Hanis. Mi nombre es Segundo Cruz. Nos conocimos en el pasado.

—Ah, sí. *Jawohl*. —Hilda no había perdido su acento, a pesar de los años que llevaba viviendo en España—. Cómo olvidarlo. ¿Ha venido a matarme por fin?

—Por supuesto que no. He venido a liberarla.

Hilda no se movió. El brillo inteligente que refulgía en sus ojos denotaba que estaba calibrando el verdadero significado de las palabras que acababa de escuchar.

—¿No piensa salir? —preguntó Segundo, al cabo de unos segundos en los que nada pasó.

—Si va a matarme, como ya le he dicho, hágalo ya. No me obligue a abandonar el coche, estoy cómoda aquí.

—Le repito que no voy a hacerle ningún daño. Es usted libre, aunque sí que es cierto que hay algo más. Quiero proponerle un trabajo.

—¿De qué clase? —preguntó la mujer. La desconfianza asomaba en el tono de su voz.

—De aquella que nadie sabe hacer como usted.

Hilda dudó todavía. Segundo dejó el farol en el suelo, entró en el coche y se sentó frente a ella. A veces convenía hacer una pausa en la carrera y asegurarse que el rumbo es el correcto.

—Entiendo que no confíe en mí —dijo Segundo, mostrando su mejor sonrisa—. Pero ha de saber que, cuando la detuve, en el pasado, solo cumplía órdenes, y me arrepiento. De todo. De cómo la traté en aquel momento, de los insultos con los que la bañé, de mis rudas maneras... Era parte del papel que me vi obligado a cumplir.

—Le recuerdo perfectamente. No fue nada agradable. —Hilda no había dejado caer su defensa, pero pronto claudicaría.

—No lo fue, no. Debí haber mandado todo al cuerno, entonces. ¿Qué sabía yo de nada? Lo único que sabía, cuando la vi, era que nunca había encontrado a una mujer tan hermosa. Jamás la pude olvidar. Pero fui un cobarde y me odié y me desprecié por ello. La vida, sin embargo, me ha dado una oportunidad que no esperaba: la de volver a ser alguien que nunca me atreví a ser. Así que hoy, cuando se me encargó que la reclutara para nuestra organización, no fue tan solo uno de los días más felices de mi vida. Sinceramente, creo que fue el destino.

—¿Qué organización es ésa?

—No tiene nombre, pero baste saber que la dirige el barón Von Eigner.

—No lo conozco.

—Pronto lo hará. Y creo que, si es así, podremos forjar una estrecha amistad, usted y yo. Una amistad íntima, tal vez...

Hilda, por fin, dejó traslucir una sonrisa de dientes amarillentos. Si era cierto que cada ser humano tenía una pequeña parcela dentro de su ego que convenía mantener bien abonada, acababa de encontrar la de Hilda Hanis.

6

Cuando Segundo entró en el despacho del barón, había supuesto que lo encontraría enfrascado en los libros y documentos que atestaban su escritorio. No esperaba que Debeuse estuviera allí.

—Oh, pase, pase —dijo Eigner, indicando a Segundo que se acercara—. Ya estábamos terminando.

—Puedo esperar —respondió Segundo.

—Tonterías —insistió Eigner—. Además, es una ocasión especial. Despídase del señor Debeuse, me temo que ha decidido abandonarnos.

—¿Es cierto eso?

—Creo que es el momento de explorar varios proyectos personales, y el señor Von Eigner ha accedido a dejarme marchar. —Rousse se ajustó las gafas. Por una vez, eran normales y corrientes.

—Por supuesto —asintió Eigner, afable—. Nadie está aquí prisionero. Incluso el señor Segundo llegará un día que decida dejarnos, ¿no es así, Segundo?

—Seguro. De hecho, si solo ejerciera mi labor dentro de los muros de este castillo, a buen seguro que hace tiempo que lo habría abandonado. No sé cómo aguantan este frío.

Eigner dejó escapar su risa, que parecía más joven de lo que debiera, y levantándose, estrechó la mano de Debeuse, mientras le acompañaba hasta la puerta.

—Por cierto, señor Cruz —dijo el francés antes de salir—. Asegúrese de mantener el mecanismo de sus dedos bien engrasado, y manténgalo alejado del agua, no queremos que se oxide.

—Descuide. El agua y yo no hacemos buena pareja.

Eigner cerró la puerta tras Debeuse. Volvió con gesto pensativo hacia su escritorio.

—Gracias por venir, Segundo. Necesito que haga un par de cosas por mí.

—Ya era hora. No mentía con lo que le decía antes. Odio estar aquí, parado, necesito algo que hacer.

Antes de sentarse en su escritorio, Eigner hizo una parada en su abarrotada estantería y extrajo un libro de ella.

—¿Conoce al capitán Nemo, Segundo? —Eigner se sentó con el libro en sus manos, en su silla tras el pesado escritorio de madera.

—Me temo que no, ¿debería?

—Es un personaje ficticio, de una novela de Jules Verne.

Segundo enarcó una ceja.

—No hace falta que disimule su desdén. Ya sé que considera la lectura de este tipo de obras una pérdida de tiempo.

—No pretendía disimularlo. Cada cual es dueño y señor de sus gustos. Y de su tiempo. Para aprovecharlo, o no.

—Nemo es un misántropo. Y un genio, también. Ama la tecnología. En la novela, sin embargo, va evolucionando hacia posiciones más... no sé como decirlo... más aceptables por nuestros congéneres, supongo. Más fáciles de aceptar por el gran público.

—Espero que no pretenderá que me lo lea.

—Nunca demandaría tanto de usted. Se lo cuento porque, tal y como lo describe Verne, Nemo es a la vez un héroe y un villano. Un ingeniero insuperable, un profundo pensador, un misántropo, un tirano, un hombre sensible y educado al mismo tiempo... ¿Cree usted que todos tenemos esa doble vida?

—No. Y al respecto de ese par de cosas que necesitaba de mí...

—Oh, vamos, Segundo. No va a poder evadirse siempre de una conversación incómoda. Tomemos a nuestra amiga, Hilda Hanis.

—¿Qué sucede con Hilda?

—Su pericia, intuición y conocimientos de química y biología son prodigiosos. Si sus esfuerzos estuvieran bien dirigidos, Hilda podría librar a la Humanidad de muchas de las enfermedades que la amenazan. Pero no es ni mucho menos el camino que ha seguido, ¿sabe por qué? Porque no le interesa lo más mínimo. Por tanto, aunque la obligasen, pobres serían los frutos de su trabajo. Sus obsesiones son otras, y otros los resultados que obtendremos. Es el tipo de persona que no rinde bajo el látigo, pero que es excepcional cuando tiene el aliciente correcto. A su modo, a pesar de todo, y muy en el fondo, mantiene una desacostumbrada inocencia que...

—Disculpe, no tengo ni idea de quién será ese Nemo del que me habla, pero sí que conozco a Hilda, y me cuesta mucho creer que sea inocente.

—Cierto, cierto, quizás me estaba excediendo en mi desarrollo. Quería decirle que existe la señorita Hanis, cuyo interés es la ciencia,

y la señorita Hanis que tiene otro tipo de necesidades, y ambas comparten el mismo cuerpo. No solo de pan vive el hombre, dice la Biblia. En cualquier caso, la labor de la señorita Hanis es crucial para mis planes, y he notado que últimamente se estanca, que no progresa. Le falta motivación. A veces, hay que premiar el trabajo bien hecho...

—Yo nunca le he pedido premio alguno —dijo Segundo.

—Usted no lo necesita. Pero ella...

Segundo dejó escapar un suspiro decepcionado, interrumpiendo por tercera vez.

—¿Qué ocurre, no está satisfecho con el cambio experimentado por la señorita Hanis? —preguntó Eigner—. Y me refiero al cambio físico, como es obvio. Mentalmente, sigue siendo, más o menos, la misma.

—Me hago una idea del origen de ese cambio al que se refiere. Y usted me prometió...

—Tranquilo. —Era el turno de interrumpir de Eigner, quien levantó las manos en señal de asentimiento—. No hay un elixir que requiera bebés recién nacidos, ni nada de eso. ¿Es lo que le preocupa?

Segundo gruñó. Hilda Hanis volvía a ser una mujer hermosa. Era obvio que había vuelto a sus antiguas costumbres, a pesar de lo que dijera Eigner. Que la pócima de la juventud que fabricaba y que le había dado fama necesitaba a personas, era un hecho. Si vivas o muertas, no lo sabía. Eigner afirmaba que no utilizaba niños. Algo era algo. Podía mentirle, claro, pero al fin y al cabo...

—En cualquier caso —continuó Eigner—, Hilda ha creado nuevos «productos». Y necesito que vaya con usted a España.

—De acuerdo. —Segundo se encogió de hombros. El camino hasta España era largo, y aunque Hilda Hanis a veces era insoportable, otras valía la pena compartir su tiempo con ella, sobre todo, al caer la noche.

—Creo que le gustarán estos nuevos elixires que nuestra amiga ha confeccionado. De hecho, algunos se los regalaremos a su antiguo mentor.

—¿Al general Serrano? —Segundo sintió un atisbo de emoción en su interior.

—Es un plan a largo plazo, ya se lo explicaré.

—Bien. Pues si no se le ofrece nada más, tengo un viaje que preparar.

—Le he dicho que necesito dos cosas. Esa era la primera. Preciso de su asistencia para algo más.

—Usted dirá.

—El señor Rousse Debeule ha hecho un trabajo excelente, como usted sabe más que nadie. Nos ha ayudado en muchos otros proyectos y sus resultados siempre han sido magníficos, pero acaba de ser testigo de que ha decidido abandonarnos. No podemos correr ese riesgo. Nuestro amigo podría caer en la tentación de desvelar algunos de nuestros secretos.

—¿Quiere que acabe con él? —preguntó Segundo, impasible.

—No, no. Nada drástico. Encárguese tan solo de que el señor Debeule reflexione un tiempo a solas. Es un hombre inteligente. Estoy seguro que volverá con las ideas más claras.

Segundo asintió. Las mazmorras del castillo nunca habían alojado tantos inquilinos como en los últimos tiempos.

7

El retorno siempre era agridulce. Devolver a Hilda Hanis a sus experimentos en los laboratorios del castillo siempre era un descanso tras semanas de tenerla encima día y noche. Literalmente. Segundo agradecía librarse por un tiempo de la constante atención de Hilda. Así era, al menos al principio. Lo cierto es que, tras un tiempo de vuelta en el castillo de Eigner, el tedio no tardaba en aparecer. En el pasado se había ocupado de la seguridad del castillo, pero sus constantes viajes habían aconsejado que delegara aquellas funciones. Ahora no había nada que hacer allí, excepto aguardar a que Eigner reclamara su presencia. Aquella noche, lo había hecho.

—¿Cómo les fue en España? —Eigner, de espaldas a la puerta, fumaba un puro. Estaba de pie, frente a lo que en un principio le pareció un gran cuadro, montado en algún tipo de caballete, completamente oculto bajo una sábana.

—Tiene mi informe, ya sabe cómo nos ha ido —respondió Segundo—. Además, hace ya una semana de eso. Debería volver a mis quehaceres, fuera de aquí, y cuanto antes. Tengo una red de información que mantener y muchas tareas que requieren mi atención.

—Tengo su informe, sí. Lo he leído. Hágame un resumen, pero no me aburra con detalles inconsecuentes. —Eigner, al fin, se dio la vuelta y le observó. Parecía cansado.

Segundo se encogió de hombros.

—Como sabe, hemos colocado a varios de nuestros hombres en puestos claves del Gobierno en Inglaterra, Francia, Austria y, ahora, España, aunque la alternancia de poderes allí es constante. Cuando creemos que nuestra labor ha concluido, un nuevo golpe de timón tira por tierra todo nuestro trabajo y los que antes eran influyentes, ahora no cuentan para nada, y al revés.

—¿Nada más?

—Sabe que no, también era importante probar *in situ* la efectividad de los compuestos químicos elaborados por la señorita Hanis.

—Así es, las drogas que causan amnesia, y las que producen estados hipnóticos en los que se anula la voluntad. ¿Cómo fue?

—De todo eso, creo que Hilda podría darle una mejor y más pormernorizada explicación.

—Lo ha hecho. La amnesia producida por sus drogas parece tener efectos permanentes e irreversibles, lo cual es una noticia excelente. Por otro lado, el elixir que causa que un sujeto obedezca las órdenes recibidas, sin cuestionarlas en absoluto, es de corta duración. —Eigner hizo una pausa para darle una larga chupada a su puro—. Me interesa lo sucedido con Francisco. Le entregó las muestras de estos dos compuestos, supongo.

Segundo asintió. Eigner le contempló, con cierta desconfianza.

—No le veo muy entusiasta —dijo al fin, el cigarro puro consumiéndose entre sus dedos.

—¿Debería estarlo?

—Pensé que le serviría de efecto catártico.

—Pensó mal.

—Cuando se encontró con él, ¿no le dio ninguna explicación? ¿No se excusó por haberle abandonado a su suerte en Cuba?

—No hubo explicación, ni yo se la pedí. Pero no se preocupe, le hice llegar sus pociones, y le comuniqué los efectos que producían.

—Bien, necesito a Francisco Serrano. Hay un gran plan en curso, y su antiguo jefe es una pieza importante del rompecabezas.

—Supongo que así será. Pero le recuerdo que la primera vez que nos vimos me prometió una venganza, y no la he visto por ninguna parte.

Eigner pegó una última chupada a su puro y lo tiró al suelo.

—Ay, Segundo, ¿es usted un hombre para el que la fe no es suficiente?

—Todo lo contrario. Como ve, cumplo sus órdenes al pie de la letra. Pero, sin que me de explicación alguna de lo que pretende, no quiera que, además, me parezcan acertadas o coherentes. Si eso no es fe...

—Francisco Serrano, llegado al momento, utilizará los elixires en Mateo Sanz, y eso le vendrá bien a mis planes.

—¿Quién es Mateo Sanz? —El nombre le era familiar, aunque no lograba ubicarlo. De pronto, una luz se hizo en su memoria—. Espere un momento... Sí, Mateo Sanz es el hijo de Tomás Sanz y Bárbara Berwick.

—En efecto —asintió Eigner—, como ve, todo nos retrotrae a un momento y un lugar. Una noche, en el Alcázar de Toledo. Usted jugó un importante papel aquel día, ¿recuerda? Y no será el único que le tocará interpretar, se lo aseguro. Por cierto, ¿sabía que el general es el tutor legal del chico?

—Creo recordar que así era. Lo sucedido en el Alcázar y sus repercusiones era un tema que evitábamos en nuestras interacciones.

—No es de extrañar. Segundo, su responsabilidad a partir de ahora será controlar a Mateo Sanz. No es necesario que sea en persona, reclute un equipo o lo que sea, organícelo como estime oportuno y no escatime en medios, aunque, eso sí, necesito que lo haga de forma discreta. Mateo no debe sospechar que está siendo vigilado.

—¿Pretende involucrar al chico en sus planes? Es demasiado joven para que pueda tener importancia.

—Y sin embargo la tendrá, y mucha. Aún no puedo decirle cuánta, pero no tema, se lo desvelaré llegado el momento. Un día, Mateo Sanz vendrá hasta nosotros, de manera voluntaria, en el momento adecuado. Al general Serrano, sin saberlo, no le quedará más remedio que ayudar a nuestros planes.

—¿Por qué dice eso?

—Porque conozco el futuro, y eso es precisamente lo que sucederá si damos los pasos adecuados, cuando toque.

Segundo no pudo evitar una mueca de descreimiento.

—Veo que sigue sin tener fe —dijo Eigner.

—Ya le he dicho... —Segundo hizo una mueca de hastío—. Da igual. Si no es indiscreción, ¿por qué dice conocer el futuro?

—Porque tengo esto.

Eigner se hizo a un lado, señalando el objeto oculto bajo la sábana. Tiró de uno de los extremos de la tela y la dejó caer, desvelando lo que ocultaba. Después de todo, no era un cuadro, como Segundo había asumido, sino un espejo. O parte de él. Aquí y allá le faltaban trozos. Y no uno o dos, sino muchos, casi la mitad. Se antojaba una especie de rompecabezas a medio completar.

—Creo que piensa que debería sentirme impresionado, pero si le digo la verdad, no entiendo qué se supone que debería estar viendo y ni mucho menos por qué esto debería ayudarnos a cumplir cualesquiera que sean sus planes —dijo Segundo al fin.

—Entiendo su escepticismo. Para usted esto es un espejo normal y corriente.

—No tan normal y corriente. Para mí es, además, un espejo roto.

—¿Qué me diría si le dijera que en él podemos ver el futuro?

—Que quizás debería tener más cuidado con las pócimas que prepara Hilda, creo que alguna de ellas le puede afectar la razón. O si prefiere que se lo diga de otra manera, más fácil de entender: me parecería que ha perdido la cabeza.

—Sería lo más lógico, ¿verdad? Pero ¿y si se lo demuestro? Entonces, ¿creería lo que le dicen sus ojos?

Segundo se encogió de hombros. Si en algún momento había otorgado su lealtad a aquel hombre, era el momento de recalibrar su decisión. La venganza contra Francisco Serrano, a decir verdad, ya no ocupaba un lugar importante en su corazón, tal vez nunca lo hizo. Era pertinente reevaluar las opciones disponibles y plantearse el camino en solitario. Que el jefe haya perdido la razón era una buena excusa para abandonar su servicio.

Eigner, ajeno a las dudas que sus palabras habían causado en la mente de su subalterno, rozó uno de los trozos del espejo con las yemas de sus dedos. En aquel preciso instante, Segundo sintió cómo el vello de los brazos se le erizaba y un escalofrío recorría su espalda. El aire se hizo más denso y los distintos pedazos del espejo comenzaron a brillar. Seguían reflejando la escena frente a ellos —el barón tocaba el trozo de espejo y él miraba escéptico, un poco más alejado— pero al mismo tiempo, otra imagen se entremezclaba, como en un sueño en el que dos realidades se confundían. El espejo mostraba, también, otra escena, y en ella no estaban ya en el despacho de Eigner. Segundo se encontraba en un vagón de tren. Sostenía un revólver que nunca hasta entonces había tenido en sus manos, pero que como buen aficionado a las armas de fuego, reconoció al instante. Se trataba de un Colt 45. Apuntaba con él a un hombre joven al que tampoco había visto nunca.

—Ese hombre es Mateo Sanz. —La voz de Eigner, como si le hubiera leído la mente, sonó junto a él, aunque parecía venir de algún lugar lejano, de un sueño que hubiera quedado a la deriva.

Segundo abrió la boca, pero no llegó a decir nada. Mateo Sanz, en el espejo, tendría al menos veinte años. Si acaso era él, estaba contemplando el futuro. De repente, la imagen se extinguió. El reflejo fantasmal dejó de estar allí, y solo quedó el real. Volvía a verse a sí mismo, allí y ahora, en el despacho, con Eigner. El aire carecía de la onírica calidad que había adquirido apenas unos instantes antes.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Segundo era apenas un susurro.

—Es el espejo del rey Salomón. O parte del mismo. ¿Ha escuchado hablar de él? —Segundo negó con la cabeza—. Da igual. Nos permitirá ver el futuro. No está completo, sus pedazos están

repartidos, ocultos por el mundo, pero los recuperaré todos. Y entonces, no habrá obstáculo que no podamos prever.

—No sé qué decir.

—No diga nada, entonces. Es usted el único, además de mí, que conoce su existencia. Lo comparto porque confío en usted. Aunque no le negaré que también hay otra razón.

Segundo creyó adivinarlo. Se acercó al espejo incompleto, y después de despojarse de uno de sus guantes, posó la punta de sus dedos metálicos sobre uno de los trozos de cristal. Se echó a reír. Sus dedos eran sin duda un trabajo de ingeniería impresionante. Tras el largo y penoso tiempo de recuperación y acondicionamiento, había logrado la misma movilidad que la que tuvieron sus dedos de verdad, con los que había nacido, pero con la ventaja de que estos eran más fuertes. Era capaz de doblar barras de hierro con facilidad pero, también, realizar las operaciones más delicadas: podía pasar las páginas de un libro, sujetar un pincel o arrancar los pétalos de una flor. Había una diferencia crucial respecto a los de carne y hueso: sus dedos mecánicos carecían de tacto.

El espejo no reaccionó cuando Segundo lo tocó con sus dedos.

—En efecto. —Segundo podía ver a multitud de Eigners, todos ellos reflejados en cada trozo del espejo, hablándole a su espalda—. Para su activación, necesita las yemas de los dedos. No podría utilizarlo.

—Sin duda quiere decir «No podría utilizarlo contra mí».

Eigner no respondió.

—Jamás lo haría. —Segundo se dio la vuelta, enfrentándose al barón. Éste asintió, y tomando la sábana, cubrió de nuevo el espejo.

—Le creo —dijo Eigner.

—Faltan aún muchas piezas en su espejo. Está incompleto —dijo Segundo.

—No por mucho. —Eigner caminó hasta su escritorio y se sentó en su silla—. Nunca me ha preguntado por qué hago lo que hago, por qué le ordeno lo que le ordeno. Simplemente obedece. ¿Por qué? —preguntó el barón.

—Es más fácil así.

—¿Y nunca se ha preguntado cuál es el objetivo final de mis actos?

—No. Pero me temo que no va a poder aguantarse y me lo va a desvelar.

—Así es. Y no le va a gustar.

—Hay pocas cosas que me gusten, así que que eso no le detenga.

—Quiero salvar a la Humanidad. A pesar de ella misma.

Segundo suspiró y se sentó en uno de los asientos, al otro lado del escritorio de Eigner.

—Tenía razón —confirmó—, no me entusiasma su motivación. Pero el desarrollo que sin duda viene a continuación me gustará aún menos, ¿no es verdad?

Una sonrisa irónica cruzó el semblante de Eigner. Segundo cruzó las piernas, se recostó sobre la silla y le hizo una señal para que continuase.

—Es difícil afirmarlo con total seguridad, pero la mejor explicación a la que he llegado es que el espejo nos muestra un futuro posible, el más probable. Cuantas más piezas recuperemos, con mayor nitidez y fiabilidad lo hará. Y si está pensando que el futuro está escrito, estaría cometiendo un error garrafal. El futuro aún no ha sucedido, por lo tanto, es mutable. Si conocemos lo que puede pasar, le podemos poner remedio.

—Lo que he visto, entonces, ¿sucederá? ¿Dentro de unos años apuntaré un arma que no tengo a un joven que apenas conozco, en un tren?

Eigner asintió.

—Y si nunca me hago con ese arma, por ejemplo, ¿podría no suceder? —continuó Segundo.

—En efecto. Podría no hacerlo. O podría apuntarle con otro arma distinta, o puede que no sea en un tren... Como le he dicho, no está escrito en piedra, pero para que lo que hemos visto no suceda, tendría que llevar a cabo, de manera consciente, los pasos necesarios para que no se cumpla, ¿entiende? En caso contrario, el devenir natural del tiempo conducirá a que ocurra todo tal y como lo ha visto.

—¿Cómo puede vivir así?

—¿Cómo? —preguntó Eigner, sorprendido por la pregunta.

—Sabiendo lo que va a suceder.

—Precisamente ese es el problema, Segundo. Estoy intentando hacer todo lo posible para que determinadas cosas que he visto en el espejo nunca sucedan. Esa es mi motivación. Ese es el gran secreto.

—¿Qué ha visto?

Eigner hizo una pausa, eligiendo bien las palabras que a continuación iba a pronunciar.

—He visto una gran guerra en el horizonte. Una guerra como nunca antes había asolado esta vieja Europa. Violencia, hambre, sufrimiento, enfermedad... El apocalipsis bíblico, millones de inocentes morirán. Y después vendrá un aciago porvenir. Volveremos a la Edad Media, a la oscuridad y a la muerte. La sociedad, tal y como la conocemos, no se recuperará. Lo he visto, una y otra vez, pero estoy seguro que puedo cambiarlo.

Eigner se detuvo y miró fijamente a los ojos de Segundo, que seguía en silencio. Después, continuó.

—La solución no es fácil, pero sé que hay un camino. Existe una vía que no es fácil de seguir, con muchos desvíos y falsas salidas que no llevan a ninguna parte. Yo voy a encontrar esa alternativa y nos salvará del terrible final que está asomando en el horizonte. Cueste lo que cueste, y caiga quien caiga. Y usted, Segundo, va a ayudarme a conseguirlo.

—Si la Humanidad está condenada —dijo Segundo, sin emoción alguna—, a mí me importa un pimiento. Disculpe si no comparto su pasión por el ser humano. Por mí se puede ir todo al infierno.

—Lo sé. He visto esta reunión, en el espejo, esta discusión que estamos manteniendo ahora mismo, y donde le digo exactamente esto, con estas mismas palabras. Y sé cómo termina.

—¿Cómo?

—Con usted declarando que, a pesar de todo, seguirá cumpliendo mis órdenes, con la misma desapasionada eficiencia que ha empleado hasta ahora.

—Si usted lo dice... —Segundo se encogió de hombros, pero mientras se levantaba y abandonaba el despacho del barón, sintió

una ligera turbación. Le había costado no pronunciar las palabras exactas que Eigner había vaticinado.

8

La luz de luna que se colaba por la ventana iluminó con reflejos de plata el cuerpo desnudo de Hilda Hanis. Segundo, tumbado junto a ella, deslizó sus dedos por su espalda, arrancando brillos metálicos en la noche. No podía sentir en ellos la suavidad de la piel de su amante, pero podía imaginarla.

—¿En qué piensas, Segundo? —dijo Hilda en un susurro.

—En la inutilidad de todo.

Segundo no le había dicho nada sobre el espejo de Eigner. Dudaba que fuera cierta su aseveración de que él era el único que sabía de su existencia. Hilda podía haber estado guardando el secreto durante todo aquel tiempo.

—Siempre llevas contigo tu tristeza, a la que no me dejas llegar —dijo ella.

Segundo dejó de acariciar el cuerpo de su compañera y la miró a los ojos. Apartó un mechón de su cara.

—¿Con una de tus pociones?

—Oh, no, jamás haría eso. A ti jamás te daría nada que te cambiara. Lo sabes.

Hilda había recuperado la belleza y la juventud que había perdido en la cárcel. La mujer presumida y coqueta que era para los demás, sin embargo, desaparecía cuando Segundo estaba junto a ella, sustituida por otra persona, un ser inseguro que mendigaba un poco de su atención y cariño.

—¿No has usado un elixir del amor conmigo? —preguntó Segundo, medio en broma.

—Te juro que no, amor mío. —Los ojos de Hilda brillaron, lacrimosos.

Segundo se incorporó en la cama. Era consciente del trato que le daba a Hilda. No podía evitarlo. Hilda se había enamorado de él, y a cambio, Segundo le respondía alternando cariño y desprecio. Hubo

un tiempo que se justificaba a sí mismo, pensando que eran órdenes de Eigner tenerla contenta, pero lo cierto es que se había convertido en una relación tóxica en la que el infame era él. El barón afirmaba necesitarla y la proveía de todo lo necesario para el desempeño de su trabajo, y eso incluía un laboratorio especial y una fuente inagotable de «voluntarios», con los que experimentar. Segundo era conocedor de lo que ocurría con ellos, pero había aprendido a cerrar los ojos. Cuando Hilda no estaba a su lado, era peligrosa y cruel y, quizás por eso, Segundo no siempre se sentía culpable de ser tan injusto con ella.

—Voy a dar una vuelta, no puedo dormir.

Hilda guardó silencio. Sabía de sobra que no convenía importunarlo cuando sufría de insomnio.

El castillo estaba en calma a aquella hora, y pocas luces iluminaban sus pasillos. Por la noche estaba desierto, casi nadie trabajaba; a lo sumo, algún hombre de seguridad, cumpliendo labores de vigilancia. Saludó a uno que medio dormitaba al pie de una de las escaleras, y que, al ser sorprendido por Segundo, recuperó una pose un poco más atenta.

—¿A dónde van estas escaleras? —El castillo llevaba un tiempo en obras, y nuevos cambios le esperaban cada vez que regresaba de uno de sus viajes.

—No puedo decirlo, señor —respondió el guardia. Segundo se quedó unos instantes mirándole en silencio.

—Lo comprobaré yo mismo entonces. —Hizo ademán de subir las escaleras, pero el hombre que las guardaba se interpuso.

—Solo el personal autorizado...

Antes de que el guardia terminara su frase, se encontró con que Segundo le estrelló la cara contra la pared, y le retorció el brazo en su espalda.

—Podemos hacer dos cosas —le susurró al oído—. Una, continúas cumpliendo tu deber y no me dejas subir. Si lo haces, primero te rompo el brazo y, si sigues sintiéndote un héroe, sigo con otras partes del cuerpo. Hay una alternativa, sin embargo: corres a avisar a quien quiera que tenga que saberlo que ando por aquí, y mientras,

yo compruebo lo que desee, sin que tú me des la lata. ¿Qué opción eliges?

—La segunda —musitó el guardia.

—Buena elección. —Segundo lo liberó. El pobre hombre, sin llegar a escapar del todo del aturdimiento, salió corriendo al instante.

Cruz subió las escaleras, sin prisas. Daban a un pasillo flanqueado de habitaciones con las puertas cerradas. Todas menos en una, de cuyo interior escapaba algo de luz y un extraño ruido, un siseo regular, periódico, como un fuelle que se llena de aire, para expulsarlo a continuación, una y otra vez.

Segundo entró en la habitación y a la luz de varias lámparas, lo primero que alcanzó a ver fue un tanque de hierro enorme, más ancho que alto. De allí provenía el ruido. En el extremo horizontal del tanque había una abertura, sellada con goma, de la que sobresalía una cabeza femenina. El resto de su cuerpo, por tanto, se encontraba tumbado, en el interior del tanque. La mujer estaba boca arriba, su cabeza apoyada en una almohada, aunque podía verle a él mediante un espejo inclinado a unos cuarenta y cinco grados sobre su cabeza.

—Hola, Segundo. El barón me dijo que vendría a verme esta noche —dijo una voz que recordaba haber escuchado una vez, hacía varios años.

9

Se trataba de un *spirophore*. El tanque de hierro cuyo ruido había atraído a Segundo era, en realidad, un contenedor en el que, a modo de pulmón artificial, se introducía presión, provocando la expansión del tórax. Al retornar de nuevo la presión atmosférica, se producía la espiración. Eso le explicó Bárbara. Porque la mujer que necesitaba aquel gigantesco armatoste para respirar era Bárbara Berwick, un fantasma de su pasado. Literalmente, puesto que siempre creyó haber acabado con su vida.

—Como ve, no morí al caer de la torre. Aunque he perdido la cuenta de las veces que deseé haberlo hecho.

Segundo tomó asiento en una silla, frente a Bárbara, situada allí ex profeso para sus visitas. Podía ver en el espejo el reflejo de su rostro, con una expresión serena, mientras hablaba. O mientras escuchaba.

—Recuerdo que los hombres del barón la recogieron y la introdujeron en un coche para trasladarla —dijo Segundo, que seguía anonadado—. Pero nunca supe si sobrevivió o no. El general nunca habló de lo sucedido aquella noche, ni de lo que sucedió después. —No recordaba la última vez que sus palabras habían temblado tanto al salir de su garganta.

—Francisco sabía que estaba viva. El barón le informó. Si es que esto puede calificarse de vida, claro. —Bárbara se rio, la amargura casi oculta por el cristalino efecto de su risa. El espejo inclinado sobre ella devolvía a Segundo el rostro de una mujer muy delgada, aún hermosa, pero con más arrugas de las que el tiempo transcurrido debiera haber dictado.

—Me ha dicho al entrar que Eigner le había avisado que vendría a visitarla, ¿cómo sabía...?

—¿Que vendría a verme? Lo vio en el espejo. Abelard y los doctores son las únicas visitas que recibo. Y si por mí fuera, podría arrojar a los médicos por la ventana. Estoy harta de ellos. Y a estas alturas tan solo constatan que no hay avances posibles para mí.

—Así que usted también sabe lo del espejo... No entiendo entonces, que...

—Déjeme que lo adivine. No le parece coherente que el barón no haya hecho nada por impedir que nos encontremos —se adelantó Bárbara.

—En efecto, ¿por qué me ha mantenido oculta su presencia y ahora de repente permite que nos reunamos?

—Me estoy encogiendo de hombros, pero me temo que a no ser que me construyan un *spirophore* con paredes de cristal, no va a resultar muy elocuente —dijo Bárbara. Segundo no pudo evitar una sonrisa—. El barón tiene sus rarezas, él le llama estrategias. Quizás el maldito espejo le mostró las consecuencias que un encuentro anterior hubieran tenido, y lo ha ido retrasando hasta que le sea más conveniente.

—No le tiene mucho cariño al espejo, según veo.

—¿Acaso se lo tendría usted si viera en él que su futuro se limita a esto?

Segundo asintió.

—Bárbara, creo que debo pedirle perdón.

—Está equivocado, Segundo.

—No lo estoy, fui yo quien le disparó...

—Repito que está equivocado, yo era consciente de lo que iba a pasar, usted no fue más que un instrumento del destino.

—¿Cómo sabía lo que iba a suceder?

—Estoy segura de que puede adivinarlo.

—El «maldito» espejo. —Segundo dejó escapar un suspiro que no era de alivio.

—Francisco Serrano buscaba a alguien para introducirse en la organización del barón Von Eigner. No era la primera vez que yo hacía algo así, y el barón no parecía, a priori, muy distinto de otros trabajos. Sin revelármelo, Francisco encargó a Tomás, mi marido, de quien en aquellos días me estaba separando, la misma tarea. Supongo que lo recuerda.

—Con claridad meridiana. Y, discúlpeme, pero la forma en la que me cuenta su historia, parece ensayada.

—Lo único que me sobra es tiempo, ¿en qué otra cosa podía entretenerme sino en preparame el discurso que le soltaría al conocerle? Pero déjeme que continúe con mi bonito relato, aunque sé que gran parte de él ya lo conoce... Francisco sospechó que uno de los dos, Tomás o yo, le había traicionado. Y, ¿sabe qué? Tenía razón. Mis informes no eran reales.

—El general, después de todo, estaba en lo cierto. Eso fue lo único que sacamos en claro aquella noche.

—Así es, Francisco tenía razón, lo traicioné. Pero no fue algo premeditado. Conforme representaba mi papel, y me iba ganando la confianza de Eigner, él se ganaba la mía. Y fue así como terminó por mostrarme el espejo...

—El «maldito» espejo.

—El mismo. El espejo del rey Salomón me dijo que era. En él, me mostró mi destino. O mejor dicho, me mostró lo que sucedería si no

conseguía cambiarlo. Es una larga historia, algún día se la contaré, pero al menos déjeme decirle que, cuando acudí a la trampa que el general había urdido, sabía que usted me dispararía y yo caería al vacío.

—Entonces, ¿era consciente de todo lo que ocurriría? ¿Que terminaría encerrada en esta... cosa?

—En el *spirophore*. Pero no. El espejo no mostró tanto. Tampoco sabía que Tomás, mi marido, aparecería en el peor momento. Si le soy sincera, creí que solo yo moriría y que mi sacrificio serviría para proteger la vida de Mateo.

—Su hijo.

—Así es. El barón ya le habrá dicho que el futuro que el espejo muestra no es inmutable. La primera vez que vi el espejo, mi hijo Mateo terminaba muerto. —Una nota de desesperación se dejaba entrever en la voz de Bárbara al hablar de su hijo—, pero el barón me enseñó qué pasos debía dar para eludir aquel destino.

—Entonces, Eigner la utilizó.

—No lo vi así en aquel momento, pero esa interpretación ha visitado mi imaginación más de una vez. Y créame, he tenido tiempo para pensar y evaluar cada alternativa. En muchas de ellas, no soy más que un peón en los planes de Eigner. En otras, soy tan solo una víctima de una guerra que me es ajena. Pero hay algo innegable, si el barón no se hubiera hecho cargo de mí, estaría muerta. El accidente destrozó mi cuerpo por completo. Eigner hizo traer los mejores doctores, pero poco podían hacer. Al final me sometieron a tratamientos experimentales que salvaron mi vida, sí, pero deformaron y debilitaron tanto mi cuerpo que ni siquiera puedo respirar por mí misma. Esta máquina en la que me ve es mi salvación y mi condena. Me permite respirar, sí, pero a qué precio.

—A pesar de todo, siento que estoy en deuda con usted.

—Si siente que me debe algo, entonces hay dos cosas que necesito de usted...

Segundo sintió que su corazón latía con fuerza. Creía que había acallado para siempre su conciencia, pero encontrar a Bárbara Berwick allí le hacía replantearse muchas cosas en su vida. Quizás porque el momento en que apretó el gatillo y disparó sobre aquella

mujer, Segundo Cruz dio el primer paso hacia la oscuridad en la que ahora habitaba.

—Dígame en qué puedo ayudarle —dijo Segundo al fin.

—Tengo dos peticiones. La más importante, proteja a Mateo.

—Haré todo lo posible, pero no creo que esté entre los planes del barón hacerle daño alguno. En cualquier caso, lo intentaré, se lo aseguro.

—Lo sé. Y se lo agradezco.

Segundo hizo la señal de la cruz sobre su corazón, y Bárbara asintió.

—¿Y cuál es la otra petición?

—Regáleme su amistad.

10

—¿Te gusta? —preguntó Hilda esperanzada. Estaban los dos solos, en su habitación, y su compañero acababa de abrir la caja que le había presentado.

—No sabes cuánto. —Segundo extrajo el Colt 45 y lo sostuvo en su mano casi con reverencia. Si fuera posible enamorarse de un objeto inanimado, aquel era sin duda al que entregaría su corazón.

—Cuando lo vi, de alguna forma supe que te encantaría.

Segundo asintió. Era el mismo que había visto en el espejo de Eigner. Sabía que un día se haría con él. Comprobar que los astros se alineaban para que lo profetizado se cumpliera era fascinante. Pero también sospechoso. E irritante.

—Últimamente te encuentro un poco ausente —dijo Hilda—. Durante este último viaje te he echado de menos y, ahora que has vuelto, todavía te siento lejano.

—Supongo que es el cansancio, y la edad. Tú sigues siendo tan joven como siempre, pero a mí el peso del tiempo me pasa factura.

—Puedo ayudarte con eso.

—No me gustan esas cosas.

—Lo sé, lo sé. —Hilda se acercó, sumisa, y se abrazó a Segundo. Él respiró el dulce olor que se desprendía de su pareja y se dejó

rodear por sus brazos.

—¿Qué has hecho por aquí estos días? Supongo que habrás estado muy ocupada. ¿No has salido del castillo? —Segundo puso fin al abrazo, se sentó en un sillón, frente a una mesita baja, en la que reposaba un cesto con manzanas. Despreocupado, abrió el tambor de su Colt y extrajo las balas. Lo examinó con atención, y una vez convencido de que estaba en óptimas condiciones, procedió a rellenarlo de nuevo.

—Me hubiera gustado ir contigo. —Hilda se sentó en el otro sillón, junto a él—. Pero Eigner siempre está pidiendo nuevas pócimas para sus elixires y tónicos.

—Creía que era lo que te gustaba. Tu laboratorio, tus... experimentos.

—No tanto como estar contigo.

—Pero tengo una duda. Si no has salido de aquí, ¿dónde viste esto? —Segundo levantó su mano enguantada, en la que sostenía el Colt. Hilda pareció dudar un poco.

—¿Tu regalo? Verás, vi que lo tenía Von Eigner en su despacho...

—¿Se lo has robado entonces?

Hilda observó a Segundo con recelo.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo es que lo tengo yo ahora?

—El barón me dijo que se lo habían enviado de los Estados Unidos de América, y que tal vez a ti te gustara y te ayudara a... bueno, ya sabes... —Hilda bajó los ojos, azorada.

—No sé a qué tiene que ayudarme —dijo Segundo. Aún tenía el Colt en su mano, despreocupado.

—Me dijo que te gustaría, y te ha gustado, ¿verdad?

—Sí, ya te lo he dicho. Es excepcional. Pero me gustaría saber a qué tiene que ayudarme.

—El barón cree que, cuando estás aquí, pasas demasiado tiempo con Bárbara Berwick. —Hilda enrojeció y su voz se hizo un susurro —. Dice que, al principio, creía que te haría bien, pero que quizás te estás obsesionando.

—¿Y tú qué piensas de todo eso?

—Yo no pienso nada, confío en ti con toda mi alma. Ni siquiera sé quién es esa mujer. El barón dice que has llevado unas cartas a escondidas a su hijo, pero a mí todo eso me da igual. Yo solo quiero estar contigo...

Segundo dejó escapar un suspiro. Era verdad, Bárbara Berwick quería comunicarse con su hijo. En su carta le decía que seguía viva, y le pedía que viniera a verla. Pero Bárbara no quería que el barón lo supiera y eso era un imposible. A Eigner no se le escapaba nada, Segundo sabía que, si entregaba el mensaje que Bárbara había escrito, era porque el barón lo permitía, si no, lo hubiera impedido de una forma u otra. Así que Segundo jugó aquella baza e hizo llegar a Mateo Sanz la carta que su madre le había dictado, sin comunicárselo antes a Eigner. No era necesario, con su espejo, no había secretos para el barón.

—Entonces, el Colt, en realidad, no es tu regalo, sino que es un regalo del barón, ¿no?

—No, no, Segundo. Se lo pedí yo para ti.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? —dijo Segundo, cambiando su tono por uno más conciliador—. Probarlo. Tengo muchas ganas de hacerlo.

—Se está haciendo de noche, pero... da igual, podemos ir afuera. —Hilda se incorporó de su sillón.

—No, no hace falta ir a ninguna parte. Podemos hacerlo aquí, ¿no crees?

—¿Aquí? —La expresión de Hilda era dubitativa.

—Sí. No creo que pase nada.

—No sé, quizás no es buena idea.

—Toma una de esas manzanas, querida. —Segundo señaló con el cañón del revólver el cesto, sobre la mesa. Hilda, sin comprender muy bien a dónde quería ir a parar su compañero, alargó su mano y recogió una de las manzanas.

—Segundo, creo que estás...

—¿Enfadado? No, para nada. ¿Sabes la historia de Guillermo Tell? —Hilda asintió, preocupada—. Pues vamos a escenificarla. Yo confío en ti, y tú confías en mí, así que no habrá ningún problema, ¿verdad? —Hilda movió, de nuevo, la cabeza en sentido afirmativo

—. Ahora, vete allí, al extremo de la habitación, y ponte la manzana sobre la cabeza.

Hilda miró hacia el punto que Segundo indicaba y, resuelta, se dirigió hacia allí. Una vez junto a la pared, se dio la vuelta, colocó la manzana sobre su cabeza y le miró desafiante.

—Adelante —dijo, con voz tranquila.

Menos de un segundo más tarde, el disparo retumbó en la habitación. Hilda seguía de pie, inmóvil, y un nuevo agujero en la pared, dos centímetros por encima de su cabeza, alojaba una bala. Restos de una manzana destrozada estaban esparcidos por toda la habitación. Segundo se levantó y se acercó despacio hasta Hilda Hanis. La mirada de ella se clavó en la de él durante el corto trayecto que los separaba, y siguió haciéndolo mientras, poco más tarde, él la levantaba en sus brazos, y la llevaba hasta la cama sin apenas pronunciar palabra.

11

Una vez más, Hilda dormía y la luz de la luna que se colaba por la ventana le mantenía despierto. En silencio, Segundo abandonó el lecho, se vistió y salió de la habitación, dirigiendo sus pasos hacia la de Bárbara Berwick.

—Buenas noches. —Segundo se encontraba sentado en una silla frente a ella, cuando Bárbara abrió los ojos.

—¡Segundo! ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Un rato. No podía dormir. Espero que no le moleste lo intempestivo de mi visita.

—Si hubiera sabido que vendría me hubiera puesto un poco más decente —bromeó Bárbara—. Tengo entendido que volvió ayer de sus viajes.

—Así es.

—¿Todo bien? —Segundo se encogió de hombros.

—Viento en popa. Le hice llegar su carta a Mateo.

—Pero él no vendrá, ¿me equivoco?

—No. Tenemos un infiltrado en casa del general. Según me cuenta, al poco de recibir la comunicación, Mateo acudió a verlo, muy enfadado. Tras un rato a solas con Francisco, abandonó la casa confundido, como si no recordara para qué había ido allí. Creo que podemos asumir que le han hecho olvidar las líneas que usted le escribió.

—Gracias por no decirme «se lo dije».

—Sabíamos que Eigner daría los pasos necesarios para que sus cartas no arruinasen sus planes. Ahora veo cuál fue la razón por la que, previamente, le hicimos llegar al general las drogas que le debía suministrar a su hijo si quería que olvidara todo.

—Hubiera sido mucho más sencillo prohibirme expresamente que le escribiera. O advertirle a usted que no entregara mi carta.

—Sin duda.

—¿Cree que hay determinados sucesos que el espejo no puede evitar que ocurran? —preguntó Bárbara, pensativa—. Por ejemplo, imagine que, hiciera lo que hiciera, le resultara imposible evitar que escribiera una misiva y que ésta llegara a sus manos. Tal vez por eso recurre a esta estratagema, para que, a pesar de recibir la carta, no tenga consecuencias perjudiciales para lo que quiera que haya planeado.

—Podría ser. O también puede que el espejo le hubiera mostrado que Mateo recibe la carta y que, a continuación, el general le hace beber el elixir que Hanis ha creado para borrar la memoria y que yo mismo le entregué... Pero esta opción me preocupa. Significaría que el destino está escrito y no habría forma de malearlo a nuestro gusto. Si así fuera, no hay nada que sea necesario cambiar porque, en realidad, no hay nada que podamos impedir.

—¿Qué sentido tendría entonces nada?

—Hace tiempo que me lo planteo —asintió Segundo.

—Si le parece, me gustaría dictarle otra carta para Mateo. Si Eigner había previsto la primera, y aun así dejó que llegara a su destino, no veo razón alguna para no intentar una segunda. Y una tercera, y una cuarta si hace falta.

—Hagámoslo la próxima vez, si no le importa. No he traído nada para escribir, en mi próxima visita me agenciaré de papel y pluma.

Cuénteme algo más, entretanto. ¿Qué tal ha pasado este tiempo?

—Pues ya ve, practicando equitación —bromeó Bárbara—. ¡Oh, tonta de mí, si tengo una noticia! Recordará a Rousse Debeule, sin duda. —Segundo asintió. No había sabido nada de él desde que salió de las mazmorras, donde había pasado el tiempo suficiente para entender que no podía abandonar sus labores bajo la sombra de Eigner.

—Lo recuerdo perfectamente. —Sin ser consciente de ello, Segundo estiró sus dedos, y luego los contrajo con fuerza.

—El barón le ha pedido que desarrolle un nuevo *spirophore* para mí. Pero no como éste, sino uno que me permita moverme por mí misma. ¿Se imagina?

—Sería maravilloso. Si lo desea, puedo hablar con Rousse. Animarle un poco, meterle un poco de prisa, ya me entiende.

—Ya sé a qué se refiere, pero no. Es un buen hombre, déjele hacer. Además, mire sus dedos, Debeule hizo con ellos un trabajo excepcional.

Segundo se contempló las manos, obediente. Había veces que sentía como si realmente fueran dedos reales. Podía vivir sin el sentido del tacto, era lo único de lo que carecían. Era afortunado, otros lidiaban con otros sacrificios no tan nimios como los suyos. Por ejemplo, ¿sería capaz de vivir como Bárbara? Creía que, a pesar de todo, sí lo conseguiría. Por una razón muy prosaica: había mandado a la tumba a los suficientes seres humanos como para haber aprendido que existía una necesidad, ilógica y universal, dentro de todos nosotros, de seguir viviendo, fuera como fuera y a pesar de todo.

12

Segundo esperaba de pie frente al escritorio del barón. No llevaba puesta su chaqueta, por lo que la cartuchera que llevaba en el hombro, donde descansaba su Colt, quedaba a la vista. El espejo, a un lado del escritorio, se mantenía oculto por la sábana que lo cubría. Aunque solo estaba involucrado en su búsqueda

esporádicamente, sabía que ya pocas piezas quedaban por hallar. Eigner, al fin, levantó la cabeza de los papeles que revisaba y Segundo no pudo evitar asombrarse al comprobar, de nuevo, lo poco que había envejecido el barón desde que lo conocía. A él, por el contrario, le iba pesando cada vez más el paso del tiempo.

—¿Ha localizado a Winslow por fin? —preguntó el barón.

—No tenemos su paradero exacto, pero tenemos la certeza de que se encuentra en Venecia.

—Debe estar oculto en alguna iglesia, por eso no consigo encontrarlo con el espejo —masculló Eigner entre dientes.

—¿En una iglesia? Estamos de suerte. ¿Cuántas puede haber en Venecia?

—No se haga el gracioso, Segundo. Esto no hubiera sucedido si sus hombres hubieran hecho su trabajo.

—¿Mis hombres? Hace tiempo que la seguridad de este sitio no es tarea mía. Mi labor se limita a crear y mantener nuestras redes de información en el exterior.

—Encárguese de que los responsables sean castigados. Al menos será capaz de hacer eso.

Segundo se mordió la lengua, era inútil discutir. Al fin y al cabo sus obligaciones serían lo que Eigner decidiese.

—¿Qué hacemos con Debeule? —preguntó Segundo.

—No creo que tenga que consultarme para saber la respuesta. Si ha ayudado al profesor Herbert Winslow a escapar, ya sabe qué destino le corresponde.

—Tenía entendido que Debeule estaba trabajando en el *spirophore* de la señora Berwick.

—Su trabajo ya debería estar suficientemente avanzado como para que otros técnicos tomen el relevo. Nadie es imprescindible aquí, haría bien en recordarlo. —Eigner hizo una pausa, durante la que contempló con atención a Segundo. Éste siguió impertérrito—. Dígame, ¿qué va a hacer para encontrar a Winslow y recuperar el ojo de Cronos?

—Winslow se las ha apañado para llamar la atención de la *squadra speciale* italiana, y creo que ellos han tenido más suerte que nosotros en dar con él. He enviado a uno de nuestros mejores

hombres a hacerle una visita a Filippo Rampulla, de la organización en Venecia, y convencerle de que comparta con nosotros el paradero del profesor, y por tanto del diamante, del cual suponemos no se ha deshecho todavía.

—No lo hará, no se preocupe por eso, pero es imperativo que el ojo de Cronos vuelva a nuestras manos lo antes posible.

—No se preocupe. El hombre que he enviado es Pietro Saracino. Es un poco sádico para mi gusto, pero es efectivo y está disponible. Es probable que deje un reguero de víctimas por el camino, aunque no dudo que tendrá éxito en su misión.

—¿Y por qué no va usted mismo?

—Es el otro tema del que venía a hablarle. Me extraña que su espejo no le haya alertado.

—No puedo comprobarlo absolutamente todo. Hay veces que necesito descansar de ese mundo de posibles futuros, o corro el riesgo de confundir lo real y lo ficticio. Pero sospecho que se trata de Mateo Sanz.

—Correcto. Según nuestros informantes, el general Serrano apareció en Inglaterra, recogió a Mateo, y en estos momentos va camino a España.

—No es casualidad que coincidan en el tiempo la huida de Winslow y que el general reclame a Sanz. —Eigner había hablado casi para sí, con la mirada perdida. Después pareció volver al presente. Segundo aún estaba frente a él, aguardando sus indicaciones—. Tiene razón, debe ir a España lo antes posible. Váyase, váyase.

Segundo se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Estaba seguro de que en cuanto abandonara el despacho, la sábana caería y el barón consultaría su espejo, una vez más.

13

Bárbara, tumbada boca arriba en su *spirophore*, sonrió.

—Le he echado de menos, Segundo. Pensé que se había olvidado de mí.

—Yo nunca olvido, querida amiga. Y también le he echado de menos. Me temo, sin embargo, que ésta será una visita muy corta. Vuelvo a marchar. Mis obligaciones me reclaman. —Segundo decidió, en el último momento, eludir que la razón por la que tenía que partir con tanta premura se debía a que Mateo regresaba a España.

—Es una pena que se vaya tan pronto. Tengo muchas cosas que contarle.

—Tendrán que esperar, parece que los acontecimientos están empezando a acelerarse.

—Supongo que es por eso la reciente conmoción. Es difícil sonsacarles a los enfermeros que vienen a atenderme, el barón les ha prohibido que me desvelen nada. Él mismo hace tiempo que no me visita. Aun así, si se presta atención, es imposible no darse cuenta de que algo ocurre. Siempre dejan escapar detalles, como el nerviosismo que veo en sus caras, o las carreras en los pasillos, o los susurros entre ellos...

—No sé si sabe algo del profesor Herbert Winslow. Ayudó a Eigner a encontrar varios trozos de su espejo. Se ha escapado del castillo. Es probable que sea la razón por la que todos están un poco alterados.

—¿Eso es todo? No es la primera vez que alguien abandona este lugar. Creí que había ocurrido algo más grave.

—Esta vez es diferente. Winslow se ha llevado consigo una reliquia importante para Eigner. Un diamante que, por alguna razón, debe ser importante para sus planes. Le llama «el ojo de Cronos».

—¿El ojo de Cronos? —repitió Bárbara, con expresión de sorpresa.

—¿Lo conoce? —Segundo elevó una ceja. La reacción de su amiga era atípica en ella.

—No, no. —Bárbara tardó todavía unos segundos en relajar la expresión de su rostro—. Me ha llamado la atención ese nombre, eso es todo. Algo relacionado con... Da igual.

Segundo dudó si contarle que Rousse Debeule era el hombre que había ayudado a que Herbert Winslow lograra escapar. Decidió no hacerlo. Tarde o temprano Bárbara se enteraría, pero entretanto, no tenía sentido preocuparla antes de tiempo, sobre todo porque, por mucho que el barón afirmara que el trabajo de Debeule estaba

avanzado, su ausencia tendría consecuencias en el *spirophore* movible que tanta ilusión le hacía.

—Si todavía tiene unos minutos, ¿quiere que le cuente un secreto? —dijo Bárbara tras el momento de silencio que la indecisión de Segundo había provocado.

—Desde luego.

—He conocido a alguien.

—Vaya, me va a poner celoso, y ¿viene a verla a menudo? —sonrió Segundo.

—Nada de eso. Mis únicas visita, además del personal que me da de comer y me asea, es usted. Ya le he dicho que el barón cada vez espacia más sus venidas.

—¿Entonces?

—A menudo va usted con tanta prisa que no se habrá dado cuenta de que tengo un vecino. Alguien ha ocupado la habitación de al lado. —Segundo alzó las cejas. Era cierto que no había prestado atención, ¿cómo era eso posible?—. No lo he conocido en persona. Quizás usted podría hacerlo por mí, en algún momento. Aún no lo conozco bien, pero tengo la sospecha de que no está aquí por voluntad propia.

—Creo que va a tener que explicármelo un poco mejor. Recuerde que no soy el más listo de la clase.

—Siempre dice eso y sabe que es mentira. En fin, como le he dicho, no sé lo suficiente, excepto que mi vecino se encuentra deprimido, y que se llama Jünger. Hablamos por las noches, cuando todo está en silencio. Las paredes que nos separan no son lo gruesas que deberían.

—Me alegro de que tenga un nuevo amigo. Aunque, si como dice, no está aquí por su libre voluntad, me preocupa que se encariñe con él. Últimamente el barón es un poco errático en sus decisiones.

—No puedo dejar de aprehender los pequeños alivios que la vida me presenta solo porque pronto desaparecerán, ¿no cree?

—Sin duda. Solo lo decía porque intento protegerla.

—Se lo agradezco. Y espero que vuelva pronto, con o sin Winslow y su «ojo de Cronos».

Segundo a punto estuvo de desvelar, de nuevo, que no era ese su destino, ni su misión, pero se contuvo a tiempo. No quería ilusionar a Bárbara inútilmente.

—Por cierto, tengo algo que decirle. Al respecto de nuestras eternas charlas sobre el espejo de Eigner; al parecer, no es capaz de predecir lo que ocurre dentro de una iglesia.

—¿No puede? —se sorprendió Bárbara—. Eso es ciertamente extraño.

—Lo es, aunque nada me sorprende ya.

—Le echaré de menos, Segundo.

—Y yo a usted, y espero que su nuevo amigo sea un buen sustituto mío.

—Sabe usted que no.

Con todas las maravillas que guarda aquí fray Ángel, resulta que no hay nada para calmar el dolor. O quizás sí lo hay y el maldito fraile estima, con toda justicia, que no soy digno de alivio. Y tendría razón. Siento el sabor a óxido de la sangre en mi boca, y la oscuridad que hace tiempo que me rodea se hace más opaca conforme se consume esta vela que apenas me alumbra. Qué lugar tan horrible para morir es éste y, al tiempo, qué original. La Inquisición tiene muertos por todos los rincones, pero ¿en su almacén? Lo dudo. Creo que soy el primero. Vaya honor.

Si no te lo dejé claro antes, Mateo, espero que ahora sí: me estoy muriendo, y de ahí mi urgencia. Ten una cosa clara, en cualquier caso: esta carta no es una forma de limpiar mi conciencia. No pretendo que me entiendas y me absuelvas de mis pecados, todo lo hice consciente de sus consecuencias. ¿Me arrepiento de algunos de mis crímenes? Por supuesto. ¿Cambiaría mi forma de actuar ahora que conozco el resultado? Claro que sí. Solo un idiota está conforme con todas las acciones que ha tomado a lo largo de su vida.

Pero, dejemos estas elucubraciones de filósofo amargado para alguien que tenga más tiempo y, sobre todo, le importen. Lo importante es llegar al final de esta narración. Tranquilo, no queda tanto.

Sigue leyendo, te lo ruego.

14

Segundo se detuvo en la puerta, incrédulo. El *spirophore* estaba vacío.

Se apoyó contra el quicio de la puerta, sus piernas parecían aflojarse y amenazaban con dejarle caer. La cabeza le daba vueltas. Nunca había visto el pulmón de hierro sin su ocupante, obviamente, Bárbara no podía respirar por sí misma. Solo existía una explicación para su ausencia, y Segundo sintió que su mundo se venía abajo.

En aquel momento, un criado apareció en el pasillo. Llevaba una bandeja con comida, para la habitación contigua, la del «vecino» de Bárbara, cuya existencia le había revelado la última vez que se vieron. Segundo no pudo contener la rabia, y de tres zancadas llegó a su altura. El criado se detuvo, sorprendido. Sus ojos mostraron una alarma, que rápidamente se transmutó en puro terror, cuando Segundo atenazó su cuello con su mano enguantada. Ni siquiera escuchó el estruendo que provocó la bandeja al estrellarse contra el suelo de piedra, ni registró que las viandas rodaban por el piso.

—¿Por qué nadie me ha informado? —masculló Segundo, apretando su mano en torno a la garganta del criado.

Los ojos del hombre que había apresado con su garra parecían a punto de salirse de sus órbitas, su cara enrojeció, se llevó las manos al cuello y luchó por respirar y librarse de la tenaza que le aprisionaba.

—¿De... qué...? —alcanzó a decir.

Segundo aflojó la presión. Aquella respuesta no era la que esperaba. Si Bárbara hubiera muerto...

—¿Dónde está Bárbara Berwick? —dijo Segundo.

—En... la... capilla... —dijo el hombre con dificultad.

Segundo abrió su mano. El criado cayó de rodillas y se afanó por recuperar el aliento.

—¿Qué capilla? ¿Y cómo puede estar allí? —preguntó Segundo, cuando el hombre pareció listo para hablar.

—Hay una capilla en los bajos del castillo. La señora Berwick ha estrenado un nuevo *spirophore*, uno más pequeño que le permite moverse fuera de su habitación y es allí donde suele ir...

Segundo abandonó al jadeante criado, sin echar la vista atrás. El corazón le latía con fuerza. No era consciente de hasta qué punto su relación con Bárbara había crecido dentro de él. El pánico que sintió al creer que había fallecido era un sentimiento real, el más intenso que había sentido desde que tenía memoria.

Algo en su manera de caminar advertía a aquellos con quien se cruzaba que no era buena idea ponerse en su camino. Tampoco es que Segundo reparara en ello, aunque le era imposible no darse cuenta de los cambios en la seguridad del castillo —nuevas caras y más hombres armados y de uniforme, aquí y allá, guardando los puntos cruciales de la fortificación—. Si no estuviera tan ofuscado en encontrar aquella maldita capilla, hubiera admirado la mejora.

Preguntó por el camino a la capilla a aquellos con quien se cruzaba. No era un sitio concurrido, quizás por su cercanía a las mazmorras. Inconscientemente, casi todos evitaban rondar por la zona, a pesar de que Eigner había encontrado un nuevo destino para aquellos que le incordiaban: los nombraba voluntarios para los experimentos que los científicos —Hilda entre ellos— llevaban a cabo para él.

Cuando Segundo, al fin, abrió la puerta de la capilla, en seguida localizó a Bárbara. El sitio era pequeño, y no había forma de que la señora Berwick pudiera pasar desapercibida.

Maldijo calladamente. El nuevo *spirophore* que permitía que Bárbara se trasladara de un lugar a otro por sí misma, la transformaba en algo que podría encontrarse entre las páginas de un cuento de terror. ¿Cómo podía el gran Rousse Debeule, el hombre que había logrado el milagro de sus dedos mecánicos, ser responsable de aquella monstruosidad? ¿O tal vez fueron los científicos que retomaron su trabajo quienes no supieron culminarlo? Lo único de Bárbara que quedaba afuera del armazón metálico que formaba el pulmón de hierro, seguía siendo su cabeza. Al menos, su amiga, por primera vez en años, se erguía verticalmente. Al sonar los pasos de Segundo en el piso de la capilla, unas grandes patas metálicas, como las de una araña, se mantuvieron fijas en el suelo, y la parte que contenía a la ocupante del *spirophore*, el recipiente hermético de hierro, giró sobre ellas, con un graznido metálico. Las

mejillas de Bárbara estaban húmedas, y Segundo se dio cuenta de que, desde que la conocía, nunca antes había visto rastro de lágrimas en ellas.

—Por fin llegas. Llevo días viniendo aquí, esperando por ti —dijo Bárbara, su voz a punto de quebrarse.

Segundo hubiera querido acercar su mano a su mejilla, y secarla, pero era consciente de que, dentro de sus guantes negros, no había una mano real, solo una garra deforme, de dedos fríos e inertes. Además, no hubiera alcanzado, las patas del artilugio en el que Bárbara estaba enclaustrada le añadían una altura considerable.

—No sabía que existía una capilla aquí ni que ya tenías tu nuevo *spirophore*.

—Cuando terminaron... esto..., pedí a Eigner que me permitiera ir a la iglesia. —A un lado del *spirophore*, una especie de tentáculo mecánico, terminado en una tenaza, gesticuló como si se tratara de una mano real al final de un brazo, añadiendo irrealidad a lo que Segundo contemplaba—. Siempre ha existido una capilla en el castillo, antigua y olvidada. Eigner la mandó acondicionar para que pudiera venir aquí.

—La creía desengañada de religiones y dioses ausentes. Como yo.

—Y hubiera acertado en su juicio, pero recordé lo último que me dijo antes de irse, que el espejo del barón no podía mostrar lo que sucedía dentro de una iglesia.

—Entonces, supongo que hay algo importante y confidencial que quiere decirme.

—Sí, de otra forma, jamás hubiera consentido que me viera así. —Segundo vio como se endurecía la expresión de Bárbara. Su rostro revelaba la humillación que sentía al mostrarse a los demás en aquel *spirophore*.

Cuando Bárbara se encontraba a solas dentro de su pulmón de hierro, los segundos parecían minutos, y los minutos, horas. Era cierto que Eigner había dispuesto lo posible para que el tiempo no fuera una tortura. Tenía criados que le leían novelas y el mismo barón, cuando sus responsabilidades lo permitían, la visitaba a menudo. Al menos al principio. A pesar de todo, Bárbara se aburría.

Tantos años en aquella condición, incapaz de abandonar su lecho dentro del *spirophore*, le habían acostumbrado a aguzar el oído, había aprendido a identificar a cada cual tan solo por el ruido de sus pasos o el rumor de su respiración, a discernir conversaciones en voz baja fuera de su cuarto y reconocer los pasos que se acercaban. No le pasó inadvertido, por tanto, que alguien a quien no conocía se hubiera instalado en la habitación junto a la suya. Era el hombre que había llamado Jünger, y de cuya presencia había advertido a Segundo en su último encuentro.

Desde que Cruz se había ido, además del nombre, Bárbara había aprendido muchas más cosas. La mayoría las había deducido, si tuviera que esperar a que alguien le desvelara algo de viva voz, nunca hubiera sacado nada en claro. Sabía que su vecino se llamaba Jünger porque le había escuchado al propio barón gritarle aquel nombre. Entre él y Eigner no reinaba la cordialidad, cuando el barón se presentaba allí se escuchaban juramentos y maldiciones, y platos y vasos que se estrellaban contra las paredes. Jünger no estaba allí por volición propia, puesto que escuchaba como un cerrojo se abría y cerraba cada vez que alguien entraba o salía de su habitación; a excepción de Eigner y los criados que limpiaban, o los que le traían la comida, apenas recibía visitas. Finalmente, Bárbara también había averiguado que su vecino sufría de insomnio, y ocupaba muchas de sus horas nocturnas andando de un extremo a otro de su habitación, hablando para sí y maldiciendo su suerte.

Cuando Abelard Eigner apareció finalmente, le preguntó por su vecino. El barón evadió todas sus preguntas, dejando claro que no quería debatir sobre el tema. Tendría que recurrir a otros métodos si quería ampliar la información. Una noche, aprovechando la ausencia de criados y que las paredes no eran tan gruesas como podía uno imaginar, Bárbara se arriesgó a llamar a Jünger, a viva voz. Él respondió y, al fin, hablaron entre ellos. Así, rellenó los huecos que le faltaban en su historia.

—Jünger me dijo que había leído sobre mí. Que casi creía conocerme, como si fuéramos amigos de toda la vida.

—¿Que había «leído» sobre usted? —preguntó Segundo con extrañeza.

—Sí. Y sobre usted también —dijo Bárbara.

—No lo entiendo, querrá decir que había oído de nosotros, a Eigner probablemente.

—No, Segundo. Había leído sobre nosotros. Yo al principio me lo tomé a broma, creía que me tomaba el pelo. Le dije que solo faltaba que fuera una celebridad de la que habla la prensa. En el silencio de la noche, con su voz filtrándose por la pared me confió que leía noticias a diario, periódicos de todo el mundo le mantenían informado de lo que sucedía, o al menos de lo que los periodistas creían que era interesante hacer saber a la audiencia. Como es obvio, los periódicos tenían varios días cuando llegaban a él, pero aun así... Pero no era de aquella manera como había aprendido de usted y de mí, sino en su libro. En un libro que contaba nuestra vida. O una vida lo suficientemente similar a la nuestra.

—No me extraña que Eigner no permita a ese hombre salir de su celda. El tal Jünger debe haber perdido el juicio.

—Algo parecido pensé yo, pero era agradable tener a alguien con quien hablar, así que seguimos charlando. Esa noche y las siguientes. Pensé que incluso con un demente se pueden compartir confidencias para hacer un poco más llevadera la soledad.

Bárbara le relató a Segundo la historia de su vecino de habitación. Una historia que rayaba en la locura.

—Según Jünger, cuando era apenas un niño, le ocurrió un suceso terrible, tanto que una especie de amnesia le oscurecía parte de los recuerdos. El día en el que el terrorífico evento sucedió, fue la última vez que vio a sus padres. Jünger tenía brumosos recuerdos de una cueva, y un anciano que salía de entre las sombras. Abandonó la cueva de la mano del extraño, sano y salvo, pero desde aquel momento, nunca más ha conocido la libertad. Aquel extraño no era otro que Abelard Eigner. Dos décadas después, el tiempo no ha dejado huella física en el barón. Y durante esos años, Jünger ha vivido bajo la férrea vigilancia de profesores y tutores a sueldo de Eigner, convertido en un prisionero al que nunca se le ha desvelado el crimen por el que había sido juzgado y condenado.

—Sé que es su amigo, pero no me parece muy lógica esa historia. ¿Insinúa que Eigner le secuestró de niño, y lo ha mantenido cautivo desde entonces? Me resulta difícil de creer —interrumpió Segundo.

—Si su relato tenía sentido o no, me era indiferente cuando me lo contaba. Lo importante, en aquellos momentos, era que nuestras palabras nos hacían compañía en las largas horas de soledad compartida. Nuestras conversaciones se repitieron, noche tras noche, y lo que me contaba se hizo, poco a poco, aún más inverosímil, hasta el punto que he llegado a dudar si la loca soy yo, y no él, Segundo. Porque le creo.

—¿Qué sucedió? —Segundo suponía que era algo importante. Bárbara no hubiera planeado aquella reunión, en aquella capilla, si no lo fuera. Además, estaba asustada. Podía sentirlo.

—Hará unos diez años, Eigner le hizo entrega de un libro. Un libro escrito a mano, y que no estaba terminado. Cada cierto tiempo, el barón lo recogía y, a modo de diario, añadía algunas páginas más. Lo primero que le llamó la atención fue la caligrafía. Era su letra, la del propio Jünger. Como si el libro estuviera escrito por él.

—Muchas personas tienen una escritura semejante.

—El libro describía cientos de variaciones de una sola vida. La de Abelard Eigner.

—No creo que... Ya sabes que el barón está muy interesado en la literatura.

—En este libro se cuenta cómo Eigner encontró una forma de volver al pasado, y repetirlo todo, con objeto de evitar esa guerra infame de la que siempre habla. En él, plasma todo lo ocurrido en sus intentos de salvarnos de ese conflicto, al que denomina «el apocalipsis». Cada decisión que toma, qué resultado obtiene, cómo se acerca a su objetivo y qué acciones le alejan de él, están reflejados en esa especie de diario. Y, por supuesto, allí está apuntado dónde encontrar los trozos del espejo del rey Salomón. Porque no es que haya vuelto del futuro una vez. Esto se ha repetido en multitud de ocasiones. Con cada interacción, con cada nueva vida que vuelve a repetirse, cada vez está más cerca de completar su espejo y cumplir su objetivo.

—¿Me quiere decir entonces que Eigner cree que procede del futuro? ¿Que viaja atrás en el tiempo? —dijo Segundo, con descreimiento.

—Sí y no. Según el libro de Jünger, todos estos Eigners que vienen del futuro fallecen en 1881. Este año. El Eigner que en 1916 volverá al pasado no es el que ya ha vuelto, sino uno nuevo, que ha nacido en esta línea temporal. Uno que ha leído este libro, y que tiene la obligación de seguir escribiendo en él, alertando a futuros Eigners de lo sucedido. Se trata de Jünger. Esa palabra, en alemán, significa «joven». El verdadero nombre de mi nuevo amigo, el nombre con que fue bautizado, no es Jünger, sino Abelard Eigner. Así, Jünger es quien volverá al pasado, convertido en el barón Eigner.

—Es una locura —dijo Segundo.

—¿Lo es, realmente? ¿Más que un espejo que has visto con tus propios ojos y que, mágicamente, le ha pronosticado el futuro? Piense lo que esto supone. No se trata solo de que se produzca esa guerra que obsesiona al barón. Significa que cuando Jünger vuelva atrás en el tiempo, todo volverá a suceder, usted me disparará y volveré a caer del Alcázar; significa que volverá a perder sus dedos en una celda de Cuba. Si todo es cierto, hasta que este eterno circulo vicioso no se detenga, mi marido morirá de nuevo y yo volveré a estar presa de este maldito *spirophone*, y seré separada de mi hijo. Todo se repetirá de nuevo. Eigner cree que para detener su maldita guerra, todo debe suceder otra vez. Una y otra vez.

Segundo bajó la vista, desolado. ¿Vivir su vida de nuevo? Aunque en una realidad alternativa el nuevo Segundo no fuera consciente de que su existencia se repetía, no estaba dispuesto a continuar prisionero de aquella rueca infinita. No pensaba ser un peón en el juego entre Eigner y el destino.

—Pero podemos detenerlo —dijo Bárbara—. Jünger no está de acuerdo con el barón. Quiere poner fin a esta locura y no piensa viajar al pasado cuando llegue el momento, guerra o no guerra. Podemos ayudarle a librarse de Eigner, romper esta rueda que no para de girar y que nos lleva al mismo sitio. Con tu ayuda, quizás podremos con él.

Segundo miró a su amiga con tristeza, y lentamente, extrajo el revólver, su Colt 45, de la cartuchera. Bárbara lo observó, sin entender lo que pretendía hacer. Pronto, sin embargo, se dio cuenta de lo que sucedería. Con rapidez, la tenaza del brazo mecánico atrapó a Segundo, sujetándolo por la garganta, y levantándolo en el aire.

—¡No! —gritó Bárbara, desquiciada—. ¡Jünger es inocente! Te he dicho que él no es como Eigner, él parará esta locura.

—¿Y cuántos Jüngers antes que él han pensado igual y se han convertido en Eigners cuando llegó el momento? —preguntó Segundo, casi sin aliento por la presión de las tenazas en su cuello —. ¿No ves que la única forma segura de acabar con todo es que no le demos esa posibilidad de llegar al futuro?

Bárbara no respondió, pero en su mirada Segundo descubrió, con una infinita tristeza, que no permitiría que terminara con Jünger. No podía ver que ellos dos eran la prueba viviente de que el circuito que le acababa de describir seguiría sin descanso. De alguna forma, Jünger no cumpliría su promesa, porque aunque ahora fuera sincero, no se es la misma persona con veinte años que con sesenta. Era Jünger quien debía morir para poner fin a aquello.

—Perdóname, Bárbara —dijo Segundo, y disparó.

Lo que quedaba de la cabeza de Bárbara —no era mucho después de un disparo de un Colt 45 a tan corta distancia— cayó inerte hacia un lado. La tenaza se abrió y Segundo cayó al suelo. El *spirophone*, con su ocupante muerta, sin embargo, seguía en pie, el pulmón de hierro continuaba funcionando, aunque su ocupante ya no vivía.

El disparo había retumbado en los bajos del castillo, y pronto llegaría a los oídos de todos. Segundo se rehizo y salió de la capilla a la carrera. Sabía que cada segundo era precioso para lograr lo que se proponía. A toda velocidad subió escaleras y corrió por los pasillos, esquivó a cualquiera que se cruzó en su camino, y disparó su revólver sin mucha contemplación a la menor sospecha de que alguno de los nuevos miembros del cuerpo de seguridad supusiera algún problema. Cuando llegó a la celda de Jünger, junto a la de Bárbara, se detuvo, sudoroso. Maldijo a gritos. La puerta estaba abierta. No había nadie allí.

15

Tiempo después, Segundo aprendió que fue aquél el día que Eigner eligió para aliviar el aislamiento de su sosias y dar un descanso a sus desavenencias. Habían salido a dar un paseo por el aire en uno de los globos aerostáticos que poseía el barón. Acababan de aterrizar cuando los disparos de Segundo quebraron la calma del lugar.

La noticia de que Bárbara había sido asesinada corrió por el castillo como la pólvora. Segundo no necesitó mucho tiempo para entender que nunca llegaría hasta Jünger. La única alternativa era huir a hierro y fuego. Y así lo hizo, escapó a duras penas, dejando un reguero de muertos tras él.

Varias semanas después aguardaba guarecido en el rincón más oscuro de la iglesia de San Ginés, en Madrid. Había llegado hasta allí tras recorrer media Europa, con los hombres del barón tras él. Las mismas redes de informantes que él mismo había creado, ahora jugaban en su contra. Hombres cuya lealtad creía fuera de toda duda habían escogido el bando que más probabilidades tenía de ganar, y no era el suyo. No les culpaba, él hubiera hecho lo mismo. Aun así, Segundo sabía cómo ser invisible y cruzar fronteras sin ayuda ni levantar sospechas. Hasta el momento había eludido a sus perseguidores, pero contra el espejo de Eigner, a largo plazo, nada podía hacer. A pesar de todo, si podía predecir cada paso que daba, ¿por qué no lo habían atrapado ya?

Segundo había elegido la iglesia de San Ginés para reunirse con el Equipo Especial del general Serrano, por dos razones. La primera, era un lugar público y neutral. La segunda, porque lo que allí sucediera sería invisible al espejo del barón. Llevaba esperando un buen rato. La noche había caído y la iglesia estaba desierta. La hora convenida había llegado y nadie había aparecido.

Olía a la cera de las velas derritiéndose, a incienso y a madera. Aunque las iglesias siempre le producían un gran sopor, aquella noche no podía estar más despierto y alerta. Al fin, las puertas se abrieron y Segundo vio entrar al Equipo Especial casi al completo, faltaba el general. Mateo Sanz, Marie Poitiers y Gilbert Taylor se

internaron en el templo, mirando a todas partes. El inglés llevaba en su mano, con cierto disimulo, su arma habitual. Su desconfianza era comprensible.

Segundo se levantó, despacio. Levantó las manos, abiertas y vacías, para que comprobaran que no era una amenaza. Su Colt, en cualquier caso, se encontraba en la pistolera que colgaba de su hombro, bajo el abrigo. No pretendía atacarles, pero tampoco podía estar seguro del modo en que sería recibido.

El grupo le había visto, pero de todas formas escudriñaron, una vez más, en todas direcciones. Una vez seguros de que la iglesia estaba desierta, con lentitud, se dirigieron hacia el lugar donde Segundo esperaba. Ignoraba si compartir con ellos lo que sabía bastaría para detener las aspiraciones de Eigner, pero al menos, sería el primer paso.

Como no podía ser menos, todo se torció en un instante. Una figura apareció en el confesionario cuando el trío se encontraba a la altura de éste. A pesar de la distancia, Segundo reconoció al hombre que hasta entonces se había mantenido oculto. Un grito surgió de su garganta, intentando advertir al grupo de la terrible amenaza que sobre ellos se cernía. Solo sirvió para que los tres se detuvieran confundidos. En aquel momento, una de las largas agujas y gruesas agujas con que solía apuñalar a sus víctimas, salió despedida de la mano de Pietro Saracino y, antes de que nadie pudiera impedirlo, se clavaba en el cuello del inglés. Taylor, antes de desplomarse, se llevó la mano a su garganta atravesada por la terrible aguja. Mateo y Marie corrieron a socorrerle.

Era un segundo demasiado tarde cuando Segundo acertó a desenfundar su Colt y disparar a Saracino. Dos detonaciones resonaron como sendos truenos en el interior de la iglesia. Las balas impactaron en el confesionario arrancándole astillas de madera, pero para entonces el italiano corría con dos nuevas agujas, una en cada mano, hacia el lugar donde Mateo y Marie dividían su atención entre su moribundo amigo y los disparos efectuados por Segundo. Al ver que Pietro saltaba sobre ellos Mateo, de forma instintiva, interpuso su propio cuerpo, intentando proteger a Marie de su ataque. Saracino se dejó caer sobre sus rodillas, y abalanzándose sobre

Mateo, como si lo abrazara, extendió sus brazos. Las largas agujas se clavaron, inmisericordes, en el cuerpo de Poitiers, tras el joven. Segundo soltó un juramento, no podía disparar al italiano sin correr el riesgo de herir al resto.

Mateo dejó escapar un grito desgarrador al darse cuenta de lo que había pasado y empujó a Saracino, librándose de su traicionero abrazo. Marie, a su espalda, se desplomó con las dos enormes agujas clavadas en su tórax y la sangre tiñendo de rojo su vestido.

—Es tu turno, Segundo —dijo Saracino, volviendo su atención hacia el lugar desde el que Segundo presenciaba impotente lo ocurrido.

Mientras Mateo, desesperado, intentaba detener la hemorragia de su compañera, Saracino emprendió la carrera hacia Segundo. Esta vez era un cuchillo el arma que había aparecido en su mano, sin que Segundo llegara a ver de dónde había salido. Disparó de nuevo. Pietro saltó a la izquierda, y esquivó el disparo, sin detener su avance. Apretó el gatillo una vez más. Saracino simplemente movió su cabeza a la derecha apenas unos centímetros, lo justo para que también esa bala no encontrara su objetivo y se incrustara contra uno de los retablos de la iglesia, dejando un agujero en el pan de oro que lo recubría.

Pietro se precipitó hacia Segundo. Era demasiado tarde para intentar disparar de nuevo. Una nueva descarga de un revólver, sin embargo, estalló en algún sitio, dentro la iglesia. El cuerpo de Saracino cayó a los pies de Segundo. Confundido, miró su arma, como si se hubiera disparado sin ser él consciente de ello. Más allá, sin embargo, Mateo, en pie, sostenía en su mano la Derringer de Taylor, aún humeante. Sus ojos estaban rojos y llenos de rabia. A sus pies, Marie yacía inánime.

Mateo se acercó a Segundo con pasos furiosos.

—Te juro que no tengo que ver con este ataque —imploró Cruz, dejando caer al suelo su revólver—. Debe haberlo orquestado Eigner, tienes que creerme...

La expresión de odio infinito se reflejaba en la cara de Mateo, cuando aún a una cierta distancia, apretó el gatillo. El disparo acertó a Segundo en el estómago. Dos verdades incuestionables se

cristalizaron en su mente. La primera era que esa herida le llevaría a la tumba. La segunda, que cualquier cosa que le dijera a Mateo era inútil, pues jamás le creería. Segundo, doblado de dolor tras recibir el balazo, hincó una rodilla en el suelo, y Mateo, según avanzaba, intentó disparar de nuevo. El percutor golpeó sobre vacío. La Derringer del inglés solo tenía dos balas y ya las había utilizado. Aun así, Mateo seguía apretando el gatillo, una y otra vez, consumido de rabia.

Segundo recogió su Colt. Con parsimonia, apuntó a aquel a quien había jurado proteger, consciente de que una vez más rompería sus promesas. Eigner siempre había dejado claro que si moría Mateo Sanz, se frustarían sus planes. Al menos en esa existencia temporal. Allí, en la Iglesia, con la muerte alrededor, Segundo tuvo el íntimo convencimiento de que, por muchas veces que quisiera repetir la historia, Eigner jamás conocería el éxito. Disparó, y de su arma sí que partió una bala. La muerte de Mateo fue instantánea.

La iglesia quedó en silencio, por fin.

Quedaba una sola bala en el cargador del Colt y tenía su nombre. Segundo apoyó el cañón en su sien. El disparo recibido en el estómago ya era mortal, así que apretar el gatillo ahora ni siquiera podía calificarse de suicidio. Al menos así acortaría el proceso y se ahorraría parte del terrible dolor que sabía quedaba por venir. Y entonces escuchó unos pasos. No había oído cómo ni cuándo se abrían las puertas del templo, pero un hombre avanzaba con paso inseguro por aquella escena de destrucción y muerte. Se apoyaba en un bastón. Segundo se sentó en un banco, su mano presionando contra la herida, y esperó a que llegara a su altura su protector de otros tiempos, el general Francisco Serrano.

—¿Qué has hecho, Segundo? —dijo. Su voz estaba llena de tristeza mientras se sentaba a su lado.

Segundo le contó todo lo necesario, como si fuera un sacerdote al que confesar los pecados. No le enumeró sus crímenes, ya no tenían perdón posible y tampoco podía asegurar que se arrepintiera de todos ellos. Le reveló, eso sí, todo lo referente a los viajes de Eigner en el tiempo. Le explicó, de la mejor manera que sabía, que todo se

volvería a repetir. Jünger se convertiría en Eigner, y volvería para reiniciarlo todo, en pos de una meta que nunca lograría.

—Quizás esto ha sucedido ya en alguna de esas existencias alternativas. Pudiera ser que lo hubiéramos descubierto en una interacción anterior —aventuró Francisco.

—Si es así, no supimos solucionarlo, porque aquí estamos otra vez.

—Quizás habría una oportunidad si enviamos un mensaje a los que vengan detrás de nosotros.

—Claro, y ¿cómo lo hacemos? Solo Eigner viaja en el tiempo. No sé exactamente cómo lo hace, pero es el único que recuerda lo sucedido. No solo posee el espejo, sino que en su libro tiene toda la información de Dios sabe cuántas otras encarnaciones suyas.

—Conozco un lugar especial que espero esté a salvo del espejo de Eigner. En él las leyes de la física no siempre funcionan como debieran. Quizás tengamos una oportunidad —dijo el general Serrano, pensativo.

Una punzada de dolor, en sus entrañas, hizo que Segundo se encogiera. Al tiempo, escuchó una extraña melodía. Tal vez ya comenzaba el delirio.

—Me temo que tendrá que ir usted solo a ese lugar, yo ya estoy escuchando la música del más allá.

—No sea imbécil, hay alguien afuera de la iglesia, tocando una flauta.

—¿A estas horas de la noche? —preguntó Segundo con descreimiento. De repente, llegó a la misma conclusión a la que también vio que había llegado Francisco. Eigner no había enviado tan solo a Saracino. Farbig estaba allí.

Las ratas comenzaron a llenar la iglesia. Surgían de cada rincón, mostraban sus dientes, agresivas, y no tardaban en atacar. Francisco, apoyado en su bastón, seguido por un grupo de ellas, fue hasta la puerta principal. Estaba cerrada por fuera. El general se protegía con su bastón de las ratas que le acosaban, y en uno de sus mandobles derribó un estante con velas encendidas. Alguna prendió en la madera de una capilla. Segundo, mientras, en el banco

de la iglesia, donde el dolor en su estómago le había relegado, apartaba a manotazos a las ratas que le asediaban.

Mientras el general volvía al lugar en el que Segundo agonizaba, el pequeño incendio causado por las velas derribadas iba en aumento. El humo iba llenando la iglesia y el fuego se propagaba por otras capillas. Las ratas retrocedían conforme las llamas crecían de tamaño y se expandían por todas partes. Por un momento, la flauta calló y las ratas se calmaron.

—¿Qué cree que es peor, morir devorado por las ratas o por el fuego? —preguntó el general, jadeante. Segundo nunca lo había visto tan débil.

—Dígame, Francisco. ¿Por qué nunca accedió a pedirle a Máximo Gómez que me liberara?

El general le miró con melancolía y dejó escapar un suspiro.

—¿En serio no lo sabe? —dijo Francisco Serrano.

Segundo negó con la cabeza. Las llamas crepitaban a su alrededor y la flauta, gracias a Dios, seguía en silencio.

—Nunca me llegaron esas cartas —continuó el general—. Duré tan poco en el cargo de ministro, y fue un tiempo tan tumultuoso, que cuando se recibieron, yo ya había dejado el ministerio. A nadie se le ocurrió revisarlas, o buscarme y entregarlas, ni siquiera al siguiente ocupante de la cartera. Se almacenaron en un cuarto de correo, diez pequeños paquetes con sus dedos en su interior languidecieron entre multitud de otras misivas. ¿Sabe cuándo se descubrieron?

Segundo volvió a mover su cabeza a uno y otro lado.

—Cuando el olor fue tal que a alguien le dio por investigar de dónde venía. Y para entonces, usted ya estaba a las órdenes de Eigner.

Segundo comenzó a reír.

—¿Sabe que siempre le culpé a usted de mi desgracia, verdad? —le dijo, al fin, a Francisco Serrano.

—Sí. Pero en cierto modo me culpaba yo también a mí mismo. Su seguridad era mi responsabilidad, y si lo capturaron, fallé. Aunque supongo que sabe quién fue el que le traicionó, el que descubrió su tapadera.

Segundo se sorprendió. Creía que era aquella una de las preguntas cuya respuesta nunca obtendría. El general le miró, con pena.

—Abelard Eigner. Fue él quien pasó la información a los rebeldes cubanos.

—Y apostaría a que también le sugirió el castigo apropiado al general Máximo Gómez —dijo Segundo, atando cabos y volviendo a reír.

La flauta se escuchaba otra vez y el incendio alrededor crecía con mayor rapidez. Ya debería llamar la atención y pronto alguien en el barrio daría la alarma. Tarde o temprano, los bomberos acudirían. No serían lo suficientemente rápidos.

—Debe escapar por allí. —Francisco le señaló una ventana a Segundo, varios metros por encima de ellos—. Le indicaré cómo llegar al Consejo Superior de la Inquisición. Escriba una carta y pídale a fray Ángel que la guarde y se la entregue a Mateo Sanz.

—Imposible. No conseguiré subir hasta allí con esta herida. Además, ¿se ha olvidado de que Mateo está muerto?

—Por supuesto que no, pero si no podemos hacer nada ahora, quizás otra versión de nosotros mismos pueda hacerlo, y para que tengan alguna oportunidad, tenemos que hacernos llegar la verdad. No es una carta para nuestro Mateo, es para otro que en algún momento llegue a ella.

—Esa carta, en esa nueva realidad, nunca se habrá escrito —dijo Segundo, incapaz de comprender como comunicarse con alguien de otra línea temporal.

—Ya le dije que en en el Consejo de la Inquisición las reglas que rigen nuestro universo no se aplican de igual forma. Adelante, deje de poner excusas, ya sabemos que subir hasta esa ventana le va a doler como nunca le ha dolido nada, deseará morirse, pero ha de aguantarse y escapar.

—¿Y usted por qué no lo intenta?

—Porque estoy viejo, y no podría, y porque hace tiempo que este brazo se me ha paralizado. Me está dando un ataque al corazón, Segundo.

Espero que no te estés preguntando si logré salir vivo de la Iglesia de San Ginés, escapar de Farbig y llegar hasta el Consejo de la Inquisición...

Como has leído, no he cumplido mis promesas, pero al menos, he cumplido este encargo. Te he escrito esta maldita carta mientras la bala que una versión de ti mismo me encajó en el estómago ha hecho todo lo posible por convertir mis últimas horas en un infierno. No importa, en breve estaré en el de verdad.

No sé, exactamente, de qué va a servir todo lo que te he contado, pero espero que tenga alguna utilidad. Ignoro qué tipo de persona seré en la realidad en la que vives, aunque apuesto a ciegas que seguiré siendo alguien de quien no puedes fiarte. No lo hagas.

Por último, tengo una petición que hacerte. Cúmplela o no, a nada te obligan las palabras de un muerto que, realmente, nunca ha existido...

Sé que te he dicho que Hilda Hanis es un monstruo, que merece un castigo por sus pecados y sus crímenes, y sé, a ciencia cierta, que tarde o temprano me encontraré con ella en el averno. Que ambos terminaremos allí está fuera de toda duda. A pesar de todo, en el fondo de su alma todavía hay algo de luz. Existe en su interior una mujer con la mala suerte de haberse encontrado con alguien como yo. La he utilizado una y otra vez, hasta casi destruir lo poco que poseía capaz de salvarla. Y, aun así, su amor por mí era verdadero. No estoy hecho para sentimentalismos, pero tú sí. Así que, si en tu mano estuviera, alguna vez, salvarla... hazlo, dale otra oportunidad.

Y ahora, permíteme que me muera de una puñetera vez.

Firmado: Segundo Cruz.

DE GLOBOS Y CASTILLOS (I)

1

El cochero se llamaba Sebastián. Para Mateo, por alguna razón, el nombre se ajustaba a la profesión como un guante. Cochero o mayordomo, esos eran los oficios que se le podrían adjudicar, según él. Ni que decir tiene que aquella disquisición hizo que el rostro del cochero se contrajera en una mueca de impaciencia, por lo que, a partir de allí, el viaje transcurrió en un mayor silencio.

Con la tarde ya avanzada del segundo día, y tras preguntar por direcciones a varios vecinos, dieron con la forma de llegar al domicilio de Narciso Monturiol. El domicilio del inventor, cuya dirección venía escrita en la tarjeta que tenía Mateo, se encontraba en unos terrenos más allá del pueblo. Era un lugar retirado y, según le decían los que les proporcionaron señas, abandonado, al final de un camino de tierra mal mantenido. Un cartel gastado y a punto de caerse anunciaba «Icária. Comunidad cabetiana», al principio de la vía —poco o nada transitada— que debían tomar. Pasaron junto a varios edificios en ruinas y dejaron atrás, también, un cementerio, vacío e invadido por la maleza. Llegaron, al fin, a una casona oscura y tétrica. Frente a ella, un gran patio con una fuente sin agua, parecía querer decirles que aquel paraje fue hermoso y hospitalario en algún momento del pasado, pero en la actualidad, pese a su melancólica apariencia, se había rendido al inexorable transcurrir de los años. Contemplaron todo aquello desde el otro lado de una alta verja oxidada. La casa estaba rodeada de rejas y elevados muros que impedían el acceso.

Mateo se apeó y buscó alguna forma de alertar a Narciso Monturiol de que se encontraban allí. El sol comenzaba a ocultarse y un viento frío con sabor a sal —el mar no podía andar lejos—, empezó a silbar, bajando la temperatura varios grados.

—No es por nada, pero esto me da muy mala espina —dijo el cochero. Ningún animal nocturno dejaba oír su ulular, y aunque ahora estaba la luna en cuarto menguante, apenas arrojaba luz en una noche particularmente oscura. Las ventanas de la casona, más allá de la verja, aparecían cerradas a cal y canto, algunas con tablas clavadas en ellas. Ninguna luz se filtraba por sus rendijas.

—No hay nada que temer —dijo Mateo. Sin pensárselo, bajó del carruaje y tomó una barra de metal que había adquirido en un pueblo del camino. Avanzó hasta la verja, y con ella, hizo palanca sobre la gran puerta de hierro forjado que impedía que el coche accediera al patio. Su primer intento no produjo el efecto deseado. Un tanto abochornado ante la inquisitiva mirada del cochero, y consciente de que aquello se estaba demorando más tiempo del necesario, duplicó sus esfuerzos. Al fin, el cerrojo terminó saltando en pedazos. Mateo empujó la verja y, con sus goznes quejándose por la falta de aceite, se abrió no sin dificultad.

El cochero azuzó a los caballos para que cruzaran el umbral, pero éstos, asustados, se negaban a avanzar.

—No se preocupe, espéreme aquí —dijo Mateo. Entró en el coche y tomó un farol, otra de sus recientes adquisiciones. Al menos había venido preparado.

—¿Está seguro de lo que hace? —preguntó el cochero.

—Por supuesto que no, pero no podemos darnos la vuelta ahora, ¿no cree?

—Podíamos buscar un sitio donde pasar la noche en algún pueblo cercano, y volver aquí por la mañana. A la luz del día esto igual tiene otra pinta.

—Espéreme, no tardaré mucho —zanjó Mateo, y se dirigió a la entrada de la casona. Quería acabar con aquello lo antes posible.

Llamó a la puerta de la casa, golpeándola con la descolorida aldaba que colgaba de ella. Sus golpes resonaron agresivos en la oscuridad de la joven y queda noche. Cualquier ruido parecía multiplicarse en aquella extraña quietud. Los caballos relincharon nerviosos, pero nadie acudió a abrir la puerta. Mateo volvió al coche a por la barra de hierro, ante el escrutinio atento de su cochero. También él se había dado cuenta, a esas alturas, que no tenía mucho sentido lo que estaba haciendo. Si Monturiol no estaba en casa, de qué le iba servir. No tenía muy claro el porqué de su insistencia en entrar allí, pero se encontraba ya en pleno descenso sin frenos para poder detenerse. Al menos esta vez, le fue mucho más fácil forzar la puerta.

Encendió el farol, rompiendo apenas la oscuridad en el que estaba sumido el interior de la casa. Estaba seguro de que, como decía Sebastián, a plena luz del día tendría otro aspecto, pero en aquella penumbra era un lugar tétrico. Avanzó unos pasos, con la sensación de que algo o alguien le observaba. A la luz del farol se adivinaba una habitación amplia y atestada de muebles y sombras.

Un relinchar frenético, a su espalda, le interrumpió. Se volvió justo a tiempo para ver, a través de la puerta abierta, cómo su coche, más allá de la verja, se alejaba, con los viejos caballos a pleno galope. En todo el viaje, aquellos animales apenas habían pasado del trote y ahora corrían con una inusual desesperación. Algo extraño debía haber sucedido, no tenía sentido, por muy suspicaz que fuera su cochero, que le abandonara sin mediar palabra, sobre todo porque aún no había cobrado lo prometido. Sebastián no iba a volver a Madrid sin el bolsillo lleno después de tanto tiempo. Por un momento dudó si salir corriendo tras ellos. El maletín, con Winslow en su interior, viajaba en el coche, y sin el profesor no sabría cómo encontrar a Eigner, a Segundo Cruz, y por ende, a Marie.

El aullido de un lobo sonó en aquel momento. Aquello, definitivamente, no podía ser normal. No pensaba que hubiera lobos por allí pero, por otra parte, quizás esa era la razón por la que los caballos se habían asustado y partido a la carrera arrastrando el coche tras ellos. Como explicación era poco convincente, pero en los últimos tiempos lo inverosímil era moneda común. En cualquier caso, ya se encontraba dentro de la casa, y si los caballos se habían asustado por los lobos, o por otra causa, tarde o temprano su cochero recobraría el control y, por la cuenta que le traía, retornaría. Mateo se adentró aún más en la casa.

Hacía frío allí dentro, más que en el exterior. Sus pasos crujían sobre la madera del suelo. Llegó hasta una mesa cubierta de libros; sobre ella también había dispuestos diversos planos con variadas versiones del Ictíneo. Si hubiera alguna duda de que estaba en el lugar correcto, los proyectos del submarino la habían disipado. No era lo único sobre aquella mesa; en aparente caos podía encontrarse cuadernos, tarros de tintas, plumas para escribir, y otros materiales de trabajo.

Una ráfaga de viento se coló en la casa desde el exterior, y la puerta, con gran estruendo, se cerró de golpe tras él. El portazo le sobresaltó. Con el corazón latiéndole con violencia dentro del pecho, vislumbró, a duras penas, una sombra que se escondía en la penumbra. Nervioso, movió el farol para alumbrarla. Iluminó una escalera que llevaba al piso de arriba, pero nadie había allí. Un crujido en el suelo, a su espalda, le hizo volverse con brusquedad. Tampoco vio a nadie, pero la sensación de que estaba siendo vigilado se acrecentó. Extrajo la Derringer, regalo de su compañero Gilbert, de su bolsillo y la levantó apuntando a nada en concreto.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó. Se sintió estúpido al escuchar su propia voz en el silencio de aquella sala.

Un sexto sentido le hizo girarse de nuevo. Lo que le pareció una zarpa, le golpeó la mano que sujetaba el revólver, y este cayó al suelo. Después, otra garra le sujetó por fuerza por la garganta, tumbándole sobre la mesa, y provocando que también soltara el farol, que rodó por el suelo, su llama aún encendida pese a todo. Un rostro pálido, lechoso, y unos ojos rojos se acercaron a su cara. Aquel rostro le era conocido, e intentó pronunciar su nombre, pero la mano que le apretaba el cuello le impedía respirar. Mateo intentó zafarse, al tiempo que su contrincante abría la boca y dejaba al descubierto unos colmillos largos y afilados. Se acercó amenazador a su cara. Desesperado, Mateo palpó alrededor con su mano libre, buscando algo que pudiera usar como arma, pero solo acertó a asir un libro. Lo blandió, interponiéndolo entre ambos, justo en el momento en que su atacante se abalanzó sobre él para morderle el cuello. Sus largos colmillos se clavaron en el libro que Mateo logró encajar, justo a tiempo, en la boca de su atacante.

Si la garganta de Mateo no hubiera estado atenazada por su contrincante y él a punto de perder el conocimiento por la falta de aire, se hubiera reído de buena gana ante la ridícula estampa que presentaba su atacante con el libro entre sus fauces. Un nuevo estruendo, tras ellos, detuvo a ambos. La puerta había golpeado contra la pared al abrirse de golpe. Dos siluetas se recortaban en a ella.

—Suéltalo, o tu compañero no lo cuenta —dijo una voz áspera. Era Sebastián.

La presión de la mano en su cuello disminuyó lo justo para permitirle respirar. De reojo, Mateo descubrió que el cochero tenía sujeto a alguien y su navaja descansaba amenazante sobre el cuello de su presa. Aunque no acertaba a ver quién era, no hacía falta. Sabía que se trataba del hermano de su propio agresor: Valeriu. O quizás Andrei.

—Pero ¿qué puñetas está pasando aquí? —bramó otra voz, que venía acompañada, esta vez, de la luz de un quinqué.

—¡Narciso, soy Mateo! —acertó a gritar el joven al aparecer Monturiol.

—¿Mateo Sanz? Pero ¿quiere decirme qué hace aquí? Valeriu, suéltale por Dios, ¿no ves que es Mateo?

—Perdonen —intervino de nuevo el cochero, aún sujetando a Andrei por el cuello—, pero es que continúo estando aquí, y su amigo sigue a punto de no contarlo. Igual deberían prestarme un poco de atención, ¿no creen?

—Suéltele, todo está bien —dijo Mateo, recuperando la serenidad una vez que Valeriu le había liberado.

—Y una mierda está todo bien. Este desgraciado espantó a los caballos mientras yo aprovechaba para... bueno, para hacer mis necesidades. Después le seguí hasta la casa donde le apresé, y al buscarle a usted, me he quedado de piedra al ver que este otro estaba a punto de merendárselo. En resumen, a mí no me parece que eso es que todo está bien.

—Tiene una explicación —respondió Narciso.

—Eso espero —dijo Mateo—, aunque creo que no una, sino varias las que nos debe. ¿Por qué no ha respondido cuando he llamado? ¿Por qué me ha intentado morder este imbécil y de dónde ha sacado esa fuerza sobrehumana? Y ya de paso, ¿por qué han espantado a los caballos?

—Vayamos por partes —respondió Narciso apaciguador—. En cuanto a lo de no responder cuando han llamado, digamos que, en los tiempos que corren, es mejor ser prevenido. Últimamente hemos recibido algunas visitas no deseadas. Lo de morderle, Valeriu se

habrá puesto nervioso y ya conoce la expresión de «luchar con uñas y dientes», ¿no? Los hermanos aprendieron a pelear en los bajos fondos de Balchik, donde lo importante es seguir vivo y cómo hacerlo importa bien poco. No tienen fuerza sobrehumana, aunque sí que es verdad que son más fuertes de lo normal, pero porque trabajan duro, como usted bien sabe. Y Andrei espantó a sus caballos porque pensábamos que así nuestros visitantes, y debo insistir que desconocíamos que eran ustedes, se largarían y nos dejarían en paz. Y ahora —dirigiéndose al cochero—, ¿le importaría liberar a mi asistente?

El cochero miró a Mateo, y éste asintió. Una vez libre, Andrei se dirigió silencioso y con paso lento hacia su hermano. Valeriu ya se había deshecho del libro que se había quedado encajado en su boca, y por un momento algo parecido a una sonrisa se dibujó en el rostro de ambos hermanos.

—Habrá que recibir a nuestros invitados como merecen —les ordenó Monturiol—. Traednos vino, y algo más de luz. Y después, recuperad el coche. No puede estar lejos.

Con la diligencia que Mateo ya había observado en el Ictíneo, los dos hermanos encendieron nuevas velas en la habitación, libraron la mesa de libros y planos, acercaron unas sillas y en un abrir y cerrar de ojos, sirvieron el vino al todavía desconfiado cochero, en primer lugar, y después a Mateo y Monturiol.

—Pica un poco, ¿no? —dijo el cochero tras apurar su copa. Mateo probó el suyo, pero le pareció un caldo excelente. En menos de un minuto, el cochero dormía plácidamente, recostado en su silla.

—He supuesto que tendría cosas que contarme, y que quizás había algo que nuestro amigo no debería oír —respondió Narciso Monturiol ante la inquisitiva mirada de Mateo, que ya sospechaba que aquel sueño repentino no era natural—. Le hemos añadido un somnífero a la bebida, dormirá toda la noche, seguro que le viene bien. Además, yo también tengo preguntas que hacerle a usted, y la primera es ¿qué diantres hace aquí?

—Me dijo la última vez que nos vimos que, si necesitaba ayuda para recorrer largas distancias y tenía poco tiempo para ello, que contara con usted. Y aquí estoy. Necesito su ayuda, Monturiol.

Segundo Cruz ha raptado a Marie. En estos momentos estará de camino hacia el escondrijo de Eigner para entregarla, a ella, y de paso, el último pedazo del espejo.

—Ah, Eigner. Es de él precisamente de quien me oculto. Está empeñado en que trabaje para él. Bueno, a decir verdad, también me oculto del Gobierno de España. Principalmente. Hay más, pero creo que esos dos son los más insistentes. ¿Sabe que nuestros gobernantes me han instado a entregar el Ictíneo II? Van listos.

—¿Eigner quiere que trabaje para él? Cuando Winslow nos reveló que huía de Eigner, usted no dijo nada. De hecho hizo como si ni siquiera supiera quién es —preguntó Mateo, ignorando lo demás.

—No me pareció oportuno desvelarlo, igual me hubiera puesto bajo sospecha. El caso es que el barón llevaba un tiempo detrás de mí y he de decirle que su oferta era muy tentadora. Ese hombre sabe cómo llamar la atención de un pobre inventor como yo.

—¿Qué le ofrecía?

—Algo incluso mejor que el Ictíneo. ¿Ha oído usted hablar de la navegación aerostática, Mateo?

—Se refiere a los globos, ¿no? Sí, me comentó algo al respecto la última vez.

—A los globos dirigibles —continuó Monturiol, sin prestar atención a su interlocutor—. A diferencia de un globo normal y corriente, cautivo de los vientos, los dirigibles son capaces de autopropulsión. O esa es la teoría, hasta ahora poco habían avanzado en ese terreno. En fin, la aerostática es mi nueva pasión. Eigner sabe que para captar mi interés era necesario ofrecerme algo que me apasionara y en este caso, déjeme que le diga que ha acertado de lleno. Me ha ofrecido, nada más y nada menos, que un dirigible con motor. Que yo sepa, hoy en día no existe nada como eso. Cómo lo ha conseguido, no lo sé. Los rumores son que tiene trabajando para él a los mejores científicos. Si tiene a todos esos señores tan sesudos, ¿para qué me necesita a mí? Eso le pregunté, ¿sabe su respuesta? Que precisaba de alguien con mi imaginación e inventiva para perfeccionarlo.

—¿Y qué pasó? Tal y como lo cuenta tengo la impresión de que era difícil negarse.

—¿Sabe qué ocurre, Mateo? Estoy mayor. Si quiere que le diga la verdad, dedicarle mis últimos días a cumplir los sueños de un visionario como Eigner me repatea. Prefiero cumplir los míos propios. Así que hice lo único que se me ocurrió.

—¿Qué hizo?

—Lo robé. —Narciso Monturiol rio con grandes carcajadas. Mateo, atónito al principio, terminó acompañándole.

—Necesito su dirigible —le dijo, entre risas. Narciso, poco a poco, cesó en las suyas, y Mateo aprovechó ese silencio, un tanto incómodo, para proseguir—. Segundo Cruz me lleva demasiada ventaja, necesito un medio de transporte que me permita ganarle terreno, si quiero rescatar a Marie.

—Supongo que no seré el primero en decírselo, pero ¿qué le hace suponer que la señorita Poitiers precisa de su ayuda?

—En efecto. —Mateo no pudo evitar un gesto de desencanto—. No es el primero, y sospecho que no será el último que me lo hace saber. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Me han «recomendado» con cierta insistencia que me cruce de brazos y me quite de en medio, que me vaya a América a empezar una nueva vida, o que vuelva a Inglaterra e intente salvar mi noviazgo con la señorita Fiennes. Y, ¿sabe qué? Quizás es la mejor opción, pero es también la que otros han elegido por mí. Estoy cansado de ser el peón de una partida de ajedrez que no entiendo.

—Y si no quiere ser el peón, ¿qué desea ser, el alfil, el caballo? Da igual la pieza, querido Mateo, al final el único que importa es el rey, los demás pueden ser sacrificados.

—Quiero ser el que se sienta frente al tablero y decide el siguiente movimiento. Gane, o pierda.

—Igual es demasiado pronto para jugar contra un maestro. Eigner es peligroso, Mateo.

—Lo sé, y supongo que ya va siendo hora de arriesgarse un poco. Usted también lo ha hecho robándole su globo, ¿no?

Narciso se levantó de su silla con lentitud, y le contempló pensativo. De nuevo el silencio entre ambos, solo roto por el ronquido del cochero, que seguía desmadejado sobre su silla, con un hilito de baba bajándole por la comisura de los labios.

—Yo no tengo mucho que perder —dijo, al fin, Monturiol—. Fíjese en este sitio, ¿sabe lo que era en su momento? —Mateo negó con la cabeza—. Esta fue la primera comunidad cabetiana de nuestro país, creo que ya le hablé de ella —continuó Narciso—. Iba a ser un paraíso de libertad, donde la igualdad y la fraternidad no fueran solo algo sobre lo que uno lee en los libros. Ese era mi sueño, a ello dediqué tiempo y dinero, todo lo que tenía. Y, como todo lo que he emprendido en la vida, terminó fracasando. Me fueron abandonando, y no les culpo. Otro proyecto mío, mi Ictíneo original, alabado por muchos, pero a la hora de la verdad, ignorado por los que importan, por los que podían invertir en él y hacerlo realidad. Mis acreedores me lo mandaron confiscar y lo vendieron por piezas para recuperar su dinero. Menuda panda de macacos. Así ha sido toda mi vida. Cualquier cosa que he emprendido, ha terminado mal. Quizás la vida es así. Y usted, Mateo, ¿está seguro de que quiere arriesgarse? ¿Está dispuesto a pagar el precio del fracaso? Sepa que al final, siempre gana la banca, y todos los demás, perdemos.

—Quiero intentarlo. Ya sé que Marie no me necesita, pero si no hago nada, ¿cómo quiere que me respete a mí mismo cada mañana al despertar?

—Uno se acostumbra a todo, por eso no se preocupe. Pero en fin, le ayudaré.

—Tenemos un problema, no obstante —indicó Mateo—. El profesor Winslow viajaba conmigo en el coche, y contaba con él para guiarme hasta Eigner. Y ahora el carruaje ha desaparecido

—¿Winslow? ¿Sigue tan intratable como siempre?

—Así, es. La dulzura personificada. O «muñequizada».

—No se preocupe, —dijo Monturiol despreocupado—. Valeriu se ocupará. Antes de que amanezca tendrá aquí su carruaje y su profesor.

—Antes de que amanezca... Por cierto, Narciso, no soy tan bobo como parezco. No siempre, al menos. Nunca he visto a sus empleados al sol, nunca les he visto comer o dormir, y en cuanto a lo que ha sucedido hoy... ¿En serio piensa que voy a creerme las explicaciones que me ha dado antes?

—Pero querido Mateo, no sé si se ha fijado que ambos hermanos son albinos. La claridad del sol les afecta a sus ojos, y su piel es demasiado blanca y sensible como para exponerla a los rayos solares.

—No me ha parecido que la piel de Valeriu fuera tan sensible —dijo Mateo en voz baja, masajeándose el todavía enrojecido cuello.

—En cualquier caso, déjelo todo en mis manos. Por la mañana estará aquí su coche, con Winslow y tendremos todo preparado para que pueda ir a liberar a su amiga. Si es eso lo que desea. Suba arriba, y túmbese en mi cama, necesita dormir un poco.

—¿En su cama? ¿Y usted?

—Yo me he adaptado al horario de mis queridos Andrei y Valeriu. A veces pienso si su condición será contagiosa.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Mateo al levantarse de su asiento y observar al durmiente cochero.

—Oh, déjelo ahí. No molesta. En cualquier caso, ahora sería imposible despertarlo.

Mateo se encogió de hombros. Las explicaciones del industrial no le habían convencido, ni creía que, realmente, lo pretendiera, pero al fin y al cabo lo importante era que le iba a ayudar. Descansar no sonaba nada mal, aunque quizás esa noche le costaría quedarse dormido. Se escuchaba el aletear de murciélagos al otro lado de la ventana.

2

Mateo ignoraba la hora a la que despertó por la mañana en el cuarto de Monturiol. Era difícil confirmar si, excepto él, alguien había dormido allí en los últimos tiempos. La noche anterior, antes de que Mateo se acostara vio que la cama estaba hecha, todo estaba recogido y una ligera capa de polvo cubría los muebles. Era un contraste importante respecto al lugar en que Monturiol trabajaba, donde el caos, por lo general, campaba a su antojo. Que su amigo no dormía en aquel dormitorio era evidente. A él, sin embargo, le había venido bien descansar.

Cuando abrió los ojos, la habitación seguía en penumbra. Todas las ventanas estaban tapiadas en ese segundo piso y, por si no fuera suficiente, tupidas cortinas bloqueaban los insistentes rayos de sol que osasen colarse por entre las rendijas. Al poco, Mateo descendía las escaleras, y era recibido por un agradable aroma a café recién hecho. Sentado a la mesa, el cochero parecía deleitarse ante una taza. A Mateo le reconfortó verlo, pues a pesar de las promesas de Monturiol, no había podido evitar temer por su bienestar.

—Ya era hora de que bajara, temía que le hubiera pasado algo —le saludó Narciso—. Aquí nuestro amigo —señaló a Sebastián— no recuerda casi nada de lo que sucedió anoche. Parece que el vino se le subió a la cabeza.

El cochero gruñó por toda respuesta y dio otro sorbo a su café. Tenía el aspecto de alguien que sufre una espantosa resaca, lo cual, como excusa a su falta de memoria era tan buena como cualquier otra.

—Hay buenas noticias. Valeriu y Andrei recuperaron el coche, con todas sus pertenencias intactas. Ya tenemos todo dispuesto para la siguiente parte de su viaje —añadió Narciso, mientras le entregaba una humeante taza de café.

—Estupendo —dijo Mateo apabullado ante aquel aluvión de noticias. Degustó con una precavida desconfianza el contenido de su taza, pero el café era de los mejores que había probado en mucho tiempo. La mañana, para variar, empezaba bien.

—En cuanto terminen su desayuno partiremos —dijo Narciso con una gran sonrisa—. Valeriu irá en el pescante para guiar a su cochero y usted y yo aprovecharemos para ponernos al día sobre ciertos asuntos. Ahora, discúlpenme, pero he de hacer ciertos preparativos para el viaje. No se preocupen, no será largo.

Mateo se sentó junto a su cochero, y permanecieron un rato en silencio, ambos con sus respectivas bebidas frente a ellos.

—Solo recuerdo haber bebido una copa anoche —dijo Sebastián, sin levantar la vista de su humeante café—. Créame, aguanto muy bien el alcohol, nunca he perdido el sentido por muchas copas que me haya tomado. Aquí hay algo que no me cuadra.

—Dudo que quiera conocer toda la verdad —dijo Mateo. Aquel hombre no era un imbécil y por tanto, no iba a insistir en excusas falsas.

—Pues no lo dude tanto; en efecto, la verdad me importa un comino. Por cierto, este nuevo trayecto no estaba incluido en el precio, tendrá que abonarlo aparte.

Antes de que Mateo pudiera responder, Narciso bajó las escaleras. Vestía completamente de negro, y llevaba una chistera, unas gafas ahumadas y, en su mano, una pequeña sombrilla, negra también. Tras él iba Valeriu con un hábito cuya capucha ocultaba su cara completamente.

—No nos miren así —dijo Narciso—, que parece que nunca han visto a nadie protegerse del sol.

El cochero dejó escapar un nuevo gruñido y Mateo se encogió de hombros. En la calle, el coche les esperaba. No evidenciaba haber sufrido daño, y los caballos también se mostraban sanos y salvos, si bien, seguían intranquilos. Mateo comprobó su equipaje, en particular, la maleta donde descansaba el profesor Winslow. Seguía intacto.

—¿Cuándo va a despertarlo? —preguntó Narciso ya en la cabina, una vez iniciaron el trayecto.

—Supongo que cuando esté a bordo del globo —dijo Mateo mientras inspeccionaba el muñeco—. No quería hacerlo con testigos. Escapar de la Guardia Real es una cosa, pero un muñeco que habla... me temo que eso sería demasiado para Sebastián.

—No todos están hechos para ciertas maravillas, Mateo. Ciertas cosas han de mantenerse ocultas al público, por su bien.

—¿Como la existencia de los vampiros, por ejemplo?

—Por ejemplo —dijo Monturiol, riéndose—. No haga caso de las historias que corren por ahí. Si los vampiros existieran, y eso es algo que está por ver, dudo que se asemejen a los de las obras de ficción. Para bien, y para mal, lo cierto es que la vida sigue, ¿no es así? El sol va a seguir saliendo y ocultándose cada día, incluso si cambian las explicaciones de por qué y cómo sucede. A veces es mejor dejarse llevar y contemplar la puesta de sol sin pensar en nada más.

—Amén —dijo Mateo. Satisfecho con el examen del cuerpo de Winslow, lo guardó de nuevo en su maleta.

—Mateo, quería aprovechar este corto viaje para comentarle algo.

—Soy todo oídos.

—Tengo ciertos problemas de salud, no sé si se ha dado cuenta. Es algo corriente a mi edad. El caso es que, siguiendo el natural devenir, tarde o temprano le llegarán noticias de mi fallecimiento. Las causas dan un poco igual. Estoy seguro que los periódicos, cuando reporten mi muerte, coincidirán en apuntar que llevo años arruinado, que vivía en la más absoluta de las miserias, y que este desenlace era inevitable. Como si los ricos no se murieran.

—Si es verdad que está enfermo, deberíamos buscar un médico...

—Déjeme de médicos y escuche —cortó Monturiol con un ademán —. Estoy un poco cansado ya de todo. Mire a lo lejos, desde la ventana del carruaje. Casi puede observar el imperioso empuje de los nuevos tiempos, esa Barcelona que crece y crece, y que pronto absorberá los restos de lo que quiso ser mi Icária, y fracasó. Yo no pertenezco a esto que viene.

—Muy poético, pero en el fondo lo que me quiere decir es que necesita algo de mí, una vez que pase a mejor vida, ¿me equivoco?

—Es sencillo lo que preciso. Si se terciara que viene a mi entierro, y el cuerpo presente al que va a presentar sus respetos no le recuerda demasiado al Narciso Monturiol que usted conoce, no dé voz a sus dudas. Tenga por seguro que el verdadero Narciso Monturiol descansará en esa tumba, y es alguien que se le parece mucho el que ha decidido emprender una nueva aventura sin cargar con la pesada mochila del pasado.

—¿Y adónde iría esa persona que tanto se parece al señor Monturiol, pero que obviamente no es él?

—Sé de buena tinta que existen planes para la creación de nuevas comunidades cabetianas en los Estados Unidos de América. Probablemente hacia allí se dirigiría, en compañía de Valeriu y su hermano.

—No creo que para eso necesite fingir su muerte pero, lo que es más importante, a nadie le importará lo más mínimo mi opinión sobre si es o no es el verdadero Narciso Monturiol el finado.

—Querido amigo, en cuanto a que su opinión tenga importancia o no, sepa que tras salir usted victorioso de esta aventura en la que está embarcado actualmente, estoy convencido que llegará a tener un puesto relevante en el ministerio, o en cualquier otra parte. Hay algo deslumbrante en usted, y créame, estoy muy acostumbrado a perseguir las cosas que brillan, algo sabré al respecto. Y en cuanto a que Monturiol podría empezar de nuevo sin necesidad de morirse antes, digamos que ese viejo loco le debe demasiadas cosas a demasiada gente.

—No tema, cuando usted muera, muerto estará en lo que a mi respecta.

—Perfecto. Y muy oportuno, ya estamos llegando a nuestro destino.

—¿Dónde? —El sendero de tierra por el que el coche iba dando saltos terminaba en un enorme molino de viento de paredes blancas desconchadas y unas aspas ajadas e inservibles. Aquel edificio aparentaba estar abandonado. El cochero detuvo el trote de los caballos al llegar a su puerta.

—En el interior, por supuesto. —Narciso sonrió y abrió su sombrilla antes de salir del coche. Con paso decidido, asegurándose de estar siempre protegido del sol, se acercó a la puerta del molino y llamó. Unos segundos más tarde, alguien descorría un cerrojo y abría la puerta.

Apareció ante ellos un hombre delgado con una incipiente calvicie que, pese a que no superaría la treintena, le hacía parecer mayor. Sonreía, encantado de encontrarse con Monturiol. Lucía unos bigotes al estilo inglés, espesos y terminados en puntas enroscadas. Narciso y él se abrazaron.

—Mateo, venga. Le presento a mi amigo, un hombre muy prometedor, en el que confío plenamente. Será él quien le acompañe en su viaje. Se llama Julio. Julio Cervera.

—Encantado —dijo Mateo, sorprendido del afecto que denotaban sus palabras, y apretó la mano que se le tendía.

—Narciso me ha explicado la situación. Cuente conmigo, le ayudaré en todo lo posible —dijo el hombre con una sonrisa.

—Se lo agradezco, toda asistencia es bienvenida. —Mateo se preguntó en qué momento Narciso podía haberle explicado «la situación» a aquel hombre.

—Julio es ingeniero —aclaró Narciso—, tiene toda la educación formal de lo que yo carezco. Estará en buenas manos.

—¿Está al corriente de... «todo»? —preguntó Mateo señalando el maletín donde iba oculto el durmiente profesor Winslow.

—Bueno, más o menos —dijo Narciso—. Julio es conocedor de que parte de mis obligaciones consisten en asistir a su Equipo Especial. Puede confiar en él. Como buen militar, sabe callar lo que hay que callar.

—Oh, ¿es usted militar? —preguntó Mateo.

—Así es —respondió Cervera—. Espero que no le incomode.

—Solo cuando me persiguen. El resto del tiempo no tengo problemas con ellos, ni con ninguna profesión en particular.

—Pues dado que a mí no me han llegado órdenes de perseguirle, por ahora está a salvo —rió Julio Cervera.

—De acuerdo —dijo Narciso—, pues una vez hechas las presentaciones, creo que es hora de descubrir nuestro modo de transporte.

Monturiol, sin que Mateo se hubiera percatado, había mantenido su sombrilla abierta en el interior del edificio. De esta forma, subrepticiamente había ocultado a Mateo, hasta entonces, lo que ahora pretendía descubrirle. Con una sonrisa triunfal cerró al fin la sombrilla y permitió, finalmente, que Mateo admirara el medio que utilizaría para llegar al cuartel general de Eigner.

—Le presento al Ictíneus IV —dijo Narciso Monturiol, sin ocultar su orgullo.

Lámparas encendidas repartidas por toda la estancia alumbraban la escena. Anclado al suelo por varios cables, un dirigible se elevaba sin tocar el suelo. Una escalera de cuerda colgaba de una cabina pequeña, apenas unos metros cuadrados, que a su vez, colgaba del aerostato propiamente dicho. El molino, en cuyo interior se encontraban, era solo fachada, puesto que el globo ocupaba todo el espacio disponible dentro de él; no había allí rueda con la que moler el grano, ni nada que apuntara a que aquel lugar, en algún

momento, hubiera servido para algo que no fuera ocultar el dirigible. El molino era simplemente atrezo, y Mateo sospechaba que se había erigido alrededor del aerostato. Narciso era experto en ese tipo de diseños. Fuera así o no, lo que era indiscutible es que había algo excelso en aquel ingenio volador.

—¿Y bien? —preguntó Julio, divertido ante la estupefacción y la admiración con la que Mateo observaba el globo—. ¿A dónde vamos?

Mateo sacudió su cabeza, intentando escapar del trance.

—La respuesta está aquí —dijo, mostrando el maletín—. ¿Le importaría subirla por mí al dirigible, mientras me despido de Narciso?

—Por supuesto. Prepararé todo para la marcha, le espero arriba, Mateo —dijo Cervera.

El ingeniero subió a la góndola-cabina del dirigible usando la escalerilla de cuerda, y llevando consigo el maletín en cuyo interior dormía el profesor Winslow. Mateo se volvió hacia Monturiol.

—No sabe cuánto agradezco su ayuda.

—No se preocupe. Ya me hará usted favores cuando yo lo necesite. Ahora, comience a darle vueltas a esto. —Monturiol señaló una manivela, pegada a la pared.

Mateo, siguiendo las instrucciones que el industrial le había dado, comenzó a darle vueltas a la manivela. Narciso abrió de nuevo su sombrilla y se cobijó bajo ella. Con cada vuelta, la claridad iba inundando la estancia. El techo del molino se retiraba al mismo ritmo con el que se esforzaba Mateo, dejando el cielo al descubierto, y una vía de salida al dirigible.

—Una cosa más, por favor —le dijo Mateo a su viejo amigo cuando ya no había más vueltas que dar a la manivela—. Entregue esto a mi cochero. Y asegúrese de que abandona este lugar sin tener que ocultarse del sol, ya me entiende. —Narciso recibió el sobre con el dinero que le había prometido al cochero. Le había añadido un poco más.

—Descuide. Dele recuerdos de mi parte a Marie.

—Así lo haré.

De improviso, Mateo abrazó a Narciso, que a punto estuvo de soltar su sombrilla por el sobresalto. Después, el joven salió corriendo, se encaramó a la escalerilla y subió a la cabina del dirigible, donde Julio Cervera esperaba. Éste accionó el mecanismo que liberaba los cables y el dirigible inició su ascensión.

—¿Sabe de qué me acabo de acordar ahora mismo? —dijo Mateo, alzando la voz, a Narciso, desde el umbral de la puerta que acababa de cruzar.

—No tengo ni idea, dígame —gritó Monturiol.

—Que tengo miedo a las alturas.

3

Durante la ascensión del globo, Mateo arriesgó un par de miradas a través de los ventanucos de los que estaba provista la cabina. Cambió de idea, al sentir que su estómago se empezaba a revolver. El vértigo, como era de esperar, seguía allí.

—Usted dirá —dijo el ingeniero Cervera.

Mateo, por un segundo, fue incapaz de contestar, no solo por la náusea que le causaban las alturas, sino porque no acertaba a adivinar a qué se refería su interlocutor. Julio Cervera rio ante el desconcierto que sus palabras le habían causado.

—Quiero decir, que usted dirá hacia dónde nos dirigimos —aclaró.

—Oh, claro —dijo Mateo, llevándose una mano a la frente—. En cuanto a eso, verá... ¿Está usted familiarizado con las peculiaridades del Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos?

—Tanto como «familiarizado» no, aunque el nombre deja claro que no se dedica a asuntos mundanos. Narciso me ha informado lo suficiente como para esperarme lo más insospechado.

—Pues entonces —Mateo tomó el maletín donde descansaba el profesor Winslow— no le sorprenderá demasiado si le digo que no tengo ni idea de adónde ir, pero que he traído a alguien que nos informará.

—¿Ha traído a alguien? —preguntó Cervera, mirando alrededor, entre divertido y preocupado—. ¿A quién? ¿Un fantasma?

—No exactamente —dijo Mateo abriendo el maletín—. Le presento al profesor Winslow.

Julio Cervera enarcó una ceja, mientras Mateo sostenía el muñeco e introducía la llave en el resorte de su espalda.

—Veamos cuál es nuestro destino —continuó el joven, dándole cuerda.

—... puede ir usted cambiando de idea, si piensa que voy a dejar esto para irme a Austria con usted —dijo de repente Winslow.

—Austria —dijo Mateo. Aunque eso ya lo sabía.

—Austria —repitió el ingeniero casi sin voz.

—Mateo, maldita sea, me la ha vuelto a jugar. ¿Dónde estamos ahora? ¿Y quién es este pasmarote?

—El señor es Julio Cervera, y estamos en un dirigible, camino a Austria, según parece.

—Maldigo el día que me crucé con usted, Mateo. ¿Pero es que nunca me va a dejar en paz?

—Necesito su ayuda para salvar a Marie...

—Por Dios santo, este hombre es idiota —dijo el profesor desolado—. ¿Y usted qué mira? ¿Se le ha comido la lengua el gato?

—No, no... Es un placer, señor Winslow —dijo Cervera, extendiendo la mano para saludarle.

—Seguro que lo es —dijo Winslow ignorando la mano extendida.

—Hablo en serio, profesor —intervino Mateo reclamando su atención—, necesito que nos lleve hasta Eigner. Apuesto a que es allí donde la ha llevado Cruz. Usted sabe el lugar exacto, Austria es muy grande.

—Señor Sanz, es usted la peor pesadilla con la que he tenido la desgracia de cruzarme. ¿Por qué tendría que ayudarle?

—Digamos que me lo debe.

—¿Que se lo debo? ¿Pero ha escuchado usted esto? —dijo Winslow dirigiéndose primero a Julio Cervera y devolviendo después su mirada a Mateo—. No sé de dónde saca usted esa idea tan absurda. Si acaso sería al revés. ¿O acaso ha olvidado que la puñalada que acabó con mi vida no iba dirigida a mí originalmente?

—Si no hubiera aparecido yo, Saracino hubiera acabado con usted igualmente. Mucho antes con toda probabilidad.

—Eso son imaginaciones suyas. Quizás hubiera conseguido llegar a un trato con él y seguiría vivo.

—Y lo sigue estando, profesor, ¿o acaso no está hablando conmigo ahora mismo?

—¡Es que no se da cuenta que soy un muñeco de pacotilla, por Dios! ¿Dónde están mis dedos, mi boca, mi nariz?, ¿acaso le desea esta vida a alguien, una vida en la que no puede sentir lo que es tocar a alguien, el sabor de la comida o el olor de la hierba? Sin usted estaría o vivo o muerto, pero no en este limbo porque el gran Mateo Sanz tuvo que meter la pata.

—De acuerdo, la suya no es la forma de existencia más excelsa, aunque es mejor que nada. No sé de qué se queja.

—A lo mejor de que en lugar de escoger un cuerpo viable, como pretendía, tuvo usted que optar por un muñeco de madera. Y ¿sabe por qué? Porque es incapaz de detenerse un momento y pensar con la cabeza.

—No me parece que hacerse con el cadáver robado de un pobre huerfanito fuera un plan muy reposado, y en cuanto a la ética del mismo, ni hablamos.

—¿Cadáver robado? —estalló Winslow—. De robado nada, buen dinero me costó. Y eso de que fuera huérfano, habría que verlo. De cualquier forma, ese niño ya estaba en el cielo jugando con los querubines cuando yo pagué por él, así que en nada le hubiera perjudicado el buen uso que le hubiera dado yo a ese cuerpo.

—El general Serrano pensaba que era una abominación —apuntó Mateo—. Gracias a mí sigue despierto, soy el único que intercedió por usted, su destino era una de las estanterías de fray Ángel.

—Ahora tengo que estarle agradecido. Gracias, Mateo, gracias, porque vaya diferencia, ahora estoy... ¿dónde estamos ahora?

—En un dirigible, por ahora, esperando ver qué rumbo tomamos —intervino Cervera, un poco reticente a meter baza en el asunto.

—¿Un dirigible?, ¿un globo dirigible? —preguntó Winslow—. ¿Y por qué no me han dicho nada antes?

—¿Quiere ver el espectáculo? Es realmente increíble —dijo el ingeniero.

—Por supuesto.

El profesor Winslow, aupado por Cervera, se asomó al ojo de buey. Desde allí era posible apreciar todo el paisaje. Campos, ríos y montañas, y el mar Mediterráneo un poco más allá, se ofrecían a la vista desde una perspectiva imposible de alcanzar de otra forma. Las facciones pintadas del muñeco no cambiaron su expresión, pero algo en él denotaba que estaba encantado con aquella experiencia.

—No es la primera vez que monto en uno de estos —le dijo a Cervera—. Eigner tenía varios como éste. De hecho, fue a bordo de uno de sus dirigibles que llegué a su cuartel general.

—¿Y se fijó en el camino? —preguntó Mateo esperanzado.

—Por supuesto. Yo me fijo en todo. No soy como otros, que son incapaces de seguir las instrucciones más básicas.

—Si no ofende, revienta... —se quejó Mateo para sí. El profesor Winslow, sin embargo, seguía absorto, contemplando el paisaje.

—Cuando aprendí que mi enfermedad no tenía cura —empezó a decir Winslow en voz baja—, no fue el miedo a la muerte lo que más me pesó. No pensé que echaría de menos las cosas que hacía a diario, no, lo que me dolía era que ya nunca sería capaz de experimentar todas las maravillas que fui relegando para otro momento mejor, en la ilusa creencia de que, algún día, tendría tiempo para ellas. Fue por eso que comencé a buscar el espejo que me mantendría vivo para siempre, y, paradójicamente, la propia búsqueda en sí, le dio un sentido a lo poco que me quedaba. Estaba haciendo algo distinto, algo asombroso. Así que imagínese como me sentí cuando Eigner me invitó a ir con él, y pude surcar el aire en su dirigible y contemplar la Tierra desde el cielo. Me di cuenta de que eran contadas las personas que habían hecho algo así, ¿sabe? Por fin, por primera vez a lo largo de toda mi existencia, yo era especial.

Winslow hizo una pausa, siguió mirando por el ventanuco y continuó hablando.

—Y si volar era maravilloso, no puedo empezar a explicarle lo que me encontré al llegar al castillo del barón. Había pasado de estudioso de la historia, a formar parte de ella. Estaba rodeado de hombres de ciencia que estaban desarrollando cosas que no creería, empujando la frontera del progreso a pasos agigantados. Pero había un problema, mi salud seguía deteriorándose. Moriría pronto, me

perdería grandes cosas que estaban por venir, y si antes saber que iba a morir sin haber hecho nada especial me torturaba, imagínese ahora que, gracias a Eigner, tenía tanto a mi alcance. No me daba miedo la muerte, lo que me aterraba era no haber aprovechado la vida. Quería volar por los aires en un dirigible, surcar el mar en un submarino, encontrar los artefactos y las reliquias mágicas en las que solo los locos creen...

—Pocos hombres han volado en dirigibles o navegado bajo las aguas en una nave submarina, es cierto —dijo Mateo—. Pero usted y yo lo hemos hecho. Llegará un día en el que no será algo tan fuera de lo común. Ese día ya no será tan mágico, pero estoy seguro que alguien como usted siempre será extraordinario.

—Y sin embargo, a pesar de todo lo que le he dicho, ¿por qué echo ahora de menos lo más ordinario de la vida de cualquiera: comer, beber, respirar? Ser humano de nuevo —dijo Winslow.

—Cuando le decía que era extraordinario, no solo me refería a su actual encarnación. Era extraordinario antes, y para mí, sigue siendo tan humano ahora como cuando se interpuso entre Saracino y yo —dijo Mateo.

—Igual de idiota, desde luego —dijo Winslow—. Está bien. Le ayudaré a encontrar a Eigner.

—Se lo agradezco, profesor.

—Y usted, Cervera, que supongo que es el piloto, porque el papanatas de Sanz no se encontraría ni su propio culo...

—Así es, yo soy el piloto —asintió el ingeniero.

—Pues avíseme cuando estemos cerca de Austria.

4

El profesor Winslow había quedado en silencio, absorto en la contemplación del mundo desde las alturas. Mateo esperó a que el resorte del muñeco llegara al final de su recorrido para acomodar al durmiente profesor de vuelta en su maleta.

—Le confieso que no he entendido la mitad de las cosas que han hablado. En cualquier caso, para mí, con lo presenciado hasta ahora,

esta aventura ya ha merecido la pena —le dijo Cervera.

—Me alegro de que así sea. Si le digo la verdad, temía que se asustara al ver al profesor y que le diera por tirarnos por la borda.

—No le voy a negar que Winslow produce una gran impresión, y no solo porque un muñeco de madera albergue vida, sino porque, además, es sumamente tétrico. Necesita una mano de pintura, parece que lo hubieran desenterrado de una tumba.

—Eso parece, sí —dijo Mateo, con una sonrisa irónica—. Permita que le cambie de tema, pero dígame, ¿llegaremos a Austria en este globo?

—Bueno, a diferencia de un globo tradicional, este es un dirigible, como bien sabe. Tenemos motores, por lo que no solo iremos más rápido y en la dirección que queramos, sin depender únicamente del viento. Además, iremos más lejos que con un globo tradicional.

—O sea, que sí, que llegaremos.

—No puedo darle una respuesta definitiva. En principio, no me parece que tengamos suficiente combustible para un viaje tan largo, aunque he revisado el diseño de este globo, y déjeme que le diga, es de otro mundo, no he visto nada igual. El récord del viaje aerostático más largo, hasta ahora, lo tiene Charles Green que a bordo del Royal Vauxhall recorrió casi quinientas millas. Tengo el convencimiento que el Ictineus IV puede dejar esa marca en mera anécdota.

—Pues sea como sea, intentémoslo.

Cervera sonrió y, dirigiéndose a los mandos, pulsó un botón. Los motores rugieron con rabia. El estrépito era tan grande que a Mateo le sorprendió que Winslow no se despertara de su letargo de repente, hasta que recordó que era otro tipo de sueño el que aquejaba al profesor.

—¡PARECE QUE FUNCIONAN! —gritó Cervera, haciéndose oír por encima del ruido.

—¡ESA IMPRESIÓN ME HABÍA DADO! —respondió Mateo, también a gritos.

A Mateo le hubiera gustado compartir la excitación que Cervera mostraba, pero desde el momento en el que había posado sus pies en aquella pequeña cabina sujeta por cables al globo, sentía un

nudo en el estómago que apenas le permitía mantener la compostura. Al ponerse en marcha los motores, la carlinga empezó a temblar y su desasosiego se incrementó de manera exponencial. Temía que aquella caja de madera donde viajaban terminara siendo un ataúd. Si los seres humanos hubieran sido creados para volar, tendrían alas.

Transcurrieron horas en las que el ruido de los motores hacía imposible cualquier conversación. Mateo se recostó contra uno de los muros del habitáculo y sin darse cuenta terminó cerrando los ojos y, a pesar del estruendo, quedándose dormido. Cuando despertó era noche cerrada y, milagrosamente, los motores guardaban silencio. La oscuridad apenas era rota por la llama de un pequeño candil con el que Cervera se alumbraba mientras buscaba algo en su equipaje.

—Vaya, parece que al fin despierta, debía estar usted muy cansado —dijo, al percatarse de que Mateo se desperezaba—. Tome, coma algo —añadió, tendiéndole un poco de pan y un poco de queso.

—Venía usted preparado —dijo Mateo.

—Me temo que no lo suficiente. Narciso no me dio mucho tiempo, lo único que pude apañar fueron estas viandas con las que engañar un poco al estómago. Sospechaba que el viaje sería largo, pero si le digo la verdad, no esperaba que tanto.

—Me he dado cuenta de que los motores se han parado, ¿nos hemos quedado sin comustible? —preguntó Mateo, entre bocado y bocado.

—No, todavía nos queda la mitad según el indicador, pero hemos agarrado una buena corriente de aire, en la dirección correcta y he decidido ahorrar un poco de energía. Este globo es una obra de arte, Mateo. Créame si le digo que no hay nada igual, al menos que yo conozca. Es como si estuviera años por delante de cualquier otro. No termino de entenderlo al completo.

—Hay muchas cosas que escapan a la comprensión, ¿no cree? —respondió Mateo haciendo una seña en dirección a donde reposaba inmóvil el profesor Winslow.

—Desde luego, pero qué quiere que le diga, que el profesor Winslow habite un muñeco de madera es tan asombroso que parece un truco de prestidigitador. A pesar de verlo y oírlo con mis propios ojos y oídos, una parte de mí sigue siendo suspicaz, porque no hay explicación posible. Como la religión, es cuestión de fe, lo crees o no lo crees, no hay una explicación. Pero esta aeronave... Esto es ciencia, no hay nada sobrenatural en ella. El globo vuela porque el helio o el hidrógeno que utiliza son gases que tienden a elevarse, al ser menos densos que el aire que los rodea. El motor de vapor que este dirigible utiliza, que a mi juicio es una variación del «motor Otto» de explosión, es simple ingeniería, sigue las normas de la física. Por eso me impresiona, porque todo es real, palpable, lógico. Química y física trabajando al unísono, y el resultado es que estamos volando, Mateo, volando. ¿No le impresiona a usted?

—Si le soy sincero —dijo Mateo—, me sobrecoge demasiado.

Los dos quedaron en silencio. Podían ver las estrellas por el ojo de buey. De alguna forma, a Mateo aquello no le desasosegaba como contemplar la tierra bajo ellos. Quizás porque, paradójicamente, no te «estrellabas» contra una estrella y contra el suelo en cambio...

—Dígame, Cervera... —dijo el joven tras un buen rato, rompiendo el silencio.

—Llámeme Julio, se lo ruego.

—Pues dígame, Julio... ¿cómo alguien como usted termina relacionado con alguien como Narciso Monturiol?

—Alguien como yo..., ¿a qué se refiere exactamente?

—Un militar, por ejemplo. Narciso no es precisamente un ejemplo de vida castrense.

—Supongo que el nexo de unión entre nosotros es la curiosidad. Tenemos en común el afán de conocimiento. Hay otras cosas en las que no coincidimos. En mi caso, así como la ciencia maneja mis pasos, el deber también. No creo que a Narciso el deber le diga mucho, pero a mí sí. Por eso yo terminé en el cuerpo de ingenieros del ejército, donde ciencia y deber tienen cobijo, y él... Él, la verdad, no sé dónde terminará. Y usted, ¿hacia dónde se dirige? Aparte de Austria, claro. ¿Cuál es su aspiración en la vida, Mateo?

—Pues qué quiere que le diga. Nunca he tenido una. Una aspiración, quería decir, vida tengo, o creía que tenía, aunque ya no sé en lo que creo. Pero en fin, mi objetivo, ahora mismo, es rescatar a la señorita Poitiers. Supongo que Narciso le habrá hablado de ella. Ya sé que todo el mundo piensa que Marie no necesita de mi ayuda, pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Por supuesto —dijo Cervera con un brillo en sus ojos que Mateo no alcanzó a interpretar—. Y cambiando de tema, esta noche poco más podemos hacer por lo que, si no le importa, intentaré dormir un poco. La corriente de aire nos está empujando en la dirección adecuada. Mañana intentaré ubicarnos con mayor exactitud.

—Pero... ¿no debo hacer yo algo? —preguntó Mateo, intranquilo— ¿Vigilar que no nos estrellemos, por ejemplo?

—Si así lo desea... A esta altura no creo que eso suceda. Si es capaz de distinguir algo en esta oscuridad y le consta que una montaña se interpone en nuestro camino, no dude en despertarme.

—Creo que no termino de saber cuándo me está tomando el pelo y cuándo no.

Julio Cervera no dijo nada, pero seguía teniendo, a la tenue luz del candil, el mismo brillo en sus ojos que antes. El ingeniero, pese a su aparente seriedad, tenía un alma burlona.

En algún momento de la noche, la fría brisa que se colaba por entre las rendijas del camarote en el que viajaban apagó el candil, y Mateo no se preocupó en volver a encenderlo. El único ruido allí arriba eran los ronquidos de Cervera y el soplar del viento. Sin darse cuenta, él también se quedó dormido, de nuevo.

BRIMAUD Y Cª,

fiel acompañante de su lectura, quiere aprovechar ahora que el protagonista de esta historia duerme para presentarle una nueva entrega de la apasionante historia titulada

LA HERMANDAD DE CRONOS

En la anterior entrega, habíamos dejado a Bárbara Berwick en un cobertizo vacío, después de haber perseguido a los secuestradores de la joven embarazada Evelyn Cobblins y su recién nacido.

¿Será descubierta nuestra heroína?

¿En qué nuevas aventuras se embarcará la joven Berwick?

Pero antes...

JARABE DE QUINA Y HIERRO

DE BRIMAUD Y Cª, Farmacéuticos en París.

*Hace 25 años que el **Hierro**, elemento principal de la sangre, la **Quina Real amarilla**, tónico superior del sistema nervioso, y el **Fosfato**, reconstituyente de los huesos, fueron combinados íntimamente por M. BRIMAUD en este jarabe, que posee la limpidez y el color del Jarabe de grosellas.*

*AVISO. — La bondad reconocida de un producto le crea numerosas falsificaciones que son, por lo menos, ineficaces. Engañan al público los que le dan el **Jarabe de Quina y Hierro** en un frasco que no lleve **la marca de fábrica, la firma de BRIMAUD Y Cª**, además grabada en el vidrio y **el sello del gobierno francés**.*

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERÍAS

La Hermandad de Cronos (2)

El hombre que acalorado entró en el cobertizo se detuvo en seco.

—Lord Cornish... Creí que estaba enfermo —le dijo a la figura ataviada con el hábito de la Hermandad, cuyo rostro se encontraba oculto por la capucha.

Bárbara se encogió de hombros. Nunca antes se había deshecho de su vestido con tal rapidez. Lo había arrojado a una esquina, cruzando los dedos para que quedara disimulado en las sombras del cobertizo, y después se había vestido el hábito más pequeño de los dos que quedaban en el perchero. Al hacerlo, se dio cuenta de que, además del símbolo de la hoz de pedernal, común a ambos, el que había elegido tenía bordado también, aunque menos prominente el símbolo astrológico de Capricornio. El otro, mostraba el de Tauro. El hábito, por otro lado, le quedaba grande, pero así podía disimular su figura femenina.

El recién llegado quedó inmóvil, a la espera de una respuesta. Bárbara se apuntó con un dedo su propia garganta y, a continuación, hizo un gesto de negación con su mano.

—Oh, entiendo, no puede hablar. A mi suegro le suele pasar, cada vez que pilla un resfriado se queda afónico. Añada al té unas gotas de limón y dos cucharaditas de miel, y verá. Mano de santo —dijo el hombre mientras se desprendía de su abrigo y se vestía el hábito que quedaba—. ¿Vamos pues? —añadió una vez ataviado para la ocasión.

Bárbara le cedió el paso con un ademán, ya que no tenía ni idea de hacia dónde ir. A excepción de los dos percheros y la solitaria vela en mitad del cobertizo no había nada allí. El recién llegado, sin embargo, sí que tenía claro hacia qué lugar dirigir sus pasos. Junto a la vela, en el suelo de madera, había una argolla en la que Bárbara no había reparado. El hombre tiró de ella, abriendo una trampilla semioculta, que una vez retirada desvelaba unas escaleras que bajaban. Bárbara, seguida por el hombre, comenzó el descenso.

La escalera no era excesivamente estrecha, pero el descenso era largo. Aquí y allá, algunos cirios, estratégicamente situados en los huecos que formaban los accidentes en la pared de roca, alumbraban el camino. A su espalda, Bárbara podía escuchar la respiración pesada del hombre que le acompañaba en la bajada. Entre su supuesta afonía, y las dificultades que el descenso entrañaban para alguien de la gruesa complexión de su acompañante, realizaron el trayecto en silencio.

Al fin, vislumbraron que los escalones tocaban a su fin. Otro hombre, con un hábito similar al que ambos llevaban y su rostro también oculto por la capucha, esperaba al final de la escalera. El símbolo que lucía en su hábito era el de Aries. Bárbara bajó la cabeza para evitar ser reconocida —o, más bien, para no serlo, puesto que se hacía pasar por otra persona—.

—Lord Arden, cuánto me alegro de verlo. Disculpe nuestra tardanza —dijo a su espalda el hombre que había bajado con ella, aunque por la falta de resuello

sus palabras sonaban entrecortadas.

—Lord Torrence, lord Cornish, ya les dábamos por ausentes, estaba a punto de irme y dar comienzo al ritual —dijo el hombre al que el acompañante de Bárbara había identificado como lord Arden.

—Mi cochero es nuevo y ha tenido alguna dificultad para orientarse. Y lord Cornish, como ya sabe, ha estado enfermo. De hecho, aquí donde lo ve, aún no ha recuperado la voz.

Bárbara gruñó por toda respuesta. Dedujo que, si ella era lord Cornish, su compañero, el que acababa de hablar, debía de ser lord Torrence.

—Le agradezco que haya hecho el esfuerzo, lord Cornish —dijo lord Arden solícito—. Y ahora démonos prisa, el ritual va a comenzar.

Lord Torrence, así como lord Arden, aligeraron el paso. Bárbara, disimulando, se rezagó a propósito. Necesitaba ubicarse, evaluar un poco más dónde se encontraba y hacia dónde se dirigía. Estaban en una especie de gruta, ligeramente mejor iluminada que las escaleras que habían tenido que tomar para llegar allí. Más allá, el resto de los integrantes de aquella inusual reunión se encontraban ya congregados. Bárbara se planteó si haber llegado hasta aquel lugar había sido suficiente. Seguir con aquel engaño sería tentar a la suerte; más pronto que tarde, alguien se daría cuenta de que ella no era ese tal lord Cornish con quien la habían tomado. A todo eso, aquellos nombres —Cornish, Torrence o Arden— no podían ser los verdaderos. Bárbara había crecido en una familia con el suficiente abolengo como para haber conocido, personalmente, en un momento u otro, a la mayoría de la nobleza de Inglaterra, y esos «lords» no le sonaban en absoluto.

—Son nombres en clave para mantener el anonimato. Aunque el tal lord Torrence no parece asustado de mostrar su cara —dijo la voz de Tomás, en su cabeza. Casi se había olvidado de él.

—Creía que te habías ido de una vez —musitó Bárbara.

—Y yo no sabía que estabas tan enajenada como para imaginar que estás hablando con tu exprometido en un momento como éste.

El llanto de un niño le arrancó de sus disquisiciones. En el lugar más apartado de la gruta, Evelyn sostenía su bebé. Ella y el niño eran los únicos que no vestían los hábitos de la Hermandad. A su lado, un hombre cuyo rostro ocultaba la capucha, como sucedía con la mayoría, la custodiaba. Bárbara dedujo que se trataba del mismo que iba en el carruaje en el que había viajado de polizón.

—Acudan a sus puestos, es la hora —anunció lord Arden con solemnidad y, como si nunca la hubiera tenido, Bárbara desechó la idea de volver atrás.

La mayoría de los reunidos ya ocupaban su lugar correspondiente alrededor del pretil de un pozo cuyo perímetro era lo suficientemente grande como para que los doce integrantes de la Hermandad no estuvieran hombro con hombro, sino que existiera cierta holganza entre cada hombre y su vecino. Bárbara esperó a que tanto lord Arden como lord Torrence se dirigieran hacia los que

debían ser sus lugares habituales. Quedaban dos huecos. Uno sería el suyo y el que quedaba debía ser el del hombre que estaba junto a Evelyn. Sin saber cuál era el que le correspondía, Bárbara eligió uno al azar. Antes de llegar descubrió que el lugar al que se encaminaba estaba adornado con un pequeño grabado representando el signo zodiacal de Escorpio. Con disimulo, redirigió sus pasos hasta el otro puesto libre. Nadie pareció percatarse de aquel momento de incertidumbre. Al llegar, comprobó aliviada que, el sitio elegido, como su hábito, estaba asignado a Capricornio.

—La Hermandad de Cronos no parece tan temible. En realidad son una panda de carcamales jugando a las máscaras —susurró el Tomás imaginario en los oídos de Bárbara. Aunque eran sus propios pensamientos no estaba de acuerdo. Por muy ridículo que parecieran, habían secuestrado a una mujer y a su hijo recién nacido. Si fuera todo tan inofensivo no se habría embarcado en aquella investigación.

Aquel secuestro confirmaba que su trabajo con el *Bureau* había avanzado en la dirección correcta. Era un alivio, puesto que, durante un largo tiempo no hubo progreso alguno, solo multitud de incógnitas. El momento en que todo comenzó a tomar el rumbo adecuado fue cuando el familiar de una de las víctimas reveló que, poco antes de que la chica en cuestión desapareciera, había visto a individuos sospechosos merodeando por las inmediaciones. Aquella información era de poca utilidad, pero todo cambió cuando recordó un detalle crucial: uno de ellos llevaba un tatuaje muy peculiar: una hoz de pedernal.

Al interrogar a otros testigos encontró que ese tatuaje se repetía entre los extraños que merodearon a las chicas desaparecidas. Silas Wincott, un prometedor miembro del *Bureau*, al que todos auguraban un futuro brillante en el cuerpo, le suministró un poco más de información sobre aquel símbolo. Era demasiado específico como para pasarlo por alto.

—La hoz de pedernal es utilizada para representar a Cronos, el más joven de los titanes, hijo de Urano y Gaia. Cronos utilizó la hoz para cortar los genitales a su padre, y dejarlo tan malherido que era incapaz de ganar corporeidad.

Aquello había ocurrido uno de los infrecuentes días en los que el sol se había atrevido a asomar su brillante cara en Londres. Son esos los días en los que las gentes salen a la calle y atestan parques y plazas. Contagiados por aquella alegría general, se encontraron en un parque, cerca de Whitehall Place. Silas no le contaba aquello por ser un hombre desprendido al que le gustaba compartir sus conocimientos. También era el agente oficialmente a cargo del caso, al que la sobrecarga de trabajo le había llevado a delegar en Bárbara la investigación.

—Gracias por la lección de Historia. Si me va a contar también que Cronos devoró a sus propios hijos al nacer para escapar de la profecía que le auguraba

que sería destronado por sus propios descendientes, mejor ahórrese el esfuerzo —respondió la joven Berwick.

—Tan solo quería añadir un poco de contexto, pero veo que conoce bien la mitología griega —dijo Wincott intentando disimular—. En cuanto a lo que nos importa... Sabemos que existe una organización que se hace llamar «la Hermandad de Cronos». Algunos de sus miembros se tatúan la hoz, como icono identitario. No sabemos a ciencia cierta quién forma parte de esta organización, creemos que nobles y ricos empresarios... Es difícil tener controladas la gran cantidad de sociedades secretas que están surgiendo por toda Inglaterra. Si no perteneces a una, hoy en día no eres nadie.

—¿Qué pretende esta Hermandad? —preguntó Bárbara, intentando encauzar la conversación.

—En principio, que todo siga como está. Para los prohombres que conforman la Hermandad, vivimos en el mejor de los mundos, y esto se debe a que Cronos sigue en el Tártaro. Ignoro por qué piensan que corremos el riesgo de que no lo haga.

—No me aclara qué pintan entonces en esto —dijo Bárbara, decepcionada.

—Para eso le pagamos, para que lo averigüe. Y no se lo digo para ofenderla, no me entienda mal. Todo lo contrario, creo que usted es la mejor opción que tenemos para resolver este caso. Por cierto, hemos recibido noticias de una nueva mujer, otra más, que asegura haberse quedado encinta sin haber tenido relaciones con ningún varón. Quizás sería interesante que fuera a verla. Su nombre es Evelyn Cobblins.

Esa Evelyn Cobblins era la misma a la que habían obligado a asistir a aquel conciliábulo en el que, en aquel momento, se encontraban. Lord Arden había entonado un extraño cántico en una lengua que, Bárbara, sin realmente conocerla, reconoció lo suficiente como para identificarla. Era griego antiguo. Los demás respondían a lord Arden en el mismo idioma con respuestas memorizadas cuyo significado, con toda probabilidad, la mayoría ignoraba.

—Acerque a la «madre», si es tan amable, lord Scorch —dijo lord Arden, retornando al inglés.

Lord Scorch era, pues, el hombre que tiraba del brazo a Evelyn y la obligaba a acercarse al círculo que, a lo largo del pretil, rodeaba el pozo. Bárbara había intentado vislumbrar qué había en su interior o cuán hondo era, pero la oscuridad dentro de él lo hacía imposible.

Desde el primer momento que la conoció, Evelyn le había parecido a Bárbara una criatura noble y sencilla, aunque pronto descubrió que su inocencia no debía confundirse con estupidez. Era imposible vivir en Cogsmead Hamlet sin haber aprendido, tarde o temprano, a defenderse por sí misma. Había, sin embargo, un hálito de pureza en la joven, del que resultaba difícil sustraerse. A pesar de ello, Bárbara no creyó, ni por asomo, que el estado de bienaventuranza

de Evelyn tuviera un origen milagroso, por mucho que la joven estuviera convencida de que así fuera. Se guardó su opinión para sí, de todas formas. Con el paso de los meses, su relación cuasiprofesional había devenido en amistad. De la Hermandad de Cronos, o de cualquier otro extraño rondando a la joven Cobblins, Bárbara no encontró ni rastro. En los otros casos, las chicas y sus bebés habían desaparecido cuando restaba poco para que dieran a luz, o incluso, justo después del parto. El plan de Bárbara había sido simple: esperar y atrapar a quien quiera que las secuestraba, *in fraganti*, pero la alegría contagiosa y la positividad que Evelyn irradiaba hicieron que se replanteara su forma de actuar. Estaba usando a la joven como cebo, y aquello carecía de moral.

—Siempre empeñada en demostrar tu valía. Necesitas que reconozcan que eres la mejor y nada puede interponerse en tu objetivo. Ni la familia, ni Evelyn... ni el amor. ¿Qué te hubiera costado traerte a Evelyn a tu casa antes?, ¿por qué has tenido que esperar tanto? —La voz de Tomás, que era la suya propia, sonaba resentida. Quizás tenía razón. Le costaba renunciar a todo, aceptar que las cosas no podían cambiar. En su propia casa, su padre la ignoraba en beneficio de su hermano, Cedric, aunque éste fuera un auténtico imbécil. Suyo sería algún día el negocio y la fortuna familiar, cuando su progenitor faltara. Ella sin embargo, mejor que él en todos los sentidos, solo podía aspirar a casarse y darle hijos a su marido.

Pudiera ser que fuera demasiado tarde, pero Bárbara había decidido que no merecía la pena exponer a la joven. La había citado aquel mismo día en su casa. Pretendía que Evelyn trabajara para ella, como criada, para librarla así del aciago destino que esperaba a una chica en su condición y circunstancias. Si no resolvía el caso del *Bureau*, le daba igual. Prefería, por una vez, tener la conciencia tranquila.

El llanto del bebé en brazos de Evelyn le sacó de su ensimismamiento.

—¡Oh, Cronos! —bramaba ahora el hombre que respondía al apelativo de lord Arden—. ¡Aquí te enviamos a tu hijo, sacia tu hambre con él!

Lord Scorch intentó arrebatar al crío de los brazos de Evelyn. Ésta se revolvía con fiereza.

Era ahora o nunca. Bárbara liberó su pequeña Derringer de su escondite del tobillo.

—¡Suelta a esa mujer! —gritó a todo pulmón. Su mano sostenía firme el revólver que apuntaba al supuesto ejecutor del sacrificio.

Todas las cabezas se giraron, sorprendidas de escuchar aquel grito. El propio Scorch detuvo su forcejeo. Evelyn utilizó aquella oportunidad para propinarle un cabezazo. Scorch, sobresaltado, dio dos pasos atrás, tropezando con el pretil del pozo. Evelyn le embistió entonces, al tiempo que protegía al bebé entre sus brazos. El hombre que poco antes había pretendido arrebatarle su hijo,

perdió el equilibrio, y cayó hacia el interior del pozo. Apenas le dio tiempo de esbozar un grito, mientras se lo tragaba una misteriosa negrura.

—¡Dios mío! ¡Qué has hecho! —exclamó lord Arden angustiado.

DE GLOBOS Y CASTILLOS (II)

1

El estrépito que armaron los motores al volver a arrancar le despertó. Lo primero que vio fue a Cervera. En una mano sostenía un mapa, y en la otra, una brújula que brillaba al sol que se colaba por las ventanas de la cabina y se reflejaba en sus remaches plateados.

—Buenos días. Sería conveniente que despierte al profesor. Austria no está lejos.

Mateo se desperezó. Al acercarse al ventanal, admiró el paisaje: montañas frondosas, valles de ensueño, bosques y lagos. A cualquiera le temblarían las piernas ante tal bucólica belleza. A Mateo también, pero de terror, al constatar la altura desde la que los contemplaba.

—¿Qué sucede? —dijo Winslow cuando Mateo terminó de darle cuerda. Casi podía asegurar que aquellos dos ojos casi despintados habían parpadeado.

—No podemos estar muy lejos de Austria —intervino Cervera desde el timón, alzando la voz.

El pequeño cuerpo de madera del profesor dio un salto y acudió raudo al ventanal frontal. Cervera extrajo un mapa de su levita, y Winslow, arrebatándoselo, se puso a estudiarlo.

—Creo que esos al oeste son los Alpes Bávaros —le informó Cervera a un absorto Winslow—. Juraría que hemos dejado Suiza al este.

—Así es —dijo, excitado, el profesor—. Detrás de esas montañas se encuentra el Principado de Liechtenstein, tenemos que sobrevolarlo y seguir hacia el oeste. ¿Conoce el Zugspitze?

—Por supuesto —respondió Cervera—. El pico más alto de los Montes de Mieming y del Wetterstein, en los Alpes orientales.

—¿Está allí el cuartel de Eigner? —interrumpió un ansioso Mateo.

—No, pero podíamos ver el Zugspitze desde su castillo, así que no puede estar muy lejos —dijo el profesor devolviendo su mirada al ventanal.

—Un momento, un momento... —dijo Mateo—. ¿Qué quiere decir «no puede estar muy lejos»?, ¿no sabe exactamente dónde está el

cuartel de Eigner?

—Con exactitud... la verdad es que no.

—¿Y qué pretende, que volemos alrededor hasta que lo encontremos?

—Oiga, lechuguino, antes de llegar, en el último tramo del viaje, me taparon los ojos, y cuando escapé, lo hice oculto en una caja, por eso no sé decir dónde se sitúa con absoluta certeza. No obstante, una vez que tengamos el Zugspitze a la vista, podré hacerme una idea, ¿no creen?

—Me temo que nos será difícil seguir ese plan —dijo Cervera—. No tenemos vientos a favor con lo que dependemos del combustible, y está en las últimas. Zugspitze está demasiado lejos para nosotros.

—Pero hemos llegado hasta aquí, no podemos darnos por vencidos ahora. Tiene que haber una solución.

Cervera se rascó la sien, reflexivo.

—Quizás si ganáramos suficiente altura... —dudó el ingeniero—. Viajando por encima de las nubes... Pero volaríamos a ciegas, tendría que calcular cuándo efectuar el descenso... Con suerte le dejaremos cerca y podrá ir a salvar a su chica.

—¿Mi chica? No, no... —balbuceó Mateo. Cervera ya no le hacía caso, había extraído una libreta y un lápiz de su bolsillo y, examinando el mapa, junto con el profesor, se dedicaba a hacer cuentas.

—De acuerdo. Creo que podremos hacerlo, prepárense —dijo Cervera al cabo de unos minutos, mientras accionaba una válvula y hacía subir el dirigible—. Por cierto, hace tiempo que hemos batido el récord de Green. Ahora vamos a por el récord de altura. Abríguese, Mateo. Hay una manta en aquel cofre.

—¿Récord de altura? —La tez de Mateo se tornó blanca.

—Estoy bromeando. Ignoro cuál es el récord de altura, pero vamos a intentar superar los 5000 metros. Y a esa altura estaremos por debajo de los diez grados bajo cero.

—¿No es demasiado arriesgado? —dijo Mateo. Las viandas de la noche anterior empezaban a revolverse en su estómago.

—No sea nenaza, Sanz —dijo el profesor Winslow.

—Claro, para usted es muy fácil —respondió Mateo quien, a pesar de que la temperatura iba bajando, comenzaba a sudar.

—No me queda muy claro que el combustible que ahorremos por volar más alto compense el que gastaremos por el esfuerzo de subir, además de que la falta de oxígeno probablemente afecte al comportamiento del motor, ¿no cree? —dijo Winslow ignorando a Mateo y dirigiéndose a Cervera. Estaba claro que Winslow sabía de más temas, no solo de reliquias e historia.

—La falta de oxígeno puede ser un problema, ciertamente, pero usted respirar, lo que se dice respirar, no respira, ¿no es así? —le preguntó Cervera.

—Pues supongo que no. Este cuerpo obviamente no tiene pulmones. No me había dado cuenta—dijo Winslow.

—Por lo tanto, a usted no debe afectarle. No me preocupa el efecto de la falta de oxígeno en el motor, sino en Mateo y en mí. Cabe la posibilidad de que perdamos el conocimiento. Winslow, si ve que me desvanezco, significará que hemos subido demasiado. Si eso sucede tire de esta palanca para que perdamos altura.

—Tendría gracia que se me acabara la cuerda justo en ese momento, ¿no creen?

—A mí me está pareciendo de una hilaridad que espanta —dijo Mateo apoyándose contra las paredes de la carlinga y dejándose resbalar hasta sentarse en el suelo.

—Relájese y disfrute —dijo Winslow. A Mateo le pareció que el profesor le había guiñado al ingeniero uno de sus ojos pintados, en un gesto cómplice.

Pronto las montañas desaparecieron de la vista, ocultas por las nubes que iban quedando bajo ellos. Poca gente en el mundo había experimentado la experiencia de atravesar una nube a bordo de un dirigible, y Mateo hubiera dado cualquier cosa por no haberlo hecho. Cervera no había mentido, cada vez hacía más frío. Como el que camina por un puente de cuerda que cruza un abismo, Mateo se dirigió al cofre donde se encontraban las mantas, y sacando una, se arrebujó en ella. El ingeniero continuaba al timón, sin perder de vista el compás. En el suelo, Winslow examinaba el mapa y de vez en cuando lanzaba instrucciones o preguntas a Cervera.

—Oiga, Julio —dijo Mateo desde el suelo, envuelto en su manta—. ¿Cómo sabía que haríamos un viaje así? Viene preparado para todo, comida, mantas, mapas de la zona...

—Lo único que he preparado, como le dije, han sido las viandas. Todo está tal y como Narciso lo encontró.

—Ya veo —dijo Mateo. No sabía si era sospechoso o no. Si aquel globo iba a ser la forma de pago para que Monturiol se pusiera a las órdenes de Eigner, quizás tenía sentido que viniese equipado con todo lo necesario para realizar un viaje hasta donde el barón se encontraba.

—Calculo que nos quedaremos sin combustible en unas pocas horas —dijo Cervera, al cabo de un rato, por encima del ruido de los motores.

—¿Y llegaremos? —preguntó Mateo.

—Hasta el Zugspitze, no. Pero quedaremos cerca. Tendremos que descender y usted habrá de buscar cómo hacer el resto del camino por otros medios.

—Aunque no lleguemos, si lo tengo a la vista, podré ubicar el castillo de Eigner, no se preocupe —dijo el profesor Winslow.

—Me preocupa el tiempo que ha pasado, y el que tardaremos aún. Llegaremos tarde —dijo Mateo.

—¿Tarde para qué? No es que le hayan dado una cita para salvar a su amiga —dijo Winslow.

—No sé —respondió Mateo, inseguro—, pensé que quizás pudiéramos rescatarla antes de que ellos llegaran a su destino. Que, de alguna forma, los alcanzaríamos. Me imagino que será menos complicado arrebatársela a Segundo Cruz y a su amiga Hilda, que introducirse en la guarida de su jefe.

—La partida a jugar es la que es y las cartas que le han repartido son las que son —dijo Winslow—. Si yo conseguí salir de allí, viejo y enfermo, no dudo que otro que no sea yo podrá entrar. No es usted muy brillante, eso es verdad, pero desde luego, es cabezota. A veces el empecinamiento vale más que los sesos.

—Muchas gracias, profesor. Creo que es el primer cumplido que me dedica, si es que lo es, claro.

—A mí me lo ha parecido —asintió Cervera, divertido.

—Pues no se me emocionen ninguno de los dos. Sigo pensando que son unos cretinos.

Los cristales del ojo de buey y del ventanal se habían cubierto de escarcha y nada se veía ya a través de ellos. El frío aumentaba, y hasta Cervera terminó echándose una manta por encima, sin por eso abandonar el timón. Una modorra se apoderó de Mateo, que luchaba por mantener los ojos abiertos.

—No se duerma —le dijo Winslow. Mateo abrió los ojos y frente a él se encontraba el muñeco. Intentó decir algo, pero sentía la boca pastosa, y la cabeza le daba vueltas.

Un ruido, como el de un golpe seco, le hizo desviar la mirada. Cervera se había desmayado y hacia él corrió Winslow. Mateo cerró los ojos y el mundo se deshizo en jirones.

2

Mateo estaba de vuelta en su lecho de St. Adrian preso de una terrible resaca, sin duda consecuencia de alguna salida nocturna con sus amigos. Cuando, al fin, logró despegar los párpados, en lugar de encontrarse con Armand y Demetrius, lo que vio fue un muñeco de madera encaramado a un arcón, a los mandos de un dirigible. Parpadeó un par de veces, y todo lo ocurrido desde que se las prometía tan felices en Inglaterra y su mayor preocupacion era dar una buena impresión a los padres de Margerie, volvió a su mente. Miró alrededor aún con el estupor no completamente desvanecido y descubrió al ingeniero Cervera recostado contra una pared, con una brecha sanguinolienta en la sien.

—Julio, ¿está usted bien? —dijo Mateo, medio incorporándose

—Pues si le digo verdad, he estado en mejores condiciones. No se preocupe, esto no es nada —respondió Cervera con voz cansada.

—Se dio un buen golpe al caer —explicó Winslow desde su puesto de piloto, sin siquiera mirarlos—, pero sobrevivirá. Igual que usted. Se han echado un buen sueñecito.

—Supongo que se cumplió lo que temíamos —dijo Mateo.

—En efecto —confirmó Winslow—, subimos demasiado y perdieron el conocimiento. Me costó mover el arcón hasta aquí, no llegaba a los mandos. Pero ya ven, han sido salvados por un muñeco de madera. Me deben la vida, los dos.

—Le debo demasiadas cosas, profesor.

—Pues recuérdelo.

Mateo se levantó con cierto esfuerzo. Aún hacía frío, pero no tanto como el que había experimentado antes de quedarse dormido. Todavía inseguro sobre sus pies, se acercó hasta Cervera y examinó la herida. No era profunda. Incorporándose de nuevo, arriesgó una mirada al exterior. La escarcha de los cristales había desaparecido, pero una intensa niebla impedía ver nada. Dedujo que se encontraban en el interior de una nube. De pronto, el motor se detuvo.

—Se acabó el combustible —anunció Winslow.

—Ayúdeme a levantarme —dijo Cervera.

Mateo le dio la mano y tiró de él. El ingeniero se rehizo rápido, y cruzó la distancia que le separaba de los mandos. Examinó, junto al profesor, los instrumentos, y los diversos niveles. Pulsó, al fin, un botón y los motores volvieron a arrancar.

—En efecto, se había acabado el combustible y he activado el depósito de emergencia. Pronto se agotará también, y estaremos a merced de los vientos. Tendremos que aterrizar pronto.

En aquel momento, salieron de la nube en la que se encontraban, el sol iluminó la cabina, y frente a ellos, a través del ventanal, se les presentó el majestuoso espectáculo de los Alpes orientales: cumbres nevadas y frondosos bosques, salpicados de lagos y riachuelos.

—Mire, allí a lo lejos —dijo Winslow—. Aquel es el Zugspitze.

Mateo aguzó la vista. Tardó en localizarlo. La cumbre se encontraba más lejos de lo que esperaba.

—¿Podrá decirme, por fin, dónde se encuentra la base de Eigner? —preguntó esperanzado.

—Me temo que está demasiado lejos de aquí.

—¡Esperen! —alertó de pronto Cervera, señalando algo delante de ellos, a una altura muy inferior a la que se encontraban—. ¿Estoy loco, o ese es otro dirigible?

Los tres, incluyendo a un vacilante Mateo, se acercaron al ventanal central. En efecto, volando mucho más bajo que ellos se encontraba un dirigible muy parecido al suyo.

—Esa aeronave tiene que pertenecer a Eigner —dijo Cervera—. Es una gemela del Ictíneo.

—Con toda probabilidad se dirige hacia su castillo —dijo Winslow.

—Pues entonces, solo tenemos que seguirles —sugirió Mateo.

—No lo veo posible. —Cervera tenía una expresión pensativa—. No nos han detectado porque las nubes nos han ocultado hasta ahora, pero hay un problema si nuestra intención es ir tras ellos.

—Por supuesto, ¿por qué no iba a haberlo? —dijo Mateo soltando un suspiro—. Dios nos libre que algo sea fácil por una vez.

—No podremos seguirlos durante mucho tiempo, no tenemos combustible suficiente, ¿recuerdan? Ése es el problema —continuó Cervera.

—Pero podemos llegar a alcanzarlos, ¿no es verdad? —interrumpió Winslow.

—¿A qué se refiere? —dijo el ingeniero.

—A que podemos llegar hasta ellos. No están tan lejos.

—¿Y qué solucionamos con eso? —preguntó Mateo, que empezaba a temer la respuesta.

—Pues que podría usted abordar la nave como polizón.

—¿Yo, abordar la nave? ¡Pero qué dice!

—El profesor puede estar en lo cierto —dijo Cervera, pensativo.

—¿No irá a darle la razón en esta locura?

—Podríamos volar sobre ellos, de esa forma no nos descubrirían, estaríamos siempre fuera de su campo visual. Si nos situáramos lo suficientemente cerca, podría usted saltar sobre su dirigible, la fuerza de la gravedad haría el resto, y sujeto a las cuerdas que mantienen el globo unido a la cabina, podría viajar con ellos sin que nadie se entere —concluyó Cervera.

—Ambos han perdido la razón.

—Pero Mateo, hasta hace un momento se moría de ganas de llegar hasta Eigner. ¿Ahora se echa atrás? —dijo Winslow.

—Se me han enfriado los ánimos cuando he descubierto que eso implicaba saltar de un globo a otro, lo reconozco.

—Pues decídase. La única alternativa que queda es aterrizar y perder varios días buscando la forma de llegar hasta el barón. Hace poco nos aseguraba que era de vital importancia llegar hasta allí lo antes posible. Usted verá...

—Maldita sea, está bien. Adelante, Julio, intentémoslo.

—¿Está seguro? —preguntó el ingeniero.

—No, no lo estoy, aunque los aquí presentes sabemos que lo voy a intentar.

—Si lo va a hacer —dijo Winslow—, si se introduce en el castillo y se encuentra con un caballero llamado Rousse Debeule, le ruego encarecidamente que le ayude también a escapar a él. Me prestó su asistencia en mi huída y prometí pagarle el favor.

—Puede venir conmigo y ayudarle usted mismo.

—¿No se ha dado cuenta de que ni siquiera tengo dedos? ¿Con qué pretende que me aferre al globo? Podría llevarme usted a cuestas, pero creo que va a necesitar toda su habilidad para mantenerse sujeto al dirigible. Solo le estorbaría.

—En eso tiene razón —dijo Cervera.

—Oiga, Julio, no sabía que sus opiniones coincidían tanto con las del profesor; harían buena pareja, cásese con él —dijo Mateo. Mientras, Cervera reía y maniobraba para llevar a cabo el improvisado plan que acababan de pergeñar.

El dirigible tomó velocidad, y el estruendo del motor aumentó, hasta el punto que Mateo temió que fueran descubiertos por el globo al que ahora perseguían. Desechó la idea; si como había dicho Cervera, eran naves gemelas, dentro de la cabina del otro dirigible apenas podrían oír otra cosa que su propio motor.

—Prepárese, Mateo, en breve nos aproximaremos todo lo posible al otro globo. Prácticamente hemos agotado nuestro combustible, solo tendrá una oportunidad.

—De acuerdo —dijo Mateo con más aplomo del que sentía. Se abotonó su chaqueta, y comprobó que llevaba todo lo que necesitaba en sus bolsillos. Con un suspiro le pasó a Winslow el bombín que Gilbert le había dado y había estado usando hasta aquel momento—. Me temo que va a ser difícil que no lo pierda en el salto. Cuídelo, volveré a por él.

—Lo que usted diga —respondió Winslow con una sonrisa en su voz.

—Profesor, me está empezando a asaltar la duda de si este plan de saltar a otro globo no es sino un ardid para librarse de mí. En fin, ya no hay remedio, además, ¿qué podría salir mal?

—Puede no agarrarse al globo y caer hasta el suelo. Sería una larga caída en la que estaría plenamente consciente de que su muerte es inminente e irremediable. O puede que muera de frío al viajar a la intemperie sobre el globo. O que al llegar le descubran y le tiroteen. Podrían incluso torturarle antes.

—¡Profesor! —exclamó Mateo levantando la palma de la mano en señal de alto—. Era una pregunta retórica. Ya sé que casi todo puede salir mal. Por dios, un poco de apoyo no me vendría mal.

—Oh... En tal caso, no se preocupe, Mateo. Todo saldrá a la perfección. Rescatará a la chica, se casará con ella, serán felices y comerán perdices.

—No es eso... No es mi chica... En fin, da igual.

—Sanz, ya estamos, abra la puerta y salte. Es ahora o nunca —exclamó Cervera desde el timón.

En aquel momento, el motor se detuvo y se hizo el silencio. Mateo, como si fuera a saltar desde el trampolín a la piscina, tomó aire y abrió la puerta de la cabina. El viento, fuerte y frío, le golpeó en la cara, y el aullido del aire al colarse en la carlinga, rompió la breve quietud. Mateo miró hacia abajo, y una ráfaga de aire a punto estuvo de provocar que se soltara del quicio de la puerta donde estaba aferrado, y resbalara hacia afuera. El otro globo se encontraba cerca, pero no lo suficiente. Si no acertaba al saltar, se estrellaría contra la montaña, cuyos riscos salpicados de nieve podían verse bien perfilados en aquel momento. Su cuerpo, de caer sobre ellos desde aquella altura, quedaría destrozado e irreconocible. Al pensar en ese desenlace, Mateo se percató que el profesor Winslow se equivocaba, si no lograba agarrarse a las cuerdas que sujetaban el globo, no sufriría durante mucho tiempo, Mateo estaba seguro de que moriría al instante de un ataque al corazón.

—¡Salte ya, mentecato! —gritó Winslow.

Mateo cerró los ojos. Si no lo hacía ya, perdería la oportunidad de rescatar a Marie. Tenía que tomar la decisión de una vez por todas.

—Profesor, si no le vuelvo a ver, hay algo que quería decirle... Lo que nos contó sobre el espejo, eso de que era el espejo del rey Salomón... Es todo una gran mentira, ¿verdad?

Winslow se quedó boquiabierto. El viento rugía por la puerta abierta, y tenían que hablar a gritos.

—¿Cómo lo...?

—La descripción que nos ha hecho de los trozos de espejo no se corresponde con la de los espejos existentes en tiempos de Salomón. En aquella época un espejo era poco más que metal bruñido. Por tanto, los trozos de espejo que nos ha descrito hasta ahora, y el que yo mismo he contemplado, son mucho más modernos. Además, recientemente obtuve información adicional que confirmaba que el espejo en cuestión no tiene nada de divino, sino más bien todo lo contrario.

—En mi defensa diré que cuando les conté lo de Salomón, lo que trataba era interesarles en el asunto. Tuve que disfrazar un poco la realidad, es cierto. Eigner usa la misma táctica. Pero, todo eso, al fin y al cabo, da igual, ¿no cree? —gritó Winslow, intentando hacerse oír por encima del fragor del viento.

—Así es —dijo Mateo—. Solo quería que supiera que nunca me engañó del todo.

Tomó impulso, y, para su propia sorpresa, saltó.

3

Mientras caía, el viento frío y cortante le llenó los ojos de lágrimas y el mundo entero se emborronó. Nubes, montañas, incluso el propio globo se fundían en una única mancha multicolor. El descenso, a pesar de todo, fue breve y terminó abruptamente al estrellarse, de forma poco grácil, contra la lona del globo.

El aterrizaje, para su sorpresa, fue sobre una superficie más mullida de lo que esperaba. Caer desde tal altura, en otras circunstancias, se hubiera saldado con varios huesos rotos, pero la

cima del globo era como un colchón. Cuando, aún con los ojos llorosos, trató de ponerse de pie, el viento lo empujó con violencia y perdió el equilibrio. La inercia del traspiés, y las gélidas ráfagas de aire, le arrastraban fuera del globo cuando, desesperado, luchó por asirse a cualquier cosa que estuviera a su alcance. Consiguió sujetarse, finalmente, casi a ciegas, a una de las cuerdas que envolvían la lona del globo a modo de arnés. No era fácil mantenerse asido a aquella soga, sus dedos se estaban entumeciendo por el frío; si no reducían la altitud pronto, sería incapaz de continuar sujetándose a él.

Mateo volvió su mirada hacia el Ictíneo. Había quedado atrás, y se hacía, poco a poco, más y más pequeño; pronto desaparecería de vista. Ahora no había vuelta atrás. Su yo del pasado hubiera apostado contra sus posibilidades de salir vivo de aquella, y eso enfurecía al Mateo del presente, tal vez porque sabía que tendría razón. Con rabia, intentó envolver su brazo con el cordaje, de forma que, aunque algún vaivén le obligara a soltarse, quedara atado al globo. Si alguien pensaba que galopar las nubes de aquella manera curaría su vértigo, estaba muy equivocado, su miedo a las alturas seguía estando muy presente. En ocasiones anteriores, su fobia había estado, hasta cierto punto, infundada. Ahora, su temor estaba plenamente justificado. Si se caía, solo un desenlace era posible.

Desde la cima del globo, y tal y como estaba, era incapaz de estimar dónde se encontraban, solo podía contemplar el cielo infinito. Su ansiedad e incomodidad continuó hasta que, con alivio, constató que iban reduciendo la altura de manera progresiva. Las nubes quedaban cada vez más arriba y el frío y el viento se moderaban. Muy lejos quedaban el ingeniero Cervera y el profesor Winslow, su dirigible indistinguible ya en la distancia.

Ahora que el viento y los latidos de su corazón se serenaban, otros sonidos surgían a su alrededor. Pudiera ser que siempre hubieran estado allí, pero cuando, de pronto, el estruendo de los motores cesó, Mateo fue consciente de los graznidos de los pájaros, el ruido del quemador del propio globo, o incluso, el rumor de una conversación. Hasta aquel momento, había estado actuando como si solo él viajara en aquella nave, pero lo cierto era que más personas

volaban en el aeróstato y lo hacían, en teoría, con mayor comodidad de la que él disfrutaba. Aguzó el oído aunque le resultó imposible discernir de qué hablaban. Al menos sacó en claro que no parecían preocupados, y eso significaba que no albergaban sospecha de que transportaban un polizón con ellos. Dentro de lo peliagudo de la situación, era una buena noticia.

El castillo apareció casi de repente. Mateo había esperado un palacete rococó a la manera de los castillos del rey Ludwig II, pero lo que se mostró ante sus ojos se asemejaba más a una fortificación que a una residencia de verano. Llegaba el atardecer y las nubes se habían retirado, el sol alumbraba con desgana tiñendo de rojos y naranjas la escena. Mateo se aplastó contra la lona del globo. Durante el viaje nadie se había percatado de su presencia pero ¿qué posibilidades tenía de no ser descubierto al aterrizar? Suponía que pocas.

Tras un tiempo que se le hizo eterno, al fin, con cierta brusquedad, el globo se detuvo. Mateo dedujo que, desde la cabina, se habrían lanzado los cabos para anclar al globo, y en tierra firme, los habrían capturado. El globo descendía ya. Cuando dejó de moverse, escuchó los saludos y bienvenidas y cómo los viajeros abandonaban la nave entre risas y bromas.

Mateo había intentando ser todo lo inocuo que era posible. Ahora, un buen rato después de que hubieran aterrizado, ya no escuchaba nada. Todavía con aprehensión, se atrevió a echar un vistazo. Se encontraban dentro del patio del castillo. Una gran torre, en el extremo norte, se erguía por encima de él, y Mateo se rio al pensar que, si alguien se hubiera asomado a alguna ventana de los pisos superiores, sin duda le hubiera visto allí, tumbado sobre la lona. Dado que ningún grito de alarma había escuchado, Mateo concluyó que, por suerte, nadie había advertido su presencia desde aquella torre, ni desde ningún otro sitio. Aun así, continuó inmóvil, esperando a que se ocultara el sol.

Una vez anochecido, Mateo escudriñó en todas direcciones. No vio a nadie. No le cabía duda que habría guardas apostados, pero dedicarían sus esfuerzos a custodiar que nadie entrara desde fuera, y él ya se encontraba dentro del perímetro amurallado, así que con

toda la lentitud que le era posible, y bien asido a las cuerdas que atrapaban la envoltura, comenzó a deslizarse hacia abajo.

El globo aún flotaba varios metros por encima del suelo, un par de gruesos cables lo anclaban a él, y una escalerilla de cuerda descendía desde la cesta. La parsimonia con la que Mateo descendía no se debía tan solo a la prudencia. Se encontraba exhausto y, de nuevo, el vértigo le estaba haciendo sufrir. Apenas unas horas antes se encontraba a cientos de metros del suelo y había saltado al vacío hacia otro globo. Sin embargo, ahora que la distancia era muchísimo menor, sentía el mismo miedo. Cuando al fin, desfallecido, puso su pie en tierra firme, sintió el irrefrenable deseo de arrodillarse y besar el suelo. No lo hizo por vergüenza. Se imaginaba a un grupo de personas en una lujosa sala en la torre del castillo, tomando coñac en grandes copas, cada uno con su puro y alguien mirando por un telescopio y anunciando «¿Sabéis aquel loco que estaba acostado en lo alto del globo? Pues no os lo vais a creer, ¡ahora se ha tirado al suelo y está besándolo!».

Mateo sacudió la cabeza. Mejor dejarse de ensoñaciones y concentrarse en encontrar a Marie, liberarla y escapar. Pan comido.

Estaba en el centro de un patio rectangular. Varios faroles iluminaban los soportales que corrían a lo largo del perímetro. Uno brillaba más que el resto. Bajo él, vio una puerta abierta y hacia allí dirigió sus pasos. No escuchaba nada, salvo quizás un apagado ruido, como el de una maquinaria, grandes émbolos subiendo y bajando, y el tenue eco de lo que parecía una fábrica en pleno funcionamiento. No eran la clase de sonidos que hubiera esperado oír en un castillo. En cualquier caso, no percibió señal alguna de movimiento, así que, con cautela, cruzó bajo el dintel. Se adentró en una sala grande que hacía de punto de encuentro de distintos accesos: una amplia escalera, alumbrada por bombillas eléctricas, subía a los pisos de arriba, y sendos y tenebrosos pasillos, al este y al oeste se adentraban en el castillo.

Aún indeciso, escuchó un ruido de pasos, y una luz que se acercaba por uno de los corredores, por lo que decidió emprender el camino de una vez y encarar las escaleras. Con sigilo subió los escalones de piedra hasta el siguiente nivel donde un amplio pasillo

se extendía a derecha e izquierda. Tomó el de la derecha por estar más iluminado. En él, nuevas bombillas, muy espaciadas, alumbraban débilmente. Pronto llegó a una puerta entreabierta. Se asomó y vio varios hombres en su interior, todos ellos con batas blancas y discutiendo ante un plano extendido en una mesa. Mateo decidió que, fuera cual fuera el problema sobre el que trataban, ni era asunto suyo ni en nada le ayudaba a encontrar a la señorita Poitiers. Sin ser visto, continuó por el pasillo. Probó a abrir otra puerta, un poco más allá. El pomo giró y Mateo la entornó unos centímetros. En esta estancia, otro hombre, también con bata blanca, apuntaba algo en un cuaderno. Examinaba un amplio muestrario de probetas que iba extrayendo de unas gradillas sobre varias mesas. Mateo cerró la puerta con cuidado y prosiguió su avance.

Aquellos hombres, reflexionó, eran científicos. Los delataban las gafas, las calvicies incipientes, las barbas descuidadas, pero sobre todo, las batas blancas. Si bien una bata blanca no era evidencia de que aquellos hombres eran científicos, sí que podía atreverse a descartar que fueran barberos. No parecía aquél el lugar ideal para montar un laboratorio, pero era coherente con lo que el profesor Winslow le había relatado.

Mateo se detuvo ante unas nuevas escaleras. Eran mucho más estrechas que por las que había subido hasta allí. Un letrero junto a ellas leía Z*utritt verboten*, que, pese a su limitado conocimiento del alemán, tradujo como prohibido el paso. Como no podía ser menos, Mateo atacó los escalones. Si estaba prohibido, sin duda sería interesante. Arriba, una larga alfombra cubría la fría piedra, y a lo largo de un ancho pasillo —otro más—, se encontraban las puertas a distintas habitaciones, a uno y otro lado. Aquella disposición la había visto en numerosas ocasiones: en su colegio mayor de *St Adrian*, en Durham, por ejemplo. No le cabía duda de que aquellos eran aposentos. La mullida alfombra apagaba el ruido de sus pasos según avanzaba. Ninguna de las puertas tenía nada especial, excepto la última. Ésta era de metal, y una abertura a la altura de los ojos permitía espiar el interior. Además, un cerrojo, en el exterior,

asegurado con un candado, mantenía aquella puerta cerrada. Aquella era una celda, debía ser el lugar en el que retenían a Marie.

Su imaginación conjuró varias imágenes antes de asomarse a la mirilla. De alguna forma, la que más se repetía en su cabeza era la de su llorosa compañera, encadenada en una mazmorra. Adelantaba que su expresión, sin embargo, se tornaría en una de infinita gratitud y quizás hasta de admiración al verle. No encontró nada de eso. A través de la rendija de la puerta vio una habitación simple, casi espartana, y a un hombre de aproximadamente sus mismos años, pulcramente vestido. Era un hombre atractivo, con una barba recortada que afilaba sus angulosas facciones. Leía, con expresión tranquila, un tomo grande, encuadernado en cuero, de hojas amarillentas. Una brisa, que entraba por una ventana abierta, hacía temblar la llama de las velas del candelabro con que iluminaba su lectura. El hombre, como si un sexto sentido le alertara, levantó la vista del libro y la dirigió a la mirilla desde la que Mateo le observaba. Éste se apartó de la puerta con rapidez.

Al tiempo que Mateo retiraba sus ojos de la mirilla, un ruido, a su espalda, le puso sobre aviso. Una de las puertas del largo pasillo se abría y el murmullo de una conversación se filtraba por ella. Alguien iba a salir de una de las habitaciones. Mateo buscó algún lugar donde ocultarse. Se había alejado instintivamente, unos pasos de la celda, cuando de espaldas su mano rozó un pomo. Era otra estancia, contigua. Con sigilo, abrió la puerta y se introdujo en la pieza al tiempo que alguien salía al pasillo.

—Le espero en media hora —escuchó Mateo desde dentro de la habitación, cuya puerta no había acabado de cerrar. Era la voz de un hombre mayor, hablando en francés aunque con acento germánico —. No se retrase, le aseguro que será una auténtica sorpresa. Muchos enigmas serán desvelados, señorita Poitiers.

Mateo dejó escapar un suspiro de satisfacción. Había dado por fin con Marie.

—Hola —dijo una voz femenina a su espalda.

4

La voz que le había saludado le causó un sobresalto, pero la verdadera sorpresa le esperaba al darse la vuelta. En medio de la habitación descansaba horizontalmente un contenedor cilíndrico de metal, apuntalado por una estructura de hierro que impedía que se moviera. Era lo suficiente grande como para encerrar en su interior el cuerpo de una persona adulta, a excepción de la cabeza, que sobresalía de su extremo. Y esa cabeza, boca arriba, con un collar de goma al cuello que sellaba la apertura del artilugio, estaba apoyada sobre una almohada.

—Adelante, pase. No se asuste. Esto que ve es un *spirophore*. Me ayuda a respirar —dijo la mujer. Un espejo inclinado, colocado de forma estratégica sobre ella, le devolvía a Mateo el reflejo de una mujer muy delgada, con el pelo gris y hondas bolsas bajo los ojos. Era difícil para Mateo, en aquellas circunstancias y a través de la imagen reflejada por el espejo, calcular la edad de quien le hablaba, pero estimó que rondaría los cuarenta y muchos o los cincuenta y pocos.

—Lo sé, sé qué es un *spirophore* —dijo Mateo—. Comencé a estudiar medicina, en París, aunque lo dejé pronto, y recuerdo que el *spirophore* salió a relucir en alguna de las clases magistrales. En aquellos días era una novedad impresionante; un tanque respiratorio que, a modo de pulmón artificial, provoca la expansión del tórax al introducir presión atmosférica y que, al retornar de nuevo, produce la espiración.

—Así es, pero este *spirophore* en concreto es una versión mejorada del que usted pudo ver —dijo la mujer con una sonrisa—. Ya sé que está mal que presuma de algo así, pero qué quiere que le diga, si nadie va a admirarme enfundada en mis vestidos nunca más, déjeme que me vanaglorie de esta máquina. Qué más da si clamo a los cuatro vientos que poseo el mejor *spirophore* del mundo. No creo que haya muchos en funcionamiento, de todas formas.

Mateo se acercó, sin poder evitar maravillarse ante el complicado aparato. Leer sobre él era una cosa; verlo, poder tocarlo, y comprobar cómo realizaba su trabajo, era algo muy distinto. Un ruido monótono y repetitivo emanaba de él, como el de un fuelle

que se hincha y vacía al poco, y apagaba, hasta cierto punto, el runrún de un motor de vapor que no veía, aunque un leve olor a humo lo hacía evidente. Una ventanita de poco más de un palmo permitía constatar a través de su cristal, de manera visual, la respiración del paciente. También una barrita vertical, descansando sobre el esternón de su huésped, subía y bajaba al ritmo del sonido del fuelle. El movimiento coincidía con la inspiración y la espiración, mientras un complicado engranaje compuesto de ruedecillas interconectadas, se movía también al compás.

—Un motor bajo el suelo lo mantiene en marcha, sin necesidad de que alguien suba y baje el fuelle —confirmó la mujer adivinando los pensamientos de Mateo—. Solo tienen que alimentar la caldera de vez en cuando, y para eso ni siquiera tienen que entrar aquí. Pero no hablemos más de mí, hablemos de usted. No recibo muchas visitas, y como comprenderá, no salgo a menudo. Aunque podría hacerlo, ¿sabe? También tengo un modelo más... cómo llamarlo... más «movible», aunque no me gusta. —La mujer rio—. Vaya, estoy hablando de mí misma, no tengo remedio. Dígame, ¿qué hace usted por aquí?

—Me temo que equivocarme de habitación —titubeó Mateo.

—Ya lo imaginaba. —La mujer soltó una carcajada.

—Lo siento, creo que será mejor que me vaya —dijo Mateo, volviendo hacia la puerta—. Pero ha sido un placer conocerla.

—Esperaba que estuviera un poco más de tiempo —dijo la mujer con una sonrisa, aunque su voz, esta vez, tenía un deje melancólico.

—Perdone —dijo Mateo—, pero ¿no nos conocemos, verdad?

—No. Ya no —respondió ella, con tristeza.

—Me gustaría quedarme, pero...

—Lo sé. —Su mirada le siguió mientras Mateo abría la puerta y, tras comprobar que no había nadie en el pasillo, salía de la habitación.

5

No mucho tiempo después, a apenas veinte pasos de la habitación con el *spirophore*, Mateo se encontraba ante la puerta tras la que, esta vez sí, esperaba encontrar a Marie Poitiers. De allí había salido el anciano que la había nombrado, así que no había margen de error. Era una puerta normal y corriente, nada que ver con la celda del final del pasillo. El retazo de conversación que había alcanzado a escuchar, en el que el anciano se dirigía a su compañera, no le daba a entender que Marie estuviera retenida allí en circunstancias particularmente restrictivas. Podía argumentar que un castillo aislado en los Alpes era en sí mismo una cárcel, aunque ni él mismo se creía aquella explicación. En fin, Marie pronto lo aclararía. Mateo respiró hondo, alargó su mano y, antes de girar el pomo, la puerta se abrió. Se encontró cara a cara con Marie Poitiers, cuya calmada expresión, al verle, se tornó en una de total desconcierto.

—¿Qué hace aquí? —dijo Marie, no antes de asomarse al pasillo. Tras comprobar que no había nadie más, lo arrastró al interior de la habitación.

—He venido a salvarla —dijo Mateo. Nada más pronunciar esas palabras fue consciente de lo ridículas y equivocadas que sonaban. Había tenido tiempo de sobra para pensar qué decir, ¿en qué lo había empleado?

—¿A salvarme? —Los ojos de Marie se abrieron con la más absoluta sorpresa—. Pero ¿acaso nadie le ha dicho...?

—¿Que no necesitaba ser salvada? —completó la frase Mateo—. Sí, me lo han dicho a menudo. Incluso su propio padre. Creo que no soy de su agrado, dicho sea de paso.

—¿Ha hablado con mi padre?

—Me temo que sí. Como comprenderá, no podía quedarme de brazos cruzados, tenía que venir a... ¿ayudarla? —titubeó Mateo.

—Mateo, no sé cómo decirle, pero... no necesito ayuda alguna, ni nada que se le parezca. De hecho, su presencia aquí pone en peligro todo el plan.

—¿Plan? No conozco su plan, desde luego. El mío era... bueno, en realidad lo único que tenía pensado era llegar hasta usted y liberarla.

Marie se echó la mano a la cabeza, dio un par de pasos a ninguna parte y terminó sentada en la cama, mirando al infinito y negando para sí. Mateo, un poco incómodo, permaneció de pie sin saber muy bien qué hacer.

—¿Cómo ha llegado aquí? —dijo al fin Marie.

—En globo. ¿Se acuerda de Narciso Monturiol, verdad? Tenía uno y me lo cedió. Y el profesor Winslow me guio hasta aquí.

—En globo, Winslow... Todo esto no tiene sentido —dijo Marie levantándose de pronto—. Ahora mismo no puedo prestarle atención a sus locuras. Mateo, escúcheme bien, no estoy en peligro, se lo aseguro. Quédese en el cuarto, que nadie le vea, y ya pensaré cómo sacarle de aquí. Ahora mismo debo acudir a una importante reunión.

—Pero... yo... No era eso lo que...

—No salga de este cuarto, por lo que más quiera —insistió Marie. Se levantó de la cama, y se encaminó a la puerta. Al pasar junto a él, Mateo la sujetó por un brazo.

—Escuche, cuando Segundo Cruz se la llevó... No sé qué pretende usted, pero ha de saber que está en peligro. Y sepa que, si le he ofendido, lo siento mucho —dijo Mateo.

—Suélteme y déjeme salir, o lo que va a sentir, de verdad, es un agudo dolor en algunas partes de su cuerpo, empezando por esa mano —dijo Marie clavando una mirada helada, primero en la mano que la retenía, y después en los ojos de su compañero. Mateo abrió su mano al instante, dejándola libre.

—Disculpe, no pretendía...

—Va siendo hora de que averigüe qué es lo que pretende antes de lanzarse de cabeza a ello. Esto es muy serio, Mateo. No lo estropee. Que nadie le descubra. No salga de aquí. Prométamelo.

—Se lo juro —dijo el joven.

Marie suspiró y salió de la habitación. Mateo permaneció de pie, reflexionando y mirando el cuarto vacío. Definitivamente, no tenía pintas de ser una prisión, ni mucho menos. Estaba decorada con el mejor gusto. Averiguar qué pretendía antes de lanzarse de cabeza. No, ese no era él.

—Me voy a arrepentir —susurró para sí. Contó hasta tres, y con sigilo, abandonó, también él, la habitación.

Vio a Marie girar una esquina y hacia allí se dirigió, con la mullida alfombra camuflando el sonido de sus pisadas. Siguió a la francesa a una distancia prudente, a través de pasillos y escaleras desiertas. Marie parecía conocer muy bien el camino, en ningún momento dudaba al llegar a alguna encrucijada. Si en realidad hubiera estado prisionera... Era obvio que no había sido así. No obstante, Mateo estaba seguro de que habría una explicación perfectamente racional a todo aquello. Casi seguro.

Al descender un nuevo tramo de escaleras, el ruidoso ambiente que creyó oír al entrar en el castillo se hizo más y más presente. Podía oír cómo movían objetos pesados de un sitio a otro, engranajes que chirriaban, silbidos de tuberías que dejaban escapar el vapor, graznidos de máquinas y gritos de personas comunicándose a pesar del escándalo. A pesar de la hora, era como si un centenar de empleados estuvieran enfrascados en alguna tarea faraónica. Al fin, siguiendo a escondidas a Marie, llegó a una galería en la que una pared acristalada le permitió ver con sus propios ojos el origen de aquel ajetreo. Se encontraban en los niveles superiores de una gran bóveda. Desde allí pudo contemplar el espectáculo como si estuviera en el palco de un gran teatro. Muchos metros más abajo, lo primero que le llamó la atención fueron las enormes cubetas de metal llenas de líquidos de distintos colores y consistencias. Varias tuberías partían de esos mastodónticos recipientes, repartiendo su contenido por toda la enorme, gigantesca, estancia. Los tubos se enroscaban unos sobre otros, tras multitud de vericuetos y pasaban por diversas máquinas. Motores de vapor dejaban escapar un humo a veces blanco e inocuo, y otras negro y espeso, aquí y allá. Multitud de envases —tarros y botellas de varios tamaños— avanzaban incansables sobre una cinta transportadora, y eran rellenados, en determinados puntos de su trayecto, por el líquido que desde las cubetas fluía por las omnipresentes tuberías. Todo aquel trabajo era supervisado por un equipo de hombres que pululaban entre las distintas máquinas, en un aparente caos. Más allá unos mecánicos se afanaban en arreglar un motor que, a todas luces, se había estropeado y había provocado un gran atasco de botellas en un tramo de la cinta. Válvulas y engranajes aquí y allá, cuya finalidad

no era inmediatamente obvia, jalonaban aquel espacio agobiante y ruidoso, en el que unos a otros se gritaban instrucciones por encima del escándalo provocado por las máquinas. En un extremo, otro grupo de trabajadores se afanaba en pegar etiquetas a los botes y botellas que avanzaban por otra de las cintas transportadoras, y más adelante, otros grupos se encargaban de cerrar cada bote. Al fondo, un hombre gritaba algo mientras acarreaba una caja ya completa de tarros y botellitas.

Mateo levantó la mirada. Marie, como era lógico, no se había detenido. Había continuado su camino, sin saber que Mateo iba tras ella. A pesar del fascinante e inesperado espectáculo, Mateo lo dejó atrás y aligeró el paso. Tuvo que correr para no perderle la pista. Más pasillos, más escaleras, hasta que el ruido de la peculiar factoría fue quedando atrás.

Marie llegó al fin a su destino, un salón en el que un grupo de personas esperaba por ella. Todo giraba en torno a un hombre, cuyo rostro surcado de arrugas y porte aristocrático le daban aspecto de líder. Reconoció también, desde el oscuro rincón desde el que espiaba, y con algo de sorpresa, a Hilda Hanis. Le costó hacerlo, solo había pasado una semana desde la última vez que la había visto, en el Teatro Real, pero incluso en la distancia, parecía haber envejecido. Oculto entre las sombras, Mateo observó que el anciano saludaba con efusividad a Marie. Arriesgándose a ser descubierto, se acercó aún más. Desde aquel nuevo emplazamiento, le llamó la atención uno de los invitados, un hombre de unos cincuenta años y de impecable porte que se impacientaba al ver interrumpida su conversación por la llegada de la francesa.

—¿Todo bien, señorita Poitiers? —preguntó el anciano a Marie, ignorando al hombre con el que charlaba un instante antes—. ¿Alguna novedad?

—No, no, ninguna.

—Me alegro. Ya estamos casi todos, pero falta alguien crucial. Nos es necesario, precisamente, el protagonista. Mateo Sanz, por favor, acérquese. Es hora de que nos conozcamos todos. —El anciano gesticuló hacia el lugar en que se escondía un desconcertado Mateo.

Su primer instinto fue retroceder, pero al girarse, se encontró con Segundo Cruz. Sostenía despreocupado su característico Colt en una de sus manos enguantadas, y le miraba con expresión apenada.

—Querido amigo, lo lamento, pero si no le importa, sírvase entregarme el arma que guarda en el bolsillo.

Mateo suspiró. Lo cierto es que ni siquiera se había acordado del revólver que Gilbert le había confiado. Sin oponer resistencia, se lo entregó.

—Una Derringer de doble cañón, ¿qué les pasa con este arma? Podrían adaptarse un poco al presente —dijo Segundo, admirando el revólver, que casi parecía un juguete al lado del suyo.

Mateo se encogió de hombros. Tampoco era necesario, suponía, explicarlo todo.

—Bien, ahora, si no le importa, vamos a conocer al barón. Coincidirá conmigo en que ya iba siendo hora —continuó Segundo, señalando a la comitiva, desde la que Marie le clavaba una mirada asesina.

Mateo asintió. Sí, en efecto ya era hora. El viejo junto al que su compañera se encontraba era Eigner. Lo había sospechado.

6

A instancias de Von Eigner, una vez que Mateo se les unió, se trasladaron a un comedor adjunto. El hombre malhumorado seguía empeñado en expresar su desagrado por el cariz que estaban tomando los acontecimientos pero, quizás influenciado por el revólver que Segundo mantenía bien visible, o por los hombres armados y de uniforme que habían aparecido de la nada, refrenó sus quejas y acompañó al resto.

Se sentaron a una mesa preparada para cenar. En el extremo, el lugar de honor, tomó asiento Eigner. A un lado, los hombres, empezando por Mateo, seguido por el enfurruñado socio del barón, y terminando con Segundo Cruz. En el otro lado Marie y Hilda Hanis. A la izquierda de la alemana quedaba un sitio vacío.

—Creo que Mateo conoce a todos los presentes —dijo Eigner una vez todos ocuparon sus lugares—. Excepto quizás a mi socio, Cedric Berwick.

Mateo alzó las cejas sorprendido.

—En efecto, es su segundo apellido, Berwick —continuó Eigner percibiendo la confusión del joven—. Cedric Berwick es su tío carnal.

—¿Mi tío? —respondió un estupefacto Mateo.

—Cedric y Bárbara, su madre, son hermanos.

—Sí, entiendo el concepto de «tío» —dijo Mateo molesto.

—Esto no formaba parte de nuestro trato —se indignó el señor Berwick. Las miradas de los otros comensales confluyeron en él.

—Nuestro acuerdo, entre otras cosas, estipulaba que Mateo Sanz no sería un problema para usted —respondió, tranquilo, Eigner. Volvió la atención, de nuevo a Mateo—. ¿Planea causarle algún perjuicio al señor Berwick?

Mateo se encogió de hombros. No tenía ni idea de qué hablaban, ni de que aquel caballero y él estuvieran emparentados; había algo en él que, instintivamente, le había generado desconfianza, pero no sabía concretar la razón.

—Usted sabe muy bien que me ha convocado bajo un falso pretexto, y ahora la presencia de este... caballero... aquí, demuestra que se trata de una encerrona —insistió Cedric Berwick de pésimo humor.

Mateo, confundido, buscó a Marie con la mirada. Parecía tan desorientada como él mismo.

—Señor Berwick, su problema radica en que nunca ha confiado en mí —dijo Eigner.

La réplica de Cedric se vio interrumpida con la entrada de los camareros. Mateo lo agradeció. Sabía que debía interesarse por lo que estaba pasando con su supuesto tío, pero lo cierto es que lo último que había comido era un poco de pan con queso, en el globo. Parecía tan lejano en el tiempo que, a pesar de la situación, se lanzó ansioso sobre el plato que le ponían delante, sin siquiera aguardar a que sirvieran al resto de sus compañeros de mesa.

—Señor Sanz, ¿conocía usted a su tío Cedric? —preguntó Eigner.

—Lo cierto es que desconocía hasta su propia existencia —admitió Mateo, con la boca llena—. No sé nada de mi familia, ni por parte paterna ni materna. Siempre di por hecho que no tenía.

—Lógico, le han mantenido a oscuras —asintió Eigner—. Verá, cuando su madre, Bárbara Berwick, dejó Inglaterra para contraer matrimonio con su padre, su tío Cedric Berwick se alegró inmensamente. Le fue fácil poner a sus padres en contra de su hermana y hacerse, él solo, con las riendas de los negocios familiares. A Bárbara, por supuesto, todo eso le importaba un comino.

—No sé qué insinúa —protestó Cedric—. Nadie la obligó a renunciar a su parte de la herencia.

—Supongamos que lo hiciera por su propia iniciativa —continuó Eigner, conciliador—. En cualquier caso, cuando finalmente el patriarca de los Berwick dejó este mundo, y llegó el momento de ejecutar la herencia, sus abogados le informaron de un hecho al que nadie había prestado atención y es que, aunque Bárbara había renunciado a su parte, esta no pasaba directamente a su hermano, sino a su hijo, Mateo Sanz.

—Ni mucho menos —objetó Cedric—. Esa es una interpretación torticera de la ley. Ningún juez admitiría...

—Sin decir nada a nadie, usted se apropió de todo y ahora vive con el miedo de que se descubra y tenga que ceder parte de su patrimonio —continuó Eigner—. En cualquier caso, si Mateo desapareciera, también lo harían sus preocupaciones. Razón por la que, cuando comenzamos nuestra relación, me solicitó que resolviera ese «problema», en concreto.

—Yo no sabía nada de ninguna herencia —dijo Mateo, un poco perdido con todo aquello.

—No es la única revelación de esta noche, Mateo. Le tengo una sorpresa. Una persona que hace tiempo que no ve. ¿Le importa si la hago pasar?

Mateo se encogió de hombros y se introdujo en la boca un nuevo bocado del estofado que habían servido los criados. Era el único que estaba dando cuenta de la cena.

—Les presento a Isabella Saint-Clare —anunció teatralmente Eigner—. Aunque usted la conocerá como Margerie Fiennes, Mateo.

Mateo dejó caer el tenedor, y a duras penas pudo tragar lo que ya tenía en la boca. En la puerta apareció la mujer de la que Mateo se había enamorado en Durham y de cuyos brazos prácticamente le había arrancado el general Serrano con el encargo de volver a España a integrarse en el Equipo Especial.

—Hola, Mateo —dijo la recién llegada. El joven Sanz no fue capaz de encontrar la voz con que responderle.

—Isabella era la encargada de indagar sobre las intenciones de Mateo y mantenernos al tanto de sus planes —prosiguió Eigner—. Sus informes eran claros. Más allá de saber que su apellido era Berwick, Mateo no tenía idea de nada, con lo cual podemos descartar cualquier intención por su parte de reclamar posibles derechos.

—¿Informes? ¿Qué informes?, ¿más informes? —acertó a decir Mateo, la vista clavada en la mujer que para él había sido Margerie.

—Espero que no me guarde rencor —le dijo Isabella, tomando asiento junto a Hilda Hanis—. Se trataba tan solo de trabajo, Mateo.

—Tan solo de trabajo, sí, pero un trabajo excelente —interrumpió Eigner, evitando que Mateo respondiera. Después, se dirigió a Cedric Berwick—. Como ve, teníamos a Mateo controlado y sabíamos que no le causaría problema alguno. La paciencia es una virtud y usted, querido Cedric, carece de ella. En cuanto a virtudes, no se me ocurre una sola que le engalane el espíritu. Cree que, con dinero, se puede comprar todo, y decidió ponerlo en práctica. No se le ocurrió otra cosa que conspirar a mis espaldas y «comprar» a uno de mis hombres con el propósito de asesinar a su sobrino.

—¿Asesinar? ¿A quién, a mí? —dijo Mateo, que ya no daba crédito a nada de lo que estaba ocurriendo.

—Se ha vuelto senil —masculló Cedric.

—Farbig, utilizó sus increíbles habilidades para provocar el ataque de las ratas en los pasadizos entre el Palacio de Buenavista y la estación de Atocha. ¿Lo recuerdan, verdad? —Eigner alternó su atención entre Mateo y Marie.

—Vívidamente —dijo Mateo.

—Supongo que ya tendrá bastantes sorpresas por hoy, ¿no es así?

—No lo sabe usted bien. Espero que haya sido la última —dijo Mateo.

—Ni mucho menos. Señorita Poitiers, usted sabía que Margerie trabajaba para mí, ¿cierto? —añadió Eigner.

—Sabe usted que sí —respondió Marie.

Mateo se recostó, vencido en su silla. Ambas mujeres, Marie y Margerie, o mejor dicho, Isabella, le habían engañado.

—Por favor —pidió Eigner—, hágame el favor de explicárselo a nuestro amigo Sanz.

Marie suspiró, y levantó la mirada de su plato, que no había tocado.

—El general Serrano había pagado a sus amigos para que nos tuvieran informados de sus movimientos, eso ya lo sabe —explicó Marie, sin rehuir su mirada—. En cuanto supimos de sus intereses amorosos, como es lógico, investigamos a Margerie Fiennes. La verdadera Margerie se encontraba en América con sus padres. Tardamos un poco, pero identificamos a su suplantadora, la señorita Saint-Clare. Es famosa en ciertos círculos.

—¿Lo sabían todos? —Mateo enrojeció de rabia—. Del general podía esperármelo, pero, Marie, yo confiaba en usted.

—No se enoje con la señorita Poitiers, Mateo —continuó Eigner—. Sin duda, entre todos pensaron que la inopia era lo mejor para usted. En defensa de Marie, del general y de su estúpido equipo especial, le diré que la culpa, en parte, es suya. Podía haber atado cabos, no era tan complicado. ¿No le pareció extraño que Farbig supiera de los túneles por los que les lanzó su ataque de ratas? ¿O que Hilda y Segundo estuvieran en su mismo tren a Zaragoza? O más aún, ¿cómo es que estaban esperándole en el Teatro Real el día que se hicieron con el último trozo del espejo?

—Yo les pasé la información —confesó Marie.

—No... —dijo Mateo, derrumbándose. Había cruzado media Europa para salvar a alguien que en realidad, nunca estuvo en peligro.

—¡Basta! —interrumpió un enfurecido Cedric, sobresaltando a media mesa—. Esto es patético, ¿qué quiere demostrar? La única

conclusión que yo extraigo de esta ridícula reunión a la que me ha traído engañado, es que nuestros negocios han llegado a su fin. Búsquese a otro socio, y mentiría si le dijera que buena suerte.

Eigner suspiró, y le hizo un gesto a Segundo. Una sonrisa peligrosa se le dibujó en la cara, y levantándose de su asiento, avanzó amenazador hacia Cedric. Éste, al verlo, abandonó su asiento también, alejándose temeroso, sin atreverse a darle la espalda. Sin previo aviso, Segundo extrajo su revólver, y le golpeó en la cara con él. A continuación, le propinó un nuevo puñetazo en el estómago, con la otra mano. Cedric cayó de rodillas al suelo. Mateo salió del ensimismamiento que las confesiones de Marie le habían causado, y se levantó de su silla. Cedric Berwick, por lo que decía Eigner, había pretendido que le mataran, pero no podía quedarse cruzado de brazos ante aquel ataque. Como si Cruz hubiera adivinado su intención, le encañonó con su Colt, sin casi mirarle. Mateo se detuvo, impotente.

—Verá, en el fondo tiene razón, Cedric —prosiguió Eigner como si nada hubiera ocurrido—. No pretendo que nuestro acuerdo se renueve, al menos como está actualmente redactado, necesitamos reescribir sus términos. Aún así, es importante que sepa que, en cualquier caso, Sanz nunca fue una amenaza para usted. Oh, y una nueva revelación, esta vez es algo que Mateo sí conocía y usted no. Resulta que su hermana, Bárbara, la madre de Mateo, sigue viva.

—¿Có... cómo? —acertó a decir Cedric Berwick desde el suelo.

—Así es, pero usted ya no es importante —le dijo Eigner con un tono displicente—. Deje que me centre en Mateo. Verá, querido amigo —Eigner miraba, ahora, a Sanz—, recapitulemos los secretos que han sido desvelados esta noche. Su señor tío ha pretendido matarle, su prometida era una espía, su madre está viva y a mi cargo, y su amiga y compañera Poitiers le ha mentido cuando le ha confesado que era una doble agente. Esto último, me temo, es una solemne falsedad. Marie no es una doble agente, no. Debe ser triple agente, al menos. Apostaría que ya ha perdido la cuenta y ha olvidado realmente a quién debe lealtad.

—En absoluto, Von Eigner. —Marie enrojeció—. Usted sabe que...

—Me temo que lo sé todo. Nunca traicionó a Serrano al pasarme la información. Usted y él lo acordaron para ganarse mi confianza e infiltrarse en mi equipo. Su fidelidad, sin embargo, no era para con él, sino con la *Division Speciale* francesa. Tanto a usted como al señor Taylor del *Bureau,* les importa un bledo el Equipo Especial, simulan colaborar con él porque Serrano tenía el mejor de los anzuelos para cazarme a mí: Mateo Sanz Berwick.

—No es cierto —dijo Marie, aparentemente ofendida.

—Es fácil de demostrar que dice la verdad —dijo Eigner—. La señorita Hanis ha traído consigo un suero de la verdad, de su invención. Ya sabe que es nuestro genio particular con la química. Permita que se lo inyecte y vuelva a decirnos que no es cierto. Simple.

Hanis, al lado de Marie, lucía una sonrisa malvada. En una mano sostenía un pequeño frasco que agitaba, burlona, y en la otra, una jeringuilla. Había guardado un silencio sepulcral hasta entonces.

—Está bien, inyécteme —asintió Marie, mostrando su brazo.

Mateo, indeciso, no acertaba a pensar mientras Hanis llenaba la jeringuilla con el suero del frasco y se acercaba a la señorita Poitiers. Cedric, en un rincón, aún jadeaba, sujetándose el estómago.

—¡Marie, no tiene que hacerlo! —estalló Mateo antes de que Hilda clavara la aguja en su brazo.

El grito sorprendió a Hilda e hizo que se detuviera, desconcertada. Aprovechando la indecisión, Marie se le abalanzó y le propinó un golpe en la muñeca. Hilda soltó la jeringuilla y en un abrir y cerrar de ojos, Marie la apresó por el cuello con su antebrazo, y apuntó un pequeño revólver a su sien, con la otra mano. Mateo recordó aquel arma al instante. Era la misma que llevaba Marie cuando las ratas les rodeaban en los subterráneos de Madrid.

—Tenías razón, Mateo, no tengo por qué hacerlo, sobre todo porque me temo que suspendería el examen —dijo al fin Marie—. Ahora, apártense todos y déjenme salir de aquí.

Tanto Eigner como Cruz la miraban divertidos. Sus expresiones contrastaban con el pavor de la señorita Hanis, y la estupefacción del resto.

—No sea estúpida, señorita, suelte el arma antes de que alguien se haga daño —dijo Eigner con calma.

—La primera en «hacerse daño», si intentan detenerme, será su genio de la química —respondió Marie con rabia.

—Su arma está descargada —dijo Segundo—. Encontré su revólver entre sus posesiones mientras Eigner le enseñaba el castillo. Le extraje las balas. O debería decir «la bala». Solo una.

Una sonrisa torcida apareció ahora en la cara de Marie.

—Lo sé. ¿Creía que no lo había anticipado? Traía de repuesto.

Fue el turno de reírse de Segundo Cruz. Una risa estridente que rompió el silencio que la tensa situación había instaurado en la habitación.

—Adelante —dijo Segundo, al fin—. Dispare.

—Segundo, no, por favor, ayúdame —gimió Hilda.

Con rapidez, Marie desvió su arma para apuntar a Eigner. El sonido del gatillo sonó con claridad en la habitación, puesto que no fue ahogado por detonación alguna. Hilda se derrumbó en su asiento, temblando, libre ya de Marie.

—He de confesar que tiene usted agallas —dijo Von Eigner sonriente—. Segundo, ¿le importaría escoltar a Cedric y Marie a sus aposentos? Huelga decir que estarán en «arresto domiciliario». Isabella —añadió, su mirada ahora en la mujer que Mateo había conocido como Margerie Fiennes y cuyo semblante aún reflejaba la sorpresa que le había causado los actos de Poitiers—, por favor, asista a la señorita Hanis, necesita recuperarse. Todavía tiene un gran papel que cumplir.

Mateo hizo ademán de interponerse entre Segundo y Marie, pero Cruz levantó de nuevo su Colt, indolente.

—Es usted muy galante, Mateo, pero no preciso de su protección, sé cuidarme sola —intervino su compañera con orgullo.

—Lo sé, aunque opino que el señor Cruz debería mostrar un poco más de respeto a las damas —dijo Mateo, haciendo un gesto en dirección al lugar en que Isabella se arrodillaba frente a una desconsolada Hanis.

—Tranquilo, Sanz —dijo Segundo con una sonrisa irónica—. Estas damas saben cuidarse ellas solas tan bien como los caballeros.

Conmigo la señorita Poitiers está sana y salva, salvo que intente escapar. Adelante, señor Berwick —continuó, su atención dirigida ahora al recién hallado familiar de Mateo—, abra usted el camino.

—Venga conmigo, Mateo —dijo Eigner. Sus pasos se encaminaron a la puerta por la que había hecho su triunfal aparición Isabella Saint-Clare.

7

Mateo salió del comedor tras Eigner y, en el salón, le siguió por una disimulada y estrecha escalera de caracol, hasta que llegaron a una nueva puerta. Al franquearla, llegaron a un amplio despacho cuyas paredes, forradas de madera, estaban adornadas con varios cuadros, excepto una, ocupada ésta por una gran estantería atestada de libros antiguos forrados en piel. No eran los únicos, también abundaban otros volúmenes, ediciones más baratas y modernas de simples novelitas de aventuras, la mayoría escritas por Jules Verne. En éstas no podía apreciarse ni una sola mota de polvo; los otros libros, en apariencia más lujosos y de temática más sesuda, tenían pinta de no haber sido abiertos en mucho tiempo. Del techo colgaba una lámpara de araña con bombillas eléctricas. Cómo Eigner había logrado proveer de electricidad a un castillo tan remoto era un misterio. Además de la puerta por la que habían accedido, existía otra, grande y de doble hoja, en la pared opuesta de la primera, sin duda el acceso principal. Un pesado escritorio de madera dominaba la estancia y un frasquito de cristal transparente y vacío, el único objeto sobre él, despertó la curiosidad de Mateo. Estaba seguro de que no estaba allí por casualidad. A la derecha del escritorio, un objeto alto y estrecho, oculto bajo una sábana, reclamaba, también, la atención del que entrara en el despacho.

Eigner, sin mediar palabra, se sentó en su sillón tras el escritorio. Mateo permaneció de pie, ignorando el gesto con que su anfitrión ofrecía una de las dos sillas, forradas y acolchadas, al otro lado del escritorio.

—Gracias por este breve lapso de silencio, Mateo. Necesitaba recuperar el aliento —dijo al fin Eigner.

Mateo se encogió de hombros. Las escaleras eran empinadas, pero no había advertido que Eigner perdiera el resuello en ningún momento.

—Supongo que tendrá muchas preguntas que hacerme —continuó el barón—. Haré lo posible por responderlas si lo desea.

—Por supuesto. Muchísimas. Por ejemplo, ¿este lienzo de aquí es un Goya? —preguntó Mateo señalando un cuadro sombrío en el que un anciano de rostro desfigurado se balanceaba en un columpio.

—Es probable. Deje que le diga que tal vez le damos mayor importancia al autor que a la obra en sí.

—Quizás. —Mateo se encogió de hombros. Después, se acercó al mueble cubierto con la sábana—. Y dígame, ¿qué hay tras ese velo?

—¿No lo adivina?

—El espejo, por supuesto —dijo Mateo.

—Me alegro de que no se ande por las ramas, aunque me ha estropeado el acto final, en el que pensaba desvelárselo —rió Eigner.

—Entonces, ¿puedo verlo?

—Todo a su debido tiempo. Si esto fuera una obra de teatro, aún estaríamos en el primer acto. Para que lo entienda como debe, he de darle respuesta a ciertas preguntas que ni siquiera se le ha ocurrido plantearme.

—Vaya, ¿más revelaciones? Tantas sorpresas me han dejado un poco insensible, así que disculpe si no reacciono como usted espera.

—Han sido muchas, cierto, pero me da la impresión que la única que de verdad le ha hecho mella es la traición de la señorita Poitiers.

—Oh, sí. La señorita Poitiers, mi compañera, por la que he arriesgado mi vida para llegar hasta aquí y rescatarla..., resulta que su secuestro era una pantomima. Podía haberme ahorrado el viaje.

—Sea sincero, ya sospecharía que sus esfuerzos serían inútiles —dijo Eigner.

—Si cree ser el primero en desvelarme que la gran Marie Poitiers no precisaba de mi ayuda, póngase a la cola.

—Tal vez ha pecado de ingenuo.

—No me llame ingenuo cuando en realidad lo que piensa es que soy tonto de remate.

—En absoluto. En cualquier caso, es usted... inocente. Aún. Antes me hablaba antes de ese cuadro... ¿sabía que Goya solía reutilizar sus lienzos? Si no tenía donde pintar, utilizaba alguno de los que ya había terminado, y pintaba una nueva obra sobre ellos. Ahora hay un viejo en un columpio, quizás antes ese cuadro mostraba un niño bailando en un jardín, quién sabe... Igual ocurre con usted, irá perdiendo su inocencia con el paso del tiempo. Seguirá ahí, en su interior y poco a poco, irá cubriéndola con una pátina de ironía y una mano de sarcasmo. Tarde o temprano, sin que sepa usted cómo, habrá surgido un nuevo Mateo que eclipsará al antiguo. Pero éste, el Mateo ingenuo e inocente, nunca llegará a desaparecer, o eso espero.

—Precioso. Un poco almibarado, pero, precioso. En fin, supongo que no me ha traído hasta aquí para aleccionarme con esta fascinante reflexión.

Eigner sonrió, y volvió a indicarle los sillones. Mateo suspiró y terminó sentándose en uno de ellos.

—Hablemos sobre mí entonces, y disculpe la falta de humildad —dijo el anciano—. No creo que haga falta que me presente a estas alturas, aunque también supongo que le habrán contado alguna majadería sobre mi origen. Algo increíble, supongo. Hace tiempo aprendí que la mejor manera de ocultar una historia que desafía la credibilidad es contar otra aún más extraordinaria. Por ejemplo, mi título nobiliario: barón Von Eigner. Nadie se ha interesado en comprobar la legalidad del mismo. —Eigner sonrió visiblemente deleitado consigo mismo—. ¿Acaso a nadie se le ha ocurrido que «barón Von Eigner» suena a villano de opereta?

—Ahora que lo dice...

—Lo que aporta mi falso título nobiliario, principalmente, es el anonimato sobre el origen de mi fortuna. Un noble tiene riqueza y poder porque así lo quiere Dios, desde el principio de los tiempos.

—Puede ahorrarse el discurso, no se olvide que ya no soy un estudiante, y las revoluciones, por tanto, han dejado de tener el atractivo romántico de esos días. Es la ley.

—No hace tanto que era usted estudiante, pero en fin... ¿sabía que su familia, los Berwick, está emparentada con los Fritz-Stuart y con la Casa de Alba de España? Imagine en cuántos complots y asesinatos, en cuántas traiciones y hechos deleznables habrán estado implicados sus parientes, y cómo, en otro tiempo y lugar, hubiera añorado su cuello la guillotina.

—Creía que ya había quedado claro que sé bien poco de mi familia, y que me importa aún menos.

—Cierto. Disculpe que me haya ido por las ramas. Todo esto era simplemente para hacerle ver que no soy ningún barón. No existe ninguna baronía Eigner.

—Me alegro, la incertidumbre no me dejaba dormir. Espero que ahora que ha desvelado que es un plebeyo se sienta mejor. Si quiere un consejo, debería irse a vivir a América, allí les encantan esas historias de hombres hechos a así mismos. Aquí, en la vieja Europa, estas cosas dan bastante igual. Ahora, si me pudiera decir dónde queda la salida, recogeré a la señorita Poitiers y nos iremos de aquí con viento fresco, si le parece, porque si bien inicialmente no hacía falta rescatarla, eso ya ha quedado establecido, mire usted por dónde, ahora...

—Mateo, a veces es usted insufrible. ¿Todavía sigue empeñado en rendirle pleitesía a su compañera? Olvídese de ella, estoy a punto de desvelarle los misterios más increíbles y, en lugar de atender, se comporta como un niño malcriado.

—Me halaga. Se lo dirá usted a todos.

—¿Quiere saber por qué está usted metido en todo este asunto, Mateo?

—¿Tengo otra opción?

Eigner no respondió, juntó los dedos de sus manos frente a su pecho y observó a Mateo con una ceja levantada.

—Ya lo suponía. Cuénteme —claudicó Mateo.

—Antes de eso le tengo que contar la historia de otro Eigner. Un Eigner que soy yo, y que no lo soy. Una historia, ya le he dicho, que desafía la lógica.

—Vaya introducción, no hace falta que embellezca más su relato, a mí ya me tiene ganado. Por cierto, ¿no tendrá algo de comer por

aquí, mientras? Con todo el drama, no llegué a terminar la cena.

—Cierre el pico y escuche.

8

A los sesenta y seis años, Abelard Eigner no había conseguido cumplir con las expectativas. Había decepcionado a todos los que esperaban de él algo más que una mediocre existencia. El principal defraudado era él, sin embargo. La mayoría de sus congéneres vivían vidas anodinas e inconsecuentes en el gran esquema de la Historia, pero él pudo cambiar las cosas y no lo hizo. Que nadie más conociera supiera que había dejado escapar la oportunidad no cambiaba nada.

Abelard era consciente del instante que cambió su vida para siempre.

Ocurrió el día que visitaba con sus padres la cueva de *Erdmannshöhle,* cerca de Lórrach, en Austria. Corría el año 1858. Su madre, alegando que la gruta le parecía oscura y tétrica, había decidido esperar afuera, así que aquél se convirtió en uno de los pocos momentos en los que podía encontrarse a solas con su padre y disfrutar así de la compañía de la persona que más admiraba en el mundo. Las maravillas de la cueva eran tan solo un añadido, el escenario pertinente en el que transcurriría una de esas experiencias que debía recordar con ternura en años posteriores. Aquellas ilusiones se desvanecieron cuando, de entre las sombras surgió un viejo confuso que arremetió con rabia contra ellos. La intervención de su padre no logró disminuir la exasperación del agresor pero, por suerte, otro grupo de visitantes exploraban la cueva a aquella misma hora y acudieron prestos, alertados por los gritos. Entre todos lograron reducirle, e intentaron calmarle, sin éxito. Era obvio que aquel infeliz estaba mal de la cabeza. Mientras aguardaban la llegada de las autoridades, el desconocido gritaba que él era Abelard Eigner, que el año era 1916, y que una terrible guerra estaba asolando toda Europa. A veces acompañaba sus alaridos con un llanto desesperado y arranques de violencia.

Se hizo eterno el tiempo de espera, hasta que la policía apareció y, cuando lo hizo, el estado de histeria del anciano y la ausencia de sentido de su discurso eran evidentes. Abelard Eigner era él, el niño, no aquel anciano vagabundo que carecía de forma alguna de identificación. Lo despacharon, sin más contemplaciones, al manicomio más cercano.

Aquel episodio no debió haber dejado más huella que un etéreo recuerdo, pero por alguna razón, la vehemencia del demente y el resto de chifladuras proferidas habían quedado marcados en su espíritu infantil. Abelard no podía dejar de pensar en ello. Era incapaz de dormir. En la oscuridad, le parecía que surgiría el loco de cada sombra. Se llevó años con un quinqué encendido durante toda la noche, soñando con el anciano que, desquiciado, gritaba «¡yo soy el verdadero Abelard Eigner!». Despertaba aterrado, a diario, y la falta de sueño y sus muchos miedos contribuyeron a que creciera enfermizo, huraño y sin amigos.

La infancia se alejaba, pero sus desasosegantes sueños no cesaron. Su padre se estaba gastando una pequeña fortuna en especialistas. Médico tras médico fracasaban en tratar su debilidad mental, hasta que uno de ellos hizo una brillante recomendación. Si huir de lo que le aterraba no funcionaba, ¿por qué no enfrentarse a sus miedos? A falta de mejor tratamiento, decidieron intentarlo. Debía localizar a aquel loco que nunca había dejado de atormentarle en sus sueños y, si seguía vivo, concertar una entrevista con él. Abelard Eigner, ahora un joven adulto, podría ver, con ojos ya maduros al que a todas luces resultaría un chiflado inofensivo. Se daría cuenta que el amenazante y desquiciado personaje de sus sueños solo era producto de su imaginación desbordada y se cercioraría de que se trataba de una persona de carne y hueso y no un ser sobrenatural. Entendería, por fin, que no había nada que temer. Para ello, lo primero era encontrarlo.

En efecto, el loco de la cueva no había muerto. Seguía ingresado, tantos años después, en el mismo manicomio al que le llevaron el mismo día del incidente. Los responsables del centro colaboraron gustosos para que aquella entrevista tuviera lugar.

Abelard esperaba encontrarse un viejo decrépito. Habían pasado varios años y era lógico que hubieran transcurrido inmisericordes para aquel hombre que, ya en la cueva, era un anciano de rostro arrugado, pelo enmarañado y barba crecida y cana, vestido con ropas sucias y gastadas. El hombre que acudió a la entrevista, sin embargo, apareció limpio, peinado y afeitado. No parecía haber envejecido un solo día desde su primer encuentro; al contrario, su aspecto pulcro y aseado le daba una apariencia más joven. Era como si el tiempo hubiera viajado en sentido inverso para él. Lo primero que hizo fue disculparse por el trauma que le había causado y del que solo había tenido conocimiento poco antes de la entrevista. A lo largo del encuentro, Abelard comprobó que el monstruo de sus pesadillas era, en realidad, una persona amable y educada. Resultaba difícil de creer que siguiera internado en aquel lugar, aunque la razón pronto se hizo obvia: a pesar de todo, el extraño seguía afirmando que su nombre era Abelard Eigner, y que había llegado allí desde 1916.

El resultado del encuentro cumplió, en parte, las expectativas que Abelard, el real, se había creado. Las pesadillas no volvieron, pero abandonó el lugar totalmente subyugado por la narración del anciano. Afirmaba que era él mismo, y que venía del futuro. Para probarlo, le describió, con pelos y señales, el hogar y familiares, incluso los lejanos, del propio Abelard ya que, según juraba, eran también los suyos. Le descubrió información que, de no ser él mismo, hubiera resultado difícil de justificar que la conociera. No todo lo que dijo era correcto, sin embargo. Se justificó diciendo que, si bien ambos eran, al fin y al cabo, la misma persona, en el caso del anciano, nunca se había encontrado, en su niñez, con un viajero proveniente del futuro. Esa misma circunstancia que les había unido había cambiado las cosas. Él nunca había tenido los problemas nerviosos que aquejaban a Abelard, y que, paradójicamente, él mismo había provocado.

Su médico, el mismo que había alentado la visita, le prohibió que volviera a verle cuando le relató cómo había transcurrido la entrevista y la impresión causada. Abelard dejó de acudir... a su médico. En cuanto al hombre que creía venir del futuro, le visitó

periódicamente, hasta su repentina muerte, en 1881. Nunca lo vio envejecer; al ingresar en el sanatorio afirmó tener sesenta y seis años pero cuando murió, no aparentaba los ochenta y un años que, oficialmente, tenía cumplidos el día de su muerte.

La vida del «Eigner viejo» se había apagado hacía más de tres décadas cuando Abelard reflexionaba sobre la mediocridad de su vida, y recordaba aquellos días en el que se reencontró con su sosias. De haber confesado en aquel momento que él también creía que ambos eran la misma persona, hubieran terminado compartiendo celda en el manicomio. No estaba loco, ninguno de los dos lo estaba; el Eigner viejo le había vaticinado la mayoría de los sucesos históricos de los años venideros. Poco antes de su fallecimiento le había relatado, de nuevo, su historia, hasta el momento en que se cruzó con la suya. Lo había hecho infinidad de veces, como quien relata un sueño que, en algún momento, se confundía con la realidad. Hubo un día, sin embargo, en el que, además de su historia, le hizo entrega de un regalo, que ahora sostenía entre sus manos.

El relato del Eigner ingresado en el manicomio solía comenzar con su vagabundear por una Austria arrasada por la guerra. La describía como un auténtico apocalipsis de millones de muertos, tiempos de hambre y sufrimiento, de miserias y crueldades. Él, como miles de sus contemporáneos, había perdido la esperanza, su casa y su familia, y erraba de aquí para allá, mendigando comida y techo a otros que tampoco lo tenían. Aquella mañana, sin saber muy bien cómo, había terminado a las puertas del *Erdmannshöhle.* Recordaba haber visitado la cueva con su familia, en un tiempo remoto que la nostalgia había convertido en el mejor de su vida. Había sido popular cuando era joven, pero en aquellos tiempos de odio y llanto, estaba desierto y abandonado. A pesar de la añoranza, nada había para él allí, tan solo recuerdos tan dulces que dolían demasiado para ser revividos. Un destello en el interior de la gruta, sin embargo, reclamó su interés y pensando que alguien había perdido algún objeto de valor, se adentró en las entrañas de la cueva. Tal vez tuviera suerte y pudiera mercadear aquel objeto a cambio de

comida. Descubrió, decepcionado, que se trataba de un espejito de mano, simple, redondo y sin adornos. Poco o nada podría sacar por aquella fruslería. Se lo guardó en el bolsillo, no obstante.

De repente, delante de él, una luz azulada, apenas mayor que la que genera una luciérnaga, apareció de la nada. No le dio tiempo a pensar nada al respecto, ni sobre la procedencia, ni sobre la propia esencia de aquel fenómeno, porque la luz comenzó a crecer, y en segundos, una bola luminosa del tamaño de un puño flotaba a la altura de sus ojos. A su alrededor todo tomaba una tonalidad añil. No pudo evitar asomarse al interior de la esfera de luz. Algo le impelía a mantener la vista en aquel azul electrizante... y de repente, sin saber cómo, las imágenes se sucedieron con una rapidez demencial. Se veía a sí mismo en distintos estadios de su vida, desde niño hasta el momento actual, y más allá, retazos de experiencias que recordaba, pero también acontecimientos que había olvidado e incluso que nunca habían sucedido. No podía reaccionar, se encontraba absorto en el carrusel de vivencias que la esfera le mostraba. Las escenas se superponían, familiares unas e imposibles otras, como si aquella luz azul revelara todas las consecuencias de una misma decisión y un árbol con las infinitas posibilidades de cada acto, a modo de ramas, se mostraran al unísono. En algún momento Eigner, abrumado, comenzó a gritar, no podía aprehender tanta información. Consiguió, no obstante, alargar la mano y asir la brillante esfera. Entonces, todo se volvió azul y perdió el conocimiento.

Abelard Eigner, al que la guerra había dejado sin familia ni amigos, arruinado y sin esperanza en los últimos años de su vida, flotaba en un sueño extraño. Había vuelto a su infancia, al día en que visitó la cueva de *Erdmannshöhle* con su padre, cuando éste aún vivía. Los sufrimientos y horrores con los que la vida se había empeñado en trabar las ruedas de su existencia todavía estaban por llegar. Al abrir los ojos, en lugar de la celeste claridad de su sueño, lo recibió la oscuridad. Escuchó unas voces, y asustado, se escondió. Desde las sombras vio llegar a un padre y su hijo, alumbrándose con faroles, admirando la belleza de la cueva, inmersos en la felicidad que él también había sentido y que, de sobra sabía, nunca más

volvería. Aquella escena, sin embargo, le remitía a un tiempo pasado. Porque aquel niño... y ese padre...

La mente de Abelard Eigner se nubló. Él era aquel niño, su padre era aquel padre. Era imposible. Debían ser unos impostores... ¿Qué pretendían?, ¿querían burlarse de él? O peor aún, ¿estaban intentando robarle su pasado? ¿Cómo era posible? Un frío estremecedor le atenazó el alma. No podía permitirlo, no podía dejar que aquellos farsantes usaran, para Dios sabía qué oscuro propósito, el único momento de su vida en que fue plenamente feliz.

Y a partir de allí, las vidas de los dos Abelard Eigners, el joven y el viejo, fluyeron en paralelo.

Fue la última vez que, como un disco rayado, el viejo le contó su historia. Le hizo entrega del regalo que ahora Abelard tenía en sus manos, el espejo que atrajo su atención antes de entrar en la gruta. Un espejo de mano, redondo y humilde, carente de valor. El propio Eigner viejo se había olvidado de él, hasta que un día, uno de los enfermeros lo dejó sobre su almohada. Al parecer había aparecido al reformar el almacén donde se guardaban las pertenencias de los pacientes. Era el único objeto que llevaba encima al ser ingresado en el sanatorio, aparte de unas ropas sucias y pestilentes que, por salubridad, fueron incineradas. Al principio, no le prestó mayor atención al espejo. Un día, por casualidad, lo abrió y descubrió que, por segunda vez en su vida, estaba ante un hecho extraordinario y sin explicación. Si la primera maravilla —su viaje desde el futuro— se había saldado con su internamiento forzoso en el manicomio, dudaba que esta segunda tuviera mejor recepción. Era mejor mantenerlo en secreto.

A escondidas, sin embargo, el hombre que había llegado de otro mundo alternativo examinaba el espejito, y éste le mostraba el futuro. Un futuro reducido, puesto que se limitaba a los muros de aquel lugar, de donde no podía, y dicha la verdad, tampoco quería salir. Así fue como un día, que no era diferente a cualquier otro, aprendió que iba a morir.

La muerte no le asustaba ya. Antes de que la brillante luz azul de *Erdmannshöhle* le transportara al pasado, se había esforzado lo indecible por alejarse de ella. Ahora no era más que una compañera

inevitable, que paciente había esperado mucho más de lo que era costumbre. Y sin embargo... ¿qué sentido había tenido todo aquello? Porque debía haberlo. No podía ser todo fruto de la casualidad. Debía haber algún designio divino, algún plan inescrutable para que él hubiera aparecido allí. Quizás sí, quizás no, lo que era indiscutible es que cada día que pasaba, se acercaba la fecha en la que el espejo le había mostrado que sus días se acabarían y el peso que acarreaba en su interior, esa falta de propósito de todo lo pasado, se incrementaba. El propio espejo, por fin, le dio la respuesta. Se vio a sí mismo regalándoselo al otro Abelard, el joven, la persona que era él y no lo era y la razón de su viaje se hizo obvia. Había cruzado las fronteras del tiempo para que el futuro que él había vivido no se repitiese. Aquel espejo debía alcanzar a su destinatario, él mismo, para que pudiera cambiar el destino de millones de personas y evitara la guerra que había asolado Europa, aquella de la que había sido víctima y testigo.

Abelard Eigner, el nuevo Abelard Eigner, el joven que le visitaba periódicamente, debía tener el espejo. Ahora sabía que era la clave. La vida le había dado una segunda oportunidad para cambiar el destino de la Humanidad.

A pesar de haber muerto treinta y cinco años antes, Abelard veía el rostro del viejo a diario, cuando se afeitaba. La misma cara que se reflejaba en el espejo era la que tres lustros antes le pedía que hiciera cuanto estuviera en su mano para cambiar el futuro. En eso, había fracasado. Tenía ahora sesenta y seis años, y la guerra había tenido lugar. La Historia se empecinaba en repetirse y, ¿por qué no iba a hacerlo? Él era un hombre solo, no podía hacer nada para cambiar el curso de los grandes acontecimientos, carecía de suficiente influencia para ello. El regalo que le hizo su *alter ego* del futuro, aquella herramienta fundamental para esculpir el devenir, no había sido suficiente. La guerra llegó, inmisericorde, arrasándolo todo a su paso. Pese a todo, creía estar en el buen camino. Porque, de nuevo el espejo, le había mostrado un rayo de esperanza.

Se encontraba en la entrada de *Erdmannshöhle*. Un destello le alertó que un artilugio olvidado esperaba por él entre las sombras.

Sonrió al comprobar que, sin explicación posible, el espejo que le regalara el Abelard viejo —qué ironía, él era ahora el viejo— y del que nunca se separaba, ya no estaba en su bolsillo. Ahora brillaba a la entrada de la gruta. Iría hasta él y una luz surgiría de la nada, una luz azul que al intentar asirla, le transportaría de vuelta a 1868.

Y podría empezar de nuevo.

9

—Disculpe que le interrumpa. —Mateo se encontraba repantingado en su silla—. ¿Me puedo reír ahora o tengo que esperar mucho aún?

—¿No me cree?

—Lo único que puedo decirle es que no me había parecido, hasta ahora, que estuviera senil. Lo había disimulado bien, le felicito.

—Y sin embargo, lo que le digo es cierto.

—Si no le he entendido mal, me está diciendo que en una cueva, un «doble» suyo encontró un «portal temporal» y viajó al pasado desde 1916...

—A grandes rasgos, sí —confirmó Eigner—. Aunque el protagonista del relato no era yo. Al menos, no era mi yo actual, exactamente.

—¿No era usted? ¿Su nombre no es Abelard Eigner?

—Es mi nombre, sí, y soy yo y no lo soy. Verá, esta translación en el tiempo se ha repetido muchas veces. Me he permitido contarle esta historia desde el punto de vista del primer viajero. O el segundo, realmente. El primero de todos, como le he contado, terminó sus días en un manicomio. No es la misma persona la que viaja una y otra vez al pasado, me temo que todos morimos, de una forma u otra, en 1881, este año, y cedemos la antorcha al siguiente, que viajará de nuevo...

—No se esfuerce, ni lo entiendo, ni creo que nada de lo que me ha contado tiene sentido. Aunque reconozco que lo del espejo me ha llamado la atención.

—Claro que le llama la atención, porque su búsqueda es lo que le ha metido a usted en este embrollo. No solo eso, además ha tenido una experiencia inexplicable con él, ¿no es cierto? En la Cámara de la Reina del Palacio de Oriente, cuando lo encontró entre las posesiones de María Cristina. Pudo ver en el reflejo cómo su compañero Taylor le atacaba, antes de que sucediera.

Mateo casi había olvidado aquel incidente. De hecho, lo había descartado de su memoria. Había asumido que lo había imaginado en un momento de tensión y nerviosismo. Existía un problema, sin embargo. No se lo había contado a nadie, por lo que era imposible que Eigner lo supiera.

—Por una vez desde que nos conocemos, le he dejado sin palabras. —Una sonrisa satisfecha surgió en el arrugado rostro del anciano.

—Cuando voy al teatro a admirar el espectáculo de un mago también me deja boquiabierto —admitió Mateo—, pero sé que hay un artificio oculto. En otras palabras, es evidente que hay un truco, aunque no sepa en qué consiste.

—Ya veo, piensa que soy un titiritero porque lo que le cuento le parece muy poco probable. Y sin embargo, acepta como un hecho cierto que su colega, el profesor Winslow viva ahora en el cuerpo de un muñeco de madera.

Aquel argumento, por mucho que le doliera aceptarlo a Mateo, era sólido y echaba por tierra el suyo. Estaba tratando a diario con sucesos imposibles, y sin embargo, seguía negándose a creer en ellos por principio. Hasta que dejaba de hacerlo.

—Verá —continuó Eigner— , se lo voy a explicar de una forma muy clara...

—¿Clara y sencilla, para que un patán como yo lo entienda?

—En efecto. Se avecina una gran guerra. Una guerra como no se ha visto nunca, donde todas las naciones estarán implicadas. Se nos vienen años de hambre y sufrimiento, habrá millones de víctimas inocentes. Lo ha oído bien, millones. No lo digo basado en suposiciones o profecías, lo sé, a ciencia cierta. Lo he vivido, no se olvide que vengo del futuro. Nuestro propósito es que eso no suceda... de nuevo.

—¿«Nuestro» propósito?, ¿utiliza el plural mayestático?

—No en el sentido que usted cree. Cuando digo «nuestro» me refiero a que no estoy yo solo en este asunto. Tengo el apoyo de un equipo de grandes científicos, estrategas, hombres y mujeres de gran inteligencia, expertos en la guerra y en la paz. Es cierto que algunos creen en la misión y otros son meros instrumentos para conseguir nuestro fin. —Eigner hizo una pausa en la que apreció la expresión de descreimiento de Mateo—. Sí, algunos no son más que el cebo en la caña de pescar, como Winslow, o Marie Poitiers. Cuando eres capaz de predecir lo que va a pasar puedes empezar a encajar las piezas del gran rompecabezas que...

—Sí, sí. En resumen, que es usted un genio, lo tiene todo planeado y, en realidad, es el bueno de la historia. Permita que apunte que me refiero a «historia» con hache minúscula.

—No sea idiota. Ya es mayorcito para saber que no existen buenos absolutos ni malos absolutos. Todos tenemos nuestras motivaciones. Y en esta «historia», como usted la califica, con hache minúscula, no hay ningún genio. Dispongo de algo que el resto no puede ni soñar, un espejo que me revela las consecuencias futuras de las acciones del presente.

—Claro que sí, aunque, si como dice es capaz de predecir lo que va a suceder, ¿cómo entonces se le escapó que Narciso Monturiol le birlaría su globo, con el que he llegado aquí?

Eigner miró a Mateo en silencio, con una sonrisa enigmática.

—Necesitaba que su amigo Monturiol dispusiera de un dirigible para que usted pudiera venir a nosotros —dijo el anciano, al fin—, pero no podía permitir que usted o él se olieran el pastel. No fue sencillo manipular a Narciso, eso es cierto, y hubo algo de suerte en todo el proceso. Lo importante es que robó el globo. Ese era el plan. Necesitaba que creyera que se había hecho con él a mi costa.

—Todo parece muy conveniente, ¿no le parece? Casi como si encontrara justificación a todo lo que ocurre, a posteriori, «Oh, sí, esto es así, es porque lo planeé yo... Todo lo que sucede o lo he vivido o me lo ha dicho el espejo...». Si fuera verdad que su espejo predice el futuro, si todo está predestinado a ocurrir tal y como lo ve en las imágenes que le muestra, ¿para qué complicarse?

Simplemente échese a dormir, de una forma u otra se cumplirá lo que le dice.

Eigner suspiró y se inclinó ligeramente sobre la mesa.

—Sigue sin entenderlo. Precisamente lo que intentamos es cambiar el futuro. El espejo nos muestra los futuros probables conforme a las acciones del presente. Ponga en pie una fila de dominó. Si tira la primera de la fila, provocará que otra también caiga y arrastre a la siguiente. El proceso continúa hasta el final, esa ficha inicial provoca un torrente de acciones interconectadas. Una ficha tira otra ficha, que tira otra ficha. Solo hay que reconstruir el proceso a la inversa. Queremos tirar esta ficha, el seis doble. ¿Qué ficha debe caer para que eso suceda? ¿Y para que caiga ésa otra? ¿Y si queremos que caigan éstas pero no éstas, qué debo hacer?

—¿En serio me quiere hacer creer que es usted una especie de arquitecto de nuestro porvenir?

—Continúa con su escepticismo. Le daré un ejemplo concreto. Cuando llegó, se bajó del dirigible y se internó en el castillo. Le preparamos el camino hasta la habitación de su compañera Poitiers. No sé si se ha dado cuenta, pero siempre elige los pasillos que están iluminados, y si hay algo a lo que no puede resisitirse es a aventurarse por un lugar prohibido. Así, como si fuera un ratón en un laberinto, le guiamos por cada cruce, cada pasillo, cada escalera. Después, sabíamos que, en lugar de quedarse en la habitación de Marie, que sería la conducta más lógica, no podría resistirse a seguirla hasta el mismo salón en el que Segundo le sorprendió.

—Como sospechaba, tiene respuestas para todo, así que dígame, ¿qué diantres pinto yo en todo esto?

—Esa es la gran pregunta. La que siempre nos hemos hecho.

—No me diga que no sabe la respuesta.

—Antes le dije que el futuro no está predestinado y me temo que, hasta cierto punto, he mentido. Hay ciertos eventos que deben suceder. Si no lo hacen, las consecuencias pueden ser funestas. Y usted, estimado Mateo, es uno de esos eventos.

—¿Yo soy un «evento»? Me han llamado muchas cosas en la vida, pero «evento», nunca.

—Es usted un hecho indiscutible. Nada de lo que hagamos tiene tanta transcendencia como lo que haga usted. O lo que no haga. En las incontables ocasiones que hemos repetido el proceso, es usted la clave. Y de verdad le digo que hemos experimentado con un número increíble de situaciones. Incluso hemos llegado a matarle.

—¿Me han matado? —dijo Mateo entre incrédulo y molesto.

—Más de una vez y las consecuencias fueron fatídicas. Le necesitamos vivo.

—No puedo decir que eso me desagrade.

—Por alguna razón, el destino le quiere sano y salvo, y en posesión de su libre albedrío. Le aconsejo que no se confíe demasiado, al fin y al cabo, siempre podemos volver a empezar.

—Realmente me cuesta mucho seguirle, Eigner.

—Entiendo que le cueste asimilarlo.

—Dice que en 1916 usted vuelve a esa cueva de la que me hablaba, encuentra un espejo, y todo vuelve al principio. ¿Y lo ocurrido entre 1868, el año al que vuelve, y 1916 se borra, como si nunca hubiera sucedido?

—A grandes rasgos, sí. El único que recuerda lo que, a ojos del resto del mundo, nunca ocurrió, es el viajero —explicó Eigner—. La Historia, con hache mayúscula esta vez, vuelve a ser un lienzo en blanco en el que tenemos que empezar a pintar.

—Si fuera así, ¿cómo sabe usted lo que ha pasado con los otros Eigners, los que viajaron al pasado antes que usted? ¿No corre el riesgo de volver a hacer lo mismo una y otra vez?

Eigner se levantó también de su sillón tras el escritorio, con cierta pesadez y una mueca de sufrimiento ante la aparente rigidez de sus articulaciones.

—Por fin hace las preguntas correctas. Sabemos todo lo que ha ocurrido, todo lo que otros Eigners han intentado porque dejamos por escrito todo lo que acontece, nuestros éxitos y nuestros fracasos, lo que intentamos y lo que desechamos, todo queda registrado y cuando «viajamos», lo hacemos con toda esa memoria escrita.

Mateo se quedó pensativo por un segundo.

—¿Qué ocurre? ¿Ha recordado algo? —le preguntó Eigner.

—Vi a alguien, aquí en el castillo, cuando estaba buscando a Marie. Estaba encerrado en una celda, leyendo un libro.

—Así es. El Eigner «joven» de esta iteración.

—El libro que leía...

—Nuestras memorias. El pormenorizado relato de nuestro paso por el tiempo. Hemos de instruirnos, hasta que el Eigner «viejo» desaparezca y tome el relevo el Eigner joven.

—El hecho de que estuviera encerrado en una celda induce a pensar que está aquí en contra de su voluntad. ¿Desde cuándo, desde 1868? ¿Qué clase de maniaco es usted?

—La clase que tiene que salvar a la Humanidad de sí misma.

—Así que ahora ha ascendido de loco con ínfulas a la Segunda Venida de Jesucristo. Gracias a Dios que le tenemos —rió Mateo despectivo.

—No se lo tome a broma. Como ya le he dicho, no soy yo el único importante, usted es una parte crucial de lo que está por llegar.

—Sí, claro, por supuesto. Se lo habrá dicho su espejo mágico.

—Me lo ha dicho, sí. Nos lo ha dicho. A todos, desde el segundo de nosotros que viajó en el tiempo —dijo Eigner con seriedad.

—Vaya, le confieso que me despierta la curiosidad. ¿Cómo aparecí en esta «conspiración intertemporal»? Espero que de perfil, soy más resultón así...

—El segundo viajero, como le he dicho, fue el primero que tuvo noticias de usted.

—Bendito sea ese segundo viajero...

—Se vio a sí mismo escribiendo su nombre, «Mateo Sanz», antes de morir.

—¿Mi nombre? —dijo Mateo, sorprendido a su pesar.

—Así es. Él no sabía quién era usted, pero esa «profecía», por llamar de alguna manera a lo que el espejo nos muestra, se cumplió. Se vio en el espejo escribiendo su nombre y, cuando llegó el momento, lo hizo. Desde entonces, ha aparecido usted en nuestras vidas, de una u otra forma. Me temo que es ya una macabra tradición escribir su nombre durante nuestros últimos momentos.

Mateo guardó silencio. No se le ocurría qué decir al respecto, ni qué significado podía tener.

—En cualquier caso, si quiere verse en el espejo, adelante...

Eigner salió de detrás del escritorio y en dos o tres zancadas se plantó delante del espejo y retiró la tela que lo cubría.

Mateo se acercó, escéptico. Había imaginado algo fastuoso y elegante, pero ante él, sin embargo, se erguía un marco de madera simple y ordinario. La luna del espejo estaba formada por pedazos recuperados por todo el mundo, y hacía difícil contemplar el propio reflejo. Aquella superficie, al fin y al cabo, no era más que un mosaico de fragmentos inconexos. Su rostro, con expresión pensativa, no se le devolvía reflejada en una única imagen, sino en cientos.

—¿Decepcionado? —preguntó Eigner —. Suele ocurrir. Espere unos instantes.

Mateo iba a soltar algún comentario mordaz, pero había algo subyugante en el espejo que le absorbía. La forma en la que la imagen se dividía en un caleidoscopio de luz le mareaba y le calmaba al mismo tiempo. Mateo alargó la mano y tocó con sus dedos el cristal. Entonces, todo cambió.

Sabía, de alguna manera, que la sala del palacio que se mostraba ahora en la superficie del espejo se encontraba en Berlín. Nunca había estado allí, sin embargo, no podía ser otro lugar. La estancia estaba vacía, excepto por el hombre vestido de uniforme que, de espaldas a él, miraba por una de las ventanas. El ruido de una puerta que se abría —¿cómo era posible que pudiera «escuchar» lo que el espejo mostraba?— provocó que el hombre se girase. Era su propio rostro, aunque revelaba el paso del tiempo. El hombre que había abierto la puerta era Eigner, más joven que el actual.

—Todo ha terminado, Inglaterra accede a las condiciones. La guerra ha terminado —dijo el Abelard del reflejo.

—Bien —respondió Mateo—. Pues vamos a cambiar el mundo.

En el espejo, Mateo volvió su atención a la ventana. La imagen sufrió un nuevo cambio, y el Mateo real supo que lo que ahora se mostraba era lo que su sosias podía ver desde aquel palacio. Una gran explanada frente a él mostraba un ejército en formación. Delante, soldados de a pie, detrás grandes artilugios mecánicos semejantes a mastodónticas arañas de metal. También pudo

distinguir, más allá, gigantes antropomorfos de hierro. El cielo estaba surcado de aeróstatos, muchos como el que había usado para llegar hasta el castillo, aunque otros eran un conglomerado de globos y plataformas conectadas, donde más tropas formaban. Los soldados, al darse cuenta de que Mateo se encontraba asomado a la ventana, rompieron en vítores y gritos de alegría.

Mateo separó su mano del espejo. Sintió un súbito mareo, y el aire se le hizo espeso. Apenas fueron unos segundos, y el espejo volvió a devolverle la caleidoscópica imagen de sí mismo.

—Eso que ha visto es 1916. Es el futuro que crearemos juntos —dijo Eigner—. Llevo toda la vida... o mejor, llevo todas mis vidas empeñado en evitar una guerra que, pase lo que pase, siempre sucede. Hay eventos que son imposible de cambiar, y ese conflicto parecía ser uno de ellos. Así que he decidido afrontar los hechos: si no puedo evitar la guerra, seré yo el que la provoque, en mis propios términos.

—Es una locura —acertó a decir Mateo al fin—. Yo nunca...

—¿Nunca colaboraría en algo así? ¿En qué? ¿En evitar el derramamiento de sangre? Crearemos un ejército tan temible, tan avanzado con respecto al resto que apenas habrá víctimas, tan obvia será su superioridad que el enemigo se dará por vencido sin intentar enfrentarse a él.

—¿Qué enemigo? Yo no tengo enemigos. No soy yo ese hombre que ha mostrado el espejo.

—Es cierto —asintió Eigner—. No lo eres, pero lo serás. Con mi ayuda te convertirás en el líder que este mundo necesita. ¿Acaso crees que es correcto que estemos en las manos de estos reyezuelos medio idiotas que nos gobiernan? ¿Por qué, solo porque son fruto del incesto? El más sanguinario de sus antepasados consiguió el poder usando la fuerza y la crueldad. Nuestros actuales reyes y nobles son sus herederos. O tal vez cree que el camino a seguir reside en estas nuevas repúblicas que surgen aquí y allá. No se engañe, en ellas lo que menos importa es el bien del pueblo, sus gobernantes, como siempre, solo piensan en la obtención del poder y la gloria.

—Diga lo que quiera, pero lea mis labios. Yo no soy ese hombre —repitió Mateo, con algo de desesperación, apuntando al espejo. Eigner no parecía escucharle.

—Tú eres la respuesta, Mateo. No te elegí yo, te ha elegido el destino. El espejo ya lo sabía, incluso cuando ninguno teníamos ni la más remota idea de quién podría ser ese «Mateo Sanz» que una y otra vez frustraba los planes de los Eigners anteriores. Ahora lo entiendo. Los frustrabas porque no eran los planes correctos. No sé la razón exacta, ni siquiera sé la pregunta adecuada, lo que sí sé es que tú eres la respuesta.

Mateo dio un paso atrás, abrumado.

—No sé qué idea te habrás hecho de mí —continuó Eigner—. Mis intenciones son puras, necesitamos salvar a la Humanidad de sí misma. Ha llegado tu hora, Mateo.

10

—Espero y supongo que eso de que ha llegado mi hora no sea una amenaza —preguntó Mateo, recuperando el aplomo.

Abelard enarcó una ceja desconcertado.

—Déjelo, da igual —continuó Mateo—. El caso es que ese hombre que hemos visto en su espejo nunca podré ser yo. Escuche, se me ha ocurrido un chiste. En algún momento nos dijeron que su espejo era, en realidad, el mítico espejo del rey Salomón. Igual en lugar del «rey Salomón» era el «príncipe Salmón». Ya sabe, un fallo de traducción.

La confusión de Eigner aumentó, mientras Mateo se reía de su juego de palabras.

—«Salmón», el pescado, en lugar de «Salomón», el rey de los judíos. ¿No le ve la gracia? Igual no la tiene, confieso que los chistes se me dan fatal. A lo que me refiero es que, en mi caso, tal vez le han dado gato por liebre. Yo soy un príncipe salmón, simplemente —aclaró el joven.

—Sigue sin comprender la situación —cortó Eigner, elevando la voz—. Le estoy mostrando una solución a los problemas que afectan

al mundo y se lo toma a broma.

—Verá, tengo la impresión de que este espejo no muestra el futuro, sino fantasías que usted toma como dogmas de fe —respondió Mateo. Hizo una teatral pausa, y remató—. ¿Le he convencido?

—¿De qué está hablando? —dijo un confuso Eigner.

—De si mi razonamiento le ha hecho ver la luz. No, ¿verdad? ¿Lo ve? He puesto toda mi alma en mostrarle lo que yo creo que es la verdad y no ha surtido efecto. A eso me refiero, ese futuro que nos ha mostrado el espejo no se puede cumplir porque en mi vida he sido capaz de persuadir a nadie de nada. Da igual los libros que estudie, los tutores que contrate o el tiempo que empeñe en ensayar los mejores discursos del mundo. El tiempo que pueda dedicar a convertirme en alguien a quien el resto toma en serio sería en balde. Y es por eso que ese hombre que hemos visto, por el que la muchedumbre siente una devoción absoluta, no soy yo, y nunca lo seré.

—Se equivoca. El mundo entero va a hacer lo que usted diga después de hoy.

—¿Me va a decir cómo va a ser eso posible, o pretende mantener la incógnita mucho más tiempo?

—Con esto —dijo Abelard, y extrajo una pequeña caja de metal del bolsillo de su chaqueta—. Tómela, seguro que ha visto muchos parecidas.

Mateo examinó la cajita. En ella se podía leer, en alemán, «*Dr. Hostetters Vital-Kraft-Pille*». Mentalmente lo tradujo como «Píldoras de Fuerza Vital del Doctor Hostetters».

—No tengo el gusto de conocer a este doctor —dijo Mateo—, aunque sí que estoy familiarizado con majaderías parecidas. Hoy en día no eres un médico como Dios manda si no le das tu nombre a algún tónico, jarabe o pastilla que haga desaparecer los dolores, aumentar las energías, rejuvenecer, o todo a la vez.

—Tiene razón, el concepto es una necedad, pero funciona. No existe el doctor Hostetters, y esos otros doctores, cuyos nombres aparecen en otros tantos elixires, no han descubierto ningún remedio milagroso. Son los mismos brebajes milagrosos que antes

vendían los charlatanes por los pueblos y ahora se publicitan en los periódicos de toda Europa. Bienvenido al progreso. Estoy con usted en esto, no creo que exista un solo tónico capaz de cumplir lo que promete. Aun así, se venden a cientos, a miles.

—Qué alivio, creía que me iba a decir que si me tomo una de esas pastillitas me convertiré en un líder de masas enfervorizadas. Y, de paso, me limpiará de impurezas el tracto intestinal.

—Es probable que lo segundo sea cierto —rió Eigner—. Pero no es lo que quería decir, no. La gente hará lo que tú les digas porque serán ellos los que se tomen las píldoras, los jarabes, los elixires... todos los tónicos con los que estamos inundando las calles de las principales ciudades.

—Abelard, está usted loco de remate. —Esta vez fue Mateo el que soltó una carcajada, mientras le devolvía la cajita de pastillas a su anfitrión.

—Cedric Berwick era mi socio en este gran proyecto. Él ha puesto gran parte del dinero, y no solo eso. Existen ciertas conexiones que él puede ofrecer, merced al noble pasado de su familia. Por ejemplo, el «tónico estomacal del doctor Miller», otro de nuestros productos, tiene el sello de proveedor oficial de la reina. Ni que decir tiene que eso nos da una ventaja sobre la competencia.

—Por supuesto, si la misma reina tiene que tomarse esa pastilla para hacer de vientre, ni que decir tiene que sus súbditos perderán el culo por ir al baño como su querida monarca —asintió Mateo, entretenido.

—Hemos ido comprando, o destruyendo si se terciaba, a todos nuestros competidores en Inglaterra, Francia, España, Italia... Incluso hemos puesto pie en el Nuevo Mundo. En los Estados Unidos de América compramos la empresa Schmid's Food and Drink Incorporated en Cincinnati, ese es el primer paso para adentrarnos en el mercado americano...

—Me alegro que le vaya bien —interrumpió Mateo—. Aunque si mal no recuerdo, mi recién adquirido tío no parece tenerme en buena estima. Dudo que haya invertido su dinero para que yo me convierta en algún tipo de figura mesiánica. Y además, ha cortado lazos con usted hace menos de una hora.

—Por supuesto que Cedric no sabe nada de esto. Él tan solo tiene interés en incrementar su fortuna, y yo necesitaba su capital. Hasta ahora, nuestros intereses viajaban de forma paralela. Y no se preocupe, Cedric Berwick hará lo que yo le diga que haga.

—En tal caso, voy a proponerle algo, Eigner. Quédese usted con su profético espejo, sus tónicos revitalizantes y sus conspiraciones apocalípticas. Permita que nos vayamos de aquí mi madre, Marie y yo, y un tal Rousse Debeule, que al parecer trabaja para usted. En fin, haga usted lo que quiera, pero sin mí. Le prometo que si nos deja en paz, no intentaré impedir lo que quiera que haya planeado. Le aseguro que no tendrá que escribir mi nombre antes de morir.

—Pero aún no le he terminado de explicarle cómo liderará, desde Berlín, la próxima gran guerra.

—¿Aún no? Vaya, lo siento, es que me estaba aburriendo. ¿No le avisó su espejo que quizás debía haber intentado que su explicación fuera más entretenida? —replicó Mateo.

—Este carácter insoportable que tiene irá cambiando con los años.

—En tal caso, dejemos esta reunión para ese momento, cuando me haya construido una personalidad más acorde con sus gustos. Discúlpeme, tengo cosas que hacer, o mejor dicho, cosas que no hacer, como no presidir esta revolución que su espejo se está sacando de la manga, por ejemplo.

Antes de que Eigner pudiera reaccionar, Mateo corrió hacia la puerta principal del despacho, la abrió e intentó salir. Segundo Cruz y dos hombres de Eigner esperaban afuera. No parecían muy sorprendidos de verlo.

—Ha tardado más de lo que esperábamos —dijo Cruz, y después hizo una señal con la cabeza a los dos esbirros. Sin que Mateo pudiera evitarlo, lo condujeron, uno de cada brazo hasta la silla vacía frente al escritorio de Eigner, donde le obligaron a tomar asiento.

—Mateo, no me haga golpearle con la culata —le amenazó Segundo cuando el joven intentó resistirse—. Nos haría sentir mal a todos, pero sobre todo, a usted.

Mateo suspiró y dejó de luchar mientras los gorilas de Eigner le ataban con correas los brazos y las piernas a su asiento. Después, le arremangaron la camisa.

—Parece que es la hora de las drogas, de nuevo. ¿Me va a volver a inyectar su famosa pócima para doblegar la voluntad? No estoy seguro de que me vaya a hacer efecto —dijo Mateo al observar cómo Segundo extraía de un bolsillo una jeringuilla.

Segundo sonrió, pasó la jeringa a uno de los matones y a continuación extrajo su revólver. Apoyó el frío cañón en la frente del joven.

—¿Le parece esto suficiente para «doblegar su voluntad»? A mí, sinceramente, me resulta más efectivo que el uso de pócimas —dijo Segundo con un tono sarcástico.

Entre tanto, el matón se arrodilló frente al joven y clavó la aguja de su jeringa en el brazo de Mateo. Le extrajo sangre hasta llenar el tambor de la jeringuilla, tras lo cual, le entregó la jeringuilla a Eigner. Abelard pasó la sangre al bote de cristal que tenía en el escritorio.

—Gracias, caballeros —dijo Eigner.

Segundo le guiñó un ojo al silencioso Mateo, volvió a enfundar el revólver, y siguió a los dos hombres a la salida. La puerta se cerró tras ellos.

—Como habrá comprobado no le hemos inyectado nada, únicamente le hemos extraído un poco de sangre —continuó Eigner rompiendo el silencio.

—¿Qué va a hacer ahora, algún rito maléfico?, ¿invocará a algún demonio del infierno? Espero que no requiera sangre inocente y pura porque tengo malas noticias para usted al respecto.

—Me alegro que no haya perdido su buen humor —dijo Eigner—. Y ya que quería usted espectáculo, le he preparado uno excepcional. Le aseguro que no se va a aburrir en absoluto.

—Podía empezar por soltarme de esta silla.

—Aún le necesito para algo más. Imagine que esto es un teatro y ese es su asiento en primera fila. O mejor dicho, que usted es la estrella del espectáculo. —La puerta se abrió de nuevo, y un hombre con barba y una bata blanca apareció empujando un carrito sobre el que transportaba una extraña máquina. Constaba de una especie de embudo, con la parte ancha dirigida hacia afuera, y en el extremo contrario, el estrecho, una aguja apoyada sobre un cilindro de cera.

Varios cables conectaban las distintas partes de la máquina con una caja de madera, en cuyo interior se adivinaban varios engranajes.

—Tiene razón, Eigner. Es un espectáculo, los payasos del circo —dijo Mateo, riéndose.

—Le presento al señor Grohl —dijo Eigner ignorándole. El recién llegado saludó moviendo la cabeza de manera imperceptible mientras colocaba su artefacto frente a Mateo—. Hasta hace poco, era uno de los mejores ingenieros de los laboratorios Volta, en Nueva York. Ahora trabaja para nosotros.

—No me extraña. Yo también sentí un indescriptible entusiasmo cuando me ofreció formar parte de su equipo.

—El aparato que tiene frente a usted sirve para grabar los sonidos. En nuestro caso, grabará su voz. —Eigner continuaba su explicación sin alterarse.

—¿Un fonógrafo?, ¿quiere que cante una canción?

—Si no deja de hacer el imbécil ordenaré a Segundo que traiga aquí a su amiga, la señorita Poitiers, y que la utilice para convencerle. ¿Entiende lo que le digo? Coincidirá conmigo en que es mejor no averiguar qué se le ocurre al señor Cruz.

Mateo por una vez guardó silencio. Grohl, como si nada de aquello fuera con él, puso en marcha la máquina y el cilindro de cera comenzó a dar vueltas. A continuación, mostró una pequeña pizarrita donde había una serie de palabras escritas con tiza.

—Lea lo que le muestre. No se preocupe, son rimas y trabalenguas inofensivos —dijo Eigner con severidad.

—Corta la carta, y coge el cajón, y a la oreja dale un jalón —leyó Mateo con desgana, en voz alta. Grohl mostró una nueva pizarra—. La caballa sin cuello calla y en la batalla del cayo su cuchillo encalla —continuó Mateo. El ingeniero mostró otra pizarra más—. Aplaude la plata al plato y le planta un zapato —dijo Mateo, para terminar.

El ingeniero detuvo la máquina y levantó el pulgar en dirección a Eigner. Tras una inclinación de cabeza de éste, con parsimonia, volvió a empujar su carrito y salió del despacho.

—¿Quién ha creado esos trabalenguas? —dijo Mateo, ya a solas con Eigner—. Son los más estúpidos que he escuchado nunca.

—Es irrelevante. Ahora, y como me temo que aún no podemos confiar en usted, Segundo nos acompañará a una sala especial. Déjeme que le diga que esperaba una actitud más madura por su parte. Es una pena que tengamos que escoltarle.

—Ciertamente, es penoso. Pero adelante, vayamos a esa sala especial, no tengo nada mejor que hacer... ¿o acaso me puedo negar? —Mateo hizo un gesto con la cabeza, señalando las ataduras que le mantenían sujeto a la silla.

La puerta del despacho se abrió y entró Segundo con los dos mismos gorilas de antes.

—Vaya, en el espectáculo de hoy ¡ración doble de payasos! —exclamó Mateo.

11

Segundo acompañaba a Mateo y Eigner. La comitiva la cerraban los dos hombres que, altos, fornidos y silenciosos, se aseguraban de que el joven Sanz no intentara escaparse. Por el camino, el ruido de la fábrica les envolvió de nuevo. Al pasar por una balaustrada, Mateo se detuvo y le dedicó toda su atención al proceso que, abajo, bullía sin descanso y que la vez anterior, cuando seguía a Marie, no pudo contemplar con tranquilidad.

Grandes hornos, alimentados de carbón que decenas de hombres metían a paladas en sus calderas, generaban cantidades ingentes de vapor para empujar los émbolos y que estos movieran los engranajes de las cintas transportadoras. A veces escapaba, a presión, en algunos lugares de la fábrica. Nubes de vapor ascendían hacia ellos, mientras que abajo, flotaba un humo negro. Subía también, además del estrépito de las máquinas, un olor agrio y desagradable, que recordaba a algo macerado durante demasiado tiempo.

—Todo lo que producimos y embotellamos, llegará a su destino muy pronto —le informó Eigner, al ver el interés con el que Mateo observaba lo que ocurría allí abajo.

Mateo no contestó, aunque no podía menos que reconocer que, lo que al principio había tomado como un caos, seguía en realidad un orden estricto y meticuloso, en el que cada persona y cada máquina tenía una labor cuyo resultado afectaba al resto de la cadena. En cualquier caso, tampoco esta vez le permitieron quedarse a contemplar lo que sucedía. Mateo continuó la marcha junto al resto, impelido por un empujón de los hombres de Eigner. Se internaron en las entrañas del castillo, y el estruendo de la fábrica dejó de oírse. Al fin, llegaron a una puerta sobre la que un letrero rezaba «Laboratorios».

—Tiene suerte de que esta exhibición que hacen en su honor no tome lugar en el laboratorio de Hanis, le aseguro que no es agradable terminar allí —le susurró Segundo. Después le guiñó el ojo y continuó como si tal cosa. Para Mateo, sin embargo, no estaba claro si bromeaba, advertía, o amenazaba. Los dos gigantones a su espalda le empujaron para que siguiera su camino.

Hanis y Grohl les esperaban. El aspecto de la alemana era terrible, parecía otra persona mucho más mayor. Frente a ella, tenía dispuesta una mesita con distintas probetas y recipientes, y una máquina pequeña cuyo propósito no adivinaba. En la base, un compartimento albergaba un pequeño motor, en cuyo interior brillaba una luz azul. El ingeniero, mientras, trasteaba con otro fonógrafo. Lo más relevante del lugar, sin embargo, se encontraba al fondo de la estancia. Allí había tres cabinas, pequeñas, de cristal, cada una con un ocupante.

—Esas tres personas que ve son nuestros voluntarios —le informó Eigner—. Antes me preguntó cómo haría para que las multitudes le sigan como a un líder, pese a su evidente ausencia de capacidad de convicción...

—Dudo haber utilizado esas palabras exactas, si le soy sincero —dijo Mateo.

—Nuestros amigos le ilustrarán y le harán ver que su falta de personalidad no será óbice para que su audiencia cumpla lo que usted les ordene.

—Una vez más, no creo haberme definido de esa manera. Pero capto la idea.

—Nuestros voluntarios tienen un trabajo fácil. —Eigner señaló a los ocupantes de las cabinas—. Básicamente, no tienen que hacer nada. Es decir, tienen instrucciones específicas de resistirse a acatar las órdenes que se les den.

—Oiga, si necesita más voluntarios así, cuente conmigo —dijo Mateo—. Se me da muy bien hacer oídos sordos. Además, he dedicado media vida a no hacer nada.

—Esos tres hombres no pueden vernos, aunque nosotros a ellos sí. Tienen ante ellos un espejo opaco para ellos, pero transparente para nosotros. Sus cabinas, además, están insonorizadas, tampoco pueden escucharnos. Aunque sí que están conectadas al fonógrafo, por lo que sí que oirán todo lo que suene a través del aparato del señor Grohl.

—O sea, que aquí el dicharachero Grohl transmitirá las órdenes que deben ser ignoradas, a las cabinas, desde su fonógrafo —repitió Mateo.

—Así, es. Es muy simple. Si ellos escuchan «Métase un dedo en la nariz», no deben hacerlo. Como ya le dije, deben ignorar cualquier orden.

—Supongo que le habrá costado seleccionar a alguien con la aptitud necesaria para tamaña complejidad. Espero que les suba el sueldo.

—La señorita Hanis le explicará el resto —dijo Eigner, cuyo gesto ya no podía ocultar que la continua interrupción de Mateo empezaba a hacerle mella.

—Ah, pero ¿es que hay más?

Eigner le dedicó una mirada funesta y Mateo sonrió complacido. No sabía muy bien de dónde había salido aquella capacidad suya para resultar inconveniente, aunque la realidad es que la disfrutaba. Segundo esbozaba su media sonrisa irónica. Casi podría asegurar que también él estaba pasándoselo bien.

—Querido Mateo, recordará sin duda la primera vez que nos vimos —dijo Hanis tomando la palabra. A pesar del empeoramiento de su aspecto físico, su voz aún sonaba joven e inocente y su

efervescente personalidad parecía haber retornado—. Aquel día le suministramos unas drogas de mi invención cuyos principales efectos consistían en la anulación de la voluntad y la pérdida de la memoria.

—Cómo olvidarlo, aunque suene paradójico.

—¿Paradójico? ¿Por qué? —preguntó Hanis, confundida.

—No se preocupe, da igual. Un chiste al respecto de olvidar la pérdida de la memoria.

—Bueno, en cualquier caso, como le decía, estos efectos eran temporales, al cabo de una hora no hubiéramos podido obligarle a hacer algo que no quisiera hacer sin suministrarle una nueva dosis.

—En realidad, su amigo Segundo tiene un método que sigue siendo persuasivo horas más tarde —dijo Mateo guiñándole un ojo a Cruz, que correspondió con un leve gesto de cabeza.

—Lo que buscamos —continuó Hanis— es una droga cuyo efecto sea permanente.

—Mi tutor, el general Serrano, diría que no hay mal que mil años dure. También que mala yerba nunca muere. Mire, esto de citar refranes al tuntún es más divertido de lo que pensaba.

—No entiendo los refranes españoles. Y tampoco me importan. —Hanis sonrió. A Mateo, los dientes amarillentos y retorcidos que mostró al hacerlo, le sorprendieron; le recordaba con una dentadura perfecta.

—Continúe, Hanis —intervino Eigner.

—Oh, sí, claro. Necesitamos un compuesto químico que sea persistente en sus efectos, a la vez que selectivo. De nada nos sirve que la voluntad de nuestro sujeto quede al arbitrio de todos. Solo debe responder a una única persona.

—En este caso, usted, Mateo —dijo Eigner.

—En efecto, alguien especial que provoque la reacción en los sujetos a los que hemos suministrado la droga. Y ahora —Hilda Hanis se volvió hacia Mateo—, veremos si es usted especial.

Eigner le tendió a Hilda un pequeño bote que Mateo reconoció al instante. Era el recipiente que contenía la muestra de sangre que le había extraído antes. Hilda lo tomó y, con un cuentagotas, dejó caer un par de gotas en uno de tres vasos que tenía en la mesa, frente a la extraña máquina. Introdujo el vaso en ella, por una tapa superior,

que volvió a cerrar. Después accionó una palanca, y el motor se puso en marcha. Comenzó a temblar, y la luz azul del motor se hizo más intensa. Unos instantes más tarde, Hanis accionó la palanca en sentido contrario y la máquina se detuvo. Abrió la tapa superior, de nuevo, y extrajo el vaso con el extraño líquido. Sin saber muy bien qué papel tenía la máquina en aquello, Mateo asumió que debía mezclar o agitar lo que le introdujeran.

—Ahora vamos llevar a cabo a un juego muy divertido —dijo Hanis—. Solo uno de los voluntarios probará el tónico con la sangre de Mateo, y tendrán que adivinar quién es. Para ello, voy a necesitar que todos cierren los ojos. Segundo, por favor, vigila que nadie haga trampa.

Mateo paseó su mirada alrededor, hasta encontrarse con la mirada de Segundo. Éste extendió su índice y su pulgar enguantados, remedando una pistola e hizo como que le disparaba. Mateo cerró los ojos.

Apenas un minuto más tarde Hilda Hanis les anunció que ya podían abrirlos.

—Creo que se lo está pasando en grande, señorita Hanis —dijo Mateo.

—No lo niego, y usted también se reirá, ya lo verá —dijo una sonriente Hanis—. Ahora, nuestros amigos beberán el tónico que les he servido, y solo escucharán lo que el señor Grohl ha preparado en su fonógrafo. Como ven, nuestros voluntarios, en la cabina, tienen con ellos algunos objetos que nos ayudarán a evaluar si nuestro experimento ha sido un éxito o no.

El sonido de una campanilla resonó en la sala, aunque nadie tenía una en sus manos. Provenía del fonógrafo, y era evidente que marcaba el inicio de aquel test. Los voluntarios, en sus cabinas, bebieron los brebajes que tenían delante.

—Levanta la mano —sonó en la habitación, proveniente de la máquina de Grohl. Mateo reconoció la voz de Eigner, no obstante. Debía estar grabada con anterioridad. Ninguno de los hombres en las cabinas obedeció.

—Les recuerdo que nuestros voluntarios únicamente pueden escuchar lo que suena en el fonógrafo —informó Hilda Hanis—. Y,

además, que deben ignorar cualquier orden.

—Cierra los ojos. —La voz que sonaba ahora era la de Hanis, a través de la trompetilla del fonógrafo y, de nuevo, nadie obedeció.

Grohl cambió un cilindro de cera con destreza, en su aparato, en apenas unos segundos.

—Aplaude —dijo el fonógrafo. Esta vez Mateo, extrañado, se reconoció a sí mismo. Dedujo que Grohl había aislado aquella palabra de las frases sin sentido que le habían obligado a leer antes, puesto que creía recordar que la palabra «aplaude» se incluía entre las que componían los trabalenguas.

De súbito, uno de los voluntarios de las cabinas —un hombre rechoncho con una incipiente calvicie y un fino bigote—, comenzó a aplaudir. Era el único de las cabinas de cristal que lo hacía.

—¿Alguien quiere tentar la suerte y adivinar quién bebió el tónico con la sangre de Mateo? —dijo Hanis.

—Coge. El. Plato —dijo el fonógrafo, de nuevo, con la voz de Mateo. La frase no sonaba natural, era obvio que, como antes, Grohl había tomado la grabación y elegido las palabras necesarias, para después unirlas y formar una frase.

El hombre de la cabina dejó de aplaudir y con rapidez tomó el plato que tenía frente a él en su mano. Los demás voluntarios seguían impávidos en sus cabinas respectivas.

—Bueno, creo que ya me ha quedado claro —dijo Mateo.

—Coge. El. Cuchillo. —Mateo se escuchó a sí mismo de nuevo. El voluntario dejó caer el plato, que se rompió en añicos al caer al suelo, y agarró el cuchillo. En las otras cabinas, el resto, seguía indolente.

—Pare esto y dénle el antídoto a este pobre hombre —pidió Mateo.

—Oh, no hay antídoto. —Hanis se volvió sonriente hacia Mateo—. Tiene usted un esclavo de por vida. Se llama Oswald, por cierto. Enhorabuena.

—Corta. La. Oreja —dijo el fonógrafo.

—¡No! —Mateo corrió hacia la cabinas,moviendo sus brazos, en el fútil intento de que el hombre de la cabina ignorara la orden que el fonógrafo le había dado.

—No le ve, Mateo. Tiene ante sí un espejo translúcido. Nosotros les vemos a ellos, sin embargo, ellos tan solo ven su propio reflejo —dijo Eigner, interveniendo al fin.

El voluntario ya no sonreía. Su mirada tenía un brillo casi ausente mientras, con una tranquilidad absoluta, se rebanaba la oreja. La sangre comenzó a manar de la herida.

—Corta... —comenzó a decir el fonógrafo.

Mateo se volvió hacia Grohl y su máquina. El ingeniero le miraba con una sonrisa cruel y le hizo una seña, con su dedo pulgar recorriendo horizontalmente su cuello. Sin pensárselo, Mateo se abalanzó sobre él y, pillándolo desprevenido, propinó una patada al fonógrafo junto a él. Éste cayó y, al estrellarse con el piso, se rompió en pedazos, desparramando sus componentes por toda la habitación. Volvió a reinar el silencio. Grohl le miraba sin perder la sonrisa ni pronunciar palabra alguna.

—¿No le ha gustado nuestro experimento? —dijo Hanis entre risas a su espalda.

En la cabina, el hombre del bigotillo sostenía su oreja en la mano, mientras la sangre seguía brotando del lado derecho de la cabeza.

—Como ve —dijo Eigner—, tenemos los medios necesarios para que hagan lo que usted diga. Nuestros productos tendrán ligeras trazas de su sangre, la suficiente para asegurarnos que, cuando sea necesario, sus órdenes sean cumplidas. Y estas serán proferidas desde altavoces instalados en nuestros aerostatos a toda la población. Mensajes grabados que reproduciremos por toda Europa, a la vez.

—¡Están locos! ¿En serio su plan es esclavizar a la población? Es usted un villano de opereta. Y por Dios, ayuden a ese hombre —suplicó Mateo gesticulando hacia la cabina y al hombre que seguía sangrando.

—¿Esclavizar a la población? Ni mucho menos. Pretendo que sean libres, tanto que se desharán de los que ahora les dirigen. Si eso no es libertad...

—No sé qué es peor, lo que se propone hacer, o que piense que es correcto y moral hacerlo.

—Ya veremos a quién le da la razón la Historia. Segundo, acompañe a Mateo a su habitación —ordenó Eigner—. Creo que necesita reflexionar sobre todo lo que ha aprendido hoy.

—¡Váyase al diablo! —replicó Mateo—. No hay nada que pensar. Utilice su propia sangre y cree un ejército de hombres sin alma si quiere, pero a mí no me haga partícipe de sus locuras.

—Oh, querido amigo, me ofende. Mi propia sangre... ¿Acaso cree que no pensé en eso? Claro que la he utilizado —dijo Eigner—. Los otros dos voluntarios tomaron un tónico aderezado con mi sangre y con la de la señorita Hanis, en lugar de la suya. Y como ha podido comprobar, nadie más se vio impelido a seguir nuestras órdenes. Solo funciona con usted.

Segundo empujó a Mateo en dirección a la salida. Por el rabillo del ojo, alcanzó a ver cómo Hilda Hanis abría el compartimento del motor de la máquina y extraía lo que parecía ser un enorme diamante celeste, grande y pesado. Le resultó familiar.

12

Mateo se asomó al balcón de la habitación en la que Segundo le había encerrado. Recientemente, había saltado de un globo aerostático a otro, en pleno vuelo, y viajado tanto tiempo sobre la cima de un aerostato que, de existir un récord, lo habría batido sin lugar a dudas. A pesar de todo, tras comprobar la altura a la que se asomaba, certificó que el vértigo seguía ahí, y no pudo evitar dos temblorosos pasos hacia atrás.

No sabía muy bien por qué seguía buscando la manera de salir de allí, al fin y al cabo, había un plan en marcha en el que solo tenía que esperar. Aun así, le era imposible dejar de explorar alternativas. Algo podía ir mal, quizás había pasado por alto algún detalle... No, no podía sucumbir al desánimo. Su plan funcionaría, estaba seguro. Si Eigner tuviera alguna sospecha, ya habría tomado medidas para impedirlo y, no solo eso, además se lo hubiera hecho saber. Los villanos con complejos mesiánicos no permiten que escape la

oportunidad de restregar a su contrincante su superioridad intelectual cuando desmontan un plan.

La habitación a la que Segundo le había llevado era sencilla, bastante más austera que la de Marie. Una cama, una mesa y una silla. No hacía falta más. Lo cierto es que no pensaba quedarse mucho tiempo. Se tumbó en la cama, para reposar unos minutos tan solo; antes de darse cuenta sucumbía en las redes de Morfeo.

Despertó cuando, en algún reloj del castillo, daban la medianoche. Maldijo entre dientes por quedarse dormido. Faltaban apenas cinco minutos. El primero de ellos fue eterno, y los otros cuatro pasaron con lentitud cada vez más irritante. Los empleó, principalmente, en atormentarse con la certeza de que todo iría mal.

A la hora prefijada, sin embargo, el alboroto, fuera de su habitación le confirmó que su plan ya estaba en marcha. Cuando, un poco más tarde, su puerta fue arrancada de sus goznes, no pudo más que maravillarse.

13

Un par de horas antes, en la habitación del *spirophore*...

—Lo sé. —Su mirada le siguió mientras Mateo abría la puerta y, tras comprobar que no había nadie en el pasillo, salía de la habitación.

Una vez afuera, Mateo se palpó el bolsillo y por un momento temió haberla perdido, o peor todavía, que se hubiera roto en pedazos. Dejó escapar un suspiro de alivio al encontrar aún intacta la minúscula botellita que fray Ángel le había confiado, y que contenía el agua bendecida por algún papa cuyo nombre había olvidado.

La extrajo, y tras abrirla se mojó los dedos en el agua bendita. Después, los pasó por la puerta mientras recitaba una bendición en latín. Esperaba que funcionara; su latín estaba un poco oxidado y era aquella la primera vez que bendecía algo en toda su vida. A continuación, extrajo el papel con la bula papal que otorgaba la

licencia para un oratorio privado, también proporcionada por el hermano Ángel, y volvió a entrar.

—Disculpe, aquí estoy otra vez —dijo Mateo a la mujer que, desde su *spirophore*, le miraba perpleja, con los ojos muy abiertos—. ¿No tendrá algo con lo que pueda escribir, verdad?

—Como ve, me resulta un poco complicado empuñar papel y pluma, pero sírvase de mirar alrededor. Suelo dictar mis cartas, en algún sitio habrán dejado los utensilios necesarios para tomar nota.

Mateo asintió. No había mucho mobiliario en la habitación, sin embargo, dentro de un gran armario disimulado en la pared, repleto de vestidos nunca usados, encontró también unos cajones, y en ellos halló, al fin, papel de carta y una estilográfica.

—Tan solo tengo que añadir aquí de qué habitación se trata, y esto quedará convertido en un oratorio particular —explicó Mateo mostrándole la bula papal a la dueña de la habitación—. Desde luego, este proceso tiene tantas irregularidades, que no le extrañe que de ésta, nos excomulguen.

—No sé de qué me está hablando —dijo la mujer del *spirophore*.

—Se supone que tengo que describir este sitio con exactitud, qué alberga, hacia dónde se orienta, y muchos otros detalles, pero no tenemos mucho tiempo, así que simplemente escribiré «la habitación de Bárbara Berwick», ¿qué le parece? Al fin y al cabo, si Dios es todopoderoso, seguro que con esta pista la encuentra.

—Espera... ¿Sabes quién soy?

—Claro, mamá —dijo Mateo. Terminó de rellenar la bula, y se la guardó después en el bolsillo.

Al tiempo que los ojos de Bárbara se llenaban de lágrimas, Mateo se arrodillaba y juntaba su cara con la de ella.

—Tenía que asegurarme de que lo que hablamos quede entre nosotros —dijo Mateo con ternura—. Según he aprendido, el espejo de Eigner no ve nada en lugares sagrados. Ahora, por mediación de algún papa empeñado en sufragar las Cruzadas o alguna otra empresa divina, esta habitación es una capilla privada. Bendito fray Ángel.

—Ya me había resignado a no volverte a ver —sollozó Bárbara.

—Yo creía haberte olvidado pero, a pesar de todo, siempre has estado conmigo.

—Hay tantas cosas que me gustaría contarte, y tantas que necesito que me cuentes... Hubo un tiempo que no hubiera deseado otra cosa que estar contigo, ahora ya es tarde, Eigner no planea nada bueno. No tenías que haber venido, es peligroso para ti.

Mateo besó la mejilla de su madre y no pudo evitar que una lágrima también rodara por su mejilla.

—Lo único que importa es sacarte de aquí. A ti y a Marie. Oh, y a Debeule, se lo prometí al profesor.

—¿Cuál es el plan?

—Pues... la verdad es que...

—¿No has pensado en nada? —rió Bárbara.

—Ya improvisaremos. En tu estado actual no puedes salir de aquí, pero antes me habías dicho que tenías un modelito más manejable que este «traje» que llevas ahora —dijo Mateo palmeando el armazón de hierro del *spirophore*.

14

De vuelta al presente...

Algo pesado, de metal, golpeaba en el suelo, afuera de la habitación, como si fueran pasos de un gigante con zapatos de hierro. El ruido se iba aproximando, poco a poco, hasta que lo que fuera que lo producía se detuvo al otro lado de la puerta cerrada.

—Mateo, ¿estás ahí? —dijo una voz. El joven reconoció a su madre al instante.

—Sí, aquí estoy. Estoy encerrado, no tengo la llave.

—Apártate.

Mateo dio un par de pasos hacia atrás; un segundo después, la puerta saltaba en pedazos. Las astillas volaron por toda la habitación.

En el hueco apareció su madre. En la carta en posesión de fray Ángel, Segundo había descrito el *spirophore* movible que su madre usó para salir de su habitación. Lo que tenía frente a él se ajustaba

fielmente a aquella descripción. La única parte visible de la anatomía de Bárbara seguía siendo su cabeza, pero ahora, al menos, no estaba tumbada, sino que su cuerpo, enclaustrado en un cilindro de hierro, se encontraba erguido. Seis patas articuladas, como las de una araña, en la base, le permitían trasladarse, y a modo de brazos tenía dos apéndices mecánicos terminados en tenazas. Su altura total, de más de dos metros, implicaba que Mateo, para hablar con ella, tuviera que levantar la cabeza. En el interior, de aquel cuerpo mecánico, un motor de combustión ronroneaba sin descanso.

—Me he convertido en un engendro, lo sé —dijo Bárbara con la voz quebrada, al verse examinada por los ojos de su hijo—. Pero solo así podía salir de mi habitación.

—Lo único que veo es a una mujer poderosa. Has destrozado la puerta como si fuera de papel.

Bárbara se limitó a esbozar una sonrisa tímida.

—No controlo bien la fuerza de esto, y por más que quiera ir en silencio, este «traje» no es muy discreto, y termino armando más escándalo del necesario. Hay que darse prisa, me temo que ya andarán detrás nuestra.

—Antes tenemos que buscar a Marie. Y a Debeule, aunque dado que no tengo ni idea dónde estará éste, centrémonos en la señorita Poitiers. No podemos irnos sin ella.

—Abre el camino, entonces.

Mateo asintió y emprendió la carrera, seguido por los pasos torpes, aunque poderosos de su madre. Se encontraban en el mismo largo pasillo en el que su compañera tenía su habitación. Al llegar al cuarto de su compañera, intentó girar el pomo de la puerta, sin éxito.

Un tremendo crujido les sobresaltó a ambos. El suelo y las paredes temblaron.

—¿Qué habrá sido eso? —preguntó Mateo, alarmado.

—Puede que yo tenga algo que ver —dijo tímidamente su madre. Un ligero rubor tiñó sus mejillas.

—¿Qué has hecho, mamá?

—¿Recuerdas los vestidos que tenía aún en mi armario y que jamás podré lucir? —dijo Bárbara.

Mateo asintió, sin saber a qué venía aquello.

—El *spirophore*, en el que he pasado la última parte de mi vida, funciona gracias al vapor que recibe a través de tuberías que recorren todo el castillo. Lo he dejado en marcha y he introducido, a la fuerza, esos malditos vestidos por esos conductos, hasta quedar atascados. Supongo que lo que hemos escuchado tendrá algo que ver. Al bloquear la tubería de mi habitación, por algún lugar tendrá que salir el vapor y una vez que una tubería estalle, la reacción continuará en cadena —dijo Bárbara, con una mezcla de vergüenza, rabia y orgullo en su voz.

—Pues si es así, bien hecho —dijo Mateo. Después, se volvió hacia la puerta y comenzó a golpearla.

—¡Marie, abra! ¡Tenemos que escapar de aquí!

No hubo respuesta.

—Hazte a un lado —dijo Bárbara.

Mateo se apartó. Una de las tenazas de Bárbara golpeó la puerta con una violencia desproporcionada. La puerta, arrancada de sus goznes, salió despedida hacia el interior.

—¡Marie! ¿Estás bien? —gritó Mateo con preocupación. La habitación, aunque destrozada por el impacto de la puerta, estaba desierta. Sus cosas seguían allí, pero Poitiers se encontraba ausente.

—Lo siento, ya te dije que es difícil controlar este artilugio —se disculpó Bárbara por el desastre causado.

—No te preocupes, Marie no está aquí. No sé dónde puede estar.

—Quizás pueda ayudarte si me explicas qué sucedió desde que dejaste mi cuarto.

—Pues... básicamente, Eigner me desveló que la señorita Poitiers ha estado jugando a todas las bandas, que mi tío, es decir, tu hermano Cedric, está muy interesado en hacerme desaparecer...

—Siempre fue una sabandija —apuntó Bárbara.

—... y Eigner me explicó sus fantasiosos planes para dominar el mundo.

Una explosión en algún lugar del castillo sacudió el suelo de nuevo, y Mateo a punto estuvo de caer; no así Bárbara que apenas acusó el temblor. Mateo aún dudaba qué hacer cuando, del fondo del pasillo, vieron aproximarse un grupo de hombres. Como todos

los que Eigner contrataba para la seguridad del castillo, eran grandes y rudos, sin muchas luces y menos escrúpulos. Iban armados y con ellos, sin embargo, no andaba Segundo Cruz. A la zaga, les acompañaba Isabella Saint-Clare.

—Veo que han salido de sus cuartos respectivos —les gritó Isabella antes de llegar hasta ellos, haciéndose oír a pesar de la distancia—. El señor Eigner quería asegurarse de que te encontrabas bien, Mateo. Dados los problemas en nuestras instalaciones, es mejor llevarlos a un lugar seguro. O al menos a ti, Mateo. Lo cierto es que no esperaba verte en... esta compañía. —La mirada de Isabella resbaló, helada, por la envoltura mecánica de Bárbara.

—¿Y ésta quién es? —preguntó Bárbara en voz baja.

—Hubo un tiempo que pensé que era un ángel. Al parecer no se diferencian mucho de los diablos —dijo Mateo.

—Entiendo. Es muy guapa, eso hay que reconocerlo —dijo Bárbara.

—Cuando se cansen de cuchichear, hagan el favor de seguirnos. Les llevaremos a un lugar seguro —ordenó Isabella. Sus hombres les observaban con caras serias y amenazantes.

—El único lugar seguro es fuera del alcance de su jefe. Pero ya que están aquí quizás alguno de ustedes pueda ayudarme. Necesito saber dónde está Marie. Y si no lo saben, les ruego que se aparten de nuestro camino... o que se atengan a las consecuencias —dijo Mateo.

—No eres muy creíble amenazando, Mateo —rió Isabella—. Y ahora, ven con nosotros por tu propio pie, o haré que disparen sobre ti y sobre esa... cosa.

—¿Me ha llamado «cosa»? —preguntó Bárbara a Mateo, aún en voz baja.

—La excelencia de su vocabulario nunca fue su mejor virtud —reconoció el joven.

—Me alegro de que lo vuestro no haya fructificado, me hubiera importunado tenerla como nuera.

Mateo asintió. Isabella seguía manteniendo una belleza y un encanto que en nada envidiaba a su anterior encarnación como

Marie Fiennes. No obstante, si ella ya no era la de antes, él tampoco era el Mateo Sanz del pasado, aunque fuera tan reciente.

—¿Dónde está Marie? —requirió, de nuevo Mateo.

—Olvídate de tu amiga. Eigner se la ha cedido a Hanis —dijo Isabella. Había un brillo de crueldad en su mirada y un retintín de regocijo en su tono.

—El laboratorio de la alemana está en el piso de arriba —le susurró Bárbara a su hijo—. No podía salir de mi habitación, pero me sé de memoria el plano del castillo. En algo tenía que entretenerme.

—Pues vayamos a hacer una visita a Hilda Hanis —respondió Mateo, también a media voz.

—Me temo que las escaleras que tenemos que tomar son demasiado estrechas para mí, tendrás que ir solo. Ve atrás por este pasillo, y en cuanto veas unos escalones que suben, tómalos. Entretanto, yo me ocuparé de este... obstáculo.

—¿Estás segura? —dudó Mateo.

—Ya está bien de cháchara —interrumpió Isabella que, con sus hombres, ya había llegado a su altura—. Vengan con nosotros, se lo digo por última vez.

—Eigner te necesita vivo, a ti no te dispararán —dijo Bárbara, ignorando las palabras de Saint-Clare—. Yo estoy recubierta de hierro forjado, aunque abran fuego, no me dañarán. Además, tengo que darle una lección a esa mojigata, así que... sí estoy segura. No te preocupes, te encontraré.

—Te quiero, mamá —dijo Mateo, dándose la vuelta y emprendiendo la carrera.

—¡Alto! —gritó Isabella con rabia. Como si fuera una orden, sus hombres comenzaron a disparar.

Mateo continuó corriendo. A su espalda, escuchaba las balas rebotando en el acorazado embalaje que envolvía a Bárbara. Entre el estruendo de los disparos reconoció el chirriar de sus goznes, cuando la señora Berwick se lanzó al ataque.

Al llegar a las escaleras, Mateo volvió la vista atrás. Tres hombres yacían en el suelo, y Bárbara sostenía en el aire a un cuarto. Lo arrojó contra la pared sin esfuerzo aparente. El resto disparaba sobre Bárbara cuando y como podían; las balas o bien rebotaban,

haciendo saltar chispas y chasquidos metálicos, o bien se aplastaban al impactar contra el pulmón de hierro móvil. Isabella, detrás de sus hombres, impartía órdenes a sus subordinados, pero era ignorada en el fragor de la batalla.

—Mamá tiene razón, Margerie, o Isabella, o como te llames ahora, me temo que lo nuestro no hubiera funcionado —musitó Mateo antes de desaparecer por las escaleras.

15

Desde el piso de arriba apenas llegaba el rumor de la trifulca en la que Mateo había dejado a su madre. Sin embargo, a cada poco, una serie de explosiones, en otros niveles del castillo, hacía que todo temblara. Sirenas, campanas y otros tipos de alarmas sonaban por todas partes. Hombres y mujeres, con batas blancas, y sin ellas, corrían asustados por las escaleras y los pasillos. Según Bárbara, el castillo estaba repleto de conductos ocultos por el que se transportaba el vapor a presión, podía ser la explicación a la niebla con los que se encontraba conforme avanzaba por aquel escenario en caos. Alguna tubería escondida debía haber reventado, y por algún lugar escapaba el vapor, contribuyendo a la confusión y al desconcierto.

En realidad, nadie le prestaba atención. Se había cruzado con varios científicos —o eso asumió que eran— que, desconfiados, cargaban con cuadernos y papeles, protegiéndolos como si de sus propios hijos se trataran. Aquellos hombres salvaguardaban los frutos de su trabajo con un fervor superior al de un mero asalariado. Quizás Eigner tenía razón y muchos de los que trabajaban para él lo hacían cómplices de su mismo entusiasmo, y creían en su visión del porvenir.

Su madre le había suministrado las instrucciones correctas. En efecto, los laboratorios se encontraban en aquel pasillo, aunque estaban casi todos desiertos. Era de esperar, dada la hora y las circunstancias, aquellas explosiones no solo no invitaban a trabajar sino que habrían causado una desbandada general. Al fondo, sin

embargo, aunque la puerta permanecía cerrada, una luz se filtraba bajo la puerta. Un letrero advertía «Prohibido el paso a todo el personal». Mateo sonrió. Por supuesto que iba a entrar allí.

Abrió la puerta con cautela. Daba a un largo corredor, al final del cual se adivinaba una sala. El pasillo se encontraba iluminado por una serie de bombillas, cuya luz amarillenta iba y venía; alguna conexión debía haberse dañado con las explosiones. Además, se encontraba flanqueado a uno y otro lado de celdas. Un olor nauseabundo flotaba en el aire. Mateo se adentró, maldiciendo. ¿Qué clase de tarado dispone semejante galería en el acceso a su lugar de trabajo?

La puerta de barrotes de la primera celda estaba abierta de par en par. En su interior alcanzó a ver el armazón de un camastro, pero no había nada más. Mateo continuó, sin detenerse. No había sido tan desagradable como había supuesto. Aunque bien pensado, seguro que iba a peor. No tardó en confirmarlo. En la segunda celda distinguió, a la luz intermitente de las bombillas del pasillo, un orangután, inmóvil, rasurado y encadenado a una camilla. Su cabeza estaba girada hacia él y sus ojos le miraban sin vida. Varias vías colgaban del brazo del animal. Estaba muerto, sin duda, y quizás no hacía tanto. Debía darse prisa, quizás Marie Poitiers se encontrara sujeta a algún terrible experimento como el que había acabado con el animal.

En la siguiente celda, el olor a descomposición era más fuerte. El hombre al que habían encerrado allí hacía tiempo que había expirado. Su cadáver, sujeto con correas a una silla, tenía un color casi grisáceo. Llevaba el torso desnudo y sus ojos abiertos contemplaban para siempre el infinito. Su nariz y boca se hallaban ocultas por una máscara de la que pendía un largo tubo flexible, que se perdía en la oscuridad de la estancia. Mateo dedujo que al pobre desdichado le habían suministrado algún tipo de gas por dicho tubo.

Un movimiento, a su espalda, en el lado opuesto del pasillo, le hizo girarse, sobresaltado. La celda también estaba a oscuras, y la única luz provenía de la bombilla titubeante del pasillo. La puerta estaba cerrada y no cedió a su empuje. En el fondo, estaba agradecido, hubiera preferido que le cortaran un brazo que entrar

allí. En un rincón, lo que parecía un montón de trapos, se estremeció.

—¿Hay alguien ahí? —susurró Mateo, acercando su cara a los barrotes, temeroso de alertar a alguien en la sala del final del pasillo, donde con tanto sigilo pretendía acercarse.

Un débil gemido fue todo lo que obtuvo por respuesta. En aquel instante, una explosión, lejana, pero potente, provocó que se apagaran las bombillas. El pasillo y todo a su alrededor se sumió en la oscuridad. La luz no tardó en volver, y al hacerlo, una cara asomaba en el bulto que había confundido con un montón trapos. A pesar de la distancia y la penumbra distinguió aquel rostro. Habían coincidido, frente a frente en el tren entre Madrid y Zaragoza. Segundo Cruz le había presentado como Farbig; era el hombre que había intentado atentar contra él y el resto del Equipo Especial utilizando su flauta para lanzar sobre ellos las ratas de los túneles subterráneos.

El hombre extraño y siniestro que había conocido en el tren le miraba aterrorizado desde el rincón de su celda. Sus ojos eran rojos ahora, y un vello fino y grisáceo, en el que no reparó cuando lo conoció, le cubría parte de la cara. Cuando abrió la boca, Mateo solo pudo ver sus incisivos, como si hubiera perdido el resto de los dientes. Un sonido gutural, que acaso pretendía ser algún ruego o alguna palabra, era el único sonido que fue capaz de generar.

—Dios mío, ¿quién le ha hecho esto? —musitó Mateo, horrorizado.

Farbig levantó una mano temblorosa y extendió su dedo índice, esquelético, terminado en una uña larga y rota. Apuntaba a un lugar a la espalda de Mateo. Un manojo de llaves colgaba de una argolla, más allá del alcance de los que tuvieran la desgracia de encontrarse dentro de aquella celda. Sin dudarlo, Mateo se hizo con las llaves, e introdujo la primera en el ojo de la cerradura, ante la mirada ansiosa del prisionero. No giraba. Intentó una segunda, y antes de comprobar si era la correcta, un grito desgarrador, más allá del corredor, en la sala, le detuvo. Creyó reconocer que era Marie quien había gritado.

—Me temo que no puedo entretenerme, aquí tiene, inténtelo usted —dijo Mateo, arrojando el manojo de llaves a Farbig. Una

mano huesuda salió veloz del manojo de trapos, y lo atrapó antes de que Mateo se diera la vuelta y se dirigiera al lugar de donde provenían las voces.

El piso tembló, de nuevo, con una nueva explosión. Lo que quiera que estaba ocurriendo en el castillo, estaba yendo a peor, aquel lugar no tardaría en venirse abajo. Antes de salir del corredor y adentrarse en la sala, Mateo se aventuró a echar un vistazo. Pese a la urgencia, debía mantener la sangre fría y actuar con cautela.

Hanis, encorvada —recordaba a una bruja de cuento para niños—, se encontraba de espaldas a él. Marie, desnuda, salvo por su ropa interior, estaba sujeta con correas por cuello, muñecas y tobillos al interior de lo que parecía ser una extraña versión de la doncella de hierro, el famoso instrumento de tortura de la Inquisición. En la parte donde estaba maniatada no disponía de clavos, pero la puerta que debía cerrarse sobre ella estaba tachonada de agujas hipodérmicas de gran tamaño. Al empujar la puerta, se clavarían sobre la persona que tuviera la desgracia de estar en el interior del artefacto. Diversas sondas, ligadas a las agujas, estaban allí dispuestas para recoger los fluidos del huésped de aquel maquiavélico instrumento. Terminaban en un recipiente similar al artilugio que Mateo ya había visto con anterioridad: aquel en el que se mezcló su sangre con los líquidos que les dieron a beber a los voluntarios en las cabinas, en el experimento en el que un hombre terminó con una oreja menos. Un fulgor azul escapaba de allí. El mismo color y el mismo brillo que había advertido en aquella otra ocasión.

—Veo que ya se ha despertado —dijo Hanis a una Marie que luchaba por liberarse—. Hubiera sido una pena que estuviera dormida durante todo el proceso

—Si se me acerca, juro que la mataré —gritó la francesa.

—No creo. Cuando terminemos la que será un cadáver será usted, querida, si tiene suerte —rió Hanis—. Pero me complace ver que esté tan llena de vitalidad, es justo lo que necesito. Hubo un tiempo que yo también era joven y llena de energía. Me duraba decenas de años. Ahora, en pocos meses, necesito una pequeña ayuda. Y por eso está usted aquí. Si le sirve de consuelo, creo que esta vez será

la definitiva. No me hará falta más ayuda. Por fin, juventud eterna, ¿qué le parece?

Marie forcejeó inútilmente; las correas no cedieron. Mateo aprovechó para acercarse, con sigilo, aprovechando que Hilda seguía de espaldas, su atención fija en su compañera. Le separaban unos diez metros. Podía haber corrido hasta ella y reducir a la alemana, en su actual estado físico no tendría problema en lograrlo, pero dudaba que llegara a tiempo de evitar que cerrase el artefacto sobre su amiga si la alemana se percataba de su presencia. Su mirada se cruzó con la de Marie, que detuvo su forcejeo, sorprendida. Mateo se llevó un dedo a los labios. Hanis tenía la mano en la puerta de su especial doncella de hierro, lista para sellar el destino de Poitiers.

—Espere, espere —suplicó Marie—. Tengo algo que le interesa, algo de suma importancia.

—Si es dinero, lo siento mucho. No me interesa —dijo Hanis, sin prestar atención.

—No, no. Es... algo sobre Segundo.

Hanis sonrió. Uno de sus dientes se soltó de su boca y cayó al suelo.

—Segundo... ¿a quién le importa ya Segundo? Hasta hace poco hubiera dado la vida por él, pero el barón me ha abierto los ojos. Segundo me ha utilizado todo este tiempo. Nunca me ha querido. Fue él, el barón Eigner, el que le obligaba a estar conmigo. Me lo ha desvelado hoy mismo. Pero no se preocupe. No sería extraño que Segundo enferme repentinamente. Quizás una enfermedad desconocida y cruel, que pronto le lleve a una muerte entre horribles espasmos. A partir de ahora centraré mi interés en su compañero, Mateo. ¿Qué le parece, señorita Poitiers? Un hombre más joven sería más apropriado, al fin y al cabo, yo también lo seré.

Trasladarse con lentitud y en silencio suponía, para Mateo, un terrible esfuerzo de contención. Todo su cuerpo le pedía que se diera prisa, pero Hilda seguía sosteniendo la puerta de aquel terrible sarcófago en el que pretendía encerrar a Marie. Necesitaba dar un paso más, si quería tener alguna oportunidad para impedirlo.

—Vaya, vaya, ¿es eso cierto, Hilda querida? —dijo la voz de Segundo a su espalda.

Hanis se volvió, y Mateo, sorprendido y sin pensárselo, tiró de ella, y la atrapó antes de que dejara caer la puerta que sostenía. Le hizo girar y la sujetó por el cuello con su antebrazo, usándola de escudo entre él y Segundo. Éste sostenía su revólver en su enguantada mano, con su habitual desgana, sin siquiera molestarse en apuntar a nadie.

—¿Qué cree que está haciendo, Mateo? —preguntó Segundo.

—No se acerque o la mato —dijo Mateo.

La risa de Segundo se hizo aun más sonora.

—¿En serio?, ¿con qué?, ¿la va a asfixiar? ¿Alguien puede creerse que Mateo Sanz va a hacer daño a una pobre vieja indefensa?

—Esta «vieja indefensa» pretendía...

—Sí, sí... Quería extraer el jugo vital o cualquier otra estúpida denominación que se haya inventado, de su querida amiga, la señorita Poitiers. Es normal, aquí donde la ve, Hilda necesita un pequeño «empujón», una «ayudita» de vez en cuando. Al fin y al cabo tiene... ¿cuántos años, querida? ¿Doscientos?, ¿trescientos?

—Ciento veinte —dijo Hanis, aún presa de Mateo.

—Puede parecer una mujer inconsecuente —continuó Segundo—. Pero aquí donde la ve, es un auténtico genio. Hace tiempo que descubrió el secreto para mantenerse joven. Consiste en hacerse con la vitalidad o juventud o... lo que sea, de otro ser humano. Cuanto más joven, hermoso y enérgico, mejor. Es un feo vicio que hasta ahora le ha funcionado.

—Le he dicho que no se acerque —protestó Mateo. Segundo seguía aproximándose, paso a paso, sin mucha prisa. El frágil cuerpo de la avejentada alemana se estremecía, su espalda pegada a él. Como un animal, pequeño y aterrorizado... Mateo dejó escapar un suspiro. No se iba a cubrir con alguien más débil que él. Ese acto no le correspondía. Relajó sus músculos y soltó a Hilda. Ésta cayó al suelo, mientras Segundo dejaba ver sus dientes en una sonrisa burlona.

—En pocas horas, es la segunda vez que te han utilizado de rehén, Hilda. Deberías empezar a tener un poco más de cuidado —dijo Segundo.

—Lo que he dicho antes no era cierto, Segundo. Yo solo te quiero a ti. Déjame que prepare mi poción y recobre mi apariencia normal. La que a ti te gusta —dijo Hilda.

—Oh, no te molestes, si en el fondo tienes razón, querida, no sé apreciarte —prosiguió Segundo—. Hace tiempo que no sé cómo hacerlo. —Se dirigió a Mateo, cambiando su tono—. ¿Piensa dejar así a su amiga?

Mateo, sobresaltado, se volvió hacia Marie, que le observaba muy seria. Tardaría una eternidad en liberarla de aquella máquina. Apartó la vista y miró alrededor. En los estantes había toda clase de objetos, incluyendo varios botes de formol, uno con un par de ojos, otro con un cerebro; también había pipetas, tenazas, y al fin, un bisturí. Lo tomó y, volviendo a Marie, cortó las correas.

—Se ha tomado su tiempo —dijo Marie, en voz baja, muy seria.

—De nada.

Marie le dedicó una mirada en la que cabían varias posibles interpretaciones y en la que el asesinato no podía descartarse.

—Y no se preocupe, no me he fijado en nada, ni siquiera en esa marca de nacimiento que tiene cerca del ombligo —añadió Mateo en un susurro, despojándose de su chaqueta y ofreciéndosela a su compañera.

Una nueva explosión hizo temblar los viales y probetas del laboratorio.

—Y ahora me llevará a presencia de su jefe, ¿no es así? —dijo Mateo, volviéndose hacia Segundo.

—Oh, no, Mateo. Ahora haga lo que le dé la gana. En realidad, hemos coincidido por casualidad, solo venía a despedirme de la señorita Hanis.

Mateo le miró desconcertado.

—Bueno, a quién quiero engañar. En realidad venía a por algo que la señorita Hanis ha tomado prestado —añadió Segundo. Caminó hasta el recipiente en el que se hubiera recogido la sangre de Marie, de haberse cerrado la tapa del artefacto donde había estado atrapada. Al abrirlo, el brillo azul se hizo un poco más intenso. Introdujo la mano y extrajo de allí un enorme diamante azul. Estaba seguro de que era, también, el objeto que Winslow devolvió a

Saracino en las catacumbas de San Simeón Piccolo y, efectivamente, el que brillaba en la máquina del experimento con los elixires y su sangre.

—Segundo, tiene que ayudarnos a escapar de aquí. Si no es por mí, hágalo por la amistad que tenía con mi madre —imploró Mateo.

El portorriqueño le miró extrañado.

—¿Con Bárbara Berwick? La última vez que la vi fue hace quince años, desde la torre del Alcázar de Toledo. Ella estaba abajo y, si le soy sincero, nunca creí que saliera de aquella. Sé que está en el castillo, pero Eigner nos ha mantenido separados, me prohibió acercarme a ella. Nunca hemos intercambiado una sola palabra.

Otro estallido, esta vez bastante más cercano, volvió a hacer estremecerse todo el castillo.

—¿Ha escuchado esa explosión? —continuó Segundo—. Hay decenas de explosivos por todas partes, este castillo volará por los aires en breve. Será mejor que se larguen de aquí lo antes posible.

—¿Explosivos? Creía que toda esta destrucción la puso en marcha mi madre —dijo un confundido Mateo.

—Lamento decepcionarle. —Segundo le miraba con curiosidad, como si no fuera capaz de juzgar si lo que Mateo había dicho era una broma o no.

—¿Por qué hace esto? —intervino Marie.

—Era hora de cambiar de jefe. —Segundo sonrió enigmáticamente y se movió a un lado. Dejó ver la silueta de un hombre, casi oculta por las sombras, que avanzaba con parsimonia por el pasillo flanqueado de celdas, hasta el laboratorio. Al llegar, la luz, más intensa allí, permitió descubrir su identidad. Era el hombre que Mateo había encontrado leyendo en una celda, al llegar al castillo.

—El Eigner joven, genial. Jünger creo que se llama. ¿Alguna otra sorpresa nos aguarda o ya se terminan? —exclamó Mateo.

—¿El Eigner joven? —dijo Jünger con una media sonrisa—. Segundo me había informado que era usted un tanto irreverente, Mateo. Y veo que, además, sabe más de lo que parece. Creo que podríamos haber hecho buenas migas.

—Nunca es tarde, y para empezar nuestra amistad con buen pie, podría revelarnos cuáles son sus intenciones —dijo Mateo—. La mía,

ya le adelanto, es salir de aquí con la señorita Poitiers y con mi madre. Sanos y salvos, si se me permite el cliché. Oh, y con el señor Debeule, al que todavía tengo que localizar.

—No tiene pérdida, está aquí con nosotros —dijo Segundo, sonriente—. De hecho nos está mirando ahora mismo.

Segundo sacó a Mateo de su desconcierto señalando con el cañón de su pistola el bote de formol, en el que flotaban el par de ojos.

—Es lo que queda de él. Eigner le perdió el aprecio después de que ayudara a su amigo, el profesor Winslow, a escapar —dijo Cruz.

—Me temo que no puedo cumplir mi promesa, entonces —admitió Mateo.

—Admirable, ¿y qué hay del señor Berwick, el hermano de Bárbara?, ¿no pretende ayudarle a escapar? —inquirió Jünger.

Mateo suspiró. Se había olvidado de él. No le debía nada a aquel hombre, pero no podía dejarlo allí, visto cómo terminaban los que se ponían en el camino de Eigner.

—Supongo que también...

—No se preocupe por Cedric —dijo Jünger, al fin, divertido—. Simplemente quería comprobar hasta qué punto sigue usted siendo... usted mismo. Su tío se viene con Segundo y conmigo. Estoy seguro de que estará encantado de cambiar de alianzas.

—Pero... ¿no era usted quien debía continuar los planes de Eigner?

—Le han puesto casi al día, sí, ésa es la tradición pero, qué quiere que le diga, he decidido romper con todo —dijo Jünger—. No hay nada como una buena revolución, sobre todo cuando nadie se la espera. Llevo toda la vida encerrado, aprendiéndome las vidas de unos extraños que se supone que soy yo mismo, sabiendo que mi obligación era repetirlo todo de nuevo. Incluso si hubiera un ápice de coherencia en lo que nos han contado, a usted y a mí, lo cierto es que me es indiferente. Me bajo de este tren que siempre hace la misma ruta y Segundo, y otros componentes del equipo, se vienen conmigo.

—Nadie me había dicho nada —gimió Hanis desde el suelo. Mateo se sorprendió al escucharla. Casi se había olvidado de ella—. Llevadme con vosotros, por favor.

—Me temo que el cupo está completo. Además, es hora de terminar nuestra relación, creo que ya no aportaba nada a ninguno de los dos —contestó Segundo.

—Entonces mátame, te lo suplico —rogó Hanis entre lágrimas.

—Encantado. —Segundo se acercó, apuntó a su cabeza y con el pulgar levantó el percutor de su revólver.

—No lo haga —dijo Mateo interponiéndose.

Segundo sonrió, una vez más.

—¿Qué hace, Mateo? Realmente es usted un caso, ¿por qué la defiende? Hilda iba a acabar con su amiga hace unos instantes.

—Se lo prometí... a alguien.

—¿A qué imbécil podría ocurrírsele plantear semejante promesa? Aunque allá usted.

—No, Segundo, por favor, mátame —gritó Hilda desesperada, desde el suelo, intentando apartar a Mateo.

—Hazlo tú misma, seguro que encuentras algo por aquí capaz de cumplir tus deseos —dijo Segundo con ironía.

—Bien, Mateo —dijo Jünger, dando por terminada la reunión—. Llevo toda la vida leyendo sobre sus andanzas y, discúlpeme, sé que no es culpa suya, pero estoy un poco harto de usted. No me lo tome a mal. En cualquier caso, salgan de aquí, antes de que todo vuele por los aires. La última bomba, a las tres de la mañana, reducirá todo a escombros.

Antes de girarse, Jünger pareció recordar algo. Se dirigió a Marie, curioso.

—¿Y usted, señorita? ¿Quiere venir con nosotros? Creo que tiene posibilidades de avanzar en su carrera en nuestra compañía.

Marie había permanecido callada la mayor parte del tiempo. Dirigió una mirada rápida a Mateo, y cruzándose de brazos, volvió la cabeza hacia Jünger y negó. Sin siquiera realizar un gesto de despedida, tanto Jünger como Segundo desaparecieron por el pasillo a paso ligero. Mateo y Marie los vieron alejarse en silencio.

—¿Qué hacemos con ella? —dijo al fin Mateo, señalando a la llorosa Hanis.

—Teniendo en cuenta lo que quería hacer conmigo hace apenas unos minutos, propongo cortarle el cuello con el escalpelo. No

obstante, creo que a estas alturas, da igual —respondió Marie.

—Juro que te mataré, zorra francesa —amenazó la alemana hecha un ovillo en el suelo, con un hilo de voz.

Mateo se arrodilló junto a ella.

—Hilda, prometí darle una oportunidad. Venga con nosotros, prometo ayudarle en todo lo posible...

—Vete, déjame en paz, te odio. Juro que, después de ella, tú serás el siguiente —casi escupió Hanis, con rabia.

Mateo se incorporó, vencido. Marie se encogió de hombros, y siguió los pasos de Segundo y Jünger. Un segundo más tarde, el joven Sanz también lo hacía. Le había dado una oportunidad a Hanis, pero no podía obligarla a seguirlo. Y por extraño que pareciera, no sentía remordimiento alguno.

Otra explosión hizo que las luces parpadearan, y en el laboratorio, tras ellos, más frascos y probetas cayeron de los estantes y mesas, estrellándose contra el suelo y rompiéndose en mil pedazos. En el tenebroso pasillo, la puerta de la celda en la que Farbig había estado encerrado se encontraba abierta. No había rastro de él.

—Tenemos que encontrar a mi madre y escapar del castillo.

—Espero que mi cuarto coja de camino —dijo Marie.

—¿Por qué?

Marie se detuvo, mirando a Mateo en silencio e hizo un gesto con sus manos, como señalando lo obvio, en su cuerpo. Solo vestía su ropa interior y la chaqueta del joven.

—Oh, claro. Algo de ropa le vendría bien, sí —dijo Mateo.

16

En el exterior del laboratorio los corredores estaban desiertos. En una esquina, un agujero en el techo evidenciaba que alguna de las explosiones había detonado muy cerca y un humo oscuro y espeso, presente por todas partes, hacía conjeturar que los incendios se estaban propagando por el castillo.

—Debemos darnos prisa, la situación se está poniendo difícil —sugirió Mateo.

—Cuando estuvo a solas con Eigner, ¿qué le propuso? —preguntó Marie, sin moverse de donde estaba.

—Convertirme en emperador del mundo, que todos me amen, me veneren y blablabla —respondió Mateo, interrumpiendo su marcha.

Marie torció el gesto. Su expresión presagiaba que no terminaba de creerse las palabras de Mateo.

—¿Llegó a enseñarle el espejo?

—Sí. He de reconocer que es un magnífico truco de feria. Pero no hay ninguna posibilidad de que lo que me hizo ver se cumpla, ni un millón de años. ¿Y usted, llegó a verlo?

La francesa negó con la cabeza.

—Lamento no haber sido franca con usted todo este tiempo —dijo Marie.

—Es paradójico que no sea franca... siendo usted de Francia.

—¿Qué? No entiendo qué quiere decir.

—Nada, olvídelo. Juegos de palabras. En cuanto a sus constantes y repetidos engaños, no se preocupe. No se lo tendré en cuenta. No demasiado. Algo, pero no mucho, ya me conoce.

—La tarde que vino usted a mi habitación y me reveló que Gilbert había ido al Palacio de Oriente en busca del espejo, me hallaba en una encrucijada. Acababa de discutir con mi padre. Le anuncié que iba a renunciar a la misión. No quería continuar con aquel doble juego, pasando información a Eigner, a mi padre, a ustedes... y traicionándolos a todos. Por supuesto, para él mis reticencias no supusieron una decepción. Incumplir lo que se esperaba de mí ni era una novedad ni una sopresa. De hecho, creo que corroboraba lo que ya sabía, que no estaba hecha de la misma pasta que él.

—Por lo poco que he coincidido con su progenitor, y por sus palabras, su señor padre no me parece un ejemplo a seguir.

—No lo es, y lo sé, no se preocupe. El caso es que cuando usted vino a mi habitación, yo había tomado la decisión de renunciar y volver a casa. Pero tras escucharle, lo primero que pensé es que el azar me regalaba la oportunidad de demostrarle a mi padre que sí, que podía llevar a cabo mi misión. Ni me acordé que, instantes antes, había decidido dimitir. Ya ve, esa es la persona que soy, una

oportunista dispuesta a traicionar y vender a los míos si con eso consigo el beneplácito de mi padre.

—No sea tan dura consigo misma.

—Si hace memoria, recordará que me ausenté unos minutos. Aproveché ese tiempo para alertar a Segundo. No era la primera vez, ya le había pasado mucha información sobre nuestro equipo, al que, en teoría, estaba ayudando a formar.

—Es por eso que Segundo y Hilda nos esperaban en el Teatro Real, porque usted les dijo que por allí entraríamos y saldríamos de palacio, ¿no es cierto? —dijo Mateo.

—Así es. Aunque le aseguro que nunca imaginé que dispararían al señor Taylor. Mi intención era, simplemente, ganarme la confianza de Eigner, lo suficiente como para poder llegar hasta él.

—Lo cierto es que nunca sospeché de usted, es una gran profesional.

—Sí, ya ve —dijo Marie, emprendiendo el camino hacia su habitación.

Al llegar a su destino, la mezcla de humo y vapor había generado una densa niebla, similar al *smog* londinense, que hacía complicado distinguir lo que tenían a apenas unos pocos pasos.

—Espéreme aquí, en seguida salgo —dijo Marie, desde la entrada a su habitación.

—Recuerde que no es el momento de estar eligiendo modelito. Hay que darse prisa. Como diría el general, vísteme despacio que tengo prisa.

—¿Es un nuevo juego de palabras?

Un nuevo temblor les hizo tambalearse.

—Da igual, dese prisa —apremió Mateo, recobrando el equilibrio.

Marie desapareció en su habitación. De un pequeño agujero en una pared de piedra comenzó a salir, inesperadamente, un chorro de vapor. Mateo supuso que otra tubería oculta habría reventado, haciendo aún más opaca la neblina que les rodeaba. De súbito, alguien surgió de ella y se estrelló contra Mateo. Tanto él, como la persona que había aparecido tan de repente, terminaron en el suelo.

A ciegas, Mateo forcejeó con lo que tomó como un asaltante. Recibió un codazo en las costillas, pero revolviéndose, consiguió que ambos rodaran por el suelo, hasta lograr colocarse encima y sujetar a su agresor por las muñecas contra el suelo. Era más pequeño de lo que hubiera imaginado. Entretanto, un ruido familiar se acercaba, un pesado objeto de metal que golpeaba rítmicamente los alfombrados suelos de piedra. Su madre estaba a punto de llegar. El gemido de la persona que tenía apresada bajo él, también le resultó conocido. En aquel momento, el humo se aclaró un poco, y alcanzó a ver la cara de Isabella.

—No imaginaba que volviéramos a encontrarnos. Al menos no en esta posición —la saludó Mateo.

—Suéltame, por Dios, antes de que llegue tu madre. Creo que quiere matarme —suplicó la joven.

—Supongo que podría convencerla para que te perdone. Igual si muestras el suficiente arrepentimiento...

Isabella hizo un nuevo esfuerzo por liberarse y Mateo la sujetó con más fuerza.

—Escucha, Isabella, bromas aparte. Por si no te has dado cuenta, esto se está desmoronando. Tenemos que irnos de aquí.

Bárbara sonaba ya muy cerca. Isabella se relajó y dejó de resistirse.

—Supongo que no hay posibilidad de que nos reconciliemos —dijo la joven.

Mateo se rio. El tono seductor que había utilizado su antigua prometida hubiera funcionado en algún momento del pasado.

—Me temo que no —le dijo, sin poder evitar evitar una carcajada —. No iban por ahí los tiros.

—Al menos dame un beso de despedida —pidió Isabella con melancolía.

Mateo dudó un instante, e Isabella aprovechó el momento para besarle. Sorprendido, relajó su presa y ella alzó con fuerza su rodilla, golpeando con ellas sus partes blandas. Ahogando un lastimoso quejido la soltó. Saint-Claire lo empujó a un lado y, aprovechando la oportunidad, reemprendió su huida a la carrera. Los pasos de Bárbara y el ralentí del motor que proporcionaba la energía a su

spirophore, llegaron a la altura de Mateo. El humo se disipó lo suficiente como para que Bárbara descubriera a su hijo en el suelo, con los ojos cerrados y las manos en la entrepierna.

—¿Mateo, qué sucede? ¿Estás herido? —Había una seria preocupación en su entonación.

—Solo en el amor propio —dijo Mateo, incorporándose con trabajo tras unos instantes—. Deduzco que no tuviste demasiados problemas con la seguridad de Eigner.

—Tardé más de lo que pensaba, no paraban de llegar más y más hombres —dijo Bárbara—. Se me escapó la deslenguada de tu antigua amiga.

—Me he topado con ella y hemos intercambiado impresiones. Me mandó recuerdos para ti.

—¿Y la francesa?

—Se está poniendo un poco más presentable.

Una expresión de descreimiento se dibujó en la cara de Bárbara.

—¡Marie! —gritó Mateo—. Es hora de irnos, esté como esté.

No hubo respuesta.

—Un segundo... —se disculpó Mateo, y entró en la habitación de su compañera—. Marie... —susurró.

La puerta que Bárbara había arrancado de sus goznes en su momento seguía en el suelo frente al armario abierto en el que colgaban varios vestidos. No había rastro de Poitiers. Mateo miró alrededor desconcertado y, al fin, descubrió una hoja de papel sobre la chaqueta que había cedido a Marie, y que ahora descansaba, pulcramente doblada, sobre el tocador.

—«Si no vuelvo con el espejo, todo esto no habrá servido para nada. Lo siento. No me esperes, pon a salvo a tu madre» —leyó Mateo. No tenía ni idea de cuándo ni cómo se había escabullido Marie sin que él se diera cuenta. Maldijo y salió del cuarto con la corta misiva en la mano.

Bárbara le interrogó con la mirada y Mateo, un poco avergonzado, le leyó el mensaje.

—¿Son así todas las mujeres en tu vida? —preguntó Bárbara.

—Yo lo culpo a mi complejo de Edipo —respondió Mateo, encongiéndose de hombros.

—Y supongo que no vas a hacer caso de lo que te diga, y vas a ir detrás de ella.

—Me conoce como si fuera mi madre, señora. Eso sí, cuando la tenga delante, le voy a poner los puntos sobre las íes.

—Por supuesto. —Bárbara puso sus ojos en blanco—. Adelántate, no puedo ir deprisa, sobre todo cuando hay escaleras de por medio. ¿Sabes llegar al despacho de Eigner? Supongo que nos encontraremos allí.

—Sí, no tardes —dijo Mateo, una vez más, emprendiendo la carrera.

17

Las explosiones eran más espaciadas ahora, y en cada esquina parecía brotar un nuevo incendio. En varias ocasiones, Mateo se vio obligado a encontrar un camino alternativo. Aunque ya no se veían científicos, sí que se cruzaba con algunos hombres armados. Era complicado discernir si la persona o el grupo con el que se cruzaba pertenecía al bando de Eigner, al de Segundo y Jünger, o a ningún otro, y aprovechaban el caos para dedicarse al pillaje. Lo más prudente, en cualquier caso, era evitarlos.

De algún lugar le llegaron las campanadas de un reloj anunciando las dos de la mañana. Mateo apretó el paso. Los desvíos que había tomado le habían desorientado parcialmente, pero si no se había equivocado demasiado, el despacho de Eigner debía estar al girar la siguiente esquina. Antes de poder hacerlo, unas manos le asaltaron por la espalda, tapándole la boca.

—Soy yo —susurró Marie, con enojo, en su oído—. Veo que no hay forma de que me haga caso.

—Me declaro culpable —confirmó Mateo, su voz apenas audible y escapando entre los dedos de su compañera.

—Lo que debería declararse es loco de atar —replicó Marie, liberándole. Al volverse, Mateo comprobó que su compañera vestía ropa vagamente masculina, probablemente la vestimenta de montar a caballo. En lugar de un vestido llevaba unos pantalones blancos

ceñidos que le proporcionaban mayor movilidad, aunque la hacían más visible.

—Señorita Poitiers, hagamos un trato —dijo Mateo—. Usted ceja en su empeño de hacerlo todo sin ayuda ninguna, y yo a cambio...

—¿A cambio qué?

—Permítame acabar, por una vez. A cambio... Pues no tengo nada, aunque dejaría de correr detrás de usted cada dos por tres.

Marie suspiró.

—¿Está usted seguro que corre detrás de mí? La última vez que lo vi me pareció muy entretenido besando a Isabella.

—Qué oportuna, tuvo usted que salir de su habitación justo en ese momento, como es natural —rió Mateo—. En cualquier caso, si está aquí, dando rienda suelta a los celos, en lugar de haciéndose con el espejo en el despacho de Eigner, es que algo no va como esperaba.

—Con esas dotes de deducción debería usted unirse a alguna organización de espías.

—Me han dicho que pagan poco, mal y tarde y que corres el riesgo de que tus compañeros te apuñalen por la espalda.

—*Touché*.

—Pero no me cambie de tema, y ya que volvemos a tener cierto entendimiento, permítame intentar convencerla para que abandone esa obsesión con el espejo. Mande a su padre, al general Serrano, a todo el mundo a hacer gárgaras.

—Le agradezco su apoyo, Mateo, pero váyase y ponga a salvo a su madre. No se trata de demostrar lo que valgo o no. Al menos no solo eso. El caso es que este es mi trabajo. Tengo una misión que cumplir.

—Dios mío, qué cabezota es, Poitiers. Pero en fin, ¿cuál es el problema, por qué estamos aquí y no en el despacho de Eigner?

—Hay alguien apostado en la puerta, disparando a todo lo que se mueve. Casi me vuela la cabeza al doblar la esquina.

—Déjeme verlo y pensemos si hay alguna forma de distraerlo.

—Usted mismo. Tenga cuidado.

Mateo asomó la cabeza apurando la precaución. En efecto, un hombre guardaba la puerta. Portaba un rifle y vigilaba atentamente.

No era lo único interesante que observó, en aquel momento, un grupo de hombres aparecía por la esquina opuesta a la que se encontraban Mateo y Marie. Eran cuatro, cargados con petates de los que asomaban varios objetos de valor. En el pandemonio causado por el sabotaje de Segundo y Jünger, aquel grupo se había dedicado a arramblar con lo que pudieran encontrar. En su presencia, Eigner había presumido de que los hombres a su cargo compartían su visión del futuro. No lo dudaba, pero o bien aquellos eran la excepción, o bien aquella hermosa entelequia había llegado a su fin.

El hombre que guardaba el despacho, rifle en mano, giró la cabeza, para observarlos. Al hacerlo, Mateo confirmó el pálpito que le había asaltado nada más posar sus ojos sobre él. Aquel hombre ligeramente obeso, de incipiente calvicie y cuidado y fino bigote tenía una sola oreja.

—¡Eh, Oswald! —le espetó uno de los recién llegados—. ¿No estarás pensando en quedarte para ti solo todos los tesoros del viejo?

Oswald sonrió y cargó su fusil sin responder.

—Igual sería conveniente dejarlo en paz —dijo otro en el grupo—. Tiene fama de ser un gran tirador.

—¿Éste? —rió un tercero—. Si no tiene ni medio guantazo. Además, no podemos pasar por aquí sin echar un vistazo en el despacho del carcamal. A saber qué guarda allí.

—Se nos van a adelantar —susurró Marié, al oído de Mateo. Al escuchar voces también había arriesgado una mirada a lo que ocurría frente al despacho de Eigner.

—Tengo el presentimiento de que lo mejor es esperar y ver a qué lleva esto —respondió Mateo, también en voz baja.

Mientras, el que había hablado primero, en el grupo de asaltadores, se adelantó a sus compañeros.

—¿A quién quieres engañar? —amenazó a Oswald—. Somos cuatro contra uno, así que lárgate de aquí, besaculos. Ya no hace falta que le hagas más la pelota al...

Antes de terminar su frase, un disparo resonó en el pasillo y sobresaltó a todos, haciendo que se encogieran por el susto. El que

acababa de hablar cayó al suelo con un balazo en la frente. Los otros quedaron inmóviles, sin saber cómo procesar lo que había ocurrido. Mientras, Oswald, sin perder su tiempo, recargó su fusil a toda velocidad, y disparó por segunda vez. Otro de los saqueadores cayó de la misma forma que su compañero. El que había intentado alertar al resto sobre Oswald abandonó su botín y salió corriendo por donde había llegado. El restante, en cambio, se abalanzó, con una navaja en su mano hacia el hombre que ya había acabado con dos de sus compañeros.

Mientras cargaba hacia él y el acero de su navaja brillaba a la luz de las titilantes lámparas que iluminaban la entrada del despacho de Eigner, Oswald, sin agitarse, agarró su rifle por el cañón, y como un jugador de cricket a quien toca batear, aguardó la llegada de su atacante y asestó un culatazo en la cabeza del hombre que, cuchillo en mano, saltaba ya sobre él. El golpetazo provocó que el dueño de la navaja dejara caer su arma, y que gran parte de sus dientes salieran despedidos de su boca. Oswald extrajo una bala del bolsillo, sin prestar atención al desplome de su atacante, cargó con ella, por tercera vez, el fusil y antes de que el caído reaccionara, le descerrajó un tiro a corta distancia.

—Creo que no tendremos problemas —dijo Mateo, volviéndose hacia su compañera.

—¿Está loco? —dijo Marie aún conmocionada por el violento espectáculo que acababa de presenciar—. ¿Esa es la conclusión que saca?, ¿pero no ha visto lo que acaba de hacer ese hombre?

—Es sencillo, le pediremos que nos deje entrar.

—Está loco. Definitivamente.

—Confíe en mí por una vez.

Marie le miró en silencio, y al final, vencida, asintió.

—Está bien —claudicó.

—¡Oswald! —gritó Mateo, oculto tras la esquina—. ¡La señorita Poitiers y yo vamos a salir, no dispare! ¡Baje el fusil y quédese quieto donde está!

—Ya no me cabe ningún resquicio de duda. En algún momento perdió la razón —dijo Marie, pasmada.

Mateo se puso en pie, se adecentó la chaqueta y se asomó a la esquina. Oswald se encontraba inmóvil a la puerta del despacho, con el fusil apuntando al suelo.

—Vamos —dijo Mateo, guiñó el ojo a su compañera y emprendió el camino. Al cabo de unos instantes, una recelosa Marie le siguió.

—No lo entiendo —dijo Marie en voz muy baja mientras avanzaban hacia el petrificado Oswald. Su mirada parecía perdida en el infinito.

—Este señor fue el desdichado voluntario que probó uno de los elixires que Eigner. El primero de los que, aparentemente, obedecerían sin rechistar cualquiera de mis órdenes —susurró Mateo.

—¿Y cuánto durarían los efectos? —dijo Marie, deteniéndose. Oswald había empezado a temblar.

—En teoría, para siempre —dijo Mateo, que también se había parado. Los estremecimientos de Oswald iban en aumento.

De improviso, Oswald abrió la boca, y emitió un gemido. Giró lentamente su cabeza hacia ellos y el extraño sonido que su garganta producía se fue metaforseando en un alarido incoherente. Con la mirada clavada en Mateo, y los ojos muy abiertos, su rictus se tornó en una sonrisa demencial, con la saliva chorreando por sus labios. De sus ojos resbalaron lágrimas rojas que iban dejando un hilo bermellón en sus mejillas.

—Por Dios, tranquilícese —dijo Mateo, sin saber qué hacer.

Oswald dejó caer el fusil y levantó una de sus manos extendiendo el dedo índice, apuntando a Mateo. Su grito era ahora ensordecedor y de sus oídos manaba también sangre oscura, casi marrón. De repente, sus ojos se pusieron en blanco, sus rodillas se doblaron, y cayó al suelo. El silencio era casi más lúgubre que el grito previo.

Marie se acercó a él y se arrodilló, intentando cogerle el pulso. Al cabo de unos instantes miró a Mateo y negó.

—Se suponía que únicamente debía obedecer mis órdenes. En la exhibición que me prepararon, al oír mi voz, hacía lo que yo le dijera.

—Por lo que me cuenta, encontrarse con usted, cara a cara, debe haber sido demasiado para él.

—El plan consistía en que los que bebieran el elixir me obedecieran, pero no que se volvieran locos o murieran, como le ha pasado a este hombre. ¿No ve que todo lo que está relacionado con Eigner termina siendo un arma de doble filo? Dejémoslo estar, se lo ruego. Olvídese del espejo, ya le he dicho que no funcionará.

—Es irrelevante que el espejo funcione o no, Mateo, ¿no lo entiende? Hay gente que cree en él y esa es razón suficiente para que no esté en manos de alguien como Eigner.

—¿Cree que la *division spéciale* de Francia, y su padre en particular, son mejores destinatarios?

Marie le ignoró y se dirigió a la puerta doble del despacho, que se abrió sin resistencia alguna. Ambos entraron y una nueva explosión retumbó por todo el castillo.

18

Eigner, sentado a la mesa de su despacho, les contemplaba sin inmutarse. El espejo, a un lado del escritorio, yacía en pedazos, en el suelo. Apenas unos cuantos fragmentos quedaban en el marco. Marie, sin prestar atención a nada más, corrió hacia allí.

—Supongo que ahora me dirá que todo este cataclismo no le ha sorprendido lo más mínimo porque el espejo le avisó de todo lo que iba a suceder —dijo Mateo mientras se acercaba a Eigner y tomaba asiento frente a él.

—Me temo que nada de eso —rio el anciano—. La última imagen que mostró fue la que usted contempló conmigo, aquí, anoche. No ha vuelto a funcionar desde entonces.

—Vaya, lamento que no se despidiera de él como merece. Entonces, no habrá visto lo que acaba de ocurrir con Oswald, el pobre idiota con quien pretendía demostrarme cómo las multitudes me iban a reverenciar en ese futuro imposible que nos mostró.

—Lo supongo. La fórmula no estaba lo suficientemente refinada. Es una pena no estar en este mundo cuando eso ocurra, para verla funcionando como debiera, pero otra persona tendrá que proseguir mi legado.

—Si se refiere a Jünger, tengo malas noticias para usted.

Eigner se rio otra vez, aunque pronto su risa se tornó en un ataque de tos.

—No soy tan idiota, sé perfectamente lo que ha pasado —dijo, una vez recuperado—. ¿Piensa que el Jünger que usted ha conocido es el primero de nosotros que pretende escapar de este eterno círculo vicioso?

Una repentina explosión, no muy lejana, hizo temblar las paredes por enésima vez. Los libros de las estanterías cayeron al piso, así como los diferentes cuadros que aún colgaban en las paredes, incluido el supuesto Goya que otrora había llamado la atención de Mateo. A su espalda, escuchó estrellarse y romperse en añicos lo que quedaba del espejo en el marco.

—¿Está usted bien? —preguntó Mateo, levantándose de su asiento con preocupación. Marie estaba rodeada de pedazos rotos. De algún lugar había salido una bolsa de tela en la que reunía los trozos caídos.

—Sí, pero... ¿está seguro de que éste es el espejo? No parece...

—Lo es, pero tengo serias dudas de que vuelva a funcionar —dijo Mateo.

Tras él, Mateo escuchó un cajón que se abría y se volvió, alerta. Se había confiado y le había dado la espalda a Eigner. Esperaba enfrentarse a algún tipo de arma de fuego encañonándole... Lo único que el anciano sostenía entre sus manos, sin embargo, era una hoja de papel que, con indiferencia, alisaba sobre la mesa. Después, su interlocutor tomó en sus manos una estilográfica.

—¿Acaso no ha pensado —dijo Eigner, mientras escribía— que yo opinaba lo mismo que Jünger, que juré no volver atrás en el tiempo? ¿No cree que no opinaría, yo también, en algún momento, que esta infinita búsqueda de una solución es una locura sin sentido?

—Lo que yo creo es que su mente fabrica una nueva explicación a medida cada vez que los hechos le contradicen.

—Es posible. —Eigner terminó de escribir, colocó el tapón de su estilográfica y la posó sobre el papel que tenía frente a él—. ¿Quiere que le diga la verdad?

—Me gustaría saber cuál es su verdad, sí. Y me temo que, una vez más, me decepcionará. —El ruido de unas patas metálicas golpeando el piso, acercándose, le alertó que Bárbara pronto aparecería. Mateo miró la hora en el reloj tras Eigner y un escalofrío le recorrió la espalda. Las dos y media—. Dese prisa, hay que salir de aquí antes que nos caiga todo encima —añadió, dirigiéndose a Eigner.

—Me pasé mi juventud encerrado, como Jünger —dijo Eigner, ignorando las palabras de Mateo—, aprendiendo lo necesario para cumplir mi destino. El poco tiempo que tenía disponible, ¿sabe a qué lo dedicaba?

—¿Al punto crochet?

—A la literatura. En particular, me encantaban las novelas de aventuras. Nada me emocionaba tanto como esas historias en las que los héroes luchaban por sobrevivir, salvar a su dama y que prevaleciera el bien sobre el mal. Sin esos libros, le aseguro que hubiera enloquecido.

—En cuanto a eso, me temo que igual no tuvo tanto éxito como cree.

—¿Sabe usted a qué se dedicaba el primer Eigner que viajó al pasado, el pobre diablo muerto de hambre que, sin saber qué pasaba, puso en marcha esta rueda donde todos giramos desde entonces?

Mateo echó un vistazo atrás. Marie había recogido ya los trozos del suelo y estaba atareada en desprender los dos o tres que continuaban adheridos al marco. Todavía no veía a su madre, aunque sus pasos inconfundibles anunciaban que cada vez estaba más cerca.

—Mire, da igual, hay que salir de aquí, ¿no ve que todo se va a derrumbar? —dijo, al fin, volviendo su atención a Eigner e incorporándose.

—Era escritor. De novelas de aventuras. Como Verne, o Dumas. Su nombre rivalizaba con el de ellos, antes de que la guerra estallara y su vida tomara un rumbo fatídico. Llegó a ser muy conocido.

La puerta se abrió de un golpe y Mateo se volvió de nuevo, al escucharlo. Bárbara había llegado, al fin. Y algo no iba bien. Desde

el lugar donde estaba, podía apreciar que el motor que impulsaba su *spirophore* emitía un rugido errático. Marie, ante la llegada de la inesperada visitante, se incorporó, asombrada.

—Mamá, le presento a Marie. Marie, ésta es mi madre, Bárbara Berwick —dijo Mateo.

—Como hemos reescrito tantas veces la historia, nadie sabrá de la fama de Abelard Eigner, el escritor. En nuestro devenir, nunca existió —prosiguió el anciano en su discurso, pese a que Mateo había dejado de prestarle atención—. Pero yo sabía de él, sí. Y, ¿sabe una cosa? Cuando comprobé que mis esfuerzos no darían el fruto requerido, me limité a hacer realidad sus novelas. Porque lo demás, sinceramente, es una simple broma del destino.

—Hay que huir de aquí, todo se está viniendo abajo —dijo Bárbara, con apenas resuello.

—Falta poco para las tres, tiene razón —dijo Mateo, volviéndose para mirar el reloj por encima del hombro de Eigner, preocupado de haber perdido tanto tiempo.

Eigner siguió la mirada de Mateo, hasta advertir el reloj detrás de él. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ese reloj está parado —dijo. Seguía marcando las dos y media.

Un estallido atronador elevó en el aire, como por arte de magia, todo lo que había dentro del despacho. La bomba debía estar justo debajo de aquel lugar, aunque a alguna distancia porque de no ser así, les hubiera vaporizado al instante. A Mateo le dio la impresión de que todo quedaba congelado en el tiempo. A su alrededor el mundo entero se encontraba suspendido, como si en aquel preciso momento, las leyes de la gravedad hubieran decidido dejar de existir y el reloj ya no avanzara. Él mismo se encontraba en el aire a merced de fuerzas invisibles, como cuando en los pasadizos bajo Madrid quedó atrapado y zarandeado por la riada. Ahora, a su alrededor, no se trataba de agua, sino cascotes desprendidos de suelo y paredes por la rabia de la explosión.

Vio también a Eigner suspendido el aire, con los ojos cerrados, el cuello encogido en un acto reflejo, preso también de la violencia que los explosivos habían desatado. En su mano sostenía el papel en el que momentos antes escribía, y por algún azar del destino alcanzó a

leer lo que, con una caligrafía elegante y clara, había plasmado en él. Solo dos palabras: Mateo Sanz.

Una nueva y repentina explosión les zarandeó inmisericorde, sin que siquiera hubiera terminado de sufrir los efectos de la anterior. La detonación provocó el derrumbe del techo —del suelo y las paredes se había ocupado ya la anterior—, y la onda expansiva empujó todo a su alrededor en trayectorias aparentemente al azar. Por alguna razón, el tiempo seguía transcurriendo con una lentitud incomprensible. Mateo, consciente de todo, pero incapaz de influir en nada, giró sobre sí mismo sin poder evitarlo. Ahora podía ver a su madre, en el aire como él. Su cabello gris estaba despeinado, y tenía un corte en la mejilla por el que estaba sangrando. Su mirada estaba clavada en él, y Mateo creyó adivinar que su expresión de ansiedad no era por ella sino por lo que pudiera sucederle a él mismo. Detrás de Bárbara, Marie también estaba suspendida, como si levitara, su cuerpo contorsionado, una mano intentando alcanzar los trozos del espejo que escapaban de la bolsa abierta. Los pedazos, de diversas formas y tamaños, flotaban alrededor de Marie, reflejándola a ella y a toda la escena en decenas de irregulares esquirlas, afiladas como cuchillos, que la envolvían, en aquel instante detenido en el tiempo y el espacio.

Tal y como el universo se había congelado ante los ojos de Mateo, un parpadeo más tarde, todo volvió a ser como debía. Una mano metafórica, gigante e invisible, había agitado el despacho de Eigner en un cubilete, como si de unos dados se tratara. Las paredes se derrumbaron finalmente, parte del suelo se precipitó al piso de abajo, y el techo cayó, sin disculpa alguna, sobre ellos. La habitación entera había sido arrojada al azar hacia distintos puntos del espacio, los distintos elementos de su interior habían chocado entre sí, y finalmente, habían terminado aterrizando sin orden ni concierto sobre cualquier otra cosa. Una nube de polvo se mezcló con el humo del incendio que se desataba alrededor.

Mateo no tenía claro si había perdido el sentido en algún momento, todo daba vueltas en su cabeza. No sabía cuándo había cerrado los ojos, pero ahora que los abría, todo era oscuridad. Sintió que la realidad se desvanecía. Intentó esforzarse en mantenerse

consciente. Estaba perdiendo la batalla. Algo muy pesado le aplastaba, y esta vez, no era metafórico, sino muy real y, definitivamente, la causa por la que tanto le costaba respirar. Sin ver nada, consiguió plantar sus manos sobre la superficie que había caído sobre él y empujar con fuerza. Mateo tuvo la certeza de que era la tapa de su propio ataúd. En algún momento le encontraron, inconsciente y creyéndole muerto le habían enterrado. Despertaba ahora, atrapado en un féretro cuya tapa era incapaz de mover.

De pronto, la losa que le oprimía se alzó y volvió la luz; el ataúd que había imaginado no era sino el pesado escritorio de Eigner. Su madre, con la fuerza sobrehumana de los tentáculos de metal de su *spirophore*, lo había levantado y lo arrojaba lejos de allí.

—¿Estás bien? —dijo Bárbara.

Mateo asintió, ya despejado.

—¡Marie! —recordó, alarmado.

Bárbara buscó alrededor con su mirada. Mateo se incorporó, a pesar del mareo, e hizo lo mismo. No veía a la francesa. De hecho, apenas veía. Todo, ante él, era una mancha de grises. Poco a poco, su vista se fue asentando y descubrió, en una esquina, a Eigner, con los ojos abiertos, su cuello girado en un ángulo imposible.

—¡Allí! —gritó Bárbara.

Una mano asomaba entre cascotes. Alrededor, los trozos del espejo devolvían brillos rojizos; el fuego estaba consumiendo la gran estantería y los libros que quedaban en ella. La respiración jadeante de Bárbara traicionaba la energía con la que se movía su cuerpo mecánico. Levantó, sin aparente esfuerzo, una gran piedra que aprisionaba el cuerpo de la francesa. Mateo se apresuró a retirar los escombros que aún la sepultaban hasta descubrir por completo a Marie, ensangrentada. Una alargada esquirla del espejo, como una daga, estaba clavada en su ojo derecho.

—Aún está viva —gimió Mateo.

Bárbara la tomó entre sus brazos de metal con delicadeza. Sus articulaciones chirriaron audiblemente pero levantaron a la joven sin problemas.

—Salgamos de aquí —dijo la madre de Mateo. El silbido en la respiración de su madre era aún más evidente. A pesar de ello, las

patas arácnidas con las que se movía, si bien no eran rápidas, le permitían avanzar sin dificultad por aquel terreno, repleto de obstáculos.

Marie seguía inconsciente. El trozo de espejo sobresalía de su ojo como un cuchillo que alguien le hubiera clavado. Mateo luchaba contra el impulso natural de desprenderlo del peligroso lugar donde había quedado encajado. Si provocaba una hemorragia, no habría forma de detenerla.

El suelo se había hundido en varios puntos, y casi todos los muros se habían derrumbado. Podían ver los pisos inferiores donde se embotellaban los elixires y tónicos de Eigner. Sobre aquella planta se había desplomado gran parte del castillo. A cualquier lugar que dirigieran la mirada se les ofrecía un panorama infernal. Las llamas devoraban todo, negras humaredas enrarecían el ambiente, solo aliviado por el viento helado de la noche que, al faltar paredes que lo frenaran, soplaba helado y rabioso sobre ellos. El suelo crujió, y nuevas paredes cayeron. Precedido por un crujido espantoso, el suelo se hundió alrededor, precipitándose al abismo. Habían quedado atrapados en una vacilante plataforma, sobre una columna que no tardaría mucho en ceder. La mayor parte del castillo se había derruido; si miraban hacia arriba, podían ver el cielo, donde tres globos aerostáticos flotaban en la noche. Mateo sospechaba que en uno de ellos volaban Jünger y Segundo. Tal vez Isabella había conseguido unirse al bando ganador.

No había donde ir. Bárbara se detuvo y posó con suavidad el cuerpo de Marie en el suelo. Al mismo tiempo, el motor que proporcionaba la energía necesaria para que pudiera seguir respirando dejó de funcionar.

—¿Qué ha sucedido?, ¿por qué se ha parado tu motor? —preguntó Mateo, negándose a aceptar la evidencia.

—Nada dura para siempre, y algunos viajes son solo de ida. Éste ha sido este último —confesó Bárbara, con la voz entrecortada. Era obvio que apenas era capaz de respirar—. Era consciente lo que pasaría al entrar en este artefacto, Mateo. Sabía que ya no saldría viva de él, pero ha merecido la pena compartir estos últimos momentos contigo, aunque fuera corriendo detrás tuya de un sitio a

otro... —Bárbara sonrió y su cara, sucia y ensangrentada por la brecha en su sien, se iluminó—. Me ha permitido vislumbrar al hombre en el que te has convertido, y no podría estar más orgullosa.

—No, no, seguro que hay una forma de arreglarlo...

—El *spirophore* no está estropeado, Mateo. Simplemente se ha acabado el combustible —dijo Bárbara con una voz que se apagaba.

—No vamos a rendirnos ahora, casi hemos ganado, ¿no lo ves? —dijo Mateo. A su lado, una moribunda Marie, con varios huesos rotos, si había suerte y ahí terminaban los daños, además del trozo del espejo clavado en su ojo. Frente a él, su madre, incapaz de moverse o respirar. Atrapados los tres en un castillo en el que lo único que quedaba en pie era la plataforma sobre la que estaban. Y abajo, el fuego. Sin pretenderlo, no pudo evitar reírse.

—Me gustaría decir adiós fuera de este armatoste, Mateo. ¿Podrías concederme ese deseo? Hay un resorte junto a mi cuello que lo abrirá.

Mateo sintió que sus ojos se inundaban. Pronto la plataforma caería, y si el impacto desde aquella altura no fuera suficiente para matarlos, el fuego que rugía en los pisos bajos acabaría con ellos de una forma mucho más horrible. Subió sobre las patas de araña mecánicas, para alcanzar el resorte. Bárbara apenas conseguía respirar ya. Lo accionó, y el recubrimiento mecánico al abrirse, dejó escapar el aire a presión. Antes de que su madre cayera al suelo, Mateo la cogió en brazos. Le sorprendió la fragilidad y levedad de aquel cuerpo. No era difícil adivinar que Bárbara, fuera de su *spirophore*, nunca habría logrado ponerse en pie por sí misma.

Mateo la depositó con cariño junto a Marie, que seguía sin reaccionar.

—Tranquila, mamá —susurró Mateo, arrodillado a su lado, acariciando su sien.

—Mateo, hay algunas cosas que no te he dicho, pero... no me queda ya tiempo.

—Qué más da. Estar contigo un día ha sido suficiente.

—Prométeme que no intentarás reanimarme.

Mateo asintió.

—Siempre te he querido —dijo Bárbara con una voz tan débil y tan entrecortada que Mateo no sabía si la oía o la imaginaba—. Perdóname por no haber estado contigo cuando me necesitabas. Al menos...

Mateo besó la débil mano de su madre pero, por primera vez en mucho tiempo, no fue capaz de conjurar palabra alguna. Bárbara sonreía, a pesar de que ya sus pulmones habían dejado de funcionar, para siempre. Cerró los ojos, se convulsionó al negarse su cuerpo, por última vez, a aceptar lo que su mente ya había asumido, y se entregó al dulce olvido de la muerte.

19

Mateo se secó las lágrimas que, sin poder evitarlo, habían humedecido sus mejillas. Al girarse avistó, una vez más, el cuerpo sin vida de Eigner, a unos metros de allí.

—Así que todo esto no es más que una novela del gran escritor Abelard Eigner, a la que usted ha dado vida. Explicaría por qué mi compañera se encontraba prisionera de Hilda Hanis esperando a que yo la salvara. ¿En serio esa es su gran aportación a la literatura? ¿El apuesto príncipe salvando a la dulce e indefensa princesita? Y por si acaso el público se aburre, que ella esté en paños menores, ¿no es así? Es usted un viejo verde. —Mateo comenzó a reír. Dio un par de pasos en dirección al cadáver de Eigner y tropezó con los cascotes que le rodeaban, cayendo de rodillas.

—En la novela que cree que es su existencia, ¿qué es la muerte de mi madre? —continuó, enfadándose progresivamente, a su pesar —. ¿Es el culmen de la historia, o simplemente un apunte a pie de página? ¿Sabe qué conclusión saco yo? Que no solo es usted un imbécil, el mayor idiota que he conocido y que conoceré en lo que me resta de vida, aunque al parecer, no será mucho, sino que además, no hay absolutamente nada de lo que haya hecho o dicho en su mísera existencia que merezca la pena recordar. Si esperaba haberme impartido alguna lección moral, me temo que se va a llevar

una gran decepción al infierno donde espero que arda toda la eternidad. Métasela por el...

El suelo comenzó a temblar. Mateo suspiró y, vencido, se acercó a gatas a Marie. Respiraba, pero continuaba inconsciente.

—Así que éste era el final —le dijo Mateo a su dormida compañera —. Pues que me perdonen, pero vaya decepción, aunque coincidirá conmigo que mejor así. Entre unos y otros casi me convencen de que era el protagonista de todo esto, aunque está claro que ese papel no era el mío. Si tuviera que apostar por quién fue en realidad el héroe de esta maldita historia, diría que Jünger. Es él quien, al final, ha derrotado al villano. El relato importante era el suyo, y nos lo hemos perdido. Nosotros, al fin y al cabo, solo hemos sido una historia paralela, ¿no cree? Una trama que se cruzó momentáneamente con la principal y que se acaba aquí y ahora.

Abajo el incendio seguía sin visos de extinguirse. La columna que sostenía, a duras penas, la especie de plataforma en la que se encontraban comenzó a crujir y parte del suelo cedió en los bordes. Al caer, fue engullido por el fuego. Pronto seguirían el mismo camino. Mateo se incorporó y cogió a Marie en sus brazos.

—Si ya no hay remedio, al menos escojamos nosotros el momento. Si le parece, a la de tres, saltamos y adiós muy buenas, existencia. No me negará que, al menos, es un final poético —dijo Mateo acercándose, con dificultad, al borde.

De nuevo, con un chasquido, se desprendió otra porción del suelo.

—Uno. Dos. Y...

Una soga apareció ante sus ojos. Pendía de algún lugar sobre ellos. Mateo alzó la vista y descubrió un globo aerostático; no era uno cualquiera, éste era un dirigible que le era muy conocido. De la cabina asomó una cabeza. El humo no le permitía distinguir a ciencia cierta de quién se trataba, pero no podía ser otro que el ingeniero Cervera. Le estaba gritando, y por primera vez, Mateo se apercibió del infernal ruido que reinaba a su alrededor por la terrible comunión del fuego y el viento. Era incapaz de entender lo que su amigo decía, aunque no era difícil de adivinar. ¿Qué podía ser en aquellas circunstancias? «Agárrate a la puñetera cuerda o acabarás bien churruscadito», o algo por el estilo.

Mateo volvió a depositar a Marie en el suelo. Asió la cuerda que le habían lanzado y la ató a ella, por debajo de sus axilas. Dio un tirón y, al momento, comenzaron a izarla.

Más allá, parte de la plataforma se derrumbó y el cadáver de Eigner cayó al vacío. Mateo miró arriba, ansioso, y vio a Marie desaparecer en la cabina del globo. Instantes después le lanzaron, de nuevo, la soga. Al tiempo que Mateo saltaba hacia la cuerda y se agarraba a ella con las dos manos, todo bajo sus pies se desplomaba. El humo le hacía llorar y toser, y a pesar de todo, en un último vistazo creyó adivinar el cuerpo de su madre desapareciendo entre las llamas. La imaginó sonriente y feliz. «Al menos...», había dicho su madre antes de morir. Creía que sabía cómo terminaba la frase. Al menos abandonaba este mundo libre de la prisión de hierro en la que había estado enclaustrado su cuerpo los últimos veinte años.

El globo, con Mateo asido a su soga, comenzó a tomar altura. Alzó la mirada. Tendría que trepar por la cuerda; una cosa era que Cervera subiera a pulso el cuerpo desvanecido de Marie, que no debía pesar tanto, y otra era que lo hiciera con él. No le quedaba otro remedio que subir por sí solo.

—¿Cuánto cobro por pertenecer al maldito Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos? Igual debería haberlo preguntado —musitó—. Sea lo que sea, me merezco un aumento.

BRIMAUD Y COMPAÑÍA,

nunca está lejos, amable lector, y ahora que la novela que tienes en tus manos está a punto de concluir, es el momento de que también lo hagan las peripecias de Bárbara Berwick, en la tercera y última parte de esta historia titulada

LA HERMANDAD DE CRONOS

En la anterior entrega, la joven Evelyn Cobblers, rebelándose contra su captor, había provocado que el hombre al que llamaban lord Scorch cayera al pozo donde pretendían sacrificar a su hijo, al tiempo que Bárbara Berwick acudía en su ayuda...

¿Qué consecuencias tendrá todo esto?

¿Saldrá Bárbara Berwick bien parada de esta peligrosa aventura?

Pero antes...

BRIMAUD Y COMPAÑÍA, Farmacéuticos en París

Y

DR. AGUIRRE, DE BILBAO

— CONJUNTAMENTE —

Quieren hacer público que es falsa la información publicada por cierta prensa malintencionada. NO EXISTE ASOCIACIÓN ALGUNA entre nuestras empresas y la malograda firma EIGNER & BERWICK. Los contactos mantenidos no solo fueron infructuosos, sino que fueron, además, repudiados por nuestros directivos.

Ningún elixir, pastilla o jarabe procedente de EIGNER & BERWICK ha sido utilizado en la elaboración de nuestros famosos productos, como bien pueden atestiguar nuestros técnicos, y como fehacientemente confirman cuantos farmacéuticos y doctores en medicina se han avenido a analizar su composición.

Cualquier persona que afirme lo contrario será denunciada ante las autoridades.

La Hermandad de Cronos (3)

Todos se retiraban, aterrados. Algunos de los integrantes del conciliábulo emprendieron la huida. Otros se susurraban entre sí, cuestionándose unos a otros. Bárbara, también indecisa, seguía apuntando su arma a cualquiera que amenazara con intervenir, aunque nadie parecía interesado en hacerle frente. Evelyn, entretanto, agotada, se había dejado resbalar hasta el suelo con su hijo aún entre sus brazos. Por sus mejillas rodaban lágrimas silenciosas.

—¡Es necesario sacrificar al niño, o no se cerrará la disconformidad! ¡Es el hijo de Cronos! —gritaba lord Arden, pero nadie parecía hacerle caso. Por alguna razón, el truculento fin de lord Scorch no solo había confundido a los presentes, también había provocado que desapareciera su determinación.

—Cronos ya tiene su víctima, ¿no es suficiente con lord Scorch? —se hizo oír lord Torrence, el hombre que Bárbara había encontrado en el cobertizo.

—¡No diga disparates! Scorch no es hijo de Cronos —se desesperaba Arden.

Súbitamente, una luz cegadora surgió del fondo del pozo. Bárbara se cubrió la vista con el antebrazo. Un rugido ensordecedor, como nunca había escuchado, hizo temblar toda la caverna. Cuatro tentáculos de luz azulada escaparon del foso, y atravesaron el pecho de varios de los hombres que aún permanecían cerca, lord Arden incluido, arrancándoles gritos de dolor. Los miembros de la Hermandad a los que los apéndices habían ensartado fueron elevados en el aire, aupados por aquellos tentáculos que parecían hechos de luz y que al mismo tiempo poseían una sólida corporeidad. El resto emprendieron la carrera, desesperados. Algunos lograron alcanzar la escalera y escapar al exterior, otros fueron capturados por nuevos tentáculos de luz azul. Un olor a carne quemada flotaba en el ambiente y los gritos de terror inundaban la caverna.

Bárbara corrió en dirección contraria a los demás, hacia Evelyn y su hijo.

—Sabía que no me abandonarías —dijo la joven madre al verla. En el rostro de Evelyn se reflejaba el cansancio. Había dado a luz a su hijo, la habían arrastrado hasta aquel lugar, y había peleado con uñas y dientes para evitar que su recién nacido fuera sacrificado.

El sobrecogedor rugido proveniente del pozo volvió a irrumpir, atronador, en la cueva. De pronto, aquellos a quienes los tentáculos habían atrapado, fueron arrastrados con violencia a la negrura inescrutable del pozo. Por un segundo, se hizo el silencio. Después, el sonido de algo que crujía ominosamente se hizo audible. Bárbara tuvo la certeza de que se trataba de los huesos de aquellos pobres desdichados y deseó fervientemente que hubieran muerto antes de que sus cuerpos sufrieran lo que quisiera que aquel terrible ruido significaba. En aquel momento, la luz del interior del pozo se apagó.

—Vamos, ¡ahora! —dijo Bárbara, arrastrando a Evelyn hacia las escaleras.

Un par de hombres, agazapados en alguna esquina de la gruta, salieron corriendo también, aprovechando el momento e, ignorándolas, casi las arrollaron en su huida. Una corriente de aire surgida del fondo del pozo extinguió las llamas de los pocos cirios que quedaban encendidos y que habían iluminado la caverna hasta aquel momento. Bárbara se detuvo. Evelyn, a su lado, con su bebé aún en brazos, se apoyó en ella, exhausta. Una oscuridad total las rodeaba.

Unos metros detrás de ellas una minúscula llama rompió la penumbra. Bárbara se volvió y reconoció la cara sudorosa de lord Torrence, apenas iluminada por la cerilla que sostenía en sus dedos.

—Te he reconocido, Bárbara Berwick —dijo el miembro de la hermandad—. Solía jugar al golf con tu padre.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bárbara.

—El niño que proteges no es natural, es uno de los hijos de Cronos, que se conciben fuera del tiempo y el espacio.

—No... es mi hijo, no ha hecho daño a nadie —chilló Evelyn con voz aguda.

—Cada vez que nace uno, Cronos despierta. Si no calma su hambre ingiriendo a sus vástagos, el caos escapará del Tártaro —continuó lord Torrence, ignorándola.

La cerilla se apagó, devolviéndoles a la oscuridad. Un sonido reptante y viscoso se iba haciendo más y más audible. Solo podía provenir del pozo. Lord Torrence prendió un nuevo fósforo.

—No somos malvados, pero tenemos una misión, salvar al mundo del caos, ¿no lo entiendes? —continuó el hombre. Su voz, calmada hasta entonces, comenzó a adquirir un tono sombrío.

—No hay nada que merezca ser salvado a costa de sacrificar inocentes —dijo Bárbara con desprecio.

Tras lord Torrence, en relativo silencio, una sombra surgió del pozo y un nuevo resplandor azul, procedente de su interior, les permitió distinguir un bulto que se aproximaba. Parecía una gigantesca bola de carne picada que, poco a poco, iba tomando una forma humanoide.

Bárbara y Evelyn retrocedieron, sin darle la espalda a aquella nueva aparición. El horror se dibujó en sus caras y Lord Torrence, al ser testigo de los rostros desencajados de las dos mujeres, se giró lentamente y se enfrentó a la atrocidad que se acercaba. Quedó petrificado al ver que el engendro mutaba ante sus ojos. Parecía ahora un hombre carente de piel, de unos tres metros de alto, con brazos largos y delgados terminados en zarpas de afiladas uñas. En su alargada cara se había formado una boca descomunal, de la que sobresalían largos y puntiagudos dientes. Torrence seguía inmóvil, incapaz de moverse. Al llegar el monstruo a su altura, clavó, en el pecho del miembro de la Hermandad, una de sus zarpas. El pecho de Torrence se tiñó de rojo, mientras que en su cara aparecía la sorpresa. Cayó de rodillas, aún sin dar crédito. La sangre comenzó a manar de su boca. El monstruo liberó su garra del pecho de su víctima y Lord

Torrence se desplomó sin vida. Un charco bermellón comenzó a formarse bajo su cuerpo inerte.

Paso a paso, retrocediendo ante el terrorífico ser que se aproximaba, Bárbara y Evelyn habían llegado al pie de la escalera. El terrorífico ser, sin embargo, cada vez estaba más cerca de ellas. La luz azulada que emitía el pozo iba y venía, como latidos de un corazón. Evelyn, exhausta, colgaba de Bárbara, y aunque ésta tiraba de ella y de su hijo, no acertaba a dar un nuevo paso.

—Dame a mi hijo, tengo hambre —dijo una voz cavernosa y gutural. La aberración que había acabado con la vida de lord Torrence no había pronunciado esas palabras exactamente, o al menos, no en un idioma que Bárbara hubiera escuchado con anterioridad. Y sin embargo, era lo que había entendido.

Bárbara recordó en aquel momento que aún llevaba su Derringer en su mano. Nerviosa, levantó su mano y, a pesar del temblor que la aquejaba, acertó a disparar. Un agujero del tamaño de un huevo se abrió en la frente de la espantosa cabeza. Finas líneas, como grietas, partieron de aquel agujero, expandiéndose por todo su cuerpo. El engendro rugió de nuevo, y las pulsaciones azuladas del pozo se hicieron más rápidas.

—Al menos te ha dolido —dijo Bárbara, con rabia y dejó caer su revólver. Era hora de afrontar el fin. Un frío espectral inundó su cuerpo. Así que esto es lo que se siente justo antes de morir, pensó.

—Sálvelo, señorita Berwick. Por favor. —Evelyn le tendió al niño, forzando a que Bárbara lo tomara en sus brazos. Después, sin mayor preámbulo, se volvió hacia el monstruo y corrió hacia él.

No era la primera vez que Bárbara sostenía a un bebé en sus brazos, pero la extrema fragilidad del cuerpecillo que Evelyn le había obligado a tomar entre los suyos, le hizo reaccionar. Mientras Evelyn se arrojaba contra el monstruo de carne y se abrazaba a él, Bárbara sintió la urgente e irresisitible necesidad de huir de allí, de sobrevivir. No era por ella. Era por aquella nueva vida que lloraba en sus brazos. Se dio la vuelta, esta vez sí, y corrió escaleras arriba. La luz azul del pozo ya no pulsaba, era constante y tan intensa que parecía blanca. Cronos, o lo que quiera que fuera aquel engendro, intentó seguir a Bárbara; su gran envergadura, lo estrecho de las escaleras, y Evelyn, que abrazada a él, le obstaculizaba, se lo impedían. Bárbara volvió la vista y contempló como el monstruo, encolerizado, volvía su atención hacia la joven madre, que se negaba a soltarlo. Con un rugido de rabia, usó sus zarpas en ella, prácticamente cortándola en pedazos, y de una patada, arrojó su cuerpo sin vida, o lo que quedaba de él, al otro extremo de la cueva.

La luz que salía del pozo era increíblemente intensa y se filtraba por todas partes. Bárbara corría escaleras arriba sin ver nada y, a su espalda, escuchó los bramidos y pisadas del monstruo que subía tras ella. Sin poder calcular realmente dónde estaba, o lo que hacía, llegó arriba y se quedó sin escaleras que subir. Perdió el equilibrio y cayó al suelo. A punto había estado de aplastar al niño que lloraba en sus brazos. Bárbara tenía los ojos llenos de lágrimas, causadas por el

resplandor que todo lo inundaba. No alcanzaba a ver, el universo era una sábana blanquísima. A ciegas, se levantó como pudo, aún protegiendo al bebé, y tropezó con algo. Era la trampilla por la que había salido, que seguía levantada. De una patada la dejó caer, y al cerrarse, la luz perdió un poco de intensidad, lo justo para poder vislumbrar, más allá, la salida del cobertizo. Un rugido terrible, al otro lado de la trampilla, le heló la sangre. Salió del edificio, corriendo.

No había nadie. Los carruajes que antes esperaban en el exterior habían desaparecido, supuso que alertados por los pocos miembros de la Hermandad que habían logrado escapar cuando aquel infierno comenzó. Bárbara se encontraba a unos metros cuando, una vez más, la terrible luz pareció envolver el mundo entero. El cobertizo explotó súbitamente, astillas de madera volaron a su alrededor, y una vez más, intentando proteger al bebé con su cuerpo, se tiró al suelo.

Y de pronto, todo acabó.

Tomás Sanz tomó en sus manos la última maleta. Las demás ya habían sido cargadas en el carruaje y el cochero esperaba para llevarle al puerto. Echó un último vistazo a la que había sido su residencia en Londres durante varios años. Había sido feliz allí, pero todo llegaba a su fin. Era hora de volver a España.

Cuando bajó las escaleras de la casa por última vez y cerró la puerta tras de sí, le costó reconocer a la mujer que en la calle esperaba por él. La tomó por una mendiga extremadamente madrugadora. Vestía una especie de hábito, sucio y roto, y acunaba un bebé de pocas horas en sus brazos.

—Creo que tenemos que hablar —dijo Bárbara Berwick.

DE GLOBOS Y CASTILLOS (III)

1

Sor Angustias no entendía qué había sucedido. Debía estar soñando, en caso contrario, no se explicaba por qué estaba en una habitación del hospital, atada a la cama y amordazada, y lo que era peor, en paños menores. Aunque, si bien el porqué le era ignoto, el cómo lo tenía muy claro. Cristalino. Ella mismo había ido allí por su propio pie, se había desvestido, le había entregado su hábito a su acompañante, y se había tumbado complaciente en la cama, aceptando las ataduras y la mordaza sin queja alguna. Solo se le ocurría una explicación para aquel comportamiento. La mujer que le había guiado hasta allí, la rubia bellísima que un rato antes había aparecido en la recepción del Hospital Militar de Princesa, era, en realidad, el mismísimo Satanás. Qué mejor disfraz para el Príncipe de las Tinieblas: la voluptuosa hembra era la personificación misma de la lujuria, el más vil de los pecados.

Había aparecido aquel súcubo de Belcebú justo después del almuerzo. Como era habitual, a aquella hora no había nadie en recepción, salvo ella. La mujer entró luciendo una sonrisa de dientes perfectos. Llevaba su pelo dorado recogido y resplandeciente y vestía un modelito de obvio corte extranjero; una modista española jamás hubiera osado crear un vestido que resaltara las curvas femeninas de aquella manera. En su conjunto, todo deletreaba una palabra: pecado. Sor Angustias había detectado la dudosa moral de aquella mujer al momento. Y como era lógico dotó a su mirada del desprecio que aquella pecaminosa voluptuosidad le producía. Lucifer no iba a engañarle a ella con aquellas tretas. No obstante, a pesar de su expresivo rictus, la recién llegada, en lugar de detenerse, darse la vuelta, y volver al lujoso lupanar del que sin lugar a dudas había salido, continuó su avance hasta plantarse frente a ella.

—Qué hermoso día —dijo la mujer con un acento que Sor Angustias no sabía identificar, pero que claramente no era español, ni cristiano.

—Sin pecado concebida —respondió la monja muy seria.

—Vengo a visitar a mi querida hermana, mademoiselle Poitiers. ¿Sería tan amable de indicarme en qué habitación se encuentra

ingresada?

—Este es un hospital militar, señorita. Aquí no hay *mademoiselles* —mintió Sor Angustias, impasible.

La monja se cruzó de brazos, congratulándose por su intuición y dispuesta a enfrentarse a la visitante. Lo que faltaba, francesa. Todo el mundo sabía que Francia era otra denominación para Sodoma y Gomorra, prácticamente un sinónimo, nada bueno podría salir de allí. Que el doctor Balqueiras, el director del hospital, hubiera sido tan memo como para permitir que una mujer fuera admitida como paciente, decía bien poco de su capacidad cognitiva y del agujero sin fondo hacia el que, de forma inexorable, se dirigía el país. Un hospital militar, como su propio nombre indicaba, debía tratar a militares, y en caso excepcional, a sus familiares. Estaba claro que le habían comido el coco a don Benito, que sería un santo doctor, pero siempre estaba con el progreso y el avance y todas esas memeces en la punta de la lengua. A Balqueiras le habían dado gato por liebre. La *mademoiselle* era mujer y francesa, así que ni militar, ni familiar de un militar español. Ya había metido la pata el doctor con aquel asunto del inglés; la que se montó aquel día, poco faltó para que lo echaran. Y ahora, tres cuartos de lo mismo, tiempo al tiempo. A pesar de todo, algo turbio se debía oler el señor Balqueiras, porque había dado instrucciones muy precisas de no informar a nadie de que mademoiselle Poitiers se encontraba allí ingresada. Incluso, le habían puesto un soldado en la puerta de guardia.

—Vaya tonta confusión —dijo la extranjera sin que su sonrisa perfecta abandonara su bella cara—. Me habían dicho que estaba aquí. Bueno, pues no se preocupe. Por cierto, cuando he llegado, he visto esta medalla en el suelo, supongo que la habrá perdido alguno de sus pacientes, pobrecitos, ¿querría dársela? —continuó, extendiendo la mano.

Sor Angustias alzó una ceja dubitativa. No había visto a su visitante recoger nada del suelo al entrar. No obstante, adelantó su propia mano para recoger lo que le ofrecía. Con un brillo maléfico en la mirada y una rapidez inusitada, la rubia atrapó con rapidez la mano de la religiosa. Fue entonces cuando Sor Angustias alcanzó a ver que la otra mano de su visitante sostenía una jeringuilla. Escapó

de su impavidez despectiva y retiró la suya espantada, no sin antes sentir un pinchazo en ella. Una expresión de descreimiento se dibujó en su cara.

—Son apenas unos segundos los que tarda en hacer efecto la inyección, no se preocupe —dijo la mujer sin perder la sonrisa—. Por cierto, Poitiers no es mi hermana, se trataba de una pequeña mentirijilla. Y ya puestas a sincerarnos, mi visita tampoco es del todo amigable. Ya sé que a usted mis planes no le importan lo más mínimo, pero en fin, tenemos que emplear este ratito de alguna manera, ¿verdad? Hay que dar tiempo a que los compuestos químicos sean asimilados en su riego sanguíneo. —Sor Angustias dio un par de pasos hacia atrás, sin poder creerse lo sucedido—. Bien, yo creo que ya es suficiente, ahora, vamos a ir a una habitación vacía. Por desgracia, tendré que dejarla a usted al cuidado de mis ropas y yo vestirme con su horrible hábito. No se preocupe, será temporal.

La monja trastabilló, y tuvo que apoyarse en el mostrador para no caer. Le dolía el pinchazo de la mano, y la mente comenzaba a nublársele.

—Adelante, hermana, abra camino y busque una habitación libre para nosotras dos. Si se encuentra con alguien por el camino, ignórelo —dijo la mujer. Su tono era autoritario esta vez, y a Sor Angustias no se le ocurrió razón alguna para no hacer como le ordenaban.

2

Eloísa apareció en la puerta del salón con los nuevos invitados. A Mateo, que había llegado unos minutos antes, le pareció cuando menos curioso, aunque no completamente inesperado, el contraste entre el serio y adusto semblante con que la dueña de la casa le había recibido a él, y el rostro iluminado y sonriente que presentaba ahora. Alfonso XII de Borbón tenía ese efecto, la Corte no era el único ambiente en el que se desenvolvía con facilidad; poseía una innata habilidad para seducir a su interlocutor, en especial a las

integrantes del género femenino. Aquel hombre alto, delgado, elegante, de sonrisa radiante y ademanes atentos distaba bastante del beodo libertino que Mateo había conocido en el Teatro Real, si bien ambas encarnaciones, a su manera, desprendían afabilidad y carisma. Junto a él, estaba Práxedes Sagasta que, al lado del monarca, muy bien hubiera podido ser invisible, nadie se hubiera percatado.

Alfonso amplió su sonrisa y en tres pasos se acercó hasta el sillón donde languidecía Francisco Serrano. Se inclinó y con cariño le dio un abrazo. Francisco apenas respondió. Era difícil saber si el general era consciente de lo que sucedía alrededor. Después, se volvió hacia Arsenio Martínez Campos, que junto a Mateo llevaba un rato esperando, y le dio una cariñosa palmada en la espalda. Finalmente, estrechó con fuerza y simpatía la mano del propio Mateo.

—Bien, bien, bien —dijo Alfonso—. Creo que están aquí mis personas favoritas en este momento, ¿no crees, Práxedes?

—Por supuesto, Su Alteza —dijo Sagasta, solícito,

—Ah, «Alteza», qué tontería, siempre me ha parecido un tratamiento ridículo. Aunque sí que es verdad que soy el más alto de esta reunión, ¿verdad Eloísa? —bromeó Alfonso. La esposa del general Serrano se rio como una colegiala.

—Les voy a dejar, que me imagino que su majestad tendrá muchos asuntos pendientes de los que hablar —dijo al fin la anfitriona, retirándose y cerrando la puerta tras de sí.

—No tengo tantas cosas que hacer, ¿verdad, Práxedes? —dijo Alfonso a su presidente.

—Me temo que su agenda siempre está tan ocupada como la mía, excelencia. Pero aunque estuviera libre, esta reunión es difícil de justificar. Si Cánovas se entera de que nos encontramos en secreto con usted, no creo que se lo tome a broma. Además, no creo que tenga conocimiento de la organización que dirige... o dirigía, no sé, el general Serrano. Lo deduzco partiendo del hecho de que también yo la ignoraba hasta cierto incidente.

—Déjate de incidentes, hombre. Y creo que Antonio es mucho más razonable de lo que piensas. Pero, en fin, vamos al grano. Arsenio, supongo que tienes la venia —dijo el monarca tomando

asiento en el único de los dos sillones que permanecía vacío. El otro lo ocupaba el general Serrano, que parecía dormitar.

—Como sabrán —dijo Martínez Campos, aclarándose la voz—, aquí nuestro amigo el señor Sanz contravino la «recomendación» expresada tanto por mí como por el actual presidente del Gobierno, el señor Sagasta, aquí presente, de dejar las cosas como estaban y emprender una nueva vida.

—Por lo cual les pido perdón —dijo Mateo, interrumpiendo brevemente el discurso del ministro.

—Dadas las particulares características del departamento al que pertenece, y el satisfactorio resultado final de su desobediencia, no pediremos cuentas —continuó Martínez Campos.

—Aunque eso no lo exime de una grave falta de comportamiento —apuntilló Sagasta.

—Vamos, Práxedes. No seas tan estirado —dijo Alfonso XII—. Hiciste bien, Mateo. Por cierto, mi pésame con respecto a tu madre. La reina y yo lo sentimos mucho.

—Muchas gracias —dijo Mateo. Dudaba mucho que María Cristina de Habsburgo tuviera un buen recuerdo de él, por lo que sospechaba que Alfonso incluía a su esposa por defecto en cuantos pésames y felicitaciones transmitía. En cuanto al recelo de Práxedes Sagasta, suponía que era consecuencia del temor a la larga sombra de Antonio Cánovas, el líder del Partido Conservador, y con quien se alternaba en la presidencia del país.

—Mateo, si no le importa y puesto que son sus acciones la razón principal de nuestra reunión, proceda a resumirnos todo lo ocurrido en su último trabajo en el Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos —dijo el ministro.

—Excelente nombre para el departamento, siempre lo he pensado —apreció Alfonso XII.

Mateo se incorporó y carraspeó antes de comenzar su charla.

—A estas alturas, todos habrán leído mi informe, pero resumiendo, como ya saben, los planes de Eigner fueron frustrados por Jünger, a quien tuvo retenido contra su voluntad durante gran parte de su vida. Dichos planes, por otra parte, eran un auténtico disparate. Pretendía inundar Europa con productos que provocarían

unos efectos catastróficos en la salud de la población para, a continuación, explotar el descontento subsiguiente, en perjuicio de los actuales gobiernos.

—¿Qué ha sucedido con Jünger? —preguntó el monarca.

—Se encuentra en paradero desconocido, suponemos que junto a Segundo Cruz. Sabemos, porque así lo expresó él mismo, que no pretende continuar los planes de su antiguo captor, pero se ha apropiado de la mayor parte de sus bienes, incluyendo diversos objetos de índole... especial. Los equipos correspondientes de los distintos países han sido alertados y estarán atentos a cualquier novedad al respecto.

—Ahora que menciona a los equipos de otros países... ¿qué sucedió con la *division spéciale* francesa? —dijo Alfonso, cruzando las piernas—. No me ha quedado claro si hubo juego sucio por su parte.

—Un ligero malentendido. Alguna mala comunicación debido a las barreras idiomáticas, que provocó que la cooperación y la confianza mutua no fuera lo fluida que debiera. Pero ya está todo solucionado. De hecho, la señorita Poitiers se está recuperando de sus heridas en estos momentos, no lejos de aquí. Una vez restablecida, continuará siendo parte de nuestro Equipo Especial español. No volverá, por ahora, al de Francia.

—¿Y qué sucedió con esta mujer... la alemana... Hanis?

—Veo que tiene una estupenda memoria, Alteza —dijo Mateo—. Verá, inicialmente creíamos que Hilda Hanis había perecido en el incendio y derrumbe del castillo de Eigner...

3

Hanis recorría los pasillos del Hospital Militar de Princesa enfundada en el triste hábito de Sor Angustias. Lo cierto era que aquella ropa nunca había conocido mejor percha. Dentro de su casto y sobrio envoltorio, la alemana jamás se había sentido más joven, radiante y poderosa que en aquel momento.

Había quien pensaba que Hilda Hanis era, antes que nada, una mujer enamorada de la ciencia. Quizás era así, pero sus mejores logros habían llegado cuando la embargaba la emoción, el instinto, la imaginación. La ciencia era tan solo el soporte, el esqueleto. Era vital sí, pero lo verdaderamente importante no eran las leyes de la física o la química. Como un pintor encarándose al lienzo, y que canaliza un sentimiento bruto y salvaje que bulle en su interior, la clave para Hilda era la inspiración, divina o demoníaca, daba igual. Le era necesaria esa mecha que prendía en su alma para crear sus obras maestras. Por suerte, o por desgracia, solo lo conseguía con los sentimientos más puros y, a sus ojos, había dos que superaban a todos las demás: el amor y la venganza. El momento del primero ya había pasado.

Entretanto, existían tres razones por las que, en aquel instante, Hilda Hanis caminaba disfrazada de monja por los pasillos de aquel hospital. En primer lugar, porque había jurado matar a Marie Poitiers, y Hilda Hanis cumplía lo que prometía. En segundo lugar, porque al hacerlo, le causaría un dolor inmenso a Mateo Sanz que, después de Segundo, se había convertido en su ser más odiado, y ese sufrimiento se transformaría en felicidad sin límites para ella. Y en tercer lugar... porque, por alguna razón, odiaba a aquella francesa con toda su alma. No sabía muy bien por qué, ¿acaso encarnaba Marie Poitiers el modelo de mujer que ella hubiera querido ser y que no era? Tal vez. O quizás la respuesta era más simple que todo eso. Acabar con Marie Poitiers le haría sentirse bien. Eso era todo. A eso se iba a dedicar su vida a partir de ahora, a la búsqueda de la felicidad, sin importar qué debía hacer para encontrarla.

La alemana se acercó a la habitación del cuarto piso, al final del largo pasillo, donde Sor Angustias le había informado que se encontraba la francesa. Tenía sentido. Aquella planta apenas era utilizada. El edificio era viejo, y estaban remodelándolo poco a poco —aunque «remodelación» era una palabra demasiado ambiciosa para las cuatro chapuzas que llevaban a cabo—. Era el turno de aquella planta, lo que la convertía en el lugar ideal para albergar a alguien que, oficialmente, no estaba allí.

Dar con Poitiers no había sido tan difícil. Antes, cuando Segundo dirigía su vida, admiraba en él la manera que tenía de tratar a los demás. Manejaba sus contactos con una experta combinación de azúcar y vinagre. En su coctelera particular mezclaba adulación, simpatía y a veces, según el caso, amenaza, intimidación y violencia. En aquellos tiempos Hilda creía que había que nacer con determinadas dotes para doblegar la voluntad de tus semejantes, de forma natural. Estaba equivocada. Como todo lo que había aprendido en la vida, había aprendido la lección a base de esfuerzo, dedicación y talento. Sola se bastaba para obtener de los demás la información necesaria. Tenía a su disposición más herramientas que el pobre Segundo. Además de sus drogas y elixires, contaba con su cuerpo y su hermosa cara de mujer, elementos a veces más poderosos que cualquier treta que usara su antiguo amante. Solo había que mantener los ojos abiertos y los oídos atentos, distinguir el trigo de la paja y extraer las conclusiones adecuadas. El caos que imperaba en todo lo que tenía relación con Eigner le había permitido navegar por las redes de contactos que Segundo había creado por toda Europa —y que ella conocía al haber estado con él cuando las creó—, sin que nadie sospechara en qué bando militaba.

Un militar se aburría a la entrada de la última habitación del largo pasillo. Levantó la vista somnoliento al escuchar los pasos que se acercaban. Hilda inclinó un poco la cabeza, ocultando así sus facciones, y mantuvo sus manos ocultas en las mangas del hábito.

—Usted es nueva, ¿no? —dijo el guardia. Estaba demasiado adormilado para recabar que, a diferencia del resto de las monjas del hospital, ésta llevaba tacones y lápiz de labios.

—Nueva, novísima. Recién estrenada —dijo Hanis sonriendo. Después, extrajo una de sus manos, bien cerrada, la abrió frente a la cara del muchacho y sopló sobre el montoncito de polvo que ocultaba. El militar se sobresaltó y no pudo evitar aspirar parte de la pequeña nube que le envolvió. Confundido, dio un par de pasos hacia atrás, puso los ojos en blanco, y cayó blandamente sobre el suelo.

—Dormir en el trabajo, ¿dónde vamos a ir a parar? —rio Hanis, limpiándose la mano en el hábito del resto del poderoso narcótico.

Ese tipo de cosas las decía antes Segundo y ella aplaudía tontamente. ¿Cómo había tardado tanto en darse cuenta de que no lo necesitaba? Demasiado.

Abrió la puerta y entró. La habitación tenía una ventana, pero la persiana estaba echada. A pesar de la semioscuridad reinante, podía apreciar el contorno de los objetos. No hacía falta más para dar con Poitiers, solo había una cama en la habitación. Entre las sábanas se adivinaba el cuerpo menudo de la enferma. Dormitaba. Hilda avanzó con un brillo maléfico en sus ojos. Llevaba, ahora, una jeringuilla en su mano, su contenido listo para ser inyectado y proporcionar a su víctima una muerte lenta y horrible. Se aseguraría de que Mateo Sanz supiera que fue ella la que la había causado. Apenas era capaz de dominar su excitación cuando llegó hasta la cama. Se decepcionó un poco al no poder verle la cara por la escasa luz. Había fantaseado con que Poitiers le mirara a los ojos mientras le inyectaba el veneno, quería asegurarse de que la maldita francesa fuera consciente de lo que estaba sucediendo. Se inclinó, aun así, hacia ella con la inyección preparada. Marie tenía la cara vendada, y solo un ojo —el sano— era visible. Hilda sonrió, la información que le había llegado era correcta, Poitiers había escapado del castillo con la esquirla del espejo clavada en el ojo. Que sobreviviera había sido un milagro. Ella se encargaría de revertirlo.

Antes, en el castillo, Mateo y Marie la habían abandonado como a un juguete roto y estropeado. La francesa ni siquiera se había rebajado a acabar con ella, probablemente porque sabía que no hacía falta; sin su tratamiento «especial» moriría rápido. Daba igual, Hilda también había asumido que el final había llegado. El castillo se caía a pedazos, como lo hacían su pelo, sus dientes, sus uñas... toda ella. Las pociones que la habían rejuvenecido tantas veces en el pasado dejaban de surtir efecto cada vez más rápido, y su cuerpo retornaba a su edad real, una edad en la que nadie podría seguir vivo. La habían abandonado allí, a la espera de la muerte. Y justo en aquel momento, ocurrió el milagro.

—¡Hanis, Hanis! ¿Dónde está? Nos han traicionado —escuchó, en la soledad de su laboratorio. Era una voz que se adentraba en el laboratorio, joven y sana.

Hilda quiso llamarla, pero apenas un gruñido se aventuró fuera de su garganta. Escuchó, entonces, unos pasos que se acercaban, precavidos al principio, acelerados después. Sintió unas manos que la recogían del suelo.

—¿Qué ha pasado, eres tú realmente? —Reconocía la voz de Isabella Saint-Clare. Si aún estaba allí, es que también a ella la habían engañado... Jünger y Segundo no contaban con ninguna de las dos, solo habían sido peones cuyo sacrificio a nadie importaba.

Isabella trató de ayudarla a que se pusiera en pie, pero Hilda apenas podía sostenerse. Sus articulaciones se quejaban y era como si le hurgaran con clavos ardientes. Las cataratas oscurecían su iris. Era el fin. O eso creía. Detrás de Isabella, creyó distinguir el artefacto que había creado para sustraer la juventud de sus víctimas, inspirándose en la doncella de hierro de la Inquisición, y en el que a punto estuvo de atrapar a Marie.

Hanis ignoraba de dónde obtuvo las fuerzas, quizás de la desesperación. Empujó a Saint-Claire, a quien pilló desprevenida. La joven tropezó y cayó dentro del mortal receptáculo. La puerta se cerró sobre ella con violencia, las decenas de agujas de varios tamaños perforaron su piel, y el mecanismo que extraía los jugos corporales se puso en marcha. Isabella gritaba angustiada ante lo que estaba sucediendo. Pedía ayuda desesperada. Hanis hubiera podido hacer un esfuerzo supremo y liberarla, pero utilizó todas las fuerzas que quedaban en su marchito cuerpo para hacerse con el espeso líquido que se vertía en el otro lado de la máquina. No tenía nada en contra de Saint-Claire, solo quería vivir. Vivir y vengarse.

Ahora, en la habitación del Hospital Militar de Princesa, Hanis ahuyentó los recuerdos, y maldijo porque la escasa luz de la habitación no le permitiera ver con claridad la cara de la francesa.

—Debiste haberme cortado el cuello cuando tuviste oportunidad, zorra —le susurró con rabia. Después, acercó la jeringuilla al cuerpo de la enferma, lista para administrar su dosis letal y mandarla, lenta pero irremediablemente, al mundo de los muertos.

4

—Cuando el castillo de Eigner se vino finalmente abajo, la mayoría de sus ocupantes ya lo habían abandonado. Los menos, porque estaban sobreaviso y se habían unido a las filas de Jünger, el resto por simple intuición: el edificio estaba ardiendo y cayendo sobre sus cabezas una explosión tras otra —continuó Mateo en su explicación.

—Parece una razón convincente para abandonar cualquier sitio, ¿verdad, Práxedes? —dijo Alfonso XII divertido.

—De una lógica aplastante —admitió el presidente Sagasta.

—Aun así, no todos escaparon del castillo a tiempo. Cuando llegó ayuda de los pueblos próximos, los supervivientes rescatados de las ruinas fueron trasladados a los hospitales más cercanos. Se redactaron los consiguientes y preceptivos partes médicos de aquellos que fueron ingresados, por supuesto y, de entre todos ellos, uno llamó poderosamente la atención. Se había recuperado de entre los escombros una especie de sarcófago...

—Se trata del artilugio en el cual evitó que aprisionaran a la señorita Poitiers, ¿no es así? —aventuró el monarca.

—Premio para el caballero —dijo Mateo.

El general Martínez Campos dejó escapar una tos recriminatoria ante la familiaridad del joven. Práxedes Sagasta se limitó a poner los ojos en blanco y mover la cabeza con pesar.

—Dentro de aquella especie de ataúd metálico —continuó Mateo sin inmutarse— se encontró a una mujer. Milagrosamente, la férrea envoltura la había protegido de morir aplastada por el derrumbe del castillo, aunque el incendio subsiguiente le había producido quemaduras importantes.

—¿Era Hilda Hanis esa mujer? —preguntó Alfonso XII emocionado.

—Me temo que esta vez no ha acertado, Alteza. La mujer dentro del artilugio era Isabella Saint-Clare. Las quemaduras causadas al calentarse el armatoste metálico, debido al incendio al cual cayó, había cauterizado las heridas causadas por las agujas hipodérmicas de las que estaba revestido su interior. Quizás eso le salvó la vida, lo cual sería paradójico. En cualquier caso, su cuerpo no solo estaba marcado de forma horrorosa por las graves quemaduras y las heridas de las agujas, sino que, además, era como si aquel artefacto

le hubiera robado la juventud. Isabella, a pesar de su juventud, exhibía todas las características de una persona de edad avanzada. Muy avanzada. Saint-Clare estuvo consciente el tiempo suficiente como para confirmar que fue Hanis la culpable.

—Entonces, ¿Isabela Saint-Clare ha fallecido y Hilda Hanis sigue viva? —preguntó el rey.

—Quién sabe —respondió Mateo.

Martínez Campos volvió a toser.

—Arsenio, tienes que hacerte mirar esa tos —dijo Alfonso XII.

—Cuando digo que quién sabe —aclaró Mateo—, lo que quiero decir realmente es que, en primer lugar, no sabemos dónde está Isabella Saint-Clare. Al poco de ser ingresada, una mujer llegó al hospital. Se identificó como su dama de compañía y aseguró que estaba allí en representación de la familia Saint-Clare. Los médicos, sin sospechar la farsa, delegaron en ella su cuidado, la dieron de alta a pesar de su mal estado, y permitieron su marcha. No hemos vuelto a saber nada, ni de Isabella, ni de su pretendida «dama de compañía» que, en mi opinión, no es otra que Lilly, a quien conocí en Durham interpretando ese mismo papel. Así pues, Isabella podría haber muerto o por el contrario, seguir viva.

—¿Y qué piensa usted? —preguntó el monarca.

—Pienso lo mismo que diría el general. —Mateo le dirigió una mirada a Francisco Serrano, que seguía en su estado ausente—. Mala yerba nunca muere.

—Cierto —asintió el monarca—. Y en cuanto a Hilda Hanis, supongo que de ella tampoco sabemos nada, ni donde está, ni cuáles son sus planes.

—Sabemos que pretende asesinar a Marie Poitiers —dijo Mateo.

—¿Cómo?, ¿cuándo? —dijo Alfonso XII, sorprendido.

Mateo extrajo de forma teatral un reloj del bolsillo de su levita y le echó un vistazo.

—Aproximadamente, ahora.

5

Un agudo dolor en el costado la detuvo en seco.

La punzada hizo que olvidara por un momento que aún sostenía en su mano la jeringuilla con la que pretendía acabar con Marie Poitiers. Horrorizada, Hilda centró sus cinco sentidos en localizar el origen de aquel terrible dolor. Bajó la mirada y, a pesar de la penumbra de la habitación, vislumbró un puño aferrado a una navaja, cuya hoja desaparecía en su costado. Había asumido que la cama la ocupaba una indefensa Marie. La francesa era pequeña y fibrosa, pero ahí acababan las similitudes. Quien le había clavado la navaja también era de reducida estatura y delgada constitución, pero definitivamente no era Marie, entre otras cosas, porque se trataba de un hombre. Un varón. Ahora que se había incorporado a medias en la cama, y además, le sujetaba la mano que aún portaba la jeringuilla, la realidad era tan evidente que no sabría cómo explicar su confusión anterior.

—La señorita Hanis, supongo. Mateo Sanz y Marie Poitiers le envían recuerdos —dijo una voz masculina, con acento de Zaragoza.

El hombre tenía media cara oculta por las vendas. En la oscuridad, Hilda había sucumbido a ese engaño burdo y simplón. De no sentir que su costado iba a reventar, se hubiera reído. De qué forma tan estúpida se había ido todo al garete.

—Mi nombre es Manuel Peñalta —continuó el hombrecillo—. No creo que me conozca, esta es mi primera misión con el Equipo Especial de... no sé qué, la verdad es que no me acuerdo del nombre completo. El señor Sanz me ha reclutado.

Hilda intentó revolverse, pero el agudo dolor que le producía la hoja de la navaja clavada en su costado casi le hizo doblar las rodillas.

—Por favor... —dijo Hanis, incapaz casi de hablar.

—No se preocupe, está en un hospital, y me han asegurado que no la van a dejar morir de un navajazo. A no ser que sea necesario. Y ahora, ¿le importa soltar esa jeringa que tiene en la mano, o desea que le parta la muñeca? No intente ningún truquillo femenino, que usted es muy guapa, los dos lo sabemos, pero yo estoy felizmente casado y la verdad, no creo que me interese.

A través de la ventana llegó el sonido de las campanas de una iglesia cercana dando la hora. Eran las seis de la tarde.

6

Alfonso XII dejó ver su desconcierto, sentado en el sofá.

—Pero no entiendo, ¿cómo sabe que todo eso está sucediendo precisamente ahora? ¿Y dónde está entonces Poitiers? —dijo el monarca pensativo.

—La explicación es un poco extensa... —contestó Mateo.

—Su majestad es un hombre muy ocupado, si nos hiciera el favor de resumirla. Al resto también nos haría un favor. —Sagasta miró, afectado, su reloj de bolsillo.

—Por supuesto —asintió Mateo—. Verá, cuando escapamos del castillo, nuestra principal preocupación era encontrar atención médica para Marie. La esquirla del espejo había quedado incrustada en su ojo...

—Espero que lo salvara —interrumpió Alfonso XII.

—Me temo que no.

—Vaya, lo lamento mucho. Y la reina...

—Gracias en nombre de la señorita Poitiers, Su Alteza. Pero, como decía, temíamos que el trozo de cristal hubiera llegado al cerebro. La operación era complicada, retirar la esquirla implicaba arriesgarse a una hemorragia interna. Por fortuna, los cirujanos consiguieron extraerla con éxito.

—Fantástico —aplaudió el rey.

—No obstante, han quedado algunas secuelas. Secuelas un tanto... especiales. Al poco, Marie comenzó a sufrir jaquecas y, muy de cuando en cuando, ha tenido «visiones». Tras nuevas exploraciones, los médicos llegaron a la conclusión de que un pequeño trozo, demasiado pequeño e inaccesible ha quedado alojado permanentemente en el interior de su cráneo. En el cerebro, como temíamos.

—Cuando dice que tiene «visiones», en realidad lo que quiere decir es que tiene la capacidad de ver el futuro y cosas así, ¿no es

cierto?

Mateo asintió.

—El trozo de espejo extraído no es más que un espejo normal y corriente. Al menos así se comporta. En ningún momento ha mostrado ningún rasgo sobrenatural. Sin embargo, sospechamos que el pequeño fragmento que no pudimos extraer, le puede estar proporcionando a Marie algún tipo de poder adivinatorio. En fin, es difícil de explicar, pero por ser breve, le diré que Marie contempló que, exactamente a las seis de la tarde, Hilda Hanis intentaría asesinarla en el Hospital Militar de Princesa.

—Supongo que habrán tomado medidas para que eso no suceda.

—Así es, Su Alteza —intervino Martínez Campos.

—Bien, bien. Perfecto —dijo el monarca levantándose del asiento —. Pues ha sido una velada excelente, caballeros. Transmita mis mejores deseos a la señorita Poitiers y actúen como proceda con la tal señorita Hanis.

—Así se hará, excelencia —dijo el general Martínez Campos, retomando la dirección del encuentro.

—Oh, por cierto —añadió el rey—, en cuanto al futuro de su Equipo Especial... dejará de ser un quebradero de cabeza para ti, Arsenio. A partir de ahora no dependerá del Ministerio de la Guerra.

Martínez Campos le miró sorprendido.

—Verán —continuó Alfonso XII—, dado lo ocurrido y los «extraños eventos» con los que trata este equipo, creo que hay un claro riesgo de que ciertos personajes abusen de los resultados de sus investigaciones y de los «poderes» de los extraños artilugios que obtengan. En especial, y perdónenme los presentes, a quien más temo es al político. Un político, por definición, no es de fiar. ¿Verdad, Práxedes?

—Ya conoce mi opinión, Alteza.

—A Práxedes no le parece bien —dijo el rey dirigiéndose al resto —, pero creo, con total sinceridad, que este departamento no puede depender del color político en el poder en cada momento. Por ello, he dispuesto que el Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos sea una organización independiente. En la

actualidad, lo sufragará la Corona directamente, y espero que con la mayor discreción.

Francisco Serrano tosió desde su asiento. Todos se volvieron hacia él, pero el general seguía, en apariencia, dormido.

—Francisco tiene razón —asintió Alfonso, interpretando el acceso de tos del general—. Él ha sido ministro durante la República, y sabe que cabe la posibilidad de que vuelva la locura y la Corona española deje de ser el símbolo que unifique el país... Por ello, hagan sus deberes, que para eso les pagan, y busquen el mejor marco legal que ampare al Equipo y su independencia. Yo no puedo hacerlo todo, pero confío en ustedes. Por ahora, y mientras yo sea rey de España, esta organización tiene su supervivencia garantizada. Y pienso serlo muchos años.

—Estoy seguro de ello —dijo Mateo. Era verdad que lo pensaba.

7

Unos meses más tarde, en el barrio londinense de White Chappel, en el segundo piso de una casa con un tejado desvencijado, al final de una escalera oscura y ruinosa, una mujer de gesto adusto acude a la puerta. Abre apenas una rendija de la puerta. Las sombras mantienen oculto al visitante.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —dice la mujer con desconfianza.

—Lilly, soy Mateo. Ha sido difícil dar con vosotras.

Diez minutos más tarde, Mateo Sanz sale al exterior, y recorre varias callejuelas entre el hosco escudriño de sus vecinos. En cualquier otra circunstancia, abundarían voluntarios listos para asaltar al iluso que camina indiferente por sus lóbregas calles. Mateo lo sospecha, pero también sabe que su actitud despreocupada no es el reclamo ideal para un atracador. El desconcierto que causa en sus atacantes potenciales es suficiente para que nadie le importune, por lo que llega a su carruaje sin incidente alguno. Nada más subir, emprenden la marcha.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta Gilbert Taylor. Junto a él, Marie Poitiers, vestida de rojo y negro, tapado uno de sus ojos con un parche rematado con un estrecho encaje, en la misma combinación de colores, aguanta con estoicidad el humo que desprende la pipa de su compañero.

—Como era de esperar. Lilly no admitió nada, ni siquiera si Isabella se encontraba allí, pero aceptó el regalo —responde Mateo.

—Las cosas les deben haber ido muy mal, si han terminado en este barrio —dice Gilbert.

—Tal vez es el lugar más seguro —intercede Marie—. El tipo de información a la que ha tenido acceso gracias a su historial profesional la hace peligrosa. Es lógico pensar que alguien en sus horas bajas podría tener la tentación de compartir los secretos de los que su pasada actividad le habían hecho partícipe, a cambio de dinero, por lo que no debemos despreciar la posibilidad de que alguno de sus antiguos clientes decida curarse en salud y eliminarla antes de que eso suceda. Éste sería el último sitio donde se les ocurriría buscarla.

—Es posible —asiente Mateo—. En cualquier caso, no he llegado a ver a Isabella. Lilly no me dejó entrar. Le di la medicina que Hanis había preparado. Dudo que pueda recomponerse totalmente, las quemaduras y las heridas sufridas, según los informes del hospital, eran demasiado serias. Al menos, recuperará parte de la juventud perdida.

—¿Merece la pena el esfuerzo? —pregunta Gilbert, mientras chupa su pipa.

—Tener a Isabella de nuestra parte lo merece, sí —dice Marie.

—Se lo ha dicho eso su... —Gilbert saca la pipa de la boca y señala con ella el parche de Marie.

—¿Mi ojo mágico? —dice Marie, con sorna—. No, recuerde que sé pensar por mí misma.

—Nunca lo he dudado. Y por cierto, ya que estamos siendo sinceros... No me lo tome a mal, Mateo, pero ¿no cree que la resolución de su aventura con Eigner ha sido, siendo generoso, bastante chapucera? Y no me refiero a la sarta de mentiras que han reflejado en sus informes oficiales y al extraño relato que han contado a sus superiores. Me refiero a lo ocurrido realmente, y en eso, al fin y al cabo, no hay nada en lo que haya contribuido usted, Mateo, para que todo terminara como lo ha hecho.

—Nunca lo he negado. —Mateo se encoge de hombros—. Todo hubiera sucedido de igual manera sin que yo hubiera intervenido.

—Se equivoca —interrumpe Marie—. Sin Mateo, no hubiera sido capaz de infiltrarme en la organización de Eigner, y si por un casual lo hubiera hecho, no creo que siguiera viva.

—En fin, sigo pensando que todo este asunto es una pescadilla que se muerde la cola —continúa Gilbert, con la pipa humeante en su mano—. Otra pregunta, si no le importa, Mateo, en cuanto a lo que le mostró el espejo, por mucho que usted se niegue a darle la menor credibilidad, hacía referencia a un futuro más o menos lejano. Todavía podría ocurrir. ¿Está seguro que no cambiará de idea y decidirá que estaremos mejor con usted al mando del mundo?

—Se lo aseguro. El espejo no mostraba el futuro. Lo he discutido con el profesor Winslow y está de acuerdo conmigo en que el espejo era, en realidad y como mucho, una ventana a otra línea temporal.

Una en la que los acontecimientos, hasta aquel momento, habrían sido semejantes a los que ocurrieron en la nuestra. En fin, hay mucho que elucubrar al respecto, cuántas líneas temporales existen, si siempre existieron, si dejan de existir cuando se crea una nueva, en fin... Con el espejo fuera de circulación, es hablar por hablar.

—Así que usted en otro «universo»... En fin. Por cierto, ¿qué tal el profesor?

—Le manda recuerdos —dice Poitiers, saliendo de su mutismo.

—¿En serio?

—Por supuesto que no, Marie está hoy muy bromista. Ya conoce a Winslow y su espléndido talante. —Mateo sonríe y le guiña un ojo a su compañera—. El profesor está de vuelta con el hermano Ángel. Julio Cervera le construyó, como prometió, un mecanismo un tanto voluminoso, pero manejable, para que no tuviéramos que estar dándole cuerda constantemente. Al implantarlo, es como si Winslow hubiera dejado de existir. El muñeco era tan solo un muñeco. Cuando deshicimos esa modificación y lo dejamos todo como estaba, volvió a la vida.

—Otra pregunta, si no le importa, si se habían quedado sin combustible en el globo, Cervera y Winslow, ¿cómo es que aparecieron tan oportunamente para salvarlos? —pregunta Gilbert, soltando una bocanada de humo.

—Tras abandonar yo el globo, Julio y el profesor aterrizaron en mitad del claro de un bosque. Al poco, aparecieron varios hombres con una carreta que transportaba combustible. Era para ellos. Como es lógico, Cervera se quedó estupefacto. Aunque lo más extraño fue esta tarjeta que le entregaron.

Gilbert toma la tarjeta que Mateo extrae del bolsillo de su levita.

—«De una forma u otra, volveremos a vernos» —lee—. Y lo firma Abelard Eigner.

—Hay algo más, escrito detrás.

Gilbert le da la vuelta a la tarjeta. Un par de números, con cuatro decimales es todo lo que aparece, escrito a mano, en el reverso.

—¿Coordenadas? —pregunta.

—En efecto. Las del castillo —responde Mateo—. Cervera dedujo correctamente, por suerte para mí, que debía ir allí.

—¿Está seguro, entonces, de que Eigner no vio lo que iba a pasar? ¿De qué otra forma sabría dónde aterrizaría el globo?

Mateo se encoge de hombros.

—La verdad es que la explicación no es halagüeña.

—Implica que todo lo que nos ha ocurrido ya pasó en otra línea temporal —interviene Marie.

—Y si es así, significa que, lo que quiera que hicieron en aquella realidad, tampoco funcionó, ya que Eigner volvió al pasado y estamos aquí, otra vez, reviviéndolo todo —deduce, a su vez, Gilbert.

—Así es. —Mateo vuelve a guardarse la tarjeta en el bolsillo.

—Supongo que ese es otro de esos «extraños eventos» cuya solución aún está pendiente. Entiendo que tampoco sabemos nada de Saracino, ni de Farbig, el pobre diablo que liberó de su celda en el laboratorio de Hanis.

—Ninguna noticia. Pietro Saracino no se encontraba en el castillo, y de Farbig no sabemos siquiera si sobrevivió.

—¿Y el general? ¿Cómo sigue Francisco? —pregunta Gilbert Taylor, de nuevo exhalando el humo de la pipa.

—No hay mejoría. Por cierto, Gilbert, ¿desde cuando fuma en pipa? —pregunta Mateo. El compartimento del carruaje, con la ventana cerrada, se ha ido llenando de humo a lo largo de la conversación.

—Oh, ¿esto? He empezado hoy. Es un hábito deleznable, pero me parecía apropiado para poner un colofón a todo lo ocurrido. Alguien debe fumar una pipa de buen tabaco mientras se aclaran todas las incógnitas. Además, quería averiguar cuánto ibais a aguantar sin llamarme la atención. Así os será más fácil decirme adiós.

Mateo se ríe a carcajadas, y Marie entorna los ojos y mueve la cabeza con descreimiento. Gilbert abre la ventana del carruaje y arroja la pipa al exterior.

—¿Está seguro de que no quiere seguir con nosotros? El Equipo Especial tiene mucho que agradecerle —dice Mateo—. Seguro que le tratamos mejor que su *Bureau* de Scotland Yard.

—Lo sé. Pero tarde o temprano, echaría de menos el maravilloso clima de Inglaterra.

—Creo que Mateo le ha contagiado su estupidez. Tenga cuidado y no la expanda por todo Londres. Y mantenga vigilado a Cedric Berwick, todo apunta a que él y Jünger están en contacto —dice Marie, aunque esta vez su tono es amigable.

—A sus órdenes, jefa. —Gilbert saluda con la mano en la frente, como un militar.

El carruaje se detiene al fin. Han llegado al puerto. Mateo se apresura en bajar para, a continuación, asistir de manera cortés a la señorita Poitiers en su descenso.

—Creo que no es un adiós, sino un «hasta la vista» —dice Gilbert desde el interior.

—Oh, desde luego. —Mateo mira alrededor. La niebla se ha disipado, y las estrellas brillan en el cielo—. Esto es solo el principio.

La Hermandad de Cronos (Epílogo)

El hombre que camina entre los restos humeantes del cobertizo se detiene de improviso. Un leve resplandor azulado le ha llamado la atención. Se arrodilla, extiende su mano y recoge algo de entre las ruinas. Lo contempla con atención, estupefacto de que nadie haya reparado antes. Parece un diamante, el más grande que se haya visto jamás. Pero no solo se trata de una piedra preciosa. No es algo tan vulgar, lo sabe. Posee un valor infinitamente superior. O bien el destino ha decidido que fuera él quien encontrara el «Ojo de Cronos», o bien ha tenido mucha suerte, muchísima. El hombre se incorpora y piensa que solo los tontos ponen su fe en la diosa Fortuna. En realidad la responsabilidad que ahora recae sobre él es, si acaso, una maldición. Tendrá que ser muy cuidadoso para hacerlo llegar a la persona adecuada, en el momento adecuado. También ha de ser discreto, para que nadie sospeche que es esa la pieza clave de toda la historia.

El cochero espera, embozado en una manta y adormilado, en aquella fría mañana.

—¿Todo bien? —pregunta cuando vuelve al carruaje.

—Todo bien, sí. Estupendamente —responde lord Cornish.

Epílogo2

(PRÓLOGO DE LO QUE ESTÁ POR VENIR)

El carcelero abre la puerta y el general Arsenio Martínez Campos entra en la celda. El hombre que la ocupa está medio recostado en su catre, levanta la vista del libro que tiene entre manos y observa a su visitante sin mucho interés.

—Supongo que sabe quién soy y por qué estoy aquí —dice el militar.

—¿Funcionó el plan?

—No exactamente.

—Era de esperar, la Historia tiene sus maneras de reconducirse. ¿Ya murió Francisco Serrano? —dice el preso con desgana.

—No, aunque no le falta mucho. En cualquier caso, dejó escrito que, si falleciera o quedara impedido, debíamos dejarle libre.

—Qué considerado.

—Además, he de informarle que, por desgracia, Bárbara Berwick ha fallecido.

El hombre mira unos segundos al militar. Después, retorna su atención al libro.

—No sé si me ha entendido... —vuelve a insistir Martínez Campos, un poco desconcertado por aquella actitud.

—Perfectamente. —El hombre no abandona la lectura de su libro mientras habla—. Pero no sé qué pretende que haga o diga.

—Le necesitamos.

El hombre cierra el libro finalmente y lo deposita sobre el lecho, dedicándole su atención, ahora sí, al ministro de la guerra.

—No entiendo nada. Cuando llegué, les hice partícipes de los peligros que aguardaban. Entre Francisco Serrano, Durante Poitiers y yo elaboramos un plan para atraer la atención de Eigner y plantar un espía en su organización. Y entonces, decidieron recompensar mi ayuda decidiendo que una mayor implicación por mi parte era contraproducente, y me encerraron aquí. Sospecho que pensarían que intentaría salvar a Bárbara. Les he dicho por activa y por pasiva,

que en mi «mundo», nunca llegamos a ser pareja. Pero hacen oídos sordos. Ahora, de repente, sí que me necesitan.

—Francisco está demasiado enfermo, y su majestad Alfonso XII ha decidido que el Equipo Especial deje de depender de mi ministerio. Me parece una decisión excelente en lo que a mí respecta, pero necesitamos a alguien con experiencia en este tipo de cosas para dirigirlo. Por lo que he leído en los informes de Francisco, usted es el hombre ideal.

—¿El Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos sigue en pie a pesar de que no haya funcionado nuestro plan? —ríe el hombre—. Quién lo diría.

—Sigue en pie, más o menos. Mateo es demasiado joven para ocuparse y la burocracia no es lo suyo.

—Ha salido a su madre.

—Entonces, ¿acepta? Como es lógico, tendremos que proporcionarle otra identidad. Aparte de eso, tendrá mano libre para hacer y deshacer, dentro de unos márgenes, claro. Yo no me interpondré en su camino.

—Supongo que en sus informes aparecerá que dirigí el Equipo Especial durante bastante tiempo. En mi otra vida, ya me entiende.

—Supone bien.

—Y cómo terminó todo.

—Esperemos que esta vez sea distinto. Y si no, qué quiere que le diga. ¿Un equipo para investigar sucesos extraños? Que lo hagan otros países lo entiendo, pero en España, qué necesidad hay.

—¿Le ha informado sobre mí a Mateo o a algún otro?

—No. Su verdadero origen solo lo sabemos Francisco y yo. Y Francisco no está en condiciones de desvelar nada.

—¿Y usted?

—Yo no tengo el menor interés en contárselo a nadie. Decídase de una puñetera vez, a ver si se cree que tengo todo el día. ¿Se hace cargo del Equipo ese o no? ¡La Virgen!, incluso para deshacerme de este incordio me van a dar dolores de cabeza.

—En mi línea temporal era usted menos cascarrabias. Y tenía menos presbicia.

—¿Qué presbicia?

Juanma Ramírez

Notas del Autor

Si has llegado hasta aquí, querido lector, muchas gracias. Tanto si te ha gustado lo que te has encontrado como si no, ha sido un honor que me hayas acompañado a lo largo de estas líneas.

Aun a riesgo de abusar de tu confianza, te pediría una cosa más. Cuéntame cómo ha sido la experiencia, a ser posible, con una reseña en Amazon (este libro solo se encuentra a la venta en esta plataforma). Al hacerlo, por una parte, podrás avisar a los que vengan detrás de ti sobre qué se van a encontrar y por otra, sabré si merece la pena seguir escribiendo historias sobre Mateo Sanz y su Equipo Especial para el Esclarecimiento de Extraños Eventos o, al contrario, es mejor relegar sus futuras andanzas a los dulces brazos del olvido.

Si puedes, hazlo ahora mismo, antes de que te olvides, y vuelve aquí después. Si no, tampoco pasa nada. Ya encontrarás un momento, aunque, como diría el general Serrano (al menos el alter ego de esta novela), «al que madruga, Dios le ayuda».

Entretanto, tengo un regalo para ti. Puedes acceder al siguiente enlace y descargarte (gratis) otra historia de este universo:

https://juanmaramirez.es/libro-de-agradecimiento/

Como si una petición y un regalo no fueran bastante, hay algo más que me gustaría apuntar antes de que nos despidamos y cada

cual sigamos nuestro camino. En primer lugar, es importante dejar claro que el mérito de la creación de esta obra no es exclusivamente mío. Sin la paciencia y el apoyo de mi mujer, Elizabeth Arritola, se habría quedado en otra historia inacabada y mal escrita en algún fichero olvidado del ordenador (en estos días, los fondos de los cajones ya no guardan novelas no publicadas, sino cargadores antiguos para teléfonos móviles). También he de agradecer a los amigos que se atrevieron a leer a esta novela antes de ser publicada y accedieron a hacerme llegar lo que pensaban de ella. Muchas gracias, Javier Cruz, Diego Macías e Inmaculada Parra. No hay palabras para expresar mi agradecimiento.

Es de recibo, también, dejar caer algunas puntualizaciones al respecto de los personajes de este libro. Si bien muchos existieron en realidad, las descripciones y representaciones que de ellos hago son ficticias. No he encontrado mención alguna, por ejemplo, en ningún texto, de que el general Martínez Campos sufriera de estrabismo o de que el general Francisco Serrano tuviera una malsana obsesión con los refranes. De la querencia de Alfonso XII de Borbón por ausentarse de palacio a altas horas de la noche, sin embargo, tal vez sí que haya alguna constancia. En fin, aunque esta historia es fantástica, tendría lugar en un período concreto de la Historia. No he sido muy estricto a la hora de recrear la época y reconozco que, en ocasiones, he sido un poco laxo en cuanto a la exactitud histórica si así convenía a la trama. Existen, por tanto, ciertas inconsistencias, unas veces conscientes y otras achacables a pura y simple negligencia por mi parte. Espero que estas últimas, en particular, no sean demasiadas y que, en cualquier caso, no hayan arruinado tu experiencia. Te pido perdón si así ha sido.

También es pertinente mencionar que los anuncios de las pastillas del Dr. Aguirre de Bilbao o los distintos productos de Brimaud y C^{a}, intercalados a lo largo de la obra, están extraídos casi literalmente de anuncios reales de la época, en los que he cambiado el nombre del negocio, sustituyendo al Dr. Andreu de Barcelona y Grimaud y C^{a} por los nombres ficticios ya mencionados.

Querría terminar informándote que si quieres saber más sobre mí, sobre la novela, el período histórico o simplemente quieres ahondar en algunas de las curiosidades mencionadas en la historia que acabas de leer, puedes visitar mi página web (https://juanmaramirez.es) donde, además, podrás apuntarte a mi lista de correo, desde la que podré avisarte cuando haya más historias disponibles.

Muchas gracias y espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse en un futuro próximo.

